ARIZA

GUERRAS DE FLANDES

DON JUAN DE AUSTRIA

PQ6503
.A649
A6

R. C

1020027220

Covarrubias

BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONÓMICA.

OBRAS

LÍRICAS Y DRAMÁTICAS

DE

Don Juan de Arriza,

AUTOR DE ANTONIO LEIVA, DE LAS MOCEDADES DEL PULGAR Y OTRAS OBRAS LITERARIAS.

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86326

MÉXICO.
BOIX Y COMPAÑIA, EDITORES.
1851.

31773

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

C
860
A.

PQ6503
.A649
A6

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

IMPRENTA DE DAVID, *calle de Cadena núm.* 19.

DON JUAN DE AUSTRIA,

O LAS

GUERRAS DE FLANDES.

NOVELA ORIGINAL ESPAÑOLA

Por D. Juan de Ariza.

PRÓLOGO.

Las guerras de Flandes, comenzadas en el reinado del Sr. D. Felipe II, y legadas á sus sucesores como una herencia maldecida, han ligado tan estrechamente la historia de los Paises Bajos con la nuestra, que puede juzgarse una misma; y los mas diligentes escritores contemporáneos á los sucesos, nos han trasmitido aquellas guerras con sus mas curiosos pormenores, como dignas de ser estudiadas por los remotos descendientes de los ilustres capitanes y de los valientes soldados que regaron con su sangre española aquellas provincias lejanas, defendiendo los derechos de sus monarcas y la católica religion contra los errores de Calvino. En esta lucha secular hay cuadros de grande interés, que ofrecen un estenso campo al novelista y al poeta: hay otros de mas reducidas dimensiones, pero interesantes tambien bajo diferentes aspectos. El gobierno de D. Juan de Austria, de corta duracion y desempeñado en circunstancias muy difíciles, fué el principio de la grande epopeya desarrollada por el príncipe Alejandro Farnesio, y encierra lecciones muy útiles para los reyes y los pueblos.

Entusiastas admiradores del pacificador de las Alpujarras é ilustre vencedor de Lepanto, no hemos podido resistir al deseo de unir su nombre á las guerras de Flandes, y hemos elejido por lo tanto el breve periodo de su gobierno como asunto de la novela que nos proponemos escribir. El héroe es grande, la época fecunda en peripecias, y, como hemos dicho poco antes, en muy saludables lecciones: abramos el libro de la historia, y amenizando sus principales cuadros con el atractivo de la fábula, procuremos instruir deleitando á los que recuerdan con orgullo las antiguas glorias nacionales.

Al escribir este breve prólogo, se nos ocurren algunas ideas relativas á la novela, considerada bajo el doble aspecto de novela histórica y de costumbres: las que apuntarémos sin temor de ser tachados de parciales, pues hemos ensayado ambos géneros en producciones anteriores. Consideramos necesario escribir novelas de costumbres para trasmitir á las edades las peculiares de la época; pero desconfiamos de su écsito, porque si son fieles retratos de la sociedad en que vivimos, herirán susceptibilidades, pareciendo al mismo tiempo pálidos á los que gustan de la ecsajeracion en los tipos y en las palabras del denuesto; y segun nuestra humilde opinion, presentar la caricatura en la novela es lo mismo que si á una mujer, educada desde la niñez en el mas rigoroso aislamiento, para hacerla concebir justa idea del hombre se la presentara un pigmeo, un orangutan ó un jigante. En cambio, la novela histórica tiene, á lo menos, la ventaja, desempeñada con conciencia y con acierto si es posible, de enseñar algo, no solamente á muchas personas que arrojarian con mortal hastío al historiador mas diligente, sino tambien á las mas familiarizadas con historias, crónicas y anales; pues muchas veces presenta el novelista observaciones filosóficas que escaparon al historiador, y que son ajenas del cronista.

Las anteriores reflecsiones, hijas de nuestro buen deseo, podrán volverse en nuestro daño, estando muy lejos de poseer las dotes que en el novelista ecsijimos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE.

MAESE CORNELIO ESTRATEN.

CAPÍTULO I.

EL PRO Y EL CONTRA DE UNA REJA.

Nos encontramos en Bruselas en la noche del 3 de Mayo de 1577. Desde el palacio del gobernador, colocado en una eminencia, vamos á echar una ojeada sobre la capital del Brabante, orgullosamente reclinada desde la cumbre hasta la falda de una estensa y fértil colina. En primer término encontrarémos la anchurosa plaza de palacio, rodeada de estátuas de bronce, debidas á los antiguos duques de Brabante y Borgoña, que supieron hermosearla. A corta distancia se levanta la sombría iglesia de Kouvemberg, célebre por sus tradiciones y por sus magníficas alhajas, enteramente iluminada con vasos de color de rosa. Descendiendo por una ancha calle, poblada de hermosos edificios caprichosamente iluminados, encontramos la ciudad baja y el canal del Sena, en cuyas aguas se balancean un grandísimo número de naves y algunas galeras españolas, vistosamente empavesadas é iluminadas con trasparentes de colores. No lejos se ven las iglesias de Santa Catalina, San Juan y San Agustin, iluminada la primera con vasos de color de oro, la segunda con vasos verdes, y con azules la tercera, así como el célebre colegio á que está ceñida; manifestando el mérito artístico de su magnífica portada. Tambien se descubren los mercados del pescado y de las verduras, convertidos en masas de luz; y la torre de San Nicolás, que sirve de reloj á Bruselas, se levanta como un jigante, coronada de vasos blancos; mientras las dos soberbias torres de la colegial de Santa Gudula, ostentan sus vasos morados, melancólicos y sombríos, y la de San Miguel los suyos de color de flor de granado, mas vivos y mas esplendentes. Otras iglesias y conventos imitan á las principales; siete en número, como las puertas de la ciudad, las familias nobles y los regidores plebeyos. En una plaza, á cincuenta pasos de la iglesia de San Nicolás, se alza el palacio consistorial, de sólida y magnífica estructura, y cuya gran torre de piedra, que casi se pierde en las nubes, presenta en su iluminacion todos los colores del iris, mañosamente combinados.

Las torrecillas de las murallas y las hermosas casas de placer, labradas entre el doble recinto, tambien están iluminadas, y parecen grupos de estrellas en un cielo azul y despejado.

Con el silencio de la noche se percibe el sordo murmurio de las mil fuentes que se deslizan de sus pilas iluminadas, y los cantos de los marineros, apagados de vez en cuando por los repiques de las campanas y los redobles del tambor.

El palacio del gobernador apenas se divisa en las sombras, y el de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, desde cerca lo contempla y lo desafia. Casi es inútil advertir, que en las torres y pabellones de este antiquísimo palacio no se divisa luz alguna, pues el guerrero calvo y calvinista, como á sí propio se apellida, no puede celebrar el gobierno de D. Juan de Austria, príncipe magnánimo, valiente y muy capaz de poner á raya su desmesurada ambicion.

En esta ciudad rasplandeciente como los palacios de algunos cuentos orientales, llama la atencion un edificio casi contiguo á la iglesia de Kouvemberg, que permaneciendo apagado, protesta silenciosamente contra el regocijo general. Sin embargo, puede notarse que en su mas elevada torrecilla arde una tea, mas parecida á una señal que á una sencilla luminaria. Este edificio pertenece á maese Cornelio Estraten.

Cornelio Estraten contaba entonces cuarenta y nueve años cumplidos; tenia cinco piés y diez pulgadas de estatura, anchas espaldas, nariz remangada y granujienta, cabellos crespos y muy rojos, labios gruesos, cara apoplética, ojos bizcos, y unas fuerzas proporcionadas á su colosal estatura, y al oficio de herrero que habia ejercido muchos años.

La fortuna de Cornelio Estraten habia crecido rápidamente, y sobre la puerta principal del mejor almacen de armas que se conocia en todo el Brabante, se leia en hermosas letras de bronce: CORNELIO ESTRATEN, FABRICANTE DE TODAS ARMAS Y DE TODA CLASE DE ARNESES.

Pero no consistia la importancia de nuestro herrero solamente en sus envidiables riquezas: maese Cornelio era representante de su gremio en la congregacion conocida con el nombre de *las Nueve Naciones*, y uno de los regidores plebeyos de la municipalidad de Bruselas. Tambien era muy popular por el odio que habia manifestado siempre á los soldados españoles, y por lo mucho que habia gritado hasta conseguir salieran de Flandes los valientes tercios castellanos.

El vestido del robusto armero se componia generalmente de un grueso coleto de ante, unas anchas trusas de gamuza, medias azules, unos zapatos de becerro, un cinto de la misma materia y un sombrero de grandes alas. Este traje sufria sin embargo modificaciones frecuentes, cuando ejercia maese Cornelio, en actos públicos ó privados, sus funciones municipales.

Aunque vamos á penetrar en la casa de maese Cornelio, bello y anchuroso edificio, describirémos solamente la parte que nos sea preciso conocer para el curso de nuestra historia.

Un salon de treinta piés de ancho, veinte de alto y cuarenta y cinco de largo se nos presenta en primer término, y están sus muros tapizados de arcabuces, espadas, picas, dagas y arneses; todos sin haberse estrenado, y obras maestras de los talleres de maese Cornelio Estraten. Al rededor de la gran sala se veian en desórden sitiales y grandes sillones de cuero, que ofrecian sólidos asientos á los ordinarios comensales del mas rico armero de Bruselas.

Arduos é importantes negocios se habian tratado varias veces en aquella brillante armería y en muy numerosas reuniones; pero á la sazon reinaba en ella el mas religioso silencio, y en cierto modo las tinieblas; pues solo se hallaba alumbrada por una lámpara moribunda, y dos hombres que se paseaban á lentos pasos y en encontradas direcciones, no se dirijian la palabra, y aun se miraban alguna vez con desconfianza y embarazo. Estos hombres eran el armero y el señor de Santaldegonde.

En un costado de la sala, y bastante prócsima al testero, se descubria una pequeña puerta primorosamente tallada. Pasado el umbral veia el curioso un elegante camarin, que hacia manifiesto contraste con la bien provista armería. Tapices bordados de flores y pájaros cubrian los muros, y una rica alfombra de Persia dejaba oculto el pavimento. Cortinas de damasco azul, sitiales de la misma tela, algunas pinturas de mérito, un retrato de D. Juan de Austria, un magnífico espejo de Venecia y un candelabro de plata labrada, formaban el amueblaje de la estancia, alumbrado por dos bujías adornadas con papel picado y colocadas sobre una mesa de labor.

En el fondo de este gabinete se veia una ventana colosal, resguardada por una reja muy embutida en la pared.

¿A quién pertenecia este aposento? Vamos al punto á revelarlo.

Al empezar á enriquecerse se casó Cornelio Estraten con una mujer bastante hermosa, fina y buena, muy poco prendada del armero, pero que tuvo que cumplir la voluntad de un padre avaro. Infeliz en su matrimonio, solo halló consuelo á sus penas ocupándose en la educacion de la única hija que le dió el cielo, llamada María, como ella.

La esposa de maese Cornelio murió teniendo el sentimiento de dejar á su hija, en edad de diez y siete años no cumplidos, entregada á sus propias inspiraciones, y al cariño peligroso por lo imprudente de maese Cornelio Estraten. A los cuidados de su madre debió la niña, como hemos dicho, una educacion esmerada, muy contraria al gusto del armero, pero que realzaba en sumo grado sus buenas dotes naturales. A los diez y siete años María tocaba el clave divinamente, cantaba como una sirena y bailaba como una sílfide. Sus labios frescos y rosados, sus largos cabellos castaños, su rostro lijeramente oval, su nariz correcta y su tez blanca y lijeramente sonrosada, le daban un aspecto infantil; pero sus ojos de un pardo obscuro, sombreados por largas pestañas y coronados por unas cejas valientemente dibujadas, revelaban noble altivez; destellando, como debieron destellar, los del jóven Eugenio Beauharnais cuando pidió á Napoleon la perdida espada de su padre.

Su estatura, mas que mediana, era tan esbelta y flecsible como la palma del desierto: sus piés y manos tan pequeños, como los de una niña de diez años.

Todos los galanes de Bruselas rondaban la calle de María, codiciosos de sus encantos; la daban frecuentes serenatas y se cruzaron los aceros mas de una vez bajo su reja; todas las hermosas mujeres envidiaban una belleza que no reconocia rival.

El carácter de la doncella variaba de un modo sensible; ya era melancólico y dulce, ya alegre y travieso quizás, ya entusiasta y arrebatado. Tenia amor á todo lo grande y desdeñaba todo lo pequeño; como el águila á las demas aves que no pueden mirar el sol.

No necesitamos añadir que el elegante gabinete pertenecia á la hermosa jóven; la cual estaba reclinada contra la reja como en actitud de escuchar.

Vestia la jóven un rico traje de batista guarnecido de hermosos encajes de Malinas, tanto en el cuello del corpiño cerrado y ceñido, como en las estrechas mangas que mostraban los bellos contornos de sus brazos. Sobre esta túnica virginal caia un ropon de terciopelo negro con flotantes mangas perdidas. Este ropon, cerrado sobre el pecho con seis botones de rubíes, estaba sujeto á la cintura por un ceñidor de las mismas piedras, que caia en forma de cordon hasta el mismo ruedo de la falda. Los cabellos, echados hácia atras, dejaban ver una frente tersa y despejada, fruncida momentáneamente por una vivísima impaciencia.

Sonaron tres fuertes palmadas; la blanca frente de la jóven se desarrugó de improviso, y asomó á sus delgados labios una sonrisa de noble orgullo; dejó su antigua posicion, como de todo punto inútil, y colocando su hermoso rostro entre dos barras de la reja, preguntó con voz dulce:

—¿Sois vos?

—Yo soy, la respondió una voz de hombre.

—¿Y qué quereis?

—Veros.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque me lo impide esta reja.

—La sala inmediata, señora, tiene magníficos balcones.

—Pero se encuentra en ella mi padre.

—Es una gran desgracia, señora.

—No puedo evitarla.

—Lo creo; pero un amante como yo no debe desmayar jamás por un contratiempo, señora. Me contentaré con oiros.

—¿Qué teneis que decirme?

—Mil cosas.

—¡Mil cosas!

—No os asusteis por tan gran número; pueden reducirse á dos palabras. ¿Quereis oirlas?

—Conforme sean.

—Pueden ser muy desagradables, y muy agradables tambien.

—En esa duda....

—Lo mejor será decirlas pronto.

—¿Cuales son esas dos palabras?

—Que os amo.

Hubo un momento de silencio y la voz de hombre prosiguió.

—¿Os ofende mi amor, María?

—¿Sabeis ya mi nombre?

—¿Quién ignora en Bruselas el nombre de la hija de Cornelio Estraten?

—¿Sabeis tambien el nombre de mi padre?

—Conozco muy bien al representante de una de las *Nueve Naciones*. Su fama no se encierra en Bruselas, circula por toda la Flandes y hasta se repite su nombre en el palacio de Madrid.

—¿Y vos, quién sois?

—Un caballero.

—¿Un caballero nada mas?

—No tengo título de conde, de duque, ni marqués, señora.

—¿Pero tendréis un nombre propio?

—Eso sí, mi nombre de pila. Soy cristiano viejo y católico.

—¿Cómo os llamais?

—Juan.

—Muchos Juanes trae el príncipe en su comitiva.

—Los españoles y los moros son muy afectos á San Juan.

—Vienen con él Juan de Escobedo, Juan Bautista de Tarsis, Juan de Gante; y hasta el príncipe se llama Juan. ¿Sois alguno de ellos?

—Quizá sí.

—¿Juan de Escobedo?

—Quizás no.

—¿No me diréis vuestro apellido?

—¿Para qué necesitais saberlo?

—Cuando amamos á un hombre....

—Basta con saber que el hombre tambien ama.

—¿Os incomodaréis, caballero, si os hago una nueva pregunta?

—Podeis preguntar, hermosa mia, sin temor de que me incomode.

—¿A qué nacion perteneceis?

—Me es muy difícil contestar. ¿Qué os parezco?

—Aleman ó austriaco.

—Pues tenedme por aleman.

—Pero como vestís enteramente á la española....

—¿Os parezco?

—Español.

—No me opongo á que me tengais por español.

—Pero si dudo....

—Si dudais tenedme, María, por ambas cosas.

La jóven nada respondió á las palabras de su amante, muy ofendida y recelosa de tan importuno misterio: Juan adivinaba la causa de aquel silencio sepulcral, y como no podia ó no le convenia desvanecerla, pensó en una prudente retirada; mas ocurriéndosele una idea, se apresuró á decir:

—María, ¿estais enojada otra vez?

—Caballero, quien calla su orígen y apellido da á entender....

—Que dista mucho vuestra ventana de la calle y que no puede pronunciarlo en alta voz sin comprometer su persona. Pero si quereis....

—No; calladlo. ¿Me lo diréis cuando no estemos en peligro?

—Y ahora mismo si lo mandais.

—Quedo satisfecha.

—Me alegro en el alma, María. Veinte piés distante de vos, con una reja de intermedio y enojados, eran tres plagas que yo no podria resistir.

—¿Me amais mucho?

—Con toda mi alma, con arrebato, con locura.

—¿En tan poco tiempo?

—Sí, María. ¿No nos conocimos por ventura de una manera casual, y no produjísteis en mí una impresion viva y profunda?

—Me acuerdo de todo.

—Contad.

—Me encontraba yo, antes de ayer tarde, en mi balcon, y ví venir á un caballero sobre un poderoso caballo: el brioso animal galopaba y su dueño le dirijia con jentil donaire y destreza. Vestia enteramente á la española y flotaba su blanca pluma como la crin de su corcel: un escudero le seguia á pocos pasos de distancia. Al igualar con mi balcon, acortó el bizarro caballero el galope del fogoso bruto, me dirijió una ardiente mirada, y como temiendo que lo espiasen, desapareció á rienda suelta. Aquella noche le ví rondar embozado en una ancha capa; á la noche siguiente tambien; pero en el momento de retirarse me dijo con voz conmovida: "Mañana á las nueve de la noche daré tres palmadas bajo la reja de vuestro gabinete; tened la bondad de esperarme, porque os amo con frenesí."

—¿Pues si me enamoré al galope, será estraño que haya corrido mi amor, María, con mas rapidez que mi caballo?

—¿No me engañaréis?

—¡Engañaros! Mi felicidad, hermosa María, toda consiste en vuestro amor, y ningun hombre renuncia voluntariamente á su eterna felicidad. Pero decidme, beldad mia, ¿no desaparecerá nunca la distancia que en este momento nos separa?

—¿De qué manera?

—De cualquier modo: pues es un martirio escuchar el dulce metal de vuestra voz, y no ver dos hermosos ojos tan lánguidos y seductores.

—¿Qué quereis?

—¿Qué he de querer, señora? Deseo, en primer lugar, que vengan los moros, los calvinistas, con el príncipe de Orange al frente, ó los franceses con el señor duque de Alenzon, á poner sitio á la ciudad.

—¡Qué horror!

—Deseo, en segundo, que se nos acabe la metralla.

—¿Para qué?

—Para mandar reducir á metralla todas las rejas infernales que privan á un amante ver el ídolo de sus amores.

—Estais terrible.

—¿Qué quereis? Esa reja está tan embutida en la pared; y en toda Bruselas, que se distingue por sus anchas y hermosas calles, no se encuentra una tan estrecha como esta desventurada, ni edificio tan importuno como la iglesia de Kouvemberg.

—Retiraos hácia la pared.

—Nada, nada por mas que me empino y forcejo. Esta condenada pared se desploma sobre mis espaldas é inutiliza mis esfuerzos. ¿Me descubris?

—Solo descubro el vértice de vuestra pluma.

—¡Qué feliz es mi pluma, señora; y yo qué desgraciado soy por no haber crecido tres cuartas mas! Quisiera convertirme en pluma, en pájaro....

—¿Estais loco?

—Quizá lo estoy; porque esto es mil veces peor que hablar por el ojo de la llave.

—¡Silencio!

—¿Qué teneis?

—Me acaba de llamar mi padre.

—¿Cuándo nos verémos ó hablarémos?

—Mañana, en este sitio y á esta hora.

—Hermosa María, hasta mañana.

El caballero se alejó, y maese Cornelio Estraten entró en el cuarto de su hija. El armero se dejó caer sobre un sitial, que estuvo á punto de romperse: cogió á María por la cintura, la sentó sobre su rodilla, y la dijo con voz bronca y aguardentosa al mismo tiempo:

—En ese salon inmediato se encuentra Felipe de Marnis, señor de Santaldegonde, que pide tu mano para sí. ¿Qué le respondo?

María no manifestó sobrecojerse con peticion tan inesperada, y dijo á su padre, despues de haberle dado un beso:

—Respondedle, que lo pensaré.

—Tienes mucha razon, María. Esas cosas no se improvisan. Pero se me olvidaba. Jorge Matren, el posadero de la plaza del Arenal, me encontró esta mañana y me dijo: "Tengo un muchacho de veinte y tres años, robusto y alto como un pino; tú tienes una hermosa hija de diez y siete años; somos ricos. ¿Te parece que los casemos?" ¿Qué le respondo cuando lo encuentre?

—Respondedle, que lo pensaré.

—Bien, María. Dame otro beso, que voy á darle tu respuesta al caballero Felipe de Marnis.

La jóven imprimió sus labios en las mejillas de su padre, y el armero fué á dar á Felipe la ambigua respuesta de su hija.

Al verlo entrar en el salon le preguntó Marnis:

—¿Qué responde la hermosa María?

—Que lo pensará.

—¿Y maese Cornelio Estraten, qué dice sobre lo que tanto nos importa?

—Pregunto lo mismo que antes: ¿no habeis visto desde el palacio del príncipe de Orange una sola luz en mi torre?

—La he visto.

—Bien sabeis lo que significa.

—Desearia alguna esplicacion.

—Voy á daroela en pocas palabras. Pasó la ocasion: es muy tarde, ó por lo menos muy temprano.

CAPÍTULO II.

LA ESPADA Y LA OLIVA.

El palacio del gobernador está situado entre los dos recintos de murallas de Bruselas, en la parte mas elevada de la ciudad, y rodeado de hermosos y estensos jardines. Se entra primero en un gran atrio, notable por su construccion, en la que se ven todos los órdenes de arquitectura, y por la fuente que en su centro arroja arroyos de cristal. A la derecha hay un pabellon poco elevado, y á la izquierda una espaciosa galería, en donde se venden juguetes y adornos de poco valor. De esta espaciosa galería se pasa á la capilla real ó de los caballeros del Toison de Oro; adonde concurre lo mas escojido de la ciudad, para oir los oficios divinos que se celebran con gran pompa. El orígen de esta órden está representado sobre los tapices de la capilla, y se estableció del modo siguiente. Estando la España ocupada por los sarracenos, que en tenaz lucha batallaban con ilustres príncipes cristianos, se dice que Dios se apareció á un pastor, y que le entregó un gran vellocino de oro: con el importe de este vellocino se reunió un ejército, que combatió bizarramente a los enemigos de la fé. Muchos caballeros se alistaron bajo el estandarte que llevaba por divisa el Toison, y habiendo tenido feliz écsito esta espedicion religiosa, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, instituyó la órden del Toison de Oro en los Paises Bajos, el dia que se desposó con Isabel, hija del rey de Portugal, en la ciudad de Brujas, el año de 1429; y quiso que los duques de Borgoña fueran perpétuamente jefes de la órden.

Al salir de la capilla real se encuentran los grandes aposentos del gobernador, que ocupan toda la parte del edificio que dá frente á la puerta principal, edificados sobre las bóvedas de los pórticos. Al llegar á estas habitaciones es preciso que nos detengamos, y que penetremos en una cámara adornada con hermosos tapices de Bruselas, espejos venecianos, mesas de marmol de Carrara, sitiales de brocado verde, cortinas de damasco carmesí, y alumbrada por cuatro velas en un candelabro de oro.

Tres hombres están en esta sala, uno que acaba de llegar, y dos que han salido á recibirle con grandes muestras de respeto.

—Sentaos, señores, sin ceremonia, dijo á los dos el recien llegado, que pronto seguiré vuestro ejemplo.

Los dos caballeros se sentaron á la invitacion del recien venido, y éste tiró sobre un sitial su capa, puso su espada sobre una mesa, y sobre la empuñadura de la espada su sombrero de blanca pluma. Despues aprocsimó un sitial a los de los otros caballeros, y se reclinó en él muellemente. En tanto que descansa un poco para entrar en importantes discusiones, describirémos su persona.

Su frente tersa y despejada aparecia en toda su hermosura, porque sus cabellos castaños claros estaban echados hácia trás para disimular un remoli-

no que formaban en la sien izquierda: eran sus cejas muy pobladas, sus ojos vivos y radiantes, y su nariz de una hermosa correccion griega. Cubria á su labio superior un bigote bastante espeso, y el inferior un poco colgante descansaba sobre una pera corta y ligeramente rizada. El conjunto de sus facciones tenia una belleza varonil y un gracejo que seducian é imponian profundo respeto. De esbelto talle y alta estatura tenia continente marcial, y se distinguia en varios ejercicios de fuerza y destreza, pero muy particularmente en el manejo del caballo. Vestia un coleto de seda negra, calzon ajustado con trusas, gola con un cuello rizado, y un elegante ferreruelo. Una condecoracion pendia de su cuello, y esta condecoracion era el codiciadísimo Toison. Habia nacido en Ratisbona el 25 de Febrero de 1547, y contaba á la sazon treinta años, dos meses y seis dias. Se llamaba Don Juan de Austria, y su padre fué Carlos V.

El mas jóven de los otros dos tenia tambien gallarda presencia, y su semblante manifestaba la irreflexion y la osadía, reunidas á un valor fogoso que no repara en los peligros. Se llamaba Octavio Gonzaga, y era capitan distinguido.

El tercero, de aspecto agradable y mirar penetrante y fijo, tenia gran nobleza en sus facciones, y dejaba entrever el valor que acomete arriesgadas empresas, conociendo antes el peligro: Juan de Escobedo se llamaba, y era español de nacimiento.

Estos dos personajes estaban vestidos de la misma manera que Don Juan de Austria, notándose mas lujo en Gonzaga y mas gravedad en Escobedo.

Se acarició el austriaco la barba, y como hombre que rechaza algun pensamiento enojoso, dijo con acento festivo:

—Amigos mios, ¿en qué se han pasado las primeras horas de la noche?

—En fastidiarnos, repuso Gonzaga. No hemos tomado todavía la tierra, y los habitantes de Bruselas no nos muestran grande aficion.

—Si la muestran las habitantas no hay motivo de tener queja.

—No encuentro la menor diferencia, noble príncipe.

—Tampoco tenemos motivo para motejar de muy esquivos á los vecinos de Bruselas: me recibieron con fiestas públicas, y si te asomas á esa ventana verás que anuncian mi gobierno con brillante iluminacion.

—He pasado mas de una hora contemplándola, y aunque generalmente magnífica, he notado alguna escepcion.

—¿Quieres decirmela?

—Con mucho gusto; si tiene V. A. la bondad de aprócsimarse á esta ventana.

—Don Juan y Gonzaga se acercaron á la ventana, y el segundo prosiguió.

—A corta distancia y frente por frente tenemos esa informe masa de piedra, perteneciente al rebelde príncipe de Orange, y no hay en ella ni una luz. Ese palacio nos desafia envuelto en su manto de sombra.

—Estás equivocado, Gonzaga: ese palacio nos imita.

—Nosotros permanecemos en la obscuridad por modestia.

—Y él por vanidad. Es muy natural que dos hombres de tan encontradas ideas como Guillermo de Nassau y el gobernador de los Paises Bajos, se encuentren opuestos en todo. Pero con tanto como observas, ¿qué no has reparado otra cosa?

—Puede ser que no.

—¿Descubres desde ahí toda la iglesia de Kouvemberg?

—Perfectamente. Está radiante con sus vasos color de rosa.

—Pues siguiendo la misma línea, y casi contigua, ¿descubres una hermosa casa, tan silenciosa y tan sombría como el palacio de Nassau?

—La veo, señor, perfectamente; y en su mas alta torrecilla arde un hacha.

—¿Sabes, Gonzaga, á quién pertenece ese edificio?

—No lo sé, señor.

—Pertenece á maese Cornelio Estraten.

—Me parece que he oido ese nombre.

—Ya lo creo. Es muy conocido en Brusclas.

—Y tanto como le conozco. Es un terrible alborotador, regidor plebeyo de la ciudad y miembro de las *Nueve Naciones*.

—Efectivamente es el mismo.

—Pero lo que no sabe V. A. es que tiene una hija deliciosa.

—¿De veras?

—La mujer mas hermosa sin duda de las quince provincias.

—¿Es posible?

—Apostaria, señor, la cabeza.

—¿La has visto?

—Tres dias hace que estoy en Bruselas y la habré visto treinta veces.

—¿Estás enamorado?

—No sé; pero puedo decir que estoy loco.

—¿Te corresponde?

—No puedo asegurarlo.

—Yo no soy el confesor, Gonzaga; y un enamorado tiene secretos.

—Puedo asegurar á V. A. que si no me quiere bien á bien, soy capaz de entrar por asalto. . . .

—Reserva, Gonzaga, esos brios para las plazas fuertes de Holanda: hemos entrado aquí de paz y no me gustará recibir quejas....

—Eso es otra cosa, señor: mas gana tengo de tomar una fortaleza al de Orange, que de poseer á la hermosa hija de maese Cornelio Estraten.

—Eso se llama hablar en razon. Vamos á despertar á Escobedo.

—Los dos jóvenes se alejaron de la ventana que les habia dado motivo á tan entretenida discusion: el príncipe dió una palmada á su secretario en el hombro, y le dijo:

—Juan de Escobedo; ¿me parece que no te diviertes en la capital del Brabante?

—No me falta entretenimiento, y desde mañana se aumentará en grande manera.

—Es verdad. Hoy me han reconocido los Estados generales, el senado y los tres consejos por gobernador general de la Flandes, y mañana entraré en el ejercicio de mi autoridad.

—La autoridad de V. A., dijo Gonzaga sonriyéndose, sera raquítica y precaria, mientras tenga por único apoyo las espadas de seis caballeros y de los ochenta mosqueteros que manda el duque de Ariscot.

—Tiene tanta razon Gonzaga, añadió Escobedo á su vez, que serémos simples prisioneros en manos de unos cuantos rebeldes.

—Esa es la misma cantinela que me tuvisteis en Lucsemburgo, Namur y Lovaina: eso mismo me ha repetido ochenta veces el anciano conde de Mansfeld: ¿pero qué quereis que haga, señores? Mi hermano me envió á las Alpujarras y me dijo: *Vence á los moriscos:* los vencí. Mi hermano me hizo generalísimo de la invencible armada de la liga, y me dijo: *Vence á los turcos.* Gané la batalla de Lepanto, conquisté las ciudades de Tunez y Bisserta; y volví á Italia como volvian los cónsules, los dictadores, los Augustos y los Trajanos, seguido de muchos millares de cautivos moros y de cristianos que lo eran: presenciando mi triunfo el rey Amidas, para que nada faltase á él. Mi hermano me ha dado el gobierno de las provincias sublevadas; me ha dicho: *Llévalas la paz:* envainé la espada, señores, y me presenté con la oliva.

—Han ido arrancando sus hojas, y cuando no quede mas que el tronco lo romperán con cruel escarnio.

—Junto al tronco estará mi mano.

—¡Sabe Dios!

—¿Qué, Escobedo, qué sabe Dios?

—Si querrán golpearla.

—Eso no, mientras yo respire. Mi mano sola y desarmada ahogará los quince cuellos juntos de esas hidras que se alimentan con el veneno de Calvino; mi mano sola y desarmada desplomará esas siete torres que destellan como brillantes meteoros; pues no es tan fácil, Escobedo, golpear la mano de Don Juan de Austria.

—Antes de tocarla, señor, quitarán la vida á Escobedo.

—Y tendrán que pasar sobre el cuerpo de Octavio Gonzaga.

—Gracias, amigos mios: conozco vuestro afecto y vuestra lealtad. Tambien conozco los peligros que de todas las partes me rodean; ¿pero de qué modo evadirlos? Es la voluntad de mi hermano que me entregue con las manos atadas á sus enemigos y á los mios: puede ser que algun dia se arrepienta, pero mientras llega este dia, es preciso cumplir sus órdenes, someterse á su voluntad; obedecer y no quejarse.

—Mejor hubiera sido, señor, que hubiera renunciado V. A. el gobierno de los Paises Bajos.

—¿Estás delirando, Gonzaga? Cuando mi hermano Felipe manda, no deja lugar á la eleccion. ¿Qué cuestiones has tocado, Octavio? Yo mismo temo darme cuenta de mis amargos pensamientos, yo mismo temo revelarme lo que descubre mi razon. Si hubiera querido Felipe negociar la paz con los flamencos, sin otra idea muy en consonancia con su política rastrera, hubiera buscado un negociador menos belicioso que Juan de Austria; pero su principal idea ha sido mancillar mi gloria, encomendándome una mision imposible de realizar, haciéndome odioso á los flamencos, y presentándome ante la Europa como afortunado aventurero, que no maneja mal la espada, pero que absolutamente carece de las cualidades necesarias para gobernar á otros hombres. Ha querido poner á prueba mi paciencia, persuadido que los desacatos de los flamencos me obligarán á sacar la espada, y calculando que entregado á mis propias fuerzas, sin dineros y sin soldados, perderé la vida ó la honra: pero ¡vive Dios! que se engaña. Pondré tanta nieve, amigos mios, sobre el fuego de mi valor, que conservaré por algun tiempo el *edicto perpétuo*, para que el mundo entero vea que Juan de Austria sabe dominar sus pasiones, y poner freno hasta á la insaciable sed de gloria que siente desde que nació. Por lo demas, ya descubro un puerto para no temer las borrascas.

—¿Cuál es ese puerto, señor?

—El claustro.

—¿Es posible?

—Sí, amigos mios; quiero cumplir en algun modo la voluntad de mi ilustre padre, imitando tambien su ejemplo. El emperador de Alemania, rey de España, sus Indias, Nápoles y las dos Sicilias, duque de Milan, señor de Flandes y otros estados, se despojó de sus coronas, rompió sus cetros, envainó su triunfante espada y vistió la humilde cogulla: yo, que no poseo un palmo de tierra, que no tengo cetros ni coronas, á quien consideran ambicioso no poseyendo un solo estado ni llevando un título de honor; yo abandonaré tambien el mundo, para buscar en una celda el reposo que necesita mi lacerado corazon.

—El emperador, vuestro ilustre padre, dijo Gonzaga, dejó el cetro á los cincuenta y cinco años de edad, agobiado por las dolencias que crudamente le aquejaban; pero vos, jóven y robusto, no debeis pensar....

—Si cuando mi padre dejó el imperio hubiera yo contado, Gonzaga, veinte años, mi frente ceñiria una corona; pero tenia nueve nada mas, y mi padre, que conocia bien á su hijo Felipe II, creyó prudente dedicarme al sacerdocio. Nunca, nunca hubieran tocado mis manos una espada; nunca hubiera oprimido los lomos de un corcel; nunca hubiera embrazado un escudo. . . .

—¿Y el dia de Lepanto, señor?

—Calla, Gonzaga; que acordándome de mi casco me pesará mas la cogulla.

Con estraordinaria amargura pronunció el valeroso príncipe estas fatídicas palabras: sus ojos vivos y radiantes se fijaron en el pavimento, sin brillo; su frente, altiva y despejada, se surcó de profundas arrugas; sus labios quedaron fruncidos, y los latidos de su pecho se precipitaban como las olas de las mares embravecidas. Cada pensamiento era un tósigo, cada recuerdo era una herida. Dios solo podia valuar los sufrimientos de aquel alma, á

quien habia dicho Felipe, como el Hacedor al Océano: "Agítate, lucha, forceja; pero no quebrantes el límite que te ha puesto mi voluntad."

Mucho tiempo hacia que Escobedo meditaba profundamente, y Octavio Gonzaga, conmovido con las palabras del austriaco, tampoco se hallaba dispuesto á interrumpir aquel silencio solemne y fatídico á la par. A graves y tristes reflecsiones podia dar lugar el aspecto de aquella ciudad iluminada, comparándolo con las personas que recibian y hacian el festejo. En primer lugar, un gran número de los que se habian estremado en el adorno de sus casas, odiaban al gobernador, como á delegado de Felipe y como á cristiano caballero; y en segundo, D. Juan de Austria veia con espanto la gran carga que habian puesto sobre sus hombros, sin dejarle mover las manos para sostenerla en equilibrio.

Meditabundos continuaban el austriaco y sus compañeros, cuando un paje penetró en la estancia, y dirijiéndose á D. Juan, le dijo con profundo respeto:

—Señor, el conde de Lalain y el baron de Hesse, piden permiso para presentarse á V. A.

Al oir estos nombres Escobedo, cambió una mirada con Gonzaga; D. Juan arrugó el entrecejo y dijo al paje:

—Dí á esos señores que pueden entrar cuando gusten.

El austriaco se levantó, Escobedo y Gonzaga le imitaron, y Hesse y Lalain aparecieron en el umbral. El semblante del príncipe habia cambiado enteramente, teniendo la suave espresion de la confianza y la bondad.

—Perdonad, señor, dijo Hesse, si incomodamos á V. A. á hora bastante intempestiva; pero en cierto modo nos disculpan las graves y muchas atenciones que continuamente nos rodean.

—Nada tengo que perdonar: mis amigos pueden visitarme á las horas que mejor les plazca, y desde mañana, que empiezo á ejercer mis nuevas funciones, todo ciudadano de Bruselas encontrará mis puertas francas á la hora que mejor le cumpla.

—El dia de mañana, señor, será para todo el Brabante de un estrordiario placer.

—Haré cuanto pueda, señores, para consolidar la paz en estas hermosas privincias, promoviendo los intereses generales, y no descuidando el particular de los que presten ó hayan prestado grandes servicios á S. M. y al pais.

—Mañana, dijo Lalain, puede inaugurar V. A. su gobierno con actos que satisfagan las esperanzas concebidas por los Estados y por el pais en general.

—¿Si tuviérais la bondad, conde, de indicarme algunas medidas?

—V. A. puede leer esta reverente peticion, y quizás encuentre en ella algunas leves indicaciones, que sancionadas por V. A., serán un magnífico. . .

—¿Principio de gobernar á los flamencos?

—V. A. mismo juzgará.

El austriaco tomó el pergamino que las peticiones contenia, lo leyó detenidamente, y sonriéndose contestó:

—Hubiera creido mas conveniente hacer al pueblo algunos beneficios materiales; pero si los Estados creen que necesitan poner claros sus privilegios ó derechos, no desecharé sus peticiones.

—Escarmentadas las provincias con el poco respeto que muchos de los antecesores de V. A. han tenido á sus privilegios, han creido prudente cimentarlos sobre sólidas y anchas bases, no dejando nada al arbitrio y mala ó buena voluntad de los sucesores de V. A.

—Yo creia que el *edicto perpétuo* era bastante garantía.

—No hay duda que en él están fijas las principales bases; pero. . . .

—Bien, conde: estoy muy dispuesto á satisfacer á los señores diputados. Tomad, baron, el pergamino, é id leyendo capítulo por capítulo, para dar respuesta á todos ellos. Tú, Escobedo, toma una pluma y vé anotando mis respuestas en cualquier pedazo de papel, que quiero entregarlas mañana con la mayor solemnidad á los señores diputados.

El baron tomó el pergamino, y Escobedo se colocó, por casualidad ó de intento, en la misma mesa sobre la cual habia puesto D. Juan poco antes su rica y triunfadora espada.

—Leed, señor baron, dijo el austriaco colocándose enfrente de él y apoyándose sobre la mesa.

El baron de Hesse vaciló un momento, pero animado por una mirada de Lalain, empezó en los términos siguientes:

—Capítulo primero: Deseamos que aleje de su compañía á cuantos estranjeros le rodean, para que mal no le aconsejen.

—Adelante: dijo D. Juan.

—Capítulo segundo: Pedimos que permita á los Estados generales estar congregados en Bruselas todo el tiempo que crean conveniente, que cuanto antes convoque junta general de las provincias, y que ejecute sus decretos.

—Me place que los Estados generales continúen reunidos todo el tiempo que consideren necesario, aunque al mismo tiempo deseo que abrevien cuanto les sea posible, para convocar en seguida la junta general de las provincias: dictó el príncipe D. Juan á Escobedo.

—Capítulo tercero: Pedimos que los Estados generales puedan conservar los soldados que tienen levantados á su costa, mientras lo juzguen oportuno.

—Pueden conservar los soldados, siempre que acaten, como deben, la autoridad real, representada por el gobernador de las provincias.

—Capítulo cuarto: Pedimos que confirme á los diputados en el ejercicio de sus funciones, hasta que reunan el dinero necesario para pagar los muchos créditos que tienen en contra.

—Los confirmo, como he dicho antes, en el ejercicio de sus funciones: pueden arbitrar todos los medios que crean convenientes para reunir fondos, sin sobrecargar á determinadas provincias.

—Capítulo quinto: Pedimos que los diputados de cada provincia puedan reunirse en su capital sin consentimiento del gobernador de la misma.

—Antes de reunirse los diputados de cualquiera provincia, darán parte al gobernador general, como es de ley y de costumbre.

—Capítulo sesto: Pedimos que apruebe la *liga* entre nosotros efectuada, y que la confirme por decreto del consejo de estado.

—Apruebo y aplaudo de la liga todo lo concerniente á la religion católica, á la ejecucion del *edicto perpétuo* y conservacion de los privilegios de los Estados.

—Capítulo séptimo: Pedimos la pronta salida de los soldados españoles.

—He comunicado mis órdenes muy terminantes, y bajo la conducta del conde de Mansfeld, se encuentran camino de Italia los tercios castellanos.

—Capítulo octavo: Pedimos declare, que en virtud del capítulo quinto del *edicto perpétuo*, se restituya á cualquier Estado el privilegio, libertad ó uso de que hubiere sido despojado.

—Quiero que si alguna provincia, ciudad ó pueblo tiene perdido algun buen uso ó privilegio, lo pida, porque se lo restituiré en breve y con la mayor voluntad.

—He leido el último capítulo, y nada mas tengo que añadir: dijo entonces el baron de Hesse.

—¿Habréis notado, baron de Hesse, que no he contestado al primero? repuso D. Juan.

—Y era, señor, dijo Lalain, el mas importante quizás.

—Estais equivocado, conde; y aunque no contesto por escrito, por juzgarla trivial ecsijencia, os contestaré de palabra. El que despacha, con la rapidez que lo he hecho, un tan importante negocio, no necesita consejeros que le inclinen á mal obrar: y por tanto, los pueblos de Flandes no tienen nada que temer de los poquísimos estranjeros que se agrupan á mi alrededor. Pocos son, señores, muy pocos: podeis contarlos, si quereis. Juan de Escobedo, mi secretario; Octavio Gonzaga, mi amigo; Andrés de Prada, Juan Bautista de Tarsis, y una docena de criados. Ya veis que con esta falanje, y los ochenta mosqueteros de mi guardia, á las órdenes de Ariscot, flamenco de gran nombradía, no conquistaré ningun imperio. ¿No lo creeis así, baron de Hesse?

—V. A. tiene razon: replicó el baron sonriyendo.

—Por lo demás, prosiguió D. Juan, podeis anunciar á los diputados la respuesta que tendrán mañana oficialmente; asegurándoles al mismo tiempo, que siempre me hallarán dispuesto á satisfacerlos en todo cuanto pueda contribuir al bien general de las provincias.

—Repetirémos las palabras que hemos tenido la honra de oir de los labios de V. A.: y siendo mas de media noche, creemos prudente retirarnos para no impedir. . . .

—He pasado alguna parte de mi vida en los campamentos, y descanso cuando nada tengo que hacer. Hemos terminado la discusion de los intereses generales; pero quiero llenar un deseo antes que amanezca, señores.

El baron y el conde guardaron un silencio de asombro ó duda, y D. Juan prosiguió:

—Vos, baron, habeis tenido mucho tiempo el mando militar de Bruselas, prestando en él grandes servicios, y al dejarlo es justo que S. M. os recompense. Aquí teneis un privilegio por el cual se os consigna, sobre las rentas de la corona, una pension vitalicia de seis mil florines; y aquí teneis el primer acto de autoridad que ejerzo en Bruselas, baron.

D. Juan entregó un pliego al baron, y dirijiéndose á Lalain, prosiguió diciendo:

—Vos, conde, habeis ejercido en lo civil el mismo omnímodo poder que el baron en lo militar, y al despojaros de funciones tan estimadas é importantes mereceis una recompensa en consonancia con vuestro mérito. Este pliego encierra vuestro nombramiento para consejero de estado; y es el segundo acto de autoridad que tengo el gusto de ejercer.

D. Juan entregó un pliego á Lalain, y continuó:

—Ahora, señores, podeis disfrutar el reposo que quizás os es necesario.

El baron y el conde saludaron al jóven príncipe con muestras de agradecimiento, y se alejaron de la estancia.

—¿Qué dices, Gonzaga, de estos hombres? preguntó el austriaco á su amigo.

—Que son los mas pérfidos enemigos de S. M. y de V. A.

—Los he halagado, como has visto, pero han sentido mucho el trueque.

—Efectivamente no les habeis dado lo que merecen, pues debian ocupar los puestos de los condes de Egmont y Horn (1).

—¿Por qué te has colocado, Escobedo, en esa mesa, embarazada con mi espada y mi sombrero, prefiriéndola á cualquiera otra?

—Para recordar a esos señores, que cuando acaben de deshojar el ramo de oliva de Felipe II quedará la espada de D. Juan.

CAPÍTULO III.

UNA PALABRA IMPORTANTE.

Ya hemos dicho que el palacio del príncipe de Orange se hallaba en lo mas alto de la ciudad, y á corta distancia del palacio del gobernador.

Sus torres y sus pabellones, ennegrecidos con ese barniz que prestan los años á la piedra, atestiguaban su antigüedad, sin recurrir á su arquitectura ni á un letrero casi imperceptible, que remontaba su construccion á mediados del siglo XI. Su dueño, Guillermo de Nassau, no lo habitaba á la sazon, pues gobernando en nombre de Felipe II las provincias de Holanda y Zelanda, se habia formado una especie de corte, tenia un ejército numeroso, y mandaba despóticamente en aquella parte de los Paises Bajos españoles. El nombre de Felipe II era un especioso pretesto, pues á mas de no reconocer la autoridad del gobernador general, levantaba un muro entre los súbditos y el rey, esten-

(1) Los condes de Egmont y de Horn, fueron decapitados en Flandes de órden del gran duque de Alba.

diendo como un apóstol, y como un monarca protejiendo la naciente secta de Calvino.

Aunque seriamente ocupado en cuidar del pequeño reino que se iba formando poco á poco, no renunciaba á la influencia que habia ejercido poco antes en las otras quince provincias; llevando tan lejos su plan, que pensaba formar con ellas una república ó un reino enteramente independiente de los monarcas españoles: importándole poco la forma, con tal que adquiriera realmente una omnímoda autoridad.

No queriendo poner su persona á merced de D. Juan de Austria ni de los Estados generales, pues el calvinista no contaba con las simpatías de los católicos; preparaba sus maquinaciones á distancia, y tenia en Bruselas á Felipe de Marnis, hombre de intrigas y de accion, para que llevara á buen término sus cautelosas y viles tramas. Felipe creyó conveniente, para aumentar su autoridad con los partidarios de Orange, alojarse en el palacio de Nassau, y desde él dirijia sus tiros al indefenso D. Juan de Austria.

Despues de su visita á Estraten, volvió al magnífico palacio con vivas señales de disgusto, por no haber logrado del herrero lo que parecia interesarle. Cruzó el atrio pausadamente, subió la magnífica escalera, atravesó una gran galería, tapizada con los retratos de cuerpo entero de la familia de Nassau, y entró en una gran biblioteca, rica en preciosos manuscritos, cuidadosamente recojidos por algunos príncipes de Oranje.

Durante su marcha habia perdido una parte de su mal humor, pero parecia preocupado con nuevos y sombríos proyectos. Arrojó sobre una ancha mesa su sombrero de grandes alas, y echándose de bruces en el mampirlan de una ventana, paseó sus miradas inquietas por aquella ciudad de luz, que se reclinaba á sus piés. Poco llamaron su atencion las torres de las siete iglesias, contentándose con dirijirlas una sonrisa de desprecio; pero otro punto luminoso agolpó la sangre á sus mejillas, tan pálidas ordinariamente, é hizo brillar sus ojos redondos y azules, como brillan los del feroz gato montés; porque formaban el grupo luminoso varias galeras españolas. Como herido de tanta luz volvió su cabeza con ira, y descubrió la masa negra y silenciosa del palacio del gobernador, mas elevado que el de Orange, y que parecia decirle: "Puedo hundirte, aunque sea en mi propia caida."

A la vista de este palacio rechinó los dientes con furia, se retiró de la ventana, tomó una pluma, escribió dos ó tres palabras; mas interrumpiéndose de improviso, dijo:

—No es tiempo todavía; esperaré que vengan y entonces....

Ahogó una frase entre sus labios, puso los codos sobre la mesa, apoyó la cabeza en sus manos, y permaneció mas de una hora en profunda meditacion. Como por impulso magnético se levantó repentinamente y asomó de nuevo á la ventana. El aspecto de la ciudad notablemente habia variado. Las luces se iban apagando con mas ó menos rapidez, y en los brillantes trasparentes quedaban unos surcos negros semejantes á las arrugas que traza la mano del tiempo en el rostro de una beldad. Una sonrisa de desden plegaba los labios de Felipe, al ver como disminuian aquellas antorchas de fiesta, y le halagaba el triste aspecto que iba tomando la ciudad; muy semejante al de un cementerio escasamente iluminado por el huérfano y la viuda en aniversario funeral.

El reloj de San Nicolás señaló las doce; Felipe se retiró de la ventana, y tomó asiento en la misma silla que habia ocupado poco antes. Un lijero ruido de pasos empezó á oirse al estremo de la galería, Marnis fijó toda su atencion, y dijo con tono impaciente:

—Oigo los pasos de tres personas, y deben venir dos no mas.

Los pasos cesaron y la puerta de la biblioteca se abrió, apareciendo en ella el baron de Hesse y el noble conde de Lalain.

—Me habré equivocado, murmuró Marnis, y continuó dirijiéndose á los recien llegados: Señores, me habeis hecho esperar lo bastante para poner á prueba mi paciencia.

La puerta no se habia cerrado; un tercer personaje apareció en ella y dijo con aire risueño:

—Buenas noches, Felipe de Marnis.

Felipe vaciló un momento, y replicó tranquilamente.

—Buenas noches, duque de Ariscot.

—¿No me esperabais?

—No por cierto: pero tampoco me sorprende que acompañeis á estos señores.

—Me invitaron á venir á veros y he condescendido con gusto.

—¿No se ofenderá D. Juan de Austria?

—¿Por qué?

—Como soy calvinista, y él y vos sois buenos católicos.

—Dejemos, Felipe, esas cuestiones.

—Como querais, duque de Ariscot. ¿Qué hay de nuevo?

—El baron y el conde, que vienen de hablar con el gobernador, podrán darnos buenas noticias.

—Con efecto, dijo Lalain. Hemos presentado á S. A. la peticion de los Estados.

—La habrá recibido con su amabilidad de costumbre, y guardado para no hacer despues caso de ella.

—Os equivocais de medio á medio.

—Habrá llevado su condescendencia hasta leer algunos renglones.

—Mucho mas.

—Habrá hecho el esfuerzo inaudito de leerla toda.

—Mas, Felipe.

—Esplicaos por Dios, noble conde, que me vais poniendo en cuidado.

—Despues de haberla leido atentamente, la entregó al baron de Hesse, y le dijo que repitiera la lectura.

—¿El baron leyendo? ¡Vive Dios que esto va picando en historia!

—La leí capítulo por capítulo, replicó el baron,

ofendido de que Marnis se chanceara sobre su modo de leer.

—¿Y el príncipe tuvo la paciencia de escucharos atentamente?

—El príncipe fué dando respuesta á sus capítulos uno por uno.

—¿De veras, baron?

—De veras, Marnis.

En el semblante de Felipe se retrató una estraordinaria ansiedad, y preguntó con mas instancia:

—¿Qué ha dicho el príncipe?

—Ha concedido.

—¿Todo?

—Con una modificacion y una reticencia.

—Sepamos.

—La modificacion consiste, en que las juntas provinciales no tendrán efecto, sin dar parte al gobernador general.

—Está apoyado en la costumbre.

—Así lo ha dicho en su respuesta.

—¿Y la reticencia?

—La reticencia es, que nada habla de los estranjeros que le rodean.

El rostro de Felipe de Marnis fué tomando todos los colores del iris, pues condescendiendo Don Juan de Austria con cuanto pedian los Estados, no encontrarian sus enemigos un pretesto para malquistarlo con los representantes del pais, y principalmente con el pueblo. Esta idea atormentaba á Marnis, y como el náufrago que busca una tabla, por frágil que sea, preguntó al baron:

—¿Esa respuesta no la habrá dado por escrito?

—Os equivocais nuevamente; se la notó á su secretario, que la fué escribiendo en buena letra, y mañana será entregada á los Estados generales.

—¿A qué hora?

—Despues del *Te-Deum*, dijo Ariscot, que ha de cantarse en Santa Gudula.

—No me acordaba, señor duque, que sois el capitan de la guardia de S. A. ¿Sabeis algunos pormenores sobre la funcion?

—Sí, por cierto. Acabado que sea el *Te-Deum*, habrá un magnífico refresco en la sacristía de la iglesia.

—¿Y habrá algo notable en él?

—Una cosa muy insignificante en verdad, pero que encerrará un recuerdo muy grato para el jóven príncipe.

—¿Alguna sorpresa?

—Un pequeño turbante de huevos moles, igual en todo al que llevaba el capitan Bajá en la batalla de Lepanto.

—¿Habeis dicho, si no me engaño, que el turbante será pequeño?

—Solo comerá de él el príncipe.

—¿Y quieren que lo apure todo?

—Ciertamente.

—Para significar que destruye el imperio de la media luna. Hay reposteros ingeniosos, que merecian ser gobernadores de las quince provincias reunidas. ¡Qué buenas cosas puede saber un capitan de mosqueteros!

—¡Si supiérais todas las que yo!

—¿Tanto sabeis?

—Sé las dos primeras gracias que el príncipe ha resuelto hacer en uso de su autoridad.

El baron y el conde cambiaron una mirada de despecho.

—Recaerán sin duda, dijo Marnis, sobre los menguados estranjeros.

—Os equivocais de medio á medio, usando la misma palabra que el baron y el conde hace poco.

—¿Pues en quiénes recaen?

—En dos flamencos.

—¿Me diréis sus nombres?

—Al instante: la primera, que consiste en seis mil florines de pension, recae en el señor baron de Hesse; y la segunda, mas moderada, pues es un despacho de consejero, en el conde de Lalain.

Felipe lanzó una mirada de desconfianza á los dos nobles agraciados, y dijo:

—Guardabais, señores, una nueva tan agradable de un amigo nada envidioso.

—Ha prevenido nuestros deseos el señor duque de Ariscot, respondió el conde de Lalain.

—Vale mucho un amigo oficioso, replicó Marnis con malicia: y levantandose de su asiento, se asomó de nuevo á la ventana.

—¿Qué mirais? preguntó el baron.

—El reloj de San Nicolás, que marca la una.

—Y nos recordais que es hora de dormir.

—No hay duda que se va haciendo un poco tarde.

—Pues hasta mañana, amigo mio.

—Hasta mañana, caballeros.

El duque saludó á Felipe, y le dijo en tono sarcástico:

—Cuando necesiteis algunas noticias, preguntadlas al capitan de la guardia del príncipe.

Salieron los tres caballeros, Marnis tomó el mismo papel en que habia trazado algunas palabras, y prosiguió escribiendo:

"Para las ocho de la mañana un turbante de huevos moles, en todo igual al que ha de servirse mañana en el templo de Santa Gudula."

Despues agitó una campanilla de plata, y dijo á un criado que se presentó:

—Lleva esta carta á la torre de los *Tres Cipreses*, y entrégala á maese Genaro.

—Estará durmiendo.

—No importa.

—¿Y si no responde?

—Pronuncia mi nombre en voz alta.

—Haré, señor, lo que mandais.

En este momento se oyó la voz del conde que gritaba:

—¡Os habeis perdido, señor duque!

—¿Has oido una voz? preguntó Marnis.

—Será el grito de alguna corneja que revolotea á su sabor en los torreones deshabitados.

—Bien puede ser: vé diligente y traeme pronto la respuesta.

El criado se inclinó con respeto, cruzó un obscuro pasadizo, bajó una tortuosa escalera, y saliendo por una puertecilla estrecha, desapareció entre las frondosas alamedas que formaban las avenidas

de las infinitas casas de placer, situadas entre el doble recinto de los muros de la ciudad.

CAPÍTULO IV.

UN TURBANTE DE HUEVOS MOLES.

Siguiendo el antiguo testimonio de Jacobo de Guisa, Bruselas tuvo principio en una torre que levantaron una falanje de aventureros venidos de la Gran Bretaña, para hacer desde ella correrías á las provincias inmediatas, y poner en cobro los tesoros que acopiaban con sus rapiñas. La fertilidad del terreno y la salubridad del sitio, la convirtieron rápidamente en una ciudad populosa, y á principios del siglo XII estaba ceñida de una muralla con siete puertas, y por varias torres defendida. Este recinto pareció estrecho dos siglos despues, y en 1357, Wenceslao, duque de Brabante, levantó una muralla á una milla larga de la antigua; dejando entre los dos recintos diversas arquerías, palacios y casas de placer, con estensas praderas surcadas por los canales del rio Sena, que ofrecian abundante pasto á rebaños muy numerosos.

Entre los campestres edificios, se alzaba una especie de polígono, coronado por una torrecilla bastante elevada, y cerrada como los minaretes egipcios. Al rededor de este polígono crecian tres cipreses jigantescos, que daban nombre al edificio; y en su centro vivia tranquilo maese Genaro, temido del vulgo por sus filtros, y respetado de los sabios por sus conocimientos químicos.

El laboratorio de maese Genaro se encontraba en lo mas alto de la torrecilla, y frecuentemente salian algunas columnas de humo por unos tubos de metal puestos en la media naranja. En el interior del laboratorio se veian hornillos, crisoles, retortas, alambiques, piedras, plantas, licores y metales; todo colocado por su órden en anchos estantes de nogal, ó espaciosas mesas de mármol.

La figura de maese Genaro no tenia nada de repugnante: sus blancos cabellos estaban cuidadosamente peinados y sujetos con un gorro de seda negro; una especie de túnica azul cubria su pequeña estatura, y sus grandes ojos brillaban de inteligencia y de codicia. Era mas de media noche; el químico estaba sentado en un ancho sillon de baqueta, animando con un pequeño fuelle el combustible de un hornillo, y á cuatro pasos de distancia estaba un jóven de veinte y tres años, alto, blanco, de facciones toscas y de mirada casi estúpida. Este jóven miraba al sabio, como quien desea algun favor que teme pedir, y al mismo tiempo echaba golosas miradas á un turbante de huevos moles, que se hallaba sobre una mesa en una bandeja de plata.

—¿En qué piensas, Guillermo, en qué piensas? le preguntó maese Genaro.

—Pienso, pienso....

—En hacerme alguna pregunta y no te atreves.

—Cabalmente cuando yo decia.... cuando yo decia....

—Que adivino lo que tú piensas.

—Cabalmente: y que sois capaz de adivinar todo cuanto querais.

—¿De veras?

—Por eso he venido á traer esa pequeña golosina.

—Pues yo creia reducido todo tu interés á que te pintara cuanto antes un turbante de huevos moles, usando colores vejetales que no puedan hacer ningun daño al ilustre D. Juan de Austria.

—Eso ha sido solo un pretesto. ¿Habia de venir un hombre como yo, hijo único de Jorge Matren, el posadero mas rico de Brabante, para semejante bagatela?

—¿Pues entonces, para qué has venido?

—Me iré esplicando poco á poco. Yo conozco mucho al que ha hecho esa preciosa golosina, tenia que traerla, segun dijo: á mí me pesaban en el bolsillo cinco ó seis florines de oro, y me dije: Ánimo, Guillermo: apodérate de esta golosina, y vé á la torre de los *Tres Cipreses*, que allí te diran lo que deseas. Esa es la parte de la historia; aquí teneis los seis florines para ayuda de vuestros gastos.

El jóven presentó á Genaro los seis florines con arrogancia, y el anciano los arrojó sobre una mesa con desprecio.

—¿Qué quieres saber? preguntó el químico.

—Mi padre me ha dicho: Guillermo, he pedido á Cornelio Estraten, el armero mas rico del Brabante, la mano de su hija para tí.

—¿Y bien?

—Yo quisiera saber lo que responderá la chica.

—Ella lo pensará.

—Pero....

Dieron dos golpes á la puerta.

—¡Ella lo pensará! repito.

Otros dos golpes resonaron:

—Pero, pero....

—¿Me parece que llaman?

—Pero....

—Felipe de Marnis, gritaron.

—Silencio, dijo Genaro levantándose; y haciendo bajar á Guillermo una escalera de caracol, le dejó encerrado en un aposento y abrió la puerta de la torre al mensajero de Felipe.

El químico tomó la carta, y leyó estas pocas palabras, escritas por Felipe de Marnis antes que entraran los tres nobles.

"Veneno que mate como el rayo, quinientos florines de oro...."

Estaba interrumpida la línea, pero mas abajo se leia:

"Para las ocho de la mañana un turbante de huevos moles, en todo igual al que ha de servirse mañana en el templo de Santa Gudula."—*Marnis.*

El químico abrió su cartera, escribió con lápiz en una hoja, la arrancó y entregó al criado. Cerró la puerta, sacó á Guillermo de su encierro y entraron juntos en el laboratorio del sabio.

Maese Genaro se acercó al hornillo, avivó el fuego nuevamente, y con una pequeña espumadera sacó la espuma de un líquido rojo que hervia en una cacerola de azofar. Despues se aprocsimó á Guillermo, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—¿Estás, jóven, muy enamorado de la hija de maese Cornelio?

—Muy enamorado, y vuestra respuesta no ha puesto término á mis dudas.

—Y sin embargo, mi respuesta ha sido la verdad. Con todo, puedes preguntar á tu padre y sabras cuanto te interesa.

—¿Y cuando podré preguntarle?

—Guillermo, despues del medio dia.

El químico volvió á espumear su licor, lo separo luego de la lumbre y puso á enfriar en una vasija de agua. Cuando le pareció bastante frio, se llegó á un grande escritorio, con embutidos de carey, marfil y bronce; lo abrió con una llavecita que colgaba de su cintura, y de un cajoncito, que se abria con el auesilio de un resorte cuidadosamente disimulado, sacó un pomito de oro, con tapon del mismo metal. Lo abrió con notable cuidado, y acercándose á la cacerola, vertió en ella una gota del tamaño de una perla pequeña, con la que fermentó el licor, del mismo modo que la cal echandola gotas de agua.

—Maese Genaro, dijo Guillermo, me parece que ese licor no hace buena liga con el otro.

—Al contrario, replicó el químico; son como los buenos amigos, que primero deben reñir. Mira como van haciendo las paces.

Con efecto, aquella efervescencia se fué calmando poco á poco, y en el fondo de la cacerola quedó un líquido color de púrpura. El anciano lo trasladó á una pequeña copa de vidrio, tomó un pincel, y procedió á teñir de rojo el turbante, con un esmero que mostraba el mucho gusto que tenia en tan estraña ocupacion.

—Estoy pensando, maese Genaro, que los sabios sirven para todo; dijo Guillermo, como hombre que deja resuelto un problema.

—A lo menos sirven para mucho.

—Y lo conozco por esperiencia. Hace poco fuísteis adivino, y ahora estais siendo repostero; despues....

—Seré tal vez un hombre que....

El químico se interrumpió, como si hubiera ido á decir alguna estraña necedad, y señalando al posadero el turbante de huevos moles, le dijo con falsa sonrisa:

—Señor mandadero, he terminado mi trabajo y puedes llevarte al momento esa delicada golosina.

—¿Qué se debe? preguntó Guillermo amostazado.

—Di al repostero, tu señor, que entre sastres no median hechuras.

Y tomando el sabio su linterna, condujo al jóven posadero hasta la puerta de la torre.

Se alejó Guillermo, y el químico se detuvo algunos momentos á respirar el aire puro y embalsamado de las noches de primavera. Un manso arroyuelo corria al pié de la torre de Genaro, y un florido seto de rosales la circundaba en derredor. De entre los rosales salió un hombre embozado en una ancha capa, y dando al químico una palmada sobre el hombro, le dijo:

—Buenas noches, maese Genaro.

El anciano volvió la cabeza con notables muestras de inquietud, creciendo ésta de punto al ver la cautela del embozado, que seguia recatando el rostro. El químico cobró al poco tiempo una parte de su sangre fria, y le preguntó:

—¿Quién sois?

—Un hombre que respeta tus talentos químicos y no teme tus filtros, Genaro.

—¿Vuestro nombre?

—Nada te importa.

—¿Qué buscais?

—A maese Genaro.

—¿Para qué?

—Para hacerle aquí mismo una proposicion.

—Hablad.

—A las once y media entró aquí Guillermo Matren, hijo del rico posadero de la plaza del Arenal, trayendo un turbante de huevos moles, que debe servirse mañana en la iglesia de Santa Gudula.

—Me lo trajo, para que le diera color.

—Lo sé. A las doce y media ha llegado un criado de Felipe de Marnis con una carta para tí.

—No ha traido carta.

—Maese Genaro, son inútiles las mentiras.

En el mismo dintel de esa puerta, y á la luz de aquella linterna, leiste lo que Felipe te escribia: despues abriste tu cartera, escribiste con lápiz en una hoja, la arrancaste y diste al criado, guardando la carta de Marnis en el bolsillo de tu ropon.

—Pero....

—Todo lo sé, maese Genaro, Guillermo ha salido ahora mismo, con el turbante preparado por el químico de la torre.

—Pero....

—No tienes que temer si aceptas la proposicion que voy á hacerte.

—Hablad.

—Te daré mil florines por la carta de Felipe de Marnis.

—¡Imposible!

—Pues en ese caso serás degollado mañana.

—No teneis pruebas.

—En primer lugar, tengo la carta que conduces, y que no podrás destruir sin que mi daga penetre hasta tu corazon; en segundo, la deposicion de Guillermo.

—¿Y el príncipe de Orange?

—¿Qué importa? Si me das la carta, mañana te entregarán los mil florines; si no, me seguirás ahora. Elije pronto.

—Mas....

—¡Genaro!

El químico sacó la carta con singular abatimiento, y se la entregó al embozado: éste la leyó con alborozo y dijo á Genaro:

—Mañana te entregarán los mil florines.

CAPÍTULO V.

LA GRUTA DE LA MAGDALENA.

Por bajo los arcos y pórticos del palacio del gobernador, se pasa á sus jardines y á su parque, los

mas estensos y magníficos que se ven en toda Bruselas. Se presenta en primer lugar una deliciosa pradera, sobre cuyo césped florido corren los caballeros cañas, ó se disputan la sortija. Una copiosa fuente, que mana del interior de una honda gruta, fertiliza todo este terreno, llenando un estanque poblado de anades y cisnes, y perdiéndose despues en cascadas murmurantes y juguetonas.

Como término de la pradera, se encuentra un hermoso *parterre*, con muros de flores y verdura, y vistosos juegos de agua en una fuente colosal que se deja ver en su centro. Del *parterre* se pasa al parque, poblado de abundante caza, que se alberga en un gran número de grutas, entre las cuales se distingue la llamada de la Magdalena, tanto porque representa el peñasco de *Sainte Baume* en la Provenza, cuanto porque brota innumerables fuentes y arroyos, que dividiéndose en varios canales llevan agua á las demas grutas. Vamos á entrar en su interior en la mañana del 4 de Mayo de 1577.

Brillantes cristalizaciones cubren la bóveda y los muros, medio dorados por los rayos de un hermoso sol de primavera, que penetran penosamente por las ajimeces naturales de aquel palacio de cristal, ó mas propiamente de nacar; pues presentando sus cambiantes tiene su blando tornasol. Las formas de sus estalactitas son tan caprichosas y varias, que unas representan reptiles, peces otras, algunas flores, y el mayor número raices; especie de lianas trasparentes, como los pilares que sustentan aquella bóveda brillante. Ni la menor planta vejeta en el interior de esta gruta; pero en cambio cubren su entrada y la ciñen por todas partes abundantes tallos de vides, con su verde mate y obscuro, que reflejan y reproducen las trasparentes estalactitas.

En unas partes hierve el agua, brotando por entre las guijas, en otras sale con estruendo de una cavidad subterránea, destila en varias de la bóveda, y en mil se desprende del muro por unos estrechos surtidores que forman sus mismas cristalizaciones.

En el interior de esta gruta está sentado D. Juan de Austria, y una profunda melancolía anubla sus nobles facciones, tan espresivas y tan bellas. Obligado á lidiar sin armas contra pérfidos enemigos, y á manifestar rostro sereno, busca ansioso la soledad, para suspirar libremente: que un suspiro desahoga al alma como al corazon una sangría.

D. Juan suspiró profundamente, y una voz que parecia salir de un copioso cauce de agua, preguntó:

—¿Suspiras, D. Juan?

El austriaco dirijió sus miradas con rapidez á varios parajes; pero nada pudo descubrir, y solo oyó el eco de la gruta que repetia:

—¿Suspiras, D. Juan?

A esta repeticion del eco siguió la voz, que hablaba entonces desde lo mas alto de la bóveda, preguntando:

—¿No me has oido? Te he dicho: ¿Suspiras, D. Juan?

El jóven se estregó los ojos, para convencerse que no soñaba, y mientras el eco repetia pausadamente las palabras pronunciadas momentos antes, la voz dijo en otro lugar:

—¿No quieres, D. Juan, responderme?

La sorpresa del bizarro príncipe se desvaneció con rapidez, y aunque no sabia cómo ni quién le estaba dirijiendo la palabra, respondió con jovial acento:

—En vano pretenderia negarte un secreto que has sorprendido.

—¿Y por qué suspiras?

—Porque padezco.

—¿Tienes amores?

—Puede ser.

—Tienes fama de galanteador.

—Reputaciones usurpadas.

—¿Eres inconstante?

—Jamas.

—Dicen que de todos los animales, el mas inconstante es el hombre.

—La observacion es ingeniosa.

—¿Te agrada?

—Sí, pero debes añadirla, que de todos los elementos el mas variable es la mujer.

—Tambien te precias de discreto.

—No mucho. Tu dulce voz y tus razones me están diciendo que eres dama. ¿Quieres presentarte á mi vista?

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Por una razon muy poderosa.

—¿Quieres decírmela?

—Porque no quiero.

—Es la razon mas concluyente.

—Y tambien la mas verdadera.

—¿Me dirás tu nombre?

—Puede ser.

—Ya te escucho.

—Todavía es temprano.

—¿Te he visto en alguna ocasion?

—Sí, D. Juan.

—¿He hablado contigo?

—Alguna vez.

—No conozco tu voz.

—Lo creo.

—¿Por qué?

—Porque la desfiguro.

—¿Eres hermosa?

—Tú lo has dicho.

—¿Estás enamorada?

—Quizá sí.

—¿De quién?

—De un príncipe magnánimo.

—¿Por qué has venido aquí?

—Por verte.

—¿Segun eso yo soy el príncipe de quien estás enamorada?

—No adivinas mal, ó á lo menos eres presumido.

—Lo he sido una vez en mi vida, segun acabas de manifestarme; pero algunas de tus palabras parecian dirijidas á mí.

—¿Lo magnánimo, por ejemplo?

—Lo príncipe.

—Podria amar al príncipe de Orange.

—Tendrias mal gusto.

—¿Por qué, D. Juan?

—Porque le sobran algunos años, y le faltan muchos cabellos.

—Estás satírico.

—Así, así. Mas sentado que no me amas, ¿por qué has venido á verme?

—Yo no he dicho que no te amo.

—Pero lo supongo.

—Ahora me pareces muy modesto.

—Mas vale así.

—Voy á sacarte de tus dudas.

—Lo deseo.

—Te amaré ó no te amaré, príncipe.

—En vez de sacarme de dudas las aumentas dolorosamente.

—Si quieres salir pronto de ellas, contéstame con toda lealtad á una pregunta que voy á hacerte.

—Te doy mi palabra de honor.

—¿Estás enamorado?

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Pues en ese caso....

—¿Qué?

—Te adoro.

—Lo siento en el alma.

—¿Lo sientes?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no puedo pagarte ese amor con mi amor.

—¿Me desprecias?

—No te desprecio, pero me es imposible amarte.

—Esa franqueza....

—Es propia de un hombre que ha dado su palabra de honor.

—¿No me amas, príncipe?

—Amo á otra.

—¿No temes mis celos?

—Señora, dijo el príncipe con energía y dejando el tono de broma que habia conservado hasta entonces, ¿sabeis que me llamo Juan de Austria?

—¿Y quien lleva ese nombre?....

—No teme las asechanzas de los hombres, ni los celos de una mujer.

—Nuestras venganzas son terribles.

—No van mas allá del sepulcro.

—Pero emponzoñan una vida.

—Quien no teme el morir, señora, sabe vivir en el dolor.

Don Juan pronunció estas palabras con estraordinaria amargura: hubo un instante de silencio y la voz prosiguió:

—Pensad que os encontrais en mi poder.

—No importa, señora, no importa.

—De cada hendidura de esta gruta puede partir una saeta que atraviese vuestro corazon.

—De cada mosquete de los arcabuceros flamencos puede salir, señora, una bala contra el gobernador de Flandes, y sin embargo me presento con una ropilla de seda ante los señores mosqueteros.

—¿No temeis mi furia?

—Repito que no sabe temer Juan de Austria. Si podeis ver desde ahí mi rostro, lo contemplaréis tan sereno como en la sala de un festin.

Nuevo silencio se siguió á las palabras del austriaco; el rostro del príncipe se animó con una lijera sonrisa, y la voz, que parecia salir de los mismos piés de Don Juan, prosiguió:

—Sé que eres valiente y he hecho muy mal en pretender intimidarte: me has dicho que no me amarás, pero quiero hacerte una súplica.

—Puedes pedirme cuanto quieras.

—¿Me concederás tu amistad?

—¿Mi amistad?

—Dudas en concederla á una persona desconocida; pero esta persona te jura por Jesucristo crucificado, que no tendrás que arrepentirte. ¿Quieres concederme tu amistad?

La discusion iba tomando un carácter triste y solemne; Don Juan estaba poseido de un respeto supersticioso, y aquella voz dulce y sonora manifestaba una conmocion mas espresiva por la lobreguez del lugar. Pasado un instante de silencio prosiguió la voz:

—¿Quieres concederme tu amistad?

—¿Me prometes no abusar de ella en perjuicio de nadie?

—Lo prometo.

—Pues juro por el nombre de mi padre ser tu amigo.

—Gracias, Don Juan. ¿Conoces la historia romana?

—La conozco.

—¿Te acuerdas de Numa Pompilio?

—Me acuerdo.

—¿Cómo consiguió gobernar aquel pueblo de malhechores?

—Valiéndose de los consejos de la ninfa Egeria.

—Ninfa de una fuente, como yo.

—A la verdad que te pareces á la ninfa.

—Pues asemíjate al rey Numa.

—¿Me darás consejos?

—Te daré avisos.

—¿De qué manera?

—Muchas veces en esta gruta: otras donde Dios me ilumine.

—¿Tienes algo que participarme?

—Tú sabes, como yo, que pisas sobre un espantoso volcan.

—Lo sé.

—Tú sabes que estás solo contra innumerables enemigos.

—Enteramente solo, no.

—Se sacrificaran por ti, Juan de Escobedo, Octavio Gonzaga y otros dos ó tres españoles.

—Y algunos flamencos tambien.

—Pocos, Don Juan: pocos, poquísimos.

—No tan pocos.

—Estás rodeado de traidores.

—Y de leales.

—Mira. La.....

—Calla por Dios: te agradeceré que me avises algunas cobardes traiciones; pero no quiero saber los nombres de los que contra mí conspiran.

—Pues sabe al menos que están divididos en varias fracciones. Hay unos que conspiran contra tu vida, otros contra tu libertad, algunos contra tu poder, y el que menos quiere limitarlo. Encontrarás quien te defienda de la muerte para sujetarte entre las paredes de una torre, quien te libre de la prision para ponerte bajo su tutela, y quien te presente un caballo para que huyas á rienda suelta de las provincias que comandas. Todos saben, príncipe, la lealtad de tu bizarro proceder; pero finjen que tramas traiciones para legitimar las suyas. Has prestado cien mil florines, que jamás cobrarás.

—Lo sé.

—Has prestado cien mil florines para que salgan los españoles; y á pesar de que á jornadas dobles toman el camino de Italia, los acusan de perezosos, y á ti con ellos.

—Bien lo sé.

—Sin ejército, sin amigos, no podrás obrar libremente, y te llevarán como á un niño con andadores.

—No. Se engañan.

—Abandonado enteramente.....

—Abrirán aquí mi sepulcro, pero moriré con honor.

—Cuando pienses acometer alguna empresa descabellada, acuérdate de la mujer que amas y no te arrojes temerario.....

—Ella no me amará cobarde.

—Pero te adorará prudente.

Hubo un momento de silencio, y la voz misteriosa se oyó en el mismo paraje que la primera vez:

—Adios, Don Juan.

—¿Te alejas?

—Sí: Octavio Gonzaga se acerca.

En efecto, á pocos instantes apareció Octavio Gonzaga, y sacudiendo los tallos de las parras penetró en la profunda gruta. Pareció registrarla afanoso, hasta que descubriendo al príncipe dijo entre alegre y enojado:

—¿Os habeis dormido, señor?

—No, Gonzaga.

—Pues me habeis dado un buen susto.

—¿Por qué?

—Como no parecíais.

—¿Pues qué tengo que hacer ahora?

—Abrir es nada. Ir á la iglesia de Santa Gudula.

—Apuesto que falta una hora para que venga la comitiva.

—Una hora ecsactamente: pero teneis tanto que hacer.

—Veme diciendo.

—En primer lugar el almuerzo.

—Has llegado tarde.

—¿Por qué?

—Porque he almorzado en una linda lechería que hay en la pradera, huevos frescos y un gran vaso de leche de vacas.

—Alabo la frugalidad.

—Soy mas sobrio que un italiano.

—Teneis que vestiros.

—Te equivocas. Con la obscuridad no distingues que solo me falta la espada.

—Me parece que ese vestido....

—Nada deja que desear. Es un vestido de seda negra, tan severo como el de Felipe II. No quiero hacer ostentacion de vano lujo en una fiesta enteramente religiosa. Además, un gobernador debe presentarse tan grave como el mismo rey.

—En ese caso....

—Nos dirijirémos á mi alojamiento, para que los señores diputados, consejos, senado y regidores, vean que el nuevo gobernador no hace esperar un solo instante.

D. Juan tomó el brazo de Gonzaga, y los dos jóvenes salieron de la gruta de la Magdalena.

CAPÍTULO VI.

LA IGLESIA DE SANTA GUDULA.

La colegiata de Santa Gudula, principal iglesia de Bruselas, fué edificada por los primeros condes de Brabante y dedicada á S. Miguel, patron de la dicha ciudad. Mas Lamberto, conde de la misma, y Gerardo, obispo de Tournay, la reedificaron magníficamente, la decoraron con el mayor lujo, y consagraron á Santa Gudula, hija primogénita del conde Witardo y de la condesa Amelberga, descendientes de Carlo-Magno.

La fachada de esta hermosa iglesia está decorada con numerosas esculturas, levantándose sobre ella dos torres del severo órden gótico-germano, tan altivas como las pirámides que labraron los Faraones. Esta iglesia tiene dos capillas de distinta celebridad, pero á cual mas importante. En la de la izquierda se venera un copon de oro, en el cual se guardan tres hostias consagadas en memoria de un gran milagro, cuyos pormenores se ven en pinturas de bastante mérito, que tapizan todos los muros, y en varias inscripciones latinas cuidadosamente conservadas. La nave de la otra capilla está sostenida por doce pilares, en honor de los doce apóstoles, cuyas imajenes primorosamente trabajadas llaman la atencion de los viajeros. En el coro y nave se ven un gran número de sepulcros, llamando muy particularmente la atencion el que se encuentra delante del altar mayor, por el magnífico leon que está echado sobre su losa, y sus delicados bajos relieves. Los blasones de muchos ilustres caballeros de la órden del Toison de Oro están tallados sobre las sillas de los canónigos: monumentos que perpetúan rasgos de valor y nobleza que venerarán las edades.

Ricas colgaduras de damasco tapizan los muros del templo, y su pavimento está cubierto con magníficas alfombras de Bruselas primorosamente trabajadas. El altar mayor, iluminado por muchos centenares de velas simétricamente colocadas, presenta un *lábaro* de luz, como el que vió Constantino en el cielo, y á su rededor este lema: *In hoc signum vincis*.

Largos escaños de terciopelo carmesí estaban colocados en toda la estension de la nave, y en el presbiterio se alzaba un dosel con las armas, veros y cuarteles de la nobilísima casa de Austria.

El nuncio de Su Santidad y el señor obispo de Lieja, revestidos de pontifical y acompañados del abad, canónigos y capellanes de la colegial de Santa Gudula, estaban sentados en el coro, esperando que les avisaran la proximidad de D. Juan para recibirlo á la puerta.

El austriaco llegó á su cámara acompañado de Gonzaga, y profundamente preocupado con la singular conversacion que habia tenido en aquella gruta misteriosa. Juan de Escobedo, Andrés de Prada, el duque de Ariscot, el anciano conde de Barlamont, su hijo el señor de Hierges y Juan Bautista de Tarsis, esperaban al jóven príncipe, que los saludó cortesmente, apretando la mano á Barlamont, á quien respetaba como á un padre, por sus años y su prudencia.

—Me alegro mucho, dijo el príncipe, de encontrar reunidos en mi cámara á mis mas sinceros amigos.

—Señor, respondió Barlamont, todos los nobles desearian ocupar el honroso lugar que nos ha reservado V. A.

—Y es tan cierto, añadió Ariscot, que nuestros antiguos amigos nos miran con celosa envidia.

—No tienen razon, noble duque, repuso D. Juan sonriendo. Todos los nobles y plebeyos pueden acercarse á mi persona en todo lugar y á toda hora, y los nobles particularmente no tienen motivo para quejarse del gobernador general. Ayer reconocieron los Estados mi autoridad: anoche vinieron los dos jefes de la nobleza descontenta, el baron de Hesse y el conde de Lalain; estuvimos en esta propia cámara hasta mas de la media noche, discutiendo asuntos de grande importancia; y no debieron salir descontentos de los primeros actos del gobernador D. Juan de Austria.

—Hay hombres, repuso Ariscot, que sienten las pérdidas y no recuerdan las ganancias.

—¿Y esos hombres, duque?....

—Son el baron de Hesse y el inquieto conde de Lalain. Habeis dado, señor, al primero, una pension de seis mil florines; pero ha perdido su omnipotencia militar: habeis concedido al segundo una plaza de consejero; pero ha perdido su supremacía en lo civil.

—Si conservara cada uno la parte de poder que hasta ahora, nos encontraríamos en Bruselas tres gobernadores á un tiempo, ó mejor dicho, no habria ninguno.

—No defiendo, señor, la causa de los dos nobles ofendidos. Pero repito á V. A., que tiene muchos enemigos divididos en varias fracciones. Hay algunos capaces de atentar á la vida de V. A., á la libertad otros, y muchos al poder.

—Ariscot, dijo para sí el príncipe, ha nombrado tres de las cuatro clases en que mi ninfa dividió á mis cautelosos enemigos; el duque de Ariscot sin duda está afiliado en la que se calla.

Y alzando la voz prosiguió:

—Con el auxilio de Dios, señores, con un gobierno justo y suave, con la cordura de los flamencos y la lealtad de mis amigos, espero vencer la resistencia que me opongan los descontentos, calmar las pasiones irritadas, conciliar los ánimos, y hacer mucho en pro de la religion, del rey y de las provincias unidas.

Iba á contestar Barlamont, pero un paje le interrumpió, anunciando que habian llegado los consejos.

El austriaco se ciñó la espada, que permanecia sobre la mesa, tomó un sombrerillo de estrecha ala adornado con una pluma, y acompañado de su pequeña corte, se presentó en el salon al mismo tiempo que los tres consejos reunidos.

El baron de Rosinguen dirijió á D. Juan la palabra en nombre de los tres consejos, diciéndole:

—Los consejos de estado, hacienda y guerra, cumplen el mas grato deber, felicitando á V. A. al encargarse del gobierno de estas provincias. Los consejos esperan de principios tan sabios y magnánimos, prosperidad, paz y justicia.

—Agradezco, contestó D. Juan, la buena opinion que los consejos han formado de mi persona; y cuento con ellos para cumplir las sabias órdenes del rey.

Apenas dada esta respuesta, se presentó la chancillería del Brabante, y Enrique Chanoines, uno de sus miembros, dijo con voz firme:

—Señor: la chancillería del Brabante tiene el alto honor de felicitar á V. A., y espera recta administracion de justicia.

—La chancillería, tribunal del Brabante, administrará recta justicia con plena y amplia libertad; para corresponder á la confianza que ha depositado en ella el gobierno.

Poco despues se presentaron los diputados de las provincias, y el abad de Maroles, despues de pedir á nombre de la junta los mismos capítulos que habian presentado la noche antes el conde y el baron, terminó diciendo:

—Señor: la junta de los diputados cree que V. A., en cumplimiento del *edicto perpétuo*, y teniendo en cuenta los criminales desafueros que muchos de los antecesores de V. A. han cometido, no guardando los privilegios de las quince provincias reunidas, se apresurará á restablecer los que hayan caido en desuso, y á gobernar por consejo y en armonía de los representantes del pais.

—Atenderé á las peticiones de los señores diputados, dándoles inmediata respuesta; y espero cumplir ecsactamente mis deberes de gobernador, conservando las prerogativas del trono y respetando los privilegios de las provincias.

A la junta de los diputados siguió el ayuntamiento de Bruselas, y el burgo-maestre Juan de Royenbuchs dijo:

—El ayuntamiento de Bruselas tiene el honor de felicitar á V. A., y al mismo tiempo le manifiesta, que en atencion á los muchos servicios que ha prestado en las difíciles circunstancias por que acabamos de pasar, cree justo se dé algun ensanche á sus fueros y privilegios. El ayuntamiento elevará una respetuosa esposicion á S. M., pidiéndole circunstanciadamente lo que de justicia le corresponde; mas en tanto cree conveniente que V. A. se conforme con la solicitud siguiente.

El burgo-maestre entregó al príncipe un pergamino, y el austriaco leyó en voz alta:

"Señor: el ayuntamiento de Bruselas, que ha sufrido varios desafueros de los pasados gobernado-"res, quiere de una vez precaverse y pide: Que dos "de sus miembros, uno noble, y del estado llano el "otro, sean consejeros del gobernador de los Paises "Bajos, y éste no podrá tomar resolucion alguna "sin la anuencia de los espresados consejeros."

Los dedos del príncipe se clavaron en el pergamino, la sangre se agolpó á su rostro, y sus trémulos labios se agitaron con estraordinario furor; mas haciendo un violento esfuerzo, logró dominar su indignacion, y respondió con admirable sangre fria:

—Aprecio en su justo valor los poderosísimos motivos que han impulsado al ayuntamiento de Bruselas á dirijirme una peticion de grande importancia y trascendencia. Por mi parte me encuentro pronto á recibir dos consejeros tan ilustrados, como deben serlo los rejidores de tan importante ciudad; pero temo menoscabar los privilegios de los Estados generales, consejeros lejítimos del rey, y los de los consejos de estado, hacienda y guerra, consejeros autorizados del gobernador general. Sin embargo, si los Estados generales y los consejos creen conveniente. . . .

Un rumor sordo manifestó la desaprobacion unánime de consejeros y diputados, y el austriaco añadió:

—Con grande sentimiento mio, no puedo acceder al deseo del ayuntamiento de Bruselas.

Llegaron otros muchos nobles, entre los cuales se distinguian el baron de Hesse, el conde de Lalain y el vizconde de Gante, y salió el cortejo de palacio para dirijirse á Santa Gudula. Abria la marcha una compañía de mosqueteros de la ciudad, con sus calzones acuchillados de colores, sus medias listadas, sus ropillas y grandes sombreros chambergos: seguian los maceros del ayuntamiento, con sus ropones de damasco, y los señores rejidores, vestidos de gran etiqueta; pero distinguiéndose los nobles de los plebeyos, y entre todos el armero Cornelio Estraten. La chancillería y los consejos seguian á la municipalidad de cerca, y tras éstos marchaban los señores diputados, orgullosos con el poder que monopolizaban entonces. D. Juan de Austria, rodeado de un crecido número de nobles, vestido de negro enteramente y con notable sencillez, iba en pos de los diputados; y los mosqueteros de su guardia, con el duque de Ariscot al frente, cerraban esta brillante procesion.

Las calles estaban adornadas con riquísimas colgaduras, y muchas hermosas ostentaban sus seductores atractivos.

Al igualarse con la casa de maese Cornelio Estraten, todas las miradas buscaban á la interesante María; pero con asombro de todos vieron cerrados los balcones, y que por ninguna parte aparecia la deliciosa hija del armero.

Cuando llegó la comitiva á la iglesia de Santa Gudula, encontró en sus puertas al clero, colocado en una doble hilera, y los maestros de ceremonias fueron indicando sus asientos á los señores conce-

jales, consejeros y diputados: pero cuando entró D. Juan de Austria, se adelantaron á recibirlo el nuncio de Su Santidad y el señor obispo de Lieja, y llevándolo al presbiterio lo sentaron bajo el rico solio para el intento levantado.

Un pueblo inmenso se apretaba en la nave y en las capillas: los hombres estaban estasiados con el porte marcial del príncipe, y las mujeres se hacian lenguas celebrando su gallardía, su afabilidad y hermosura.

En lo mas oculto de la capilla del santo copon, se encontraba una mujer tapada con un tupidísimo velo y envuelta en un cumplido y negro manto. No podemos manifestar si la naturaleza la habia tratado como madrastra ó como madre, si era vieja ó jóven, su estado ni su condicion. Solo diremos que miraba continuamente al presbiterio, en lo que se parecia á otras muchas que, apartándose de la política de sus padres ó sus maridos, miraban con muy buenos ojos al bizarro gobernador.

El nuncio de Su Santidad se revistió con alba y casulla, y sirviéndole de diáconos el señor obispo de Lieja y el señor abad de Santa Gudula, dió principio á una solemne misa cantada, con acompañamiento de voces y gran número de instrumentos. Desde la llegada del príncipe habia resonado en el templo un no interrumpido murmullo de curiosidad ó admiracion; pero al empezarse la misa todo quedó en profundo silencio y en recojimiento religioso, dando el ejemplo el mismo D. Juan, quien se arrodilló devotamente y no dejó esta humilde postura durante todo el sacrificio. A la misa siguió un *Te-Deum*, no menos solemne que aquella, en accion de gracias á Dios por haber restablecido la paz entre el soberano y los súbditos. Acabado el solemne *Te-Deum*, volvió á notarse el mismo murmullo que á la entrada del noble príncipe; pero se calmó de repente á una leve señal del austriaco, quien adelantándose hasta la reja del presbiterio, dijo con voz firme y sonora:

—Señores diputados de las provincias, consejeros del rey, tribunales, magistrados, clero, nobleza y pueblo de Bruselas: en los primeros siglos de la Iglesia, de la monarquía goda, de la franca y de los demas pueblos del Norte, se celebraban las asambleas de las naciones, á semejanza de los concilios, bajo las bóvedas sagradas, sin duda para dar mas fuerza á lo que allí se sancionaba, con la santidad del lugar y los terribles anatemas lanzados contra los perjuros. Siguiendo el ejemplo, señores, de nuestros belicosos ascendientes, no temo levantar mi voz bajo la bóveda sagrada, para contestar á las peticiones que los señores diputados han tenido á bien elevarme, y cuya respuesta es como sigue.

El príncipe sacó un pergamino, y con voz mas sonora y solemne leyó, mientras todos guardaban el mas respetuoso silencio:

—"Me place que los Estados generales continúen reunidos todo el tiempo que consideren necesario; aunque al mismo tiempo deseo que abrevien cuanto les sea posible, para convocar en seguida la junta general de las provincias. Pueden conservar los soldados, siempre que acaten, como deben, la

autoridad real, representada por el gobernador de las provincias. Los confirmo, como he dicho antes, en el ejercicio de sus funciones, y pueden arbitrar todos los medios que crean convenientes para reunir fondos, sin sobrecargar á determinadas provincias. Antes de reunirse los diputados de cualquiera provincia, darán parte al gobernador general, como es de ley y de costumbre. Apruebo y aplaudo de la liga todo lo concerniente á la religion católica, á la ejecucion del *edicto perpétuo* y conservacion de los privilegios de los Estados. He comunicado mis órdenes muy terminantes, y bajo la conducta del conde de Mansfeld se encuentran camino de Italia los tercios castellanos. Quiero que si alguna provincia, ciudad ó pueblo, tiene perdido algun buen uso ó privilegio, lo pida, porque se lo restituiré en breve y con la mejor voluntad."

El príncipe acabó su lectura, llamó al decano del consejo de estado, y entregándole el pergamino continuó:

—Mando que el consejo de estado confirme por especial decreto mi respuesta, y que cuanto en ella se contiene sea observado religiosamente por el gobernador general y por las provincias unidas.

El consejo se retiró, y el austriaco añadió:

—Señores, á la faz de Dios y de los hombres juro cumplir y hacer cumplir cuanto os acabo de leer; habiéndolo hecho en este templo para darle mas solemnidad, y para que la ira del Altísimo caiga sobre la cabeza del perjuro.

Estas palabras de D. Juan estremecieron profundamente á muchos de los circunstantes, mientras otros se daban parabienes por el leal modo de proceder del bizarro gobernador.

D. Juan no se detuvo mas; bajó las gradas del presbiterio, y seguido del señor nuncio, del obispo y todo el cortejo, se dirijió á la sacristía á invitacion del señor abad.

La sacristía de Santa Gudula correspondia perfectamente á la magnificencia del templo: sus estantes de nogal tallado, su vestuario con embutidos, sus espejos y sus pinturas no dejaban que desear, así como un Cristo de madera, célebre por su antigüedad y por su esquisito trabajo. Al rededor de esta sacristía, y formando un gran semicírculo, estaban colocadas un número considerable de mesas, cubiertas de esquisitos dulces, y adornadas con profusion de hermosas flores, en cincelados jarrones de plata de una magnitud colosal.

En el centro del semicírculo, lugar destinado para el príncipe, se veia una galera de feligrana, enteramente desmantelada, y en la popa, sobre un canastillo de oro, un pequeño turbante de huevos moles, tan perfectamente trabajado y de tan hermoso colorido, que el mas apuesto sarraceno lo hubiera tomado por modelo para su tocado de gala.

El príncipe y los convidados fueron ocupando sus puestos con el mayor órden y gravedad, y el duque de Ariscot, usando de la prerogativa de su empleo de capitan de guardias del príncipe, se colocó detras del asiento de D. Juan, mientras Gonzaga y Escobedo envidiaban aquel puesto de honor, porque podia serlo de peligro.

Obtenida la vénia del príncipe, empezaron á servir los dulces en rica bajilla de plata, y el pueblo, que se habia agolpado á la puerta de la sacristía, contemplaba con atencion los mas pequeños incidentes de aquel espléndido festin. Una persona interesada en seguir á la dama que vimos en la capilla del copon, hubiera podido descubrirla entre la confusa multitud; pero de ningun modo conocerla, pues permanecia tan cuidadosamente tapada como en los sagrados oficios. Un cuidadoso observador, y el duque de Ariscot lo fué, hubiera visto junto á la dama un semblante desencajado, que seguia con penoso anhelo la lenta marcha del festin. Este semblante desencajado era el de Felipe de Marnis.

Entre los convidados habia unos que solo pensaban en engullir lo mejor y en mas cantidad: otros que, ocupados enteramente en fraguar planes ambiciosos, apenas probaban los manjares: y uno que, uniendo lo cortés á lo valiente, comia y tramaba al mismo tiempo, como diligente gastrónomo y profundo conspirador. Este hombre de doble ejercicio era maese Cornelio Estraten. Desocupaba platos y botellas con tan singular desenfado, que los canónigos temieron que aquel solo hombre diera al traste con el crédito del cabildo, devorando toda la provision sin dejar su vientre repleto.

El abad de la colegiata hacia con delicado esmero los honores de dueño de casa; pero su mas asiduo cuidado y atenciones se dirijian, como era natural, al príncipe. Pocas cosas comió D. Juan que no fueran dispuestas antes por la mano del sacerdote; pero el momento mas solemne llegaba, y el señor abad, colocándose entre el gobernador y el nuncio, tomó el canastillo de oro. Las pupilas de Felipe de Marnis se dilataron, como las del tigre al lanzarse sobre su presa: bajo el tupido velo de la dama tambien se dilataron unas pupilas pardas y brillantes, fijándose en el calvinista, y la frente del duque de Ariscot se contrajo ligeramente.

—Señor, dijo el abad presentando á D. Juan de Austria el canastillo, este banquete es poco digno de la persona á quien se ofrece, pero hemos querido á lo menos que haya en él recuerdos agradables para el vencedor de Lepanto. No habrá olvidado V. A. el turbante que llevaba aquel dia el capitan Bajá, cuya forma y colores están copiados en el que presento á V. A.: don insignificante por cierto, ofrenda leve, pero el grande se puede honrar en lo pequeño.

—Señor abad, respondió el príncipe, el cabildo de Santa Gudula me ha honrado como no merezco, y estrema su galantería hasta en los menores detalles. Fuí generalísimo en Lepanto, por la voluntad de mi rey, y demas príncipes de la liga: iba á defender la causa de la cruz contra la de la media luna, el Evangelio contra el Coran. El écsito no podia ser dudoso. Dios se puso de parte de los suyos y nos concedió la victoria. ¡Honor al Dios de los ejércitos! No disimularé, señores, el heróico brio de los soldados de Lepanto, la pericia de sus capitanes y el valor de todos: lo confieso. Yo fuí el que tuve menos parte en aquella gloriosa jornada,

y solo puedo admitir este presente á nombre de la invencible armada de la liga.

Todos aplaudieron la respuesta del modesto é ilustre caudillo; las pupilas de Felipe de Marnis se dilataron mas y mas, el canastillo iba á pasar de las manos del señor abad á las del príncipe, y la dama cubierta, despues de haber fijado una penetrante mirada en Felipe, dió un paso hácia la sacristía.

Ya tocaba D. Juan el canastillo, cuando el duque de Ariscot, interponiéndose entre el príncipe y el abad, dijo:

—Permitidme, señor abad, la honra de ofrecer al noble príncipe este presente á nombre de todo el ejército flamenco.

Y sin dar lugar á que el abad pudiera oponérsele ó replicarle, se apoderó del canastillo con tan notable aturdimiento, que escapándosele de las manos rodó sobre la rica alfombra, haciéndose pedazos el turbante trabajado con tal primor.

Al presenciar esta catástrofe se alzó un grito de sentimiento y de indignacion contra el duque; las pupilas de Felipe de Marnis se pusieron color de escarlata, y murmuró una imprecacion espantosa; la dama se acercó á su oido y le dijo con voz solemne:

—¡Tiembla, asesino!

El príncipe miró á Ariscot, como preguntándole la causa de lo que acababa de pasar: el duque permaneció mudo; pero un incidente inesperado debia aumentar la confusion y producir mas viva alarma. En un estremo de la sacristía estaba tendido un enorme perro, perteneciente á maese Cornelio Estraten, y su inseparable compañero. Este animal oia con disgusto el contínuo choque de la bajilla, y miraba con ojos codiciosos aquel gran número de manjares desconocidos para él: mas al ver rodar el turbante no pudo contener su gula, y abalanzándose con presteza se lo tragó de un solo bocado.

"Veneno que mate como el rayo," habia pedido Felipe de Marnis al célebre químico Genaro; un rayo no hubiera aniquilado tan pronto al perro de maese Estraten como el turbante del Bajá.

El animal lanzó un alarido y cayó en la alfombra sin vida.

—Gracias, duque: dijo Don Juan con imperturbable sangre fria.

—Señor, murmuró el duque.

—¡Traicion! esclamó Gonzaga con furia: y desenvainando la espada se dirijió contra el abad.

—Detente, Gonzaga: dijo el príncipe. ¿Así das gracias á la Providencia por haberme salvado la vida?...

El anciano conde de Barlamont llamó la atencion del concurso, y dijo con voz firme:

—Señores, la vida del gobernador ha estado en el mayor peligro; el duque de Ariscot ha impedido que el crímen se cometa: el duque conoce sin duda á los autores y debe nombrarlos.

—Un caballero no delata: dijo Don Juan con dignidad. Estoy agradecido al duque, y le prohibo formalmente que nombre al autor ó á los autores del crímen que habeis presenciado.

—Pido, señor, prosiguió el conde, que procedan los tribunales á la averiguacion.

—Señor conde, prohibo que se dé el menor paso en averiguacion de este hecho, y suplico á todos que le olviden.

—Señor, dijo el abad, que apenas habia vuelto de su sobresalto, protesto ante Dios y los hombres....

—Estoy convencido, señor abad, de vuestra inocencia.

—Juro, dijo el duque de Ariscot, que el cabildo de Santa Gudula no ha tenido la menor parte en el proyectado asesinato.

—Gracias: murmuró el abad.

—Señores, dijo el príncipe, creo conveniente que nos retiremos á palacio.

Los convidados sobrecojidos por cuanto acababa de suceder, esperaban con ansia esta órden: salió la comitiva del templo, y el pueblo victoreó en todo el tránsito al gobernador D. Juan de Austria.

CAPITULO VII.

EL HIJO DEL POSADERO.

Habian transcurrido algunos dias desde la solemne funcion, y la hija de maese Cornelio se encontraba en su gabinete profundamente melancólica. Sus hermosos ojos tenian la misma espresion de impaciencia que la noche del tres de Mayo, pero al mismo tiempo espresaban honda indignacion y grave angustia. Se levantaba con frecuencia, entreabria la tallada puerta que comunicaba con el salon de las armaduras, pasaba en ella algunos minutos, y volvia á su sitial mas triste, mas impaciente é indignada; pero despues de unos instantes volvió á levantarse y á mirar.

No siempre debia quedar burlada su ansiedad; y á la sesta vez de abrir la puerta vió entrar en la sala á un hombre alto, blanco, encarnado, rubio y abobado; vestido con bombachos de lana gris, medias azlues, zapatos gruesos, coleto de ante, y un enorme sombrero de alas. Este jóven era nada menos que Guillermo Matren, hijo del mas rico posadero de los estados de Brabante.

Guillermo atravesó con paso firme las dos terceras partes del salon; pero despues se quedó parado y empezó á dar vueltas al rededor, ora mirando las armaduras, ora sacudiéndose el polvo que cubria todos sus vestidos.

Al ver entrar al jóven Guillermo, tomó la mirada de María una espresion de hondo desprecio; pero pasó con rapidez haciendo lugar á otra mirada casi enteramente afectuosa, y dijo con voz dulce:

—Por aquí, Guillermo, por aquí.

Al oir el jóven la dulce voz de la encantadora María, se precipitó hácia el gabinete como un caballo desbocado; pero su amorosa fogosidad fué causa de un sinnúmero de contratiempos. En primer lugar tropezó con un gran sillon de baqueta, desollándose una espinilla: queriendo apoyarse en la pared, puso la mano sobre el filo de una cortante hacha de armas, hiriéndose ligeramente; y falto de apoyo cayó sobre el empolvado pavimento.

Grandes esfuerzos hizo María para comprimir una estrepitosa carcajada, aunque no pudo conseguirlo; y Guillermo se levantó tan perturbado y tan corrido, que en vez de dirijirse al gabinete, marchó hácia la puerta del salon, con ánimo de ocultar su derrota en una prudente retirada.

—Por aquí, por aquí, Guillermo: repitió la hermosa María; y el pobre mozo, atolondrado con la turbacion y la caida, quedó clavado como una estátua, sin atreverse á retroceder y sin adelantar un solo paso.

La jóven vió que era difícil mover á Guillermo con palabras, y acercándosele velozmente, le cojió de un brazo y le condujo al elegante gabinete. El jóven se dejó llevar, pues materialmente no tenia accion ni podia oponer resistencia, y ocupó sin ceremonia el sitial que le indicó la sin par hija del armero.

Perfectamente arrellenado en el asiento mas mullido que habia ocupado el posadero en sus veintitres años de vida, empezó á sentir un bienestar que le iba volviendo las fuerzas y despejando los sentidos. Paseó sus estúpidas miradas por el alhajado aposento, y sonrió como un niño de un año al encontrarse en un almacen de juguetes.

—¿Por qué te ries, Guillermo?

—Me rio al ver esta casa tan linda.

—¿Te gusta?

—Mucho. Casi.... Iba á decir un disparate.

—¿Qué ibas á decir?

—Que me gusta casi.... casi tanto como tú.

—¿De veras?

—Tanto como tú, no, María; pero mucho mas que tu padre.

—¡Qué bruto es! murmuró la jóven.

—No he visto aposento tan lindo; y eso que soy el hijo único del mas rico posadero del Brabante.

María se sonrió con malicia, y animándose, como quien dice: Es preciso hacer un esfuerzo; preguntó á Guillermo:

—¿Has visto á mi padre?

—No, María.

—Pues entonces, ¿cómo has venido?

—Te contaré, María, la causa de mi inesperada visita, empezando por el principio. Pero has de escucharme muy atenta.

—No tengas cuidado, Guillermo.

—Ya te habia visto muchas veces, y me habias parecido mas linda que la hija del burgo-maestre, que la del sub-burgo-maestre y los otros trece rejidores. ¡Cuántas veces me habia dicho á solas: Qué ojos tan grandes tiene María; qué boca tan chica tiene María; qué dientes tan blancos tiene María; qué buen cuerpo tiene María; qué garganta, qué manos, qué piés: en una palabra, todo lo tuyo me parecia lo mas hermoso.

—¿Pudieras abreviar un poco?

—Déjame contar á mi manera, porque si nó, no acabo nunca. Yo pensaba en tí algunas veces, y suspiraba de vez en cuando; pero como soy..... como soy.... como soy tan....

—¿Qué eres?

—Una cosa que me dice el señor cura de Santa Catalina, cuando voy á confesarme con él.

—¿Tan malo?

—No es malo: es otra cosa.

—Pues si no te acuerdas, prosigue.

—Ya me acuerdo, María. Tan bruto.

—¡Qué bien te conoce el señor cura!

—Pues señor, como soy tan bruto, no se me ocurre ninguna idea: y eso que soy hijo único del posadero mas rico de todo el Brabante.

—¿Y tu padre, Guillermo, dice el señor cura si es tan bruto como su hijo?

—No, María: y te voy á dar una prueba. Pasaste tú estos dias pasados por la plaza del Arenal, y mi padre y yo nos encontrabamos á la puerta de la posada. Al verte venir dí un suspiro; mi padre me echó una mirada y me dijo:—¿Te gusta esa chica?—Un poco mas de lo regular: le respondí.—¿Y por qué no me lo has dicho, bruto?—Qué sé yo.—Eres, Guillermo, el hijo único del posadero mas rico del Brabante; puedes casarte con la hija del mas rico armero de Bruselas.

Un vivo encarnado cubrió el hermoso rostro de María, y Guillermo continuó:

—No se me habia ocurrido, María, que podia casarme contigo; pero las palabras de mi padre me probaron que yo era un bruto, como dice con mucha razon el señor cura de Santa Catalina. Tu padre llegó á mi posada, y el mio, que estaba deseando encontrarlo, le dijo:—Tengo un muchacho de veintitres años, robusto y alto como un pino; tú tienes una hermosa hija de diez y siete. ¿Te parece que los casemos?—Le preguntaré á mi hija si quiere, respondió: y siguió con calma su camino.

Guillermo tomó aliento, y María se resignó á oir el fin de la historia.

—No puedes figurarte las ganas que tenia de saber tu respuesta, cuando la casualidad me proporcionó un medio seguro de adivinarla.

—Cuenta, cuenta.

—Era la víspera de la funcion que debia celebrarse en Santa Gudula, y habian encargado los dulces á un confitero amigo mio; fuí aquella noche á su casa, y me dijo:—Ya tengo acabado, Guillermo, el turbante de huevos moles que han de presentar mañana al príncipe; pero estoy en un compromiso.—¿En un compromiso?—Sí tal. No sé cómo darle color. Como yo tengo pocas ideas, no se me ocurrió qué decirle, mas continuó el confitero: —Acabo de pensar un medio de llevar á cabo mi empresa.... Pero te estoy cansando, María, y...

—No me cansas; cuenta, Guillermo. Decias que el confitero....

—Es que....

—Es que yo quiero que continúes.

—Si tú lo quieres, nada puedo oponer, María. El confitero prosiguió:—Voy a enviar al punto este turbante á la torre de los *Tres Cipreses* á ver si el sabio maese Genaro se encarga de darle color. Esta decision del confitero me hizo concebir una idea, y le dije:—Si no tienes inconveniente, yo llevaré tu golosina á la torre de los *Tres Cipreses*.—Con mucho gusto; me respondió: y poniéndome la

golosina en una bandeja de plata, me dijo:—Dí á maese Genaro que le dé color con vejetales que no puedan causar ningun daño al príncipe D. Juan de Austria.

—Prosigue, prosigue, Guillermo.

—Me encaminé inmediatamente á la torre de los *Tres Cipreses*, llamé á su puertecilla de roble, y bajó á abrirme maese Genaro; le repetí las mismas palabras que me habia dicho el confitero, y el anciano me hizo subir á lo mas alto de la torre. Pasaré por alto....

—Nada, nada.

—Cuando nos encontramos en ella, sacó unas yerbas de un armario, las puso en una cacerola de azofar, tomó un gran frasco de porcelana, echó una corta porcion de líquido en las yerbas, acomodó la cacerola en un hornillo, y apoderándose de un fuelle, animó la lumbre en un instante. Yo miraba al sabio, como quien desea alguna cosa, y él, que adivina los pensamientos, me preguntó:—¿En qué piensas, Guillermo, en qué piensas?—Pienso, pienso....le respondí.—En hacerme alguna pregunta y no te atreves.—Cabalmente. Cuando yo decia..., cuando yo decia....—¿Que adivino lo que tú piensas?—Cabalmente: y que sois capaz de adivinar todo cuanto querais.—¿De veras?—Por eso he venido á traer esa pequeña golosina.

—Eso va siendo demasiado largo.

—Como dijiste que querias....

—No importa. Abrevia un poco, abrevia.

—Le puse en la mano seis florines y le pregunté, qué responderias á la propuesta de mi padre. Su respuesta fué *lo pensará:* á mí me pareció muy poco; pero he visto que maese Genaro tenia muchísima razon.

—Continúa, Guillermo, continúa.

—Lo demas no importa un ardite.

—¿Dió el sabio color al turbante?

—Estaban hirviendo las yerbas, y dieron en la puerta unos golpes; maese Genaro no los oyó, y entonces pronunciaron en voz alta el nombre de Felipe de Marnis. Al oir este nombre dejó el sabio su espumaderilla de plata, y bajó á abrir, encerrándome antes con llave: yo no sé lo que le dirian; pero volvió á pocos minutos, abrió un escritorio, sacó de él un pomito de oro, y echó una gota del líquido que contenia en la cacerola de las yerbas.

—¿Y el turbante?

—Me lo entregó poco despues, pintado con aquel licor. Salí de la torre del sabio, y notando que maese Genaro se quedó paseando en la puerta, dí un corto rodeo; pero oculto con unos rosales jigantescos, me acerqué de nuevo á la torre. Al lado de maese Genaro se encontraba un hombre embozado en una ancha capa, y ambos sostenian animada conversacion.

—¿Oiste?

—Ni una sola palabra; pero noté que al despedirse dió maese Genaro una carta al desconocido; y, siguiéndole á corta distancia hasta la ciudad, vi que entraba....

—¿En dónde?

—En el palacio del duque de Ariscot.

María se sonriyó cariñosamente, y acercándose mas á Guillermo, le dijo:

—Te vas haciendo hombre importante.

—Eso me dice muchas veces el señor Felipe de Marnis.

—¿Le has contado lo que presenciaste en la torre de los *Tres Cipreses?*

—No le he dicho ni una palabra.

—Has hecho bien, Guillermo. Calla cuanto has visto, porque la mas leve indiscrecion puede costarte la cabeza.

—¿Cortar la cabeza al hijo único del posadero mas rico del Brabante? ¿Estás loca, María, estás loca?

—No, Guillermo. El turbante estaba envenenado....

—Que lo diga el perro de tu padre.

—Y si supiera la justicia que estuvo en tus manos....

—Tienes razon.

—Nada mas te digo, Guillermo. Callarás, porque te conviene, y porque lo ecsijo de tí.

—Callaré porque tú lo mandas.

María apoyó su frente tersa y pura en su mano blanca y pequeña, y despues de haber meditado dijo al jóven:

—¿Me quieres mucho?

Todo lo que puede querer un bruto, como dice el señor cura de Santa Catalina.

—Supuesto que tanto me quieres, es necesario que conozcas perfectamente mi carácter.

Guillermo la miró como un hombre que no entiende lo que le dicen. María prosiguió:

—Soy caprichosa.

Guillermo se encojió de hombros: la jóven continuó:

—Deseo que me obedezcan.

—Eso sí: haré yo cuanto tú me mandes.

—Que me digan los mas ocultos pensamientos.

—Pienso muy poco, como he dicho; pero no te ocultaré nada.

—Que nada hagan sin consultarme.

—No me moveré sin tu permiso.

—¿Aceptas estas condiciones?

—Con toda mi alma. Soy naturalmente perezoso y me gusta que piensen por mí.

—Bien, Guillermo. Ahora voy á hacerte otra pregunta.

—Pregunta cuanto te parezca.

—¿Es tu amigo Felipe de Marnis?

—Mi mayor amigo, María.

—¿Tienes fé en su amistad?

—La tengo.

—¿Harias por él cualquier sacrificio?

—Lo haria.

—¿Tendrias con él cualquier confianza?

—La tendria.

—¿Tienes fé en su amistad? repito.

—La tengo.

—Pues Felipe de Marnis te engaña.

—Imposible, María, imposible.

—Felipe de Marnis te vende.

—Es imposible.

—Te lo aseguro.

—Dame una prueba.

—Te la daré: mas antes responde. ¿Sabe Felipe que has solicitado mi mano?

—Se lo dije aquel mismo dia.

—Pues aquella noche me pidió á mi padre.

—¡Infame, infame! Él, el calvinista, el vejete. Juro á Dios que me pagará....

—Detente, Guillermo, detente.

Guillermo se habia levantado, y buscaba por donde salir; pues el tapiz que cubria la puerta la desfiguraba de modo que era imposible conocerla.

—Detente, Guillermo, detente: repitió María.

—Déjame salir por favor.

—¿Qué piensas hacer?

—Yo lo sé.

—¿No recuerdas que has de decirme tus mas ocultos pensamientos?

—Pues pienso matar á Felipe.

—No harás tal.

—¿Por qué?

—Porque lo mando.

Guillermo bajó la cabeza sin atreverse á replicar, y María prosiguió:

—¿Por qué has venido aquí?

—Porque me has llamado, María.

—Pues en esto te doy una prueba de que te prefiero á Felipe.

—Tienes razon; y no habia reparado en ello.

—Mira, Guillermo, tú seguirás siendo amigo de Felipe de Marnis.

—¡Jamás!

—Guillermo, yo lo mando. Irás á su casa con frecuencia y me contarás cuanto te diga. Nosotros hablarémos de él, como de un viejo impertinente, y nos reirémos á su costa.

—Tienes razon.

—¿Me lo contarás todo?

—Sin callarte una sola palabra. ¿Pero cuándo nos casarémos?

—Cuando se concluya mi luto.

—¿Y entre tanto?

—Vendrás aquí todos los dias, y estarémos juntos media hora.

—Que se acabe pronto tu luto.

—Todo acaba pronto, Guillermo.

María abrió la puerta del gabinete, y señalándola á su futuro, dijo:

—Guillermo, hasta mañana.

CAPITULO VIII.

LOS CUATRO PARTIDOS.

El gobernador D. Juan de Austria se habia propuesto conservar la paz á toda costa, para alejar del ánimo del rey la idea de un engrandecimiento personal, y hacer comprender al pueblo flamenco, que sus verdaderos intereses estaban unidos al prestigio de la corona y al crédito del gobernador. Invariable en este propósito, no daba oidos á las continuas amonestaciones de sus celosos partidarios, hacia mercedes á sus personales enemigos, procuraba cortar las rencillas de las parcialidades opuestas, y, sin hacer caso jamás de su propio peligro, se manifestaba confiado y en gran manera generoso. Por lo demas, habia encargado eficazmente á los tribunales que administrarán pronta justicia, y sostenia en fiel su balanza entre las encontradas facciones que se disputaban el poder. Un proceder tan generoso le iba ganando las voluntades de todos los hombres honrados, pero los malos y ambiciosos se irritaban mas de su conducta: en primer lugar, porque no podian satisfacer sus ambiciones, y en segundo, porque temian que el gobernador se ganase la buena voluntad de los pueblos hasta punto que les fuera difícil echar por tierra su poder.

Los enemigos de D. Juan estaban divididos entre sí en cuatro bandos, que se acercaban mas ó menos segun sus distintas tendencias. El primero se componia de los íntimos partidarios de Guillermo, príncipe de Orange, formado con los calvinistas, á cuya cabeza se hallaba el señor de Santaldegonde, que habiendo sido grande enemigo de Juan Calvino, durante la vida del reformista, se habia hecho despues de su muerte ardiente apóstol de sus doctrinas en Holanda y Zelanda, introduciéndolas despues en los estados de Brabante. Este partido conspiraba contra la vida del austriaco. El segundo partido reconocia por jefes, entre los nobles, al baron de Hesse y conde de Lalain; entre los plebeyos á maesse Cornelio Estraten y á Jorge Matren, el posadero. Las maquinaciones de este partido no iban tan lejos, contentándose con privar al príncipe del poder y la libertad. El tercer partido, compuesto de los Estados generales, no reconocia ningun jefe; y como aspiraba solamente á reconquistar la autoridad que habia ejercido desde la muerte de Requesen, se contentaba con obligar al gobernador á salir de las provincias unidas; dispuestos á allanarle el camino para la fuga que deseaban. El cuarto partido, compuesto del duque de Ariscot, el bizarro vizconde de Gante, el baron de Rosignen, Enrique Chanoines, y otros, no era enemigo personal del príncipe; pero deseaba que éste alejara de sí á los consejeros españoles, y mandarlo todo á su sombra con absoluta independencia.

El primer partido se apoyaba naturalmente en el segundo; el segundo no desaprobada las intenciones del tercero, que lo admitia como auxiliar; y el cuarto permanecia aislado, mirado con prevencion por los tres restantes, y sin otro lazo de union que el odio comun á los consejeros del príncipe. Los cuatro partidos se espiaban, y los cuatro partidos á un tiempo tomaban sus disposiciones Para conocerlas de una vez, echarémos una ojeada sobre todos al mismo tiempo.

En el laboratorio químico de la torre de los *Tres Cipreses* están sentados en dos sillones, prócsimos á una mesa de mármol, maese Genaro y el señor de Santaldegonde. Conocemos perfectamente la fisonomía del gran químico, pero no hemos descrito hasta ahora la del caballero de Marnis.

Felipe de Marnis era un hombre de cincuenta y

golosina en una bandeja de plata, me dijo:—Dí á maese Genaro que le dé color con vejetales que no puedan causar ningun daño al príncipe D. Juan de Austria.

—Prosigue, prosigue, Guillermo.

—Me encaminé inmediatamente á la torre de los *Tres Cipreses*, llamé á su puertecilla de roble, y bajó á abrirme maese Genaro; le repetí las mismas palabras que me habia dicho el confitero, y el anciano me hizo subir á lo mas alto de la torre. Pasaré por alto....

—Nada, nada.

—Cuando nos encontramos en ella, sacó unas yerbas de un armario, las puso en una cacerola de azofar, tomó un gran frasco de porcelana, echó una corta porcion de líquido en las yerbas, acomodó la cacerola en un hornillo, y apoderándose de un fuelle, animó la lumbre en un instante. Yo miraba al sabio, como quien desea alguna cosa, y él, que adivina los pensamientos, me preguntó:—¿En qué piensas, Guillermo, en qué piensas?—Pienso, pienso....le respondí.—En hacerme alguna pregunta y no te atreves.—Cabalmente. Cuando yo decia..., cuando yo decia....—¿Que adivino lo que tú piensas?—Cabalmente: y que sois capaz de adivinar todo cuanto querais.—¿De veras?—Por eso he venido á traer esa pequeña golosina.

—Eso va siendo demasiado largo.

—Como dijiste que querias....

—No importa. Abrevia un poco, abrevia.

—Le puse en la mano seis florines y le pregunté, qué responderias á la propuesta de mi padre. Su respuesta fué *lo pensará:* á mí me pareció muy poco; pero he visto que maese Genaro tenia muchísima razon.

—Continúa, Guillermo, continúa.

—Lo demas no importa un ardite.

—¿Dió el sabio color al turbante?

—Estaban hirviendo las yerbas, y dieron en la puerta unos golpes; maese Genaro no los oyó, y entonces pronunciaron en voz alta el nombre de Felipe de Marnis. Al oir este nombre dejó el sabio su espumaderilla de plata, y bajó á abrir, encerrándome antes con llave: yo no sé lo que le dirian; pero volvió á pocos minutos, abrió un escritorio, sacó de él un pomito de oro, y echó una gota del líquido que contenia en la cacerola de las yerbas.

—¿Y el turbante?

—Me lo entregó poco despues, pintado con aquel licor. Salí de la torre del sabio, y notando que maese Genaro se quedó paseando en la puerta, dí un corto rodeo; pero oculto con unos rosales jigantescos, me acerqué de nuevo á la torre. Al lado de maese Genaro se encontraba un hombre embozado en una ancha capa, y ambos sostenian animada conversacion.

—¿Oiste?

—Ni una sola palabra; pero noté que al despedirse dió maese Genaro una carta al desconocido; y, siguiéndole á corta distancia hasta la ciudad, vi que entraba....

—¿En dónde?

—En el palacio del duque de Ariscot.

María se sonriyó cariñosamente, y acercándose mas á Guillermo, le dijo:

—Te vas haciendo hombre importante.

—Eso me dice muchas veces el señor Felipe de Marnis.

—¿Le has contado lo que presenciaste en la torre de los *Tres Cipreses?*

—No le he dicho ni una palabra.

—Has hecho bien, Guillermo. Calla cuanto has visto, porque la mas leve indiscrecion puede costarte la cabeza.

—¿Cortar la cabeza al hijo único del posadero mas rico del Brabante? ¿Estás loca, María, estás loca?

—No, Guillermo. El turbante estaba envenenado....

—Que lo diga el perro de tu padre.

—Y si supiera la justicia que estuvo en tus manos....

—Tienes razon.

—Nada mas te digo, Guillermo. Callarás, porque te conviene, y porque lo ecsijo de tí.

—Callaré porque tú lo mandas.

María apoyó su frente tersa y pura en su mano blanca y pequeña, y despues de haber meditado dijo al jóven:

—¿Me quieres mucho?

Todo lo que puede querer un bruto, como dice el señor cura de Santa Catalina.

—Supuesto que tanto me quieres, es necesario que conozcas perfectamente mi carácter.

Guillermo la miró como un hombre que no entiende lo que le dicen. María prosiguió:

—Soy caprichosa.

Guillermo se encojió de hombros: la jóven continuó:

—Deseo que me obedezcan.

—Eso sí: haré yo cuanto tú me mandes.

—Que me digan los mas ocultos pensamientos.

—Pienso muy poco, como he dicho; pero no te ocultaré nada.

—Que nada hagan sin consultarme.

—No me moveré sin tu permiso.

—¿Aceptas estas condiciones?

—Con toda mi alma. Soy naturalmente perezoso y me gusta que piensen por mí.

—Bien, Guillermo. Ahora voy á hacerte otra pregunta.

—Pregunta cuanto te parezca.

—¿Es tu amigo Felipe de Marnis?

—Mi mayor amigo, María.

—¿Tienes fé en su amistad?

—La tengo.

—¿Harias por él cualquier sacrificio?

—Lo haria.

—¿Tendrias con él cualquier confianza?

—La tendria.

—¿Tienes fé en su amistad? repito.

—La tengo.

—Pues Felipe de Marnis te engaña.

—Imposible, María, imposible.

—Felipe de Marnis te vende.

—Es imposible.

—Te lo aseguro.

—Dame una prueba.

—Te la daré: mas antes responde. ¿Sabe Felipe que has solicitado mi mano?

—Se lo dije aquel mismo dia.

—Pues aquella noche me pidió á mi padre.

—¡Infame, infame! Él, el calvinista, el vejete. Juro á Dios que me pagará....

—Detente, Guillermo, detente.

Guillermo se habia levantado, y buscaba por donde salir; pues el tapiz que cubria la puerta la desfiguraba de modo que era imposible conocerla.

—Detente, Guillermo, detente: repitió María.

—Déjame salir por favor.

—¿Qué piensas hacer?

—Yo lo sé.

—¿No recuerdas que has de decirme tus mas ocultos pensamientos?

—Pues pienso matar á Felipe.

—No harás tal.

—¿Por qué?

—Porque lo mando.

Guillermo bajó la cabeza sin atreverse á replicar, y María prosiguió:

—¿Por qué has venido aquí?

—Porque me has llamado, María.

—Pues en esto te doy una prueba de que te prefiero á Felipe.

—Tienes razon; y no habia reparado en ello.

—Mira, Guillermo, tú seguirás siendo amigo de Felipe de Marnis.

—¡Jamás!

—Guillermo, yo lo mando. Irás á su casa con frecuencia y me contarás cuanto te diga. Nosotros hablarémos de él, como de un viejo impertinente, y nos reirémos á su costa.

—Tienes razon.

—¿Me lo contarás todo?

—Sin callarte una sola palabra. ¿Pero cuándo nos casarémos?

—Cuando se concluya mi luto.

—¿Y entre tanto?

—Vendrás aquí todos los dias, y estarémos juntos media hora.

—Que se acabe pronto tu luto.

—Todo acaba pronto, Guillermo.

María abrió la puerta del gabinete, y señalándola á su futuro, dijo:

—Guillermo, hasta mañana.

CAPITULO VIII.

LOS CUATRO PARTIDOS.

El gobernador D. Juan de Austria se habia propuesto conservar la paz á toda costa, para alejar del ánimo del rey la idea de un engrandecimiento personal, y hacer comprender al pueblo flamenco, que sus verdaderos intereses estaban unidos al prestigio de la corona y al crédito del gobernador. Invariable en este propósito, no daba oidos á las continuas amonestaciones de sus celosos partidarios, hacia mercedes á sus personales enemigos, procuraba cortar las rencillas de las parcialidades opuestas, y, sin hacer caso jamás de su propio peligro, se manifestaba confiado y en gran manera generoso. Por lo demas, habia encargado eficazmente á los tribunales que administrarán pronta justicia, y sostenia en fiel su balanza entre las encontradas facciones que se disputaban el poder. Un proceder tan generoso le iba ganando las voluntades de todos los hombres honrados, pero los malos y ambiciosos se irritaban mas de su conducta: en primer lugar, porque no podian satisfacer sus ambiciones, y en segundo, porque temian que el gobernador se ganase la buena voluntad de los pueblos hasta punto que les fuera difícil echar por tierra su poder.

Los enemigos de D. Juan estaban divididos entre sí en cuatro bandos, que se acercaban mas ó menos segun sus distintas tendencias. El primero se componia de los íntimos partidarios de Guillermo, príncipe de Orange, formado con los calvinistas, á cuya cabeza se hallaba el señor de Santaldegonde, que habiendo sido grande enemigo de Juan Calvino, durante la vida del reformista, se habia hecho despues de su muerte ardiente apóstol de sus doctrinas en Holanda y Zelanda, introduciéndolas despues en los estados de Brabante. Este partido conspiraba contra la vida del austriaco. El segundo partido reconocia por jefes, entre los nobles, al baron de Hesse y conde de Lalain; entre los plebeyos á maesse Cornelio Estraten y á Jorge Matren, el posadero. Las maquinaciones de este partido no iban tan lejos, contentándose con privar al príncipe del poder y la libertad. El tercer partido, compuesto de los Estados generales, no reconocia ningun jefe; y como aspiraba solamente á reconquistar la autoridad que habia ejercido desde la muerte de Requesen, se contentaba con obligar al gobernador á salir de las provincias unidas; dispuestos á allanarle el camino para la fuga que deseaban. El cuarto partido, compuesto del duque de Ariscot, el bizarro vizconde de Gante, el baron de Rosignen, Enrique Chanoines, y otros, no era enemigo personal del príncipe; pero deseaba que éste alejara de sí á los consejeros españoles, y mandarlo todo á su sombra con absoluta independencia.

El primer partido se apoyaba naturalmente en el segundo; el segundo no desaprobada las intenciones del tercero, que lo admitia como auxiliar; y el cuarto permanecia aislado, mirado con prevencion por los tres restantes, y sin otro lazo de union que el odio comun á los consejeros del príncipe. Los cuatro partidos se espiaban, y los cuatro partidos á un tiempo tomaban sus disposiciones Para conocerlas de una vez, echarémos una ojeada sobre todos al mismo tiempo.

En el laboratorio químico de la torre de los *Tres Cipreses* están sentados en dos sillones, prócsimos á una mesa de mármol, maese Genaro y el señor de Santaldegonde. Conocemos perfectamente la fisonomía del gran químico, pero no hemos descrito hasta ahora la del caballero de Marnis.

Felipe de Marnis era un hombre de cincuenta y

cinco años cumplidos, pero muy vigoroso y ágil. Sus escasos cabellos grises dejaban ver una frente ancha y del color del pergamino: unas cejas, grises tambien, sombreaban sus ojos azules, que tomaban cien espresiones diferentes, desde la hipocresía á la furia, con notable facilidad. Felipe fué hermoso en sus tiempos, tenia una nariz proporcionada, labios breves, boca pequeña, alta estatura y rostro oval; pero obscurecia todas sus facciones el sello repugnante de una vejez anticipada por los desórdenes de borrascosa juventud. Una barba poco menos gris que el cabello, cubria gran parte de su rostro, dándole aspecto venerable cuando aparecia hipócrita apóstol de las doctrinas de Martin Lutero, modificadas por Calvino.

—Por fin nos vemos, maese Genaro, dijo Marnis, con una sonrisa equivalente á una amenaza.

—Ya era tiempo, respondió el químico, con otra sonrisa semejante á la que habia usado Felipe, de que viniérais á traerme los quinientos florines de oro que me estais debiendo.

—¿Y te atreves á recordarme....?

—¿Por qué no?

—Porque has vendido mi secreto.

—Recordad que hablais con un hombre poco dispuesto á intimidarse, y dadme los quinientos florines; pues nos encontramos á diez y ocho de Mayo y debísteis traérmelos el cuatro.

—Te repito, maese Genaro, que has vendido el secreto.

—Y yo digo que tales secretos no se venden.

—¿Por qué?

—Porque suele pagar lo mismo el vendedor y el comprador.

—¿Pues cómo el duque de Ariscot....?

—¿Hablasteis con él aquella noche?

Felipe reflecsionó un momento, y luego dijo:

—Aquella misma noche le hablé en la biblioteca del príncipe de Orange.

—Pues vos mismo se lo diríais.

—¿Estás loco?

—Es que muchos dicen las cosas cuando les parece que las callan.

—¿Y me cuentas en ese número?

—Puede ser que sí.

—Genaro, ¿crees estúpido á Guillermo de Nassau?

—No mucho para haber nacido bajo dorados artesones.

—Pues Guillermo de Nassau ha puesto en mí una completa confianza, dándome las mismas facultades que si él se encontrara en Bruselas.

—Eso prueba que todos los príncipes no tienen el tacto, para elejir hombres, del emperador Cárlos V.

—¿Le crees superior al príncipe de Orange?

—Así como creo mas grande el elefante que la hormiga, y mas inteligente el perro que el asno. Pero dejemos esta polémica y vamos á lo que me importa. ¿Me traeis los quinientos florines?

Felipe se quedó pensativo, y preguntó á su vez al químico:

—¿Crees que he revelado mi secreto al duque de Ariscot?

—Lo creo.

—¿Y en qué lo fundas?

—¿Quién os dijo que iban á presentar al austriaco un turbante de huevos moles?

—El duque de Ariscot.

—¿No le hicísteis algunas preguntas sobre el turbante?

—Le hice varias.

—El duque de Ariscot no es tonto y os conoce, Felipe de Marnis. Le hicieron sospechar vuestras palabras, se emboscó, siguió á vuestro criado y adivinó todo lo demas.

—Tienes razon, tienes razon.

—¿Me daréis los quinientos florines?

Felipe sacó una larga bolsa de seda y la puso sobre la mesa; el químico añadió:

—Dijimos que quinientos florines. ¿Están bien contados?

Felipe no oyó esta pregunta y empezó á decir á media voz:

—El veneno era singular, el rayo no hiere mas pronto.

—¿Qué murmurais?

—¿Tienes Genaro algun veneno que mate al simple tacto?

—Tengo uno que quita la vida en pocos meses, perfumando con él un pañuelo y limpiándose luego el rostro.

—¿En qué lo tienes?

—En pastillas.

—Dame una pastilla.

—Una pastilla os costará diez mil florines.

—¿Estás loco?

—No; es precio fijo.

—Dame la pastilla, Genaro, y tendrás los diez mil florines.

—Me habeis hecho esperar quince dias para una friolera, y me temo que no seais mas puntual.

—¡Diez mil florines, diez mil florines!

—Es precio fijo.

—Dame la pastilla.

—En cuanto me deis el dinero.

Felipe se levantó enojado, dió una puñada sobre la mesa, que derramó una cacerola, y salió furioso de la estancia. Genaro lanzó al verlo salir una sonora carcajada.

En tanto que maese Genaro y el señor de Santaldegonde conversaban en la torre de los *Tres Cipreses*, estaban reunidos en casa del baron de Hesse, éste, el conde de Lalain, Cornelio Estraten, el posadero de la plaza del Arenal, su hijo y algunos otros conjurados. La discusion habia sido larga y borrascosa; pero el conde de Lalain habia logrado fijar la cuestion y se espresaba en estos términos:

—Nosotros no podemos mancharnos con cobardes asesinatos, ni tenemos ningun interés en trabajar por cuenta de Guillermo, príncipe de Orange. Él es fanático calvinista, católicos romanos nosotros. Aucsiliado por los holandeses, querrá gobernarnos á su antojo, y el Brabante no quiere un dueño, llámese Guillermo ó Felipe, desea gobernarse á sí mismo, y la ocasion es oportuna. Felipe II de España tiene celos de su hermano Juan, y no

verá con sentimiento las vejaciones que hagamos sufrir al austriaco. Si conseguimos aprisionarlo, formarémos entre nosotros un gobierno provisional, y obligarémos al rey de España á que nos deje gobernarnos como mejor cumpla á nuestro intento. Mi opinion es, que sin tardanza nos apoderemos de D. Juan.

—A pesar de cuanto se ha dicho, repuso Cornelio Estraten, que desde su ascenso á rejidor blasonaba de hombre prudente, me parece que no están maduras. El príncipe tiene en Bruselas un crecido número de amigos, y eso de prenderlo sin causa, y como si fuera un malhechor, tiene muchísimo que pensar.

—Desde que te han nombrado rejidor, interrumpió Jorge Matren, te has hecho mas tímido que una muchacha de quince años, y mas prudente que un señor consejero de estado.

—Rejidor era, replicó Estraten, cuando se acercó D. Juan á Bruselas, y sostuve con todas mis fuerzas que le negáramos la entrada.

—Te habrá seducido el gobernador con dádivas ó con promesas.

—Mi fábrica de armas reditúa algo mas de los seis mil florines que señala de pension D. Juan, y, no siendo noble, no aspiro á ser consejero de estado.

—Señores, interrumpió el baron de Hesse, todos conocemos la lealtad de los beneméritos ciudadanos maese Cornelio Estraten y Jorge Matren, y todos hemos convenido en proceder á la prision del gobernador D. Juan de Austria. Tenemos medios suficientes para conseguirla á la fuerza; pues en primer lugar, contamos con los mosqueteros de la ciudad; en segundo, con nuestras guardias particulares, las que conservamos á despecho del gobernador y del consejo; y en tercero, con nuestros brazos y los de otros muchos valientes que secundarán nuestro intento. Ahora solo falta, como ha dicho maese Cornelio, un pretesto justo en la apariencia, para poner de nuestra parte algun vislumbre de razon.

—Yo me encargo, repuso Jorge, de buscar el pretesto oportuno, y aun de proceder por mí mismo á la prision de D. Juan de Austria.

—¿De qué modo? preguntó Lalain.

—No necesito revelarlo: solo diré que la prision debe tener lugar mañana, si no hay algun inconveniente.

—¿Mañana?

—¿No debe comer mañana el príncipe en las casas consistoriales?

—Convidado está, dijo Cornelio.

—Pues del banquete á la prision, repuso Jorge.

—Pero aunque no digais los medios, indicad al menos el motivo.

—¿Será suficiente que el príncipe saque su espada contra el pueblo?

—¡Magnífico! esclamaron todos.

—Pues nada mas tengo que añadir.

La junta confió el buen écsito de su traicion al posadero de la plaza del Arenal, y se disolvió en el momento. Jorge, seguido de su hijo, se dirijió hácia la posada, y dijo á Guillermo:

—Muchacho, ¿te has enterado bien de cuanto se ha dicho en la reunion?

—Sin perder una sola palabra.

—Como eres tan bruto.....

—Eso no importa; oigo bien y tengo muy buena memoria.

—Yo he de disponer la funcion y tú serás el héroe de la fiesta.

—¿Yo?

—Mañana te daré instrucciones.

—Sería mejor que me las diéseis ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque si me las dais mañana podrá suceder que no las cumpla.

—¿Estás loco?

—Yo soy muy bruto; pero tengo buena memoria y sé á veces lo que me digo.

—¡Pero, muchacho!....

—Nada, padre: si no podeis darme instrucciones antes de la noche, buscad otro héroe para vuestra fiesta y dejadme como me estoy.

Jorge miró á su hijo fijamente, y Guillermo, contra su costumbre, sufrió la mirada de su padre sin sonrojarse ni temblar. Esta firmeza inesperada no desagradó al posadero, que replicó:

—No tengas cuidado: te esplicaré antes de la noche lo que debes hacer mañana.

La asamblea de los diputados tambien se encontraba reunida en el salon de sus sesiones, y discurrian sobre los medios de recobrar la autoridad. Asamblea demasiado numerosa y sin jefes, porque todos eran iguales y se creian con el mismo derecho para tener la primacía; se pronunciaban largos discursos, muy semejantes entre sí, pero que á nada conducian. Reconocian como acsioma, que el único medio de entrar en el pleno goce del poder era alejar á D. Juan de Austria de la capital del Brabante; pero al llegar á la ejecucion se presentaban los obstáculos, y todo quedaba indeciso. Entre los diputados del Brabante estaba un hombre que, no perteneciendo á su número, observaba atentamente todas las faces que iba tomando la cuestion. Cuando se agotó la facundia de los oradores flamencos, pidió la palabra con modestia, y en mal aleman dijo así:

—He tenido el gusto de oir los brillantísimos discursos que han pronunciado los mas eminentes oradores; admiro las profundas ideas emitidas en todos ellos; pero como nada se ha resuelto, voy á someter á la asamblea una indicacion importante. Los señores diputados saben que varios partidos combaten al gobernador general. No hablaré del orangista puro, ni del que aspira á dominar en nombre de D. Juan de Austria; estos partidos son estremos, y poner en ellos la esperanza, seria el colmo de la locura: solo me ocuparé, señores, del partido que quiere apoderarse de la persona del austriaco, para constituirse en gobierno y dar leyes á las provincias del Brabante. Este partido se compone de hombres de crédito y de accion; pero no tiene tantos soldados ni tan lejítimos derechos como los representantes del pais. Yo me atrevo á proponer, señores, que dejemos obrar á este partido y que

aprovechemos su victoria. Preso el austriaco, nos presentamos como mediadores entre el rey y el partido de la revolucion; reclamamos la persona del príncipe; le obligamos á salir de Flandes, presentándole como criminal á los ojos de Felipe II; perseguimos como trastornadores á los que le hayan aprisionado: si lo creeis conveniente llamais al señor duque de Alenzon, y robustecidos con la alianza del rey de Francia, formais un estado respetable é independiente.

Acabó de hablar Mr. de Manduleut, embajador de Francia, y los señores diputados resolvieron permanecer á la espectativa.

El cuarto partido tambien, por una estraña coincidencia, estaba reunido en el palacio del señor duque de Ariscot; pero esta reunion no le impedia saber lo que pasaba en la casa del baron de Hesse y salon de los representantes; pues el vizconde de Gante tenia entrada con los mas fogosos enemigos del príncipe, y el abad de Maroles y otros eran individuos no sospechosos de la reunion de los diputados.

Los miembros del cuarto partido estaban acordes en un todo; reduciéndose su estratejia á dos solos puntos capitales. Era el primero concitar el encono de los partidos contra los consejeros del príncipe, y el segundo hacer ver á éste, que no tendria seguridad personal ni habria buen órden en el gobierno mientras no alejara de sí el corto número de españoles que le servian y rodeaban. La mision del cuarto partido era pacífica en cierto modo, y su principal interés consistia en hacer abortar los planes de las facciones enemigas.

Entre las encrespadas olas de esta mar inmensa, y combatida por cuatro vientos encontrados, se encontraba una nave altiva, que caminaba á toda vela, procurando evitar los escollos, pero sin torcer jamás su rumbo: esta nave era el hijo bastardo del emperador Carlos V.

Veia el jóven de ánimo heróico abrirse insondables abismos; pero dispuesto á probar al rey su abnegacion y su lealtad, los saltaba con rapidez, y al ver abrirse otros, mas insuperables y profundos, volvia la vista hácia otra parte, repitiendo: "Cúmplase la voluntad de mi hermano."

CAPÍTULO IX.

LOS TRES AMANTES.

La hija de Cornelio Estraten esperaba en su gabinete, con mas inquietud y mas afan que la vez primera, la llegada del posadero; y éste, que no pecaba nunca de perezoso ni remiso, tardaba mas de lo acostumbrado, aumentando así á cada instante la gran impaciencia de María. Por dos razones deseaba ésta que viniera pronto Guillermo, poderosísimas las dos y capaces de robar la calma de una mujer menos vehemente que la hija de maese Cornelio.

Se desconsolaba María, cuando se abrió la puertecilla del elegante gabinete y apareció en ella Guillermo, cubierto de sudor el rostro y sin poder hablar de cansancio.

—Mucho has tardado, le dijo María, no como una amante que se queja, sino como un amo que riñe.

—Tienes razon para reñirme, tartamudeó el pobre mozo; pero cuando sepas la causa....

—¿Qué te ha sucedido?

—Todavía no me ha sucedido, pero sucederá mañana un ruidoso acontecimiento; y yo seré el héroe, si tú no te opones á ello.

—Cuéntame, Guillermo.

—Será una cosa muy divertida, ó por lo menos nunca vista.

—¿Una cosa muy divertida?

—Sí por cierto.

—¿Y debe suceder mañana?

—Sin falta.

—¿Mañana?....

—Vamos á prender al gobernador D. Juan de Austria.

María no manifestó sorprenderse, y con la mayor indiferencia respondió á Guillermo.

—Yo creí que era alguna cosa de importancia.

—¿Te parece poco, María?

En este momento dieron en la calle tres palmadas: María hizo ademan de levantarse; pero volviendo á caer en su asiento, dijo al posadero:

—¿Y tú me has dicho que tomarás parte en la prision?

—Te he dicho, María, que seré el héroe de la fiesta.

—Cuéntame, Guillermo, sus pormenores.

—Hemos tenido una gran reunion.

—¿En dónde?

—En casa del baron de Hesse.

—¿Quiénes estábais?

—El baron, el conde de Lalain, tu padre, el mio, yo y otras personas de mucha menos importancia.

—¿Y allí?

—Se habló mucho, María; se dijeron grandes denuestos y por poco vienen á las manos. Por último se restableció el órden, y se decretó la prision del gobernador D. Juan de Austria.

Sonaron otras tres palmadas; María se estremeció ligeramente, mas continuó preguntando:

—¿Piensan atacar el palacio?

—No por cierto. Quieren cubrirse con una apariencia de razon.

—En ese caso....

—Mi padre todo lo ha previsto.

—¿Tu padre será el encargado de proceder á la prision?

—Lo has adivnado, María.

—Y como tu padre es tan ladino, ¿habrá inventado medios seguros?....

—Un medio que te hará reir.

—Cuéntamelo pronto, Guillermo, pues se pasa la media hora.

—Tú sabes que mañana se celebra la gran fiesta de la ciudad.

—Tienes razon.

—El ayuntamiento ha convidado á D. Juan de Austria, para un espléndido banquete y un sarao magnífico. ¿Tú irás?

—Puede que sí y puede que no.

—El príncipe se presentará acompañado de su guardia.

—¿De los mosqueteros que manda el señor duque de Ariscot?

—Cabalmente. Desde que salga de palacio empezarémos á insultarle.

—¿Para qué?

—Para que se irrite y nos acometa con su guardia.

—¿Y si no acomete?

—En ese caso lo seguimos hasta la casa de ayuntamiento.

—¿Y allí?

—Armamos con cualquier pretesto una disputa con los mosqueteros del príncipe: de las palabras, pasamos en breve á las manos: mi padre acude en el momento con los mosqueteros de la ciudad: el príncipe, ó al menos sus amigos, acudirán á la defensa de los mosqueteros de la guardia, se irá acalorando la pelea, y como serémos mas en número, quedará el campo por nosotros, y nos haremos dueños de la persona de D. Juan.

—¿Y si el príncipe no acudiera á la defensa de los suyos?

—No sé responderte, María.

—¿Si no acude, queda malograda la conspiracion?

—Dicen que el príncipe es valiente, y contamos con su valor.

—Contad tambien con su prudencia. Pero yo estoy loca, Guillermo: la espedicion tendrá buen éxito, porque el príncipe es temerario.

—¿Y pegará cada cuchillada?....

—No te acerques mucho, Guillermo.

—Ahora tengo yo que pedirte un grandísimo favor, María.

—Esplícate.

—¿Quieres que vaya capitaneando los descontentos?

—¿Lo deseas?

—Con toda mi alma.

—Pues entonces....

—¿Qué?

—Lo permito....

—Gracias, María.

—Ahora te recuerdo, Guillermo, que ha pasado la media hora.

—Pero hemos hablado....

—De negocios.

—Y yo quisiera....

—¿Hablar de amor? Es imposible. Adios, Guillermo; hasta mañana.

Guillermo quiso replicar, pero María abrió la puerta del gabinete, é indicándosela con la mano, obligó al malaventurado mozo á la mas triste retirada.

Al mismo tiempo que Guillermo entraba en el gabinete de María, salió del palacio del gobernador un hombre envuelto en una larga capa, y cubierto el rostro con las anchas alas de un sombrero. Cruzó la plaza del palacio, y fué á perderse entre las sombras de la iglesia de Kouvemberg, deslizándose por la callejuela de que hablamos en el primer capítulo. Se paró bajo la ventana del gabinete de María, y dió tres palmadas, con estudiados intermedios. Del palacio del príncipe de Orange salió tambien otro embozado, y aunque por distinto camino, se dirigió á la iglesia de Kouvemberg. Cuando llegó á ella, repetia el primer embozado la señal de las tres palmadas. Al oirlas, quiso recatarse Felipe de Marnis, que era quien salió del palacio del príncipe de Orange; pero no pudo hacerlo tan pronto que no lo notara el incógnito. Ambos requirieron las espadas sin reconocerse y animados de un ódio mútuo, cuya causa podria ecsistir, pero era imposible esplicar.

El incógnito habia llegado segun su costumbre diaria, pues desde la noche del tres de Mayo, en que le vimos por primera vez conversar de amores con María, no habia faltado por ninguna causa á sus amorosas entrevistas: Felipe de Marnis, aunque solicitó de maesse Cornelio, la mano de su hermosa hija, no venia aguijoneado por los celos, y era su intento muy distinto.

Por una estraña casualidad habia sabido que todas las noches salia un apuesto caballero del palacio del gobernador, y que se dirigia hácia la casa de maesse Cornelio Estraten; el espía que dió esta noticia á Felipe, ó muy medroso ó poco diestro, se contentó con seguir de lejos al embozado, y al verlo perderse entre las sombras, dió por sentado que entraba en la casa del armero por una puertecilla escusada. Estas visitas podian hacerse con dos objetos. El primero, porque mediasen relaciones entre el príncipe y el regidor: relaciones que podian ser muy perjudiciales á la causa de Guillermo de Nassau: y el segundo, porque el incógnito tuviera amorosas entrevistas con la hermosa hija del armero. En ambas hipótesis juzgaba Felipe conveniente seguir los pasos del incógnito, espiarlo, reconocerlo si era posible, y ponerse en estado de obrar con conocimiento de causa.

Si las visitas se dirigian á Cornelio Estráten, seria oportuno noticiarlas á los amigos del armero, para que dudasen de su lealtad. Si por el contrario, eran hechas á la interesante María, podria presentarse una ocasion en que fuera prudente denunciarlas á Cornelio, para avivar su mala voluntad contra los españoles, y comprometerlo en alguna empresa mas arriesgada ó criminal. Otro partido podia sacar el servidor del príncipe de Orange, apoderándose del secreto. Sabia la especie de boda aplazada que ecsistia entre María y Guillermo Matren: conocia el carácter celoso del hijo único del posadero, y calculaba que manifestándole en tiempo oportuno la ecsistencia y nombre de un rival, podria disponer á su arbitrio del desalentado mozo.

Estas poderosas rázones habian impulsado á Felipe á dirigirse á aquel lugar, con mala fortuna por cierto; pues habiendo sido visto por el embozado, le era imposible llevar á cabo una parte de su proyecto, la mas importante quizás.

Con las espadas en la mano se adelantaban mútuamente, dispuestos á medir los aceros, y ganosos de ensangrentarlos. El señor de Santaldegonde no

estaba falto de valor, pero sin embargo, sentia una especie de estremecimiento al acercarse á su enemigo: el incógnito, por el contrario, avanzaba con rapidez, y apenas tocó con su espada la aguda punta de la enemiga, cuando dirigió á Felipe de Marnis una terrible estocada á fondo, que le atravesó la ropilla, haciéndole un ligero rasguño. Felipe retrocedió un paso y acometió resueltamente á su bizarro antagonista. Este paró los rudos golpes con notable serenidad, tirando un mandoble á su enemigo, que parado aceleradamente y en falso, hizo saltar la espada de la diestra del señor de Santaldegonde. El incógnito se paró, viendo desarmado á su contrario, y le dijo con una voz desfigurada por los dobleces del embozo:

—Huye de aquí, Felipe de Marnis.

Felipe, lleno de terror, oyéndose nombrar por el incógnito, y encontrándose desarmado, juzgó prudente aprovechar el mandato de su vencedor, y se alejó sin vacilar, dejando su espada por despojo de aquel silencioso combate. Iba el embozado á volver á la vaina su triunfante acero, cuando la punta de un puñal, dirigido contra su costado, rasgó la capa y ferreruelo; mas el golpe fué tan de soslayo, que bajando hácia la cadera, se introdujo el acero en la vaina de la espada del caballero. No se sobresaltó el incógnito con tan violenta acometida: cojió la mano del agresor, y volviéndose de repente, se encontró con un rostro estúpido que no recordaba haber visto.

—¿Quién eres, cobarde asesino? preguntó el incógnito.

—Me llamo Guillermo Matren, respondió aterrado el posadero, cuya diestra permanecia entre la mano del incógnito que la estrechaba como un gran tornillo de acero.

—¿Me conoces?

—No sé quien sois.

—¿De dónde vienes?

—De casa de Cornelio Estraten.

—¿Por qué has querido asesinarme?

—Por celos.

—¿Quién es tu amada?

—María Estraten.

—Perdonadlo: dijo María desde la ferrada ventana.

El incógnito soltó la mano del posadero, se mordió los lábios con furia, y despues dijo con sarcasmo:

—Han sido infundados tus celos: yo no amo á María, que es muy digna de ser la esposa de un asesino como tú. Me ha pedido tu vida una muger, y se la concedo; porque no mereces que ensucie mis manos con tu sangre. A tus piés tienes una espada que ha pertenecido á un mal caballero, recógela, y si necesitas vengarte, aprende á usarla en vez de este infame puñal.

El incógnito arrojó lejos de sí el puñal de Guillermo Matren, y volvió la espalda al posadero que lo escuchaba amedrentado. No sabia esplicarse el pobre mozo lo que le estaba sucediendo: lanzaba miradas inciertas; se estregaba á menudo los ojos, y procuraba reconocer el lugar en que se encontraba, creyéndose bajo el influjo de una dolorosa pesadilla. Le halagaba algunos instantes la idea de soñar, pero distinguia los negros muros de la sombría iglesia de Kouvemberg, la reja del gabinete de María, y la estrecha callejuela de los *Duendes*, llamada así por varios cuentos de aparecidos; y se confirmaba en la realidad de lo que estaba sucediendo.

Sin embargo, tenia una duda, que consistia en saber si habia lidiado con hombre ó duende. Esta duda podia lisonjear en algun modo el amor propio de Guillermo; pero le causaba un terror pánico que no podia disimular. Para colmo de su turbacion, vió venir á lo lejos un bulto, que le pareció colosal; y sin encomendarse á Dios ni al diablo, dió á correr con todas sus fuerzas en la contraria direccion. Este bulto era en cuerpo y alma maesse Cornelio, que se dirigia á su morada despues de haber asistido á una sesion del ayuntamiento de Bruselas.

Maesse Cornelio caminaba con paso desigual y lento, porque habia bebido aquella noche lo bastante para perder el equilibrio conservando un poco la razon; mas de improviso dió un traspiés, que lo puso en grave peligro de dar un ósculo de paz á la iglesia de Kouvemberg. Este traspiés no era causado enteramente por el vapor de los licores, y tenia una causa inmediata mas positiva y material. El armero habia tropezado con un obstáculo que interceptaba la callejuela; este obstáculo era la espada que el incógnito habia arrancado al señor de Santaldegonde. Tan avezado estaba Estraten á mover toda especie de armas, que á simple contacto conoció se la habia con una espada, y haciendo un esfuerzo terrible, para no caer cuan largo era, logró levantarla del suelo. Ufano con tan buen hallazgo, pues la cincelada guarnicion dejaba colejir fácilmente el gran mérito de la hoja, prosiguió con mas rapidez su camino, hasta que otro obstáculo de la misma especie le hizo bambolearse de nuevo. Estraten se bajó, como antes, y levantando un largo puñal, reconoció que pertenecia á su propia fábrica de armas.

—Vaya un temple, dijo Cornelio, apresurando mas su marcha. Solo una hoja forjada por mí ó en mis talleres, que es lo mismo, sufriria sin hacerse pedazos el formidable pisoton que ha resistido este puñal. Con razon estoy reputado por el mejor fabricante de armas de las quince provincias unidas.

El armero se despejó un poco con estos dos ricos hallazgos; anduvo con mas rapidez la poca calle que le quedaba; entró en su casa sin titubear; subió la escalera diligente, y atravesó la sala de armas, que estaba enteramente oscura, tropezando con los sillones y haciéndolos rodar gran trecho.

Cuando salió Guillermo Matren del gabinete de María, se acercó la jóven á la reja; y como no podia descubrir la calle, prestó atento oido, por si reproducian las palmadas, ó tenia otro indicio cualquiera de que la esperaba su amante. Al aproximarse, oyó un momento el choque de las dos espadas, y poco despues la voz del incógnito que mandaba á Felipe alejarse. Siguió un instante de silencio, y pasado aquel, escuchó María el breve diálogo que medió entre Guillermo y el incógnito. El crimen de aquel era grande; las palabras de este muy duras, y María temió por la vida del estúpido posadero. Suplicó por él á su amante, y este, atendiendo la intercesion de la hermosa María, manifestó que perdonaba al criminal y que renunciaba para siempre á la pérfida intercesora.

Las duras palabras del incógnito aterraron momentáneamente á la jóven, pero se sereno despues; encontrando sin duda algun medio de satisfacerle y serenarlo; pues cuando entró maesse Cornelio en el gabinete de su hija, fué recibido con una sonrisa placentera, llena de respeto filial. El armero, faltando á su costumbre, no dió el beso de entrada á María, y se dirigió á las bujías que alumbraban el aposento. Ecsaminó cuidadosamente las dos armas: y despues de haberlas ecsaminado dió una estrepitosa carcajada y dijo:

—Ven acá, María. Lee en la empuñadura de esta espada.

—Felipe de Marnis: repuso la jóven leyendo.

—Ahora lee en el mango de este puñal.

Guillermo Matren.

—Tus dos novios han sido desarmados en la callejuela de los *duendes*.

El armero dió otra recia carcajada, dejó las armas sobre una mesa, se echó en un sitial, levantó á su hija con la misma facilidad que si fuera una niña de dos años, la sentó en sus rodillas y dijo.

—Ocupado con este hallazgo, no te he pedido ni me has dado el beso de costumbre, María; y ahora necesito dos besos antes de marcharme á dormir.

—Con mucho gusto, padre mio: repuso la jóven besándolo.

—Así me gusta, me has dado tres, y ya tengo alguna ganancia. ¿Necesitas algo, María?

—Por ahora nada, pero mañana puede ser que os pida un gran favor.

—Dímelo al instante, María.

—Quizá no será necesario.

—Tú sabes que solo deseo darte gusto en todo.

—Lo sé. Mas lo que tendré que pediros será un capricho bastante raro.

—Eres muy juiciosa, María.

—¿Y si una sola vez en mi vida quisiera ser algo loquilla?

—Lo serias, ¿qué remedio tiene? Jamás te negaré un deseo que pueda cumplirse humanamente.

—En ese caso.

—¿Qué?

—Os lo diré con confianza.

—¿Ahora?

—Mañana, padre mio.

—Como te acomode, María.

Cornelio recibió nuevos besos de la seductora doncella, devolviéndoselos con usura, y se separaron satisfechos hasta la mañana siguiente.

CAPILULO X.

OCTAVIO GONZAGA.

Habia llegado la mañana del dia 19 de Mayo, y en la cámara de D. Juan de Austria estaban el príncipe sentado, y el duque de Ariscot, de pié. En el semblante del austriaco se leia profundo disgusto y un manifiesto mal humor; el duque le miraba atento, como queriendo penetrar lo que pasaba en su interior; pero le era imposible lograrlo, porque el velo del pensamiento suele levantar algun estremo; pero descorrerse jamás.

El austriaco volvió la cabeza, reparó en el duque, á quien no habia visto ó habia olvidado por lo menos, y le dijo, procurando en vano sonreirse:

—Aceread un sitial y sentaos.

—Señor, contestó el duque acercándose, venia á preguntar á V. A. ¿á qué hora deben estar prontos los mosqueteros de la guardia?

—¿Para qué?

—¿No piensa asistir V. A. á la fiesta de la ciudad?

—Estoy convidado á comer con los señores regidores, y se ofenderá el ayuntamiento si no admito su invitacion. Los mosqueteros estarán prontos á las doce.

—Será obedecido V. A. ¿Se encuentra V. A. enfermo?

—No, duque.

—Veo á V. A. meditabundo, y aún aseguraria que triste.

El príncipe iba á contestar ágriamente, irritado por observaciones que le parecian importunas; pero logrando dominarse, dijo con frialdad:

—¿Os parece, duque, que debo estar muy satisfecho?

—Conozco, señor, que V. A. tiene motivos de disgusto, pero....

—¿Un gobernador de Flandes debe tener el rostro alegre, aunque dañado el corazon?

—Señor....

—Sí, duque; en esta tierra se ven muchos rostros alegres que ocultan los mas depravados intentos de corazones muy dañados.

—No negaré á V. A. que conspiran varias facciones contra la autoridad del rey, representada dignamente por el vencedor de Lepanto; pero tambien hay almas leales, y muchos nobles decididos á morir en defensa....

—Agradezco, duque, la noble lealtad de esas almas y el valor de esos caballeros. No temo la muerte; una bala, un puñal ó un activo veneno, podrán alterar á otros muchos; pero á mí, duque, no me espantan.

—Me alegro en el alma, señor, de que haya tocado V. A. una cuestion muy importante, pues desde el dia que en Santa Gudula tuvo lugar la horrible escena....

—¿Deseais sinceraros conmigo?

—Ciertamente, señor.

—Sé, duque, que os debo la vida.

—Pero sentiria que V. A. creyese....

—¿Que habiais usado superchería para obligarme? Sé que no. Solo siento que habiendo podido evitar el escándalo, no lo hiciérais.

—Señor....

—Sí, duque. Con haberme dicho al oido: "ese turbante tiene veneno," os quedaba yo muy obligado, mi persona salva, y entre los dos el fatal secreto.

—No previ, señor, que aquel perro se iba á encargar de revelarlo.

—¿Y queriais ser vos solo el dueño de la suerte del asesino?

El duque bajó al suelo los ojos, y el príncipe continuó:

—Estad persuadido, señor duque, que sé cuanto concierne á mi persona . . .

—Señor. . . .

—Sé que el veneno se preparó por maesse Genaro, el sabio químico de la torre de los *tres cipreses;* sé que hablásteis con él aquella noche, y que os entregó un papel escrito. Repito que todo lo sé.

—Señor. . . .

—No hablemos mas sobre el asunto, y responded á una pregunta. ¿Sabeis por qué los diputados, los gefes del pueblo y los nobles conspiran contra mí? ¿Qué causas les he dado, ó qué pretesto? ¿No he condescendido á las peticiones de los primeros? ¿No he hecho mercedes á los segundos? ¿No houro á los terceros tratándolos con amabilidad y distincion? ¿Qué quiere el pueblo de Brabante, ó mejor dicho, el de Bruselas, del gobernador general?

El duque guardó triste silencio.

—¿No quereis responderme, duque?

—¿Qué puedo decir á V. A.?

—Lo que creais en vuestra conciencia, sin adularme ni dudar.

—Quisiera ser franco, señor.

—Y yo deseo que lo seais.

—El pueblo de Bruselas, señor, ha recibido mil favores de V. A.; los partidos han recibido mil mercedes del gobernador general, y son injustos, muy injustos en sus ecsigencias y en sus tramas. Solo el alma noble y elevada del hermano de Felipe II, podria hacerse superior á las miserias y á los crímenes de los partidos; pero V. A., magnánimo. . . .

—Por Dios, duque, Estais haciendo mi panegírico, y yo he preguntado solamente qué motivo de queja tienen las quince provincias, y particularmente Bruselas, contra el gobernador Juan de Austria.

—Queria probar, señor, que ni las provincias ni los partidos tienen un motivo fundado.

—¿Pues entonces, duque, por qué me mortifican y me acosan?

—Porque esplotan un fútil pretesto.

—Decidlo, duque.

—Desean que aleje V. A. sus concejeros españoles.

El austriaco se levantó, dió algunos pasos por la cámara; y parándose delante del duque, que tambien se habia levantado, le dijo con calma glacial.

—El mismo dia en que me recibieron por gobernador de las provincias, se presentaron en esta cámara, á hora avanzada de la noche, el baron de Hesse y el conde de Lalain, trayendo una peticion bastante larga de los estados generales. Esta peticion, redactada con acuerdo de todos los partidos, menos el del príncipe de Orange; empezaba diciendo: "Pedimos que aleje de su compañía á cuantos estrangeros le rodean para que mal no le aconsejen;" y yo contesté de palabra: "Los pueblos de Flandes no tienen nada que temer de los poquísimos estrangeros que se agrupan á mi al rededor. Pocos son, señores, muy pocos; podeis contarlos si quereis. Juan de Escobedo mi secretario; Octavio Gonzaga, mi amigo; Andrés de Prada, Juan Bautista de Tarsis y una docena de criados." Esto dije á los comisionados de los estados generales; y como en vos, duque de Ariscot, tengo mucha mas confianza, añadiré: que hay en Bruselas un corto número de personas particularmente interesadas en que aleje á los estrangeros, porque piensan sustituirlos y gobernar á su albedrío á la sombra del gobernador. Si alguna vez, duque de Ariscot, os acercais á esas personas, podeis decirlas en mi nombre, que se afanan mucho por empresa de muy pequeños resultados. Decidles, que Juan de Escobedo es mi secretario solamente; que Octavio Gonzaga es un amigo nada mas. Decidles tambien, que yo mando por mi voluntad y en mi nombre; que no deseo permanecer en el puesto que me ha señalado el rey de España, pero que nadie mandará en las quince provincias unidas siendo yo su gobernador.

El duque se mordió los labios y guardó profundo silencio: el príncipe empezó á pasearse poco dispuesto á interrumpirlo; pero Gonzaga apareció pálido y con el cabello erizado, á dar nuevo giro á la escena.

—¿Qué traes, Octavio? dijo el príncipe viéndolo llegar en tal desórden.

—Miedo, señor; replicó Gonzaga con voz entrecortada y ronca.

—¿Miedo un hombre que tiene espada? ¡Vive Dios, Gonzaga, que estás loco!

—No puedo negarlo, señor; estoy temblando como un azogado, y casi me falta la voz.

—¡Vive Dios que no te conozco!

—Gonzaga raya en temerario; dijo el duque, y cuando tan aterrado está, no será con leve motivo.

—Tranquilízate un poco, Octavio, y cuenta lo que ha sucedido.

—Entré, señor, por casualidad en la gruta de la Magdalena. . . .

Don Juan se colocó apresuradamente de modo que no pudiera verlo Ariscot, y poniéndose el dedo sobre los labios, indicó á Gonzaga que no debia contar delante del duque lo que le hubiese sucedido. Octavio comprendió la seña del príncipe, y cobrando con ella la suficiente sangre fria para desempeñar el papel que le era fuerza representar, prosiguió, como un hombre que se amedrenta al solo recuerdo del peligro.

—Lo pintoresco de aquel paraje me convidó á tomar reposo, y reclinado al borde de uno de los muchos arroyos que en todas direcciones la cruzan, me quedé dormido al momento. Entre sueños oí un recio silbido que me hizo estremecer; despues oí otro mas recio aún, y abrí los ojos espantado: en aquel instante una enorme sierpe se deslizaba junto á mí.

—¡Cáspitas! dijo el duque; no hay duda que el susto fué mas que mediano.

—A su vista dí un grito espantoso; me levanté de un salto, y ví al mónstruo que saliendo pausadamente de la gruta, fué á perderse entre los bosquecillos del parque.

—De poco te asustas, Gonzaga; dijo el príncipe con desden.

—Me parece que despertarse en tan amable compañía asusta á cualquiera, señor.

—Tú eres dueño, replicó el príncipe, de tener cuanto miedo quieras, que yo no te lo impido, Octavio; pero me olvidaba por tu culpa de mis quehaceres. ¿Deciamos, duque, que estarian prontos los mosqueteros de mi guardia á las doce?

—Así lo ha mandado V. A., y voy á comunicar sus órdenes.

—Me parece bien, amigo duque.

El capitan de guardias salió, y acercándose el príncipe á Octavio, le preguntó con gran misterio:

—¿Qué has visto, Gonzaga, qué has visto?

—Nada, señor; pero oí palabras que ahora comprendo claramente, y entonces me aterrorizaron.

—Repítelas.

—Oí, señor, una voz de muger, que dijo: "Despierta, Gonzaga, despierta; sube á la cámara del príncipe, y encárgale que sea prudente no despreciando los consejos que le dén personas estrañas." Estas palabras fueron repetidas por el lúgubre eco de la gruta, y, lo confieso, me asustaron; pero tranquilizado con la seña que me dirigió V. A., supe forjar la fábula que ha oido el señor duque de Ariscot.

—¿Nada mas oiste?

—Nada mas. ¿Qué infiere de ello V. A?

—Que piensan tenderme algun lazo en la fiesta de hoy.

—No lo dudo; y ruego á Dios me dé paciencia, porque á la verdad ya me falta.

—Cumplirás, Octavio, mis órdenes.

—Verse insultado, escarnecido por la mas infame canalla, y guardar silencio, es superior á las fuerzas de un caballero.

—Gonzaga, tambien á mí me insultan los mismos que colmo de favores, y sin embagro sufro y callo.

—¿Cuándo saldrémos de Bruselas?

El príncipe meció la cabeza con inesplicable amargura, recorrió la estancia á largos pasos, y parándose de repente, dijo á Gonzaga con voz ronca:

—Pocas hojas quedan á la oliva.

CAPITULO XI.

EL REY DEL BLANCO.

Entre todas las plazas de Bruselas se distingue la del Arenal por su magnitud, y tambien por estar destinada á los festejos populares. En la época que mencionamos, todas las ciudades de los Paises Bajos concedian premios de gran valor á los que triunfaban en el juego del blanco, conocido con la palabra *Pappegot*, y Bruselas, rica y poderosa, estremaba sus agasajos hácia el héroe de tan gran fiesta.

En tanto que D. Juan de Austria se disponia para acudir á la invitacion del ayuntamiento, toda la poblacion de Bruselas, y gran parte de la de las ciudades inmediatas, se reunia en la plaza del Arenal para presenciar el espectáculo que de antemano habian dispuesto. Muy acostumbrados estaban todos los pueblos del Bravante á este género de funciones, y sin embargo crecia su ardor al simple anuncio, como el de un caballo de batalla al lejano son del clarin.

En el testero occidental y los dos costados de la plaza se levantaba una numerosa gradería, en forma de herradura, que llegaba hasta los balcones principales, y era capaz de contener treinta mil personas sentadas. En el centro de esta gradería habia un estrado, tapizado de ricas alfombras de Persia, cubierto con un toldo de damasco azul bordado de estrellas de plata, adornado con colgaduras de la misma tela y color, con estrellas y con anchos flecos de plata. Prócsimo al antepecho se veia un sillon de terciopelo carmesí, y á su espalda varios escaños de la misma tela y color.

Delante de este rico estrado, y á pocos pasos de la grada, habian colocado tres bancos, forrados tambien de terciopelo, y guardados por dos mosqueteros de las compañías de la ciudad. En el testero oriental de la misma plaza, estaba clavado un alto mástil: en su estremo superior tenia un triángulo, muy parecido al que forman los tenebrarios, y en este triángulo colocadas siete palomas de carton de muy diferentes tamaños; siendo la mas pequeña la que ocupaba el ángulo superior, y las mas grandes las de los dos ángulos inferiores. Al pié del mástil habian colocado un gran armario de nogal, guardado por dos mosqueteros como los bancos referidos.

A las once de la mañana presentaba aquel inmenso anfiteatro el mas variado panorama y el mas complicado mosáico que se pudiera concebir. Lo formaban treinta mil personas, vestidas con el mayor lujo y con los pintorescos trages propios del siglo diez y seis. En varias líneas se dividia este gran cuadro: formaban las unas los tocados de las mugeres y los sombreros de los hombres; otras los encendidos rostros de los treinta mil circunstantes; y otras las trusas de dos colores, los coletos, ropillas, medias, sayas y corpiños de tan confusa muchedumbre. Todos los balcones y ventanas de aquel anchuroso recinto, estaban tambien ocupados por las damas mas elegantes y mas hermosas de la ciudad; descubriéndose en un balcon bastante prócsimo al estrado y perteneciente á la posada de Jorge Matren, la seductora hija del armero.

A las once y media se presentaron tres personages, vestidos con ropones carmesíes y precedidos por una especie de maceros, armados con soberbios arcos de plata. Estos personages se dirigieron á los bancos, conservando los rostros cubiertos, y tomaron asiento en el que daba la espalda al estrado. Eran los jueces que debian adjudicar el premio.

Apenas sentados los jueces, aparecieron de improviso por varios parages de la plaza un cierto número de hombres, que se dirigieron á los dos bancos que habian quedado desocupados, y tomaron asiento sin pronunciar una palabra. Eran los as-

—No previ, señor, que aquel perro se iba á encargar de revelarlo.

—¿Y queriais ser vos solo el dueño de la suerte del asesino?

El duque bajó al suelo los ojos, y el príncipe continuó:

—Estad persuadido, señor duque, que sé cuanto concierne á mi persona . . .

—Señor. . . .

—Sé que el veneno se preparó por maesse Genaro, el sabio químico de la torre de los *tres cipreses;* sé que hablásteis con él aquella noche, y que os entregó un papel escrito. Repito que todo lo sé.

—Señor. . . .

—No hablemos mas sobre el asunto, y responded á una pregunta. ¿Sabeis por qué los diputados, los gefes del pueblo y los nobles conspiran contra mí? ¿Qué causas les he dado, ó qué pretesto? ¿No he condescendido á las peticiones de los primeros? ¿No he hecho mercedes á los segundos? ¿No houro á los terceros tratándolos con amabilidad y distincion? ¿Qué quiere el pueblo de Brabante, ó mejor dicho, el de Bruselas, del gobernador general?

El duque guardó triste silencio.

—¿No quereis responderme, duque?

—¿Qué puedo decir á V. A.?

—Lo que creais en vuestra conciencia, sin adularme ni dudar.

—Quisiera ser franco, señor.

—Y yo deseo que lo seais.

—El pueblo de Bruselas, señor, ha recibido mil favores de V. A.; los partidos han recibido mil mercedes del gobernador general, y son injustos, muy injustos en sus ecsigencias y en sus tramas. Solo el alma noble y elevada del hermano de Felipe II, podria hacerse superior á las miserias y á los crímenes de los partidos; pero V. A., magnánimo. . . .

—Por Dios, duque, Estais haciendo mi panegírico, y yo he preguntado solamente qué motivo de queja tienen las quince provincias, y particularmente Bruselas, contra el gobernador Juan de Austria.

—Queria probar, señor, que ni las provincias ni los partidos tienen un motivo fundado.

—¿Pues entonces, duque, por qué me mortifican y me acosan?

—Porque esplotan un fútil pretesto.

—Decidlo, duque.

—Desean que aleje V. A. sus concejeros españoles.

El austriaco se levantó, dió algunos pasos por la cámara; y parándose delante del duque, que tambien se habia levantado, le dijo con calma glacial.

—El mismo dia en que me recibieron por gobernador de las provincias, se presentaron en esta cámara, á hora avanzada de la noche, el baron de Hesse y el conde de Lalain, trayendo una peticion bastante larga de los estados generales. Esta peticion, redactada con acuerdo de todos los partidos, menos el del príncipe de Orange; empezaba diciendo: "Pedimos que aleje de su compañía á cuantos estrangeros le rodean para que mal no le aconsejen;" y yo contesté de palabra: "Los pueblos de Flandes no tienen nada que temer de los poquísimos estrangeros que se agrupan á mi al rededor. Pocos son, señores, muy pocos; podeis contarlos si quereis. Juan de Escobedo mi secretario; Octavio Gonzaga, mi amigo; Andrés de Prada, Juan Bautista de Tarsis y una docena de criados." Esto dije á los comisionados de los estados generales; y como en vos, duque de Ariscot, tengo mucha mas confianza, añadiré: que hay en Bruselas un corto número de personas particularmente interesadas en que aleje á los estrangeros, porque piensan sustituirlos y gobernar á su albedrío á la sombra del gobernador. Si alguna vez, duque de Ariscot, os acercais á esas personas, podeis decirlas en mi nombre, que se afanan mucho por empresa de muy pequeños resultados. Decidles, que Juan de Escobedo es mi secretario solamente; que Octavio Gonzaga es un amigo nada mas. Decidles tambien, que yo mando por mi voluntad y en mi nombre; que no deseo permanecer en el puesto que me ha señalado el rey de España, pero que nadie mandará en las quince provincias unidas siendo yo su gobernador.

El duque se mordió los labios y guardó profundo silencio: el príncipe empezó á pasearse poco dispuesto á interrumpirlo; pero Gonzaga apareció pálido y con el cabello erizado, á dar nuevo giro á la escena.

—¿Qué traes, Octavio? dijo el príncipe viéndolo llegar en tal desórden.

—Miedo, señor; replicó Gonzaga con voz entrecortada y ronca.

—¿Miedo un hombre que tiene espada? ¡Vive Dios, Gonzaga, que estás loco!

—No puedo negarlo, señor; estoy temblando como un azogado, y casi me falta la voz.

—¡Vive Dios que no te conozco!

—Gonzaga raya en temerario; dijo el duque, y cuando tan aterrado está, no será con leve motivo.

—Tranquilízate un poco, Octavio, y cuenta lo que ha sucedido.

—Entré, señor, por casualidad en la gruta de la Magdalena. . . .

Don Juan se colocó apresuradamente de modo que no pudiera verlo Ariscot, y poniéndose el dedo sobre los labios, indicó á Gonzaga que no debia contar delante del duque lo que le hubiese sucedido. Octavio comprendió la seña del príncipe, y cobrando con ella la suficiente sangre fria para desempeñar el papel que le era fuerza representar, prosiguió, como un hombre que se amedrenta al solo recuerdo del peligro.

—Lo pintoresco de aquel paraje me convidó á tomar reposo, y reclinado al borde de uno de los muchos arroyos que en todas direcciones la cruzan, me quedé dormido al momento. Entre sueños oí un recio silbido que me hizo estremecer; despues oí otro mas recio aún, y abrí los ojos espantado: en aquel instante una enorme sierpe se deslizaba junto á mí.

—¡Cáspitas! dijo el duque; no hay duda que el susto fué mas que mediano.

—A su vista dí un grito espantoso; me levanté de un salto, y ví al mónstruo que saliendo pausadamente de la gruta, fué á perderse entre los bosquecillos del parque.

—De poco te asustas, Gonzaga; dijo el príncipe con desden.

—Me parece que despertarse en tan amable compañía asusta á cualquiera, señor.

—Tú eres dueño, replicó el príncipe, de tener cuanto miedo quieras, que yo no te lo impido, Octavio; pero me olvidaba por tu culpa de mis quehaceres. ¿Deciamos, duque, que estarian prontos los mosqueteros de mi guardia á las doce?

—Así lo ha mandado V. A., y voy á comunicar sus órdenes.

—Me parece bien, amigo duque.

El capitan de guardias salió, y acercándose el príncipe á Octavio, le preguntó con gran misterio:

—¿Qué has visto, Gonzaga, qué has visto?

—Nada, señor; pero oí palabras que ahora comprendo claramente, y entonces me aterrorizaron.

—Repítelas.

—Oí, señor, una voz de muger, que dijo: "Despierta, Gonzaga, despierta; sube á la cámara del príncipe, y encárgale que sea prudente no despreciando los consejos que le dén personas estrañas." Estas palabras fueron repetidas por el lúgubre eco de la gruta, y, lo confieso, me asustaron; pero tranquilizado con la seña que me dirigió V. A., supe forjar la fábula que ha oido el señor duque de Ariscot.

—¿Nada mas oiste?

—Nada mas. ¿Qué infiere de ello V. A?

—Que piensan tenderme algun lazo en la fiesta de hoy.

—No lo dudo; y ruego á Dios me dé paciencia, porque á la verdad ya me falta.

—Cumplirás, Octavio, mis órdenes.

—Verse insultado, escarnecido por la mas infame canalla, y guardar silencio, es superior á las fuerzas de un caballero.

—Gonzaga, tambien á mí me insultan los mismos que colmo de favores, y sin embagro sufro y callo.

—¿Cuándo saldrémos de Bruselas?

El príncipe meció la cabeza con inesplicable amargura, recorrió la estancia á largos pasos, y parándose de repente, dijo á Gonzaga con voz ronca:

—Pocas hojas quedan á la oliva.

CAPITULO XI.

EL REY DEL BLANCO.

Entre todas las plazas de Bruselas se distingue la del Arenal por su magnitud, y tambien por estar destinada á los festejos populares. En la época que mencionamos, todas las ciudades de los Paises Bajos concedian premios de gran valor á los que triunfaban en el juego del blanco, conocido con la palabra *Pappegot*, y Bruselas, rica y poderosa, estremaba sus agasajos hácia el héroe de tan gran fiesta.

En tanto que D. Juan de Austria se disponia para acudir á la invitacion del ayuntamiento, toda la poblacion de Bruselas, y gran parte de la de las ciudades inmediatas, se reunia en la plaza del Arenal para presenciar el espectáculo que de antemano habian dispuesto. Muy acostumbrados estaban todos los pueblos del Bravante á este género de funciones, y sin embargo crecia su ardor al simple anuncio, como el de un caballo de batalla al lejano son del clarin.

En el testero occidental y los dos costados de la plaza se levantaba una numerosa gradería, en forma de herradura, que llegaba hasta los balcones principales, y era capaz de contener treinta mil personas sentadas. En el centro de esta gradería habia un estrado, tapizado de ricas alfombras de Persia, cubierto con un toldo de damasco azul bordado de estrellas de plata, adornado con colgaduras de la misma tela y color, con estrellas y con anchos flecos de plata. Prócsimo al antepecho se veia un sillon de terciopelo carmesí, y á su espalda varios escaños de la misma tela y color.

Delante de este rico estrado, y á pocos pasos de la grada, habian colocado tres bancos, forrados tambien de terciopelo, y guardados por dos mosqueteros de las compañías de la ciudad. En el testero oriental de la misma plaza, estaba clavado un alto mástil: en su estremo superior tenia un triángulo, muy parecido al que forman los tenebrarios, y en este triángulo colocadas siete palomas de carton de muy diferentes tamaños; siendo la mas pequeña la que ocupaba el ángulo superior, y las mas grandes las de los dos ángulos inferiores. Al pié del mástil habian colocado un gran armario de nogal, guardado por dos mosqueteros como los bancos referidos.

A las once de la mañana presentaba aquel inmenso anfiteatro el mas variado panorama y el mas complicado mosáico que se pudiera concebir. Lo formaban treinta mil personas, vestidas con el mayor lujo y con los pintorescos trages propios del siglo diez y seis. En varias líneas se dividia este gran cuadro: formaban las unas los tocados de las mugeres y los sombreros de los hombres; otras los encendidos rostros de los treinta mil circunstantes; y otras las trusas de dos colores, los coletos, ropillas, medias, sayas y corpiños de tan confusa muchedumbre. Todos los balcones y ventanas de aquel anchuroso recinto, estaban tambien ocupados por las damas mas elegantes y mas hermosas de la ciudad; descubriéndose en un balcon bastante prócsimo al estrado y perteneciente á la posada de Jorge Matren, la seductora hija del armero.

A las once y media se presentaron tres personages, vestidos con ropones carmesíes y precedidos por una especie de maceros, armados con soberbios arcos de plata. Estos personages se dirigieron á los bancos, conservando los rostros cubiertos, y tomaron asiento en el que daba la espalda al estrado. Eran los jueces que debian adjudicar el premio.

Apenas sentados los jueces, aparecieron de improviso por varios parages de la plaza un cierto número de hombres, que se dirigieron á los dos bancos que habian quedado desocupados, y tomaron asiento sin pronunciar una palabra. Eran los as-

pirantes á los premios que se habian de adjudicar en breve.

A las doce en punto se oyó una música militar, y desembocó en la plaza una compañía de mosqueteros de la ciudad con sus uniformes de gala: inmediatamente venia D. Juan de Austria, vestido á la flamenca, entre el burgo-maestre y sub-burgo-maestre: seguido del ayuntamiento, diputados de las provincias, concejos, chancillería y nobles. El duque de Ariscot cerraba la marcha con los mosqueteros del príncipe.

Era la primera vez que el austriaco se presentaba vistiendo el trage del país, y esta demostracion de simpatía hácia los pueblos de Brabante fué recibida con aplausos. D. Juan saludó cortesmente á aquel numeroso concurso, y adelantándose con marcialidad y donaire, subió la gradería del estrado, magníficamente alfombrada; y saludando otra vez al concurso, tomó asiento entre nuevas aclamaciones. El burgo-maestre, sub-burgo-maestre y regidores se sentaron en el banco inmediato prócsimo al príncipe, y en los demás bancos lo restante de la comitiva, quedando de pié, al lado del gobernador, el duque de Ariscot, Gonzaga, Escobedo y Tarsis, vestidos tambien á la flamenca.

A los aplausos y los vivas se siguió un profundo silencio, y todos los ojos se fijaron en el ilustre capitan, cuya frente altiva y laureada destellaba la magestad del nacimiento y las victorias. Gonzaga se inclinó hácia el príncipe y le dijo bastante quedo:

—¿Sabe V. A. cuál es la posada de Jorge Matren?

—Sí, Gonzaga.

—Fije V. A. la vista en el balcon principal.

El príncipe miró unos segundos, arrugó un poco el entrecejo, y dijo:

—Nada encuentro notable.

—¿No ha reparado V. A. en aquella jóven que mira obstinadamente al estrado?

—Sí.

—Es la hija de maese Cornelio Estraten.

—¿Y qué?

—No ha parecido á V. A. una muger encantadora?

—No es fea.

—Señor, dijo el burgo-maestre llamando la atencion del príncipe, cuando V. A. crea oportuno puede hacer la señal para que principie la funcion.

—Al instante, señor burgo-maestre.

El príncipe hizo la señal, y el mas anciano de los jueces, que ocupaba la presidencia, dijo:

—Todos los que aspiren al premio, que vayan entregando sus nombres.

Los aspirantes se levantaron, se acercaron al presidente, y le entregaron unas tablitas de marfil, que fué depositando en una pequeña urna de cedro. Los aspirantes se retiraron, el presidente agitó la urna, para que las tablitas se confundieran y mezclaran, y despues de haberlo efectuado, sacó la primera, y leyó: *Roberto Periander;* y entregó la tablita al juez que estaba á su derecha. Sacó en seguida la segunda, y leyó: *Santiago Fabré;* en la tercera, *Gilles Cantiprat;* en la cuarta, *Tomás Royenbeschs;* en la quinta, *Juan Tserroclofs;* en la sesta, *Cornelio Marting;* y en la séptima, *Guillermo Matren.* Al oir este nombre, D. Juan dió leves muestras de digusto, y Gonzaga, que se habia propuesto servir al príncipe de *cicerone*, le dijo:

—Ese que acaban de nombrar es hijo de Jorge Matren, célebre posadero de esta plaza, y futuro esposo de María.

—¿Y qué?

—Parece que su matrimonio se verificará muy en breve.

—¿Y qué me importa, Octavio Gonzaga, el matrimonio de María?

Gonzaga se inclinó con respeto, y el príncipe se mordió el labio quedándose meditabundo.

Los tres jueces se levantaron, y precedidos de sus maceros y seguidos por los aspirantes al premio, se dirigieron reposadamente al pié del mástil. El presidente sacó una llavecita de plata, la aplicó á la cerradura del armario, y despues de abrirlo, ordenó al juez de la derecha que desempeñara sus funciones. Este se aprocsimó al armario, sacó un arco, barnizado de color de rosa, y lo entregó á Roberto Periander, el primero de los aspirantes, segun el órden de las tablitas. Inmediatamente tomó otro arco barnizado de azul, y lo entregó á Santiago Fabré; entregó el tercero carmesí á Gilles Cantiprat, y los restantes á los otros cuatro campeones; siendo el cuarto verde, blanco el quinto, morado el sesto y el séptimo color de oro. El juez de la izquierda se adelantó entonces, sacó del armario siete flechas, de los mismos colores que los arcos, y las fué entregando á los contrincantes por el órden de preferencia que habian sacado en el sorteo. Terminada esta operacion, retrocedieron cien pasos contados, hasta un parage en el cual estaban colocadas siete losas de mármoles de diversos colores: el presidente sitió á cada uno de los campeones sobre una losa, las cuales estaban puestas en línea recta, distando dos varas entre sí. Despues tomó un libro de tafilete verde, que le presentó uno de los maceros, y dirigiéndose á los aspirantes, leyó:

"Reglas que deben observarse en la solemne fiesta del *Pappegot*, dictadas en el año de 1372 por Wenceslao, duque de Brabante, y confirmadas por los duques sus sucesores.

1.ª El dia 19 de Mayo de cada año tendrá lugar la gran fiesta del *Pappegot* en la plaza del Arenal, la mas estensa de Bruselas y la mas cómoda por lo tanto para los regocijos públicos.

2.ª Se levantará de antemano un espacioso anfiteatro, capaz de contener al menos, treinta mil personas sentadas. En el centro de este anfiteatro se pondrá un estrado magnífico: en él tomarán asiento el duque, presidente nato de los juegos; el ayuntamiento de la ciudad, los embajadores estrangeros y demás personas notables, á quienes el duque ó el ayuntamiento en su nombre dispense un tan alto honor.

3.ª Se colocarán á corta distancia del estrado tres escaños forrados de terciopelo carmesí: en el del centro se sentarán tres jueces nombrados al intento, pertenecientes á los tres brazos del Estado: los cuales llevarán cubiertos los rostros, ejerciendo las funciones de presidente el mas aventajado en edad. En los otros dos escaños restantes tomarán asiento todos los aspirantes al premio.

4.ª A invitacion del presidente entregarán los aspirantes sus nombres escritos en unas tablillas de marfil; aquel los pondrá en una pequeña urna de cedro, y despues de moverlos bien, los irá sacando uno á uno y leyéndolos en alta voz hasta completar el número de siete: quedando los demás escluidos.

5.ª Terminada esta operacion se dirigirán á un gran armario, colocado al pié del *Pappegot*, y cada uno de los campeones recibirá de mano de los jueces un arco y una flecha, pintados de siete distintos colores.

6.ª Inmediatamente retrocederán hasta siete losas clavadas á cien pasos del *Pappegot*, y cada uno de los campeones ocupará el lugar que le corresponda segun el órden del sorteo.

7.ª Llegado el caso de disparar, lo hará el que salió primero á cualquiera de las seis palomas laterales del *Pappegot*, pero de ningun modo á la del centro; pues si lo hiciere se le contará como si hubiera errado el tiro y será escluido de la suerte. Los demás seguirán disparando á las mismas palomas, y si ninguno errase el tiro, se abstendrá de tirar el séptimo y procederá á un segundo sorteo.

8.ª Si algunos errasen el tiro serán escluidos inmediatamente, y procederán los restantes, por el órden de preferencia que tuvieron en el sorteo, á acertar á las palomas laterales que hayan quedado; y si todas son derribadas, se guardarán las reglas prescritas en el artículo anterior, quedando escluidos de la competencia los que hayan errado sus tiros.

El presidente cerró el libro y dirigió á los campeones este corto razonamiento:

—Hemos cumplido literalmerte varias de las reglas prefijadas por Wenceslao, duque de Brabante, y muy en breve quedarán cumplidas las demás: pero antes de disputar el premio debeis conocer las razones que tuvieron para instituirlo nuestros sabios antepasados. No juzgueis, señores, que esta fiesta es un libiano pasatiempo; es, todos los ancianos los saben, una gran fiesta nacional. Nuestros valerosos abuelos conquistaron, espada en mano, el suelo, el aire y el hogar, y juzgaron justo que sus nietos se distinguieran como ellos en el ejercicio de las armas; por eso fundaron esta fiesta, cuyo orígen queda perdido en la mas remota antigüedad; por eso concedieron premios á los mas diestros en el manejo de nuestras flechas homicidas. Ya veis si el objeto fué santo: ya veis con cuanta razon deben envanecerse los que triunfen en esta gran fiesta nacional.

El juez terminó su discurso, los siete campeones se dirigieron á varios puntos de la plaza, se inclinaron galantemente ante sus amadas, recibieron de cada una un lazo del mismo color que las flechas, y, despues de haberlos sujetado á ellas, volvieron á ocupar los puestos que les habian señalado los jueces; quedando estos á espalda de los campeones. Roberto Perandier, á quien correspondia de derecho tirar el primero, armó su arco, apuntó á la primera paloma de la izquierda, y fué su tiro tan certero, que vino al suelo atravesada, entre los ruidosos aplausos de la entusiasmada muchedumbre. Santiago Fabré asestó á su vez, apuntó cuidadosamente á la paloma de la derecha, disparó, y su flecha, mal dirigida, fué á perderse sin tocar el blanco, y entre los gritos y carcajadas de los descontentos espectadores. Santiago se alejó corrido y Gilles Cantiprat disparó á la misma paloma con tal suerte que, atravesándola por el cuello, la hizo volar un largo trecho unida con la aguda flecha. Los víctores se reprodujeron: Tomás Royenbuchs, tan feliz como su antecesor, atravesó la segunda paloma de la izquierda, arrancando nuevos aplausos. Juan Tserroclofs y Cornelio Matiny dispararon segun su turno; pero desgraciados los dos no lograron tocar el blanco y abandonaron la palestra pesarosos y avergonzados. Tres de los siete campeones estaban fuera de combate, y el público esperaba impaciente la suerte de Guillermo Matren, último de los aspirantes á premio de tanto valor. El hijo del rico posadero armó pausadamente el arco, dirigió una mirada á María y, apuntando á la paloma de la derecha, disparó tan certero tiro, que la derribó atravesada, haciendo mas efecto su triunfo en consideracion á las derrotas de sus prócsimos antecesores.

La primera prueba redujo el número de los campeones, y los cuatro mas animosos se dispusiron á la segunda, despues de recojer sus flechas para volverlas á lanzar.

Disparó Roberto Peradier segunda vez; pero, menos feliz que la anterior, su flecha se clavó en el mástil, quedando por tanto escluido de la tercera y última prueba. El público no dió señales de desaprobacion ni desprecio, porque Roberto habia manifestado poco antes su buena puntería y destreza. Gilles Cantiprat, mas feliz, derribó la paloma de la izquierda, Tomás Royembuchs erró el tiro, y Guillermo Matren, que de nuevo llamó la atencion del concurso, disparó con buena fortuna, derribando la última paloma de la derecha. Los aplausos de la muchedumbre fueron mas vivos y entusiastas, dividiéndose las simpatías entre aquellos dos campeones, que habian recogido sus flechas y se preparaban orgullosos á la última prueba de destreza que debian dar en aquel dia.

Las probabilidades del triunfo estaban de parte de Gilles, pues debia disparar el primero, y por lo tanto la ansiedad de los amigos de Matren, y particularmente la del posadero, crecian á cada movimiento de Cantiprat, que con el arco tendido apuntaba, sin atreverse á disparar por temor de perder el tiro. Los treinta mil espectadores guardaban profundo silencio; Gilles hizo un terrible esfuerzo y disparó. La flecha hendió el aire silbando, y quedó clavada en el mástil, al mismo pié de la paloma. El silencio continuó, Guillermo Matren armó su arco, apuntó por breves instantes, disparó, y cayó la paloma. Un aplauso general resonó, y Guillermo se quedó erguido, recibiendo los parabienes de aquel numeroso concurso.

El presidente se acercó al vencedor; abrió de

nuevo el reglamento del duque Wenceslao, y leyó en voz alta.

9.ª El que derribe la última paloma será proclamado REY DEL BLANCO.

El anciano juez cerró el libro, se descubrió el rostro, imitándole sus compañeros, y con voz solemne esclamó:

—Guillermo Matren, en nombre del pueblo de Bruselas te proclamo REY DEL BLANCO.

Un nuevo aplauso respondió á las palabras del anciano; este abrió el libro segunda vez y leyó:

10.ª El que se ha declarado REY DEL BLANCO montará en una soberbia carroza, para el efecto preparada, y será en ella paseado por todos los barrios de Bruselas.

Hizo el anciano una señal, y de la posada de Jorge salió un hermoso carro triunfal, forrado de terciopelo carmesí bordado de oro y doradas todas las maderas; tirado por ocho yeguas blancas, conducidas por ocho robustos palafreneros, con vestidos nuevos de ricas y preciosas telas. Guillermo subió á esta carroza, y el anciano prosiguió su lectura.

11.ª Se le dará una comitiva de oficiales y de criados en todo igual á la de un príncipe: debiendo ir vestidos de nuevo con vistosas telas de seda.

A otra señal del presidente se presentó una numerosa comitiva, que representaba los varios oficiales de palacio, como monteros, caballerizos y chamberlanes, con muchedumbre de lacayos, la cual rodeó enteramente la carroza: el anciano siguió leyendo.

12.ª Se le presentarán alhajas, telas, adornos y juguetes, para que los vaya distribuyendo á sus conocidos y amigos.

Los maceros, por órden del anciano, se aprocsimaron el armario, sacaron de él dos grandes cajas que contenian los artículos enunciados en el párrafo antecedente, y la pusieron en la carroza á disposicion de Matren. El juez prosiguió su lectura.

13.ª EL REY DEL BLANCO podrá reunir á sus amigos y servirles el mas espléndido banquete, costeado de los fondos de la ciudad.

Cerró el anciano juez el libro, y alzando la voz dijo á Guillermo:

—REY DEL BLANCO, estás en el pleno ejercicio de tus privilegios y funciones.

—¡Viva el REY DEL BLANCO! esclamaron un gran número de circunstantes, con el entusiasmo que producen todas las fiestas populares en la confusa muchedumbre.

Al clamoreo siguió el silencio, esperando todos ansiosos ver á quien ofrecia Guillermo los primeros dones, que manifestaban en cierto modo la importancia de su papel. El jóven mandó guiar la carroza hácia la posada de su padre, y cuando estuvo prócsimo al balcon, se quitó del dedo una sortija bastante rica, la entregó á uno de sus chamberlanes y este la presentó humildemente á la encantadora María. El pueblo prorumpió en nuevos vivas, y Gonzaga murmuró entre dientes:

—Perro, perro, vas á poseer la muger mas hermosa de todo el ducado de Brabante.

Guillermo se dirigió despues hácia el estrado, tomó una larga espada de madera con empuñadura dorada, la entregó á su caballerizo mayor, el cual la presentó al momento al bizarro príncipe D. Juan. El pueblo se quedó confuso, contemplando la pesada burla que el héroe de la fiesta hacia al gobernador general: Gonzaga iba á precipitarse sobre el portador del juguete; pero el príncipe le detuvo, tomó con noble continente aquella espada de madera, quien tan bien sabia manejar las de acero, y alzando la voz dijo:

—Caballero Felipe de Marnis, tened la bondad de acercaros.

Felipe de Marnis que ocupaba uno de los últimos bancos, se levantó apresuradamente y acercándose al príncipe dijo:

—Señor, ¿qué manda V. A?

—Recibid, Felipe, esta espada, que por mi conducto os ofrece Guillermo Matren, REY DEL BLANCO: y ¡vive Dios! Felipe de Marnis, que sois muy digno de llevarla.

El público tenia necesidad de aplaudir y aplaudió las palabras del príncipe, principalmente por ir dirigidas al furibundo calvinista. Felipe vaciló un instante y D. Juan añadió:

—¿No me considerais, Felipe de Marnis, persona bastante autorizada?

El señor de Santaldegonde tomó la espada y el príncipe continuó con bondad.

—Ya estás servido, Guillermo Matren; puedes proseguir tu camino.

Guillermo quedó fascinado por la mirada del austriaco, que caia á plomo sobre él, y emprendió su marcha seguido de la bulliciosa muchedumbre.

CAPITULO XII.

EL BANQUETE.

Adjudicado el premio del blanco, la muchedumbre, que poblaba la gran plaza del Arenal, se apresuró á desalojarla; siguiendo unos el triunfal cortejo del afortunado REY DEL BLANCO, y distribuyéndose los otros, ya para salir á su encuentro, ya para solazarse en banquetes y tomar parte en los saraos, mas ó menos aristocráticos, que pululaban por do quier. Tambien el príncipe D. Juan, el ayuntamiento y la comitiva bajaron del magnífico estrado, por dirigirse á las casas capitulares y disfrutar del mas opíparo banquete y el espléndido sarao que habia tenido lugar hasta entonces en la capital del Brabante.

La casa del ayuntamiento, inmenso edificio de piedra, llama la atencion del viajero por su régia magnificencia y su remota antigüedad. Rica en estátuas y esculturas, alza su torre gigantesca, como un ciprés su altiva copa, y desafia al palacio real guardadora de los privilegios de una ciudad favorecida por sus antignos soberanos. En un magnífico salon, colgado de damasco verde y primorasamente alfombrado, se veia una mesa de forma oval, á la que podian sentarse doscientas personas con el mayor desembarazo. En el centro de esta gran mesa

se alzaba una torre de plata, de seis piés de altura, primorosamente afiligranada, y en cuyo zócalo se leian estos siete ilustres apellidos: Tserroclofs, Tserhuigs, Slceux, Cauemberch, Tswertz, Royembuchs y Steenweghe; apellidos de las siete familias nobles entre las cuales el gobernador elejia los siete regidores hidalgos de la municipalidad de Bruselas. En los cuatro lados de la torre estaban escritos de relieve varios privilegios concedidos por los antiguos duques de Brabante á la ciudad, y en las armas estaban los bustos de los duques que mas beneficios habian dispensado al pais. A una distancia proporcionada de esta torre, se alzaban otras dos no tan altas, y caprichosamente formadas con flores de varios matices y de delicados perfumes. A igual distancia de estas torres se elevaban otras dos mas bajas, obra maestra del mas acreditado confitero de la ciudad, en las cuales, por una fina galantería, se encontraban representados varios pasages de la rebelion de los moriscos, sofocada por los esfuerzos del jóven príncipe D. Juan. En los estremos de la mesa estaban otras dos torres mas iguales en un todo á las segundas, que embalsamaban el ambiente y completaban el número siete: número sagrado y cabalístico para los habitantes de Bruselas; cuya ciudad, como hemos dicho, tiene siete puertas, siete principales iglesias, siete familias nobles, antiguas y privilegiadas, siete regidores del comun y el número siete en todas partes. La bajilla de plata cincelada era magnífica y completa, y estaba rodeada la mesa de cómodos y ricos sillones; distinguiéndose particularmente los que ocupaban los testeros.

Un gran número de criados, pintorescamente vestidos, poblaban aquellos salones, y entre todos se distinguia un paje sin pelo de barba, pero con luenga cabellera ensortijada con esmero. Vestia este paje anchas truzas de seda azul, medias encarnadas, coleto amarillo y una faja de siete colores, que ceñia su breve cintura, y cuyos estremos colgaban adornados de flecos de oro. La hermosura del jóven paje nada tenia de varonil, á no ser la noble altivez que sus grandes ojos revelaban. Melancólico y distraido, cuidaba poco de los preparativos del festin, y esperaba con impaciencia que los convidados llegaran. Sus deseos, aunque muy ardientes, se vieron en breve cumplidos, empezando á entrar la comitiva con el príncipe á la cabeza. Dos regidores, encargados del buen órden de la funcion, condujeron al gobernador al principal testero de la mesa y le hicieron tomar asiento: el paje se colocó inmediatamente á la espalda del bizarro príncipe, apoyó la mano en el respaldo de su sillon, é inclinándose hácia D. Juan ahogó un melancólico suspiro, pronto á escaparse de sus labios. A la derecha del gobernador tomó asiento el señor obispo de Lieja, y á la izquierda Mandulecet, embajador, como hemos dicho de S. M. cristianísima. Frente al príncipe colocaron al respetable nuncio apostólico, á su derecha tomó asiento el burgo-maestre de la ciudad, y á su izquierda el señor abad de San Gilain, uno de los miembros mas respetables y respetados de los Estados generales. Los demás se fueron sentando segun el órden de gerarquía, quedando juntos, por combinacion ó por acaso, Felipe de Marnis y el formidable concejal, nuestro amigo maesse Cornelio, y frente de ellos Octavio Gonzaga y el prudente Juan de Escobedo. A la puerta del edificio se quedó la guardia del príncipe, rodeada de un innumerable gentío.

Pedida la venia á D. Juan, empezaron á servir la sopa, suculenta y condimentada segun el estilo de entonces, pero sin duda apetitosa, pues los mas de los convidados le hacian los honores de un modo muy satisfactorio para el cocinero que habia sabido confeccionarla. Vinieron despues de la sopa un salmon, traido de Cantabria, y un enorme pedazo de buey, que hubiera podido disputar lo *gordo* al tan nombrado de Paris. El apetito de los circunstantes, no disminuido con la sopa, se cebó en estos dos manjares, y cuentan curiosos cronistas, que del salmon quedó la espina y del trozo de buey la bandeja en que habia sido presentado. Calmada el hambre, se despertó un tanto la sed, y empezaron las libaciones, observando el curioso cronista á que nos referimos poco antes, que la mayor parte fueron hechas con vino de Málaga y Jerez; "mas en estima, son sus palabras, por su fortaleza y buen sabor," notando todos con asombro que D. Juan no quiso probarlo, y que bebió solamente agua, servida por el pajecillo de que llevamos hecha mencion.

—¿Qué os parece, maese Cornelio, dijo el señor de Santaldegonde, la conducta del gobernador?

—¿De qué me hablais, Felipe de Marnis?

—¿De qué he de hablaros?

—Ya comprendo: ¿quereis que recuerde la morisqueta que os jugó dándoos una espada de palo? No teneis motivo de queja: con una mano la tomó de Guillermo Matren, con otra la entregó á Felipe de Marnis; no pudo ser mas generoso.

Felipe se mordió los labios, pero respondió festivamente:

—No me acordaba de esa broma; pero sí os llamaba la atencion, porque he notado que D. Juan no ha probado el vino, y sí bebido una copa de agua, servida por aquel pajecillo.

—¿Y eso qué prueba?

—Mucho.

—Sepamos.

—¿Conoceis á ese pajecillo?

—Creo que no.

—Ese pajecillo es un muchacho que ha traido de España D. Juan.

—¡Bah!

—Atendedme.

—Ya escucho.

—Y desconfiando el gobernador del ayuntamiento de Bruselas, lo ha traido al festin para que le sirva, como veis: siendo de notar que el pajecillo ha probado el agua antes de entregársela al príncipe.

—¿Y eso qué prueba?

—Que os cree capaces de envenenarlo.

—Motivos tiene para ello.

El armero miró á Felipe con ojos de reconvencion, y el señor de Santaldegonde bajó su mirada impasible ante la de un hombre valiente que, sin

querer al príncipe D. Juan, despreciaba á un vil asesino.

—¿Has reparado, Juan de Escobedo, en Felipe de Marnis? preguntó Gonzaga al secretario.

—Sí, repuso Juan de Escobedo.

—¿Y en la conversacion que ha seguido con maese Cornelio?

—Tambien.

—Me parece que el buen calvinista no ha quedado muy satisfecho de las respuestas del herrero?

—Pienso como tú.

—¿Y has reparado, Juan de Escobedo, en aquel pajecito que sirve tan asíduamente á D. Juan?

—Sí, Gonzaga.

—¿Podrá el príncipe fiarse de él?

—Su semblante tiene el candor de una doncella.

—Pero sus ojos fieros y rasgados, revelan el valor de un hombre.

—Me inspira simpatía, Gonzaga.

—De todo sospecho, Escobedo.

Seis pavos asados ó rellenos, que tanto no dice el cronista, rodeados de gallinas cebadas, como una clueca de sus pollos; seis gruesos lomos de ternera, y doce lenguas con cuarenta y ocho perdices en salsa negra ó escabeche, interrumpieron la conversacion de los dos amigos, despertando el buen apetito de Gonzaga, hasta punto que creyó imposible las traiciones en una mesa tan espléndidamente servida.

El señor embajador de Francia, que, aunque agudísimo diplomático, se habia comido una buena lonja de buey y bebido una gran copa de Jerez, sin reparar que eran de orígen castellano, se columpió un poco en el sillon, como hombre que ha comido bien, y dijo al príncipe.

—Señor, ¿qué le parecen á V. A. los festejos de la ciudad?

—Me parece que se divierten.

—Y es necesario convenir, interrumpió donosamente el señor obispo de Lieja, en que los banquetes presentados por el ayuntamiento de Bruselas son tan enemigos de la continencia como de la gula aliados.

—A pesar de su esplendidez, dijo D. Juan, que solo habia probado la sopa, presentando la copa al paje, que se la llenó al punto de agua; puede un buen cristiano ser sóbrio.

—V. A. está dando el ejemplo.

—Razon bastante, señor obispo para que no tenga imitadores.

—¿Tan en desacuerdo se halla V. A. con los buenos pueblos del Brabante? interrumpió el señor embajador de Francia, levantando un poco la voz.

El paje se inclinó hacia el austriaco y murmuró;

—D. Juan, prudencia.

—Lejos de estar desavenido con los buenos pueblos del Brabante, me hallo en la mayor armonía con los diputados del pais. ¿No es así, señores diputados?

Esta inesperada pregunta hizo que dejaran los cuchillos muchos miembros de los Estados generales, aficionados á trinchar, quedándose con la boca abierta; pues muy pocos habian escuchado las palabras del gobernador general. El príncipe quiso sacarlos de aquella especie de estupor, y repitió:

—Decia, señores, que entre los Estados generales y yo, reina la mayor armonía.

Los diputados se miraban unos á otros, interrogándose múdamente, hasta que el abad de San Gilain se levantó y dijo:

—Escelso príncipe, los diputados del pais han recibido varias pruebas del recto modo de proceder de V. A. y de la constante buena fé con que lleva á cabo sus empeños.

—Agradezco, señor abad, la manifestacion que habeis hecho. En la iglesia de Santa Gudula, y ante un pueblo inmenso, respondí á las peticiones de los Estados generales, con la franqueza de un soldado y buena fé de un caballero: el pueblo aprobó mi conducta, aplaudiendo, y ahora confirman los Estados lo que el pueblo sancionó entonces. Os doy gracias, señor abad; pues en una iglesia ó un banquete conviene dejar consignado que los Estados generales y el gobernador D. Juan de Austria, están en perfecta armonía.

—Propongo, señores, que bebamos á la salud de D. Juan de Austria: dijo el nuncio, llenando una copa de delicioso *lacrima Cristi*.

Todas las copas se llenaron, y D. Juan, levantando la suya, que permanecia llena de agua, dijo:

—Y yo en tanto beberé, señores, por la prosperidad del Brabante.

Todas las copas se vaciaron menos la de Felipe de Marnis, que no quiso desocupar la suya en obsequio del noble príncipe.

Esta escena, promovida de intento por el embajador de Francia, con idea de ecsasperar el ánimo del príncipe, habia tenido un resultado en apariencia poco conforme con sus deseos, pero nada probaba en verdad, pues los que aceptaban entonces la esplícita manifestacion del abad de San Gilain, no renunciarian á sus tramas y combatirian al austriaco con mas astucia y mas ardor. El baron de Hesse, el conde de Lalain y otros, ocultaban así mejor el golpe de mano dispuesto, y poco les importaba ponerse en manifiesta contradicion entre sus hechos y palabras.

Este brindis abrió el apetito, no muy amortiguado hasta entonces, y los despedazados pavos sufrieron una terrible acometida; perdiendo en ella las pechugas, empapadas perfectamente en manteca y especiería. Desaparecieron los pavos, quedaron mermadas las gallinas, los lomos de ternera reducidos á la mas pequeña espresion, y mutiladas las perdices; pero el diligente cocinero supo reparar estas pérdidas, presentando seis enormes jamones cocidos, dos centenares de chuletas, unas docenas de faisanes y unas tortillas á la flamenca, sustanciosas y delicadas.

Satisfecha se encontraba el hambre de los señores convidados, pero se despertó su gula á la vista de estas municiones de boca, y dieron principio á un nuevo asalto, menos violento á la verdad, pero que produjo tambien la demolicion de tan formidable ciudadela.

El cocinero habia cumplido su mision y el repostero salió al campo, trayendo de vanguardia una docena de pasteles de hígado de ganso, émulo de los célebres de Perigot; seis ricas empanadas de truchas, y otro gran número de pastas, mas ó menos alimenticias, bautizadas con nombres bárbaros, segun dice el sabio cronista, como la mayor parte de los manjares que probaran estos discípulos de Avicena. No debió quedar disgustado el entendido repostero de la brillantísima acogida que dispensaron á sus obras, pues desaparecieron seis pasteles, tres empanadas y porcion de las demás pastas; aunque no con tanta rapidez como los platos de cocina, porque aquellos habian dejado satisfecha hasta la gula de los mas hambrientos gastrónomos.

No enumerarémos las libaciones hechas en los intermedios de los manjares, ni referiremos tampoco las distintas conversaciones que los convidados emprendian, pues el cronista no las refiere, aunque se dice con marcado tono de misterio. Conviene dejar consignadas estas palabras que el conde de Lalain dijo á su amigo el baron de Hesse, por la relacion que tuvieron con acontecimientos posteriores. Dijo el conde:

—Me parece, baron, que tarda nuestro hombre.

—¿Quién?

—El rey del blanco.

—No faltará.

—¿Estais seguro?

—Jorje Matren cumple fielmente sus palabras.

No pasaron mas adelante, y el repostero presentó jaletinas, cremas, pastelillos de varias clases, almíbares de varias frutas, y cuantas golosinas se usaban en el siglo décimo-sesto en todas las cortes de Europa. Nada dejaba que apetecer tan rica coleccion de dulces, y sin embargo, los convidados se mostraron mucho mas sóbrios que con los manjares suculentos; siendo el nuncio de su Santidad el que mas hizo los honores á este epílogo del festin.

Entre los doscientos convidados se distinguieron dos personas, el gobernador por su sobriedad y maese Cornelio por su singular glotonería. El príncipe habia comido poco y bebido agua solamente; el armero por el contrario, no habia perdonado manjar, y desocupó sendas botellas de vinos franceses, españoles, napolitanos y alemanes. Sin embargo, maese Estraten no daba señales de embriaguez, y conversaba con Felipe de Marnis, que no ocultaba su impaciencia.

—¿Habeis entendido, maesse Cornelio? decia Felipe á media voz. El mismo príncipe de Orange.

—Os entiendo perfectamente. No me han trastornado los licores, y os daré una prueba al momento. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, quiere mandar en el Brabante como en Holanda y Zelanda: quiere disponer de nuestras fortunas y de nuestras viñas: desea que olvidemos la religion de nuestros padres para seguir la de Calvino: que seamos rebeldes á Felipe II, rey de España, para convertirnos en vasallos de un reyezuelo improvisado. Esto quiere Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, y Felipe de Marnis le secunda como poderoso ausiliar.

—¿Me parece que estais borracho?

—Puede ser, pero....

El príncipe se levantó; todos los demás convidados siguieron su ejemplo, y la conversacion de Felipe con maesse Cornelio Estraten quedó interrumpida por entonces.

CAPITULO XIII.

EL PAJE.

Nos trasladamos á otro salon de las casas consistoriales, mas estenso que el anterior, y pintado al fresco de una manera caprichosa. La bóveda semejaba un cielo velado por ligeras nubes, entre las cuales aparecia la luna llena; pero colocada con tal arte, que mientras plateaba unos parages con su luz pura y apacible, quedaban otros en la oscuridad de las sombras. Los cuatro muros de la estancia figuraban un mar, una selva, un hermoso templo y una gruta. En el primero se veia una flota tripulada por amorcillos, que se disputaban el premio en una especie de regata. Venus, reclinada en su concha y medio cubierta de espuma, agitaba un carcax y un arco, primorosamente dorado, que recibiria como premio el afortunado vencedor. Las suaves tintas de este cuadro aparecian mas suaves iluminadas por la blanda luz de la luna. En la segunda varias corzas, jabalíes y cabras monteses, huian de las ninfas de Diana, en tanto que la altiva diosa contemplaba á Endimion dormido á la inmediacion de una fuente. La luna bañaba este grupo, dejando lo demás de la selva en imponente oscuridad. El templo, que era el de la Fama, aparecia sobre una colina de áspera y difícil pendiente. Estaba adornado de estátuas, de bustos y bajos relieves, al pié de los cuales se leian nombres de héroes, como Alejandro; de historiadores, como Tito Livio; de grandes poetas, como Homero; de legisladores, como Solon; de filósofos, como Aristóteles; de matemáticos, como Arquímedes; de pintores como Rafael; de escultores como Miguel Angel; de arquitectos, como el gran Herrera, y de médicos como Esculapio. Este templo despedia un fulgor muy superior al de la luna, y alumbrándose con su luz propia rechazaba la luz estraña. En la gruta se veian los cíclopes, afanados en forjar rayos para Júpiter, presididos por el dios Vulcano, que agitaba un enorme martillo con todas las fuerzas de un gigante. Este cuadro estaba alumbrado por el rojo fuego de la fragua.

Era el pavimento de mármol, pero estaba cubierto con una alfombra de Persia blanca, y bordada de pájaros y flores. Jarrones de pórfido colocados bajo los alfeizares de las ventanas, impregnaban el aire con los perfumes de varias plantas aromáticas, y una gran lucerna transparente alumbraba con claridad suave aquel magnífico salon. Las banquetas eran de demasco carmesí ornadas con franjas de oro.

Las damas mas nobles y bellas de la capital del Brabante se iban presentando, vestidas con una esquisita elegancia; distinguiéndose entre todas ellas la hermana del baron de Hesse por su hermosura y atavío. Enriqueta, que así se llamaba, contaba ya

querer al príncipe D. Juan, despreciaba á un vil asesino.

—¿Has reparado, Juan de Escobedo, en Felipe de Marnis? preguntó Gonzaga al secretario.

—Sí, repuso Juan de Escobedo.

—¿Y en la conversacion que ha seguido con maese Cornelio?

—Tambien.

—Me parece que el buen calvinista no ha quedado muy satisfecho de las respuestas del herrero?

—Pienso como tú.

—¿Y has reparado, Juan de Escobedo, en aquel pajecito que sirve tan asíduamente á D. Juan?

—Sí, Gonzaga.

—¿Podrá el príncipe fiarse de él?

—Su semblante tiene el candor de una doncella.

—Pero sus ojos fieros y rasgados, revelan el valor de un hombre.

—Me inspira simpatía, Gonzaga.

—De todo sospecho, Escobedo.

Seis pavos asados ó rellenos, que tanto no dice el cronista, rodeados de gallinas cebadas, como una clueca de sus pollos; seis gruesos lomos de ternera, y doce lenguas con cuarenta y ocho perdices en salsa negra ó escabeche, interrumpieron la conversacion de los dos amigos, despertando el buen apetito de Gonzaga, hasta punto que creyó imposible las traiciones en una mesa tan espléndidamente servida.

El señor embajador de Francia, que, aunque agudísimo diplomático, se habia comido una buena lonja de buey y bebido una gran copa de Jerez, sin reparar que eran de orígen castellano, se columpió un poco en el sillon, como hombre que ha comido bien, y dijo al príncipe.

—Señor, ¿qué le parecen á V. A. los festejos de la ciudad?

—Me parece que se divierten.

—Y es necesario convenir, interrumpió donosamente el señor obispo de Lieja, en que los banquetes presentados por el ayuntamiento de Bruselas son tan enemigos de la continencia como de la gula aliados.

—A pesar de su esplendidez, dijo D. Juan, que solo habia probado la sopa, presentando la copa al paje, que se la llenó al punto de agua; puede un buen cristiano ser sóbrio.

—V. A. está dando el ejemplo.

—Razon bastante, señor obispo para que no tenga imitadores.

—¿Tan en desacuerdo se halla V. A. con los buenos pueblos del Brabante? interrumpió el señor embajador de Francia, levantando un poco la voz.

El paje se inclinó hacia el austriaco y murmuró;

—D. Juan, prudencia.

—Lejos de estar desavenido con los buenos pueblos del Brabante, me hallo en la mayor armonía con los diputados del pais. ¿No es así, señores diputados?

Esta inesperada pregunta hizo que dejaran los cuchillos muchos miembros de los Estados generales, aficionados á trinchar, quedándose con la boca abierta; pues muy pocos habian escuchado las palabras del gobernador general. El príncipe quiso sacarlos de aquella especie de estupor, y repitió:

—Decia, señores, que entre los Estados generales y yo, reina la mayor armonía.

Los diputados se miraban unos á otros, interrogándose múdamente, hasta que el abad de San Gilain se levantó y dijo:

—Escelso príncipe, los diputados del pais han recibido varias pruebas del recto modo de proceder de V. A. y de la constante buena fé con que lleva á cabo sus empeños.

—Agradezco, señor abad, la manifestacion que habeis hecho. En la iglesia de Santa Gudula, y ante un pueblo inmenso, respondí á las peticiones de los Estados generales, con la franqueza de un soldado y buena fé de un caballero: el pueblo aprobó mi conducta, aplaudiendo, y ahora confirman los Estados lo que el pueblo sancionó entonces. Os doy gracias, señor abad; pues en una iglesia ó un banquete conviene dejar consignado que los Estados generales y el gobernador D. Juan de Austria, están en perfecta armonía.

—Propongo, señores, que bebamos á la salud de D. Juan de Austria: dijo el nuncio, llenando una copa de delicioso *lacrima Cristi*.

Todas las copas se llenaron, y D. Juan, levantando la suya, que permanecia llena de agua, dijo:

—Y yo en tanto beberé, señores, por la prosperidad del Brabante.

Todas las copas se vaciaron menos la de Felipe de Marnis, que no quiso desocupar la suya en obsequio del noble príncipe.

Esta escena, promovida de intento por el embajador de Francia, con idea de ecsasperar el ánimo del príncipe, habia tenido un resultado en apariencia poco conforme con sus deseos, pero nada probaba en verdad, pues los que aceptaban entonces la esplícita manifestacion del abad de San Gilain, no renunciarian á sus tramas y combatirian al austriaco con mas astucia y mas ardor. El baron de Hesse, el conde de Lalain y otros, ocultaban así mejor el golpe de mano dispuesto, y poco les importaba ponerse en manifiesta contradicion entre sus hechos y palabras.

Este brindis abrió el apetito, no muy amortiguado hasta entonces, y los despedazados pavos sufrieron una terrible acometida; perdiendo en ella las pechugas, empapadas perfectamente en manteca y especiería. Desaparecieron los pavos, quedaron mermadas las gallinas, los lomos de ternera reducidos á la mas pequeña espresion, y mutiladas las perdices; pero el diligente cocinero supo reparar estas pérdidas, presentando seis enormes jamones cocidos, dos centenares de chuletas, unas docenas de faisanes y unas tortillas á la flamenca, sustanciosas y delicadas.

Satisfecha se encontraba el hambre de los señores convidados, pero se despertó su gula á la vista de estas municiones de boca, y dieron principio á un nuevo asalto, menos violento á la verdad, pero que produjo tambien la demolicion de tan formidable ciudadela.

El cocinero habia cumplido su mision y el repostero salió al campo, trayendo de vanguardia una docena de pasteles de hígado de ganso, émulo de los célebres de Perigot; seis ricas empanadas de truchas, y otro gran número de pastas, mas ó menos alimenticias, bautizadas con nombres bárbaros, segun dice el sabio cronista, como la mayor parte de los manjares que probaran estos discípulos de Avicena. No debió quedar disgustado el entendido repostero de la brillantísima acogida que dispensaron á sus obras, pues desaparecieron seis pasteles, tres empanadas y porcion de las demás pastas; aunque no con tanta rapidez como los platos de cocina, porque aquellos habian dejado satisfecha hasta la gula de los mas hambrientos gastrónomos.

No enumerarémos las libaciones hechas en los intermedios de los manjares, ni referiremos tampoco las distintas conversaciones que los convidados emprendian, pues el cronista no las refiere, aunque se dice con marcado tono de misterio. Conviene dejar consignadas estas palabras que el conde de Lalain dijo á su amigo el baron de Hesse, por la relacion que tuvieron con acontecimientos posteriores. Dijo el conde:

—Me parece, baron, que tarda nuestro hombre.

—¿Quién?

—El rey del blanco.

—No faltará.

—¿Estais seguro?

—Jorje Matren cumple fielmente sus palabras.

No pasaron mas adelante, y el repostero presentó jaletinas, cremas, pastelillos de varias clases, almíbares de varias frutas, y cuantas golosinas se usaban en el siglo décimo-sesto en todas las cortes de Europa. Nada dejaba que apetecer tan rica coleccion de dulces, y sin embargo, los convidados se mostraron mucho mas sóbrios que con los manjares suculentos; siendo el nuncio de su Santidad el que mas hizo los honores á este epílogo del festin.

Entre los doscientos convidados se distinguieron dos personas, el gobernador por su sobriedad y maese Cornelio por su singular glotonería. El príncipe habia comido poco y bebido agua solamente; el armero por el contrario, no habia perdonado manjar, y desocupó sendas botellas de vinos franceses, españoles, napolitanos y alemanes. Sin embargo, maese Estraten no daba señales de embriaguez, y conversaba con Felipe de Marnis, que no ocultaba su impaciencia.

—¿Habeis entendido, maesse Cornelio? decia Felipe á media voz. El mismo príncipe de Orange.

—Os entiendo perfectamente. No me han trastornado los licores, y os daré una prueba al momento. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, quiere mandar en el Brabante como en Holanda y Zelanda: quiere disponer de nuestras fortunas y de nuestras viñas: desea que olvidemos la religion de nuestros padres para seguir la de Calvino: que seamos rebeldes á Felipe II, rey de España, para convertirnos en vasallos de un reyezuelo improvisado. Esto quiere Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, y Felipe de Marnis le secunda como poderoso ausiliar.

—¿Me parece que estais borracho?

—Puede ser, pero....

El príncipe se levantó; todos los demás convidados siguieron su ejemplo, y la conversacion de Felipe con maesse Cornelio Estraten quedó interrumpida por entonces.

CAPITULO XIII.

EL PAJE.

Nos trasladamos á otro salon de las casas consistoriales, mas estenso que el anterior, y pintado al fresco de una manera caprichosa. La bóveda semejaba un cielo velado por ligeras nubes, entre las cuales aparecia la luna llena; pero colocada con tal arte, que mientras plateaba unos parages con su luz pura y apacible, quedaban otros en la oscuridad de las sombras. Los cuatro muros de la estancia figuraban un mar, una selva, un hermoso templo y una gruta. En el primero se veia una flota tripulada por amorcillos, que se disputaban el premio en una especie de regata. Venus, reclinada en su concha y medio cubierta de espuma, agitaba un carcax y un arco, primorosamente dorado, que recibiria como premio el afortunado vencedor. Las suaves tintas de este cuadro aparecian mas suaves iluminadas por la blanda luz de la luna. En la segunda varias corzas, jabalíes y cabras monteses, huian de las ninfas de Diana, en tanto que la altiva diosa contemplaba á Endimion dormido á la inmediacion de una fuente. La luna bañaba este grupo, dejando lo demás de la selva en imponente oscuridad. El templo, que era el de la Fama, aparecia sobre una colina de áspera y difícil pendiente. Estaba adornado de estátuas, de bustos y bajos relieves, al pié de los cuales se leian nombres de héroes, como Alejandro; de historiadores, como Tito Livio; de grandes poetas, como Homero; de legisladores, como Solon; de filósofos, como Aristóteles; de matemáticos, como Arquímedes; de pintores como Rafael; de escultores como Miguel Angel; de arquitectos, como el gran Herrera, y de médicos como Esculapio. Este templo despedia un fulgor muy superior al de la luna, y alumbrándose con su luz propia rechazaba la luz estraña. En la gruta se veian los cíclopes, afanados en forjar rayos para Júpiter, presididos por el dios Vulcano, que agitaba un enorme martillo con todas las fuerzas de un gigante. Este cuadro estaba alumbrado por el rojo fuego de la fragua.

Era el pavimento de mármol, pero estaba cubierto con una alfombra de Persia blanca, y bordada de pájaros y flores. Jarrones de pórfido colocados bajo los alfeizares de las ventanas, impregnaban el aire con los perfumes de varias plantas aromáticas, y una gran lucerna transparente alumbraba con claridad suave aquel magnífico salon. Las banquetas eran de demasco carmesí ornadas con franjas de oro.

Las damas mas nobles y bellas de la capital del Brabante se iban presentando, vestidas con una esquisita elegancia; distinguiéndose entre todas ellas la hermana del baron de Hesse por su hermosura y atavío. Enriqueta, que así se llamaba, contaba ya

veintiseis años, de los cuales se quitaba cuatro siempre que se hablaba de edad, y era una belleza alemana en toda la estension de la voz. Ojos azules y rasgados, cabellos blondos, tez sonrosada, blancura brillante, labios frescos, alta estatura, hermosas formas; en fin, todo aquello que constituye un modelo artístico, se encontraba unido en Enriqueta á una imponente magestad. Su vestido de seda azul con ricos encages de Malinas, hacia resaltar la blancura de su alabastrina garganta, rodeada de gruesas perlas orientales, y caia en pliegues con ese tornasol indefinible que dan las nubes al espacio. Al verla entrar se alzó un murmullo de admiracion entre los hombres y entre las mugeres de envidia; y Gonzaga, que estaba conversando con su amigo Juan de Escobedo, se despidió apresuradamente para presentar á Enriqueta su homenage de admiracion.

El príncipe don Juan hablaba con el embajador de Francia, y algunos señores flamencos y el paje se habian colocado en el alfeizar de una ventana, entre dos hermosos jarrones, desde cuyo punto espiaban todas las acciones del príncipe con un manifiesto interés. Escobedo se acercó al paje, y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Enrique.

—¿Te llamas Enrique?

—Ya lo he dicho, replicó el paje con firmeza.

—Pero . . . .

—Me parece bastante estraño que un caballero como el secretario del príncipe, quiera entablar conversacion con un miserable pajecillo.

—Tengo mis razones para ello.

—Y yo las tengo para no gastar tiempo ni palabras con los caballeros españoles.

—Contéstame á una sola pregunta, y te dejo al punto en libertad.

—Si ha de ser, preguntadme pronto.

—¿Por qué bebiste un sorbo de agua antes de dar la copa al príncipe?

—Para que si estaba envenenada con algun tósigo tan activo como el del célelre turbante, hiciera en mí primero efecto.

—¿Y por qué motivo?. . . .

—Caballero, he contestado á la pregunta. Tened la bondad de alejaros.

—Me has contestado de una manera que ecsige alguna esplicacion.

—Nada mas tengo que decir.

—Yo quiero saber . . . .

—Caballero, vais pecando de descortés.

Escobedo, ciego de ira con esta réplica punzante, cogió el torneado brazo del page, y se le apretó fuertemente; Enrique no se amedrentó, y dijo:

—¿No os da vergüenza, caballero, de macerar el brazo de un niño?

Estas palabras pronunciadas con dignidad y con aplomo, dejaron confuso á Escobedo, que se alejó del jóven paje completamente avergonzado.

Octavio Gonzaga entre tanto dirigia á la hermosa Enriqueta los mas lisonjeros cumplidos que puede encontrar un italiano en su idioma dulce y poético; y algunos jóvenes flamencos miraban celosos la atencion que la hermana del baron de Hesse ponia á las lisonjas del amigo de D. Juan de Austria.

—Convenid conmigo, señora; decia el italiano en voz baja; sois la mas seductora beldad de una ciudad rica en bellezas, y sostendré á capa y espada que la mas hermosa del mundo.

—Por Dios, Gonzaga. Ecsagerais de una manera, que os avergonzaríais de sostener en público lo que estais diciendo en secreto: respondia la dama sonriendo:

—¿Me autorizais para que os proclame la mas hermosa del sarao, y rompa lanzas con quien lo contrario sostenga?

—¿Estais loco, Gonzaga, estais loco? ¿Quereis representar ahora el papel de Amadis de Gaula y hacerme la Angélica enamorada de un enamorado Medoro? ¿No temeis los viles conjuros de malsines encantadores, la fuerza audaz de un gigante, y, sobre todo, la indignacion de las bellezas que os oyesen?

—Nada temo, hermosa Enriqueta. Los conjuros de los encantadores no pueden ser tan poderosos como vuestros mágicos encantos: los gigantes se rendirán ya que no á la fuerza de mi brazo, al poder de vuestros atractivos, y nada me importa la indignacion de todas las demás bellezas si me permitis que os admire.

—Estais terrible.

—Estoy, señora . . . .

—¿Qué estais, Gonzaga?

—Perdidamente enamorado.

La conversacion de Enriqueta con el enamoradizo Octavio, prosiguió, pero en voz tan baja, que las personas mas inmediatas no lograban percibir el eco, aunque muchas lo deseaban, interesadas ó curiosas; mas en tanto que continúan, trasladémonos á otro lugar, que así á nuestra historia conviene.

Guillermo Matren, REY DEL BLANCO, habia recorrido la ciudad repartiendo joyas y juguetes, y recibiendo los aplausos que á todo el que da se prodigan. No solamante habia desocupado las dos cajas que le presentó la ciudad, sino tambien una enorme bolsa de cuero, llena de monedas de plata, que le dió el rico posadero para manifestar su opulencia y ganar al pueblo, que recogia de buen talante aquellas monedas arrojadas por el dichoso REY DEL BLANCO. Ya hemos dicho que el paseo triunfal terminaba con un banquete, ofrecido por el héroe del dia á sus amigos, y costeado con los fondos de la ciudad. Jorje Matren quiso distinguirse, separándose de la costumbre; sirvió el banquete en su posada, costeándolo con su dinero. El banquete fué muy abundante; se bebieron en él los vinos que el posadero reservaba para príncipes soberanos, y que algunos estaban guardados desde la abdicacion de Cárlos V. Fortalecidos los estómagos y no muy en caja las cabezas, se levantaron los convidados poco despues de anochecido, y seguidos de la muchedumbre que á la puerta los esperaba, se dirigieron á las casas consistoriales con algazara y gritería. Las inmediaciones de este palacio estaban pobladas de curiosos, sentados los unos en bancos y

los otros formando grupos, pero esperando todos con ansia que dieran principio al sarao: á la puerta del edificio se encontraba la guardia del príncipe; pero esceptuando escaso número de centinelas, los demás mosqueteros andaban confundidos entre los grupos. ó sentados en los mismos bancos que la bulliciosa muchedumbre.

Guillermo Matren y su cortejo dieron varias vueltas por la plaza, ecsaminaron bien los grupos, y parándose el REY DEL BLANCO delante de un escaño, dijo á un mosquetero de la guardia, que sentado en él se encontraba:

—Déjame ese sitio, mosquetero.

El mosquetero lo miró, se encogió de hombros y permaneció firme en su asiento.

—Déjame ese asiento, replicó Guillermo con fiera arrogancia.

—Te conozco, Guillermo Matren, replicó con calma el mosquetero.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que no reconozco en tí derecho para levantarme de este sitio.

—Soy el REY DEL BLANCO.

—El ex-rey. Tu poder acaba con el banquete; y ¡vive Dios! que has brindado en él mas de lo regular.

—Me insultas. Yo soy ciudadano de Bruselas, y tú. . . .

—¿Qué soy yo?

—Un perro al servicio de D. Juan de Austria.

—¡Voto al demonio! . . . Vete, Guillermo. Me estás apurando la paciencia.

—Déjame el asiento.

—Toma el asiento y vete al diablo. Voto á las órdenes de D. Juan!

El veterano se levantó, se arrancó de un fuerte tiron no pequeña parte del bigote, y se entró en el cuerpo de guardia desesperado; porque las órdenes del príncipe no le permitian escarmentar á provocadores mozalvetes. Sus ojos inyectados de sangre, revelaban su hondo despecho; y contando á sus camaradas lo que acababa de sucederle, salian sus palabras envueltas en una nubecilla de humo, producida por su respiracion violenta.

—¡Voto á cien lanzas! esclamó terminando su fiel relato, que si el príncipe diera suelto á sus perros, como nos llaman, respetarian mas su autoridad los que la desprecian y la abaten.

Guillermo Matren se sentó entre los ruidosos aplausos de sus numerosos amigos; estuvo en silencio un largo rato, y dándose una palmada en la frente se levantó, y encaminó con rapidez á las casas consistoriales intentando entrar.

—Atrás, paisano: dijo secamente el centinela.

—Hola, hola; replicó Guillermo con sorna: ¿parece quo te has propuesto hoy atravesarte en mi camino?

—Atrás, paisano.

—Quiero entrar ¿lo entiendes?

—Atrás.

—Veo que nunca te gusta ceder á la primera intimacion. No querias dejarme el asiento y te levantaste por fin; ahora te opones á mi paso, y con todo, entraré.

Guillermo avanzó un paso; el centinela se le cuadró delante y repitió con su voz hueca.

—Atrás, paisano.

—Supuesto que no condesciendes, tendré que forzar la trinchera.

Guillermo empujó la mosquetero, pero, aunque robusto y fornido, no movió á aquel hombre de acero, que le rechazó con violencia, haciéndole bajar mal de su grado la magnífica gradería.

Todos los amigos de Matren lanzaron un grito de rabia, y animados por los licores que habian bebido en el banquete, se dirigieron hácia la puerta, diciendo que querian entrar y profiriendo mil amenazas contra el príncipe y sus mosqueteros. Estos valientes veteranos no se intimidaron al aspecto de aquella turba embravecida, tomaron las armas pausamente, estrecharon sus filas y se prepararon á la defensa, sin pensar siquiera en la agresion. Guillermo Matren, algo mal parado y muy ofendido del ultraje que en su opinion habia recibido, gritaba como un energúmeno, y al frente de un cerrado escuadron de sus amigos y parciales, se dirigió contra los mosqueteros, esclamando:

—¡Mueran esos perros, y muera el príncipe D. Juan!

En el gran salon del sarao se percibia un rumor confuso, pero acostumbrados los circunstantes á oir los vivas y aclamaciones de todo el dia, no pusieron en él atencion: sin embargo, el donoso paje estuvo escuchando muy atento, y llegándose al duque de Ariscot le dijo:

—Señor duque, os esperan en el cuerpo de guardia.

El duque, que conocia muy bien el estado de la ciudad, no necesitó segundo aviso, y se dirigió inmediatamente en busca de sus mosqueteros. Los encontró formados en dos filas, con los arcabuces y las mechas dispuestas para todo evento: tambien conoció á Guillermo Matren, que avanzaba al frente de la turba gritando:

—¡Mueran esos perros y muera el príncipe D. Juan!

El duque se adelantó solo, impuso silencio con la mano, y dijo en tono amistoso:

—¿Qué quieres, Guillermo Matren?

—Entrar en el salon del baile.

—Ven conmigo.

—¿Yo solo?

—Sí.

—No me conformo.

—¿Por qué Guillermo?

—Porque quiero que entren conmigo todos estos.

Guillermo Matren tendió su diestra señalando con ella su falanje, que seguramente subia á algunos millares de hombres.

—Eso es imposible, Guillermo: replicó el duque.

—¿Por qué causa?

—Porque sois muchos y no cabeis en los salones.

—¿No caben en ellos el gobernador, los estranjeros y los traidores?

—Caben porque son muchos menos.

—Que muera el príncipe D. Juan, los estrangeros, el duque de Ariscot y los mosqueteros de la guardia.

Guillermo, al frente de su hueste, avanzó algunos pasos mas; el duque permaneció impasible, y los mosqueteros, por un movimiento simultáneo sacudieron todos sus mechas. El pueblo notó este movimiento, y retrocedió presuroso; pero otro enemigo mas temible apareció entonces en la liza: este enemigo era Jorje Matren con trescientos arcabuceros de la ciudad.

El posadero con su tropa ocupó el espacio que mediaba entre el pueblo y los mosqueteros del príncipe, y dirigiéndose al duque de Ariscot, que no habia abandonado su puesto, le dijo:

—Muy buenas noches, señor duque. ¿Qué os pedia mi hijo?

—Queria entrar acompañado de esas gentes: replicó el duque con frialdad.

—Mi hijo está borracho, señor. y no sabe lo que se pide: yo no pediré esas gollerías.

—¿Qué pretenderéis, maesse Jorje?

—Una cosa bastante sencilla: que me entreguen esos mosqueteros las armas.

—¡Jamas! esclamaron á una voz todos los valientes mosqueteros.

—Pues en ese caso, replicó Jorje, echando una orgullosa mirada sobre los trescientos arcabuceros que le seguian, yo me encargaré de arrancároslas.

—Pensad, Jorje, interrumpió el duque, que á estos valientes está confiada la custodia del gobernador, y que no pueden permitir. . . .

—Esos valientes serán reemplazados por estos valientes, y guardarán tambien al príncipe, que no se mostrará quejoso.

—Considerad tambien, maesse Jorje, que yo como su capitan. . . .

—Me cederéis el puesto, señor duque; y yo seré desde esta noche capitan de la guardia del príncipe. ¿No valgo tanto como vos?

El duque se mordió los labios con reconcentrado furor; los amigos de Guillermo Matren aplaudieron al posadero, y los curiosos esperaban el desenlace de aquella escena con interés y sobresalto. Jorje se adelantó hácia el duque que llevó la mano á la espada, y le dijo:

—Me parece inútil, señor duque, que nos enredemos á cintarazos ó pongamos fuego á los arcabuces: subid, señor duque, al salon y contad á Don Juan de Austria lo que está sucediendo.

El duque, que no sabia cómo salir de situacion tan complicada, ecsigio á Jorje formal empeño de no intentar nada en su ausencia, y subió á dar parte al austriaco del estado de los negocios.

El príncipe continuaba hablando con el embajador de Francia y otros principales caballeros; pero sus ojos daban muestras de mal humor ó de disgusto: el duque de Ariscot llegó, y aprocsimándose á Don Juan, le dijo con voz conmovida:

—Acaba de llegar, señor, el posadero de la plaza del Arenal, y se ha empeñado en desarmar á los mosqueteros de vuestra guardia.

—¿Qué decís, duque? preguntó D. Juan con acento de duda.

—La verdad.

—¡Vive Cristo, que ya han deshojado la oliva!

El príncipe desenvainó la espada, y se dirigió hácia la puerta, pero antes de llegar á ella se interpuso el paje y le dijo:

—Deteneos, señor, que os va en ello la libertad y quizás la vida.

—¡Qué me importa! le replicó el príncipe furioso.

—Acordaos, repuso el jóven page, del rey Don Felipe II.

Estas palabras detuvieron la rápida marcha del príncipe, miró al rededor, vió á Gonzaga que se habia separado de Enriqueta; á Juan de Escobedo, Juan de Gante, al duque de Ariscot y á otros nobles que le seguian con los aceros en las diestras y los ojos brotando llamas. Don Juan retrocedió algunos pasos, dió á sus facciones un aspecto de profunda tranquilidad, y empezó á buscar á alguna persona con afan y aún con impaciencia.

—¿A quién buscais, señor? le preguntó el vizconde de Gante.

—Busco al burgo-maestre.

—Aquí estoy, respondió el primer funcionario del ayuntamiento de Bruselas.

—Me alegro mucho de encontraros. Los mosquetoros de la ciudad quieren desarmar á los de mi guardia, justo es que vos querais tambien recibir mi espada.

—Señor. . . .

—No vacileis. Duque de Ariscot, decid á vuestros mosqueteros que entreguen las armas. Os levanto el juramento de fidelidad que me habeis hecho.

El duque salió á cumplir las órdenes del príncipe, y este encarándose de nuevo con el señor Burgo-maestre, dijo.

—¿Quereis recibir ó no mi espada?

—Puede conservarla V. A., respondió el señor burgo-maestre con estraordinaria turbacion.

—Sabed, señores, repuso el príncipe, que el burgo-maestre me autoriza para llevar espada al cinto.

El austriaco envainó su espada y todos los demás caballeros, que se habian armado en su defensa, le imitaron inmediatamente, no sabiendo cómo esplicarse la moderacion de D. Juan. Maesse Cornelio, el baron de Hesse y los demás cómplices del atentado que acababa de cometerse, con buen y mal écsito á la vez, no osaban presentarse al príncipe, temiendo leyera en sus rostros tan ruin y cobarde traicion; ni tenian ánimo bastante para reunirse con Matren y llevar á cima el proyecto, sin reparar en apariencias. El partido de los Estados estaba tan sobrecogido con aquella ruda tentativa que en vez de inclinarse á secundarla, se ponia de parte del príncipe: temiendo males de gran monta si aquellos hombres emprendedores se apoderaban del poder. El mismo Felipe de Marnis, enemigo personal del príncipe como calvinista y representante de Orange, preguntaba á Estraten turbado, y el herrero se encogia de hombros en lugar de darle respuesta. La servidumbre de D. Juan y los parciales de Ariscot se esplicaban del mismo modo tan escandaloso atentado, sin otra diferencia que los unos aparentaban encontrar el motivo en el odio á los estrangeros, y los otros culpaban la tibieza de interesados servidores.

Las damas tan sobrecogidas como era justo, se agruparon en un estremo del salon; sintiendo mucho que las cavernas de Vulcano no fueran reales y efectivas, para buscar en ellas abrigo contra la furiosa acometida que á cada momento esperaban.

El duque de Ariscot bajó, y dirigiéndose á Jorje Matren, que al frente de sus arcabuceros daba señales de impaciencia, le dijo:

—El príncipe D. Juan me manda que entregue las armas.

Jorje recibió esta noticia como un terrible contratiempo, se pasó la mano por los ojos, tartamudeó algunas palabras, y no supo que hacer. El duque le repitió con tono firme y como si le diera órdenes.

—El príncipe D. Juan me manda que entregue las armas:

Y dirigiéndose despues á los mosqueteros del príncipe, les dijo con voz conmovida.

—Vosotros y yo estamos absueltos del juramento de fidelidad que prestamos al gobernador; entregad las armas y dirigíos á mi palacio.

Los mosqueteros obedecieron las órdenes de su capitan, y se dirigieron silenciosos hácia el palacio de Ariscot, por medio de la muchedumbre que no sabia cómo esplicarse el desenlace de aquella escena: el duque se volvió al salon, y el posadero se quedó fijo y mudo como una estátua.

El primer cuidado del príncipe fué buscar al lindo pajecito, pero fueron vanos sus esfuerzos, pues habia desaparecido éste; se dirigió en seguida á las damas y procuró tranquilizarlas con palabras dulces y galantes, instándolas á que prosiguiera el sarao, pero estaban tan agitadas, que rogaron encarecidamente al príncipe las permitiera retirarse. Condescendió D. Juan cortesmente, como debia hacerlo un hidalgo. Ecsigia la etiqueta que el príncipe saliera el primero del salon, y no queriendo faltar á ella, se despidió con ademan cortés y altivo al mismo tiempo. La mayor parte de los nobles se dispusieron á acompañarle; pero los detuvo diciéndoles:

—Señores, el pueblo de Bruselas ha creido que no necesito llevar guardia: quiero probar á ese mismo pueblo que ha sido muy poco ecsigente, y que puedo cruzar la ciudad sin guardias y sin comitiva. Os doy las gracias por vuestra atencion y prohibo que me acompañeis.

Y dirigiéndose despues al burgo-maestre prosiguió.

—Tened la bondad de darme un criado con una antorcha, para que me sirva y alumbre.

—El burgo-maestre cumplió al instante la indicacion del jóven príncipe; y D. Juan precedido por el criado, llegó hasta la puerta de las casas consistoriales.

Permanecia Jorje Matren al frente de sus mosqueteros, tan indeciso como antes, y la muchedumbre en silencio esperaba el fin de aquel drama, cuyo imprevisto desenlace era dificil comprender. Siguiendo el camino mas corto, necesitaba pasar el príncipe por entre las filas de los mosqueteros, y á ellos se encaminó sin vacilar. Aunque el príncipe estaba muy prócsimo, no se movian los arcabuceros, y de este modo le dejaban cerrado el paso: D. Juan avanzó sin embargo, y al tocar con ellos les dijo;

—Paso libre á D. Juan de Austria.

Las filas se abrieron por ensalmo, y Jorje Matren saludó al príncipe, teniendo en la mano el sombrero; el austriaco siguió su marcha entre los ruidosos aplausos de la entusiasmada muchedumbre, que encontraba bastante dramático el desenlace de aquel cuadro.

CAPITULO XIV.

ESPLICACIONES.

Llegó D. Juan á su palacio sin el mas leve contratiempo; entró en su cámara, dejó la espada y el sombrero sobre una mesa, tomó un pequeño ramo de oliva que habia en ella, le arrancó una hoja, y se arrojó sobre un sillon, lanzando un suspiro, al mismo tiempo lleno de furor y amargura. Paseó sus miradas recelosas por la estancia, apoyó los codos sobre los brazos de su sillon, cubrió su frente con las manos, y dando otro amargo suspiro, quedó abismado bajo el peso de sus tristísimas ideas.

A pocos momentos entraron tres caballeros en la cámara, se aprocsimaron á D. Juan: y cruzando los brazos sobre el pecho, quedaron todos tres contemplando aquel dolor mudo y solemne. Estos tres caballeros eran el duque de Ariscot, Octavio Gonzaga y Escobedo.

—Príncipe D. Juan: dijo Gonzaga, despues de haberlo contemplado.

El príncipe alzó la cabeza, y haciendo un esfuerzo terrible, consiguió dar á su semblante la tranquilidad que tan lejos se encontraba de su interior.

—Tomad asiento: dijo el príncipe, y añadió despues con ansiedad, ¿están en palacio, señores, todos los demás caballeros que componen mi comitiva?

—Todos acabamos de llegar; repuso Gonzaga.

—Y muchos flamencos, señor, añadió Ariscot, están dispuestos á servir a tan ilustre príncipe con sus haciendas y sus vidas.

—Dadles las gracias en mi nombre, respondió D. Juan.

—El desacato que han cometido hoy bien merece un castigo proporcionado á la magnitud de la ofensa.

—No hablemos mas de ello, señor duque.

—¿Dejará impune V. A. tal crímen? preguntó Gonzaga.

—He arrancado una hoja á la oliva.

Escobedo se acercó á la mesa cogió el ramo, y vió que le quedaba ya un corto número de hojas.

El príncipe se levantó, dió varias vueltas por la estancia, y parándose dijo:

—Señores, está adelantada la noche y necesito descansar.

Los caballeros saludaron respetuosamente al aus-

triaco, y salieron todos de la cámara. D. Juan se sentó entonces á una mesa, escribió un billete muy corto, y puso el sobre: "Al señor duqne de Barlemont."

Habia sufrido mucho el príncipe para dormir tranquilamente, y pasó una noche de insomnio, aumentada con el deseo de conocer el fundamento de la celada de aquel dia; pues las palabras que su Sibila habia dicho á Octavio Gonzaga, y las advertencias del jóven paje, le confirmaban en que un plan diabólico se habia estrellado en su aparente sumision. No le quedaba la menor duda de que la ninfa de la gruta conoceria sus pormenores, y ansiaba que llegara el dia para esperarla y saber de ella lo que le interesaba tanto. Al primer albor de la mañana, saltó el príncipe de su lecho, se vistió apresuradamente, cruzó los pórticos, atravesó la hermosa pradera, y penetró en lo mas intrincado del parque.

Un ánimo menos preocupado que el del hijo de Cárlos V, no hubiera podido resistirse al dulce y suavísimo encanto que la primavera y la mañana iban derramando por do quier. El primer rayo del sol naciente, doraba las altivas copas de las gigantescas encinas, colorando las gotas de rocío, que parecian hermosos topacios sobre sus hojas charoladas: las azucenas presentaban el aterciopelado cáliz, bordado de menudas perlas, y empezaban á abrir los capullos sus fragantes senos virginales. Bajo la bóveda formada por los verdes tallos de las parras, penetraba apenas la luz, y dejaba dudar si era el crepúsculo del sol que muere, ó el primer rayo del que nace, el que iluminaba la escena. Los ruiseñores y jilgueros saludaban con sus armonías al Hacedor de aves y hombres, y el murmurio de los arroyuelos, sierpes con escamas de plata, se confundia con los dulces trinos de los pájaros. Algunas cascadas, despeñándose, salpicaban el verde césped con sus espumas de cristal, y su ronco hervir consonaba con el mugido de algun ciervo que atravesaba la maleza. Las auras robaban sus perfumes á las aromáticas flores, y mecian las verdes guirnaldas de pámpanos y madreselva. El príncipe no reparaba en tan hermosa perspectiva, y enteramente dominado por su pensamiento, llegó á la gruta de la Magdalena y penetró bajo su bóveda.

En aquel pintoresco recinto reinaba la noche todavía, pues los árboles que le rodeaban y las parras que le cubrian, no dejaban penetrar aún la suave claridad del alba, ni el primer rayo del sol naciente por entre el tupido follage: sin embargo, al entrar el príncipe, dijo una voz dulce.

—¿D. Juan?

—¿Me esperabas ya, hermosa ninfa?

—Sí; me parecia natural tu impaciencia por aclarar algunos misterios.

—No te negaré que deseo recibir algunas noticias.

—Pregunta, y serás satisfecho.

En primer lugar dime, ¿por qué el pajecito que me sirvió en las casas consistoriales, se interesa tanto en mi suerte?

—Porque es entusiasta y tú heróico.

—¿Nada mas me dices sobre él?

—¿Nada mas, príncipe, nada mas?

—Sin embargo, ¿quiero que me digas si obraba por impulso propio ó por encargo de otra persona.

—Por impulso propio, D. Juan.

—¿Y cómo consiguió encontrarse en aquel lugar?

—Es su secreto. No hablemos mas del pajecito y ocupémonos de otras cosas. ¿Sabes por qué te entregó Guillermo Matren aquel espaducho de madera?

—Para escarnecerme.

—Te engañas.

—¿Pues entonces para qué fué?

—Para provocar tu indignacion.

—¿Y qué conseguiria con ello?

—Ahora lo sabrás. ¿Qué se propuso Jorje Matren al pedir las armas á los mosqueteros de tu guardia?

—Hacerme una ofensa.

—Te equivocas.

—Intimidarme.

—Mucho menos.

—¿Pues qué esperaba entonces?

—¿Qué hubieras hecho sin el aviso del lindo paje?

—Rechazar la fuerza con la fuerza.

—Eso esperaba Jorje Matren.

—¿Para qué?

—Para apoderarse de tu persona.

—Estás equivocada, ninfa. Atravesé solo las filas de sus compañías de arcabuceros, y me saludó humildemente.

—Se sobrecogió, porque para el logro de sus planes contaba con tu resistencia.

—¿Es posible?

—Es seguro, príncipe.

—Me tienes admirado.

—Escucha. Antes de anoche hubo una numerosa reunion en casa de un alto personage; se conspiró mucho, no se discutió menos, y se convino en apoderarse de tu persona: pero al decidirse á cometer tan criminal acto de violencia, quisieron buscar un pretesto que lejitimase en algun modo su resolucion, y que te hiciera aparecer á los ojos de Felipe II como agresor en la querella. Para el buen logro de su intento, pensaron en escarnecerte y provocarte, hasta que perdieras la paciencia y castigaras á alguno de ellos ó les ofendieras de palabra; has sabido dominarte, príncipe, y humillar á tus enemigos.

—Dime sus nombres.

—Me prohibiste en otra ocasion que te los nombrase.

—Es verdad.

—¿Me levantas la prohibicion?

—No; guarda por siempre tu secreto. ¿Tienes que advertirme alguna cosa?

—Que vivas alerta, y desconfies de muchos nobles que te adulan.

—Seguiré, ninfa, tus consejos.

El príncipe que habia estado de pié hasta entonces, se sentó y apoyó la frente en ambas manos. La voz misteriosa volvió á oirse.

—¿Príncipe?

—¿Qué quieres?

—¿Estás triste?

—Muy triste estoy, hermosa ninfa. Te lo confieso sin rebozo.

—¿Tienes alguna pena oculta además de tus graves cuidados?

—Una tengo que me devora.

—¡Pobre D. Juan, pobre D. Juan!

—¿Me compadeces?

—Por qué no. Dame parte, príncipe, en tus penas y quizás logre consolarte.

—Mira, ninfa: tu voz es dulce como el canto de los ruiseñores, y tus cadenciosas palabras penetran en mi corazon. ¿Quieres presentarte á mi vista?

—Te he dicho tantas veces que no....

—En otras ocasiones deseaba satisfacer un simple capricho; pero ahora te ruego con el alma que me dispenses este favor.

—Me veo obligada, noble príncipe, á recatar el rostro.

—No importa. Cubre tus facciones con una máscara, tu talle con un dominó; disfrázate cuanto te plazca, pero preséntate ante mis ojos: tengo necesidad de hablar con alguien y me desespera dirigir la palabra á estos muros.

—Fácilmente podria darte gusto presentándome disfrazada.

—¿Por qué, ninfa?

—Porque yo soy *la dama negra*.

En toda la alta y baja Alemania tenian y aún tienen hoy gran crédito las fantásticas apariciones de damas, vampiros y duendes; dándoles diferentes atributos y haciéndoles intervenir de muy diferentes maneras en los sucesos importantes que tenian lugar en los teatros de sus frecuentes apariciones. La dama blanca de Berlin y la dama negra de Viena, anunciaban, apareciendo, el fallecimiento de algun príncipe, ú otra catástrofe de cuenta: los crueles vampiros devoraban centenares de víctimas humanas, dejando diezmadas las comarcas, y los duendes turbaban de contínuo la quietud de muchas familias. En las consejas, en los cuentos, en las tradiciones populares, en las novelas y en los dramas, se leen muchos cuadros sombríos, debidos al pernicioso influjo de seres sobrenaturales; y el austriaco debió sentir un involuntario estremecimiento al oir la palabra *dama negra*, que podia ser seguro anuncio de su inevitable y pronta muerte.

Sin embargo, tan acostumbrado estaba el príncipe á conversar con aquella muger misteriosa, y estimaba en tan poco su vida, que respondió tranquilamente.

—Supuesto que puedes presentarte sin temor de ser conocida, te ruego, por lo que mas ames, que me otorgues este favor.

Siguió un momento de silencio, y poco despues oyó el príncipe estas palabras:

—Ya estás satisfecho, D. Juan.

Volvió el austriaco la cabeza y sobre un promontorio, formado por las cristalizaciones del agua, vió á la *dama negra*, que descendia pausadamente. Era su andar magestuoso, alta y esbelta su estatura; un dominó de seda negra, con anchas mangas y capucha, cubria su cabeza y su talle, y una mascarilla charolada, guardaba su rostro con esmero: sus manos estaban ocultas en las anchas mangas del dominó, y solo pudo descubrir el príncipe un pié pequeño y bien calzado, y la parte inferior de una pierna perfectamente torneada. *La dama negra* se acercó con desembarazo á D. Juan, y tomando asiento á su lado, le dijo:

—¿Qué dices de mi aparicion?

—Que si es tu voz dulce y sonora, como la del ave que trina, tu talle esbelto y delicado es el tallo de una azucena mecido por la fresca brisa de una hermosa tarde de Abril

—Galante estas, príncipe

Siento una singular simpatía, que me une á tí con lazo estrecho.

—¿Y aquel amor que te subyugaba?

—Se ha desvanecido como el humo.

—¿Se ha desvanecido?

—Sí, aquella muger no era digna, ninfa, de mi amor.

La dama negra hizo un movimiento imperceptible y dijo con voz sosegada:

—Vamos á tratar un asunto muy importante, noble príncipe.

—Hablarémos de lo quo gustes. Estoy dispuesto á complacerte

—¿Serias capaz de amar á una muger sin conocerla?

D. Juan miró fijamente á la dama, como queriendo penetrar al través de su negro antifaz lo que pasaba en su interior: ésta continuó:

—Me parece que te encuentras embarazado para contestar á mi pregunta, y quiero darte aclaraciones. Si te jurase una muger, por la gloria de su madre muerta, que era hermosa, que no llegaba á veinte años, que no habia amado nunca, y que te amaba con delirio y abnegacion, la amariais, príncipe, la amariais?

—Si su corazon era bueno y su alma pura, podria amarla.

—Su corazon es bueno, príncipe; solo tú y Dios podeis juzgar de la pureza de su alma.

—¿Y esa muger....?

—Soy yo, D. Juan. ¿Podrás amar á la *dama negra* sin verla el rostro?

—¿Tú me amas?

—¡Oh! yo te amo como no ha amado nadie en el mundo. El amor maternal comparado al mio, es una hoguera en comparacion de un volcan; el amor de los demás amantes es nada, el amor de los ángeles á Dios quizá tenga puntos de contacto, pero habrá en el mio mas vehemencia y mas abnegacion tambien.

—¿Por qué me amas así?

—¿Lo sé yo acaso? Es verdad que tú eres apuesto, que ha brillado tu cortante espada en los combates y que tu frente está ceñida de laurel: admiro tu valor, D. Juan, pero amo en tí otra cosa.

—¿Qué amas?

—Ese ánimo heróico y tranquilo, esa alma noble y generosa, ese no sé qué que hay en tí, que te

acerca á la divinidad elevándote sobre los hombres.

—¡Qué hermosa debes ser!

—¿Me amas?

—Sí; á tu voz mis nervios se agitan, y mi corazon late en el pecho con las mas violentas sacudidas.

—¿Por qué me amas?

—No lo sé. Me arrastra hácia tí un poder oculto, y tú serás mi único amor; serás mi gloria y mi destino.

—¡Qué feliz me has hecho, D. Juan! Pon tu mano sobre mi pecho: ¿sientes los violentos latidos de mi corazon? Late por tí, y no latirá por otro hombre.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro mil veces, por el Dios que todo lo ve y que desde el cielo nos escucha.

La *dama negra* habia sacado de las mangas del dominó una mano pequeña y blanca, surcada de venas azules y menudas, en perfecta armonía con el pié que descubrió el príncipe al aparecer sobre el pequeño promontorio: cojió con su mano delicada la del príncipe y la colocó sobre su pecho. El austriaco contó estasiado los latidos de aquel corazon, y estampó con amor sus labios en la mano de la *dama negra*.

—Por Dios, D. Juan, dijo la dama. Tus labios queman, y el incendio se trasmite á mi corazon.

—¡Cuánto te amo!

—¡Qué feliz soy!

—¿Has gozado en algun momento como estamos gozando ahora?

—¡Jamás!

—Solos, unidos, adorándonos, respiramos el mismo ambiente, estrechamos las diestras, palpitan nuestros corazones á un tiempo....

Habia ceñido el bizarro príncipe la breve cintura de la dama; esta procuraba alejarse, pero la faltaban las fuerzas, y por un movimiento rápido, dejándose caer de rodillas, esclamó con voz suplicante:

—Ten piedad de mí, noble príncipe.

—¿Qué temes?

—¿Qué temo? A mi amor, á esos pájaros que gorjean cantando, D. Juan, sus amores; á estos arroyuelos que murmuran, á esta oscuridad misteriosa, á la fiebre de mi pasion, á vuestros ojos que me miran.

—¡Qué hermosa estarás!

La *dama negra* habia reclinado su frente sobre las rodillas del príncipe, que la contemplaba en silencio, con una mirada indefinible, llena de amor y de piedad: el austriaco levantó con sus manos aquella cabeza inclinada, y dijo con solemne acento.

—¿Estás loca de amor?

—Loca estoy.

—Tambien yo estoy loco, hermosa mia. Pon tu mano blanca y delicada sobre mi corazon. ¿Percibes sus latidos?

—Príncipe, sí.

—Llévala á mi frente.

—Está ardiendo.

—Esos ruiseñores que cantan, estos arroyuelos que murmuran, esta misteriosa oscuridad, la fiebre de nuestra pasion....

—¡Dios mio, Dios mio!

—Huyamos el uno del otro, si nos quedan fuerzas para huir, esclamó el príncipe.

—Aléjate, D. Juan, por Dios.

—Me faltan las fuerzas.

—Tú eres hombre y te suplica una muger.

El príncipe se levantó, la dama conservó la misma actitud.

—¿Nos separamos para siempre? preguntó D. Juan con voz sombría.

—Para siempre no, hasta mañana.

—Pero antes....

—Príncipe, un abrazo.

La *dama negra* se levantó, abrazó al príncipe en una especie de delirio, y desapareció como una flecha por el interior de la gruta. El príncipe, tambien delirante, quiso seguirla, pero solo encontró fuentes, arroyos y brillantes cristalizaciones, que cerraban el paso por do quier. Despues de inútiles esfuerzos tuvo que desistir de su empresa y volvió confuso á palacio.

CAPITULO XV.

DESPUES.

Habian pasado algunos dias desde el diez y nueve de Mayo, y los enemigos del príncipe no se atrevian á intentar nada, porque habiendo errado el primer golpe, temian aventurarse en vano é imposibilitar con los amagos el buen écsito de la empresa. Algunos estaban cansados, y cundia tambien la desconfianza entre los mas autorizados gefes de los diferentes partidos. El del duque de Ariscot no instaba por la marcha de los estrangeros, pues recibiendo cada dia las mas señaladas mercedes del generoso gobernador, conoció al fin que no perjudicaban en nada á sus particulares intereses, y que insistiendo solo lograrian hacerse sospechosos al príncipe; el de los estados generales queria precaverse y prepararse para combatir con ventaja á cuantos quisieran despojarlo de alguna parte del poder, y aparentaba buena voluntad y aún deferencia con el gobernador general. El baron de Hesse y el bullicioso conde de Lalain, habian sido los mas directamente burlados en la tentativa del diez y nueve, y conocieron que necesitaban hacerla olvidar para volver á la pelea. Felipe de Marnis, impulsado por Guillermo, príncipe de Orange, y por su fanatismo é interés, no cesaba de inventar medios de dañar al ilustre príncipe; pero se veia contrariado por la inercia de los partidos que necesitaba mover. En otro tiempo habia contado con maese Cornelio Estraten; pero el armero cada dia se alejaba mas de Felipe, y aún no se mostraba tan hostil al príncipe gobernador. D. Juan se daba el parabien de aquella tregua; Escobedo guardaba silencio, no queriendo contristar al príncipe con el anuncio de graves males, y Octavio Gonzaga renegaba de la Flandes, de los flamencos y del rey Felipe II, que no diezmaba á sangre y fuego á tan revoltosos vasallos. Con todo, la opinion de Octavio se modificaba bastante respecto á las flamencas, y particularmente á Enriqueta, cuya entrevista en el sarao habia dejado profundas huellas en el corazon inconstante del fiel amigo de D. Juan.

En el laboratorio químico de la torre de los *tres cipreses*, se hallaban sentados á una mesa maesse Genaro y el señor Felipe de Marnis; y sobre la mesa se veia un considerable número de florines de oro, divididos en dos porciones porque contaba el sabio químico con escrupulosa atencion. Al cabo de algunos minutos, y contada toda la suma, se levantó maesse Genaro, se dirigió al grande escritorio que conocen nuestros lectores, lo abrió con la pequeña llave que colgaba de su cintura, tocó el resorte de un cajoncito bastante bien disimulado, sacó del cajon una cajita de media pulgada de diámetro, se acercó otra vez á la mesa y entregó á Felipe la cajita sin pronunciar una palabra. Despues trajo un enorme talego de cuero; fué colocando en él los florines, y llevó el talego al armario; cerró cuidadosamente, y volvió á sentarse en el sillon que habia ocupado poco antes.

—¿Estamos en paz, maesse Genaro? preguntó Felipe sonriendo.

—Me habeis dado diez mil florines, precio convenido de antemano, luego estamos en paz.

—Muy cara me habeis vendido vuestra droga.

—Si os parece cara, devolvédmela y llevaos los diez mil florines; mas tened presente que despues os costará mucho mas cara.

—Prefiero llevarme la droga.

—Como gusteis. Pero callad. ¿Están llamando?

—Así parece.

—Voy á ver quién es.

Maesse Genaro abrió un cristal, sacó la cabeza, y volvió á entrarla sonriendo.

—¿Quién llama? preguntó Felipe.

—Guillermo Matren en persona.

—¿Qué buscará aquí ese vclitre?

—El nos lo dirá probablemente.

—Espera un momento, Genaro; quiero asistir oculto á la conferencia de ese mozo.

Maesse Genaro condujo á Felipe de Marnis á un pequeño retrete; cerró la puerta, y bajó á abrir á Guillermo Matren, que se desesperaba dando golpes, lanzando gritos y blasfemias.

—Buenos dias, Guillermo, dijo el químico con su risita habitual. ¿Qué deseas saber, pobre mozo?

—Algo tengo que preguntaros, pero no me gusta este sitio. Subamos á la torrecilla.

—Subamos, si así lo deseas.

Subieron al laboratorio; Guillermo se dejó caer en un sillon con notable desembarazo, y señaló otro al sabio, que no sabia cómo esplicarse aquella arrogancia del tímido hijo del posadero.

—¿Qué quieres, Guillermo? preguntó el químico.

—A eso voy. Cuando vine aquí dias pasados me anticipásteis la respuesta que daria mi novia á la proposicion de mi padre, y sucedió como dijísteis.

—Así tendrás gran fé en mi ciencia, dijo Genaro con voz hueca, queriendo ganar la importancia que creia haber perdido sin duda á los ojos del posadero; pero Guillermo, sin cuidarse mucho del tono del químico; replicó:

—He venido porque tengo fé.

—¿Y qué quieres?

—Que me espliqueis una palabra.

—¿Qué palabra?

—*Despues*.

Maesse Genaro miró á Guillermo con una marcada estrañeza; meditó unos instantes y repuso.

—Necesito mas esplicaciones.

—Muy torpe estais, maesse Genaro; pero tendreis la esplicacion. María Estraten se decidió á recibirme por esposo; me lo dijo, y seguimos en correspondencia como los mejores amantes; pero siempre que la pregunto cuándo nos casarémos, me responde con mucha sequedad: *despues*.

—¿Y tú deseas saber, Guillermo....

—Lo que este *despues* significa.

—Eres muy torpe.

—Por eso acudo á los que saben mas que yo.

—Significa el *despues*, Guillermo, que no se efectuará la boda inmediatamente.

—Eso lo sabia yo, maese Genaro.

—Pues si lo sabias, ¿por qué has venido?

—Porque quiero saber algo mas.

—No te entiendo.

—Me esplicaré. Cuando dice María *despues*, descubro en ella alguna cosa estraordinaria que me convendria mucho aclarar. ¿Qué piensa María en aquel momento?

—No lo sé, Guillermo.

—¡Imposible!

—Te repito que no lo sé.

—En otra ocasion adivinásteis el pensamiento de María, y haréis lo mismo.

—No lo sé.

—Maesse Genaro, no admito escusas; quiero saberlo y lo sabré.

—¡Guillermo!

—No hay por qué irritarse. Contestadme pronto á mi pregunta, y os dejaré en paz: de lo contrario....

—¿Me amenazas?

—Vengo decidido á saber lo que he preguntado.

—Antes me rogabas humilde.

—A ahora os mando, maesse Genaro.

—¿Ahora me mandas?

—Ahora tratamos de poder á poder, y yo soy el mas formidable de los dos.

—¿Has perdido el juicio, Guillermo?

—Podrá ser; pero conservo la memoria.

—Mi ciencia.....

—Sabeis mucho con vuestra ciencia, no lo niego, maesse Genaro; pero yo sin ciencia sé tambien, que en el turbante de huevos moles pusísteis un activo veneno para asesinar á D. Juan.

Pálido y trémulo se puso maesse Genaro á estas palabras: en vano queria dominar su emocion, y estaba pronto á suplicar al jóven posadero, cuando se entreabrió la puerta del retrete, á la que estaba de

acerca á la divinidad elevándote sobre los hombres.

—¡Qué hermosa debes ser!

—¿Me amas?

—Sí; á tu voz mis nervios se agitan, y mi corazon late en el pecho con las mas violentas sacudidas.

—¿Por qué me amas?

—No lo sé. Me arrastra hácia tí un poder oculto, y tú serás mi único amor; serás mi gloria y mi destino.

—¡Qué feliz me has hecho, D. Juan! Pon tu mano sobre mi pecho: ¿sientes los violentos latidos de mi corazon? Late por tí, y no latirá por otro hombre.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro mil veces, por el Dios que todo lo ve y que desde el cielo nos escucha.

La *dama negra* habia sacado de las mangas del dominó una mano pequeña y blanca, surcada de venas azules y menudas, en perfecta armonía con el pié que descubrió el príncipe al aparecer sobre el pequeño promontorio: cojió con su mano delicada la del príncipe y la colocó sobre su pecho. El austriaco contó estasiado los latidos de aquel corazon, y estampó con amor sus labios en la mano de la *dama negra*.

—Por Dios, D. Juan, dijo la dama. Tus labios queman, y el incendio se trasmite á mi corazon.

—¡Cuánto te amo!

—¡Qué feliz soy!

—¿Has gozado en algun momento como estamos gozando ahora?

—¡Jamás!

—Solos, unidos, adorándonos, respiramos el mismo ambiente, estrechamos las diestras, palpitan nuestros corazones á un tiempo....

Habia ceñido el bizarro príncipe la breve cintura de la dama; esta procuraba alejarse, pero la faltaban las fuerzas, y por un movimiento rápido, dejándose caer de rodillas, esclamó con voz suplicante:

—Ten piedad de mí, noble príncipe.

—¿Qué temes?

—¿Qué temo? A mi amor, á esos pájaros que gorjean cantando, D. Juan, sus amores; á estos arroyuelos que murmuran, á esta oscuridad misteriosa, á la fiebre de mi pasion, á vuestros ojos que me miran.

—¡Qué hermosa estarás!

La *dama negra* habia reclinado su frente sobre las rodillas del príncipe, que la contemplaba en silencio, con una mirada indefinible, llena de amor y de piedad: el austriaco levantó con sus manos aquella cabeza inclinada, y dijo con solemne acento.

—¿Estás loca de amor?

—Loca estoy.

—Tambien yo estoy loco, hermosa mia. Pon tu mano blanca y delicada sobre mi corazon. ¿Percibes sus latidos?

—Príncipe, sí.

—Llévala á mi frente.

—Está ardiendo.

—Esos ruiseñores que cantan, estos arroyuelos que murmuran, esta misteriosa oscuridad, la fiebre de nuestra pasion....

—¡Dios mio, Dios mio!

—Huyamos el uno del otro, si nos quedan fuerzas para huir, esclamó el príncipe.

—Aléjate, D. Juan, por Dios.

—Me faltan las fuerzas.

—Tú eres hombre y te suplica una muger.

El príncipe se levantó, la dama conservó la misma actitud.

—¿Nos separamos para siempre? preguntó D. Juan con voz sombría.

—Para siempre no, hasta mañana.

—Pero antes....

—Príncipe, un abrazo.

La *dama negra* se levantó, abrazó al príncipe en una especie de delirio, y desapareció como una flecha por el interior de la gruta. El príncipe, tambien delirante, quiso seguirla, pero solo encontró fuentes, arroyos y brillantes cristalizaciones, que cerraban el paso por do quier. Despues de inútiles esfuerzos tuvo que desistir de su empresa y volvió confuso á palacio.

CAPITULO XV.

DESPUES.

Habian pasado algunos dias desde el diez y nueve de Mayo, y los enemigos del príncipe no se atrevian á intentar nada, porque habiendo errado el primer golpe, temian aventurarse en vano é imposibilitar con los amagos el buen écsito de la empresa. Algunos estaban cansados, y cundia tambien la desconfianza entre los mas autorizados gefes de los diferentes partidos. El del duque de Ariscot no instaba por la marcha de los estrangeros, pues recibiendo cada dia las mas señaladas mercedes del generoso gobernador, conoció al fin que no perjudicaban en nada á sus particulares intereses, y que insistiendo solo lograrian hacerse sospechosos al príncipe; el de los estados generales queria precaverse y prepararse para combatir con ventaja á cuantos quisieran despojarlo de alguna parte del poder, y aparentaba buena voluntad y aún deferencia con el gobernador general. El baron de Hesse y el bullicioso conde de Lalain, habian sido los mas directamente burlados en la tentativa del diez y nueve, y conocieron que necesitaban hacerla olvidar para volver á la pelea. Felipe de Marnis, impulsado por Guillermo, príncipe de Orange, y por su fanatismo é interés, no cesaba de inventar medios de dañar al ilustre príncipe; pero se veia contrariado por la inercia de los partidos que necesitaba mover. En otro tiempo habia contado con maese Cornelio Estraten; pero el armero cada dia se alejaba mas de Felipe, y aún no se mostraba tan hostil al príncipe gobernador. D. Juan se daba el parabien de aquella tregua; Escobedo guardaba silencio, no queriendo contristar al príncipe con el anuncio de graves males, y Octavio Gonzaga renegaba de la Flandes, de los flamencos y del rey Felipe II, que no diezmaba á sangre y fuego á tan revoltosos vasallos. Con todo, la opinion de Octavio se modificaba bastante respecto á las flamencas, y particularmente á Enriqueta, cuya entrevista en el sarao habia dejado profundas huellas en el corazon inconstante del fiel amigo de D. Juan.

En el laboratorio químico de la torre de los *tres cipreses*, se hallaban sentados á una mesa maesse Genaro y el señor Felipe de Marnis; y sobre la mesa se veia un considerable número de florines de oro, divididos en dos porciones porque contaba el sabio químico con escrupulosa atencion. Al cabo de algunos minutos, y contada toda la suma, se levantó maesse Genaro, se dirigió al grande escritorio que conocen nuestros lectores, lo abrió con la pequeña llave que colgaba de su cintura, tocó el resorte de un cajoncito bastante bien disimulado, sacó del cajon una cajita de media pulgada de diámetro, se acercó otra vez á la mesa y entregó á Felipe la cajita sin pronunciar una palabra. Despues trajo un enorme talego de cuero; fué colocando en él los florines, y llevó el talego al armario; cerró cuidadosamente, y volvió á sentarse en el sillon que habia ocupado poco antes.

—¿Estamos en paz, maesse Genaro? preguntó Felipe sonriendo.

—Me habeis dado diez mil florines, precio convenido de antemano, luego estamos en paz.

—Muy cara me habeis vendido vuestra droga.

—Si os parece cara, devolvédmela y llevaos los diez mil florines; mas tened presente que despues os costará mucho mas cara.

—Prefiero llevarme la droga.

—Como gusteis. Pero callad. ¿Están llamando?

—Así parece.

—Voy á ver quién es.

Maesse Genaro abrió un cristal, sacó la cabeza, y volvió á entrarla sonriendo.

—¿Quién llama? preguntó Felipe.

—Guillermo Matren en persona.

—¿Qué buscará aquí ese vclitre?

—El nos lo dirá probablemente.

—Espera un momento, Genaro; quiero asistir oculto á la conferencia de ese mozo.

Maesse Genaro condujo á Felipe de Marnis á un pequeño retrete; cerró la puerta, y bajó á abrir á Guillermo Matren, que se desesperaba dando golpes, lanzando gritos y blasfemias.

—Buenos dias, Guillermo, dijo el químico con su risita habitual. ¿Qué deseas saber, pobre mozo?

—Algo tengo que preguntaros, pero no me gusta este sitio. Subamos á la torrecilla.

—Subamos, si así lo deseas.

Subieron al laboratorio; Guillermo se dejó caer en un sillon con notable desembarazo, y señaló otro al sabio, que no sabia cómo esplicarse aquella arrogancia del tímido hijo del posadero.

—¿Qué quieres, Guillermo? preguntó el químico.

—A eso voy. Cuando vine aquí dias pasados me anticipásteis la respuesta que daria mi novia á la proposicion de mi padre, y sucedió como dijísteis.

—Así tendrás gran fé en mi ciencia, dijo Genaro con voz hueca, queriendo ganar la importancia que creia haber perdido sin duda á los ojos del posadero; pero Guillermo, sin cuidarse mucho del tono del químico; replicó:

—He venido porque tengo fé.

—¿Y qué quieres?

—Que me espliqueis una palabra.

—¿Qué palabra?

—*Despues*.

Maesse Genaro miró á Guillermo con una marcada estrañeza; meditó unos instantes y repuso.

—Necesito mas esplicaciones.

—Muy torpe estais, maesse Genaro; pero tendreis la esplicacion. María Estraten se decidió á recibirme por esposo; me lo dijo, y seguimos en correspondencia como los mejores amantes; pero siempre que la pregunto cuándo nos casarémos, me responde con mucha sequedad: *despues*.

—¿Y tú deseas saber, Guillermo....

—Lo que este *despues* significa.

—Eres muy torpe.

—Por eso acudo á los que saben mas que yo.

—Significa el *despues*, Guillermo, que no se efectuará la boda inmediatamente.

—Eso lo sabia yo, maese Genaro.

—Pues si lo sabias, ¿por qué has venido?

—Porque quiero saber algo mas.

—No te entiendo.

—Me esplicaré. Cuando dice María *despues*, descubro en ella alguna cosa estraordinaria que me convendria mucho aclarar. ¿Qué piensa María en aquel momento?

—No lo sé, Guillermo.

—¡Imposible!

—Te repito que no lo sé.

—En otra ocasion adivinásteis el pensamiento de María, y haréis lo mismo.

—No lo sé.

—Maesse Genaro, no admito escusas; quiero saberlo y lo sabré.

—¡Guillermo!

—No hay por qué irritarse. Contestadme pronto á mi pregunta, y os dejaré en paz: de lo contrario....

—¿Me amenazas?

—Vengo decidido á saber lo que he preguntado.

—Antes me rogabas humilde.

—A ahora os mando, maesse Genaro.

—¿Ahora me mandas?

—Ahora tratamos de poder á poder, y yo soy el mas formidable de los dos.

—¿Has perdido el juicio, Guillermo?

—Podrá ser; pero conservo la memoria.

—Mi ciencia.....

—Sabeis mucho con vuestra ciencia, no lo niego, maesse Genaro; pero yo sin ciencia sé tambien, que en el turbante de huevos moles pusísteis un activo veneno para asesinar á D. Juan.

Pálido y trémulo se puso maesse Genaro á estas palabras: en vano queria dominar su emocion, y estaba pronto á suplicar al jóven posadero, cuando se entreabrió la puerta del retrete, á la que estaba de

espaldas Guillermo: Felipe sacó la cabeza, hizo al químico una seña, y se ocultó de nuevo; el rostro de Genaro se reanimó, y con un aire de bondad, que sabia fingir pasmosamente, dijo al posadero:

—¿Deseas mucho la esplicacion de esa palabra?

—He dicho que sí.

—Pues espérame.

El químico entró en el retrete, que ocupaba Felipe de Marnis, y Guillermo quedó rodeado de alambiques, crisoles y retortas: esperando tranquilamente la reaparicion del adivino, que segun su cálculo debia estar entonces en conversacion con el diablo. Y por una estraña coincidencia no se engañaba mucho Guillermo, pues entre el diablo y Felipe de Marnis era difícil escojer. La conferencia no fué larga, y á los diez minutos maesse Genaro estaba en presencia del jóven amante de María.

—¿Qué noticias me traes, maesse Genaro? preguntó Guillermo al adivino.

—Malas; pero ciertas, Guillermo; repuso el sabio con bondad.

El posadero se puso pálido, y tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

—Continuad.

—¿La noche del diez y ocho de Mayo estuviste en el gabinete de María.

—Estuve.

—¿Y cuando saliste á la calle tuviste un encuentro?

Guillermo dejó su sillon, se acercó á Genaro temblando, y le dijo con voz sumisa y arrodillándose:

—Perdon, perdon, maesse Genaro. Os ofendí como un bellaco, casi dudé de vuestra ciencia; pero de nuevo la respeto, y os pido sumiso perdon.

—Y cuando saliste á la calle, ¿tuviste un encuentro?

—Sí.

—¿Con quien?

—Con un hombre que no conocí.

—¿Qué te sucedió?

—Furioso de celos saqué mi puñal y quise herirle; pero erré el golpe, y sin la intervencion de María, que rogó por mí, hubiera perecido á sus manos.

—Ahí tienes, Guillermo, la clara esplicacion del *despues*.

—No la comprendo.

—María está enamorada del hombre que no conociste.

—¡Maesse Genaro!

—Callaré si quieres; de lo contrario tendrás que escuchar la verdad.

Guillermo temblaba de ira, y temia oir las esplicaciones del adivino; pero colocado en posicion tan angustiosa, murmuró aterrado:

—Proseguid.

—María está enamorada del hombre que no conociste; le conviene tener ocultas sus relaciones, y te ha elegido por juguete, para así mejor ocultarlas. A tus instancias, como has dicho, contesta *despues;* y ese *despues*, atiende, Guillermo, ese *despues* quiere decir *nunca*.

Guillermo quedó petrificado á las palabras del adivino; un confuso tropel de ideas se amontonaban en su mente, hinchaba la sangre sus arterias y apenas podia respirar.

—Vuelve en tí, Guillermo, vuelve en tí, prosiguio el sabio sacudiéndole.

—¡Su nombre, su nombre!

—No quieras saberlo, Guillermo.

—¿Su nombre, su nombre? esclamó el jóven.

—Es muy ilustre.

—¿Qué importa? Quiero saberlo.

—Se llama . . . .

—¿Se llama?

—Juan de Austria.

Guillermo rugia como un tigre, y dando vueltas por la estancia, tropezaba en todos los muebles haciendo rodar varios crisoles y rompiendo algunas retortas.

—¿Qué buscas, Guillermo, qué buscas?

—Un puñal.

—¿Para qué, Guillermo?

—Para asesinar al austriaco.

—¿Y si te sujeta la mano, como en otra ocasion?

Guillermo dió un rugido mas espantoso, y se desplomó en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos. Genaro lo contempló algunos momentos, y despues le dijo:

—Guillermo, haces mal en enfurecerte, y mucho peor en abatirte.

—¿Pues qué debo hacer?

—Por el pronto disimular, y despues tomar consejo de los amigos.

—De los amigos!

—¿No tienes amigos?

—Uno tenia bastante discreto.

—¿Quién era?

—El señor Felipe de Marnis.

—Pues aconséjate con él.

—Jamás.

—¿Por qué?

—Porque el señor Felipe de Marnis pretende la mano de María.

—¿Estás loco?

—No, maesse Genaro.

—¿Pues quién te ha contado ese cuento?

—María misma.

—Qué tonto eres! María te ha hecho concebir celos del señor Felipe de Marnis para separar tu atencion del otro amante.

—Puede ser.

—No debes tener la menor duda.

—¿Y qué me aconsejais?

—Te aconsejo que busques al señor Felipe de Marnis y que cultives su amistad.

—Hoy mismo lo busco.

—Bien hecho.

—¿Y ahora?

—Puedes irte á donde te plazca, porque tengo que trabajar.

—Me iré, me iré, maesse Genaro: pero es el caso. . . .

—¿Qué?

—Qué como venia á tratar de poder á poder no he traido ni un solo florin para pagaros la consulta.

—Nada importa, amigo Guillermo. Otra vez sé mas prevenido, y sígueme:

Maesse Genaro empezó á bajar la escalera, y á pocos momentos Guillermo se dirigia á todo correr hácia el palacio de Nassau.

Volvió el sabio al laboratorio y ya encontró en él á Felipe.

¿Me parece que me he portado? dijo el químico sonriyendo.

—Admirablemente, lo confieso. Eres hombre de grandes recursos.

—Me puso el mozo en un aprieto, y sin vuestro ausilio ¡vive Dios! que hubiera salido muy mal. Pero hablando aquí con franqueza: ¿conocisteis á D. Juan de Austria?

—¿Lo ha creido Guillermo?

—Firmemente.

—Pues está cumplido mi objeto.

—Evadis así mi pregunta.

—No seas indiscreto, Genaro.

—Cúmplase vuestra voluntad.

—¿Guillermo se dirigió al palacio?

—Con la rapidez de un caballo.

—Pues voy á encontrarlo.

—Esperad.

—¿Qué te se ocurre?

—Antes que marcheis ajustaremos una cuentecilla.

—¿Una cuenta?

—¿Bien habréis visto que Guillermo no me ha pagado la consulta?

—¿Y qué?

—Que habiendo sido en favor del príncipe de Orange, vos la pagaréis en su nombre.

—¿Y cuánto vale esa consulta?

—Veinte y cinco florines.

—Te los abonaré.

—El pobre mozo me ha hecho pedazos dos retortas, que bien valen quince florines: me ha roto un crisol, que vale diez: y me ha dado un susto, que tasándolo muy barato, bien vale cincuenta florines.

—¿Has acabado, maesse Genaro, tu tasacion?

—Nada mas queda.

—¿Y cuánto te debo?

—Cien florines.

—Te los pagaré.

—Que sea pronto, Felipe de Marnis, porque soleis tener mala paga.

CAPITULO XVI.

MOS DE THERON.

El príncipe D. Juan seguia su secreta correspondencia con la misteriosa *dama negra*, y en el regazo de aquella muger, tierna y entusiasta al mismo tiempo, olvidaba crudos afanes y se fortalecia para llevar la ruda carga del gobierno. Esta se habia menguado un poco, y el gobernador general se lisonjeaba algunas veces de dar cima al pensamiento de su hermano, pacificando las provincias sin hacer uso de la espada. Los diputados parecian enteramente satisfechos de la conducta de D. Juan; el baron de Hesse y sus parciales no hostilizaban al gobierno, y el simbólico ramo de oliva conservaba todas las hojas que le quedaron la aciaga noche del sarao. Sin embargo, una negra noche oscurecia todo el horizonte, y era la obstinada resistencia que oponia el príncipe de Orange á la paz y reconciliacion.

Se reunieron en Gertrudemberg, lugar señalado por Nassau, el mismo príncipe de Orange, en su nombre y como único representante de las provincias de Holanda y Zelanda, y los comisionados de D. Juan de Austria y de los Estados Generales duque de Ariscot, Adolfo Modequerque, los señores de Sergues y de Vellerval y el doctor Gailio, para tratar de amistoso arreglo y asentar paces duraderas. Los comisionados de las quince provincias manifestaron al príncipe de Orange, que parecia mal no guardase el *edicto perpetuo* y la paz de Gante, habiéndose comprometido á hacerlo: que el gobernador general manifestaba las disposiciones mas pacíficas, y que no debia presentarse con aquel aparato de guerra, no habiendo motivo para ello. El príncipe contestó á las razones de los pacíficos comisionados con las mas fútiles escusas, declamó mucho contra el gobernador general, achacándole las mas siniestras intenciones, defendio con ardor la causa de los sectarios de Calvino, y se terminó la conferencia sin el mas pequeño resultado.

Los comisionados volvieron con grave disgusto á Bruselas, y al dia siguiente se presentó un ginete en el palacio del príncipe de Orange, vistiendo completa armadura y sobre empolvado corcel. Tendria este hombre cuarenta años, y era de formas gigantescas: su cabello rojo y muy corto tenia la aspereza de un cepillo hecho con cerdas de jabalí, y una larga barba cubria la parte inferior de su rostro. Su frente, bastante aplastada, era al mismo tiempo espaciosa: su nariz, bastante remangada, daba á su rostro marcada espresion de sarcasmo, en tanto que sus ojos vizcos tenian la ferocidad de los de la hiena sobre el cadáver de su víctima. Este personaje era gascon, y se llamaba Mos de Theron.

El dia siguiente á la llegada de Mos de Theron, treinta de Junio, estaban reunidas en los salones del baron de Hesse las mismas personas que acudieron á la sesion del diez y ocho de Mayo, y algunas mas que iban aumentando á este partido formidable. Nuestro amigo Cornelio Estraten tenia un gesto amenazador, capaz de imponer á cualquiera, y guardaba el mismo silencio que todos los demás circunstantes. Aquel silencio estaba mezclado con una vivísima impaciencia, la que se aumentaba cada vez que abrian la puerta del salon.

La impaciencia rayaba en su colmo cuando apareció en el dintel Felipe de Marnis, y poco despues Mos de Theron, vestido como el dia anterior, sin mas diferencia que traer alzada la visera.

El aspecto de Mos de Theron llamó profundamente la atencion de los circunstantes, y el baron de Hesse se apresuró á salirle al encuentro con visibles

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muestras de agasajo. Atravesaron el salon el baron de Hesse, Theron y Felipe, y tomaron asiento juntos entre los principales miembros de aquella importante sociedad. Hubo una corta conferencia entre algunos de ellos, se levantó el noble conde de Lalain, cogió á Mos de Theran por la mano, lo presentó á los circunstantes y dijo:

—Señores, tengo el honor de presentaros al representante y enviado de Guillermo, príncipe de Orange.

El conde de Lalain tomó asiento y Mos de Theron quedó de pié, paseando su altiva mirada por todos los ángulos de la estancia. Despues apoyó la mano izquierda en la cruz de su larga espada, puso la diestra por su barba, y dijo:

—Yo me llamo Mos de Theron: el duque de Alba se empeñó en ahorcarme por calvinista y por rebelde, pero me escapé de sus garras y tomé partido con Guillermo, príncipe de Orange: aquí teneis mi biografía, tan sucinta como verdadera. Si quereis saber mis opiniones os las diré en pocas palabras: guerra á muerte á los españoles, amor y respeto á Calvino.

Mos de Theron se interrumpió, esperando un vivo aplauso; pero notó con estrañeza que todos guardaban silencio. No hay duda que los circunstantes odiaban á los españoles, pero aborrecian á Calvino: y como el gascon unió ambos nombres bajo diferentes conceptos, le perdonaron su heregía en gracia de su odio á la España, pero no le dieron mas señales de simpatía y fraternidad.

No se desconcertó el enviado por este primer contratiempo, y prosiguió así su discurso.

—He hablado en mi nombre, señores; inmediatamente paso á hacerlo en nombre de aquel que me envia. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, ve con profundo sentimiento que vais olvidando poco á poco lo que debeis á vuestra patria. Empezásteis por admitir el *edicto perpetuo*: esa farsa que os ha sometido de nuevo al imperio de los españoles. No contentos con haber hecho tan inconcebible locura, recibísteis por gobernador al bastardo de Cárlos V., jurándole fidelidad como á gobernador general de las quince provincias unidas. El austriaco ganó vuestros ánimos con sus alhagueñas palabras: repartió con mano liberal algunos millones de florines para adormeceros de un todo y trataros despues como á los moriscos de Granada. El príncipe de Orange, señores, ve que correis al precipicio: os cree capaces de empuñar las armas bajo la conducta del austriaco para combatirle, y doliéndose mas de vosotros que de sus amigos de Holanda, me envia para asentar firme alianza contra el enemigo comun. Las bases de nuestro convenio serán muy claras y sencillas. Completa comunidad de intereses entre las provincias de los Paises Bajos, y guerra á muerte á las españoles.

Mos de Theron se interrumpió de nuevo y un aplauso casi general cubrió sus últimas palabras. Aprovechando este entusiasmo, prosiguió el astuto gascon.

—Veo, señores, que estais de acuerdo con cuanto acabo de decir, y así paso á esponer las bases de nuestro tratado secreto. En primer lugar, como garantía de vuestra sincera adepcion, procederémos de consuno á apoderarnos de la persona del gobernador general, degollando á todos sus amigos, sean estrangeros ó flamencos. En segundo, levantaréis diez mil hombres de buenas tropas, que militarán á las órdenes de Guillermo, príncipe de Orange.

—Poco á poco, Mos de Theron, dijo el armero levantándose. Te he oido hablar con harta paciencia, pero has proferido una palabra que merece contestacion, y quiero dártela cumplida. Los ciudadanos de Bruselas, reunidos en este salon, desean conservar sus privilegios, y ser, si es posible, independientes; pero si han de tener un amo, mejor es Felipe II que Guillermo, príncipe de Orange.

Mos de Theron midió á Cornelio con una mirada rencorosa, pero puso freno á su ira y solo dijo con sarcasmo.

—Cornelio Estraten, no te conozco.

—Pues yo te conozco muy bien; y en prueba de ello, repuso el armero con calma, conozco tambien esa armadura, que sacaste de mis talleres y no me has pagado todavía, y esa espada, que tiene la misma procedencia.

Mos de Theron bajó los ojos á pesar de su gran descaro; mas se presentó en su defensa Jorje Matren, que estaba celoso de Cornelio desde que lo hicieron concejal.

—Decididamente, Cornelio, dijo el posadero con sorna, desde que te han hecho concejal eres partidario del príncipe.

—¿Por qué, Jorje?

—Me parece que no te gusta ver al príncipe entre nuestras garras.

—¡Vive Dios! replicó el armero, que tú has dado mayores pruebas de que no te deja agarrarlo.

—¿Yo?

—¿No te acuerdas del dia diez y ocho de Mayo?

El posadero no contestó, y siguió diciendo á maesse Estraten.

—Estabas como un general, el baron de Hesse por ejemplo, al frente de trescientos mosqueteros de la ciudad, decidido á prender al príncipe. D. Juan de Austria se presentó, sin otra escolta que un criado con una antorcha para que no pudieran desconocerlo, mandó á los mosqueteros abrir paso, y se dividieron en dos filas mientras maesse Jorje Matren le saludaba humildemente, teniendo el sombrero en la mano.

Los mas circunspectos de la asamblea no pudieron contener la risa, y el mesonero no replicó enteramente avergonzado; pero á una señal de Felipe se levantó Guillermo Matren y dijo con tono resuelto.

—Habeis ofendido á mi padre, maesse Cornelio; pero yo puedo probar aquí, que teneis relaciones con el príncipe.

—¿Qué puede decir el arrapiezo? repuso Cornelio con calma.

—Que D. Juan de Austria es amante de vuestra hija.

—¡Miserable! esclamó el herrero arrojándose sobre Guillermo como el águila sobre su presa, sin que pudieran detenerle las personas que le rodeaban; pero

calmándose de repente, retrocedió y dijo con voz solemne y conmovida.

—Esa acusacion es muy grave, y es preciso que me des pruebas. ¿Quién ha visto al príncipe?

—Yo.

—¿Cuando le has visto?

—La noche del diez y ocho de Enero.

—¿En dónde?

—A la puerta de vuestra casa.

—Pudiste muy bien equivocarte.

—No me equivoqué. Le detuve y tuve que enseñarme el rostro.

—¿Te enseñó el rostro?

—Tuvo que enseñármelo, porque si no le hubiera muerto.

—¿Qué armas llevabas?

—Mi puñal.

Cornelio sacó de su cinto un largo puñal, lo arrojó lejos de sí con gran desprecio, y siguió diciendo con calma.

—Ahí tienes el puñal, Guillermo, que llevabas aquella noche, y que encontré al volver á mi casa en la corriente de la calle; no tendrias bastante valor para mirar bien á la cara á quien te arrancó ese puñal.

Guillermo se ocultó temblando y prosiguió maesse Cornelio.

—¿No tiene nada de que acusarme el caballero Felipe de Marnis?

—¿Por qué me dirigis esa pregunta? repuso Felipe.

—Porque he sorprendido la seña que hicísteis al hijo de Matren.

—Os equivocais.

—Es verdad: observó Guillermo, que queria vengarse de quien le habia puesto en tal aprieto.

—¿Ois á vuestro cómplice, caballero Felipe de Marnis? Pero ya que no quereis decir nada de mis relaciones con el príncipe, contadme á quién rendisteis esta espada la misma noche que Guillermo dejó perdido su puñal.

Maesse Cornelio levantó del suelo una espada, que estaba prócsima á su silla, y la presentó á los circunstantes, los cuales pudieron leer en el pomo el nombre de Felipe de Marnis. El señor de Santaldegonde se mordió los labios de ira, y guardó profundo silencio; maesse Cornelio prosiguió.

—Despues de lo que ha sucedido, embarazará mi presencia la discusion de este negocio, y por lo tanto creo prudente dejar este asiento vacío, no queriendo tampoco presenciar la alianza de los defensores de la independiencia del Brabante con los asesinos de oficio.

Un sordo murmullo acojió estas palabras del armero, que cruzó el salon tranquilamente, dejando á todos asombrados.

A la salida del armero se siguió un silencio profundo que nadie osaba interrumpir: en los unos habian hecho impresion sus palabras, y los otros estaban bajo el peso de la acusacion que como al acaso les habia lanzado maesse Cornelio. Sin embargo, Mos de Theron viéndose libre de la presencia de su poderoso antagonista, se pasó la mano por la barba, y dijo.

—Ese beodo, que acaba de salir señores, ha estado á punto de turbar la buena armonía que habia reinado y reinar debe entre los ilustres ciudadanos de Bruselas y el enviado del valiente príncipe de Orange: por fortuna ha tenido á bien ausentarse y podemos seguir discutiendo con aplomo y tranquilidad. Decia, cuando me interrumpió, que os comprometeriais á levantar diez mil hombres de buenas tropas, que militarán bajo la conducta de Guillermo, príncipe de Orange. Y en tercero....

—Tened la bondad de suspender vuestro discurso y escuchadme una observacion, repuso el baron de Hesse. Si deponemos á D. Juan de Austria, ó tomarán las riendas del gobierno los diputados de las provincias, como las tuvieron hasta la llegada del príncipe, ó se formará un gobierno provincial, cuya constitucion y atribuciones no podemos designar ahora. En cualquiera de estos dos casos, no podemos salir garantes de la organizacion militar que adoptará el nuevo gobierno.

—¿Es decir, replicó Mos de Theron, amostazado y mirando al baron de frente, que os reservarías de buen grado el mando superior militar, del mismo modo que lo ejercisteis antes de la llegada del príncipe?

—Si á la ciudad de Bruselas place y no está quejosa de mi anterior desempeño, me encargaré del mando superior militar; pero si no me juzga digno, lo encargará á un hombre que tenga cubierta de pelo la cabeza y pelos en el corazon (1).

Iba á replicar Mos de Theron, pero el señor Felipe de Marnis se adelantó y dijo.

—Señores, conozco que el baron de Hesse ha presentado la cuestion bajo su verdadero aspecto. Es inútil hacer convenios de lejana realizacion y que pueden modificar mil imprevistas circunstancias: concretémonos, pues, solamente á lo mas urgente y realizable, esterminando á los estrangeros y apoderándonos de la persona del gobernador D. Juan de Austria. Me parece que en este punto estarémos todos conformes, y así, me atrevo á preguntar: ¿Esterminarémos á los estrangeros?

—Sí: respondieron todos á la vez.

—¿Nos apoderarémos de la persona del gobernador D. Juan de Austria?

—Sí: repitieron las mismas voces.

—¿Pues entonces por qué vacilamos? dijo el impetuoso Mos de Theron. Armense los que no lo estén, y dirijámonos inmediatamente al palacio del gobernador.

—Tengamos calma, Mos de Theron: dijo el conde de Lalain: somos muy escasos en número, y no podemos aventurarnos sin tomar ciertas precauciones, y sin reforzar nuestro bando con un gran número de amigos.

—¿Quereis, como el diez y nueve de Mayo, buscar un fundado pretesto para aprisionarlo?

—No necesito ningun pretesto, Mos de Theron:

(1) En estas palabras hacen relacion á la costumbre que tenia el príncipe de Orange de decir: Que era calvo de corazon y de cabeza.

pero preferiria encontrarlo en la calle, á ir á atacarlo en su palacio.

—Decid francamente, señor conde de Lalain, que no os agrada este proyecto.

—Estoy tan conforme con él, que pretendo llevarlo á cabo sin vuestra intervencion; pero deseo que tomemos un corto plazo.

—¿Qué plazo quereis, señor conde, si es que podeis fijarlo?

—Tres dias.

—Largo me parece, ¡vive Dios!

—Lo abreviaré, por daros gusto, y para probar mi buen deseo.

—¿Con cuánto os contentais, señor conde?

—Mos de Theron, solamente pido veinte y cuatro horas.

—Me conformo.

—Mañana á la noche nos reuniremos en este mismo salon, tendrémos preparadas ya nuestras gentes, y de aquí saldrémos para dar el atrevido golpe de mano.

—Convenido.

—Nada mas tengo que decir.

El baron de Hesse se levantó, apretó la mano á Mos de Theron, como queriendo restablecer la buena armonía que se habia turbado un momento; y todos los conspiradores fueron saliendo en pequeños grupos, siendo los últimos Felipe de Marnis, el conde de Lalain, Mos de Theron y el baron de Hesse, que permanecian con las diestras entrelazadas. Momentos despues el salon solo se encontraba alumbrado por una lámpara.

En cada testero del salon, habia una gran puerta; la una daba á un recibimiento muy inmediato á la escalera, y comunicaba la otra con los aposentos interiores. Apenas salidos los conjurados, aparecieron en esta última Enriqueta de Hesse, elegantemente vestida, y un caballero embozado en una ancha capa.

—Me habeis comprometido altamente, dijo Enriqueta á media voz y lanzando inquietas miradas.

—Os amo tanto. . . .

—Callad, loco; y aprovechad esta ocasion antes que seamos sorprendidos.

El caballero quiso replicar, pero tapándole Enriqueta con su linda mano la boca, solo hué dueño á besarsela, y empezó á cruzar el salon, con la cara vuelta hácia atrás. Procsimo á la puerta esterior, vió dos objetos en el suelo, los levantó por curiosidad, y hallándose con el puñal de Guillermo Matren y la espada de Felipe de Marnis, los acomodó lo mejor que pudo debajo de su larga capa, echó la última mirada á Enriqueta, que le saludaba con la mano, y desapareció entre las sombras del oscuro recibimiento.

CAPITULO XVII.

EL PADRE Y LA HIJA.

Familiarizados estarán y estarlo deben nuestros lectores con el elegante gabinete de la hija de Cornelio Estraten: tres veces han pasado el dintel de este santuario, y tendrán que hacerlo la cuarta si no quieren romper el hilo de nuestra verídica historia. Podrán hallar monotonía mirando unos mismos objetos, y siempre á la luz de las bujías, pero en cambio se encontrarán cómodos en aquellos mullidos sitiales, y podrán contemplar de cerca á la interesante María, que tantos admiran de lejos. Es seguro que Octavio Gonzaga daria cualquier cosa por hallarse en aquel templo del amor, y segun la aseveracion de Guillermo, no vendria mal á D. Juan de Austria estar al lado de la vírgen de aquel encantado camarin. Pero dejemos suposiciones, y atendiendo á la realidad, contentémonos con ver á María sentada en un pequeño taburete, con la mejilla sobre la mano, y esperando con impaciencia la llegada de alguna persona. No brillaban los ojos de María con el esplendor que de ordinario, aparecian tristes y mústios, como si un gran peso gravitara sobre el cerebro de la jóven. Sus labios rosados y frescos, tenian una especie de temblor, y llevaba al pecho su mano para percibir ó contener los latidos del corazon. De las tres diferentes fisonomías que distinguimos en un principio en esta muger seductora, se distinguia ahora la primera, dulce y melancólica á la vez.

La puerta de su gabinete, ordinariamente cerrada, se hallaba entreabierta á la sazon, y las miradas de la jóven, se dirijian frecuentemente hácia la gran sala armería de maesse Cornelio Estraten, alumbrada, segun costumbre, por una lámpara macilenta. Con ausilio de la débil luz, diviso María la sombra de un hombre, que se dibujaba en la pared, y que parecia adelantarse en la direccion del gabinete; oyó despues ruido de pasos, y dijo en alta voz:

—¿Guillermo?

No respondieron á su pregunta, y apareció poco despues en el umbral, el formidable maesse Cornelio.

En el rostro del buen armero, habia alguna cosa estraordinaria, que hizo estremecer á su hija, y que le daba cierto aspecto de nobleza y de magestad.

—Padre mio, murmuró María, adelantándose á recibirle.

El armero hizo un ademan con la mano, indicándola se detuviese, y la preguntó con voz solemne:

—¿Permaneces pura, María?

Era la jóven demasiado pura para comprender el sentido de la pregunta de su padre, y respondió sencillamente:

—No entiendo, señor, vuestra pregunta.

—Ni yo he debido hacerla; murmuró imperceptiblemente Cornelio; y sentándose en un sitial dijo:

—¿No te acercas á mí, María?

—Como me detuvísteis al entrar, temia, señor, importunaros.

—Acércate á mí, flor hermosa: que eres el orgullo de tu padre.

María se aprocsimó al armero; éste la sentó sobre sus rodillas, como siempre que se encontraban solos; la pidió el beso de costumbre, y despues la dijo:

—María, ¿á quién llamaste cuando entré?

—Me parecisteis, señor, Guillermo; y os llamé con su nombre.

Guillermo no pisará mas este recinto.

Un vivo encarnado cubrió el hermoso rostro de María, y manifestaron sus ojos la mal encubierta ansiedad que profundamente la agitaba. El herrero se mordió los labios y dijo con voz ronca:

—María, ¿amas por ventura á ese hombre?

—Padre mio. . . . .

—No temas, no dudes, no vaciles: abre tu corazon á un padre que te adora con frenesí; ¿amas por ventura á ese hombre?

—Lejos de amarlo le desprecio.

—Qué feliz me has hecho, María.

—¿Por qué, padre mio?

—Porque si le hubieras amado, hubiera tenido que entregarte á un esposo indigno de tí.

—¿No violentaréis nunca, padre mio, mi voluntad?

—Nunca, María.

—Pues en ese caso. . . .

—¿Qué?

—Dejadme estar soltera mucho tiempo.

—¿No quieres casarte?

—Me hallo tan bien á vuestro lado. . . .

—María, ¿prefieres estar á mi lado á elegir esposo?

—Lo prefiero.

—Pues yo preferiré tu cariño á cuanto hay en el mundo, hija mia. Acabo de romper estrepitosamente con un gran número de amigos; no pensaré mas en ninguno de ellos, y tú me suplirás por todos.

—¿Qué os ha sucedido, padre mio? preguntó María con ansiedad.

—Casi nada. Estoy ya cansado de conspirar continuamente contra el gobierno de D. Juan de Austria, para elevar á hombres ambiciosos que valen mucho menos que él.

—¿Conspiran contra el príncipe?

Tú no sabes ni puedes saber, hija mia, lo que está pasando en Bruselas desde la venida de D. Juan. Antes disputábamos en público con rudo teson el poder, ahora conspiramos en secreto con mayor encono si cabe. ¿No presenciaste lo que sucedió la noche del diez y nueve de Mayo?

—Todo lo presencié.

—Pues aquella diabólica trama fué nada en comparacion de la que urden. Ha venido Mos de Theron.

—No le conozco.

—Es un emisario del príncipe de Orange.

—¿Será calvinista como aquel?

—Hasta los tuétanos, María.

—He oido decir que los calvinistas son muy malos; que saquean los templos, mutilan las imágenes y se burlan de todo lo sagrado. Vos odiaréis á los calvinistas.

—Los odio con toda mi alma.

—¿Y aborreceréis á Mos de Theron?

—Lo aborrezco y con él acabo de reñir.

—Contadme, padre mio, contadme todo cuanto os haya sucedido.

Maesse Cornelio estampó nuevos besos en las mejillas de María, y la contó circunstanciadamente lo que acababa de sucederle, ocultándola sin embargo cuanto habia dicho Guillermo Matren, relativo á su amor con el príncipe, pues temia manchar su pureza haciendo mencion de un cariño, que segun la lógica del armero, no podia ser puro y sencillo. Escuchaba María á su padre con escrupulosa atencion, y podian adivinarse bien las sensaciones que esperimentaba á cada período del relato, por la movilidad que se notaba en sus delicadas facciones. Unas veces sus grandes ojos se dilataban de repente, mostrando toda la atencion que iba poniendo en el asunto: otras veces fruncia la ceja: señal de enfado ó de disgusto; y muchas sus menudos dientes se clavaron en los frescos labios, anunciando toda la ira que atesoraba el interior. Maesse Cornelio, que deseaba desahogar de alguna manera su enojo, presentaba el cuadro con los colores mas sombríos, y aumentaba la idea del peligro que corria el príncipe D. Juan. Cuando hubo acabado su historia, prosiguió diciendo:

—Los hombres en quienes tenia mas confianza me han abandonado los primeros. Felipe de Marnis, ese noble que venia á mi casa diariamente para elevarse con la proteccion del plebeyo, se ha convertido en mi enemigo, porque no aclamo por señor de Bruselas á Guillermo, príncipe de Orange. Mos de Theron, que me está debiendo la armadura que lleva puesta, me baldona porque no defiendo á Guillermo, príncipe de Orange. Jorje Matren, que ha crecido á mi sombra, me hace la guerra, porque no defiendo á Guillermo, príncipe de Orange. Guillermo Matren, que en breve deba ser tu esposo, me calumnia porque no defiendo á Guillermo, príncipe de Orange. ¿Es Guillermo de Nassau la patria, ó deberán ser las naciones el patrimonio del primer ambicioso que se presente á recojerlo? ¡Vive Dios! que me dan intenciones de volverme ardiente partidario de la España, y de hacer tanto daño á los rebeldes, como bien les he hecho hasta ahora!

—Haréis muy bien, padre.

—No, María. Mi enojo me ciega. Soy flamenco y ellos son flamencos tambien.

—¿Pero al menos no combatiréis al gobernador general?

—No conspiraré contra él; pero si se enciende la guerra me pondré de parte de los mios, y combatiré hasta morir.

—¿Y abandonaréis á vuestra hija?

—Mi hija, mi hija! No hablemos mas de esto, María, porque me harás derramar lágrimas. Tú has dulcificado mi carácter: has hecho de un tigre una paloma. ¿Lo creerás, María, lo creerás? Cuando alguna vez me embriago, tengo graves remordimientos, porque el hombre á quien ha dado el cielo una hija tan hermosa como tú, debe procurar no deshonrarla, y un padre embriagado deshonra.

—Padre mio!

—Tú no sabes, María, hasta donde llega mi cariño. He labrado una gran fortuna, trabajando como un jornalero en mis magníficos talleres, sin hacer caso de los nobles que me despreciaban, y despreciándolos á mi vez, mas desde que te ví crecida,

se apagó mi sed de riquezas, y tuve ambicion de otra especie, para engrandecerte, hija mia. Despues de penosos esfuerzos, logré entrar en las *nueve naciones*, y poco despues fuí nombrado uno de los siete regidores plebeyos del ayuntamiento de Bruselas. Esto no es ser noble, hija mia, pero es estar muy cerca de ellos.

—¡Cuán bueno sois!

—¿Quieres que cierre mis talleres, para que olviden con el tiempo que he sido herrero?

—No, padre mio.

—¿Qué quieres de mí?

—Vuestro cariño.

—Ese lo tendrás siempre, María. Pero se va haciendo un poco tarde y querrás descansar.

María, aunque completamente conmovida por las caricias de su padre, daba algunas muestras de impaciencia, que pasaban desapercibidas del armero, y acojió con una sonrisa la proposicion de su padre.

—Dame un beso, prosiguió el armero, y hasta mañana, hermosa mia.

María besó á su padre en la frente, y Cornelio se levantó enjugando una lágrima de placer que rodaba por sus mejillas.

CAPITULO XVIII.

LOS TRES AVISOS.

En el palacio del gobernador, y en la cámara de D. Juan de Austria, estaba el príncipe con su secretario Escobedo. Este tenia un pliego abierto en la mano, y estaba en actitud de recibir las órdenes de su señor. El príncipe meditaba mucho, pero debió ser sin gran fruto, porque al fin preguntó á Escobedo.

—¿Qué opinas, amigo, qué opinas?

—Tengo formada mi opinion desde el instante que leí el pliego por primera vez.

—¿Y qué debo hacer segun ella?

—Ir mañana mismo á Malinas.

—¿Lo has meditado bien?

—Señor, no necesito meditarlo. Estamos muy mal en Bruselas, y cambiando de alojamiento no podemos perder gran cosa.

—Pero mi salida puede servir de pretesto á nuevos desórdenes.

—V. A. tiene un motivo justo, y que nadie puede juzgar buscado de intento, para alejarse de Bruselas. El gobernador de Malinas, encargado de licenciar y entregar sus haberes á los soldados alemanes, no puede entenderse con ellos, y reclama perentoriamente la presencia del gobernador general: V. A., queriendo evitar los escándalos que tienen lugar en Malinas, y dar una prueba á los Estados del mucho interés que se toma en el buen órden de las provincias, acude al perentorio llamamiento, licencia á las tropas alemanas y merece bien del pais.

—Me has hecho un discurso, Escobedo, que podria dirijirse muy bien á los Estados generales.

—El modo de convencer á V. A. mas pronto, es presentarle las buenas razones que se puedan dar á los declamadores de oficio y á los descontentos por cálculo.

—De modo que, sin dar pretesto á la maledicencia, puedo dirijirme á Malinas.

—Así lo creo, señor.

—Has hablado como prudente consejero.

—Si quiere V. A. que hable á lo Octavio Gonzaga, daré otras razones de gran monta.

—¿Qué diria Octavio?

—En primer lugar, daria un suspiro, recordando las hermosas campiñas de Nápoles ó las erupciones del Vesubio.

—Es un delicioso pais.

—Y tiene hermosísimas mugeres.

—Las mugeres hermosas abundan, amigo Escobedo, en todas partes; por mas que digan lo contrario caballeros tan descontentadizos como el secretario de D. Juan de Austria. ¿Qué hay que pedir á las flamencas?

—Nada, señor. Mas prescindiendo de la alusion personalísima que habeis tenido la bondad de hacerme, continuaré lo que diria Gonzaga. "Nos encontramos en un pais mas inseguro que los desiertos de la Arabia: envenenadores, asesinos y toda clase de malandrines, pueblan las plazas y mercados, las iglesias y los paseos: no puede un hombre comerse un confite sin temor de que le envenenen, ni rondar á una buena moza sin encontrarse con una espada ó con la punta de un puñal. No ecsiste el derecho de gentes: escarnecen á un estrangero solamente porque lo es; lo encarcelan ó lo asesinan. Las conspiraciones se suceden; está la ciudad dividida en bandos, y ninguno de ellos respeta la autoridad del príncipe gobernador....

—Escobedo, Escobedo, no hables, por Dios, á lo Octavio Gonzaga; pues me va dando el mismo mal humor que sus discursos me producen.

—De lo dicho infiriria Gonzaga, que era oportuno y conveniente marcharse mañana á Malinas.

—¿Y el señor D. Felipe II, qué diria, Escobedo, qué diria?

—El señor D. Felipe II, si no quiere perder la Flandes, conocerá al fin la razon. Ha tocado S. M. generalmente los estremos. Dió al duque de Alba una espada desenvainada, y á V. A. dió una oliva: pecó con el uno por mucho, y ahora está pecando por poco.

—Me parece que tienes razon. La espada del duque de Alba salió de aquí embotada en sangre, y á la oliva de D. Juan de Austria van quedando muy pocas hojas.

—¿Dispongo, señor, la partida para mañana?

—Has lo que quieras.

Escobedo se levantó, y al mismo tiempo se presentó un paje que dijo á D. Juan.

—Señor, una dama tapada, solicita hablar á V. A.

—¿Una dama tapada, has dicho? repuso el príncipe.

—Una dama tapada, y pide la entrevista con mucho afan.

—Será preciso concedérsela. ¿No opinas así, Juan de Escobedo?

—Opino que con tales visitas, respondió el prudente secretario, hay motivo para hablar bien de la hermosura de las flamencas.

—Pues al mismo tiempo que comunicas las órdenes para la marcha, puedes noticiar á esa dama que estoy dispuesto á recibirla; y prohibirás que nadie penetre en mi cámara hasta que la dama salga de ella.

—Lo haré todo como mandáis.

Escobedo, precedido del paje, salió de la cámara al momento, y á breves instantes entró una dama de mas que mediana estatura, envuelta en un manto de seda, que le bajaba hasta los piés y cubria el rostro enteramente. Su andar, pausado y vacilante, indicaba grande emocion, y se percibia á larga distancia, su respiracion afanosa. El príncipe la salió al encuentro, y presentándola un sillon, la dijo.

—Señora, dais claros indicios de venir en suma cansada, y necesitaréis tomar descanso.

La dama se dejó caer silenciosamente sobre el sillon: el príncipe la contempló algunos instantes, y prosiguió despues.

—No sabiendo á quien tengo el honor de hablar, os suplico mostreis el rostro, si no teneis inconveniente.

La dama se echó atrás el manto, y el príncipe retrocedió algunos pasos murmurando:

—María Estraten.

—Yo soy, señor: dijo la jóven con serenidad y dulzura.

—¿A qué venis aquí, señora?

—A salvaros, D. Juan de Austria.

—¿A salvarme?

—Sí, ilustre príncipe. La hija de Cornelio Estraten conocia el nombre del amante que lo callaba cauteloso; y aunque humilde hija de un armero, amaba al hijo de un monarca con respeto y con frenesí.

—Silencio, señora, silencio; que no profanen vuestros labios el nombre de amor; que no mientan ni me obliguen á ser grosero con una dama.

—Príncipe D. Juan ...

—Abreviemos ¿Teneis que pedirme algo, señora?

—Tengo que pediros el amor que me ofrecísteis, noble príncipe.

—Mi amor: ¿y qué hicísteis del vuestro?

—Aumentarlo cada dia mas.

—Prometida esposa..... Mas callemos, que su nombre quemaria mi lengua al pronunciarlo.

—No temais.

—Solo temo al Dios que ha de juzgarme.

—¿Y retrocedeis ante un hombre?

—Señora.....

—Guillermo Matren.

—¿Qué habeis hecho?

Pronunciar un nombre muy odiado, y que solo merece lástima.

—Callad, señora, y alejaos.

—¿Me arrojais de vuestro palacio?

—No, María; pero saldré yo de mi cámara.

El príncipe dió algunos pasos hácia la puerta, la jóven le cortó el camino, y le dijo.

—Detenedos D. Juan, y antes de condenarme oidme.

—Son inútiles vuestras escusas.

—¿Serán inútiles mis ruegos? añadió María, arrodillándose ante el enojado paladin.

—Son inútiles. Olvidad, señora, cuanto ha pasado entre los dos.

—¡Olvidad! jamás! D. Juan de Austria, es muy fácil decir olvidad, á una muger que no hemos amado y que nos cansa con su amor: pero es imposible olvidar á la que echó fuego á la hoguera para consumirse en sus llamas. La muger que diviniza á un hombre, la que hace de él un semi Dios, podrá morir á fuerza de amarlo; pero esa muger nunca olvida.

—Señora, ...

—Conozco qué os canso, que estais deseando terminar esta entrevista; lo conozco, pero me escucharéis un instante. ¿Por qué, vencedor de Lepanto, cuando rondábais al pié de mis rejas no me dijísteis: olvidad, María, las palabras que estoy pronunciando á vuestros piés y huid de mi amor, como de un fuego que todo lo convierte en cenizas?

—Porque no érais entonces, María, la prometida esposa de un hombre que ódio y desprecio á un tiempo mismo.

—¿Es ese mi crímen, D. Juan?

—¿Os parece leve, señora?

—Es una prueba de cariño.

—¿Estais loca?

—Escuchadme un momento. y....

—¡Jamás! Resuena en mi oido esta palabra, y ella sola me aleja de vos para siempre. *Perdonadlo.*

El príncipe dió algunos pasos, pero María lo siguió de rodillas, y alzando las manos hácia él:

—Príncipe, le dijo, escuchadme y dadme la muerte despues.

—Olvidad, señora, los amores que tuvísteis con un incógnito y que desconoce D. Juan de Austria.

A estas palabras dejó María su actitud humilde y suplicante, alzó la frente con orgullo, y dijo:

—Príncipe D. Juan, la hija de Cornelio Estraten, fabricante de armas en Bruselas, es muy poco para merecer el amor de un príncipe tan esclarecido como el hermano de su rey: sin embargo, ese mismo príncipe ha quitado su amor á María para ponerlo....

La hermosa jóven se detuvo aquí de improviso, como si temiera comprometerse diciendo una palabra mas, y añadió despues:

—Olvidemos nuestros amores de quince dias. No he venido á hablaros de amor, vengo á salvaros como he dicho. Ha llegado Mos de Theron, emisario del príncipe de Orange, y en este momento están reunidos en el palacio del baron de Hesse un gran número de conspiradores, que atentan contra la libertad del gobernador general. No echeis en olvido este aviso, y aprended á tener alma grande en una muger ofendida.

María se inclinó ante D. Juan y salió al punto de la cámara, sin que el príncipe hiciera ademan de detenerla.

se apagó mi sed de riquezas, y tuve ambicion de otra especie, para engrandecerte, hija mia. Despues de penosos esfuerzos, logré entrar en las *nueve naciones*, y poco despues fuí nombrado uno de los siete regidores plebeyos del ayuntamiento de Bruselas. Esto no es ser noble, hija mia, pero es estar muy cerca de ellos.

—¡Cuán bueno sois!

—¿Quieres que cierre mis talleres, para que olviden con el tiempo que he sido herrero?

—No, padre mio.

—¿Qué quieres de mí?

—Vuestro cariño.

—Ese lo tendrás siempre, María. Pero se va haciendo un poco tarde y querrás descansar.

María, aunque completamente conmovida por las caricias de su padre, daba algunas muestras de impaciencia, que pasaban desapercibidas del armero, y acojió con una sonrisa la proposicion de su padre.

—Dame un beso, prosiguió el armero, y hasta mañana, hermosa mia.

María besó á su padre en la frente, y Cornelio se levantó enjugando una lágrima de placer que rodaba por sus mejillas.

CAPITULO XVIII.

LOS TRES AVISOS.

En el palacio del gobernador, y en la cámara de D. Juan de Austria, estaba el príncipe con su secretario Escobedo. Este tenia un pliego abierto en la mano, y estaba en actitud de recibir las órdenes de su señor. El príncipe meditaba mucho, pero debió ser sin gran fruto, porque al fin preguntó á Escobedo.

—¿Qué opinas, amigo, qué opinas?

—Tengo formada mi opinion desde el instante que leí el pliego por primera vez.

—¿Y qué debo hacer segun ella?

—Ir mañana mismo á Malinas.

—¿Lo has meditado bien?

—Señor, no necesito meditarlo. Estamos muy mal en Bruselas, y cambiando de alojamiento no podemos perder gran cosa.

—Pero mi salida puede servir de pretesto á nuevos desórdenes.

—V. A. tiene un motivo justo, y que nadie puede juzgar buscado de intento, para alejarse de Bruselas. El gobernador de Malinas, encargado de licenciar y entregar sus haberes á los soldados alemanes, no puede entenderse con ellos, y reclama perentoriamente la presencia del gobernador general: V. A., queriendo evitar los escándalos que tienen lugar en Malinas, y dar una prueba á los Estados del mucho interés que se toma en el buen órden de las provincias, acude al perentorio llamamiento, licencia á las tropas alemanas y merece bien del pais.

—Me has hecho un discurso, Escobedo, que podria dirijirse muy bien á los Estados generales.

—El modo de convencer á V. A. mas pronto, es presentarle las buenas razones que se puedan dar á los declamadores de oficio y á los descontentos por cálculo.

—De modo que, sin dar pretesto á la maledicencia, puedo dirijirme á Malinas.

—Así lo creo, señor.

—Has hablado como prudente consejero.

—Si quiere V. A. que hable á lo Octavio Gonzaga, daré otras razones de gran monta.

—¿Qué diria Octavio?

—En primer lugar, daria un suspiro, recordando las hermosas campiñas de Nápoles ó las erupciones del Vesubio.

—Es un delicioso pais.

—Y tiene hermosísimas mugeres.

—Las mugeres hermosas abundan, amigo Escobedo, en todas partes; por mas que digan lo contrario caballeros tan descontentadizos como el secretario de D. Juan de Austria. ¿Qué hay que pedir á las flamencas?

—Nada, señor. Mas prescindiendo de la alusion personalísima que habeis tenido la bondad de hacerme, continuaré lo que diria Gonzaga. "Nos encontramos en un pais mas inseguro que los desiertos de la Arabia: envenenadores, asesinos y toda clase de malandrines, pueblan las plazas y mercados, las iglesias y los paseos: no puede un hombre comerse un confite sin temor de que le envenenen, ni rondar á una buena moza sin encontrarse con una espada ó con la punta de un puñal. No ecsiste el derecho de gentes: escarnecen á un estrangero solamente porque lo es; lo encarcelan ó lo asesinan. Las conspiraciones se suceden; está la ciudad dividida en bandos, y ninguno de ellos respeta la autoridad del príncipe gobernador....

—Escobedo, Escobedo, no hables, por Dios, á lo Octavio Gonzaga; pues me va dando el mismo mal humor que sus discursos me producen.

—De lo dicho infiriria Gonzaga, que era oportuno y conveniente marcharse mañana á Malinas.

—¿Y el señor D. Felipe II, qué diria, Escobedo, qué diria?

—El señor D. Felipe II, si no quiere perder la Flandes, conocerá al fin la razon. Ha tocado S. M. generalmente los estremos. Dió al duque de Alba una espada desenvainada, y á V. A. dió una oliva: pecó con el uno por mucho, y ahora está pecando por poco.

—Me parece que tienes razon. La espada del duque de Alba salió de aquí embotada en sangre, y á la oliva de D. Juan de Austria van quedando muy pocas hojas.

—¿Dispongo, señor, la partida para mañana?

—Has lo que quieras.

Escobedo se levantó, y al mismo tiempo se presentó un paje que dijo á D. Juan.

—Señor, una dama tapada, solicita hablar á V. A.

—¿Una dama tapada, has dicho? repuso el príncipe.

—Una dama tapada, y pide la entrevista con mucho afan.

—Será preciso concedérsela. ¿No opinas así, Juan de Escobedo?

—Opino que con tales visitas, respondió el prudente secretario, hay motivo para hablar bien de la hermosura de las flamencas.

—Pues al mismo tiempo que comunicas las órdenes para la marcha, puedes noticiar á esa dama que estoy dispuesto á recibirla; y prohibirás que nadie penetre en mi cámara hasta que la dama salga de ella.

—Lo haré todo como mandáis.

Escobedo, precedido del paje, salió de la cámara al momento, y á breves instantes entró una dama de mas que mediana estatura, envuelta en un manto de seda, que le bajaba hasta los piés y cubria el rostro enteramente. Su andar, pausado y vacilante, indicaba grande emocion, y se percibia á larga distancia, su respiracion afanosa. El príncipe la salió al encuentro, y presentándola un sillon, la dijo.

—Señora, dais claros indicios de venir en suma cansada, y necesitaréis tomar descanso.

La dama se dejó caer silenciosamente sobre el sillon: el príncipe la contempló algunos instantes, y prosiguió despues.

—No sabiendo á quien tengo el honor de hablar, os suplico mostreis el rostro, si no teneis inconveniente.

La dama se echó atrás el manto, y el príncipe retrocedió algunos pasos murmurando:

—María Estraten.

—Yo soy, señor: dijo la jóven con serenidad y dulzura.

—¿A qué venis aquí, señora?

—A salvaros, D. Juan de Austria.

—¿A salvarme?

—Sí, ilustre príncipe. La hija de Cornelio Estraten conocia el nombre del amante que lo callaba cauteloso; y aunque humilde hija de un armero, amaba al hijo de un monarca con respeto y con frenesí.

—Silencio, señora, silencio; que no profanen vuestros labios el nombre de amor; que no mientan ni me obliguen á ser grosero con una dama.

—Príncipe D. Juan ...

—Abreviemos ¿Teneis que pedirme algo, señora?

—Tengo que pediros el amor que me ofrecísteis, noble príncipe.

—Mi amor: ¿y qué hicísteis del vuestro?

—Aumentarlo cada dia mas.

—Prometida esposa..... Mas callemos, que su nombre quemaria mi lengua al pronunciarlo.

—No temais.

—Solo temo al Dios que ha de juzgarme.

—¿Y retrocedeis ante un hombre?

—Señora.....

—Guillermo Matren.

—¿Qué habeis hecho?

Pronunciar un nombre muy odiado, y que solo merece lástima.

—Callad, señora, y alejaos.

—¿Me arrojais de vuestro palacio?

—No, María; pero saldré yo de mi cámara.

El príncipe dió algunos pasos hácia la puerta, la jóven le cortó el camino, y le dijo.

—Detenedos D. Juan, y antes de condenarme oidme.

—Son inútiles vuestras escusas.

—¿Serán inútiles mis ruegos? añadió María, arrodillándose ante el enojado paladin.

—Son inútiles. Olvidad, señora, cuanto ha pasado entre los dos.

—¡Olvidad! jamás! D. Juan de Austria, es muy fácil decir olvidad, á una muger que no hemos amado y que nos cansa con su amor: pero es imposible olvidar á la que echó fuego á la hoguera para consumirse en sus llamas. La muger que diviniza á un hombre, la que hace de él un semi Dios, podrá morir á fuerza de amarlo; pero esa muger nunca olvida.

—Señora, ...

—Conozco qué os canso, que estais deseando terminar esta entrevista; lo conozco, pero me escucharéis un instante. ¿Por qué, vencedor de Lepanto, cuando rondábais al pié de mis rejas no me dijísteis: olvidad, María, las palabras que estoy pronunciando á vuestros piés y huid de mi amor, como de un fuego que todo lo convierte en cenizas?

—Porque no érais entonces, María, la prometida esposa de un hombre que ódio y desprecio á un tiempo mismo.

—¿Es ese mi crímen, D. Juan?

—¿Os parece leve, señora?

—Es una prueba de cariño.

—¿Estais loca?

—Escuchadme un momento. y....

—¡Jamás! Resuena en mi oido esta palabra, y ella sola me aleja de vos para siempre. *Perdonadlo.*

El príncipe dió algunos pasos, pero María lo siguió de rodillas, y alzando las manos hácia él:

—Príncipe, le dijo, escuchadme y dadme la muerte despues.

—Olvidad, señora, los amores que tuvísteis con un incógnito y que desconoce D. Juan de Austria.

A estas palabras dejó María su actitud humilde y suplicante, alzó la frente con orgullo, y dijo:

—Príncipe D. Juan, la hija de Cornelio Estraten, fabricante de armas en Bruselas, es muy poco para merecer el amor de un príncipe tan esclarecido como el hermano de su rey: sin embargo, ese mismo príncipe ha quitado su amor á María para ponerlo....

La hermosa jóven se detuvo aquí de improviso, como si temiera comprometerse diciendo una palabra mas, y añadió despues:

—Olvidemos nuestros amores de quince dias. No he venido á hablaros de amor, vengo á salvaros como he dicho. Ha llegado Mos de Theron, emisario del príncipe de Orange, y en este momento están reunidos en el palacio del baron de Hesse un gran número de conspiradores, que atentan contra la libertad del gobernador general. No echeis en olvido este aviso, y aprended á tener alma grande en una muger ofendida.

María se inclinó ante D. Juan y salió al punto de la cámara, sin que el príncipe hiciera ademan de detenerla.

En tanto que la hermosa María avisaba á su ingrato amante los peligros que se aglomeraban sobre su frente, tenia lugar en la antecámara una acalorada discusion entre el jóven vizconde de Gante y uno de los pajes del príncipe.

—No se puede entrar, caballero; decia el paje cerrando el paso al importuno peticionario de una audiencia particular.

—Necesito hablar con el príncipe.

—Os repito que está durmiendo.

—Llamadlo, señor paje, llamadlo.

—¿Pensais acaso que estoy loco?

—Si no lo llamais me obligaréis á forzar el paso.

—¡Vive Dios que os costaria mucho trabajo!

—¿Por qué, señor paje, por qué?

—Porque llevo una espada al cinto, y sin arrancármela de la mano, no pasaréis, ¡voto al demonio!

—¿Qué edad teneis, caballero paje?

—Diez y seis años.

—Me pareceis de corta edad para disputarme la entrada.

—Eso consiste, caballero, en que habeis errado la pregunta.

—¿Por qué?

—Porque en vez de haberos informado de mi edad, debísteis preguntarme antes cuál era mi apellido.

—¿Y qué hubiera sabido entonces?

—Que me llamo Gonzalo Fernandez de Córdova.

—Es decir, que llevais el nombre . . .

—Del Gran Capitan mi pariente.

—Pues acatando, como debo, un nombre que el mundo respeta, os suplico segunda vez que anuncieis al príncipe mi llegada.

—Y yo os respondo, segunda vez, que me es imposible complaceros.

—En ese caso . . .

—¿Qué, vizconde?

—Tengo que forzar la consigna.

—Pues desenvainad pronto la espada, dijo el paje, poniéndose en guardia con la agilidad de un muchacho completamente familiarizado con los ejercicios de academia.

Iba á contestar el vizconde, pero no le dió lugar de hacerlo la aparicion de la dama tapada. Al verla conoció el caballero el motivo de la resistencia que el intrépido paje oponia, y luego que desapareció la dama, dijo á Gonzalo.

—Señor paje, ¿tendréis la bondad de ver si el príncipe ha despertado de su sueño?

—Con mucho gusto, repuso el paje: é inmediatamente penetró en la cámara del austriaco.

Confuso dejaron á D. Juan las revelaciones de María, encontrándose tan preocupado al entrar Gonzalo en la cámara, que no contestó á sus preguntas.

—¡Voto á Santiago! decia el paje con impaciencia. ¿Si se habrá quedado sordo el príncipe? y alzando mas la voz:

—Señor: repitió varias veces.

—¿Qué quieres, Gonzalo? repuso D. Juan.

—El vizconde de Gante solicita una audiencia particular y la pide con viva instancia.

—Dile que entre.

Salió el paje, y á pocos momentos entró el vizconde, cuya ansiedad iba en aumento.

—Perdonad, señor, dijo inclinándose, si he solicitado la honra de ser recibido por V. A. en hora tan intempestiva, pero no podia perder momento.

—¿Qué ocurre, vizconde?

—La persona de V. A. se encuentra en el mayor peligro.

—¿Hablais quizá de la reunion que tiene lugar en este momento en el palacio de mi amigo el baron de Hesse?

—Precisamente de ella hablo. Un criado del mismo baron, que me sirve de espía en su casa, ha venido á noticiarme los proyectos de los conjurados.

—¿Serán terribles?

—Ha propuesto Mos de Theron atacar esta noche el palacio.

—¿Y lo han aprobado?

—No sé.

—El tiempo nos dirá, vizconde, qué resolucion han tomado: y entre tanto os agradezco mucho esta gran prueba de lealtad.

—Quisiera, señor, que previniera V. A. el golpe de mano de esos rebeldes.

—¿De qué modo?

—Tengo soldados y algunos amigos leales: mándeme V. A. prender al baron de Hesse y á sus cómplices, y respondo con mi cabeza del buen logro de mi comision.

El príncipe se acercó á una mesa, tomó la oliva que sobre ella estaba, y presentándola al vizconde le dijo con amarga sonrisa.

—Todavía tiene algunas hojas la oliva de Felipe II.

—No entiendo, señor, lo que decís.

—Que no puedo condescender con vuestra peticion, vizconde.

D. Juan de Austria arrancó una hoja con su imperturbable sangre fría, y puso la oliva en el mismo sitio que momentos antes ocupaba.

—Pensad, señor, el grave peligro á que estais espuesto: observó el noble vizconde.

—Todo lo he pensado, vizconde, y no desisto de mi intento: repuso el príncipe.

—¿Cree V. A. mas prudente, que reuniendo á todos mis amigos venga con ellos á palacio, y que esperemos prevenidos su acometida?

—No, vizconde, dirian entonces que tengo miedo ó que en mi palacio se conspira contra los privilegios del Brabante.

—Insiste V. A. en no tomar ninguna disposicion hostil?

—Insisto.

—Pues permitidme al menos, señor, que pase la noche en vuestra cámara.

—Haced lo que os plazca, vizconde.

El vizconde saludó á D. Juan y se retiró á la antecámara, mas admirado cada vez del ánimo heróico del príncipe.

Dos avisos de grave importancia habia recibido el austriaco, y olvidándose enteramente del peligro que le amenazaba, meditaba en la conferencia que habia tenido con María. A su pesar en ciertos momentos, se reprochaba la dureza de su conducta, y considerando la humildad con que demandaba su perdon, se reprochaba habérselo negado de una manera tan cruel. Pero cuando recordaba la ofensa, que creia haber recibido de ella; cuando la veia prometida esposa de Matren, sentia renacer su odio y desprecio, porque nada ofende tanto á un amante como la persuasion de ser pospuesto á un hombre de menos valor. Tampoco olvidaba D. Juan su encantadora dama negra, y aquel cariño misterioso, cariño del alma solamente, ocupaba el corazon del príncipe con su poderoso atractivo.

De tan tristes meditaciones sacó al príncipe la presencia de su amigo Octavio Gonzaga, el cual se dirigió hácia el príncipe con su desembarazo genial.

—Gracias á Dios, dijo Gonzaga, que aun estais dispierto, noble príncipe.

—¿Por qué, Octavio?

—Porque tendria que despertar á V. A., si os hallara durmiendo, señor.

—Tambien tienes tú que decirme?

—Mucho.

—Esa espada desenvainada y ese puñal . . . . Qué armas son esas?

—Son despojos del enemigo.

El príncipe ecsaminó detenidamente las armas que Octovio traia, y dijo:

—¡Vive Dios! que estas gentes han resuelto andar desarmadas.

—Conoceis, señor, á los dueños de estos militares despojos?

—La espada es de Felipe de Marnis, y el puñal de Guillermo Matren. Están escritos en los pomos los nombres de los dos valientes.

—Esactamente.

—Pero de qué modo, Gonzaga han venido á tu poder?

—Señor, hablemos antes de otra cosa.

—Vienes á anunciarme quizás alguna conspiracion?

—Sin duda.

—Se han reunido los conspiradores en casa del baron de Hesse?

—Cabalmente.

—Está con ellos Mos de Theron?

—En persona.

—Ha propuesto atacar mi palacio esta noche?

—Todo lo sabeis.

—Y qué han resuelto?

—Ignoras la resolucion?

—Sí, Gonzaga. Te he dado todas mis noticias.

—Pues sabed, señor, que han aplazado la ejecucion de su proyecto para mañana noche.

—Mos de Theron era mas previsor.

—Por qué?

—Porque mañana tarde, Octavio, saldrémos de aquí para Malinas.

—Gracias á Dios, señor, que una vez os acercais á mi opinion.

—Me aconsejó en tu nombre, Escobedo, y me han decidido tus razones. Mas por donde has sabido, Octavio, los pormenores de esa reunion?

Gonzaga contó estensamente al príncipe cuanto habia sucedido, haciéndole observar la conducta que habia tenido maesse Cornelio en su debate con Mos de Theron, Felipe de Marnis, y los posaderos de la plaza del Arenal. Mucho llamó al príncipe la atencion el hidalgo proceder del armero, y queriendo hallar esplicacion á su conducta, naturalmente la encontró haciendo intervenir en ella á su tierna y hermosa hija.

Acabó Gonzaga su relato sin que le interrumpiera el príncipe, y como comentario de él, volviendo á su tema favorito, añadió:

—Me parece, señor, que ahora no me acusaréis de ver fantasmas?

—Estaba reflecsionando, Octavio, que si mañana marcho á Malinas, creerán los señores conjurados que tenemos miedo.

—Señor, crean lo que les dé la gana, y razon hay para temerlos.

—No nos encontramos de acuerdo y ellos son los que deben temer.

—Temer ellos?

—Sí, Octavio Gonzaga. Me ha ofrecido el vizconde de Gante presentármelos atrahillados, si le doy permiso para ello.

—Apruebo la idea del vizconde.

—No la desapruebo yo, Octavio: pero qué diremos á la magestad del rey D. Felipe II?

—Siempre el rey D. Felipe II.

—Es mi sombra, Octavio, es mi sombra; y mas grande que el cuerpo, amigo.

Habia discutido D. Juan con su acostumbrada indiferencia, pero al nombre de Felipe II se nubló su frente y sus ojos se bajaron con amargura: dió algunos pasos por la estancia, y añadió despues:

—Todo se arreglará, Gonzaga. Sal y dí al vizconde que puede retirarse, si gusta, pues por esta noche no hay peligro; y adios hasta mañana, Octavio, que necesito descansar.

Salió Gonzaga murmurando una imprecacion y una queja; la primera contra Guillermo de Nassau, y la segunda contra el rey Felipe de España.

CAPITULO XIX.

DOS HORAS ANTES.

El príncipe durmió aquella noche con notable inquietud, y á las doce del dia siguiente estaba sentado en su cámara, vestido con el mayor lujo y con esquisita elegancia. Su mirada, radiante y serena, se fijaba de vez en cuando en un pequeño pergamino, que arrollaba y desarrollaba por distraccion, y en el que se hallaban escritos considerable número de nombres. Un hermoso péndulo de bronce, que perteneció al emperador, dió las doce, cuyas campanadas contó el príncipe con marcadas muestras de atencion, y cinco minutos despues anunció un paje:

—El caballero Mos de Theron.

Se presentó Mos de Theron como le vimos entrar en Bruselas y en casa del baron de Hesse, sin otra

diferencia que traer mas limpia la armadura. El gobernador lo miró con aquella mirada penetrante que hacia bajar los ojos á muchos, y le dijo:

—Mos de Theron, descubrios ante D. Juan de Austria.

Mos de Teron se descubrió y el príncipe añadió:

—Sentaos.

Mos de Theron vaciló un instante, y luego se sentó en el sitial que acaba de señalarle el príncipe. Momentos despues anunció el paje:

—El señor abad de Maroles.

Entró el abad y saludó al príncipe con gran respeto; D. Juan le devolvió su saludo, y señaló el sitial inmediato al del caballero Mos de Theron.

—Jorje Matren, anunció el paje.

Don Juan le señaló su asiento inmediato al abad de Maroles.

—El señor vizconde de Gante, anunció el paje, y el vizconde tomó asiento junto al posadero.

El paje fué anunciando en el órden siguiente.

—El señor baron de Hesse, maesse Cornelio Estraten, regidor del ayuntamiento de Bruselas. El señor de Santaldegonde. El señor duque de Ariscot. El señor abad de San Gilain. Juan de Royembuchs, burgo-maestre de la ciudad. El señor baron de Rosinguen. El señor conde de Lalain. Enrique Chanoines, canchiller del Brabante. El señor Mandulecet, embajador de Francia.

Todos fueron tomando asiento, segun el órden de su entrada, menos el señor embajador de Francia, que quedó á la izquierda del príncipe. Este fué leyendo en el pergamino y mirando á los circunstantes, y quedando sin duda satisfecho del cotejo que acababa de hacer, se levantó, imitándole los concurrentes, y con aquella magestad que habia heredado de su padre, dijo:

—Me parece, señores, que están reunidos en esta cámara los gefes de las diferentes facciones que traen divididos los ánimos y en agitacion las provincias. Veo en primer lugar á los partidarios de Guillermo, príncipe de Orange: en segundo á los que desean monopolizar el poder, formando un gobierno cualquiera, ni reconocido por las leyes ni por la costumbre autorizado: en tercero los que desean mas prerogativas en el parlamento y convertir la Flandes en una verdadera república; y, últimamente, á otras personas respetadas y respetables por su prestigio, su posicion y sus riquezas. Tambien nos está favoreciendo el señor embajador de Francia, que conoce á fondo los negocios de los Paises Bajos, y no puedo tener jamás una ocasion mas oportuna de esplicarme con toda franqueza delante de tantas personas que merecen mi confianza. No hubiera apresurado tanto mis esplicaciones quizás, sin un poderoso motivo que me obliga á hacerlo sin demora, pues debo salir esta tarde para la ciudad de Malinas.

El príncipe se interrumpió, y con una sola mirada estudió las fisonomías de cuantos se hallaban presentes. Las de Mos de Theron, baron de Hesse, Jorje Matren, conde de Lalain y Felipe de Marnis, mostraban profundo disgusto, en tanto que la de Cornelio no ocultaba su singular satisfaccion. Todas las demás dejaban ver claras señales de estrañeza, y en los labios del señor embajador de Francia vagaba una maliciosa sonrisa. El austriaco prosiguió.

—Señores, he dicho que voy á Malinas, y esta noticia ha producido sensaciones muy diferentes. Mi marcha podria dar lugar á contradictorios comentarios, que desaparecerán sin duda cuando todos sepan los motivos que me han impulsado á emprenderla, y que esplicaré á su debido tiempo, pues antes me conviene hacer una brevísima reseña.

El príncipe se interrumpió, estudió de nuevo los semblantes y prosiguió despues.

—Señores, el rey de España y señor de los Paises Bajos, me llamó de Italia para que viniera al Brabante á cicatrizar las llagas abiertas por las guerras y los desórdenes. S. M., que solo desea la felicidad de sus vasallos, encerró mi espada en la vaina, y dándome un ramo de oliva, me dijo: "Hermano, lleva la paz á las provincias de la Flandes." Tomé la oliva con lealtad, dispuesto á llevarla en la mano mientras le quedara una hoja; atravesé la Francia disfrazado, y llegué á Luxemburgo, señores, única provincia que acataba pacíficamente la autoridad del soberano. A mi llegada ardia la guerra en las demás provincias unidas, y los aguerridos tercios españoles acababan de hacerse dueños de Amberes y su ciudadela. Dos mensageros recibí, salidos ambos de Bruselas. El uno, Juan Fonque, enviado por el supremo consejo de estado, con anuencia y consentimiento de la junta de los diputados y del general baron de Hesse, me hizo una pintura fiel y triste del estado de los negocios, con el respeto que se debe al hijo de un emperador y hermano del mayor monarca que admira y respeta la Europa: el otro, Mos do Isxe, enviado por los diputados de las provincias, iba encargado de un mensage altivo, ecsigente é imperioso que tuvo la prudencia de moderar al transmitirlo, pero que era ofensivo á un príncipe pundonoroso y caballero. A este mensage respondí mandando á los tercios castellanos suspender las hostilidades, y á los gobernadores de plazas, que se resistian heróicamente á los generales flamencos, abrir las puertas y recibir los ejércitos de la liga. Poco despues fueron á verme el señor de Creques y el señor abad de Maroles que nos escucha, encargados de la misma mision que Mos de Isxe, aunque mas moderada en los términos. Contesté á estos comisionados, que enviasen los estados generales á tratar conmigo algunos grandes, provistos de plenos poderes; y en virtud de mi invitacion nombraron por comisionados al señor abad de San Gilain, al marques de Abré, al baron de Liedequerque y Adolfo de Metiquerque, los cuales testificaron mi buen deseo y decidida voluntad á poner término de una vez á tan complicadas querellas. Entretanto llegó de España el señor de Rosinguen, trayéndome despachos de S. M. Felipe II; me los entregó en Luxemburgo y siguió su ruta á Bruselas, en donde manifestó á todos la buena voluntad del rey, asegurando que como se conservase la fé católica en su pureza y esplendor, se contentaria con el título de príncipe de estas provincias, pero sin mengua de su heredada autoridad. Instado entonces Rosinguen á firmar la liga, ecsigió ecsaminarla antes, como consejero de estado, y por esta justa ecsigencia fué preso contra toda ley y razon, siendo de notar que tampoco quiso firmarla el sabio consejo de Brabante, corporacion muy respetable y compuesta toda de flamencos.

D. Juan se interrumpió un momento y prosiguió despues.

—Señores, aquí veo reunidos á muchos de los que han tomado mas ó menos parte en lo que acabo de decir: si he hablado en verdad, que lo confirmen, y si no, que me contradigan.

El señor abad de San Gilain, el de Maroles, el señor baron de Rosinguen y algunos otros, se apresuraron á confirmar cuanto habia narrado el jóven príncipe, y este prosiguió tranquilamente.

—Despues de largas discusiones convenimos en un arreglo, cuyos principales capítulos os referiré de memoria, pues para guardar un tratado es indispensable saberlo.

1.° Que se olviden todas las injurias y daños recibidos por ambas partes.

2.° Que se confirme la paz de Gante.

3.° Que saldrian todos los soldados estrangeros, y que solo podrian entrar en caso de guerra estrangera, previa autorizacion de los estados generales.

4.° Que saldrian en el término de cuarenta dias.

10. Que el rey prometiese guardar los antiguos privilegios, y que los gobernadores los guardarian sin servirse mas que de naturales en los concejos y otras cosas.

11. Que prometian los diputados con todas las provincias defender y guardar la fé católica, y á S. M. la debida obediencia.

12. Que desde luego renunciaban los estados á las ligas hechas con estrangeros durante la guerra anterior y pasadas alteraciones.

13. Que los estados despedirian á sus soldados estrangeros, y que no entrarian otros.

15. Que en saliendo los dichos soldados y presentando mis despachos seria recibido por gobernador general, haciendo el solemne y acostumbrado juramento; y que los estados me obedecerian quedando en su fuerza y vigor la paz de Gante.

A esta paz, que firmamos en Famine á 17 de Febrero, se dió el nombre de *edicto perpetuo*, y nos comprometimos á guardarlo en todas y cada una de sus partes. Para que salieran los españoles adelanté cien mil florines de mi bolsillo particular, y dí órdenes tan rigorosas, que casi han pecado de crueles. A solicitud de los estados me adelanté á Namur, despues á Lovaina, en donde tomé juramento de fidelidad al baron de Hesse, gefe militar de Bruselas, al ayuntamiento de la ciudad, y al señor duque de Ariscot, como capitan de mi guardia. El 1.° de Mayo, señores, entré en la capital del Brabante, acompañado del nuncio de S. S., del señor obispo de Lieja y de muchos nobles. Ahora necesito bajar la voz para contar hechos que son un verdadero escándalo. Apenas entrado en la ciudad, y estando presenciando una farsa desde las casas consistoriales, fuí tambien testigo de un motin, dirigido contra mi persona y promovido por maese Cornelio Estraten, á quien pregunto si es verdad.

Maesse Cornelio perdió el color, se contrajo terriblemente; mas haciendo un violento esfuerzo, respondió:

—V. A. tiene razon. Cornelio Estraten es un malvado.

—El 3 de Mayo, prosiguió el príncipe, presté solemne juramento en manos de los diputados, y al dia siguiente concurrí á la colegial de Santa Gudula. Esto, señores, es muy serio. Mas de quinientos convidados fueron testigos del veneno que me hubiera dado la muerte, sin la intervencion providencial del noble duque de Ariscot. El veneno fué administrado por maesse Genaro, célebre químico de *la torre de los tres cipreses*, pedido por Felipe de Marnis y pagado por el noble príncipe de Orange. Negadlo, Felipe, si podeis.

Una convulsion horrorosa acometió á Felipe de Marnis; mas viendo su crímen descubierto y confirmado con su silencio, hizo un esfuerzo sobre sí y dijo con voz temblorosa:

—Niego tan horrible calumnia.

—¡Duque de Ariscot! esclamó el príncipe: han desmentido á D. Juan de Austria, y vos, que le salvásteis la vida, podeis salvarle ahora el honor! Dadme el billete, en que Felipe pedia el veneno.

El duque de Ariscot llevó la mano á su escarcela y sacó un pequeño billete; Felipe quiso arrebatárselo, pero la mano de D. Juan de Austria sujetó al señor de Santaldegonde, y tomando con la otra el billete, se retiró á su sitio y leyó:

"Veneno que mate como el rayo; quinientos florines de oro . . . Para las ocho de la mañana un turbante de huevos moles, en todo igual al que ha de servirse mañana en la iglesia de Santa Gudula.—*Marnis.*"

Felipe dió un rugido sordo, el príncipe devolvió la esquela al duque de Ariscot, y prosiguió tranquilamente.

—Pasado este primer peligro tuve que sufrir ofensas hechas á mis amigos y criados; y poner á prueba la paciencia de un hombre poco acostumbrado á dejar impune un insulto. Transcurrieron algunos dias, y en la noche del 18 de Mayo . . . .

El príncipe se interrumpió, y dirigiéndose al baron de Hesse:

—¿Os poneis malo, señor baron? le dijo con glacial sonrisa.

—Señor . . . tartamudeó el baron turbado.

—La noche del 18 de Mayo se reunieron en el magnífico palacio de mi amigo el baron de Hesse, el señor conde de Lalain, Jorje Matren y otras personas que se contentaban con prenderme, para disponer á su albedrío del gobierno de las provincias. En esta reunion se habló mucho; se encontraron inconvenientes para realizar el pensamiento, y el vanidoso posadero de la plaza del Arenal se encargó de llevarlo á cabo, con mas ánimo que fortuna. Todos los presentes fueron testigos de cuanto sucedió el dia 19 de Mayo; presenciaron la ridícula

farsa, y pueden certificar el miedo del posadero Jorje Matren.

Con efecto, Jorje temblaba, y una palidez mortal cubria su rostro severo y varonil. El príncipe continuó:

—Nada diré de las reuniones que tienen muchos diputados, miembros del clero y la nobleza: el señor embajador de Francia, que suele concurrir á ellas y como célebre diplomático dar los mas prudentes consejos, hablará por mí, si es preciso, y les hará ver que no es decoroso conspirar tanto contra un hombre que ha obrado siempre con lealtad, con nobleza y desinterés. He trazado un breve bosquejo de cuanto ha sucedido hasta ahora, y al dirigirme hoy á Malinas, para ver el modo de saldar las cuentas de los alemanes, único objeto de mi marcha, aconsejo á todas las parcialidades prudencia y un proceder algo mas leal que el observado hasta el presente. Nada mas tengo que decir; y doy las gracias á cuantos han tenido la condescendencia de asistir á esta reunion, promovida, por mí para hacer las aclamaciones que he considerado indispensables.

No necesitaron los circunstantes una segunda indicacion para desalojar la cámara, quedando en ella solamente Mos de Theron, Jorje Matren, el baron de Hesse, Felipe de Marnis, el conde de Lalain y Cornelio Estraten, á quienes el príncipe habia detenido en el momento de marcharse. Confusos esperaban todos el desenlace de aquella escena, cuando vieron á D. Juan de Austria adelantarte con resolucion, cerrar la puerta, correr el cerrojo, y, dando á su fisonomía una espresion de dignidad noble y severa al mismo tiempo, colocarse en frente de los seis, y decir con solemne calma.

—He hablado en presencia de todos, de ofensas públicas y crímenes que nadie ignoraba en Bruselas; ahora tenemos que tratar de proyectos, cuya invencion os pertenece y cuyos pormenores conozco. Escuchadme con atencion. Antes de anoche llegó á Bruselas Mos de Theron, embajador, comisionado, intrumento ó cómplice del rebelde Guillermo de Nassau; á las veinte y cuatro horas estaban reunidos en un salon del palacio del baron de Hesse varios conjurados y entre ellos, Cornelio Estraten, Mos de Theron y los demás á quienes dirijo la palabra.

El príncipe se interrumpio y fijó su ardiente mirada en aquellos rostros cadavéricos, que no osaban levantar los ojos. Se sonrió con profundo desprecio, y prosiguió con su aterradora sangre fria.

—Mos de Theron quiso llevarse los honores de la sesion; habló el primero, y ¡vive Dios! que el príncipe de Orange hubiera aplaudido su discurso. Sin embargo, Cornelio Estraten no creyó prudente entregarse en manos del mas ambicioso candillo que conoce el mundo, y rechazó las proposiciones de su enviado. Os doy las gracias, Cornelio Estraten, en nombre de Felipe II, pues lo preferiste á Nassau para señor de estas provincias.

—Hablé con arreglo á mi conciencia: dijo el armero.

—Reconozco en Cornelio Estraten, ideas mas nobles que en los descendientes de antiguas familias: repuso el príncipe y prosiguió su anterior discurso.

—A Estraten se opuso el posadero, pero avergonzado á su vez, como lo habia sido poco antes el intrépido Mos de Theron; enmudeció, como el diez y nueve de mayo ante el príncipe que habia proscrito. Al denuesto siguió la calumnia, y el hombre que debia unir su diestra á la de la hija de maesse Cornelio osó presentarla como amante del gobernador general.

El príncipe se interrumpió, colocó la diestra sobre el pecho y dijo con voz conmovida.

—Declaro, señores, ante Dios, que si la hija de Cornelio Estraten solo ha mancillado su pureza con Juan de Austria, está tan pura como el alma antes de unirse con el cuerpo, en las manos del Hacedor.

—¡Gracias, D. Juan! esclamó el armero arrojándose á los piés del príncipe.

—Levantad, buen padre.

—Dejadme, señor, proferir antes un juramento.

El armero se puso la mano sobre el corazon y, derramando algunas lágrimas, prosiguió con voz conmovida, pero siniestra al mismo tiempo.

—Juro á Dios Todopoderoso, que si perece D. Juan de Austria, por traicion de sus enemigos, con aleve puñal ó veneno; juro á Dios repito, vengarlo ó en la demanda perecer.

El armero besó la mano que el príncipe le habia tendido para ayudarle á levantar, D. Juan prosiguió.

—Al despedirse maesse Cornelio de la reunion, dijo estas ó muy semejantes palabras. "No quiero presenciar la alianza de los defensores de la independencia del Brabante con los asesinos de oficio." Adopto sus palabras, señores y añado, que tambien tenia lugar al mismo tiempo una sacrílega alianza entre los católicos romanos y los sectarios de Calvino.

Estas palabras pronunciadas con voz metálica y sonora, hicieron profunda impresion en los mas de los circunstantes, dejando al príncipe tomar aliento para proseguir su discurso.

—Desembarazados de Estraten, cobraron todos mayores brios, y despues de breve discusion preguntó Theron, con la arrogancia de un cobarde rodeado de muchos amigos: "¿Nos apoderarémos de la persona del gobernador D. Juan de Austria?" Vos, baron de Hesse, que me habeis prestado juramento de fidelidad, respondisteis *sí;* y vos, señor conde, que tambien me lo habeis prestado, como consejero de estado nombrado por mí, respondisteis *sí:* y vos, Jorje Matren, á quien hubiera podido destruir la noche del 19 de mayo, porque estábais temblando de miedo, respondisteis *sí:* y vos, caballero Felipe de Marnis, á quien hubiera podido degollar como á infame envenenador, ó quemar como á herege, respondisteis *sí:* y todos los que habiais recibido favores del gobernador general, respondisteis *sí* con descaro. ¡Vive Dios! que sois unos menguados, y que bien merecéis la muerte.

A estas palabras, pronunciadas con estraordinaria fiereza, todos cayeron de rodillas; el príncipe los contempló con aquella sonrisa sarcástica que le habia hecho habitual las intrigas de sus enemigos, y les dijo con voz tonante.

—Levantad, inmundos reptiles.

Del mismo modo que habian caido por un movimiento involuntario, se levantaron de improviso, y el príncipe continuó.

—Mos de Theron, que vienes armado á una audiencia como podias ir á una batalla, vuelve en tí: baron de Hesse, que quieres mandar los ejércitos de las quince provincias unidas, vuelve en tí. Conde de Lalain, que deseas la suprema magistratura de la república flamenca y que te precias de soldado, vuelve en tí: Jorje Matren, que sabes reunir y acaudillar los arcabuceros del comun, vuelve en tí: Felipe de Marnis, que quieres sostener la reforma con la palabra y con la espada, vuelve en tí: vuelve en tí, Felipe. Ecsaminad bien esa puerta: están corridos los cerrojos y no vendrá nadie en mi ayuda. Estoy solo; miradme bien. Esta tarde marcho á Malinas y, si no aprovechais la ocasion, no podréis prenderme. ¿No lo oís? Prendedme, señores, prendedme. Sois muy cobardes ¡vive Cristo! y no osareis medir vuestras espadas con esta que brilló en Lepanto.

D. Juan desenvainó el acero y los cinco retrocedieron por un movimiento simultáneo: el héroe descorrió el cerrojo, y señalándoles la puerta con un ademan imperioso, les dijo:

—Salid pronto, infames, ya que temblais en mi presencia: y para que no digais en ningun tiempo que marcho á Malinas por temor, os lo aviso dos horas antes.

Salieron los conspiradores, el príncipe tendió su mano á Cornelio Estraten, que se habia detenido un momento y le dijo:

—Cornelio Estraten, no casais vuestra hermosa hija con Guillermo Matren?

—Señor, está ya desecha la boda.

—¿A peticion de quién?

—De María.

CAPITULO XX.

UN ABRAZO, UNA LAGRIMA Y UNA BENDICION.

Apenas salieron los conjurados, comunicó el príncipe sus órdenes para la marcha, la que debia verificarse á las cuatro de aquella tarde con gran beneplácito de Gonzaga, Escobedo y todos los demás españoles de la comitiva de D. Juan, y se encaminó á la gruta de la Magdalena con el corazon oprimido y el rostro triste y resignado. Penetró en ella con paso incierto, como quien se acerca á sufrir alguna sensacion penosa que en vano procura evitar, y descubrió á la *dama negra* sentada en el pequeño promontorio, tan profundamente distraida, que no oyó los pasos del príncipe, repetidos por los mil ecos de aquella gruta misteriosa.

—Hermosa ninfa: dijo el príncipe, acercándose al promontorio.

—¡D. Juan! esclamó la *dama negra*, estremeciéndose y descendiendo de su trono formado por caprichosas cristalizaciones.

—¿Me pareció que estabas triste? preguntó el príncipe.

—Si lo estoy: repuso la dama.

—Tambien yo estoy triste, hermosa ninfa.

—¿Estas triste?

—Sí. ¿No te parece justo motivo mi pronta marcha?

—Sé que vas á Malinas, príncipe, y que has avisado á los traidores con anticipacion de dos horas.

El príncipe miró á la dama con una espresion de estrañeza, de incertidumbre y de respeto; tanto le llamó la atencion supiera lo que acababa de pasar en su cámara.

—No te admires, D. Juan: me han contado cuanto has dicho y hecho.

—¿Es posible?

—Has sido, D. Juan, temerario.

—¿Me reprendes?

—Sí: te quiero prudente, y aún dudo que toda tu prudencia sea bastante para salvarte de los peligros que te cercan.

—Lo que ha de suceder está escrito, dijo el príncipe, haciendo uso de una sentencia de los árabes.

—¿Eres fatalista?

—Cuanto puede serlo un cristiano.

—Has hecho una cita mahometana.

—Es que en este punto las dos religiones se tocan.

—¿Y respecto á mi amor qué crees?

—Que será el último de mi vida.

—¿Estás seguro de ello?

—Seguro.

—¿En donde está escrito, D. Juan?

—En mi corazon.

—¿Y no te ha engañado jamás?

—Nunca.

—¿Tienes pruebas en lo pasado?

—Muchas.

—¿Quieres referírmelas?

—Sí.

—Ya te escucho, D. Juan.

—Mi nacimiento fué un misterio por espacio de muchos años: sin embargo, siempre que se hablaba de príncipes los consideraba mis iguales, y tenia la firme creencia de vivir algun dia con ellos. Mi primera educacion fué militar, y á los diez años manejaba un caballo perfectamente y no era novicio en las armas. Luis Quijada cambió de repente el órden de mi educacion, y me dedicó á serios estudios para hacerme á su tiempo eclesiástico. Cada vez que me reprendia le replicaba entusiasmado. Dadme espadas, lanzas y bridones: estos libros de nada me sirven, porque debo ser general. Cuando fuí contra los moriscos predije siempre la victoria, y la víspera de la batalla de Lepanto dije á mi sobrino el bizarro Alejandro Farnesio: "Mañana, Alejandro, será para los dos un gran dia."

—¡Oh D. Juan, D. Juan! si tu corazon nunca te engaña, deberás ser muy desgraciado.

—Si lo soy.

—Porque creerás en tus vaticinios y serán hor-

ribles muchos de ellos. Pero dejemos por ahora el misterioso porvenir. ¿Te ausentas, Don Juan?

—Ya me olvidaba de mi marcha. Estoy á tu lado y todo lo olvido, hermosa niña. ¿Quieres que no marche?

—No, D. Juan. Sal al instante de Brnselas y no vuelvas á esta ciudad que brota por do quier veneno.

—¿Y he de vivir sin verte?

—Príncipe, ¿podrás escribirme?

—¿Y á donde dirigir mis cartas?

—A esta gruta.

—Muy fiel ha de ser el mensagero.

—Tienes un paje que cumplirá perfectamente esta delicada comision.

—¿Cómo se llama?

—Como su tio el gran capitan.

—¿Gonzalo Fernandez de Córdova?

—Gonzalo Fernandez de Córdova.

—Apenas tiene quince años.

—No importa. Cerró la entrada de tu cámara al valiente vizconde de Gante, espada en mano, porque estaba en ella una muger.

—Te juro. . . .

—Nada me jures, príncipe. Ya te espera la comitiva, y es preciso que nos separemos. ¿Quieres abrazarme?

—Con el alma.

El príncipe y la *dama negra* se abrazaron estrechamente, con uno de aquellos abrazos que eternizarian los amantes, porque confunden los latidos de dos corazones inflamados. La dama hizo un violento esfuerzo y desprendiéndose del príncipe.

—Adios, le dijo; soy. . . .

Sus palabras se perdieron entre el murmurio de los cristalinos arroyos, y desapareció en los senos de aquella misteriosa gruta.

Cuando el príncipe volvió á palacio le esperaban en su antecámara un gran número de caballeros, que debian servirle de escolta en su viage. Entre ellos se hallaban los condes de Mansfeld y Barlemont, el duque de Ariscot, el vizconde de Gante, el señor de Hierges y otros flamencos aficionados á la persona del gobernador; á los que se unian Gonzaga, Escobedo, Prada, Gate, Tarsis y los pajes de D. Juan de Austria, que tambien debian acompañarle.

Esta numerosa comitiva estaba vestida con un lujo mas bien propio para una fiesta que á propósito para una marcha, aunque debe tenerse en cuenta que Malinas solo distaba cuatro leguas y que el príncipe se habia propuesto dar á su salida algo de solemne y triunfal.

Vestia D. Juan un juboncillo de terciopelo negro con las mangas bastante ceñidas, y sobre él un coleto de tela de oro primorosamente bordado. Sobre un calzoncillo ajustado llevaba truzas acuchilladas, negras y celestes, y grandes botas de montar, armadas con espuelas de oro. Sobre el coleto llevaba puesta la magnífica banda encarnada, distintivo de general; colgaba á su lado la espada, y empuñaba su diestra el baston. Cubria su cabeza un sombrero de terciopelo negro con blanca pluma y una presilla de brillantes. Los caballeros españoles iban vestidos como el príncipe, con pequeñas modificaciones, distinguiéndose los flamencos por sus mangas acuchilladas, sus grandes chambergos, y sus truzas que bajaban hasta la rodilla.

Así que se presentó el príncipe, bajaron todos al gran átrio, en donde esperaban palafreneros, sujetando fogosos bridones que herian sin cesar el pavimento con sus herrados, piés y manos. Cabalgó D. Juan el primero sobre un hermoso tordo árabe, descendiente por línea recta de la gran yegua de Mahoma, que perteneció á Amidas, rey de Túnez, destronado por el austriaco. Estaba enjaezado este corcel con un hermoso caparazon de terciopelo carmesí, bordado de perlas y oro, sobre una gualdrapa de brocado blanco. Eran los estribos de oro y el freno del mismo metal. Todos los demás caballeros cabalgaron despues que el príncipe, en corceles paramentados con el mayor gusto y riqueza, y se ordenó la cabalgata, marchando el príncipe el primero é inmediatamente Ariscot, como capitan de su guardia.

Hubiera podido el austriaco emprender su marcha sin atravesar la ciudad, pero como no queria dar la menor muestra de temor ni aún de desconfianza, cruzó la plaza de palacio, y se dirigieron hácia la ciudad baja, pasando por delante de la sombría iglesia de Kouvemberg. Ya hemos dicho que contigua á esta iglesia estaba la suntuosa casa de maesse Cornelio Estraten, y ahora añadirémos que en uno de sus miradores estaba el armero con su hermosa hija.

El ilustre vencedor de Lepanto dirigió una triste mirada á la hija de maesse Estraten, y saludó al padre con la mano, admirando á la comitiva, que no sabia cómo esplicarse tan lisonjera distincion.

Al ver al príncipe, una lágrima se deslizó por las mejillas de María, y alzando el armero ojos y manos al cielo, esclamó conmovido:

—¡Dios bendiga al ilustre bastardo del emperador Carlos V!

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

SEGUNDA PARTE.

LA DAMA NEGRA.

CAPITULO I.

LA POSADA DEL CALLO ENCARNADO.

Malinas, distante cuatro leguas de Amberes, Bruselas y Lovaina, era en 1577 una de las mas hermosas ciudades de los Paises Bajos españoles. El rio Dole, que llenaba sus fosos y la dividia cruzándola en varios canales, aumentando su mediano caudal con el flujo y reflujo del mar, la hacia rica y mercante; hasta el punto que sus diez y siete gremios de artesanos gozaban grandes privilegios, entre ellos el de nombrar seis regidores del comun. Tuvo el señorío de Malinas soberanos particulares, hasta que en el año de 1336 desechó toda dominacion, constituyéndose en ciudad libre. Esta independencia no fué de larga duracion, y pasó al poder de los nobles duques de Borgoña. Agradecido Carlos el Temerario á los servicios que le prestó esta rica ciudad en el largo sitio de Nuis, eximió á sus habitantes de toda clase de tributos, y en 1473 la hizo asiento del gran concejo, al que acuden en última instancia toda la Flandes, el pais de Artois, y los condados de Namur y de Luxemburgo. estando sujetos tambien los caballeros del Toison de oro á este tribunal, que los juzga sin apelacion. En 1477, pasó esta ciudad al dominio de la casa de Austria, por matrimonio de María, duquesa de Borgoña y condesa de Flandes, con Maesimiliano I, sin perder nada de las esenciones y privilegios que le concedió el último duque. Los edificios de Malinas son generalmente notables por su elegancia y hermosura. La catedral, edificada á principios del siglo once, por Noberto, obispo de Lieja, es un modelo del severo gótico germano, y su torre, de trescientos cuarenta y ocho piés de altura, se levanta como un gigante que resiste al furor de las tempestades y á la sorda lima del tiempo. Esta iglesia fué erigida en arzobispal por Paulo IV en 1559, con el título de primada de los Paises Bajos, y su primer arzobispo el célebre cardenal de Granvela; dándosela por sufragáneos los obispos de Amberes, Brujas, Gante, Ipres, Reeremonde y Dois le-Duc. La puerta principal de esta iglesia dá á la plaza mayor, y frente á la gran *posada del gallo encarnado*, la mas célebre de Malinas en los tiempos que atravesamos.

A corta distancia de la catedral está el palacio de los duques, mole colosal de sillería, que lucha por tenerse firme, pero próxima á sucumbir.

En frente al palacio ducal, y contigua á la calle *del hombre de hierro*, están las casas consistorales, coronadas por una torre que sirve de relox á Malinas. El parque, provisto de cañones, cureñas, naves y metrallas, está tocando con los muros; y distribuidas por la ciudad, se admiran las siete parroquias y un gran número de conventos; distinguiéndose entre las primeras las de Santa Catalina y San Juan, y entre los segundos el de Recoletos, el colegio de los padres del Oratorio, el de Franciscanos, y particularmente el monasterio de religiosas de San Alejo, estramuros de la ciudad.

A las ocho y media de la noche del 21 de Julio, bajaban dos viageros por la calle del *hombre de hierro*, y el inmenso puente retumbaba bajo los piés de sus caballos: al llegar á la plaza mayor se separaron en silencio: el mas jóven se dirigió á la *posada del gallo encarnado*, y entró en ella con su corcel.

Media hora despues estaban sentados dos hombres junto á una gran mesa de pino, cubierta con un mantel limpio, y servida, segun la espresion del posadero, como si fuera para un rey.

Los dos comensales vestian enteramente á la flamenca, y sus trages, sin ser muy ricos, manifestaban algun lujo, aunque muy escasa distincion. Tenian calados los chambergos, las espadas sobre los muslos, y hacian los honores á la cena con buen apetito y mejor sed. El mas jóven, que tendria apenas veinte y cinco años, se llamaba Roberto, era natural de Viena, y capitan de Mosqueteros. Sus facciones, bien proporcionadas, respiraban cierta franqueza, y comia con la mejor gana del mundo una pechuga de capon. El de mas edad representaba cuarenta y cinco años cumplidos; tenia marcado acento gascon. y sus repugnantes facciones presentaban el sello de la astucia, en algun modo oscurecido por una insolente fiereza. Este hombre que segun decia se llamaba el capitan Rodolfo, tenia un

ribles muchos de ellos. Pero dejemos por ahora el misterioso porvenir. ¿Te ausentas, Don Juan?

—Ya me olvidaba de mi marcha. Estoy á tu lado y todo lo olvido, hermosa niña. ¿Quieres que no marche?

—No, D. Juan. Sal al instante de Brnselas y no vuelvas á esta ciudad que brota por do quier veneno.

—¿Y he de vivir sin verte?

—Príncipe, ¿podrás escribirme?

—¿Y á donde dirigir mis cartas?

—A esta gruta.

—Muy fiel ha de ser el mensagero.

—Tienes un paje que cumplirá perfectamente esta delicada comision.

—¿Cómo se llama?

—Como su tio el gran capitan.

—¿Gonzalo Fernandez de Córdova?

—Gonzalo Fernandez de Córdova.

—Apenas tiene quince años.

—No importa. Cerró la entrada de tu cámara al valiente vizconde de Gante, espada en mano, porque estaba en ella una muger.

—Te juro. . . .

—Nada me jures, príncipe. Ya te espera la comitiva, y es preciso que nos separemos. ¿Quieres abrazarme?

—Con el alma.

El príncipe y la *dama negra* se abrazaron estrechamente, con uno de aquellos abrazos que eternizarian los amantes, porque confunden los latidos de dos corazones inflamados. La dama hizo un violento esfuerzo y desprendiéndose del príncipe.

—Adios, le dijo; soy. . . .

Sus palabras se perdieron entre el murmurio de los cristalinos arroyos, y desapareció en los senos de aquella misteriosa gruta.

Cuando el príncipe volvió á palacio le esperaban en su antecámara un gran número de caballeros, que debian servirle de escolta en su viage. Entre ellos se hallaban los condes de Mansfeld y Barlemont, el duque de Ariscot, el vizconde de Gante, el señor de Hierges y otros flamencos aficionados á la persona del gobernador; á los que se unian Gonzaga, Escobedo, Prada, Gate, Tarsis y los pajes de D. Juan de Austria, que tambien debian acompañarle.

Esta numerosa comitiva estaba vestida con un lujo mas bien propio para una fiesta que á propósito para una marcha, aunque debe tenerse en cuenta que Malinas solo distaba cuatro leguas y que el príncipe se habia propuesto dar á su salida algo de solemne y triunfal.

Vestia D. Juan un juboncillo de terciopelo negro con las mangas bastante ceñidas, y sobre él un coleto de tela de oro primorosamente bordado. Sobre un calzoncillo ajustado llevaba truzas acuchilladas, negras y celestes, y grandes botas de montar, armadas con espuelas de oro. Sobre el coleto llevaba puesta la magnífica banda encarnada, distintivo de general; colgaba á su lado la espada, y empuñaba su diestra el baston. Cubria su cabeza un sombrero de terciopelo negro con blanca pluma y una presilla de brillantes. Los caballeros españoles iban vestidos como el príncipe, con pequeñas modificaciones, distinguiéndose los flamencos por sus mangas acuchilladas, sus grandes chambergos, y sus truzas que bajaban hasta la rodilla.

Así que se presentó el príncipe, bajaron todos al gran átrio, en donde esperaban palafreneros, sujetando fogosos bridones que herian sin cesar el pavimento con sus herrados, piés y manos. Cabalgó D. Juan el primero sobre un hermoso tordo árabe, descendiente por línea recta de la gran yegua de Mahoma, que perteneció á Amidas, rey de Túnez, destronado por el austriaco. Estaba enjaezado este corcel con un hermoso caparazon de terciopelo carmesí, bordado de perlas y oro, sobre una gualdrapa de brocado blanco. Eran los estribos de oro y el freno del mismo metal. Todos los demás caballeros cabalgaron despues que el príncipe, en corceles paramentados con el mayor gusto y riqueza, y se ordenó la cabalgata, marchando el príncipe el primero é inmediatamente Ariscot, como capitan de su guardia.

Hubiera podido el austriaco emprender su marcha sin atravesar la ciudad, pero como no queria dar la menor muestra de temor ni aún de desconfianza, cruzó la plaza de palacio, y se dirigieron hácia la ciudad baja, pasando por delante de la sombría iglesia de Kouvemberg. Ya hemos dicho que contigua á esta iglesia estaba la suntuosa casa de maesse Cornelio Estraten, y ahora añadirémos que en uno de sus miradores estaba el armero con su hermosa hija.

El ilustre vencedor de Lepanto dirigió una triste mirada á la hija de maesse Estraten, y saludó al padre con la mano, admirando á la comitiva, que no sabia cómo esplicarse tan lisonjera distincion.

Al ver al príncipe, una lágrima se deslizó por las mejillas de María, y alzando el armero ojos y manos al cielo, esclamó conmovido:

—¡Dios bendiga al ilustre bastardo del emperador Carlos V!

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

SEGUNDA PARTE.

LA DAMA NEGRA.

CAPITULO I.

LA POSADA DEL CALLO ENCARNADO.

Malinas, distante cuatro leguas de Amberes, Bruselas y Lovaina, era en 1577 una de las mas hermosas ciudades de los Paises Bajos españoles. El rio Dole, que llenaba sus fosos y la dividia cruzándola en varios canales, aumentando su mediano caudal con el flujo y reflujo del mar, la hacia rica y mercante; hasta el punto que sus diez y siete gremios de artesanos gozaban grandes privilegios, entre ellos el de nombrar seis regidores del comun. Tuvo el señorío de Malinas soberanos particulares, hasta que en el año de 1336 desechó toda dominacion, constituyéndose en ciudad libre. Esta independencia no fué de larga duracion, y pasó al poder de los nobles duques de Borgoña. Agradecido Carlos el Temerario á los servicios que le prestó esta rica ciudad en el largo sitio de Nuis, eximió á sus habitantes de toda clase de tributos, y en 1473 la hizo asiento del gran concejo, al que acuden en última instancia toda la Flandes, el pais de Artois, y los condados de Namur y de Luxemburgo. estando sujetos tambien los caballeros del Toison de oro á este tribunal, que los juzga sin apelacion. En 1477, pasó esta ciudad al dominio de la casa de Austria, por matrimonio de María, duquesa de Borgoña y condesa de Flandes, con Maesimiliano I, sin perder nada de las esenciones y privilegios que le concedió el último duque. Los edificios de Malinas son generalmente notables por su elegancia y hermosura. La catedral, edificada á principios del siglo once, por Noberto, obispo de Lieja, es un modelo del severo gótico germano, y su torre, de trescientos cuarenta y ocho piés de altura, se levanta como un gigante que resiste al furor de las tempestades y á la sorda lima del tiempo. Esta iglesia fué erigida en arzobispal por Paulo IV en 1559, con el título de primada de los Paises Bajos, y su primer arzobispo el célebre cardenal de Granvela; dándosela por sufragáneos los obispos de Amberes, Brujas, Gante, Ipres, Reeremonde y Dois le-Duc. La puerta principal de esta iglesia dá á la plaza mayor, y frente á la gran *posada del gallo encarnado*, la mas célebre de Malinas en los tiempos que atravesamos.

A corta distancia de la catedral está el palacio de los duques, mole colosal de sillería, que lucha por tenerse firme, pero próxima á sucumbir.

En frente al palacio ducal, y contigua á la calle *del hombre de hierro*, están las casas consistorales, coronadas por una torre que sirve de relox á Malinas. El parque, provisto de cañones, cureñas, naves y metrallas, está tocando con los muros; y distribuidas por la ciudad, se admiran las siete parroquias y un gran número de conventos; distinguiéndose entre las primeras las de Santa Catalina y San Juan, y entre los segundos el de Recoletos, el colegio de los padres del Oratorio, el de Franciscanos, y particularmente el monasterio de religiosas de San Alejo, estramuros de la ciudad.

A las ocho y media de la noche del 21 de Julio, bajaban dos viageros por la calle del *hombre de hierro*, y el inmenso puente retumbaba bajo los piés de sus caballos: al llegar á la plaza mayor se separaron en silencio: el mas jóven se dirigió á la *posada del gallo encarnado*, y entró en ella con su corcel.

Media hora despues estaban sentados dos hombres junto á una gran mesa de pino, cubierta con un mantel limpio, y servida, segun la espresion del posadero, como si fuera para un rey.

Los dos comensales vestian enteramente á la flamenca, y sus trages, sin ser muy ricos, manifestaban algun lujo, aunque muy escasa distincion. Tenian calados los chambergos, las espadas sobre los muslos, y hacian los honores á la cena con buen apetito y mejor sed. El mas jóven, que tendria apenas veinte y cinco años, se llamaba Roberto, era natural de Viena, y capitan de Mosqueteros. Sus facciones, bien proporcionadas, respiraban cierta franqueza, y comia con la mejor gana del mundo una pechuga de capon. El de mas edad representaba cuarenta y cinco años cumplidos; tenia marcado acento gascon. y sus repugnantes facciones presentaban el sello de la astucia, en algun modo oscurecido por una insolente fiereza. Este hombre que segun decia se llamaba el capitan Rodolfo, tenia un

frasco de vino en la mano, y llenaba dos vasos de él con imponente seriedad.

A corta distancia de la mesa estaba de pié un hombrecillo de cuatro piés y seis pulgadas, grueso hasta parecer casi redondo, y como de cincuenta años. Este hombrecillo se llamaba maesse Torcuato, y era el dueño de la posada.

—Maesse Torcuato, dijo Rodolfo, ¿teneis algo mas que servirnos?

—He presentado á vuestras señorías cuantos manjares tenia dispuestos.

—Muchas gracias, maesse Torcuato, por tan esmerado servicio.

—Vuestra señoría, ha venido recomendado por Jorje Matreu, y respeto la recomendacion del primer posadero del Brabante.

—¿Eres discreto?

—Muchas personas de Malinas consultan con maesse Torcuato.

—Pues entonces comprenderás, que dos amigos largo tiempo ausentes tendrán muchas cosas que decirse; y en ese caso...

—Señores, dijo el posadero, como acabando el pensamiento del capitan, si necesitan alguna cosa pueden llamar á maesse Torcuato.

Maesse Torcuato salió de la estancia, haciendo profundas reverencias: el capitan Rodolfo apuró su vaso de un trago, y encarándose con Roberto dijo:

—¿Qué os ha parecido nuestra cena?

—Bien condimentada, capitan: mas juro á Dios que deseaba beber el último vaso de vino para conocer á fondo la causa de este improvisado banquete.

—¿Nada sospechais?

—Nada sospecho. Recibí esta tarde un billete concebido en estas palabras. "El capitan Rodolfo "espera á cenar esta noche al capitan Roberto: el "punto de reunion la posada *del gallo encarnado;*" esperé la hora de la cita, y he venido como lo estais viendo.

—¿Cuál es vuestro oficio?

—Buena pregunta: pelear.

—No me desagrada la respuesta. ¿Conocisteis al emperador Cárlos V?

—No por cierto. Apenas tendria yo seis años cuando murió el emperador.

—Yo habia cumplido veinte y cinco y me hallé en el sitio de Mezt.

—Mejor para vos, amigo mio.

—Que tiempos aquellos: ¡voto al diablo! Guerras contínuas y terribles.

—No faltan ahora, capitan.

—Son juegos de niños comparadas con las de entonces.

—Sin embargo, yo cuento veinte y cinco años y he pasado nueve guerreando.

—Es verdad que hemos tenido algun movimiento los años anteriores, pero ahora tendrémos que tomar otro oficio.

—Teneis razon, y la disolucion de nuestros cuerpos me contraria terriblemente.

Roberto pronunció estas palabras con claras señales de disgusto: el capitan Rodolfo guardó unos instantes silencio, y preguntó despues con desdeñosa indiferencia.

—¿Ha entregado don Juan de Austria sus pagas á los alemanes?

—Todavía no, ni podrá dárnoslas quizás.

—Eso es muy sério.

—Los Estados no han conseguido reunir fondos, pero el príncipe sale garante de la deuda, y algunos de nuestros coroneles secundan los deseos de D. Juan.

El capitan Rodolfo apoyó los codos en la mesa, puso su barba sobre los puños, pareció entregado algunos minutos á una profunda meditacion, y fijó despues sus miradas en Roberto, preguntándole al mismo tiempo.

—¿Teneis ambicion?

A esta pregunta se levantó el jóven, dió algunos paseos por la estancia, y parándose en frente de Rodolfo, con los brazos cruzados sobre el pecho, preguntó á su vez.

—¿Qué jóven no tiene ambicion?

—Esa pregunta está en su lugar, y es una magnífica respuesta. ¿Por qué medios esperais medrar?

—Un soldado no tiene otros medios que la espada.

—Muy bien respondido, Roberto.

—¿A qué vienen esas preguntas?

—Para deciros, amigo mio, que podeis medrar fácilmente.

Roberto volvió á sus paseos, mas parándose de repente preguntó con cierta ansiedad.

—¿Quereis, capitan, esplicarme una parte de estos misterios?

—Con mucho gusto, amigo mio: tened un poco de paciencia y todo lo sabreis en breve.

—Ya espero.

—Decidme: ¿teneis algun influjo con vuestros compañeros de armas, y prestigio con los soldados?

—Me aprecian todos mis compañeros y me respetan mis soldados.

—Pues con ello teneis bastante para medrar en poco tiempo.

—Esplicaos mas claro.

—A eso voy. El gobernador don Juan de Austria está empeñado en licenciar á los soldados alemanes.

—Está obligado á ello, segun creo, por un artículo de la paz de Gante.

—Convenido. El capitan Roberto influye con sus compañeros para que no dejen las banderas, y hace que ni un solo soldado salga de Flandes.

—Es muy difícil.

—¿No sois uno de los comisionados?

—Sí, por Dios; pero las pagas escasean, y del modo que me proponeis, en vez de medrar, en poco tiempo lograré morirme de hambre.

Rodolfo sacó de su escarcela una bolsa llena de florines de oro, y arrojándola sobre la mesa dijo con notable frialdad.

—En gastando el contenido de esa bolsa no faltará quien os la llene.

—Guardadla, capitan Rodolfo, replicó el jóven

amostazado: no he venido á pediros limosna, y esa dádiva es un insulto.

—¡Vive Dios que sois quisquilloso como una muchacha bonita, y que habeis puesto mal semblante á una bolsa llena de florines! Me dijisteis que con mis consejos en vez de medrar, en poco tiempo lograriais moriros de hambre, y para probar que mis obras eran, á lo menos, tan buenas como mis palabras, os presenté este oro, que no admitís, y que me guardo con la mejor voluntad del mundo.

Rodolfo volvió la bolsa á su escarcela, y el jóven replicó mas picado.

—Cuando hablé de morirse de hambre, no lo dije solo por mí; me acordé de mis compañeros y de mis soldados, capitan.

—Es muy justo pensar en ellos. Cada capitan que no sea tan melindroso como vos, recibirá una bolsa igual á la que tuve el honor de ofreceros.

—¿Y los soldados?

—Los soldados se mantendrán sobre el pais.

—Vos mismo probais que es imposible llevar á cabo vuestra idea.

—Veo que me esplico confusamente, ó que no quereis entenderme.

—Me inclino á lo primero.

—Sea; y estoy decidido á enmendarme. Volved á ocupar vuestro asiento.

Roberto se sentó, y Rodolfo prosiguió diciendo:

—Habeis dicho que teneis ambicion, que deseais medrar en poco tiempo, y que la esperanza de un soldado está únicamente en la guerra.

—Todo eso he dicho.

—Bien, Roberto: para que medreis es preciso que haya guerra y que os encontreis en su teatro.

—Lo comprendo perfectamente: continuad así.

—Entre D. Juan de Austria y los estados generales hay disimuladas querellas que acabarán en rompimiento.

—¿Y la paz de Gante?

—La paz de Gante, *el edicto perpetuo*, y cuantas manifestaciones han hecho hasta ahora unos y otros, son lazos tendidos al menos diestro, y tomar tiempo para prepararse á la guerra.

—Continuad.

—Si bajo la palabra del príncipe os vais al interior de Alemania, al encenderse aquí la guerra, no podreis vender vuestros servicios, y ¡vive Dios! que tendrán compradores espléndidos, si no sois fáciles en acordarlos.

—¿Estais encargado de ajustar?

—Todavía no: mas puede ser que lo esté en su dia.

—¿Y á nombre de quien ajustaréis?

—No lo sé todavía, Roberto; mas en todo caso debeis venderos al mejor postor.

—¿Y qué sacarémos en claro de todo lo que me habeis dicho?

—Que habrá guerra y que podreis medrar.

—¿Y en pago de ese buen consejo y de esta cena, que ecsijis de mí?

—Que impidais la marcha de los alemanes.

—¿Teneis en ello algun interés?

—El mismo que vos: quiero medrar.

—¿Y por qué os habeis dirigido á mí con preferencia á los demás comisionados?

—Porque sois el mas jóven, y el mas ambicioso por lo tanto.

—He oido decir que la ambicion es la pasion de los ancianos.

—Eso dicen ellos por honrarse; pero su ambicion es la codicia.

—¿Codicia?

—El poder, los honores, los grados militares, todo lo reducen siempre á guarismos. A tal grado tanto poder; á tanto poder tales riquezas; á tales riquezas tantos goces: son verdaderamente avaros, y se honrarian siendo ambiciosos.

—Me parece que teneis razon.

Roberto volvió á levantarse y emprendió de nuevo sus paseos; el capitan Rodolfo se levantó tambien, y esperó, cruzado de brazos, que rompiera su comensal aquel imprevisto silencio.

—No hay remedio, dijo al fin el jóven tendiendo la mano á Rodolfo; el que quiere medrar con la guerra debe encontrarse en la vanguardia, y contribuir á que se empeñe: estoy resuelto, y los alemanes no saldrán del Brabante.

—¿Lo habeis pensado bien?

—Lo he pensado.

—¿De qué medios pensais valeros?

—En primer lugar declararé rotundamente que no saldrémos de la Flandes sin recibir antes hasta el último florin de los atrasos que nos deben: en segundo procuraré convencer á los demás comisionados para que resistan como yo; y si no logro convencerlos amotinaré los soldados.

—Discurris admirablemente.

—¿Estais satisfecho?

—Lo estoy. Pero decidme, ¿cuánto tiempo necesitais para organizar la resistencia?

—Ocho dias.

—Quiero saber circunstanciadamente vuestros adelantos.

—Los sabreis.

—¿Habeis dicho que necesitais ocho dias?

—Ni una hora mas.

—Pues bien: hoy es lúnes, el lúnes de la semana procsima nos veremos en esta posada, y en vez de cenar juntos comeremos.

—No faltaré. Hasta el lúnes procsimo.

—Hasta el lúnes.

Los dos capitanes se estrecharon las manos con muestras de amistad, y Roberto salió de la posada, dejando á Rodolfo satisfecho del buen écsito de su mensaje.

—Maesse Torcuato, maesse Torcuato: dijo el capitan.

—Qué se ofrece? respondió el solícito posadero.

—¿Me tienes dispuesta una cama?

—Perfectamente aderezada.

—Poco me importan los aderezos si la lana no es blanda.

—Vuestra señoría dormirá en colchones de pluma.

—Eso es mejor, ¡voto al demonio! Mira, á media noche vendrán á buscarme, en el momento me despiertas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Así lo haré.

—¿Has dado pienso á mi caballo?

—En el momento que llegó.

—Dale otro pienso, maesse Torcuato; pues tiene que andar esta noche.

—¿Se marcha vuestra señoría?

—Sí: y para no entretenerme luego, preséntame la cuenta ahora.

—Nada debe vuestra señoría.

—¿Hombre?

—Vuestra señoría ha venido recomendado por maesse Jorje Matren, posadero de la plaza del Arenal, y un recomendado de maesse Jorje no paga dinero en mi posada.

—Muchas gracias, maesse Torcuato; ó mejor dicho, muchas gracias á maesse Jorje.

—Cuando quiera acostarse vuestra señoría....

—Ahora mismo, maesse Torcuato.

Maesse Torcuato cogió una lámpara, y condujo al capitan Rodolfo á la mejor habitacion de su magnífica posada.

CAPITULO II.

EL MONASTERIO DE S. ALEJO.

"Todo curioso, dice un historiador, que llega á Malinas, debe dirijirse al monasterio de S. Alejo, grande como una aldea con todas sus calles y arrabales, y habitado por quinientas ó seiscientas religiosas y doble número de educandas. Las costumbres de este monasterio no llaman menos la atencion, pues sus religiosas tienen la facultad de salir, pasearse, recibir visitas, y aún cuando tienen hecho voto simple de castidad, logran fácilmente su dispensa si quieren contraer matrimonio." En este notable monasterio, habitado por dos mil personas, debemos penetrar en el silencio de la noche, y á la luz de innumerables lámparas, que alumbran sus estensos claustros. Podemos entrar sin detenernos, pues los porteros son discretos, y no desplegarán sus labios en saludándolos con un florin. Supuesto que estamos despacio, no subirémos por la escalera principal, labrada en mármol y adornada con grandes estatuas, y siguiendo un largo corredor; llegarémos á otra mas humilde, que nos conducirá muy en breve á los claustros de las educandas. En el primero encontrarémos un gran número de niñas soñolientas, que abandonando los juguetes, se van al lecho con afan, y se quedan dormidas con la idea de que las despertarán muy de mañana. Hallarémos en el segundo, unas mujercitas en miniatura, que aunque conservan los juguetes, no hacen uso de ellos jamás, y murmuran de las maestras que las hacen irse á la cama. Estas niñas no cojen el sueño tan fácilmente como las otras; se desvelan sin saber por qué, piensan en objetos desconocidos, quieren adivinar lo que sienten, pero su instinto es tan confuso como la duda en el raciocinio del hombre. En el tercer claustro, verémos algunos centenares de jóvenes, de catorce hasta veinte años, reunidas en pequeñas tertulias, presididas por las maestras. En estos círculos se nota una bulliciosa alegría; el canto, la música el baile, los amenizan de mil modos, y aunque el elemento masculino está corporalmente desterrado, se encuentra su espíritu; como lo prueban los billetitos perfumados que se comunican á hurtadillas, y las numerosas confianzas que tienen lugar cada noche. Estas jóvenes se acuestan mas tarde, y duermen poco, pensando las unas en los placeres del amor que gozan, y las otras en los del que esperan gozar. ¿Cuáles de estos placeres son mas vivos? ¿En cuáles se encuentran mas encantos? El alma del hombre se olvida de las impresiones del niño, el alma de la niña no comprende las sensaciones de la muger. ¿Cómo decidir la cuestion? Solo dirémos, que la ilusion generalmente es mas bella que la realidad: que la ilusion está en el amor que se adivina, y la realidad en el que se goza; añadiendo que el hombre y la muger desengañados, suspiran por los hermosos dias de arrobamiento é ilusion.

Al entrar en el cuarto claustro, destinado á las religiosas, se acaban las generalidades, presentándose el individualismo. En una celda, Sor Tomasa macera sus carnes inocentes, y en la inmediata, Sor Berenguela regala las suyas criminales. Aquí, consulta Sor Teresa con su respetable confesor, verdaderos escrúpulos de monja, y allí Sor Brígida murmura con el médico del convento. Mientras Sor Cándida se despide de las ilusiones mundanas, y quiere arrancar de su alma la última centella de un amor que divinizaba su ecsistencia, Sor Matilde fija con su novio el dia de la boda, y redacta la peticion para que la relajen el voto. Al lado de una religiosa de veinte años, que descubre un largo horizonte y el mas hermoso porvenir, se encuentra una anciana decrépita, que no recuerda lo pasado ni ve la tumba abierta á sus piés. Edades, pasiones, caracteres, todo se confunde y se mezcla, como al precipitarse un torrente confunde las hojas, las arenas, los insectos y los reptiles que su hondo cauce le presenta.

En un pequeño corredor, prócsimo á la escalera principal, encontramos una gran celda, que muy bien pudiera llamarse un palacio. Tapices de Persia, de Turquía, de Malinas y de Bruselas, cubren sus muros; ricas alfombras el pavimento, y lámparas doradas alumbran aquellos magníficos salones. Espejos de Venecia, mesas de mármol de Carrara, sitiales de damasco y brocado, grandes jarrones de porcelana y candelabros de plata y oro se ven por do quiera con estraordinaria profusion, y un gran número de criados cruzan en todas direcciones. En la antecámara están sentadas dos religiosas, especie de gentiles hombres, y en la cámara, en un magnífico sillon dorado, María Ana de Berghe, superiora del monasterio.

María Ana era una señora ilustre por su nacimiento y célebre por su hermosura: las murmuradoras de oficio, contaban ciertos pormenores y hacian una larga novela de su juventud, pero nosotros nos contentarémos con decir que á los veinte y cinco años tomó el hábito, en el de 1562, que al poco tiempo fué nombrada superiora del monasterio, y que habia desempeñado este cargo con toda la dignidad posible. María Ana tenia á la sazon cuarenta años; pero se conservaba hermosa. Destellaban sus ojos negros con el fuego de la inteligencia; su pequeña boca sonreia con una espresion infantil, y su talle magestuoso se conservaba esbelto y flecsible, como cuando entró en el convento. Vestia una ropa de seda negra, elegantemente ajustada, y para entretener las largas horas de fastidio, ó mas piadosamente pensando, por devocion, leia en un pequeño devocionario de terciopelo con adornos de filigrana.

Esta respetable superiora, fué interrumpida en su lectura por la voz de una religiosa, que dijo:

—Enriqueta de Horn.

La prelada se levantó al punto de su asiento, y salió al encuentro de Enriqueta, que se precipitó en sus brazos.

—Querida Enriqueta, dijo María Ana, presentando un sitial á su amiga: ¿qué me proporciona el placer de abrazarte?

—Jamás olvidaré, señora, repuso Enriqueta conmovida, los claustros de este monasterio. En ellos pasé los últimos años de mi infancia, los primeros de mi juventud, y sabe Dios si me está reservado acabar en ellos mi vida.

—¡Enriqueta! esclamó la prelada, mirándola con estrañeza.

—Esto no quiere decir, señora, repuso la jóven en tono jovial, que haya venido á tomar el velo.

—¡Gracias á Dios! dijo la abadesa, como atormentada por un recuerdo.

—He venido, añadió Enriqueta, á pasar aquí algunos dias.

—Muy triste te parecerá el monasterio, no encontrando en él á tus antiguas compañeras.

—Es verdad, señora, que en diez años todo habrá cambiado de aspecto.

—Todo. ¿Y cómo has dejado á tu Bruselas tan animada y tan brillante?

—Hemos tenido muchas fiestas; pero ahora que el gobernador está en Malinas, deben cambiarse los papeles.

—Es verdad, Enriqueta, es verdad. ¿Tú conocerás mucho al príncipe?

—Mucho le conozco, señora. Lo he visto en el templo, en los saraos, en los espectáculos y en las fiestas.

—¿Dicen que es apuesto?

—Es muy bizarro. ¿Pero no ha venido todavía á visitar el monasterio?

—Me han hecho visita en su nombre, pero el príncipe no ha venido.

—¿Os han hecho visita en su nombre personas de su comitiva?

—Su secretario Juan de Escobedo, y Octavio Gonzaga su amigo.

—Juan de Escobedo es un español bastante grave para su edad.

—Pero en cambio Octavio Gonzaga es un caballero muy alegre.

—Y muy amable.

—¿Le conoces?

—He hablado con él varias veces.

—Ahora recuerdo una particularidad de su visita.

—¿Cuál?

—Que me habló de tí.

—¿Os habló de mí?

—Sí. Me dijo: En este convento se ha educado la hermosa Enriqueta de Horn.

—Es tan lisongero ese italiano! dijo Enriqueta sonriendo.

—No por cierto, replicó María Ana; clavando una mirada indagadora en la hermana del baron de Hesse. Estás muy hermosa, Enriqueta.

A esta galantería de la superiora, se siguió un profundo silencio, y las dos damas parecian enteramente preocupadas. A la primera efusion de amistad habia sucedido la prevencion y el embarazo, cruzaban algunas miradas que decian paladinamente: "Las dos hemos hablado mucho." El silencio se hacia chocante, y María Ana, que conservaba mas sangre fria, dijo, con esa sonrisa sarcástica propia de la buena educacion, pero que equivale á un insulto:

—¿Cuántos dias, querida Enriqueta, tendré el gusto de verte á mi lado?

—Decididamente no lo sé. Ansiaba volver á estos sitios, y tanto encanto puedo hallar en ellos que convierta en meses los dias.

—Quisiera poder encantar estos parajes, Enriqueta, para que convirtieras los dias en meses, y despues los meses en años.

—Mucho os agradezco, señora, tan amable hospitalidad, y os juro que nunca olvidaré vuestras bondades.

—Me dejaréis tan obligada, que recordaré mucho tiempo esta deliciosa visita. Mas con el placer de escucharte, me olvidaba de que has caminado cuatro leguas.

—Efectivamente estoy cansada, pero á vuestro lado tambien me olvidaba de mi camino.

María Ana tocó una campanilla y se presentó una camarera.

—Haz que dispongan, Margarita, dijo la superiora con dulzura, un aposento contiguo al mio, para esta amable señorita.

—Señora, interrumpió Enriqueta, tendria un placer estraordinario en ocupar la misma celda que habité durante mi infancia. Desde sus ventanas se descubre una gran parte del jardin, y quisiera conservar mi amistad con sus pájaros y sus flores.

—¿Tanto te disgutsa, Enriqueta, estar á mi lado?

—Señora....

—En el tiempo á que te refieres, eras una ilustre educanda, y vivias como las demás en una reducida celda: hoy eres mi huéspeda, mi amiga, y debes vivir en mi casa. Dispon, Margarita, el aposento que debe ocupar la hermosa Enriqueta de Horn.

La galantería de la prelada contrariaba terriblemente los proyectos de la jóven viajera; pero atacada en sus trincheras, tuvo que ceder al enemigo y resignarse á sufrir duro cautiverio en un paraje que creia de entera libertad. La camarera cumplió esac-

tamente las órdenes que habia recibido de María Ana, y á pocos minutos volvió, anunciando que estaba dispuesto el aposento de Enriqueta.

De este modo, añadió la prelada, podrémos vernos á cada instante: por lo demás, no tengas pena, pues las flores de mi jardin te recibirán como á una amiga, y sus pájaros te saludarán con sus trinos armoniosos.

Enriqueta se levantó, besó en las mejillas á María Ana, y la dijo con voz turbada:

—Hasta mañana, amiga mia.

CAPITULO III.

REMY DE HALUT.

El caballero que acompañaba al capitan Rodolfo, cruzó varias calles desiertas, y paró el sudado corcel á la puerta de un inmenso edificio, que presentaba algunas ruinas; este edificio era el arsenal, y las ruinas las habia causado una chispa eléctrica, que cayendo, en 1546, en el depósito de la pólvora, voló la torre en donde estaba, y mas de trescientas casas vecinas, haciendo otros terribles daños, que en parte se habian reparado, y en parte eran mudos testigos de aquel horroroso desastre. Apenas llegado el viagero, preguntó si estaba en el fuerte Remy de Halut, y contestado afirmativamente, entregó su caballo á un centinela, y se adelantó resueltamente.

Las bóvedas del viejo edificio retumbaban á las pisadas de aquel hombre, y el sonido de sus espuelas, modulado por algunos ecos, semejaba un crugir de cadenas, bastante fantástico á tal hora y en un paraje tan sombrío. Cruzó sin vacilar, y como conocedor del terreno, un gran número de corredores oscuros ó débilmente iluminados, y parándose ante una maciza puerta de roble, dió en ella dos violentos golpes, que tambien fueron repetidos por las bóvedas del Arsenal.

Se abrió un postigo de la puerta, resguardado por una rejilla, y una voz áspera y gruñona, preguntó.

—Quién es?

—Abre, Fizt.

—Decidme primero vuestro nombre.

—¿No me has conocido?

—Ese corredor está oscuro y no os veo la cara: decidme pronto vuestro nombre si quereis pasar el umbral.

El viajero llegó sus labios á la ventanilla, y pronunció su nombre de modo que solo pudiera entenderle Fizt. Al oirlo abrió la puerta el veterano y dijo admirado:

—Nunca os hubiera conocido; han pasado quince años cumplidos desde que os ví la última vez, y estais tan viejo como yo.

—No pasan los años en balde.

—Con todo, apenas tendréis cincuenta y cinco años y yo paso de los setenta.

—Habré trabajado mas que tú.

—Trabajar mas que yo ¡voto al Diablo! y he seguido constantemente los pasos del emperador Cárlos V! Cuando el emperador no era soldado, serví en Italia á las órdenes del condestable de Borbon y de Antonio de Leyva, me encontré en la batalla de Pavía, muy cerca de Francisco I, cuando lo hicimos prisionero, y despues en el saco de Roma. He combatido en la alta Alemania contra Soliman el magnífico, y años despues contra los príncipes amigos del condenado Martin Lutero; concurrí á la toma de Túnez, y cuando el fracaso de Argel, partí su gloria y su peligro. Estuve en el sitio de Mezt, y ví al emperador envainar su triunfante espada para retirarse á un convento. ¿Habeis trabajado mas que yo?

—No disputemos, querido Fizt, y llevame al cuarto de Remy.

—Seguid todo este corredor, y la última puerta es la del cuarto del gobernador del Arsenal.

El viajero no se detuvo, pero antes que llegue retratemos al caballero Remy de Halut.

El gobernador del Arsenal tendria sobre poco mas ó menos la misma edad que el caballero que se presentaba en su busca, cincuenta y cinco años cumplidos; su fisonomía revelaba la franqueza de un militar con la rudeza de un soldado: abundantes cabellos blancos cubrian su cabeza y armonizaban con su barba espesa y del mismo color. Era de elevada estatura, y se conservaba robusto y fuerte como en tiempo del emperador. Su aposento era en miniatura la gran sala de armas de maesse Cornelio Estraten; sin mas diferencia, que las armaduras del armero estaban nuevas y brillantes y las del guerrero abolladas. Sentado estaba el gobernador en un ancho sillon de baqueta y en actitud de hombre que medita, pero en realidad fastidiado por no tener en qué pensar. Oyó pasos en el corredor con su habitual indiferencia; vió abrirse la puerta con la misma, y ante sus ojos á un caballero que procuraba reconocer.

—Remy, dijo el recien llegado, parándose á corta distancia del gobernador del Arsenal. Este se pasó la mano por los ojos, como creyendo no ver bien, y aquel repitió:

—Remy de Halut!

—Felipe de Marnis! esclamó el castellano levantándose de repente.

—Felipe de Marnis tu amigo: le replicó Santaldegonde.

—A quien buscais aquí, caballero? preguntó Remy bruscamente.

—Al caballero Remy de Halut: respondió Felipe con frialdad.

—¿Qué teneis que decirle?

—Tengo que pedirle una audiencia particular y un tanto larga.

—Sentaos, caballero, sentaos: dijo el gobernador, señalando un sillon á Felipe y volviendo á ocupar el suyo.

—Me habeis recibido, observó Marnis, con una frialdad que no esperaba.

—¿Por qué no la esperábais, caballero?

—Porque hemos mamado, Remy, la misma leche: nuestras madres eran amigas, y nos alimentaban sin hacer ninguna distincion.

—Callad, por Dios, y no hableis mas de nuestras madres.

—Porque hemos vivido mucho tiempo bajo el mismo techo, hemos vestido las mismas armas, montado los mismos caballos, y sido hermanos en la guerra.

—¡Que tiempos aquellos! esclamó Remy con entusiasmo: mas abismándose de pronto en una profunda tristeza añadió; entonces creias lo que yo creo, ahora te burlas de mis creencias.

—¡Remy!....

—Sí, Felipe, añadió el veterano: entonces seguias la religion de nuestros padres, la que respetaban las madres á quienes debimos el ser: entonces eras enemigo del fanático Martin Lutero, creias en la ecsistencia real y permanente del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía; pensabas mal de Tomás Muncer y Nicolás Stortz, caudillos de los entusiastas y anabaptistas; te burlabas de los protestantes de Spira; y á fines de Julio de 1547 entramos triunfantes en Ausburgo, acompañando al emperador, que habia vencido á todos los príncipes luteranos. Tú, Felipe, hiciste cruda guerra al heresiarca Juan Calvino, te burlaste de su doctrina, mas estravagante que la de Lutero y sus discípulos, y le perseguiste de mil modos: Tú eras católico romano y venerabas las iglesias; pero ahora destruyes las imágenes, no crees en la trasustanciacion, y eres apóstol del Mesías que juzgaste motivo de escarnio. Entonces eras mi hermano, Felipe de Marnis; ahora te rechazo de mi.

—¿Es posible, dijo el calvinista, procurando calmar la bilis que le irritaba el fanatismo: es posible que así combatas la emancipacion del pensamiento y la libertad de conciencia?

—La emancipacion del pensamiento, ¿es emanciparlo, Felipe, arrojado en el mar de la duda y dejarlo envuelto entre sus olas? La libertad de la conciencia....

—¿Qué le opondrás?

—Nada, Felipe; mas si la conciencia es una potencia que te hace conocer lo justo, la conciencia no puede variar; y el que muda de religion esclaviza y tuerce su conciencia.

—Hace lo que un viajero estraviado, vuelve atrás y busca el camino.

—Felipe de Marnis, yo creo en lo que creyeron mis padres.

—No discutamos mas, Remy, de materia tan complicada.

—Tienes razon, Felipe de Marnis, porque si seguimos discutiendo nos alejarémos mas y mas.

Hicieron pausa los dos amigos y parecieron entregados á profundas meditaciones. Remy, constante y buen cristiano, se irritaba terriblemente con los audaces reformadores, y sentia ver á su antiguo hermano de armas hecho apóstol de unas doctrinas condenables y condenadas: Felipe de Marnis, aunque entusiasta y propagador de los errores de Calvino, tan enemigo de los pontífices romanos como Lutero, y de los católicos monarcas como el Elector de Sajonia ó el Langrave de Hesse, no pensaba en combatir las arraigadas creencias de Remy, y su objeto era conducirlo á muy diferente terreno. Conoció que la anterior disputa era pequeña escaramuza, comparándola con la batalla que debia dar, y, sin desistir de su empeño, temia que llegase el instante, el cual acercó Remy diciendo:

—Me parece, Felipe de Marnis, que tenias que hablarme.

—Sí, Remy.

—Pues se van pasando las horas.

—Tengo que hacerte algunas preguntas.

—Estoy á tus órdenes; empieza.

—¿Eres flamenco?

—Creo que sí.

—¿Has entendido mi pregunta?

—Esplícala si dudas de ello.

—Sé, Remy, que has nacido en Flandes; pero lo que deseo saber es si está tu pecho inflamado de un verdadero patriotismo.

—Felipe de Marnis, Remy de Halut ha sido siempre buen flamenco.

—Lo sé, Remy.

—Pues entonces, ¿por qué lo preguntas?

—Escúchame, Remy, y despues juzgarás si soy indiscreto. ¿Crees tú que los Paises Bajos españoles deben procurar mantenerse en el goce de los privilegios que hasta el presente han disfrutado?

—Es muy justo que así suceda.

—¿Crees, Remy, que si los vieran atacados deberian defenderlos?

—Es justo.

—¿Crees que todos los buenos ciudadanos [illegible] obligados á contribuir con vidas y haciendas [illegible]

—Sí lo creo.

—¿Crees que los estados generales representan legítimamente al pais?

—Sin duda.

—¿Qué eres en Malinas?

—Gobernador del Arsenal.

—Si los estados generales, para defender sus derechos, necesitaran disponer de él, ¿[illegible]?

—Felipe....

—Respondeme sin vacilar.

—Los pueblos de los Paises Bajos españoles tienen privilegios y fueros que debe respetar Felipe II, rey de España: Felipe II rey de España, tiene prerogativas y derechos que debe respetar tambien los pueblos de los Paises Bajos españoles.

—Esa respuesta es [illegible]

—Acostumbro ser [illegible] Felipe; pero ha sido tal tu pregunta, que [illegible] otra respuesta.

Felipe se mordió los labios, como diciendo: he sido á la verdad poco explícito, y sin embargo temo serlo mas, y añadió:

—Te pregunto, Remy, que una vez declarada la guerra á que pueblos unirias.

—Al que tuviera la razon.

Esta respuesta desconcertó mas á Felipe, pero creyendo que adelantaria menos terreno entablando otra nueva cuestion, dijo:

—Y si [illegible]ras la razon de nuestra parte, quiero decir de parte de los estados generales, ¿qué harias?

—Voy á responderte por partes. En primer lu-

gar, diria al gobernador general: Señor, renuncio el cargo de gobernador del Arsenal, porque estoy dispuesto á militar en el ejército de las provincias.

—Harias mal.

—No haria mal, ¡voto al diablo! dijo Remy dando una puñada. Obraria como hombre de honor.

Este arranque del veterano desconcertó mucho á Felipe, pero dispuesto á jugar el todo por el todo, repuso:

—Veo, Remy, que pensamos de muy diferente manera.

—Hace tiempo que andamos así, contestó Remy con enfado.

—No obstante, quiero dar el último paso hácia tí, haciéndote una confianza. La guerra entre Felipe II, ó mas bien, entre D. Juan de Austria y los estados generales, es eminente.

—¿Eminente la guerra, Felipe, y no han transcurrido cinco meses desde que se firmó el *edicto perpetuo*?

—Remy, te he dicho la verdad.

—Imposible, Felipe, imposible.

—Es tan cierto, como que los estados generales cuentan con tu brazo, espada é influjo para sostener sus derechos.

—¿Los estados cuentan conmigo?

—Vengo á hacerte proposiciones en su nombre.

—Calla, Felipe. Los estados generales no tienen razon, ni aún siquiera pretesto. El gobernador ha cumplido religiosamente sus empeños. Ha librado á los españoles, anticipando cien mil florines de su bolsillo; está en Malinas para licenciar á los alemanes, y en sus palabras y en sus obras muestra caballerosa buena fé.

Hay muchos ilusos, Remy, y entre ellos te cuentas.

Hay muchos traidores, Felipe, y quizás aumentas su número.

Felipe se mordió los labios, hasta teñírselos en sangre, haciendo un esfuerzo desesperado, dijo:

Los estados generales te mandan que obedezcas mis instrucciones, que secundes todos mis proyectos, y que en su dia niegues la obediencia al gobernador en favor de Austria.

¿Los estados generales me mandan, repuso el veterano levantándose, que sea traidor?

Te mandan, Remy, obedecer como ciudadano flamenco.

Felipe de Marnis, gritó Remy, brotando llamas por los ojos y poseido apenas contenerse. Felipe de Marnis, calvinista, apóstata y mal caballero....

Felipe tocó con la diestra la empuñadura de su espada; el veterano notó el movimiento, y arrojándose sobre él, le cojió ambas manos entre las suyas y siguió diciendo.

—Felipe de Marnis, los desórdenes de tu juventud te han anticipado la vejez, y aunque tienes mis mismos años, estás mas gastado, mas débil. Todos tus esfuerzos para herirme serán inútiles, y tendrás que oir mis reconvenciones aunque te arrorices de escucharlas.

Felipe no hacia el menor esfuerzo para desasirse de las manos de su antagonista, y el veterano prosiguió:

—Felipe de Marnis, calvinista, apóstata, mal caballero y seductor....

—Calla, Remy.

—Y seductor: sé muy bien que el príncipe de Orange y los herejes sus amigos quieren que corran rios de sangre católica por las provincias, para lavar con ellas sus manos y bautizar á sus adeptos: sé que un gran número de ambiciosos combaten la autoridad real, para hacer la suya soberana: sé que pululan los traidores, y que quieres hacer uno de ellos á Remy de Halut. A Remy de Halut que ha sido siempre leal á Dios y al señor de Flandes; á Remy de Halut que ha derramado cien veces su sangre contra los herejes y los turcos; á Remy de Halut que ha nacido y se ha conservado caballero.

Y empujando con una mano á Felipe de Marnis, mientras abria la puerta con la otra, continuó con alguna mas calma, aunque no con menos dignidad:

—No quiero, Felipe de Marnis, retener prisionero en mi casa á un hombre que me llamó hermano: franca está la puerta, sal al punto, y que las palabras de un traidor no lleguen jamás á los oidos de un hombre honrado y caballero.

Preparado estaba Felipe á recibir tranquilamente la tormenta que habia provocado; pero el tono firme y los ademanes resueltos de Remy le impusieron de tal manera, que salió sin replicar al veterano, que tan duramente le apostrofaba. Al llegar al fin del corredor, se encontró á Fizt, que le saludó militarmente, pero sin cuidarse del soldado, abrió la puerta por sí mismo, y desapareció entre las sombras de las oscuras bóvedas de Arsenal.

Poco contaba el caballero con la docilidad de Remy, y sin embargo, le mortificaba cruelmente una repulsa que echaba por tierra sus mejor combinados planes. Caminaba con paso rápido y anhelante respiracion, llegó á la puerta, pidió su caballo, que mas feliz habia recibido magnífica hospitalidad en las cuadras del gobernador; y cabalgando inmediatamente, salió por la puerta del Arsenal á toda rienda.

CAPITULO IV.

MARIA ANA DE BERGHE.

Meditabunda quedó María Ana cuando se retiró Enriqueta; vamos, pues, á esplicar las causas de su repentino disgusto, y los motivos que la hacian alojar á la hermosa huéspeda en el interior de su celda.

Dijo la prelada que el príncipe no habia visitado aún el monasterio, pero que, queriendo cumplimentarla con particular cortesía, le habia enviado á su secretario Juan de Escobedo y á su amigo Octavio Gonzaga. Escobedo cumplió friamente su comision, pero Octavio, que no reparaba en edades y que veia perfectamente disimulados los cuarenta años de María Ana, estuvo galante en estremo, osando prolongar la visita cinco minutos. Al despedirse, ofreció la

cortés superiosa su humilde celda, así la llamaba, á los bizarros caballeros; Juan de Escobedo se contentó con agradecer tan fina oferta, pero Gonzaga se prevalió de ella, y al dia siguiente hizo visita en propio nombre. No desagradó á María Ana el primer dia el galante desembarazo del amigo del jóven príncipe; y aquel corazon que no habia latido jamás ó que se habia petrificado, sintió un impulso desconocido que procuró en vano dominar. Cuando al dia siguiente anunciaron "El caballero Octavio Gonzaga," se ruborizó al oir su nombre, y en aquella larga entrevista, que duró dos horas no escasas, tuvo frecuentes palpitaciones y quedó mas enamorada del buen porte del caballero. Sin embargo, estaba muy lejos de creerse presa de una pasion, cuando las palabras de Enriqueta, causándola terribles celos, la enseñaron que no era indiferente á las gracias del paladin.

Con la pronta penetracion de una muger enamorada, calculó que el viage de Enriqueta podia tener por único objeto ver al galanteador Gonzaga, y creyó prudente no perderla de vista hasta confirmar sus sospechas. Creemos necesario recordar, que las religiosas de San Alejo anulaban sus votos fácilmente, y por lo tanto, que María Ana podia aspirar á ser esposa del jóven amigo del príncipe. Hecha esta pequeña salvedad, y referidos los antecedentes precisos, justo es contemplar á la superiora que permanece en profunda meditacion. Pero podemos observar cómo reanima sus facciones, dilata las negras pupilas y mueve los labios al oir la voz de una de las religiosas que anuncia:

—El señor de Santaldegonde.

Felipe de Marnis entró, y María Ana, que se habia levantado por un movimiento instintivo, cayó en su asiento desplomada.

—Buenas noches, María de Berghe, dijo Felipe aproximándose.

—¡Felipe de Marnis! murmuró la superiora con espanto.

—Te admiras, prosiguió Felipe, acercando un sillon á la superiora y sentándose; te admiras de verme María Ana, y en verdad que tienes razon. Han transcurrido veinte años sin vernos, y en esos veinte años, María, he cambiado mucho, ¿es verdad?

—Mucho: murmuró la prelada.

—Tú, por el contrario, permaneces hermosa y fresca como entonces; tiene tu tez el terciopelo del albérchigo, y tus ojos brillan con una luz fascinadora. Estás muy hermosa, María.

—Tus elogios son un sarcasmo, dijo la prelada convulsa.

—Son tan sinceros mis elogios como efectiva tu belleza: dijo el caballero inclinándose y procurando besar una mano que la prelada retiró.

—¿Qué has venido á buscar, Felipe? preguntó María Ana con angustia.

—¿Qué puedo encontrar en este convento?

—No lo sé, Felipe, no lo sé.

—Te seria fácil adivinarlo. Felipe de Marnis solo podia buscar en el monasterio de San Alejo á la hermosa María Ana de Berghe.

—¿Qué pretendes de mí, Felipe?

—Nos conocimos cuando tú tenias quince años y yo treinta: tú eras una rosa á medio abrir, yo un arrogante caballero. ¿Es verdad, María, que era yo entonces una hermosísima figura?

—Sí, Felipe.

Pasamos cinco años unidos: cinco años de inefables placeres, que acabaron para no reproducirse jamás.

—No quisiste perpetuarlos.

—Amaba mucho mi libertad: despues he mudado de opinion.

—¿Has mudado de opinion?

—Sí. Meses pasados pedí la mano de la hija de un armero.

—¿De la hija de un armero?

—No te alarmes, por Dios, María Ana. Se negó la hija del armero á recibir la mia.

—¡Qué vergüenza!

—¡Oh! no. La muchacha era muy hermosa, el padre muy rico, y además, el regidor mas influente de Bruselas. Te aseguro que era una magnífica boda.

—Caballero, dijo María Ana levantándose con altivez, ¿quereis hacerme confidenta de unos amores tan villanos?

—No te irrites tan fácilmente y ocupa de nuevo ese sillon. Confieso que me estravié, pero prometo no reincidir.

La prelada ocupó su asiento, y el caballero prosiguió.

—Cuando nos separamos tenias veinte años escasos, y yo contaba treinta y cinco: tú permanecias fresca y hermosa; pero en mi frente se iban marcando algunas precoces arrugas. Permíteme ahora, María Ana, que te haga una sola pregunta. ¿Sentiste mucho nuestra repentina separacion?

—Derramé por ella, Felipe, lágrimas de sangre.

—Afortunadamente aquellas lágrimas no dejaron huellas en tu rostro.

—Las dejaron en mi corazon.

—Sin embargo, permíteme que te pregunte: ¿llorabas de amor ó de orgullo?

—¡De orgullo, Felipe, de orgullo!

—Bien respondido, María Ana; has sido sincera y aprecio tu sinceridad. Decia, prosiguió Felipe de Marnis, que nos separamos de repente, y han transcurrido veinte años desde el dia de nuestra fatal separacion. Veinte años son la vida de un hombre, y estoy seguro, María Ana, que no te acordarias ya de mí.

María Ana bajó la cabeza y Felipe continuó:

—Sin resentirme por este olvido, quise ver cómo te encontrabas, y he venido á darme en espectáculo; porque tú permaneces bella y yo estoy débil y caduco.

—¿A qué has venido?

—Oh! necesitaba que renovásemos nuestra amistad.

—Nunca, Felipe, nunca, nunca!

—Es indispensable, María Ana. Tengo que pedirte un favor, y tú no querrás concedérmelo si no somos buenos amigos.

—¿Concederte yo un favor, Felipe? No, jamás,

gar, diria al gobernador general: Señor, renuncio el cargo de gobernador del Arsenal, porque estoy dispuesto á militar en el ejército de las provincias.

—Harias mal.

—No haria mal, ¡voto al diablo! dijo Remy dando una puñada. Obraria como hombre de honor.

Este arranque del veterano desconcertó mucho á Felipe, pero dispuesto á jugar el todo por el todo, repuso:

—Veo, Remy, que pensamos de muy diferente manera.

—Hace tiempo que andamos así, contestó Remy con enfado.

—No obstante, quiero dar el último paso hácia tí, haciéndote una confianza. La guerra entre Felipe II, ó mas bien, entre D. Juan de Austria y los estados generales, es eminente.

—¿Eminente la guerra, Felipe, y no han transcurrido cinco meses desde que se firmó el *edicto perpetuo*?

—Remy, te he dicho la verdad.

—Imposible, Felipe, imposible.

—Es tan cierto, como que los estados generales cuentan con tu brazo, espada é influjo para sostener sus derechos.

—¿Los estados cuentan conmigo?

—Vengo á hacerte proposiciones en su nombre.

—Calla, Felipe. Los estados generales no tienen razon, ni aún siquiera pretesto. El gobernador ha cumplido religiosamente sus empeños. Ha librado á los españoles, anticipando cien mil florines de su bolsillo; está en Malinas para licenciar á los alemanes, y en sus palabras y en sus obras muestra caballerosa buena fé.

Hay muchos ilusos, Remy, y entre ellos te cuentas.

Hay muchos traidores, Felipe, y quizás aumentas su número.

Felipe se mordió los labios, hasta teñírselos en sangre, haciendo un esfuerzo desesperado, dijo:

Los estados generales te mandan que obedezcas mis instrucciones, que secundes todos mis proyectos, y que en su dia niegues la obediencia al gobernador en favor de Austria.

¿Los estados generales me mandan, repuso el veterano levantándose, que sea traidor?

Te mandan, Remy, obedecer como ciudadano flamenco.

Felipe de Marnis, gritó Remy, brotando llamas por los ojos y poseido apenas contenerse. Felipe de Marnis, calvinista, apóstata y mal caballero....

Felipe tocó con la diestra la empuñadura de su espada; el veterano notó el movimiento, y arrojándose sobre él, le cojió ambas manos entre las suyas y siguió diciendo.

—Felipe de Marnis, los desórdenes de tu juventud te han anticipado la vejez, y aunque tienes mis mismos años, estás mas gastado, mas débil. Todos tus esfuerzos para herirme serán inútiles, y tendrás que oir mis reconvenciones aunque te arrorices de escucharlas.

Felipe no hacia el menor esfuerzo para desasirse de las manos de su antagonista, y el veterano prosiguió:

—Felipe de Marnis, calvinista, apóstata, mal caballero y seductor....

—Calla, Remy.

—Y seductor: sé muy bien que el príncipe de Orange y los herejes sus amigos quieren que corran rios de sangre católica por las provincias, para lavar con ellas sus manos y bautizar á sus adeptos: sé que un gran número de ambiciosos combaten la autoridad real, para hacer la suya soberana: sé que pululan los traidores, y que quieres hacer uno de ellos á Remy de Halut. A Remy de Halut que ha sido siempre leal á Dios y al señor de Flandes; á Remy de Halut que ha derramado cien veces su sangre contra los herejes y los turcos; á Remy de Halut que ha nacido y se ha conservado caballero.

Y empujando con una mano á Felipe de Marnis, mientras abria la puerta con la otra, continuó con alguna mas calma, aunque no con menos dignidad:

—No quiero, Felipe de Marnis, retener prisionero en mi casa á un hombre que me llamó hermano: franca está la puerta, sal al punto, y que las palabras de un traidor no lleguen jamás á los oidos de un hombre honrado y caballero.

Preparado estaba Felipe á recibir tranquilamente la tormenta que habia provocado; pero el tono firme y los ademanes resueltos de Remy le impusieron de tal manera, que salió sin replicar al veterano, que tan duramente le apostrofaba. Al llegar al fin del corredor, se encontró á Fizt, que le saludó militarmente, pero sin cuidarse del soldado, abrió la puerta por sí mismo, y desapareció entre las sombras de las oscuras bóvedas de Arsenal.

Poco contaba el caballero con la docilidad de Remy, y sin embargo, le mortificaba cruelmente una repulsa que echaba por tierra sus mejor combinados planes. Caminaba con paso rápido y anhelante respiracion, llegó á la puerta, pidió su caballo, que mas feliz habia recibido magnífica hospitalidad en las cuadras del gobernador; y cabalgando inmediatamente, salió por la puerta del Arsenal á toda rienda.

CAPITULO IV.

MARIA ANA DE BERGHE.

Meditabunda quedó María Ana cuando se retiró Enriqueta; vamos, pues, á esplicar las causas de su repentino disgusto, y los motivos que la hacian alojar á la hermosa huéspeda en el interior de su celda.

Dijo la prelada que el príncipe no habia visitado aún el monasterio, pero que, queriendo cumplimentarla con particular cortesía, le habia enviado á su secretario Juan de Escobedo y á su amigo Octavio Gonzaga. Escobedo cumplió friamente su comision, pero Octavio, que no reparaba en edades y que veia perfectamente disimulados los cuarenta años de María Ana, estuvo galante en estremo, osando prolongar la visita cinco minutos. Al despedirse, ofreció la

cortés superiosa su humilde celda, así la llamaba, á los bizarros caballeros; Juan de Escobedo se contentó con agradecer tan fina oferta, pero Gonzaga se prevalió de ella, y al dia siguiente hizo visita en propio nombre. No desagradó á María Ana el primer dia el galante desembarazo del amigo del jóven príncipe; y aquel corazon que no habia latido jamás ó que se habia petrificado, sintió un impulso desconocido que procuró en vano dominar. Cuando al dia siguiente anunciaron "El caballero Octavio Gonzaga," se ruborizó al oir su nombre, y en aquella larga entrevista, que duró dos horas no escasas, tuvo frecuentes palpitaciones y quedó mas enamorada del buen porte del caballero. Sin embargo, estaba muy lejos de creerse presa de una pasion, cuando las palabras de Enriqueta, causándola terribles celos, la enseñaron que no era indiferente á las gracias del paladin.

Con la pronta penetracion de una muger enamorada, calculó que el viage de Enriqueta podia tener por único objeto ver al galanteador Gonzaga, y creyó prudente no perderla de vista hasta confirmar sus sospechas. Creemos necesario recordar, que las religiosas de San Alejo anulaban sus votos fácilmente, y por lo tanto, que María Ana podia aspirar á ser esposa del jóven amigo del príncipe. Hecha esta pequeña salvedad, y referidos los antecedentes precisos, justo es contemplar á la superiora que permanece en profunda meditacion. Pero podemos observar cómo reanima sus facciones, dilata las negras pupilas y mueve los labios al oir la voz de una de las religiosas que anuncia:

—El señor de Santaldegonde.

Felipe de Marnis entró, y María Ana, que se habia levantado por un movimiento instintivo, cayó en su asiento desplomada.

—Buenas noches, María de Berghe, dijo Felipe aproximándose.

—¡Felipe de Marnis! murmuró la superiora con espanto.

—Te admiras, prosiguió Felipe, acercando un sillon á la superiora y sentándose; te admiras de verme María Ana, y en verdad que tienes razon. Han transcurrido veinte años sin vernos, y en esos veinte años, María, he cambiado mucho, ¿es verdad?

—Mucho: murmuró la prelada.

—Tú, por el contrario, permaneces hermosa y fresca como entonces; tiene tu tez el terciopelo del albérchigo, y tus ojos brillan con una luz fascinadora. Estás muy hermosa, María.

—Tus elogios son un sarcasmo, dijo la prelada convulsa.

—Son tan sinceros mis elogios como efectiva tu belleza: dijo el caballero inclinándose y procurando besar una mano que la prelada retiró.

—¿Qué has venido á buscar, Felipe? preguntó María Ana con angustia.

—¿Qué puedo encontrar en este convento?

—No lo sé, Felipe, no lo sé.

—Te seria fácil adivinarlo. Felipe de Marnis solo podia buscar en el monasterio de San Alejo á la hermosa María Ana de Berghe.

—¿Qué pretendes de mí, Felipe?

—Nos conocimos cuando tú tenias quince años y yo treinta: tú eras una rosa á medio abrir, yo un arrogante caballero. ¿Es verdad, María, que era yo entonces una hermosísima figura?

—Sí, Felipe.

Pasamos cinco años unidos: cinco años de inefables placeres, que acabaron para no reproducirse jamás.

—No quisiste perpetuarlos.

—Amaba mucho mi libertad: despues he mudado de opinion.

—¿Has mudado de opinion?

—Sí. Meses pasados pedí la mano de la hija de un armero.

—¿De la hija de un armero?

—No te alarmes, por Dios, María Ana. Se negó la hija del armero á recibir la mia.

—¡Qué vergüenza!

—¡Oh! no. La muchacha era muy hermosa, el padre muy rico, y además, el regidor mas influente de Bruselas. Te aseguro que era una magnífica boda.

—Caballero, dijo María Ana levantándose con altivez, ¿quereis hacerme confidenta de unos amores tan villanos?

—No te irrites tan fácilmente y ocupa de nuevo ese sillon. Confieso que me estravié, pero prometo no reincidir.

La prelada ocupó su asiento, y el caballero prosiguió.

—Cuando nos separamos tenias veinte años escasos, y yo contaba treinta y cinco: tú permanecias fresca y hermosa; pero en mi frente se iban marcando algunas precoces arrugas. Permíteme ahora, María Ana, que te haga una sola pregunta. ¿Sentiste mucho nuestra repentina separacion?

—Derramé por ella, Felipe, lágrimas de sangre.

—Afortunadamente aquellas lágrimas no dejaron huellas en tu rostro.

—Las dejaron en mi corazon.

—Sin embargo, permíteme que te pregunte: ¿llorabas de amor ó de orgullo?

—¡De orgullo, Felipe, de orgullo!

—Bien respondido, María Ana; has sido sincera y aprecio tu sinceridad. Decia, prosiguió Felipe de Marnis, que nos separamos de repente, y han transcurrido veinte años desde el dia de nuestra fatal separacion. Veinte años son la vida de un hombre, y estoy seguro, María Ana, que no te acordarias ya de mí.

María Ana bajó la cabeza y Felipe continuó:

—Sin resentirme por este olvido, quise ver cómo te encontrabas, y he venido á darme en espectáculo; porque tú permaneces bella y yo estoy débil y caduco.

—¿A qué has venido?

—Oh! necesitaba que renovásemos nuestra amistad.

—Nunca, Felipe, nunca, nunca!

—Es indispensable, María Ana. Tengo que pedirte un favor, y tú no querrás concedérmelo si no somos buenos amigos.

—¿Concederte yo un favor, Felipe? No, jamás,

Entre los dos habrá guerra á muerte; ódio eterno, ódio inestinguible.

Felipe de Marnis cojió una campanilla de plata, é iba á llamar; la prelada le detuvo el brazo diciéndole:

—¿Qué vas á hacer?

—A reunir gente para contarle los motivos de ese ódio eterno que me has jurado, María Ana.

—Felipe!

—Me has declarado guerra á muerte, y quiero empezar las hostilidades.

—¿Cabe en un hombre tanta infamia?

—Recuerda que me has provocado; pero con todo, estoy dispuesto á transigir.

—Habla, Felipe, dijo la prelada con melancólico abatimiento.

—Muy poco tengo que pedirte, á lo menos en este instante.

—Habla, por Dios.

—¿Me prometes, María Ana de Berghe, concederme el primer favor que te pida?

—Felipe!....

—No has entendido la pregunta. Te la repiteré; ¿me prometes, María Ana de Berghe, concederme el primer favor que te pida?

—¿Qué has de pedirme?

—Es mi secreto.

—Indícamelo.

—Es imposible.

—Yo te juro no revelarlo.

—Tu juramento no me basta.

—Entonces....

—¿Qué dices, María?

—Que no te empeño mi palabra.

—Felipe de Marnis se sonrió y cojió de nuevo la campanilla; la prelada le detuvo el brazo, y arrodillándose á sus piés:

—Felipe, le dijo, por lo que mas ames te ruego que compadezcas á una muger cuyo único crímen fué amarte.

—Levántate, María Ana, levántate.

—No, Felipe; ¿quieres que prometa lo que no podré luego cumplir?

Felipe levantó con dulzura á la prelada, y dijo:

—Perdemos el tiempo en una cuestion tan sencilla, que apenas debiera ocuparnos; mis reticencias te hacen creer que voy á pedirte tu amor, y por eso temes concedérmelo; no hay nada de ello, María Ana.

—La prelada bajó los ojos de amargas lágrimas bañados, y Felipe continuó:

—Será una peticion sencilla que nada tiene que ver con tu persona ni puede traerte compromiso: en una palabra, María Ana, tendrás que ser la protectora de una simple calaverada.

—Te he jurado, dijo la abadesa, levantando sus ojos húmedos, guardar fielmente tu secreto; dímelo, y si no compromete mi honor, te lo concederé al instante.

Felipe miró un péndulo de bronce, que marcaba la media noche, y levantándose con calma:

—María Ana, dijo, me has hecho perder una hora, y los momentos son preciosos: no puedo darte esplicaciones, y necesito tu promesa. ¿Me empeñas tu palabra?

—No....

Felipe sacudió la campanilla y se presentaron al momento la camarera y las religiosas.

—Señoras, dijo entonces Felipe....

—Felipe, te doy mi palabra, murmuró á su oido María Ana, convulsa y pálida de espanto. Santaldegonde prosiguió:

—Señoras, desea la prelada que me acompañen hasta la puerta, porque es tarde y estarán los claustros oscuros.

—Sí, añadió al momento María Ana, recobrada de su terror; que venga un criado con una lámpara.

Las religiosas y la camarera se alejaron.

—María Ana, dijo entonces Felipe de Marnis, me has empeñado tu palabra.

—Me la has arrancado con violencia.

—¿La recojes?

—No, Felipe, no.

—Puedes hacer lo que te plazca. Si en llegando el momento supremo me opones el menor obstáculo, refiero las causas del ódio que me profesas, María Ana.

—El criado espera, dijo la camarera entrando.

—Pronto nos verémos, María Ana, murmuró Felipe.

—Id con Dios, caballero Felipe de Marnis, dijo la afligida abadesa.

El señor de Santaldegonde bajó la magnífica escalera, tomó su caballo en la portería, entregando un florin de oro al portero y otro al criado que habia venido alumbrándole, y cabalgando ligeramente se dirigió á toda carrera á la *posada del gallo encarnado*. Al primer golpe asomó la cabeza maesse Torcuato, y cinco minutos despues se presentó el capitan Rodolfo sobre su colosal caballo. Se saludaron los dos ginetes, y poniendo sus caballos al trote, desaparecieron por la calle del *hombre de hierro*.

CAPITULO V.

EL CAPITAN ROBERTO.

El palacio real de Malinas era un magnífico edificio de arquitectura gótico-germana, que habia padecido bastante en la formidable esplosion de 1546. Sin embargo, era entonces uno de los mas magníficos de la comarca, y estaba alhajado con lujo, por haber vivido en él mucho tiempo la rejenta de los Paises Bajos. En la cámara real de este palacio estaba el príncipe D. Juan satisfecho de verse libre de sus enemigos de Bruselas. El gobernador se paseaba, y en el alfeizar de una ventana estaba de pié un pajecito en actitud de esperar órdenes. Este pajecito era el mismo que impidió al vizconde de Gante la entrada en la cámara del príncipe.

—Gonzalo, le dijo D. Juan, parándose delante de él: ¿eres callado?

—Como un muerto:

—¿Y valiente?

—Como mi tio.

—¡Hombre, hombre!

—No hablo de lo gran capitan: hablo solo de lo valiente.

—¿Me tienes aficion?

—Tanta como Pactolo á Aquiles.

—¿Quieres servirme?

—Es mi deber.

—¿Sabes el camino de Bruselas?

—Sí, Señor.

—¿Tienes un buen caballo?

—Dos tengo.

—Conciso eres.

—Y muy exacto.

—¿Has dicho que quieres servirme?

—Y repito que es mi deber.

—Bien, Gonzalo; voy á hacerte una confianza.

Las pupilas del jóven paje se dilataron estraordinariamente; merecer la confianza del príncipe era una ventura que siquiera osaba esperar. El príncipe se colocó tambien en el alfeizar de la ventana, y le dijo.

—¿Conoces tú bien todas las entradas y salidas de mi palacio de Bruselas?

—Perfectamente; respondió el paje.

—¿Conoces tambien las sinuosidades del parque?

—Lo he recorrido varias veces.

—¿Y llegarias sin estraviarte á la gruta de la Magdalena?

—He pasado bajo su bóveda sombría algunas siestas de verano.

—Bien, Gonzalo: veo que eres resuelto y que no encuentras dificultades. Son las once de la mañana, tienes un magnífico caballo, y á las dos de la tarde podrás encontrarte en la gruta.

—Antes, si es preciso, señor.

—¿Tienes vestido á la flamenca?

—Tengo dos: uno de gran lujo y otro....

—¿Por qué te detienes, Gonzalo?

—Porque el otro es un vestido de aventuras.

—Perfectamente; ese vestido es admirable, pues no conviene que llames mucho la atencion. Ve y póntelo inmediatamente; manda que te ensillen un caballo, toma esta llave, y vuelve por la puerta secreta que dá entrada á mi dormitorio. Desde hoy tienes, Gonzalo, el privilegio de usar de esta llave.

—Señor, dijo el paje, hincando una rodilla: permitid que bese vuestra mano por una merced tan singular.

El príncipe le tendió la mano, y Gonzalo desapareció con la velocidad de un ave. Solo Don Juan se acercó á una mesa y escribió, la siguiente carta.

Malinas, 22 de Julio de 1577.

Señora: un amor siempre rodeado de las seducciones del misterio no necesitaba el estímulo de la ausencia para causarme contínua y vehemente inquietud. Te amo, sin saber á quien amo ni poder esplicarme un instante el fundamento de este amor. Es una oculta simpatía. ¿Hay alguna causa ostensible? No sé resolverlo. Acostumbrado á seguir fielmente los consejos de mi misteriosa deidad, lejos de ella marcho al acaso, y no tengo prenda de acierto. ¡Cuánto he perdido al salir de Bruselas, cuánto! Un consuelo solo me anima, y lo confieso francamente: en Malinas respiro con mas libertad: me parece que la traicion aún no ha penetrado en sus muros, y, en vez de ofensas, recibimos los mas cariñosos agasajos. Adios, señora; mi mensajero es el paje que designaste como valiente y fiel, confíale todo cuanto tengas que decirme, y fia en el amor de

JUAN DE AUSTRIA.

Apenas habia acabado el príncipe este billete, bastante lacónico para un enamorado ausente, cuando entró Gonzalo por la puerta secreta, en completo traje de camino. Vestia una gran trusa flamenca de paño color de corinto, una ropilla de franela oscura, un coleto de ante, un ancho cinturon de cuero y grandes botas de montar. Un chambergo de tendidas alas cubria gran parte de su rostro, y llevaba daga en el cinto, habiendo desdeñado la espada como embarazosa para su delicada mision.

—Muy bien equipado, dijo el príncipe al verlo entrar; y presentándole la carta, añadió: Lleva esta carta con cuidado, y entrégala á una *dama negra* que encontrarás en la gruta de la Magdalena.

—¿Nada mas tengo que hacer, señor?

—Obedece sus instrucciones.

El paje saludó marcialmente, y momentos despues, cabalgando sobre un hermoso tordo árabe, iba á todo escape hácia Bruselas.

No tuvo lugar el ilustre príncipe de pensar en la comision que habia confiado al jóven paje, pues le anunciaron la llegada del caballero Juan de Berghe, señor de Waterdijck y presidente del gran concejo real de Flandes.

El caballero Juan de Berghe habia cumplido sesenta años, y su estatura majestuosa, unida á su blanca barba y cabellos, le daban un aire imponente, que realzaba su suprema majistratura. El príncipe, que se complacia en distinguirlo, le salió al encuentro y conduciéndole á un sitial, le dijo:

—Veo que el mas anciano acude el primero á la cita.

—Señaló V. A. las doce, y al llegar á la puerta ví que las marcaba el relox del ayuntamiento, dijo el anciano presidente.

—Escrupulosa esactitud.

—Ni un momento antes ni un segundo despues: no quiero pecar de importuno, ni que me tachen de rehacio: esta es mi costumbre, señor.

—¿Y os conservais bien?

—Perfectamente, para el servicio de S. M. y á las órdenes de V. A.

—¿Y la señora abadesa de San Alejo, vuestra noble hermana?

—Deseando que V. A. quiera honrarla.

—Han transcurrido algunos dias y aún no he podido tener el gusto de ponerme á sus piés: esta tarde tenemos procesion: mañana sin falta iré á verla.

—¿Anuncio, señor, la visita de V. A?

—Podeis hacerlo.

En este momento anunciaron al caballero Remy de Halut, é inmediatamente se presentó el intrépido veterano. El príncipe lo recibió con estraordinario agasajo, y señalándole un sitial le dijo.

—Amigo Remy, la justicia se os ha adelantado.

—Señor, contestó Remy tranquilamente, me estaba paseando en la plaza, esperando que dieran las doce, cuando llegó el señor presidente, que no esperó oir las campanadas.

—Ya estrañaba yo que á Remy ganara nadie por la mano. ¿Y cómo están vuestras heridas?

—Bien, señor; pero permitidme que os haga á mi vez otra pregunta: ¿cómo están las heridas de la pobre Flandes?

—Remy de Halut, tocan á ellas muchos cirujanos, y mientras los unos ponen calmantes, los otros, Remy, cauterizan.

—Teneis razon, escelso príncipe.

—Mas yo descubro algun misterio en vuestras palabras.

—Le hay.

—¿Puedo saberlo?

—Los estados generales conspiran contra S. M. D. Felipe II y contra V. A.

—Lo sé.

—Ahora con mas afan que nunca.

—¿Quién os ha dado esas noticias?

—Permitidme, señor, que lo calle.

—¿No quereis revelar su nombre?

—No debo.

—Pues calladlo, Remy. ¿Sabeis de qué medios se valen.

—Solo sé, señor, que procuran ganar á los gefes militares.

—¿Os han hecho proposiciones?

Remy guardó profundo silencio.

—Bien, dijo D. Juan levantándose; están suspirando por la guerra, y al cabo saldrán con su empeño. Señor presidente, si hacemos uso de las armas, certificad á Felipe II, que he desenvainado la espada cuando no quedaba ni una hoja á su pacífico ramo de oliva.

Escobedo entró: poco despues el noble duque de Ariscot; y por último los representantes de los soldados alemanes. Eran estos, el capitan Roberto, mozo de escasos cinco lustros, un coronel de sesenta años y otro capitan de la misma edad. El príncipe les mandó sentarse, y echándoles una mirada penetrante é indagadora, dijo:

—Han transcurrido muchos dias, y hemos tenido varias sesiones, para arreglar las cuentas pendientes y convenir en la disolucion de las compañías alemanas: las cuentas quedaron en breve tan claras como estar debian, pero carecíamos de fondos para satisfacer plenamente á los acreedores del Estado. Siendo urgente la disolucion, propusimos dar á las compañías cien mil florines en el momento de disolverse, y empeñé mi palabra de remitirlas en un plazo bastante breve los doscientos mil que se las quedarian adeudando. Los señores comisionados opusieron alguna que otra dificultad, y últimamente se tomaron tiempo para decidir la cuestion. Con este objeto estamos reunidos y espero saber la respuesta.

—Permitidme, señor, dijo el caballero Juan de Berghe, que haga á los señores comisionados imperiales algunas breves reflecsiones. Los señores comisionados saben muy bien, que en el artículo 3.° del tratado de paz, conocido con el nombre de *edicto perpetuo*, se preceptúa: "Que saldrán todos los soldados estrangeros."

—Pero al mismo tiempo se dice, interrumpió el capitan Roberto, que saldrán despues de haber recibido sus haberes.

El príncipe miró al capitan con estrañeza, y el anciano Berghe continuó:

—No negaré al señor capitan una cláusula bastante esplícita de tan solemnes capitulaciones; pero creo justo hacerle observar la penuria de los fondos públicos, y la consideracion que merecen unas provincias esquilmadas por cuantos han combatido en ellas.

—Tambien creo justo hacer observar al señor presidente del gran concejo real de Flandes, replicó el capitan Roberto con tono brusco y desabrido, el derecho que tienen los que han derramado su sangre á recibir la recompensa.

El príncipe lanzó al capitan una mirada de desprecio, y el presidente continuó.

—No me fundo, señor capitan, en razones de estricta justicia, y apelo á las de conveniencia de ambas partes interesadas.

—Quizás convenga á los flamencos, dijo el capitan mas desabrido, arrojarnos de su territorio, cuando nos consideran inútiles; pero á los soldados alemanes no conviene marcharse á sus casas rotos, sin honra, y sin dinero.

El anciano no contestó, y dirigiéndose entonces el príncipe al caballero Remy de Halut, le dijo:

—Señor gobernador del Arsenal, teneis alguna cosa que decir?

—Entiendo la milicia á mi modo, contestó Remy secamente, y creo que con mis reflecsiones no adelantaria mucho la cuestion.

—En este caso, repuso D. Juan, dirijiéndose al coronel, tened la bondad de decirnos lo que habeis resuelto.

El coronel dirijió una mirada á Roberto y guardó silencio.

—Ya que está mudo el señor coronel, prosiguió D. Juan con sarcasmo; dignaos vos, señor capitan, decirnos cuáles son vuestras intenciones.

—Señor, dijo el jóven capitan, con insolente desenfado, si V. A. da á los alemanes los trescientos mil florines que se les adeudan, se marcharán inmediatamente; pero en tanto que esto sucede, permanecerán en su puesto.

—Bien, señor capitan, dijo el príncipe. Se han roto las negociaciones.

D. Juan se levantó de su asiento; todos los demás le imitaron, y los comisionados imperiales pidieron venia para marcharse. El príncipe se la concedió; pero en el momento de salir dijo á Roberto:

—Capitan, decid á los soldados alemanes, que mandaré degollar al primero que promueva el menor desórden.

Y dirijiéndose despues á los caballeros Juan de Berglie y Remy de Halut, añadió:

—A su debido tiempo, caballeros, certificareis á Felipe II la conducta de los comisarios imperiales.

El presidente y el gobernador del Arsenal se despidieron, protestando al príncipe su adepcion, y quedó el austriaco con su secretario Escobedo.

—¿Qué opinas, le preguntó el príncipe, de los comisarios imperiales?

—Que están vendidos á Guillermo, príncipe de Orange.

—¿Guillermo puede combatirnos pública y cautelosamente, y nosotros debemos quedar mudos é impasibles espectadores?

—Esperemos, señor, la respuesta de S. M. Don Felipe II.

—No habrán llegado aún nuestras cartas á su poder, y tendremos que esperar mucho.

—No hay otro remedio, señor.

—Se me ocurre un partido, Escobedo; y he de tomarlo, ¡vive Dios!

—¿Puedo saberlo, escelso príncipe?

—Sin duda. Toma un pergamino y escribe.

Escobedo tomó un pergamino, se sentó á la mesa y escribió, dictándole D. Juan de Austria.

"*Señores diputados, nobleza y clero de los Estados generales:*

"Desde que en tres de mayo próximo pasado fuí jurado gobernador general de los Paises Bajos españoles, he procurado cumplir fielmente la paz de Gante y el *edicto perpetuo;* mas á pesar de mi buen deseo, se han presentado dificultades, y algunos síntomas de descontento que no hubieran debido de existir. He callado durante algunos meses; pero quedar mudo por mas tiempo seria un doble crímen respecto á mi rey y respecto á los Estados generales. Estoy persuadido que la principal causa de tan lamentables desavenencias es no haber guardado el príncipe de Orange la paz de Gante y el *edicto perpetuo*, como estaba obligado á hacerlo. No he perdonado ningun medio para conseguirlo, señores. Vuestros diputados y los mios se le reunieron en Santa Gertrudemberg, lugar designado por él mismo, y solo respondió á sus instancias con especiosas evasivas. En este caso creo indispensable que nos reunamos, para apremiar al príncipe de Orange; y aunque me es doloroso decirlo, tambien creo que si desoye nuestra voz, amistosa y franca como siempre, debemos, por propio decoro y para obrar como leales respecto á S. M. Don Felipe II, recurrir á las armas y no dejarlas de la mano hasta hacerle entrar en razon,

"Recurro á los Estados generales, como á mis íntimos concejeros, esponiéndoles mis observaciones, y espero ansioso su respuesta."

El príncipe tomó la pluma de mano de su secretario y firmó.—JUAN DE AUSTRIA."

—¿Apruebas esta comunicacion? preguntó D. Juan.

—Me parece muy oportuna, pero no lograremos nada.

—Sabremos al menos, Escobedo, que no podemos esperar. Toma otro pergamino y escribe.

Escobedo tomó otro pergamino, y el príncipe siguió notando.

"Señor coronel: os recomiendo particularmente la guardia de la fortaleza de Amberes, y que encargueis á vuestros subordinados vigilancia en las plazas que están bajo sus órdenes. Tengo particulares motivos para repetir este encargo, y espero que lo cumplireis."

—Copia esa órden, dijo el príncipe, y en lugar de Amberes pon Lovaina.

Escobedo copió la órden, el príncipe estampó su firma en las dos, y cerrándolas, escribió de su puño y letra los sobres: *Cárlos Fúcar*, y *Jorje Fromberg*.

—Ahora Escobedo, continuó D. Juan, toma mi carta, monta á caballo, vé á Bruselas y ponla en manos de los Estados generales. Mañana mismo quiero que traigas la respuesta.

—Así sucederá, señor.

—Yo cuidaré de que estas dos órdenes lleguen sin tardanza á sus destinos.

CAPITULO VI.

LA PROCESION.

Escobedo montó á caballo, para dirijirse á Bruselas, y el príncipe envió dos emisarios de confianza á los coroneles alemanes. Desempeñados sus deberes de gobernador general, y precavido en cierto modo contra las intrigas de sus encubiertos enemigos, se dispuso para asistir á la procesion, que como habia dicho el caballero Juan de Berghe, debia verificarse aquel dia.

Grande movimiento se notaba en toda la ciudad de Malinas; las casas estaban adornadas con las mas vistosas colgaduras, y el repique de las campanas anunciaba estrepitosamente la proximidad de tan gran fiesta. En las ventanas y balcones lucian su hermosura y sus galas las ilustres damas del país, en tanto que las encajeras recorrian las calles en numerosos grupos, recibiendo las galanterías de los tapiceros sin turbarse, y aún con vanidoso desenfado. Los muchachos corrian, se empujaban, daban gritos y victoreaban á los representantes de los diez y nueve gremios de artesanos; los cuales atravesaban magestuosamente la plaza mayor y entraban en la catedral.

A las cuatro en punto de la tarde llegó el príncipe á las casas consistoriales, acompañado del duque de Ariscot, marqués de Abre, vizconde de Gante, Octavio Gonzaga, Andrés de Prada y un gran número de caballeros de Malinas y de Bruselas que componian su comitiva. En las casas consistoriales le esperaban el burgomaestre y los doce rejidores de la ciudad; el gran concejo real, presidido por el señor de Waterdijek, y compuesto de los concejeros, Remy Dutrié, dean de Santiago de Brujas; Antonio Contault, canónigo de Nuestra Señora de Arras; Francisco Cranevelde, Juan Masuni; Juan Colin, Santiago Wastel y demás miembros del concejo; el

caballero Remy de Halut, con varios oficiales veteranos; y por último los comisarios imperiales. Así que se presentó el príncipe, se dirijió esta comitiva á la catedral, y fué recibida por el cabildo en corporacion, con el arzobispo á la cabeza.

Un nuevo repique de campanas anunció momentos despues, que habia llegado el de salir la procesion, y el inmenso pueblo, que cubria la plaza mayor, abrió calle por un movimiento simultáneo.

Marchaban en primer lugar cuatro mosqueteros del príncipe; iba en seguida la cruz arzobispal, despues los pendones de las hermandades, y en seguida los representantes de los diez y nueve gremios, con hachas de cera en las manos. Seguian á los gremios las comunidades religiosas con sus cruces; despues de las comunidades religiosas, marchaba el clero de las siete parroquias, con sus cruces y sus ciriales; y en seguida el cuerpo del Santo patrono de Malinas, en una gran caja de plata, puesta en andas, y tan pesada que apenas podian conducirla los catorce mas robustos cofrades. A las andas seguia el cabildo, compuesto de doce canónigos y presidido por el arzobispo primado; marchando detrás del cabildo la nobleza, ayuntamiento y gran concejo real, presididos por D. Juan de Austria, que iba colocado entre el presidente del concejo y el burgo-maestre de Malinas; cerrando la marcha una compañía de mosqueteros.

Vasto campo ofrecen á las meditaciones del hombre pensador las ceremonias religiosas, y particularmente aquellas que tienen lugar entre el bullicio de las calles y de las plazas. Al ruido, á las aclamaciones, á las riñas y á los denuestos sucede, como por ensalmo, un silencio respetuoso; todas las cabezas se descubren y todos se postran humildes ante la reliquia veneranda. Aquellas olas embravecidas, que chocaban un momento antes como las olas del océano, parece que tocan la meta y quedan inmóviles de ropente á la voz de un ser superior, poderoso y desconocido: aquellos pensamientos, tan variados como las inclinaciones y los rostros, se confunden en un pensamiento; y aquellas pasiones que vibran, como varias cuerdas unísonas al sacudir una no mas, quedan dormidas, como las hojas en los árboles ó las espigas en las mieses pasado el soplo de la brisa que las agito blandamente. Escaminando grupo por grupo se tocará palmariamente lo que acabamos de indicar. En uno, formado de muchachos ó de traviesos mozalvetes, encontrarémos la ola que empuja y que se para por ensalmo: en los de personas juiciosas, los pensamientos que se interrumpen, para confundirse en el gran pensamiento religioso que los ha llevado á aquel lugar: en los de las jóvenes entusiastas, las pasiones que quedan dormidas, el corazon que se desprende de sus afecciones mundanas, el alma que vuela á los cielos para bañarse en una luz que no pueden sufrir los ojos.

La procesion de San Roberto era entonces una protesta de los católicos romanos contra los herejes calvinistas; de los sostenedores del culto contra los fieros perseguidores de las imágenes y de las reliquias sagradas. La persecucion despertaba el adormecido entusiasmo, y si la semilla de la herejía se fecundaba en algunos pechos, otros se apegaban mas y mas á la religion de sus mayores.

Empezó la procesion su carrera, ya entre los víctores de la multitud y ya entre un religioso silencio; todos se postraban humildes ante las reliquias de San Roberto, y se levantaban curiosos para ver pasar al jóven príncipe, que llamaba mucho la atencion por su apostura y rico traje. Vestia D. Juan calzon encarnado, con grandes truzas acuchilladas: una ropilla de tisú, bordada de rica pedrería; un coleto de terciopelo negro, con mangas perdidas: y un cinturon de terciopelo carmesí bordado de oro y pedrería. Pendia de este cinturon una espada, forjada en Toledo, ricamente montada y herencia del emperador: llevaba zapato acuchillado y pequeño sombrerillo español con blanca pluma: luciendo el collar del toison y la banda de general. Su aire marcial, sus modales francos y galantes, la dulce espresion de su rostro y la gallardía de su persona, le ganaban todos los corazones femeniles, y se preguntaban las jóvenes, ¿cómo era posible que un príncipe tan bondadoso y tan bizarro no desarmara á sus encarnizados enemigos?

—Yo, decia una rubia muy graciosa, viéndolo pasar, á una amiga; era capaz de empuñar una espada para defender al jóven príncipe, á quien persiguen sus enemigos sin justa causa ni razon.

—Lo mismo haria yo, respondió la amiga ecshalando un hondo suspiro.

—Y yo; repitió una tercera, que habia oido la conversacion; generalizándose tanto esta idea, que hubiera podido reunir el príncipe numeroso ejército de amazonas.

Entre todos los edificios de Malinas se distinguian sus magníficas casas consistoriales, tanto por el lujo de sus colgaduras de brocado, con franjas de oro, como por las muchas beldades que lucian en ella su hermosura. Dejarémos á todas ellas ganar y perder corazones, para dirigir nuestra atencion al balcon principal. Estaba en él María Ana de Berghe, vestida de negro interiormente, con una toca negra tambien y acabada en punta, y el gran manto de lana, que en anchos pliegues la bajaba desde la cabeza á los piés. Este traje, sério y sencillo, daba majestad á la belleza de la prelada de San Alejo, y esclamaban muchos al mirarla: "¡Que imponente y que hermosa está!"

Toda la atencion de María Ana se dirigia á la comitiva del príncipe, y cuando se encontraron sus ojos con los de Gonzaga, quedaron fijos en el amigo de D. Juan: Octavio pagó á la abadesa sus tiernas miradas con otras tan cariñosas y espresivas, pero turbándose de improviso clavó su mirada en el suelo. A la derecha de María Ana vió Gonzaga una hermosa muger, vestida con un traje interior de batista, guarnecido de ricos encajes, una especie de sobre-todo, de raso negro, con mangas perdidas, y un aderezo de riquísima pedrería. Octavio la miró otra vez, y apenas pudo convencerse que tenia delante á la hermosa Enriqueta de Horn.

Un hombre menos decidido que Gonzaga hubiera sentido en el alma tan inesperado compromiso; pero el intrépido soldado, caballero sin miedo y sin tacha en las crudas lides de amor, levantó de nuevo la cabeza, é hizo un minucioso cotejo entre las dos damas rivales.

Hemos dicho que María Ana llevaba muy bien sus cuarenta; pero á pesar de tan ventajoso disimulo, llevaba mejor Enriqueta sus floridos veinte y cinco años, edad de su mayor lozanía en una belleza alemana. En esta primera comparacion salió perdiendo la abadesa, y en la de hermosura y gallardía quedaron al menos iguales.

La procesion se adelantaba con su acostumbrada lentitud, y Octavio quedó colocado frente del balcon de las damas: este era el momento difícil para un amante adocenado; pero Gonzaga, que estaba muy lejos de pertenecer á esta clase, saludó á las damas cortesmente, acompañando su saludo con una graciosa sonrisa. Esta sonrisa y este saludo iban dirijidos á las dos, y sin embargo, cada una supo interpretarlos á su modo. Para Enriqueta querian decir: "Me has sorprendido agradablemente y te perdono la sorpresa en favor del placer que me causas." Para la abadesa: "Os saludo con todo el respeto, señora, que vuestra alta clase merece; pero si hemos soñado un momento, debe terminar la ilusion al aparecer Enriqueta."

¿Por qué daban estas dos mujeres esplicaciones tan distintas á un incidente, que podia ser hasta insignificante? Porque Enriqueta de Horn miraba por el prisma encantado de un amor, correspondido hasta el momento, y que halagaba entonces su orgullo; y María Ana todo lo veia por el negro prisma de unos celos que herian su amor propio y crudamente la atormentaban.

—¿Me parece, dijo la abadesa dirijiendo la palabra á su amiga, que te ha saludado Gonzaga con notable amabilidad?

—Es muy amable ese caballero, como me dijísteis ayer, repuso Enriqueta sonriyéndose: y ademas, señora, habeis tenido tanta parte en su saludo como yo.

—Es verdad, replicó María Ana; y las dos guardaron silencio.

La comitiva se adelantó, y el príncipe saludó tambien á las dos damas, despues de haber dicho al presidente:

—¿La señora que está á la derecha de vuestra hermana, es, si no me engaño, la hermosa Enriqueta de Horn?

—Tiene V. A. razon, repuso el señor presidente.

—Me parece que la dejé en Bruselas.

—Llegó anoche, y está hospedada en el monasterio de S. Alejo.

—En el monasterio de S. Alejo.

Así que perdió Octavio de vista á las damas, se salió de la comitiva y entró en el palacio del príncipe: allí pasó mas de una hora, saliendo despues con el traje de un simple escudero, y embozado en una ancha capa.

La procesion siguió su curso, sin novedad de ningun género, volviendo á entrar en la catedral momentos antes de anochecer. María Ana de Berghe, Enriqueta y algunas monjas se encaminaron al monasterio, llegando á él en la hora mas á propósito para los misterios, pues el crepúsculo apenas alumbraba, y no ardian aún los faroles. Por casualidad ó providencia, subia María Ana la escalera delante, y Enriqueta se quedó la última, sin que nadie hubiera reparado en un hombre que estaba oculto en el descanso. Al igualar con él la hermana del baron de Horn, se desembozó rápidamente y la dijo:

—¿Cuándo nos verémos, Enriqueta?

—Mañana á las doce, Gonzaga.

—¿En qué lugar?

—En este mismo.

Enriqueta subió la escalera, radiante de felicidad, y Gonzaga desapareció entre las sombras de los claustros.

Acabada la procesion, volvió el príncipe á su palacio, con el afan de ver á Gonzalo, á quien suponia ya de vuelta. Los obsequios de los cortesanos contrariaban terriblemente la impaciencia del gobernador, y en aquellos momentos sentia mas el peso de su autoridad y gerarquía que en circunstancias mas difíciles. No sabiendo cómo alejar á tanto importuno, fingió una indisposicion repentina y se retiró á su cámara particular, sin permitir que nadie le acompañase á ella.

Al entrar descubrió á Gonzalo, recostado en un gran sillon y profundamente dormido. El príncipe lo contempló con un interés paternal, temiendo interrumpir el sueño de aquel servidor de quince años. Sin embargo, venció la impaciencia, y poniéndole una mano en el hombro,

—Gonzalo, le dijo.

—Señor, repuso el paje levantándose y echando una mirada soñolienta en derredor suyo.

—¿Has dormido bien?

—Llegué á las cinco, no estaba en traje de procesion, me eché en este sillon y he dormido dos horas largas.

—¿Y cómo has salido, Gonzalo, de tu comision?

—Perfectamente. ¿A no haberla desempeñado bien hubiera podido dormir?

—¿Llegaste....?

—Entregué mi caballo á un pastor, que apacentaba su rebaño entre el doble recinto de Bruselas, poniéndole un florin en la mano, para que lo cuidara bien: penetré en el palacio sin que reparasen en mí: llegué al parque, y á las dos menos cinco minutos estaba en la gruta de la Magdalena. Muy poco tuve que esperar; la dama negra es tan ecsacta como un centinela español, y se presentó de improviso, pronunciando el nombre de Gonzalo. La saludé respetuosamente y puse en sus manos vuestra carta.

—¿La leyó?

—Con mucha ansiedad.

—¿Y despues?

—Trazó en un pedazo del nema unas cuantas palabras, picadas con un alfiler, y me las entregó, diciéndome: "corred, caballero, á Malinas, y dad al príncipe este papel."

—Dámelo, Gonzalo.

—Aquí está.

El paje presentó á D. Juan el pedazo del roto nema, y el príncipe leyó estas palabras:

"Que se halle un amigo vuestro, á las diez de esta noche, en la gruta de la Magdalena."

Volvió D. Juan á leer las palabras, meditó un instante y dijo á Gonzalo:

—¿Estás muy cansado, amigo mio?

—¿Cansado por haber corrido ocho leguas? No lo está, señor, mi caballo.

—¿Te atreves á correr otras ocho?

—Inmediatamente, señor.

—Pues manda que te ensillen dos buenos caballos.

—Dos caballos.

—Tienes que caminar de noche y no quiero que vayas solo.

—¿Cree V. A. que tengo miedo?

—No, Gonzalo.

—Pues suplico rendidamente á V. A. que me permita marchar solo.

—No puede ser.

—Señor....

—Gonzalo, te acompañará Don Juan de Austria.

El paje miró al jóven príncipe con entusiasta admiracion, comunicó inmediatamente las órdenes para el viaje, y pocos momentos despues estaban camino de Bruselas.

CAPÍTULO VII.

LA CITA.

Hemos visto á Felipe de Marnis, cauteloso conspirador, en el recinto de Malinas, pero hemos perdido de vista á muchos de los principales personajes que figuraron en la primera parte de esta historia. No ha sido nuestro ánimo, sin embargo, olvidarnos de ellos, y vamos á dar una prueba. Por aficion, y porque le corresponde de derecho, nos ocuparémos en primer lugar de María Estraten, amante desdeñada del príncipe por una aprension lamentable.

Dijimos, al querer describir el carácter de esta hermosa jóven, que ya era melancólico y dulce, ya alegre y travieso quizás, ya entusiasta y arrebatado. Siguiendo el curso de los hechos, ha podido notarse bien, que este caprichoso carácter se habia fundido, digámoslo así, y resultado de él uno serio, melancólico y reflecsivo. Desde la ausencia de D. Juan habia crecido rápidamente esta dolorosa melancolía, y parecia María entregada á investigar los ocultos hilos del gran tejido de maquinaciones aleves que tenian lugar en Bruselas.

Para alentar la hermosa María las pretensiones de Guillermo, no tuvo otra idea que disponer de un instrumento bastante dócil, y lograr saber por su medio los planes de los conjurados. La infame conducta de Matren la privó de tan buen espía; y, aunque el hijo del posadero se arrepintió de su locura y la pidió humilde perdon, María despreció sus plegarias, y Cornelio Estraten le prohibió que siguiera molestando á su hija.

En un movimiento de justa cólera y de profunda indignacion, reveló el armero á María gran parte de la conjuracion que tramaban contra el gobernador general, y al dia siguiente lo que habia pasado en la real cámara del príncipe. Estas revelaciones estrecharon la intimidad del padre y la hija, encontrando María en maesse Estraten lo que habia perdido en Guillermo. Al principio de estas confianzas no dejaba de estrañar el armero el mucho interés que la jóven manifestaba por cuanto tenia relacion con el príncipe; pero como él mismo, reconociendo el valor, lealtad é hidalguía de D. Juan, se habia trasformado en su mas ardiente defensor, se holgaba de verse secundado por los esfuerzos de su hija, y de tener sobre este punto sus mas ardientes simpatías.

Los señores baron de Hesse y conde de Lalain continuaban siendo los jefes ostensibles del partido conspirador, en tanto que Felipe de Marnis y Mos de Theron procuraban disponer las cosas de modo, que reportara todas las ventajas su patrono el príncipe de Orange. Jorje Matren, envanecido con la importancia que le habian dado, desempeñaba su papel subalterno con una altivez que enfadaba á sus mas íntimos aliados; su hijo Guillermo lloraba como un chico acordándose de María, y llenaba de denuestos á Marnis; mientras maesse Cornelio, sin presentarse como partidario del gobernador general, combatia los proyectos de los orangistas con obstinacion y firmeza.

Los Estados generales fluctuaban, queriendo conjurar la guerra con inútiles paliativos; y los magistrados interrumpian el ejercicio de sus funciones, temiendo atraer sobre sus personas la animadversion popular.

En este estado se encontraban todos los partidos al anochecer el 22 de Julio de 1577, y para la mayor inteligencia de los sucesos, irémos contando las horas.

A las ocho en punto de la noche montó el príncipe D. Juan á caballo, vestido con una ancha truza flamenca, botas de montar, ropilla de paño cenicienta, coleto de ante, fuerte y sin mangas, cinturon de cuero, sombrero chambergo, y una capa. Llevaba una espada, grosera pero de buen temple, y un agudo puñal italiano. En este traje, y acompañado de su fiel paje Gonzalo Fernandez de Córdoba, tomó el camino de Bruselas á escape tendido, y animando siempre á su caballo con el acicate y la voz. A las nueve y media penetraron en el primer recinto de Bruselas, se detuvieron al pié *de la torre de los tres cipreses*, descabalgaron á un mismo tiempo, y entregando D. Juan á su paje las riendas del fogoso bruto, dijo á Gonzalo:

—Amigo mio, espérame aquí.

—Señor....murmuró el paje.

—¿Qué quieres?

—Querria acompañaros.

—¿Y quién cuidará de estos corceles?

El paje echó una mirada en derredor, y conociendo que la observacion del príncipe era justa, dijo tristemente:

—Esperaré.

D. Juan agradeció, como debia, la resignacion de su paje, y tomó el camino del palacio, procurando evitar todo encuentro. Cruzó con cautela la gran Plaza de las Estatuas; atravesó los pórticos y el atrio, llegó á la pradera, y respirando con mas libertad, entró en el Parque, y se dirijió inmediatamente á la gruta de la Magdalena. Al confundirse entre sus sombras, oyó el reloj de San Nicolás que daba las diez pausadamente.

—Gonzalo, Gonzalo, dijo una voz dulce de mujer.

—No es Gonzalo, replicó D. Juan, saliendo al encuentro de la dama.

—¡D. Juan!

—D. Juan, que no podia vivir ausente de tí, hermosa ninfa: D. Juan, que te adora locamente y que prefiere morir mil veces á una ausencia tan prolongada. ¿Sabes, hermosa, lo que es la ausencia?

—Sí, D. Juan. La ausencia es la muerte: es peor: es una perpétua agonía. Recordamos al objeto amado, y cada recuerdo es un puñal, porque al través de las mas seductoras imágenes se vislumbran, príncipe, los celos. ¿Sabes, D. Juan, lo que son celos?

—Sí, ninfa. Los verdugos que atormentaban á los mártires de Jesucristo no inventaron ningun tormento que á los celos pueda igualarse: ellos torcian y descoyuntaban sin piedad los miembros de las víctimas, pero los celos, amor mio, tuercen el alma del amante. ¿Pero á qué viene atormentarnos con imágenes tan funestas? Yo ansiaba verte, como ansía la luz el que está sumido en un profundo calabozo, como ansía un raudal el sediento, como los justos de la tierra ansian morir y ver á Dios.

—¡D. Juan!

—¡Oh sí! ¡lo ansiaba tanto! Y al fin no te veo. Estas tinieblas; el disfraz que cubre tu rostro; esa túnica misteriosa que te envuelve como un sudario; todo dá pábulo á mi deseo, y tu....

—¡Príncipe!

—¿Por qué retiras esa mano, cuando quiero estampar mis labios?

—Porque soy mujer.

—Tienes razon.

Y abandonando el príncipe la mano, que no retiraba ya la ninfa, añadió:

—Las densas tinieblas de la noche nos protegen, hermosa mia; ¿quieres que salgamos á respirar bajo la bóveda del cielo?

—Salgamos, príncipe, salgamos.

Los dos amantes salieron de la gruta, y sentándose sobre un banco de césped, esclamó el príncipe:

—¡Hermosa mia! aquí, á la luz suave de las estrellas, serémos mil veces mas felices. Esa bóveda inmensa que se levanta sobre nuestras frentes, nos dá una idea del Supremo Hacedor, presentándonos la eternidad, y brindándonos mundos de amor: esos arroyos que murmuran, ya arrastrándose sobre guijas y ya corriendo sobre la grama, tienen un lenguaje simbólico, que tambien nos habla de amor. El blando ruido de las hojas, que mece la brisa, nos arrulla: el suave perfume de las flores nos embriaga: el contacto de tu pequeña y delicada mano me electriza: el mundo real desaparece, y los dos formamos de repente un mundo fantástico de amor.

—¡Príncipe!

—Sí, hermosa mia. ¿No sientes así?

—Yo estoy loca, y loca de felicidad. Yo habia vivido diez y ocho años en un impasible sopor. Sin recuerdos en lo pasado, sin esperanzas en lo porvenir, comprendiendo apenas lo presente, me deslizaba, como una barquilla por la superficie de las mares, sin conocer el precio de la calma ni inquietarme por las mas deshechas borrascas. Pero desde que te ví, mi alma sintió una zozobra continua, se animó con un fuego ardiente, tuvo esperanzas, placer, temores: la hoguera se cambió en volcan y creció cada dia el incendio. Se acabó el sopor de repente, se unió mi ecsistencia á la tuya, tuyos fueron mis pensamientos, mi alma voló á unirse con la tuya, se confundió....

—¡Tu nombre, tu nombre! esclamó D. Juan fuera de sí.

—¿Para qué quieres saber mi nombre?

—Porque tengo necesidad de nombrarte, y todos los epítetos son frios.

—Me llamo.... La dama negra se interrumpió, y si hubiera podido el príncipe ver debajo de la negra máscara, hubiera sorprendido dos lágrimas que se deslizaban por las mejillas de la misteriosa mujer.

—¡Tu nombre, tu nombre! repitió D. Juan.

—¿Qué nombre te parece mas hermoso, príncipe?

—Bárbara, porque es el nombre de mi madre.

—No me llamo Bárbara.

—O María, que es el de la Madre de Dios.

—Llámame, si quieres, María.

El príncipe sintió al oir este nombre, repetido por la boca de una mujer, un estremecimiento involuntario; pero recobrando su entusiasmo esclamó, estampando sus labios en la blanca mano de la jóven.

—¡Yo te amo, María!

—¡Yo tambien te amo, D. Juan de Austria!

Y como si hubieran agotado en esta sencilla declaracion todas sus fuerzas ó á lo menos todos los placeres del amor, quedaron mudos y arrobados en un delicioso abatimiento. La dama negra se estremeció, y dijo con voz dulce:

—Estoy loca.

—¿Qué tienes, hermosa?

—Te permito permanecer en esta ciudad de traiciones, y pierdo el tiempo que debia invertir en descubrirlas. ¿Por qué has venido, príncipe?

—Porque te amo.

—Y porque te amo estoy faltando á mi mision. ¿Qué precauciones has tomado para no ser reconocido?

—Este tosco traje, esta capa y esta espada, que en caso necesario detendrá al curioso á la distancia de su punta.

—¿Has venido solo?

—Me acompaña mi querido paje Gonzalo.

—¡En dónde lo has dejado?

—Al pié de *la torre de los tres cipreses*, guardando su caballo y el mio.

"Que se halle un amigo vuestro, á las diez de esta noche, en la gruta de la Magdalena."

Volvió D. Juan á leer las palabras, meditó un instante y dijo á Gonzalo:

—¿Estás muy cansado, amigo mio?

—¿Cansado por haber corrido ocho leguas? No lo está, señor, mi caballo.

—¿Te atreves á correr otras ocho?

—Inmediatamente, señor.

—Pues manda que te ensillen dos buenos caballos.

—Dos caballos.

—Tienes que caminar de noche y no quiero que vayas solo.

—¿Cree V. A. que tengo miedo?

—No, Gonzalo.

—Pues suplico rendidamente á V. A. que me permita marchar solo.

—No puede ser.

—Señor....

—Gonzalo, te acompañará Don Juan de Austria.

El paje miró al jóven príncipe con entusiasta admiracion, comunicó inmediatamente las órdenes para el viaje, y pocos momentos despues estaban camino de Bruselas.

CAPÍTULO VII.

LA CITA.

Hemos visto á Felipe de Marnis, cauteloso conspirador, en el recinto de Malinas, pero hemos perdido de vista á muchos de los principales personajes que figuraron en la primera parte de esta historia. No ha sido nuestro ánimo, sin embargo, olvidarnos de ellos, y vamos á dar una prueba. Por aficion, y porque le corresponde de derecho, nos ocuparémos en primer lugar de María Estraten, amante desdeñada del príncipe por una aprension lamentable.

Dijimos, al querer describir el carácter de esta hermosa jóven, que ya era melancólico y dulce, ya alegre y travieso quizás, ya entusiasta y arrebatado. Siguiendo el curso de los hechos, ha podido notarse bien, que este caprichoso carácter se habia fundido, digámoslo así, y resultado de él uno serio, melancólico y reflecsivo. Desde la ausencia de D. Juan habia crecido rápidamente esta dolorosa melancolía, y parecia María entregada á investigar los ocultos hilos del gran tejido de maquinaciones aleves que tenian lugar en Bruselas.

Para alentar la hermosa María las pretensiones de Guillermo, no tuvo otra idea que disponer de un instrumento bastante dócil, y lograr saber por su medio los planes de los conjurados. La infame conducta de Matren la privó de tan buen espía; y, aunque el hijo del posadero se arrepintió de su locura y la pidió humilde perdon, María despreció sus plegarias, y Cornelio Estraten le prohibió que siguiera molestando á su hija.

En un movimiento de justa cólera y de profunda indignacion, reveló el armero á María gran parte de la conjuracion que tramaban contra el gobernador general, y al dia siguiente lo que habia pasado en la real cámara del príncipe. Estas revelaciones estrecharon la intimidad del padre y la hija, encontrando María en maesse Estraten lo que habia perdido en Guillermo. Al principio de estas confianzas no dejaba de estrañar el armero el mucho interés que la jóven manifestaba por cuanto tenia relacion con el príncipe; pero como él mismo, reconociendo el valor, lealtad é hidalguía de D. Juan, se habia trasformado en su mas ardiente defensor, se holgaba de verse secundado por los esfuerzos de su hija, y de tener sobre este punto sus mas ardientes simpatías.

Los señores baron de Hesse y conde de Lalain continuaban siendo los jefes ostensibles del partido conspirador, en tanto que Felipe de Marnis y Mos de Theron procuraban disponer las cosas de modo, que reportara todas las ventajas su patrono el príncipe de Orange. Jorje Matren, envanecido con la importancia que le habian dado, desempeñaba su papel subalterno con una altivez que enfadaba á sus mas íntimos aliados; su hijo Guillermo lloraba como un chico acordándose de María, y llenaba de denuestos á Marnis; mientras maesse Cornelio, sin presentarse como partidario del gobernador general, combatia los proyectos de los orangistas con obstinacion y firmeza.

Los Estados generales fluctuaban, queriendo conjurar la guerra con inútiles paliativos; y los magistrados interrumpian el ejercicio de sus funciones, temiendo atraer sobre sus personas la animadversion popular.

En este estado se encontraban todos los partidos al anochecer el 22 de Julio de 1577, y para la mayor inteligencia de los sucesos, irémos contando las horas.

A las ocho en punto de la noche montó el príncipe D. Juan á caballo, vestido con una ancha truza flamenca, botas de montar, ropilla de paño cenicienta, coleto de ante, fuerte y sin mangas, cinturon de cuero, sombrero chambergo, y una capa. Llevaba una espada, grosera pero de buen temple, y un agudo puñal italiano. En este traje, y acompañado de su fiel paje Gonzalo Fernandez de Córdoba, tomó el camino de Bruselas á escape tendido, y animando siempre á su caballo con el acicate y la voz. A las nueve y media penetraron en el primer recinto de Bruselas, se detuvieron al pié *de la torre de los tres cipreses*, descabalgaron á un mismo tiempo, y entregando D. Juan á su paje las riendas del fogoso bruto, dijo á Gonzalo:

—Amigo mio, espérame aquí.

—Señor....murmuró el paje.

—¿Qué quieres?

—Querria acompañaros.

—¿Y quién cuidará de estos corceles?

El paje echó una mirada en derredor, y conociendo que la observacion del príncipe era justa, dijo tristemente:

—Esperaré.

D. Juan agradeció, como debia, la resignacion de su paje, y tomó el camino del palacio, procurando evitar todo encuentro. Cruzó con cautela la gran Plaza de las Estatuas; atravesó los pórticos y el atrio, llegó á la pradera, y respirando con mas libertad, entró en el Parque, y se dirijió inmediatamente á la gruta de la Magdalena. Al confundirse entre sus sombras, oyó el reloj de San Nicolás que daba las diez pausadamente.

—Gonzalo, Gonzalo, dijo una voz dulce de mujer.

—No es Gonzalo, replicó D. Juan, saliendo al encuentro de la dama.

—¡D. Juan!

—D. Juan, que no podia vivir ausente de tí, hermosa ninfa: D. Juan, que te adora locamente y que prefiere morir mil veces á una ausencia tan prolongada. ¿Sabes, hermosa, lo que es la ausencia?

—Sí, D. Juan. La ausencia es la muerte: es peor: es una perpétua agonía. Recordamos al objeto amado, y cada recuerdo es un puñal, porque al través de las mas seductoras imágenes se vislumbran, príncipe, los celos. ¿Sabes, D. Juan, lo que son celos?

—Sí, ninfa. Los verdugos que atormentaban á los mártires de Jesucristo no inventaron ningun tormento que á los celos pueda igualarse: ellos torcian y descoyuntaban sin piedad los miembros de las víctimas, pero los celos, amor mio, tuercen el alma del amante. ¿Pero á qué viene atormentarnos con imágenes tan funestas? Yo ansiaba verte, como ansía la luz el que está sumido en un profundo calabozo, como ansía un raudal el sediento, como los justos de la tierra ansian morir y ver á Dios.

—¡D. Juan!

—¡Oh sí! ¡lo ansiaba tanto! Y al fin no te veo. Estas tinieblas; el disfraz que cubre tu rostro; esa túnica misteriosa que te envuelve como un sudario; todo dá pábulo á mi deseo, y tu....

—¡Príncipe!

—¿Por qué retiras esa mano, cuando quiero estampar mis labios?

—Porque soy mujer.

—Tienes razon.

Y abandonando el príncipe la mano, que no retiraba ya la ninfa, añadió:

—Las densas tinieblas de la noche nos protegen, hermosa mia; ¿quieres que salgamos á respirar bajo la bóveda del cielo?

—Salgamos, príncipe, salgamos.

Los dos amantes salieron de la gruta, y sentándose sobre un banco de césped, esclamó el príncipe:

—¡Hermosa mia! aquí, á la luz suave de las estrellas, serémos mil veces mas felices. Esa bóveda inmensa que se levanta sobre nuestras frentes, nos dá una idea del Supremo Hacedor, presentándonos la eternidad, y brindándonos mundos de amor: esos arroyos que murmuran, ya arrastrándose sobre guijas y ya corriendo sobre la grama, tienen un lenguaje simbólico, que tambien nos habla de amor. El blando ruido de las hojas, que mece la brisa, nos arrulla: el suave perfume de las flores nos embriaga: el contacto de tu pequeña y delicada mano me electriza: el mundo real desaparece, y los dos formamos de repente un mundo fantástico de amor.

—¡Príncipe!

—Sí, hermosa mia. ¿No sientes así?

—Yo estoy loca, y loca de felicidad. Yo habia vivido diez y ocho años en un impasible sopor. Sin recuerdos en lo pasado, sin esperanzas en lo porvenir, comprendiendo apenas lo presente, me deslizaba, como una barquilla por la superficie de las mares, sin conocer el precio de la calma ni inquietarme por las mas deshechas borrascas. Pero desde que te ví, mi alma sintió una zozobra continua, se animó con un fuego ardiente, tuvo esperanzas, placer, temores: la hoguera se cambió en volcan y creció cada dia el incendio. Se acabó el sopor de repente, se unió mi ecsistencia á la tuya, tuyos fueron mis pensamientos, mi alma voló á unirse con la tuya, se confundió....

—¡Tu nombre, tu nombre! esclamó D. Juan fuera de sí.

—¿Para qué quieres saber mi nombre?

—Porque tengo necesidad de nombrarte, y todos los epítetos son frios.

—Me llamo.... La dama negra se interrumpió, y si hubiera podido el príncipe ver debajo de la negra máscara, hubiera sorprendido dos lágrimas que se deslizaban por las mejillas de la misteriosa mujer.

—¡Tu nombre, tu nombre! repitió D. Juan.

—¿Qué nombre te parece mas hermoso, príncipe?

—Bárbara, porque es el nombre de mi madre.

—No me llamo Bárbara.

—O María, que es el de la Madre de Dios.

—Llámame, si quieres, María.

El príncipe sintió al oir este nombre, repetido por la boca de una mujer, un estremecimiento involuntario; pero recobrando su entusiasmo esclamó, estampando sus labios en la blanca mano de la jóven.

—¡Yo te amo, María!

—¡Yo tambien te amo, D. Juan de Austria!

Y como si hubieran agotado en esta sencilla declaracion todas sus fuerzas ó á lo menos todos los placeres del amor, quedaron mudos y arrobados en un delicioso abatimiento. La dama negra se estremeció, y dijo con voz dulce:

—Estoy loca.

—¿Qué tienes, hermosa?

—Te permito permanecer en esta ciudad de traiciones, y pierdo el tiempo que debia invertir en descubrirlas. ¿Por qué has venido, príncipe?

—Porque te amo.

—Y porque te amo estoy faltando á mi mision. ¿Qué precauciones has tomado para no ser reconocido?

—Este tosco traje, esta capa y esta espada, que en caso necesario detendrá al curioso á la distancia de su punta.

—¿Has venido solo?

—Me acompaña mi querido paje Gonzalo.

—¡En dónde lo has dejado?

—Al pié de *la torre de los tres cipreses*, guardando su caballo y el mio.

—Es difícil que le descubran. Espérame, príncipe, en este paraje.

—¿A dónde vas?

—A reparar el tiempo que he perdido, á descubrir infames traiciones.

—Vas ahora....

—Al lugar en donde están reunidos tus enemigos personales, y un amigo firme y generoso.

—¿Vas á verlos?

—Sí.

—¿A oir sus palabras?

—Sí, y si es posible, á penetrar sus pensamientos.

—¿Me amas, hermosa mia?

—Te amo.

—Pues condúceme á su presencia.

—¡Príncipe!

—¿Tomas tú parte en sus discusiones?

—No, príncipe: escucharé oculta sus palabras.

—Pues yo quiero estar á tu lado.

—No, D. Juan. Temo que no puedas contenerte á vista de tus enemigos.

—Seré prudente.

—Te hervirá la sangre, y se acabará la prudencia.

—Te pido, María, que me lleves, como la única prueba de tu amor.

—Príncipe....

—Te empeño mi palabra de no comprometer ningun lance por mi propia voluntad. Te juro que seré prudente, María.

—Príncipe....

—¿Condesciendes?

—Sígueme.

Los dos amantes entraron de nuevo en la gruta de la Magdalena; al terminarse esta conferencia eran las once de la noche.

CAPÍTULO VIII.

LAS MEDALLAS.

Ya dijimos en otro lugar, que la sombría iglesia de Kouvemberg estaba situada bastante próxima al palacio. Esta iglesia, cuya fundacion casi se pierde en las tinieblas de los siglos, presenta un aspecto imponente, haciendo venerar al mismo tiempo lo sagrado del santuario y la antigüedad del edificio. Las tradiciones religiosas y su posicion topográfica la hacian el templo mas concurrido de Bruselas; y las ofrendas de los fieles, unidas á las grandes rentas de su fábrica, la habian hecho la mas rica y bien alhajada del Brabante.

Anchas colgaduras de terciopelo carmesí, guarnecidas de franjas de oro, cubrian sus columnas y pilares; tenia el pavimento de mármol negro, y siete lámparas de plata ardian continuamente bajo su cúpula elevada. En su dorado tabernáculo se veian esculturas de gran mérito: pinturas de célebres artistas cubrian sus techos y paredes, sus intercolumnios y retablos. Las muchas bóvedas sepulcrales, que cubren su negro pavimento, hacian que los pasos retumbaran de una manera aterradora, sirviéndose unas á otras de ecos, y repitiendo cada pisada infinito número de veces.

A las diez y media de la noche salieron dos hombres embozados por la puerta de la sacristía, y se encaminaron lentamente hácia un gran círculo formado, en lo mas ancho de la nave, por un gran número de escaños. Tomaron asiento en uno de ellos, y dijo el sentado á la derecha:

—Señor conde de Lalain hemos llegado los primeros.

—Así debe ser, caballero Guillermo de Horn, baron de Hesse, repuso el conde, añadiendo con cierto orgullo. Somos los jefes de la liga y debemos dar el ejemplo.

—Que sé yo, respondió el baron lanzando un amargo suspiro, lo que somos ni lo que hacemos. Antes de recibir al príncipe D. Juan de Austria por gobernador general de los Paises Bajos españoles, éramos dueños de Bruselas y casi de las quince provincias, pero ahora....

—La autoridad de D. Juan de Austria está encerrada en el recinto de Malinas, y pronto estará su persona en un castillo.

—No me apura, conde, la autoridad del gobernador, circunscripta como habeis dicho, al estrecho recinto de Malinas; me dan cuidado las pretensiones del ambicioso príncipe de Orange.

—Para mandar Guillermo de Nassau con seguridad en Holanda, necesita nuestra amistad, baron, y sin duda alguna nuestro apoyo.

—No creais, conde, que el príncipe de Orange se contentará con mandar en Holanda é Irlanda; pretende estender su dominacion á las diez y siete provincias.

—Imposible, baron, imposible.

—No nos hagamos ilusiones: desde que Felipe de Marnis y Mos de Theron toman parte en nuestras reuniones secretas; desde que se han asociado enteramente á nuestro partido, ó mejor dicho, desde que se han hecho jefes de él, todo lo disponen á su antojo, traen cuestiones nuevas á discusion, y las resuelven como les place. Cornelio Estraten tuvo razon cuando dijo: Que no queria presenciar la alianza de los defensores de las libertades flamencas con los asesinos de oficio.

—¿Y qué remedio?

—No lo sé. Veo el mal, pero no conozco el remedio.

Salieron otros cuantos embozados por la puerta de la sacristía, y los dos jefes ostensibles de la conjuracion interrumpieron su conversacion suspirando. Los recien llegados saludaron con un movimiento de cabeza, y elijieron puesto á su antojo. Momentos despues entraron otros; en seguida maesse Cornelio solo, y sin embozo ni disfraz, Mos de Theron y Felipe de Marnis casi al mismo tiempo: Guillermo Matren y su padre, rodeados de una cincuentena de amigos, y finalmente otros varios grupos, que componian mas de quinientos conjurados.

El reloj de San Nicolás dió las once, y levantándose el baron de Hesse, dijo:

—Señores, veo con júbilo inesplicable la puntualidad con que todos han concurrido á nuestra cita, y les doy por ello las gracias. Me parece que no falta nadie, y creo que ha llegado el momento de empezar nuestra discusion.

Un murmullo de aprobacion respondió á las palabras del baron de Hesse, pero levantándose Mos de Theron, dijo con voz desapacible:

—No solo creo que estamos reunidos los llamados, sino que tambien me atrevo á asegurar que hay entre nosotros un intruso.

—Nombradlo, esclamó la asamblea.

—Cornelio Estraten, dijo Theron.

Una carcajada general respondió al representante del príncipe Guillermo de Nassau; el armero se encogió de hombros con desden, y Mos de Theron añadió:

—Desdeñan el peligro que advierto; nada mas tengo que decir.

—Señores, dijo el baron de Hesse queriendo cortar este incidente; el motivo que nos reune es de una inmensa gravedad. Hasta aquí hemos procurado combatir al gobernador general, fundados en vehementes sospechas, por presentimiento quizá; mas por desgracia las sospechas se han convertido en realidades.

Profundo silencio reinaba en la numerosa asamblea; el baron de Hesse prosiguió.

—No se trata ya de que deis crédito á la palabra de unos hombres, dispuestos á sacrificar sus vidas, su posicion, y sus haciendas en obsequio de los intereses generales; se trata de hechos incontestables; de una carta escrita por D. Juan de Austria á su hermano Felipe II.

En ambos lados del altar mayor habia dos puertecitas cubiertas con cortinas de terciopelo carmesí; la cortina de la derecha se agitó un instante, como si hubiera sido impelida por una ráfaga de viento, y el baron de Hesse continuó:

—Esa carta, precioso documento, que patentiza las intenciones del gobernador general, ha sido interceptada felizmente, y está en poder de los Estados generales.

—A quienes ha sido remitida desde Holanda por el ilustre príncipe de Orange, interrumpió Felipe de Marnis, levantándose pausadamente.

—¿Qué dice esa carta? preguntó Cornelio Estraten.

—En ella se queja, añadió el baron de Hesse, de los Estados generales; habla de continuas conspiraciones contra la autoridad del rey, y contra su propia persona; y, por último, pide socorros en dinero y soldados, para imponer á los malévolos y ejercer de lleno su autoridad.

—Opino, dijo el armero tranquilamente, que el príncipe tiene razon.

Un sordo murmullo acojió estas palabras.

—Y me fundo, prosiguió sin turbarse Cornelio, en muy poderosas razones. Dice el príncipe que se conspira, y esta reunion es una prueba: habla mal de los Estados generales, y no ejerciendo como deben, una autoridad protectora, dan justo motivo de censura: pide dinero y soldados; la culpa tienen los flamencos que no rechazan las sugestiones de ambiciosos y desleales. Opino, señores, como he dicho, que el príncipe tiene razon.

—Y yo creo, dijo Mos de Theron con voz de trueno, que eres un traidor y un espía.

Maesse Cornelio se encojió de hombros y se sentó tranquilamente.

Las palabras de maesse Estraten habian hecho distinta y profunda impresion en los ánimos de los circunstantes: los unos hallaban en ellas un inmenso fondo de verdad, y las consideraban los otros como una horrorosa blasfemia. Los primeros guardaban silencio ó se comunicaban por lo bajo sus observaciones; los segundos levantaban un rumor confuso, muy semejante al de las olas cuando se arrastran perezosamente sobre la arena de la playa.

El caballero Felipe de Marnis notó al momento aquellos síntomas de division, y no conviniendo á sus planes que tomaran cuerpo, se levantó y dijo:

—El patriotismo ardiente y probado de maesse Cornelio Estraten le hace ver terribles defectos en faltas que apenas merecen fijar un instante la atencion, y por eso se muestra severo con los Estados generales y con nosotros mismos, señores, absolviendo al príncipe porque lo dejamos obrar: el patriotismo de Mos de Theron le hace ver un traidor en quien no secunda sus proyectos.

El armero dirijió á Felipe una mirada de desprecio, y Mos de Theron una mirada de desden: Marnis las notó en el momento, mas siguió diciendo impasible:

—Este incidente no debe ocuparnos, ni mucho menos distraernos del objeto de esta reunion. Varias veces hemos convenido en la necesidad de apoderarnos del gobernador general, y lo hubiéramos conseguido fácilmente en Bruselas, si la casualidad ó la traicion no hubiera frustrado nuestros planes D. Juan, cobarde y cauteloso....

La cortina se agitó de nuevo, y prosiguió Felipe de Marnis:

—Encontró un pretesto plausible para dirijirse á Malinas y lo acojió con entusiasmo. Despues de su marcha hemos tenido dos reuniones; en la primera se resolvió hacer que el ayuntamiento de Bruselas le convidara para la solemne procesion que tuvo lugar el dia trece; pero receloso sin duda, se escusó como mejor pudo, y segunda vez abortaron los bien combinados proyectos. En nuestra segunda reunion, se decidió que Mos de Theron y yo nos dirijiéramos á Malinas, con el mayor secreto, y que allí dispusiéramos lo necesario para hacer una tentativa contra la persona del príncipe. En cumplimiento de esta órden, llegamos anoche á Malinas, y cada uno por su parte procuró dar cima á tan importante pensamiento. Contaré lo que me concierne, y hablará despues Mos de Theron. Inmediatamente que llegué, me dirijí en busca de Remy de Halut, gobernador del Arsenal y antiguo compañero mio; pero conociendo su carácter, no quise hacerle una confianza, que pudiera ser peligrosa, y me contenté con hacerle una reseña general del estado de los negocios, pintándole el descontento de los ciudadanos, manifestándole la posibilidad de una guerra entre los Estados y el gobernador general, y pregun-

tándole si en el caso de un rompimiento podriamos contar con su espada, sus subordinados y su influjo. A mis preguntas contestó con otras preguntas primero, despues con algunas frases ambiguas, y últimamente con insultos. En una palabra, tuve que dejarlo, habiendo perdido un amigo y sin ganar un aliado.

Felipe de Marnis se interrumpió, y Mos de Theron, aprovechando esta corta tregua, se espresó con su acostumbrado laconismo.

—He sido mas feliz, señores, dijo poniéndose de pié: los alemanes no admitirán las proposiciones del príncipe, y encontrarémos en sus filas veteranos que nos defiendan. Nada mas tengo que decir.

Aprobaron los conjurados las pocas palabras de Theron, y prosiguió Felipe de Marnis:

—No me desanimó mi derrota, y me inspiró por el contrario un gran proyecto, que debia darme los mas brillantes resultados. Concebirlo y ejecutarlo fué obra de muy pocos momentos: la persona del príncipe es mia, os respondo con mi cabeza.

—¡Sepamos los medios! esclamaron cincuenta voces á la vez.

—No puedo decirlos, señores.

—¡Los medios, los medios! repetian.

—Son un secreto, que si saliera de mis labios perderia toda su virtud, repuso Felipe con firmeza.

Hubo un momento de silencio, y el caballero continuó:

—La carta de que hemos hablado, pone á nuestra vista, señores, un peligro real y manifiesto. El príncipe está decidido á empezar las hostilidades, es gran capitan y solo le faltan soldados. Si le damos tiempo para que reuna bajo sus banderas á los vencedores de Lepanto, la suerte de Flandes, señores, estará á merced de D. Juan.

El terror se pintó de improviso en los rostros de los circunstantes; Felipe de Marnis continuó:

—Este peligro, lejos de aterrarnos, debe prestarnos nuevos brios: al frente de un numeroso ejército será temible, hoy es débil y casi despreciable.

La cortina se agitó de nuevo; el caballero prosiguió:

—Su baston de mando valdrá mucho; su espada vale solamente lo que la mia, lo que la espada de un soldado.

Se agitó mucho mas la cortina: continuó Felipe de Marnis:

—Autorizadme para prenderlo y entrará mañana en Bruselas.

—¡Autorizado, autorizado! esclamaron cien voces á un tiempo.

—Acepto, respondió Felipe.

Maesse Estraten se mordia los labios, pero guardaba triste silencio, no queriendo comprometer una cuestion sin resultado; pero el baron de Hesse, que veia la prepotencia de Felipe y el poco caso que se habia hecho de su persona, dijo con enojo:

—Creo oportuno que el Sr. de Santaldegonde nos manifieste el fundamento de sus planes.

La desaprobacion del baron contrariaba mas á Felipe que las razones de Estraten y la arrogancia de Theron: para prevenirla en lo posible, se sonrió candorosamente, y dijo con una espresion que podia traducirse por deferencia y por sarcasmo:

—Cuando pedí la aprobacion de la asamblea, sin manifestar mi proyecto, me reservaba merecer la particular del señor baron y el señor conde de Lalain, pidiéndosela particularmente, dándoles algunos pormenores, y dejándoles tomar la parte que crean conveniente y decorosa.

—En ese caso, repuso el baron, no tengo nada que observar.

—Y tenemos, añadió Felipe, resuelto lo mas importante.

—Ahora, señores, dijo el conde de Lalain que presumia mucho de orador y no habia desplegado sus labios, debemos pensar en la ceremonia religiosa y cívica á la vez que debe unirnos. La majestad de estos lugares, cuyas sombrías bóvedas se alzan imponentemente á los cielos; el solemne silencio de la noche; la osbcuridad interrumpida apenas por la luz de esas siete lámparas, todo aumentará la emocion que debemos sentir, y hará....

—Observad, señor conde, observó Felipe interrumpiéndole, que está adelantada la noche y que no hay tiempo que perder.

—¿Considerais inútil, caballero Felipe de Marnis, el compromiso que debemos solemnizar?

—De ningun modo, señor conde; mas ruego al señor baron de Hesse que dé principio á la ceremonia.

El baron de Hesse se levantó, llegó á una mesa cubierta de damasco encarnado y colocada en el centro de aquel gran círculo; abrió un libro, puso la mano sobre él, y dijo con voz sonora y firme:

—¿Jurais sobre los santos Evangelios hacer guardar y defender los privilegios de la Flandes, sacrificando, si es preciso, vuestras vidas y vuestras haciendas?

—Sí juramos, respondieron todos, sobresaliendo entre aquellas voces la de maesse Cornelio Estraten.

—¿Jurais trabajar incesantemente hasta derrocar la tiranía del gobernador general?

—Sí juramos, respondieron tambien muchas voces; pero no se oyó la de maesse Cornelio Estraten.

—¿Jurais no revelar á nadie ni por nada lo que se resuelva en nuestras reuniones?

—Juramos.

—¿Jurais contribuir poderosa y lealmente á la prision de D. Juan de Austria?

—Sí juramos, respondieron las mismas voces, guardando siempre el mismo significativo silencio el armero maesse Estraten.

—Si así lo haceis, caigan sobre vosotros las bendiciones de los cielos, y si no su castigo.

—Así sea.

El baron de Hesse cerró el libro, y abriendo una caja de madera que estaba cerrada con llave, vertió sobre la mesa un gran número de medallas de plata pendientes de unos cordoncitos encarnados. En el anverso de estas medallas, se veia un gallo sobre dos espadas, y á ambos lados el número 7: en el reverso se leia *Contra-Juanistas*.

A una señal del baron de Hesse, se acercó el primero, el Sr. conde de Lalain, recibió una medalla de manos de Guillermo de Horn, y se la puso al cuello sin dudar; le siguió Felipe de Marnis, haciendo lo mismo; á Felipe, Mos de Theron, Jorje Matren; á éste su hijo, y sucesivamente los demas, hasta que quedaron sobre la mesa dos solas medallas. El baron se puso una de ellas, y mostrando á los conjurados la otra, dijo:

—¿Quién no ha recibido medalla?

—Yo, repuso Cornelio Estraten.

—Acercaos, pues, á recibirla.

—Es inútil.

—¿Inútil?

—Sí. He jurado sobre los santos Evangelios hacer guardar y defender los privilegios de la Flandes, sacrificando, si es preciso, mi vida y hacienda para ello; pero no he jurado lo demas, y declaro paladinamente que no soy enemigo personal del príncipe.

—¡Muera el traidor! gritaron varias voces y brillaron algunos puñales: maesse Cornelio no se aterró, y aun quiso imponerlos con su ademan y sus miradas; pero el furioso Mos de Theron se dirijia á él, puñal en mano, y seguido de algunos amigos, cuando apareció un personaje, embozado en una ancha capa, se llegó á la mesa, y cojiendo la medalla dijo:

—Deteneos; esta medalla es para mí.

La aparicion de este personaje detuvo á Theron y á los suyos, y Cornelio, que veia brillar el puñal de su cruel enemigo, procuró ponerse á buen recaudo, dirijiéndose rápidamente á la puerta de la sacristía. El asombro de los conjurados se fué disipando poco á poco para hacer lugar á la sospecha, y el baron de Hesse, dirijiéndose al embozado, le dijo con tono imperioso:

—Ya que habeis entrado, descubríos.

—Si vierais mi rostro, baron de Hesse, bajarias los ojos aterrado.

—¡Otro traidor! gritó entonces Mos de Theron; y los puñales que amenazaban al armero se dirijieron inmediatamente al misterioso personaje. Este alzó la frente con orgullo, desenvainó la espada y dijo:

—Paso libre, conspiradores.

—¡Muera! gritó Mos de Theron.

Los asesinos se abalanzaron; mas desembozándose el caballero, y adelantándose hácia ellos, dijo:

—¿No veis que soy D. Juan de Austria?

Al ver su rostro y al oir este nombre los conjurados se aterraron: adelantándose el príncipe, sereno, por entre las filas de sus enemigos asombrados, se dirijió al altar mayor, y desapareció inmediatamente tras la misteriosa cortina.

La vista del príncipe habia producido una especie de fascinacion; mas rota la corriente magnética, volvieron en sí los conjurados y se lanzaron en pos del hombre, que tanto odiaban y que habia tenido la arrogancia de provocarlos en su logia. Descorrieron la rica cortina, mas reinaba la obscuridad en el estrecho pasadizo, y aun cuando llevaron bujías no encontraron la menor huella, y despues de haberlo recorrido se volvieron locos de furor.

—¿En dónde esta Cornelio Estraten? gritaba Theron: pero Cornelio habia salido de la iglesia.

—¡Maldicion, maldicion mil veces sobre nuestra infame cobardía! gritaba el gascon fuera de sí, en tanto que Felipe de Marnis, acercándose al baron de Hesse, le decia con aparente calma:

—Sabe el príncipe que le persigo, pero no retiro mi palabra.

Los conjurados se retiraron, y eran las dos de la mañana.

CAPÍTULO IX.

LA PALABRA EMPEÑADA.

Se retiraron los conjurados, y el caballero Felipe de Marnis reveló al conde y al baron una parte de su secreto, callándoles sin embargo los medios con que esperaba realizarlo. Hecha esta media confianza, tomó varias disposiciones, y á las cuatro de la madrugada montó en un ligero caballo, seguido de un solo escudero, y partió al galope hácia Malinas, dejando encargado á Theron que le siguiera dos horas despues con cincuenta buenos ginetes, afectos al príncipe de Orange.

A las siete de la mañana se desmontaba Santaldegonde en *la posada del gallo encarnado*, y comunicaba algunas órdenes en voz baja á su escudero. Media hora despues atravesaba la portería del monasterio de San Alejo, entregaba un florin al portero, y llamaba á la celda de la abadesa.

—¿Qué queréis? le preguntó un criado abriendo la puerta.

—Quiero hablar con la superiora.

—Es imposible.

—No hay imposible, replicó Felipe, poniéndole un florin en la mano.

—Siento mucho no poderos servir, señor, repuso el criado humanizándose; pero mi señora está durmiendo.

—Despiértala.

—Dios me libre de hacer el menor ruido: ademas que yo no tengo entrada en su habitacion particular.

—Condúceme á ella y yo entraré.

—Eso es imposible, señor; mas como quiero complaceros, voy á llamar á su camarera y con ella discutiréis.

—Vé pronto, le dijo Felipe entregándole otro florin.

Recibida la nueva dádiva, corrió el criado, echando por tierra cuantos muebles estorbaban su paso; y cinco minutos despues apareció la camarera, con gesto un poco avinagrado.

—¿Qué buscais, señor, á esta hora? dijo dirijiéndose á Felipe, cuya fisonomía sarcástica le repugnaba horriblemente.

—Busco á la muy noble dama María Ana de Berghe.

—La señora no se levanta tan temprano.

—Pues es preciso que se levante.

—No seré yo quien la despierte.

—En ese caso seré yo.
—¿Estais loco?
—Repito que tengo que hablarla.
—Y yo repito que está durmiendo.
—¿Me conoceis?
—Os he visto una vez.
—Antes de anoche, segun creo.
—Bien, antes de anoche.
—¿Y no notasteis que la abadesa es mi mejor amiga?
—Jamás noto lo que no me importa.
—Sin embargo os importaba, para saber que cuando yo busco á la abadesa no se me niega.
—Pero cuando duerme....
—¡Vive Dios! esclamó Felipe irritado, y cogiendo una campanilla de plata, que he perdido cinco minutos: y si no la llamais al momento, agitaré esta campanilla, llamaré á los criados, romperé los muebles....
—¡Señor!.... gritó la camarera aterrada.
—Llamad á la abadesa.
—¿Y qué he de decirle?
—Que la busca Felipe de Marnis.
La camarera se marchó al instante, y Felipe de Marnis la siguió hasta la antecámara particular de la abadesa.
María Ana de Berghe habia pasado muy mala noche, aguijada por sus horribles celos y perseguida por una sombra que la hacia temblar continuamente. Sufrió muchísimo en su desvelo, mas al despuntar la mañana cerró sus ojos fatigados, y quedó sumida en un sueño agitado pero profundo. Hermosa estaba María Ana dormida sobre su brazo torneado, y luciendo un cuello de cisne entre los encajes y batistas de las fundas y de las sábanas. Su camarera la contempló, y, aproximándose á su oido, la dijo con voz dulce:
—Señora.
María Ana no hizo movimiento.
—Señora, repitió mas fuerte la camarera.
María Ana se estremeció ligeramente.
Entonces la jóven camarera rozó con sus dedos la piel de las mejillas de María Ana: estremeciéndose ésta fuertemente, abrió los ojos y murmuró:
—Margarita, ¿ya será muy tarde?
—No, señora.
—Pues déjame dormir un poco.
—Es imposible.
—¡Imposible! dijo la prelada con estrañeza.
—Os busca el caballero Felipe de Marnis.
Al oir este nombre, se sentó de un salto María Ana, y abriendo los espantados ojos,
—¿Qué has dicho? preguntó temblando.
—Que os busca el caballero Felipe de Marnis.
—¿En dónde está?
—Me ha seguido hasta la antecámara.
—¿Por qué no le dijiste que dormia?
—Se lo dije, y me amenazó con dar un escándalo!
—¡Siempre el escándalo, Dios mio!
La abadesa se arrojó del lecho, se puso con precipitacion un ancho peinador de batista, y salió al encuentro de Felipe, acompañada de su camarera, á quien mandó que se retirara.
—María Ana, la dijo el caballero así que se quedaron solos, ¡vive Dios! que estás muy hermosa.
—Calla por Dios, Felipe, calla.
—¿Te ofenden ya mis galanterías?
—No me ofenden; pero me parece que no es el momento á propósito.
—Tienes razon: son las ocho y media y debo aprovechar el tiempo.
—¿Qué quieres, Felipe?
—Casi nada. ¿No quedamos antes de anoche en que nos veriamos?
—Es verdad.
—Pues ya nos vemos, María Ana.
—Pero....
—¿Tú creiste que te daba un plazo mas largo?
—Es verdad.
—La duda aniquila, María Ana, y conviene pasar el peligro.
—Tienes razon. ¿Qué ecsijes de mí?
—Luego lo sabrás: respóndeme ahora. ¿Qué te dijo ayer tu hermano Juan?
—No me acuerdo.
—Recorre la memoria.
—Te juro que no lo recuerdo.
—Pues yo te lo diré, María Ana. Ayer tarde te dijo tu hermano: "El príncipe me ha dicho: Mañana tendré el gusto de visitar á vuestra noble hermana."
—Es cierto.
—¿Esta noticia te habrá llenado de placer?
La abadesa fijó una mirada en Felipe, como queriendo penetrar en lo mas profundo de su alma; pero el alma de Santaldegonde salia á los ojos pocas veces.
—No sé lo que quieres decir.
—Es muy sencillo, María Ana. ¿Has dispuesto algun refrigerio para el príncipe?
—No he dispuesto nada, Felipe.
—Pues yo creo oportuno que dispongas un gran refresco.
María Ana no sabia esplicarse el deseo del caprichoso caballero, y dijo trémula:
—Felipe, puede presentarse esta misma mañana y seria inútil....
—Tienes razon: puede presentarse este mañana y no hay un momento que perder. Vístete, comunica tus órdenes y yo cuidaré de lo demas.
—Felipe....
Dentro de una hora se presentarán varios criados, muchos en número; tal vez cincuenta y quizás mas. Todos traerán dulces, licores, cestos de flores: cuanto considere necesario. Los recibirás como si fueran tus propios criados, María Ana: los dejarás vagar á su arbitrio por esta celda, dándoles una habitacion, y nada mas ecsijo de tí.
—¿Qué pretendes hacer, Felipe?
—Lo sé muy bien.
—Quiero saberlo, y si no, no permitiré que entren en mi celda tus criados.
—¿Quieres saberlo? preguntó Felipe, brotando llamas de furor.

—He dicho que quiero saberlo.
—Pues sábelo y serás mi cómplice, si no prefieres ser mi víctima. Aquí debe entregarse preso ó perecer el príncipe D. Juan de Austria; aquí deben ser asesinados los señores de su comitiva.
—¡Qué horror! ¡Imposible! ¡Jamás!
—¿Imposible has dicho? No sabes que hace veinte y cinco años....
—¡Felipe....!
—Callaré, pero serás mi cómplice.
—Imposible, Felipe, imposible, dijo María Ana arrodillándose. Es imposible que tú quieras convertir este santo asilo en sangriento campo de batalla.
—Este santo asilo, repitió Felipe, con espresion de cruel sarcasmo. No hay nada sagrado para mí.
—Por lo que mas ames en el mundo....
—No amo, María Ana. Solo me dominan dos pasiones, el fanatismo y la ambicion. Pronuncié anoche mi sentencia, y mi sentencia debe cumplirse: como se cumple en cielo y tierra la santa voluntad de Dios.
—Compadécete....
—¿De quién? ¿del príncipe? Escucha, María Ana, y asómbrate. D. Juan de Austria, solo, sin mas arrimo que su espada y su corazon de diamante, penetró á media noche en Bruselas, llegó á la iglesia de Koubenverg, y ante quinientos conjurados, que acababan de jurar su pérdida, se descubrió el rostro.
—¡Qué grande es el príncipe! dijo la abadesa levantándose.
—Pues por eso debe morir.
—Siendo yo cómplice, jamás.
—Una sonrisa y una blasfemia se confundieron en los labios del señor de Santaldegonde: se aproximó despues á María Ana, la cojió una mano, y estendiéndola sobre la suya empezó á decir:
—Era el dia 23 de Julio de 1552; hoy hace veinte y cinco años. He dicho mal, era la noche. El trueno zumbaba, los relámpagos alumbraban con su luz siniestra, cruzándose sin intermision en encontradas direcciones, y la lluvia caia á torrentes. Al pié de un balcon de *la calle del hombre de hierro* estaba un hombre....
—Calla, Felipe, dijo María Ana con angustia.
—Al pié de un balcon de *la calle del hombre de hierro* estaba un hombre sufriendo la cruda tormenta, por hablar á una hermosa niña, que apenas contaba quince años. ¡Cuán hermosa y cándida era!
—Calla, Felipe, que me matas.
La niña tuvo compasion, y permitió al amante que escalara aquel formidable castillo. Del permiso á la ejecucion apenas mediaron dos minutos.
—Calla, Felipe, por piedad.
—¿Recibirás á mis criados?
María Ana inclinó la cabeza.
—Del permiso á la ejecucion apenas mediaron dos minutos, y se encontró el brioso paladin en una sala, como esta. Pasados los primeros coloquios, la niña le entregó su mano, como tú me entregas....
—¡Felipe! ¡Felipe!
—Como tú me entregas la tuya. El caballero ciñó su talle, respiró....
—Haré lo que quieras, Felipe.
—A dios, María Ana.
La abadesa cayó en la alfombra sin sentido.

CAPITULO X.

UN PRETESTO HONROSO.

La aparicion del príncipe D. Juan en la iglesia de Koubenverg, y las frecuentes de la dama en la gruta de la Magdalena, se comprenderán facilmente con aucsilio de pocas líneas. Un abovedado subterráneo reunia la gruta de la Magdalena á un estrecho panteon, construido debajo del altar mayor de la iglesia de Koubenverg; por él la dama iba á la gruta; por él trajo á D. Juan de Austria, y por él escaparon juntos, sin que pudieran los conjurados encontrar rastro de su fuga, ni la senda que hasta allí los habia guiado.
En el momento que llegaron á la gruta de la Magdalena, se separó el príncipe de la dama, encontró á Gonzalo en su puesto, y cabalgando inmediatamente, salieron de los muros á escape: precaucion no vana, pues Felipe y los sorprendidos conjurados se dirijieron á las puertas, para ver si conseguian cerrar el paso al intrépido y noble caudillo; pero supieron, con despecho y con desaliento á la vez, que acababan de salir, por la de Malinas, dos ginetes. El príncipe no allojó el paso, conociendo todo el peligro que de cerca le amenazaba, y á las cinco de la mañana descabalgó en su palacio de Malinas, con gran sorpresa de su guardia.
No creyó oportuno alarmar á sus pocos y fieles amigos, convocándolos en el momento de su llegada, ni mucho menos manifestarles lo que acababa de presenciar. Dispuesto á evitar el peligro, ó á arrostrarlo con bizarría, se entró en su cámara por una escalera secreta, y tranquilamente durmió hasta las diez de la mañana. Se levantó como de costumbre, almorzó con buen apetito, y esperó que dieran las doce; hora en que solian visitarle los mas notables de su corte.
Llegaron el duque de Ariscot, el vizconde de Gante, el marqués de Habre, otros nobles y el abad de Maroles, limosnero mayor del príncipe. D. Juan los recibió en su cámara, y, despues de hacerlos sentar, les dijo con tranquilo acento:
—Quiero, señores; hablaros de una comision que está desempeñando Escobedo, y pediros al mismo tiempo algunos consejos.
—Señor, repuso el vizconde de Gante, todos deseamos ocasiones en que probar á vuestra alteza nuestro amor y nuestra lealtad.
—Gracias, vizconde. Hemos hablado muchas veces de la conducta del príncipe de Orange, y hemos convenido, sin discusion, en que era desleal para con el rey, dañosa para la paz de las provincias, y poco hidalga para conmigo: ¿no es así?
—Esa ha sido nuestra opinion unánime, respondió Ariscot.
—Conforme con ella, y queriendo cimentar sobre bases sólidas la tranquilidad de las provincias,

he escrito, señores, á los Estados generales, manifestándoles, que yo cumplo con la mayor religiosidad el *edicto perpétuo*, y que creo de justicia se unan conmigo para obligar al príncipe de Orange á que lo guarde como yo.

—Es muy justo, observó Maroles, con hipócrita asentimiento.

—¿Y qué han respondido los Estados? preguntó el marqués de Habre.

—Hasta ahora no sé la respuesta, señores: Escobedo ha llevado mi carta y pronto volverá de Bruselas. Esperémosle todos reunidos, y deliberarémos en vista de lo que respondan de los Estados.

—Me parece muy bien, señor, contestó el vizconde de Gante.

—Aprovechando esta ocasion, quiero pediros algunas noticias sobre los planes ambiciosos de nuestros comunes enemigos.

—Estoy seguro, dijo Ariscot, de que conspiran mas que nunca.

—¿Estais seguro, señor duque? preguntó D. Juan con sencillez.

—Sí, noble príncipe, y han trasladado sus baterías á esta ciudad.

—¿De qué lo inferís? ¿Es conjetura ó teneis algunos nuevos datos?

—Acabo de ver en Malinas al señor de Santaldegonde.

—Y yo he visto á muchas personas de Bruselas, conocidamente desafectas á V. A., disfrazadas con trajes humildes, añadió el vizconde de Gante.

—Sabeis, señores, que eso revela alguna diabólica trama, observó D. Juan con candor.

—No tiene duda, contestó Ariscot, y....

No pudo acabar el periodo, porque se abrió la puerta de improviso, y entró el secretario Escobedo. Habian dado las doce y media.

—¿Qué respuesta traeis? le preguntó el príncipe.

—Permitidme, señor, que respire. He corrido en setenta minutos cuatro leguas; he reventado mi caballo y apenas puedo respirar.

—Descansa, Escobedo, descansa, dijo el príncipe con bondad.

Hubo un instante de silencio: Escobedo respiró varias veces con fuerza, y dijo con solemne y sonoro acento:

—Presenté vuestra carta, señor, á los Estados generales, y despues de una breve discusion, que no me permitieron presenciar, me respondieron de palabra: "Decid al príncipe D. Juan de Austria, que jamás harémos la guerra á Guillermo, príncipe de Orange: decidle, que preferimos á esa guerra ver mermada la autoridad real y la religion en peligro." Esto responden los Estados.

—¿Nada mas dijeron? preguntó el príncipe levantándose y cruzando los brazos sobre el pecho con forzada calma.

—Nada mas, repuso Escobedo con el mismo solemne acento.

—Esa respuesta es una declaracion de guerra á Felipe II, rey de España y conde de Flandes, murmuró el vizconde de Gante.

El príncipe se sentó de nuevo, y dirijiéndose á los circunstantes preguntó:

—¿Qué me aconsejais en tal conflicto, hidalgos y fieles flamencos.

—Las circunstancias son difíciles, repuso el duque de Ariscot, y comprometido el consejo; pero, sin embargo, mi lealtad no rehusará darlo, señor. A las asechanzas encubiertas, vilmente usadas hasta ahora, se reune la mas esplícita resistencia de los Estados generales; resistencia de grande importancia física y moralmente apreciada. Bajo su ejida los malévolos lo emprenderán todo sin embozo, y corre inminente peligro la persona de V. A. Esta es mi opinion, noble príncipe.

—¿Y vuestro consejo, noble duque? preguntó D. Juan.

—Mi consejo es que abandonemos inmediatamente á Malinas, retirándonos á otro paraje mas seguro, repuso Ariscot.

—Siempre la fuga, murmuró D. Juan tristemente.

—No hay otro remedio, añadió el duque tambien un tanto conmovido.

—Apareceré como un cobarde, y esto es horrible, señor duque.

—Un pretesto honroso se presenta; aprovechémoslo, señor.

—Hablad, duque, y tened en cuenta que os está escuchando un soldado.

—Margarita de Valois, reina de Navarra, segun la llaman en la corte, y hermana de Enrique III de Francia, viene á tomar los baños de la fuente de Spa en tierra de Lieja. ¿Sabia V. A. este viaje?

—¿Y qué?

—Es la hermana de un rey aliado: V. A. sale á recibirla hasta Namur.

—Nada mas natural, señor, dijo Escobedo, adivinando todo el pensamiento del duque.

—La reina llega.... repitió el príncipe.

—Mañana mismo, interrumpió el duque de Ariscot.

—En ese caso tendriamos que emprender la marcha esta tarde.

—No hay el menor inconveniente, y aun lo considero oportuno.

—¿Qué opinais, señores? dijo D. Juan levantándose segunda vez.

—Opinamos, contestaron todos á una voz, por dirijirnos á Namur.

—Pues siendo todos de una opinion, no quiero resistirme. Duque, disponed la marcha, dijo el príncipe, y se sentó tranquilamente.

—Señor, señalad la hora de partida, y todo quedará dispuesto, observó el duque.

—Las cuatro de esta misma tarde. Antes tengo que hacer una visita al monasterio de San Alejo; y, como estaréis ocupados en los preparativos del viaje, me acompañarán solamente el señor abad de Maroles, mi limosnero, y Octavio Gonzaga, mi amigo.

—Señores, añadió el duque de Ariscot, recomiendo el mayor secreto tocante á la marcha, por juzgarlo muy conveniente.

—¿Qué temeis? preguntó D. Juan, conservando su sangre fria.

—Nada, señor: soy el capitan de la guardia de V. A., y debo tomar precauciones. Quiero ser cauto y nada temo.

Los caballeros se levantaron para hacer sus preparativos de viaje; acababa de dar la una.

Solos el príncipe y Escobedo, se miraron algunos instantes, sin pronunciar una palabra; como hombres que tienen que decirse, que temen decirse, y que quizás tienen un mismo pensamiento. Esta posicion era embarazosa en tan críticas circunstancias: Escobedo lo conoció y dijo al príncipe:

—Señor, ¿puedo saber en qué está pensando V. A.

—Tengo un pensamiento, que quisiera ocultarme á mí mismo.

—Yo tambien tengo un pensamiento, y quiero callarlo tambien.

—Dímelo, Escobedo; te lo ruego por nuestra constante amistad.

—Señor, quisiera callarlo, como vos ocultais el vuestro.

—Es preciso que lo sepamos mútuamente. Escribe el tuyo en un papel, y yo haré otro tanto con el mio. Te propongo un partido igual.

La idea era bastante ingeniosa y fué puesta en ejecucion. Escobedo leyó en la papeleta de D. Juan: *Quiero que vayas á Madrid:* y el príncipe en la de Escobedo: *Permitidme que vaya á Madrid.*

El júbilo de los dos fué inmenso al verse tan bien comprendidos, y el príncipe dijo, abrazándole:

—Amigo mio, siento en el alma separarme de un hombre, cuya lealdad tengo probada, y cuyos consejos necesito en tan difícil situacion; pero el estado de los negocios me hace sacrificar ahora mis mas queridas afecciones. No me hubiera atrevido á decirte: *Quiero que vayas á Madrid*, temiendo dudases, Escobedo, de mi cariño fraternal; pero creyendo tú necesario lo mismo que yo, te doy las gracias por tu generoso ofrecimiento.

—Tampoco yo me hubiera atrevido á proponer á V. A. mi viaje, temiendo me acusara de desleal; porque me iba dejándolo espuesto á tanto género de peligros; mas despues de lo que ha pasado creo oportuno....

—Mas lo creerás cuando sepas....

—¿Qué?

—Que han interceptado nuestras cartas.

Escobedo se quedó mudo, como si le hubiera herido un rayo; pero reanimándose de improviso esclamó:

—Permitidme, señor, que esta tarde emprenda el viaje de Madrid.

—Esta tarde saldrás, Escobedo, y yo saldré tambien de aquí.

—Espero, pues, las instrucciones de V. A. para cumplirlas sin demora.

—Tú sabes, lo mismo que yo, cuanto ha sucedido, Escobedo. Cuéntaselo á Felipe II: cuéntaselo sin callar nada. Mi defensa está en la verdad.

—Así lo haré, señor, y el rey admirará vuestro valor.

—Y ten cuidado de decirle, que han arrancado hasta la última hoja de su fatal ramo de oliva: que está seco el tronco y quebrado.

—Todo lo sabrá el rey, señor, todo lo sabrá de mi labio.

—Ahora atiende mis instrucciones, que no serán largas.

—Ya escucho.

—Dí á S. M. que estoy cansado de andar de ciudad en aldea, despreciado y escarnecido; que creo la guerra indispensable, y que necesito recursos en armas, hombres y dinero. Dile que quiero, al emprenderla, salir con honor; que para ello necesito grandes auxilios, continuos, inmensos si se quiere. Que quiero triunfar en poco tiempo, y poder añadir á mis títulos el de vencedor del príncipe de Orange. Dile que tendrémos que habérnoslas con los socorros que puedan enviar á los flamencos la Inglaterra, la Dinamarca, la Sajonia, el duque Casimiro, y aun la Francia nuestra aliada.

—No economizaré razones, y muy poderosas las tenemos.

—Pero añádele al mismo tiempo que no tengo ningun empeño en seguir ocupando el alto puesto á que me elevó su política; y si considera á otra persona mas idónea que yo, que la envie, pues yo le estaré agradecido y pondré en sus manos el poder sin quejas y sin repugnancia.

—Referiré al rey mi señor las palabras de V. A.

—Sobre todo dile, Escobedo, que me deje las manos libres si quiere que mande sus ejércitos; que no me escasee los recursos ni dirija desde Madrid una campaña de poca gloria y muchos peligros. Si tal pretende hacer, que hable claro, que me lo diga sin rebozo, y yo dimitiré al instante mi autoridad. Sobre este punto es invariable mi resolucion.

—¿Si V. A. deja esta carga, quién la tomará sobre sus hombros?

—Quien tenga mas fuerzas, Escobedo. No quiero perder la poca gloria que adquirí en Granada, en Lepanto y en los desiertos africanos.

—Hablaré á S. M., señor, como pudiérais hacerlo vos mismo: oirá de mis labios la verdad, aunque esta verdad sea tan amarga....

—¿Qué decís, Escobedo? ¿Qué piensas hacer? ¿Qué vaticinas?

—Nada, señor. ¿Tiene V. A. nuevas órdenes que comunicarme?

Ninguna, amigo mio; repito que todo lo sabes como yo.

—En ese caso desearia por última vez, gran señor....

—Dí lo que quieres.

—Besar la mano á V. A.

—No, Escobedo, repuso el príncipe levantándose. Tú eres mi amigo, y la amistad todo lo iguala. Ven á mis brazos.

—Señor, así vais mas allá de mis deseos.

—Ven á mis brazos y latirán juntos dos corazones muy leales.

El príncipe y Juan de Escobedo se abrazaron derramando lágrimas, como dos amantes que se dan el último adios, como un moribundo que se despi-

de de su madre. Iba á salir el secretario cuando... Mas narrarémos antes otros sucesos necesarios para comprender bien la historia.

CAPÍTULO XI.

LAS CONSECUENCIAS DE LOS CELOS.

No detuvo á Felipe de Marnis el accidente de María Ana, y se dirijió muy satisfecho *á la posada del gallo encarnado*. Eran las diez de la mañana.

Su escudero le recibió y Felipe le dijo:

—Albino, ¿has ejecutado mis órdenes?

—Sin olvidar una palabra. Ya saben varios confiteros que deben tener preparados toda clase de dulces, y tendrémos flores para enterrar á todos los niños de Malinas si dan en la flor de morirse.

—¿Ha venido el caballero Mos de Theron? repuso Felipe de Marnis.

—En aquella pieza está almorzando, contestó Albino, y ¡vive Dios! que tiene escelente apetito.

Felipe dejó á su escudero, é inmediatamente fué en busca del caballero Mos de Theron, á quien encontró entretenido con un gran lomo de ternera.

—¡Voto al diablo! esclamó Theron, viendo á Marnis, que estoy cansado de esperar.

—¿Hace mucho tiempo que esperas? repuso Felipe con frialdad.

—Dos horas cumplidas, Felipe. ¿Sabes tú lo que son dos horas?

—¿Y nuestra gente? preguntó Marnis, sin hacer caso del mal humor del caballero.

—Dentro de Malinas: con arreglo á tu mandamiento.

—¿En qué posada está alojada?

—En todas las de la ciudad.

—Escelente precaucion, amigo. Vales mucho mas que yo pensaba.

—Dejamos los caballos en una alquería, que distará un cuarto de legua; nos dividimos en pequeños grupos, y entramos por distintas puertas, dijo Theron, orgulloso con el elogio que acababa de hacerle Marnis.

—¡Magnífico! Repito, Theron, que vales mas que yo pensaba.

—¿Y tú qué has hecho mientras he llevado á cabo tus órdenes?

—Todo está dispuesto de la mejor manera dable.

—¿Y es ya ocasion de que yo sepa en dónde darémos el golpe?

—En el convento de San Alejo, si el diablo no quiere otra cosa.

—Muy bien. Despues de pasar á cuchillo al príncipe y su comitiva, mutilarémos las imágenes y saquearémos el convento.

—Lo que es necesario, Mos de Theron, es apoderarnos de D. Juan.

—Lo uno no le quita á lo otro, y así será miel sobre hojuelas.

—Bien. Ahora es preciso que avisemos á todos nuestros compañeros, para que empiecen á ejercer sus nuevas funciones.

—En acabando de almorzar irémos, Felipe, en su busca.

—No hay tiempo que perder, Theron.

—¿Y es tiempo perdido, por ventura, el que se gasta en almorzar!

—En algunas ocasiones sí. Levántate, Mos de Theron, y sigueme.

Mos de Theron dejó su almuerzo, no sin haber apurado antes una botella de Jerez, pues aunque enemigo de los españoles, hacia las paces con sus vinos, y reuniéndose con el escudero de Marnis, se encaminaron todos tres en busca de los conjurados. Dejémoslos seguir su marcha y volvamos al monasterio de San Alejo.

Al salir Felipe de Marnis de la antecámara de la abadesa, entró Margarita y lanzó un grito, viendo á su señora desmayada. A este grito abrió los ojos María Ana, cubriéndose el rostro con las manos, atormentada y abatida.

—¡Qué teneis, señora, que teneis? la preguntó su camarera.

—Nada, Margarita. Ven á vestirme, repuso temblando la abadesa, y las dos entraron en la cámara, guardando espresivo silencio.

Grandes esfuerzos hacia María Ana para presentarse tranquila, y estos esfuerzos se aumentaron cuando algunos momentos despues entró en la cámara Enriqueta. Para disimular mejor, pidió María Ana el desayuno, y ambas amigas se sentaron sin grandes muestras de apetito.

—¿Habeis pasado buena noche? preguntó la hermana del baron de Hesse á la superiora del convento.

—Muy buena, hija mia. ¿Y tú has dormido hasta muy tarde?

—Hasta las diez lo menos, señora, he dormido profundamente.

—Dichosa tú. Yo me he levantado á las ocho.

—No os he sentido. ¿Y por qué habeis hoy madrugado tanto?

En este momento entró Margarita y dijo á su señora:

—A la puerta están unos cuantos criados con grandes bandejas de dulces, y otros con canastos de flores. ¿Les dejamos franca la entrada?

El cuchillo y el tenedor se desprendieron de las manos de la abadesa, rompiendo el plato de porcelana de sajonia en que comia, y una súbita palidez cubrió sus mejillas; pero haciendo un esfuerzo desesperado dijo balbuciente y turbada:

—Es verdad.... El príncipe vendrá á visitarnos, es necesario prepararle una decente colacion; disponedlo todo....

Y dejando en el mismo instante el desayuno, comunicó las precisas órdenes con manifiesta turbacion.

Siguiendo las órdenes de Felipe, se presentaron los conjurados con bandejas y canastos de flores, en cuyo fondo llevaban ocultos los puñales y arcabucetes. A las once y media habian entrado treinta orangistas en la celda, porque los demas debian confundirse con los curiosos que rodearian al príncipe y su comitiva. Felipe de Marnis y Mos de Theron se presentarian bien armados en el momento decisivo, y si la Providencia no salvaba al gobernador general su pérdida era segura. Mas esperémos los sucesos, y ocupémonos entre tanto de otros personajes conocidos.

En la escalera del monasterio estaba un hombre, lujosamente ataviado, que no pudiendo cubrirse el rostro por la hora, ni ocultarse por lo despejado del sitio, hacia alarde de encontrarse allí, consiguiendo con su descaro llamar muy poco la atencion.

Dieron las doce: Enriqueta de Horn abrió con cuidado la puerta de la celda abacial; se asomó á la baranda de la escalera, hizo una seña á Octavio Gonzaga, que era el apuesto caballero. Octavio subió de dos en dos los escalones que le separaban de Enriqueta; atravesó una pequeña crujía que acababa de cruzar la jóven, y entró en una celda, cuya puerta encontró entornada. Enriqueta la cerró al momento con llave y dijo á Gonzaga:

—Cuánto he sufrido con el temor de que no vinieras.

Mucho me ofendes, Enriqueta, dudando de mi puntualidad. Te amo, y quien ama como yo, Enriqueta....

—No se trata de amor, Gonzaga. No pretendo hablarte de amor.

—¿Qué dices?

—Que en este momento debemos olvidar, Octavio, nuestro inestinguible cariño....

—¡Olvidar nuestro amor! no, Enriqueta. Primero la muerte....

—La muerte te amenaza, Octavio, y es preciso evitar tu muerte.

—Rayaba el valor de Gonzaga en temeridad, pero aquella imprevista noticia le causó un estremecimiento involuntario, y esclamó:

—¡Qué dices, Enriqueta, qué dices!

—Digo, Octavio, que en este momento se afilan cincuenta puñales para traspasarte el corazon, y que si no evitas el golpe, muy pronto llegarán á él.

Gonzaga miró á su bien amada, como hombre que no cree lo que le están diciendo, y Enriqueta continuó:

—Respóndeme, Octavio, respóndeme, porque nos va en ello la vida.

—Pregúntame, Enriqueta, pregúntame, repuso Gonzaga.

—¿Debe venir el príncipe hoy al monasterio de San Alejo?

—Sí, Enriqueta. Aquí lo tendrémos sin falta esta misma tarde.

—Díme, ¿en dónde ha pasado D. Juan la noche anterior?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Te juro, por lo mas sagrado, que no lo sé; solo puedo decirte que no la pasó en su palacio, y te lo afirmo bajo mi palabra de honor.

—Pues yo te diré, Octavio Gonzaga, que pasó la noche en Bruselas.

—¿En Bruselas? Te han engañado. ¿Estuvo el príncipe en Bruselas?

—Sí, "D. Juan de Austria, solo, sin mas arrimo que su espada y su corazon de diamante, penetró á media noche en Bruselas, llegó á la iglesia de Koubenverg, y ante quinientos conjurados, que acababan de jurar su pérdida, se descubrió el rostro."

—Enriqueta....

—He oido esta mañana las palabras que te acabo de referir.

—Esplícate, por Dios, esplícate, que me haces temblar.

—Habito en la celda de la abadesa. A las ocho de la mañana oí un leve rumor, me levanté movida de curiosidad ó quizás de un secreto instinto, atravesé mi estrecha cámara, y mirando por la cerradura de su puerta, ví en la antecámara á la noble María Ana de Berghe, y al caballero Felipe de Marnis.

—¡Enriqueta!

—Su conversacion fué acalorada y enigmática para mí; pero retuve algunos periodos....

—Esos periodos, Enriqueta.

—Felipe dijo: "Has dispuesto algun refrigerio para el príncipe?" "La abadesa contestó que no." "Pues yo creo oportuno que dispongas un gran refresco," repuso Marnis, y añadió despues: "Dentro de una hora se presentarán varios criados, muchos en número; tal vez cincuenta, quizás mas. Todos traerán dulces, licores, canastos de flores: cuanto considere necesario. Los recibirás como si fueran tus propios criados, María Ana: los dejarás vagar á su arbitrio por esta celda, dándoles una habitacion particular, y nada mas ecsijo de tí."

—¿Y qué contestó la abadesa?

—Opuso obstáculos, queriendo saber sus proyectos: entonces esclamó Felipe, horrorosamente ajitado: "Pues sábelo; y serás mi cómplice si no prefieres ser mi víctima. Aquí debe entregarse preso ó parecer el príncipe D. Juan de Austria: aquí deben ser asesinados los señores de su comitiva." "¡Qué horror! ¡Imposible! ¡Jamás!" dijo la abadesa aterrada. Siguieron algunas réplicas incomprensibles para mí, y entonces Felipe de Marnis contó la ida de D. Juan á Bruselas. Despues la discusion tomó su anterior carácter de misterio, y por último María Ana dijo lanzando un profundo suspiro: "Haré lo que quieras, Felipe." El caballero se despidió, y la abadesa cayó en la alfombra sin sentido.

—¿Y despues, Enriqueta; y despues que se desmayó la abadesa?...

—Despues han venido los criados, han puesto las mesas, han colocado las bandejas, las flores y los ramilletes; se han encerrado algunos de ellos en una espaciosa habitacion, y esperan la hora del sacrificio con siniestra tranquilidad. Ya lo sabes todo, Gonzaga.

—¿Está con ellos Felipe de Marnis?

—No: sin duda acaudilla el mayor número, que presumo estarán ocultos en otros parajes del monasterio ó en sus inmediaciones quizás.

—Lo que me cuentas es horrible, tan horrible que apenas lo puedo creer.

—Huye, Gonzaga; huye de aquí; huye de Malinas; huye de Flandes. No quiero verte rodeado siempre de peligros, amenazado por los puñales; porque tú eres, el amigo del príncipe, y no te lo perdonarán nunca.

—Sí, Enriqueta, yo soy el amigo del príncipe, y en este convento que ocupan los traidores, sobre el cadalso, ó bajo el puñal de un asesino, lo repetiré con noble orgullo: *yo soy el amigo del príncipe.*

—Octavio hablaba con vehemencia, y su voz vibraba de tal modo, que hubieran podido muy bien oirla en el prócsimo corredor. Enriqueta le tapó la boca con su linda mano y le dijo:

—Calla, por Dios, Octavio, calla; ¿no conoces que pueden oirte?

—¿Qué me importa?

—Los asesinos....

—Iré yo mismo á provocarlos: á oponer mi pecho á sus puñales: á....

—¡Octavio! ¡Oh! no corras así hácia la muerte.

—Ciño una buena espada, y late aquí un buen corazon.

—Son muchos y estarán armados. ¿Qué podrás hacer contra todos?

—Para muchos traidores basta, Enriqueta, con un leal.

—Morirás, Octavio, sin remedio y sin provecho de tu causa.

—Moriré con gloria, Enriqueta, y mi muerte causará envidia.

—¿Y quién salvará, si tú mueres, al noble príncipe?

Gonzaga, que habia hablado alto hasta aquel momento, bajó de repente la voz, y dijo con apagado acento:

—Es verdad, si yo muero el príncipe no podrá salvarse.

—Huye, Octavio, sálvate tú, yo lo quiero.

—Huiré, Enriqueta; tienes razon: es preciso salvar al príncipe.

—Quizás no nos verémos mas, murmuró Enriqueta llorando.

—Esta misma tarde, si quieres. En estando el príncipe á salvo, me tienes, hermosa Enriqueta, á tus piés, repuso Octavio.

—No, Gonzaga, seria una imperdonable locura.

—Sin embargo, sucederá, porque yo lo quiero, Enriqueta.

—Moriré de pena, Gonzaga. Te pido, por Dios, que no pises mas estos umbrales.

—¡Qué dicha si muriéramos los dos unidos!

—¿Me amas mucho, Octavio, me amas mucho?

—Gonzaga, el inconstante, no amará á nadie mas que á tí.

—¡Octavio! ¡Octavio! estoy para volverme loca!

—¡Cuán hermosa estás, Enriqueta! Tus ojos brillan con una luz mas radiante que la del sol: tus labios se mueven como los pétalos de las rosas: tu respiracion es tan suave como las auras matinales: tu aliento es tan puro.... ¿Pero qué digo? En este instante puede llegar aquí D. Juan. Adios, Enriqueta, hasta que el príncipe esté en salvo.

—Adios, Octavio. Salva al príncipe. Ya no nos veremos. ¡Dios mio!

—Esta tarde, hermosa Enriqueta. Yo quiero morir junto á tí.

Octavio salió con arrogancia, atravesó la estrecha crujía, bajó la escalera, y se encaminó hácia palacio. Enriqueta volvió tímidamente á la celda de María Ana: admirando al fiel caballero que, para servir á su príncipe, se olvidaba casi de su amor.

CAPÍTULO XII.

LA PARTIDA.

Iba á salir el secretario, cuando apareció en el umbral Octavio Gonzaga, tan fatigado, que apenas podia respirar.

—¿Qué traes, Gonzaga? le preguntó el príncipe un tanto inquieto, al contemplar su agitacion y la palidez de su rostro.

—Señor, dijo Octavio acercándose y con manifiesta amargura, ¿en dónde estuvísteis anoche? ¿Por qué salísteis de Malinas?

El príncipe quedó admirado al escuchar esta pregunta, y tartamudeó:

—¿Sabes?....

—Señor, todo lo sé. Sé que cuando marchais al peligro no contais nunca con vuestros mejores amigos: que nos estimais en muy poco.

—¿Cómo has sabido mi espedicion? preguntó D. Juan mas tranquilo.

—¡Oh! es una historia muy larga de contar, señor.

—Octavio, dijo el príncipe, mudando de conversacion, dentro de dos horas salimos de Malinas.

—¿A dónde marchamos, señor? preguntó con júbilo Gonzaga.

—A Namur.

—¿Está todo dispuesto? añadió con el mismo afan.

—El duque de Ariscot ha recibido ya mis órdenes; pero antes de emprender la marcha tenemos que hacer una visita.

—¿Al monasterio de San Alejo? preguntó Octavio con zozobra.

—Al monasterio de San Alejo, repuso D. Juan tranquilamente.

—Señor, dijo Octavio con solemnidad, V. A. no puede entrar en el monasterio de San Alejo; yo iré á despedirme en vuestro nombre; la abadesa quedará satisfecha y ganarémos mucho en ello.

El príncipe miró á Gonzaga sin manifestar estrañeza, tan acostumbrado estaba ya á encontrar misterio en todas partes.

—Habla, Gonzaga, dijo D. Juan con su habitual indiferencia.

—En el monasterio de San Alejo os esperan, señor, los traidores, repuso Gonzaga.

—¿Quién los acaudilla? preguntó el príncipe con la mayor tranquilidad.

—Felipe de Marnis en persona.

—Ha querido cumplir su promesa. Pero no, añadió el príncipe animandose de repente, Felipe de Marnis me busca; Felipe de Marnis me provoca; yo probaré á Felipe de Marnis que no se me insulta impunemente. Octavio Gonzaga, quiero saber los pormenores de esta trama: y quiero saberlos al instante.

Octavio refirió á D. Juan cuanto le habia dicho la hermosa Enriqueta de Horn, sin omitir la mas pequeña circunstancia.

—Bien, dijo el príncipe, muy bien: son mios, y haré justicia de una vez. Gonzaga, ve á buscar al momento al duque de Ariscot: avisa á los caballeros de mi corte, y haz que estén prontos los mosqueteros de mi guardia.

—¿Qué pensais hacer, señor? preguntó Escobedo.

—Ir al monasterio, cercarlo, y no dejar un rebelde á vida.

—¡Escelente resolucion! esclamó Gonzaga entusiasmado.

—Señor, repuso Juan de Escobedo, muy pronto salgo para Madrid, y quizá doy á V. A. mi último consejo: holgaria de que fuese seguido sin discusion y en todas sus partes.

—Te juro, por mi augusto padre, hacer todo lo que me digas.

—En este caso, V. A. no irá esta tarde al monasterio.

—Escobedo, ¿quieres que no acabe con mis implacables enemigos?

—Un sacrificio mas, señor. No quiero presentarme en Madrid dejando la guerra empeñada: quiero hablar de paz al soberano.

—Te dí mi palabra, Escobedo, y haré el último sacrificio.

—Mucho os lo agradezco, señor, y os lo pagaré como debo.

—Pensemos solo en nuestra marcha, repuso D. Juan alegremente.

Acababan de dar las dos y media.

El príncipe, Escobedo y Gonzaga noticiaron á muchos nobles de la servidumbre de D. Juan el pronto viaje, recomendándoles el secreto, y todos ellos se apresuraron á disponerlo, mientras el duque de Ariscot avisaba á los demas señores y tomaba las precauciones necesarias. A las cuatro en punto piafaban en el gran patio del palacio un gran número de corceles, y momentos despues el austriaco, rodeado de su comitiva y seguido de los arcabuceros de su guardia, cruzaba la plaza mayor dirijiéndose á la puerta del Arenal. Al tomar esta direccion el cortejo, se separó Octavio Gonzaga, y seguido de un solo criado, se encaminó reposadamente al convento de San Alejo.

Descabalgó en la misma puerta, entregó las riendas al criado, cruzó el zaguan, subió la escalera, entró en la celda de María Ana, y llegó á su cámara, despues de haber sido anunciado.

Estaba en ella la superiora, acompañada de Enriqueta de Horn y de un gran número de religiosas, quienes esperaban con impaciencia la visita del jóven príncipe. A la vista de Octavio Gonzaga sintió María Ana que toda la sangre se le agolpaba á la cabeza, sufriendo á un mismo tiempo celos, remordimientos y confusion.

—Señora, dijo el caballero, saludando á la superiora, despues de haber dirijido una dulce mirada á Enriqueta, el príncipe acaba de saber que Margarita de Valois entrará mañana en Namur: inmediatamente ha dado sus órdenes para salir á recibirla, y ya se halla fuera de Malinas. Por este motivo no ha podido cumplir su palabra, señora, y vengo en su nombre á disculparle.

Iba á responder María Ana, cuando entró Felipe de Marnis, con los ojos fuera del cráneo, los labios negros y sangrientos. Se acercó á la absorta abadesa y la dijo al oido:

—María Ana, me has vendido como á un miserable; prepárate pues á ser mi víctima, y á serlo ahora mismo, María Ana.

—Te juro....murmuró la abadesa; y Felipe, alzando la voz, dijo con resuelto ademan:

—Muchos han deseado saber por qué razon María Ana de Berghe se retiró jóven y hermosa á este monasterio.

—¡Felipe! esclamó la pobre abadesa con el acento del dolor.

—La causa ha estado siempre oculta, porque ha callado el solo hombre que podria revelarla, que podria cubrirla de vergüenza.

—Felipe, repitió la abadesa arrodillándose á sus piés.

—Esta respetable superiora fué á los quince años la querida del caballero Felipe de Marnis, añadió el furioso orangista.

—¡Mentís! gritó Octavio Gonzaga, abalanzándose hácia Marnis, y María Ana cayó casi ecsánime sobre las rodillas de Enriqueta.

CAPÍTULO XIII.

NAMUR.

Acababa de amanecer el dia 24 de Julio, y una lucida cabalgada se adelantaba rápidamente por el camino de Malinas, en direccion á la noble ciudad de Namur. Al llegar á la márgen izquierda del Mossa se detuvo, como por encanto, para contemplar el panorama que se presentaba á sus ojos.

Namur, la ciudad cuyo orígen se pierde en la oscura noche de los tiempos, aparecia medio dormida entre los brazos de dos montañas, á la márgen izquierda del Mossa; rio caudaloso y navegable, que baña sus muros, y sobre el cual hay un gran puente de siete arcos que une la ciudad á un pequeño arrabal, hermoseado con mil pintorescos jardines. El Sambra, rio tambien navegable, cruza la ciudad (dividiéndola en dos partes desiguales, que une el estrecho puente de la Arena,) y se precipita en el Mossa, aumentando así su caudal.

Los viajeros veian á Namur en la posicion mas pintoresca; en primer término descubrian la puerta de San Nicolás, y al frente la iglesia y la calle de

este nombre: mas adelante el palacio del ayuntamiento, llamado *Palacio de las Flores*, inmenso edificio, cuyos puntiagudos chapiteles casi se pierden en las nubes. Contiguo al palacio se veia el estrecho puente de la Arena, y pasado el puente la iglesia de Nuestra Señora, fundada por San Martin, primer apóstol del país. Esta colegiata, principal parroquia de Namur, es célebre por su antigüedad, que se remonta á los primeros siglos de la Iglesia; por su estension mucho mayor que la de la misma catedral; por una capilla subterránea que tiene debajo del coro, en la que se veneran preciosas reliquias; y por un pedazo de mármol, casi informe, que está incrustrado en el primer pilar de la nave, próximo á la santa capilla. Pretenden que esta tosca estátua era un ídolo, llamado Nam, que pronunciaba oráculos en un templo de la montaña de la ciudadela, y que quedó mudo al nacimiento de Jesucristo, afirmando algunos autores que de él tomó nombre la ciudad. La plaza de Nuestra Señora es circular y está adornada de magníficos edificios, distinguiéndose los conventos de los carmelitas calzados y descalzos, la casa del ayuntamiento y algunas otras particulares.

A la izquierda de la puerta de San Nicolás, llamada tambien de los Paises Bajos, está el convento de los franciscanos, estenso edificio con una hermosísima iglesia: á la derecha las iglesias de San Juan Bautista y de los cuatro Evangelistas, la puerta de Soissons, y el espacioso convento de los padres de la Cruz, célebre por su claustro cerrado de vidrios de colores, y por la gran cruz de oro macizo que le regaló Felipe el Noble, conde de Namur, á principios del siglo trece. Pasado este convento se encuentra la puerta de Entry, y un poco al Norte la catedral, edificio poco considerable, edificado en 1569, dedicada á San Albino, y cuyo primer obispo fué Antonio Hubet, doctor del órden de Santo Domingo.

Al Norte, y sobre una montaña que se eleva entre los dos rios, están la colegiata de San Pedro, fundada en 1202, y la ciudadela, dividida en grande y pequeña; pero que hacen una en realidad, estando unidas por un puente. Varias ermitas habitadas por ejemplares religiosos están medio ocultas en la maleza, y contribuyen á lo pintoresco del paisaje.

La cabalgada contemplaba cuanto acabamos de describir á los primeros rayos del sol de Julio, que doraba las altas montañas, se quebraba en los chapiteles, y plateaba á cortos intervalos la superficie de los rios. Algunos rebaños pacian en las matizadas praderas, y las campanas de la ciudad dejaban oir de vez en cuando sus agudos ó graves ecos.

—Señores, dijo D. Juan de Austria, dirigiéndose á los caballeros que se agrupaban á su alrededor, me vivifica este puro ambiente, y veo con gusto los altos muros de la ciudad de Namur.

—Este paisaje es delicioso, repuso el duque de Ariscot, el aire sano y los habitantes amables: creo, señor, que no sentirá V. A. haber emprendido este viaje.

—Pero á todas partes, dijo el príncipe, nos seguirá, duque, la traicion.

El duque inclinó la cabeza, en señal de triste sentimiento, y al mismo tiempo percibieron el galope de dos caballos. Momentos despues dos ginetes, embozados hasta los ojos, se adelantaron á la comitiva, y apresurando su carrera llegaron en breve á Namur.

—¿Habeis conocido, preguntó el príncipe al duque de Ariscot, á esos misteriosos viajeros?

—No he podido descubrir sus rostros, tanto procuraban ocultarlos.

—Serán conjurados, repuso el príncipe con acento ligeramente conmovido.

—Es probable, observó Ariscot tristemente.

—Dije que la traicion nos seguiria, y dije mal: la traicion se nos adelanta, y se adelanta á la carrera.

Volvió el duque á inclinar la cabeza y el príncipe añadió:

—No importa: en el esceso del mal muchas veces se encuentra un seguro remedio, y yo pienso, duque, encontrarlo.

—Al pronunciar el príncipe estas pocas palabras, que ponian bien de manifiesto su deseo de poner á raya á tan perseverantes conspiradores, salia por la puerta de San Nicolás una brillante comitiva, marchando á su frente el anciano conde de Barlemont, y compuesta del ayuntamiento, obispo y personas principales de Namur.

—Ya vienen, señor, á nuestro encuentro, dijo Andrés de Prada, abriéndose paso hasta el príncipe.

—Ahorrémosles la mitad del camino, repuso D. Juan, poniendo espuelas al caballo y partiendo á galope tendido.

Barlemont y los suyos tambien aceleraron mas la marcha, encontrándose ambas comitivas á unos mil pasos de la ciudad.

El señor obispo de Namur, Barlemont, y el burgomaestre se bajaron inmediatamente, y el príncipe, por honrar al obispo, descabalgó tambien, siguiendo su ejemplo todos los señores de ambas partes.

El obispo dirijió á D. Juan una larga arenga, llamándolo terror de los infieles, escudo de la fé, espada del Señor, Gran Constantino, Cárlos Martel, Carlo Magno, Josué y otras mil citas de la historia. El burgomaestre le manifestó, en lenguaje llano y sencillo, lo muy honrado que se creia con tener la dicha de hospedarlo, y el anciano conde de Barlemont, economizando los cumplidos, se acercó al príncipe y le dijo:

—El dia cuatro de Mayo recibí un billete de V. A.: ¿ha llegado la hora?

—Hablarémos, le contestó el príncipe, y montando de nuevo á caballo llegaron en breve á Namur.

Fué recibido D. Juan de Austria con grandes repiques de campanas, y entre los aplausos de la bulliciosa muchedumbre. Todos se daban el parabien de tener al príncipe en su ciudad: y como sabian que el único objeto de su venida era agasajar á la princesa Margarita, temian que los dejase pronto, y se apresuraban á darle pruebas de un ardiente y puro entusiasmo.

El edificio mas notable de la ciudad, como hemos dicho, era *el palacio de las flores*, y el burgomaestre preparó en él las habitaciones del príncipe, de los caballeros de su casa, y algunas mas para la princesa de Bearne. El cortejo llegó al palacio, y el príncipe y los caballeros subieron juntos á un gran salon, en donde les estaba esperando un opíparo desayuno.

Los nobles huéspedes comieron con el apetito consiguiente á una larga noche de viaje, haciendo los honores el príncipe con galante jovialidad. Satisfecha el hambre, pensaron todos en tomar descanso, y D. Juan se retiró á su cámara acompañado solamente del anciano conde de Barlemont. Así que se encontraron solos dijo el príncipe:

—Os he llamado, conde, para poneros al corriente de cuanto pienso hacer, porque estimo vuestra prudencia y cuento con vuestra lealtad.

—Señor, repuso el noble anciano, me honra en estremo esa confianza, y de todos modos V. A. sabe que puede disponer de mi hacienda, de mi persona y de mis hijos.

—Conozco, conde, vuestra lealtad, y tengo en ella confianza. Como me habeis dicho, os escribí el cuatro de Mayo una carta.

—Que llegó á mis manos al momento.

—¿Qué os decia en ella?

—Me preguntaba V. A. si podria encontrar un asilo en la ciudadela de Namur. Recuerdo muy bien sus palabras.

—¿Y qué me respondeis, Barlemont?

—No sé, señor, qué responder decididamente á V. A.

—¿No contamos con el castellano? ¿Es nuestro enemigo quizás?

—Mos de Ibes es un militar de carácter duro y pundonoroso al mismo tiempo: un hombre de acero que difícilmente se ablanda.

—¿No le habeis hablado? ¿Nada sabe de nuestro intento?

—Nada, señor; me ha parecido inútil hablarle hasta que nos sea indispensable.

—Quizás tengais que hacerlo en breve, muy en breve, querido conde.

—¿No os encontraréis bien, señor, en la ciudad?

—Yo me encuentro bien en todas partes; pero me acosan los traidores, y por no desenvainar la espada tengo que evitarlos huyendo.

—Opino, señor, que en algunos dias estarémos libres de sus infernales traiciones, y quizás los acontecimientos se presenten....

—No, los traidores me perseguirán sin descanso.

—¿Vendrán á Namur? ¿Acosarán á V. A. con tal constancia?

—Conde de Barlemont, ya están dentro de sus murallas.

—¿Es posible? Quizá V. A. se engaña, y preocupado....

—Los he visto, conde, adelantarme en el camino y entrar en Namur.

—Será preciso conocerlos.... ¿Pero de qué medio valerse?....

—Posiblemente traerán una medalla como esta, repuso el príncipe con desden, enseñando al conde la medalla, en cuyo reverso se leia la palabra *contra-juanistas*.

El anciano miró con estrañeza á D. Juan, y el príncipe continuó:

—Apuesto que no adivinais, querido conde, quién no ha querido llevar al cuello esta medalla, distintivo de mis contrarios.

—No puedo adivinarlo, señor; pero habrá muchos que la rechacen con enojo.

—No ha querido llevarla al cuello maesse Cornelio Estraten.

—¡Señor!

—El armero es un buen amigo, y me ha defendido varias veces.

—Habeis hecho una conversion mas milagrosa que la de San Pablo.

—Ciertamente: el hombre recto de corazon al fin sigue la buena causa.

D. Juan dió unos cuantos paseos por la cámara, melancólico y reflecsivo; despues se paró y dijo al conde:

—¿Cuántos mosqueteros teneis que merezcan vuestra confianza?

—Apenas llegarán á ciento.

—Yo tengo ochenta.... Son muy pocos para asaltar la ciudadela.

—Aunque tuviéramos dos mil, señor, iriamos en balde al asalto.

—Dos mil hombres, bajo la conducta de un capitan esperimentado, pueden hacer mucho.... Dos mil hombres....

El príncipe se interrumpió, dió algunos paseos mas por la cámara, y murmuró despues:

—Con ciento ochenta mosqueteros no se puede tomar por fuerza una ciudadela formidable, pero cincuenta caballeros pueden tomarla por astucia Tengo cincuenta caballeros....

—¿Decís, señor? preguntó el conde, oyendo á medias las palabras que tartamudeaba D. Juan.

Ya hablarémos, conde. No he dormido en toda la noche, y necesito descansar. Nos entenderémos otro dia.

—Con el beneplácito de V. A. me retiro.

—Esperad un momento. ¿A qué hora debe llegar la hermosa reina Margarita, hermana del rey Enrique de Francia?

—A las siete y media de la tarde, si son ciertas nuestras noticias.

—Haced, pues, que á las cuatro en punto estén á caballo cuantos nobles quieran acompañarme á recibirla, porque debo salir á su encuentro hasta dos leguas de Namur. Que no se os olvide, señor conde.

—Seréis obedecido, señor. ¿Tiene V. A. algo mas que confiar á mi ardiente celo?

—No, conde.

Barlemont salió de la cámara, repitiéndose las

palabras que habia proferido el austriaco, y D. Juan se reclinó en el lecho, para dar reposo á sus miembros, ya que no descanso á su espíritu.

CAPÍTULO XIV.

AFLUENCIA DE VIAJEROS.

En el estremo occidental de la iglesia de los Evangelistas se alzaba un pequeño edificio, de forma bastante elegante. Este edificio que podia llamarse muy bien pequeño palacio, perteneció á una familia de las mas nobles del condado; pero con el trascurso del tiempo y frecuentes guerras civiles, la familia se fué estinguiendo y el edificio vino á manos de maesse Albino, quien lo destinó á parador. Los muros deberian estremecerse al presenciar tan sacrílega profanacion, si bien es verdad que maesse Albino dejó intacto el escudo de armas, escribiendo debajo de él con brillantes letras de bronce: PARADOR DE LOS CABALLEROS.

Este título aristocrático, confirmado por una parte con la delicada asistencia del parador, y por otra con el subido precio á que hacia pagar maesse Albino su hospitalidad, alejaba huéspedes de mediana fortuna, y daba al palacio generalmente nobles y distinguidos habitantes.

A las seis y media de la mañana del dia 24 de Julio llegaron al PARADOR DE LOS CABALLEROS dos hombres montados en buenos corceles, pero rendidos y empolvados. Estos dos viajeros eran los mismos que se habian adelantado poco antes á la comitiva de D. Juan.

—Capitan Roberto, dijo uno de ellos, descabalguemos en este parador, que segun las trazas debe ser el mejor servido de Namur.

—Descabalguemos, si así os place, caballero Mos de Theron, ya que puedo llamaros con vuestro verdadero nombre, repuso el capitan Roberto.

—Mejor será que me llameis capitan Rodolfo, como antes.

—Descabalguemos, capitan Rodolfo, ó si queréis capitan diablo.

Los viajeros descabalgaron, pusieron sus sudados corceles en manos de un mozo de cuadra, subieron al piso principal, y se encontraron con maesse Albino, quien los saludó cortesmente, siguiendo su antigua costumbre de cambiar saludos a oro.

No era maesse Albino un posadero en toda la estension de la palabra; es verdad que recibia huéspedes, pero estaba en él muy marcada la diferencia que se nota entre el posadero y el fondista. La limpieza y esmero de su traje, la entera blancura de sus manos, su aire cortés, su sonrisa afable sin tener nada de chocarrera, lo hacian recomendable y hasta querido de sus huéspedes, que siempre quedaban parroquianos.

El capitan Rodolfo, así llamarémos á Mos de Theron mientras siga usando aquel nombre, pagó con una brusca inclinacion de cabeza las cortesías de maesse Albino, y preguntándole

—¿Cómo te llamas? siguió andando por el corredor.

—Maesse Albino, para serviros, caballero, repuso el cortés posadero.

—Pues bien, maesse Albino, venimos bastante cansados, y necesitamos una habitacion y dos camas, observó Theron sin pararse.

—De muy pocas habitaciones puedo disponer, caballero, por estar tomadas algunas para los señores que acompañan á la hermosa reina de Navarra.

—¿Qué reina de Navarra es esa? preguntó el capitan Roberto.

—La esposa de Enrique de Borbon, repuso Rodolfo bruscamente.

—¿Del jefe de los hugotones? observó el aleman.

—Del mismo. Pero vamos á lo que importa. ¿No tienes ninguna habitacion que alquilarnos?

—Tres tengo, repuso maesse Albino, con su risita inestinguible.

—Con una tenemos bastante, pero la queremos al punto.

—¿Cuál elijen vuesas señorías? preguntó maesse Albino inclinándose.

—Cualquiera, replicó Roberto, que solo deseaba descansar.

—Maesse Albino tomó una llave, pero Rodolfo le detuvo preguntándole:

—¿En dónde están esas habitaciones de que hablábamos?

—En el piso principal las tres, dijo Albino con otra profunda cortesía.

—¿Y de qué piezas se componen? preguntó el capitan Rodolfo.

—La mayor tiene una antesala con dos balcones á la calle, una sala con dos alcobas y dos balcones al jardin, y un preciosísimo gabinete con un balcon al jardin tambien.

—¿Y cuánto gana esa habitacion de tantas salas y balcones?

—Trescientos florines al mes, precio fijo.

—¿Trescientos florines? ¡Vive Dios que te estás burlando!

—Está cubierta de tapices, alfombrada con el mayor gusto, perfectísimamente amueblada, y se dá asistencia de príncipe.

—Sin embargo, háblame, maesse Albino, de otra habitacion, dijo Rodolfo.

—La segunda tiene una sala, un gabinete y una alcoba con dos balcones á la calle, está amueblada como la anterior, y solo gana doscientos florines al mes: precio fijo, como he indicado.

—Veamos la tercera, maesse Albino, y despacha pronto.

—La tercera se halla colocada á la derecha de la segunda: se compone de un gabinete y una alcoba, tiene un balconcito á la calle, está amueblada con primor y gana cien florines al mes.

—Manda que nos pongan las camas en la tercera, maesse Albino.

—Al momento daré mis órdenes. ¿Hay que subir algun equipaje?

—¿Tienes desconfianza?

—Creí....

—En la cuadra están nuestros caballos y aquí esta bolsa llena de oro. No me gusta tirar el dinero; pero no soy pobre. ¿Quieres que pague adelantado?

—De ningun modo, ni he querido....

—Escusa tanto cumplimiento y manda que arreglen las camas.

Maesse Albino tomó al instante sus disposiciones, y muy en breve reposaron los dos fatigados viajeros.

Ocho horas despues maesse Albino hacia profundas reverencias al caballero Eduardo de Bouneville, señor de Capres, que acababa de llegar con dos criados y un brillantísimo equipaje.

—Hola, maesse Albino, ¿está desocupada mi habitacion? decia Capres.

—Tengo la fortuna de ofrecerla á vuestra señoría, y es una fortuna por cierto, le replicaba maesse Albino inclinándose como un junco.

—¿Por qué razon es una fortuna que me ofrezcais mi alojamiento?

—Porque llega esta tarde Margarita de Francia, y tengo que alojar muchas personas de su corte en este mi pobre parador.

—¿Supongo que, ademas de mi cuarto, tendrás algun chiribitil en que alojar á esos perillanes? dijo Capres señalando á sus dos criados.

—En mi propia alcoba, señor, si no se encuentra otro remedio.

—Eres el fénix de los huéspedes, y mas vale pagar en tu casa doscientos florines, que en otras medio. Ya ves como te hago justicia.

—Eso mismo dicen muchos caballeros, señor.

—Da la llave á uno de mis criados.

Maesse Albino ejecutó la órden, y momentos despues Eduardo de Bouneville tomaba posesion, por la módica cantidad de doscientos florines, de la salita y gabinete que creyó cara el capitan Rodolfo.

Una sola habitacion desalquiada habia quedado á maesse Albino en SU PARADOR DE LOS CABALLEROS; y á pesar de tan buena entrada, estaba inquieto porque no tenia ya esperanza de adjudicar su perla; así llamaba la habitacion de los diez florines diarios. Se habia asomado muchas veces á la balaustrada de la escalera y preguntado á los mozos de cuadra si asomaban algunos viajeros, sin tener respuesta favorable, cuando vió subir á dos mujeres, vestidas en traje de camino, y seguidas de un labrador, que conducia dos pequeñas maletas de cuero.

La mas jóven de estas dos mujeres, que parecia ser la que mandaba, contaria apenas diez y ocho años, y al verla quedó maesse Albino deslumbrado con su soberana hermosura: la otra, que aya debia ser ó ama de llaves, tendria siete lustros escasos, y no podia llamar la atencion, ni por fealdad ni por belleza; siendo una de aquellas mujeres que, sin inspirar grandes pasiones, no van al sepulcro con palma.

—¿Caballero, preguntó la mas jóven, tendréis la bondad de decirme en dónde está el dueño de este elegante parador?

—Señorita, repuso al momento maesse Albino, afectando sus cortesías, tiene el alto honor de escucharos.

—¡Ah!

—¿En qué puedo serviros, señora?

—¿Teneis alguna habitacion desalquilada?

Maesse Albino miró á la jóven y al equipaje, y dudó mucho que dos mujeres, con tan poco boato, quisieran pagar una habitacion de tanto precio; pero sin embargo contestó con su acostumbrada cortesía:

—Una sola tengo, señora, y es la única que puedo ofreceros.

—¿Me haréis el favor de conducirme á ella al instante?

—Debo advertiros que es muy espaciosa.

—Mejor.

—Y que gana trescientos florines mensuales.

—No están caras las habitaciones en Namur, dijo la jóven con la mayor naturalidad; y dirigiéndose á maesse Albino añadió:

—Me acomoda la habitacion; tened la bondad de guiarnos.

Maesse Albino no cabia en sí de satisfaccion, al ver que al fin habia adjudicado su perla cuando menos pensaba en ello: haciendo nuevas cortesías, tomó las llaves y marchó delante declamando la siguiente arenga:

—En este gabinete se alojan dos terribles capitanes, que llegaron esta mañana momentos antes de entrar el príncipe.

—¿Sabeis cómo se llaman esos terribles capitanes? preguntó la jóven.

—Se llaman Roberto y Rodolfo, repuso al momento maesse Albino.

—Roberto y Rodolfo, repitió la jóven: bien pueden ser. Maesse Albino continuó, queriendo así congratularse con las espléndidas viajeras:

—En esta habitacion, que se compone de una sala, un gabinete y una alcoba, y que gana doscientos florines mensuales, se aloja el caballero Eduardo de Bouneville, señor de Capres, y uno de mis mejores parroquianos.

—Decidme, maesse Albino, interrumpió la jóven, ¿Bouneville y los capitanes se conocen?

—No se han visto siquiera, señora.

—Puede ser que no sean ellos.

Maesse Albino abrió la puerta en aquel momento, y cuadrándose con toda la gentileza de un lacayo, señaló con donaire á las dos viajeras su magnífica habitacion.

—Entrad, maesse Albino, entrad tambien, dijo la jóven con su voz dulce y penetrante; y dirijiéndose á su aya, añadió:

—Toma esas maletas, Catalina, y dá dos florines al mozo.

Maesse Albino creia muy natural que le pagaran diez florines diarios por una buena habitacion; pero le parecia una locura pagar tan caro á un mandadero. Sin embargo, era demasiado hábil para malquistarse con un hombre que podia traerle muchos viajeros, y á quien quizás debia el recibir á una jóven tan generosa: aprobó pues con una sonrisa la disposicion de la viajera, que se habia sentado en

un sitial, y la dijo haciéndola una profunda cortesía.

—¿Teneis que mandarme, señora?

—Esperad un momento, si podeis, y no impido vuestros quehaceres.

—Estoy enteramente á vuestras órdenes.

—La mejor cualidad de un huésped es pagar bien y puntualmente: ¿no os parece que tengo razon?

—Señora....

—Me habeis dicho que esta habitacion gana trescientos florines mensuales.

—Ecsactamente.

—Catalina, dá á maesse Albino trescientos florines por los alquileres de un mes.

Catalina sacó una gran bolsa de seda verde, dió dos florines al mandadero, que se despidió haciendo las mas grotescas reverencias, y despues puso sobre una mesa porcion de monedas de oro que sumaban el alquiler de la habitacion.

—¿Señora, preguntó maesse Albino echando una mirada codiciosa á aquellas brillantes monedas, ¿permaneceréis todo el mes?

—No puedo decíroslo; pero si tengo que marchar antes, nada tendréis que devolverme, pues os lo regalo desde ahora.

—¡Válgame Dios! dijo maesse Albino inclinándose con mas humildad que otras veces, doy hospedaje sin la menor duda á una princesa, que viaja de incógnito.

—No, maesse Albino, estoy tan lejos de ser princesa....y se interrumpió de repente con inesplicable turbacion.

—¿Tiene que mandarme V. A? dijo maesse Albino insistiendo en tratarla como á princesa.

La viajera se estremeció y repuso:

—Ya os he dicho, maesse Albino, que soy una simple particular; pero, como mujer, curiosa. ¿Qué novedades hay en Namur?

—Novedades que llamen la atencion, la venida de D. Juan de Austria esta mañana, y la de la reina Margarita que se verificará esta noche.

—¿Y se dice á qué ha venido el príncipe D. Juan?

—Ha venido, señora, á hospedar á la hermosa reina de Navarra.

Los labios de la hermosa viajera se agitaron imperceptiblemente, y tartamudeó, ahogando un ardiente suspiro.

—¿Pero es seguro que viene la reina de Navarra?

—Segurísimo. A las cuatro en punto de la tarde pasaron por aquí D. Juan de Austria y su brillante comitiva, con intento de recibirla á larga distancia de la ciudad, contestó al punto el posadero.

—¿Y pasarán por aquí á la vuelta?

—Sin duda: entrarán por la puerta de Soissons, y este es el camino derecho. Asomaos, señora, á este balcon, prosiguió maesse Albino llevando á la jóven hasta uno de ellos. ¿Veis aquellas torres, á la izquierda, apenas plateadas por el crepúsculo? Son las de la iglesia de los reverendos padres de la Cruz, casi contiguas á la puerta por la cual la reina debe entrar. Mirad, señora, á la derecha. ¿Veis ese soberbio edificio, cuyas altivas torres se destacan como vigilantes centinelas? Es *el palacio de las flores* que aloja á S. A. y en breve alojará á S. M.

—¿Margarita debe habitar bajo el mismo techo que el príncipe?

—Así está dispuesto. ¿Pero no veis? Ya están iluminando el palacio y algunas casas particulares; voy á dar mis disposiciones para que iluminen el parador.

Maesse Albino recojió en un momento los trescientos florines, y salió dejando á la jóven entregada á profundas meditaciones. Catalina, muda y de pié, seguia las miradas de su señora, que ya se fijaban en las torres completamente iluminadas del magnífico *palacio de las flores*, ya en las oscuras y sombrías de la iglesia de los reverendos padres de la Cruz.

Todos los balcones del parador se fueron tambien iluminando, y momentos despues entró maesse Albino en la habitacion de la viajera con cuatro hachas, que era su dotacion correspondiente, á razon de dos por cada balcon. La jóven le dejó iluminar uno de ellos; pero al acercarse al que ocupaba, dijo á maesse Albino:

—Tengo que pediros un favor, y quiero que me lo otorgueis.

—Como gustéis, señora mia, repuso el complaciente huésped.

—Quiero que no pongais ninguna luz en este balcon.

—Pero....

—Deseo ver pasar la brillante comitiva, y no quiero ser vista de nadie: si poneis luces, me obligaréis á estar dentro.

—Señora, repuso maesse Albino inclinándose, cumpliré vuestra voluntad; y añadió para sí: ¿será esta dama la célebre madrileña María de Mendoza ó la italiana Diana Phalangi, amigas ambas de D. Juan? Despues prosiguió:

—Escuchad, señora, ya empieza el repique de campanas y las salvas de la ciudadela; los príncipes entrarán en breve.

La estranjera no escuchaba ya á maesse Albino, y miraba sin interrupcion hácia el estremo de la calle por donde debian aparecer la reina, el príncipe y sus comitivas.

Cada momento parecia un siglo á la jóven y hermosa viajera; pero otra persona, menos interesada ó impaciente, no hubiera tenido motivo de quejarse, porque antes de cinco minutos apareció la comitiva, y casi al mismo tiempo se distinguieron las personas.

Marchaban delante, la reina Margarita, sobre una yegua color de cisne con paramentos de seda y oro, vestida con una falda de paño verde oscuro, un corpiño de terciopelo negro y una gorra con una pluma; y el príncipe D. Juan, cabalgando sobre su brioso caballo negro, que heria los pedernales con piés y manos, como hieren el yunque los martillos, y se regaba el pecho con blanca espuma, tascando su freno dorado. Inmediatamente seguian varias damas de grande hermosura y vestidas como la reina; cerrando el cortejo gran número de caballeros, españoles, franceses y alemanes.

La reina y el príncipe mantenian animada conversacion, y la viajera se mordia los labios, y lanzaba miradas de fuego sobre aquella hermosa pareja.

Cuando se presentó la jóven en *el parador de los caballeros*, no solo llamaba la atencion por su prodigiosa belleza, sino tambien por la dulzura de sus aniñadas facciones: en el momento de pasar los príncipes bajo su balcon, era una tigre, que no pudiendo devorar su presa, ruge y se hiere sin piedad.

—Señora, dijo maesse Albino, qué hermosa pareja hacen el príncipe y la jóven reina de Navarra.

—Hermosa pareja, hermosa pareja, murmuró la jóven con reconcentrado furor.

Los príncipes pasaron al trote, en pos de ellos la comitiva, maesse Albino dejó el balcon para entregarse á sus quehaceres, y la estranjera siguió mirando hácia *el palacio de las flores*, con una espresion de amargura, de indignacion y de sarcasmo, que ni puede describir la pluma, ni logrará copiar el pincel.

Eduardo de Bouneville estaba echado de bruces en uno de sus dos balcones, el mas distante de la habitacion de la jóven, y los dos capitanes estaban tambien en el suyo, en conversacion muy seguida. Bouneville se inclinó cuanto pudo y dijo muy bajo:

—Mos de Theron.

Mos de Theron se encontraba muy embebido en su discusion, y no oyó las palabras de Bouneville.

—Mos de Theron, repitió Eduardo á media voz.

Al oir este nombre, hizo la viajera un movimiento de alegría, y poniendo toda su atencion oyó al capitan responder:

—¿Eduardo de Bouneville?

—El mismo, repuso el señor de Capres.

—Pasaré á vuestra habitacion.

—Venid pronto.

—Allá voy.

El capitan se metió, imitándole Bouneville, y la viajera dijo:

—No me engañé, aquí estaba Mos de Theron.

CAPITULO XV.

UNA BUENA VECINDAD.

Inmediatamente la jóven cerró la puerta de su estancia, y reclinándose contra los tapices que cubrian el muro contiguo á la habitacion de Bouneville, aplicó el oido, por si lograba sorprender algunas palabras de la conversacion que debian tener los dos importantes personajes. Al reclinarse la viajera, notó que el tapiz cedia mucho, y alegre y recelosa al mismo tiempo lo desclavó por la parte inferior, y levantándolo con ayuda de Catalina, encontró el hueco de una puerta, cerrada con llave y cerrojo, y que debia comunicar con la habitacion de Eduardo. Este descubrimiento era un tesoro para la viajera, y colocándose en el hueco, aplicó el oido á la cerradura, oyó primero arrastrar dos sitiales, y despues la voz de Bouneville que decia:

—¡Vive Dios! que ha sido una fortuna haberos hallado tan pronto: no sabia vuestro paradero y esperaba en la casualidad.

—¿Qué sabeis de Felipe de Marnis? repuso el capitan Rodolfo.

—Anoche á las doce llegó á Bruselas, contó á los Estados generales cuanto acababa de suceder, y á las dos de la madrugada me puse camino de Namur, adonde he llegado felizmente.

—¿Qué carácter traeis, Bouneville?

—El de enviado de los Estados generales cerca del príncipe por una parte, y el de vuestro aucsiliar por otra.

—¿Qué pensais hacer cerca del príncipe D. Juan?

—Suplicarle encarecidamente que vuelva á Bruselas al momento.

—Bueno seria; ¿pero y si se niega como espero?

—Si se niega....

—¿Qué pensais hacer?

—En ese caso obraréis vos, Mos de Theron.

—Advertid que en Namur me llamo el capitan Rodolfo.

—En ese caso, capitan Rodolfo, esperaré vuestras instrucciones.

—Pues me parece que tendré que empezar á instruiros.

—Hablad: ¿con qué medios contais?

—Con todos los soldados alemanes que quieran seguir nuestras banderas: y juzgo que todos querrán, si el diablo no se mezcla en ello.

—¿Serán muchos, Mos de Theron ó capitan Rodolfo, esos aucsiliares?

—No sé, Bouneville; pero con el tiempo lo sabrémos.

—Pues es preciso que ese tiempo no sea muy largo, capitan.

—Los soldados no pueden reunirse en un dia. Hemos hecho nuestro llamamiento y muy en breve verémos si da resultados.

—¿Queréis decirme quién os acompañaba al balcon?

—El capitan Roberto. ¿No le conoceis, Bouneville?

—Juro á Dios que no le conozco, ni de nombre.

—Pues es muy digno de ser conocido, señor de Capres.

—Así lo creo; pero sin embargo no he tenido tamaño placer hasta hoy.

—Es uno de los comisionados imperiales, y el mas influyente de todos.

—Habeis dicho bien, capitan Rodolfo; es un hombre muy importante, y ejercerá poderoso influjo sobre los soldados alemanes.

—Es jóven, valiente y ambicioso: tres escelentes cualidades.

—Tres magníficas cualidades para conjurado, ¿no es eso?

—He tenido, Bouneville, la suerte de elejirlo, y es un mozo que me hace honor. Vale mas que cien mercaderes flamencos.

—Me lo presentaréis, capitan, cuando os parezca conveniente.

—Mañana mismo, señor de Capres, y quedaréis muy satisfecho.

—¿De modo que en dos ó tres dias nada podréis emprender?

—Nada. Trabajad vos durante ellos, que ya me llegará mi turno.

—En ellos haré cuanto pueda, y aseguro que no haré poco.

—Mientras voy reuniendo mi gente, instar al príncipe noche y dia; pues viendo que queréis llevarle á Bruselas se creerá seguro en Namur, y es el modo de que aseguremos el golpe.

—Teneis razon: le instaré sin darle descanso un solo momento del dia.

—¿Cuándo iréis á verlo, Bouneville, empezando vuestra mision?

—Esta noche, capitan Rodolfo, ya que os queréis llamar así.

—Opino que no le digais nada hoy. Tengamos un poco de calma.

—Ya lo veo. Se encontrará muy ocupado con la hermosa reina de Navarra, para atender á otros negocios, por mas importantes que sean.

—Y bastante tendrá que hacer si ha de dejarla satisfecha.

—¿Creeis que el príncipe galanteará á la esposa de Enrique de Bearne?

—Sé quien es la reina Margarita, y basta con ello, Bouneville.

—¡Vive Dios! que es muy hermosa la joven reina de Navarra.

—Demasiado hermosa, si no fuera tambien muy amable.

—Nos vamos haciendo murmuradores, capitan Rodolfo.

—Teneis razon. ¿Qué nos importan esas boberías?

La conversacion se interrumpió, hicieron ruido los sitiales y la viajera salió del hueco, pudiendo apenas respirar.

Dos conversaciones habian tocado el capitan y Bouneville: era la primera un doble plan de conspiracion contra el príncipe, pero sus efectos no eran inmediatos, y podian ser muy inseguros: la segunda tenia otro carácter; se hablaba de D. Juan, de la reina, de su hermosura, de su amabilidad tambien. Creian que el príncipe debia obsequiarla, y que tendria que obsequiarla mucho para dejarla satisfecha: estas palabras podrian no decir nada, mas era posible tambien que tuvieran un gran sentido.

La viajera encendió una bujía, que puso en la mesa de la sala, y entró sola en el gabinete, cuyo balcon estaba abierto, dando entrada á los ricos perfumes de las mil flores del jardin.

La luna reflejaba blandamente en la superficie de una gran pila de alabastro, y los pececillos jugueteando parecian otras tantas sombras errantes en un espejo de cristal. Los árboles mecian sus ramas cargadas de dorados frutos al suave soplo de la brisa, y algunas aves, sacudidas en sus flotantes nidos, revoloteaban sin poder casi sostenerse. En este cuadro delicioso apenas paró la viajera su atencion, ya muy preocupada por profundas meditaciones; pero sí prestó atento oido á unos pasos que se percibian en una habitacion contigua á la suya, con varios balcones al jardin, y siguió con afan un rayo de luz, que saliendo por una ventana cayó sobre la gran taza de mármol, dorando un poco mas su superficie.

La luz perdió su ondulacion, pero los pasos se acercaron mas á los balcones; y, retirándose la jóven del suyo por temor de ser conocida, oyó que los recien llegados continuaban una conversacion con mezcla de burla é interés.

—No te engañes en decir lo contrario, decia un jovencito de veinte años á otro que rayaba en los treinta: el arreglo no podia ser peor: conozco que no era fácil hacer otra cosa, pero de todos modos protesto contra tan injusto proceder.

—¿Has entregado tu corazon, querido conde, á la seductora Diana? ¿Te has hecho su esclavo? preguntaba el segundo interlocutor.

—No, duque: son mas humildes mis pretensiones; y en vez de remontarse hasta la diosa, me contento con adorar á una de sus ninfas, casi tan hermosa como ella.

—Discreto has sido ¡vive Dios! en tus mitológicos amores, y es muy estraño que la errante corte de Margarita no conozca tus aventuras. ¿Por qué guardar tanto misterio?

—El misterio, querido duque, da mil atractivos al amor.

—Brillante mácsima en una boca de veinte años.

—Y en una de treinta, ¿qué tal sentaria, amigo mio?

—En una de treinta, habiendo pasado algunos de ellos en la corte de Cárlos IX ó Enrique III, seria un lastimoso contrasentido. Desengáñate, los cortesanos de los tres últimos reyes de Francia, están familiarizados con el escándalo y no temen á los venenos. Esto es hablar como francés.

—Hablas como buen hugonote, amigo del rey de Navarra.

—Tuve la fortuna de escapar de la matanza de S. Bartolomé. Pero doblemos esta hoja, que hierve mi sangre al recordarla.

Los dos jóvenes, que parecian pertenecer á la comitiva de la reina, interrumpieron su conversacion, y la viajera no sabia esplicarse qué disposicion ecsasperaba el ánimo de aquel mancebo. Sentia al par de muerte tan inesperada interrupcion, y no respiraba por no perder una sola sílaba si la anudaban.

—Querido duque, repuso por fin el mas jóven, no ha sido mi ánimo ofenderte; y si inadvertidamente he dicho....

—Dejemos esa conversacion, que solamente es enojosa.

—Pero hablemos de mis amores, si te place, y de la injusticia del príncipe: injusticia que no perdonaré jamas.

La viajera se aprocsimó mas al balcon, aun con peligro de ser vista: el jóven prosiguió narrando con alegre volubilidad:

—Convengo contigo en que Diana dispensará sus preciosos favores al glorioso vencedor de Lepanto: convendria en que el gran capitan la declarara buena presa ó la detuviera en secuestro: convendré en mas si es necesario, ¿pero, para retener la diosa, por qué aprisionar tambien las ninfas?

—Porque los cabos subalternos querrán tener alguna esclava, y no les faltará razon. El botin debe repartirse.

—¿Lo dices formal? preguntó el conde con acento un tanto desabrido.

—No me rio: y puedes cerciorarte mirándome el rostro.

—Mira que soy capaz de hacer....

—¿Qué?

—Una locura.

—¿De qué tamaño?

—De un tamaño que sea la octava maravilla.

—¿Abultará tanto como mi primo el duque de Maine?

—Mucho mas, duque: te repito que mucho mas.

—Será tan larga como la nariz de maesse Renato, el químico, astrólogo y envenenador de S. M. la reina madre, por otro nombre, Catalina de Médicis?

—Cien veces mas; mil veces mas; y hasta diré un millon de veces.

—¿Una locura tan espantosa como la que queria cometer Turenne, porque se cansó de él Diana?

—Incomparablemente mayor.

—Esplícame lo que quieres hacer.

—Quiero ir á palacio.

—¿Y sentarte á la puerta?

—No, quiero subir.

—¿El primer escalon?

—Tampoco.

—¿Hasta la meseta?

—Quiero hacer ruido, dar un escándalo....

—Calla, calla. Tienes la cabeza muy caliente, y necesitas descansar: probemos, pues, si las camas de maesse Albino son tan blandas como caras sus habitaciones; y es lo mejor que puedes hacer esta noche.

—Bien se conoce, querido duque, que no estás enamorado.

—Distingo: si por enamorado entiendes haber perdido la chabeta, afortunadamente no lo estoy; pero si enamorado llamas al que tiene intriguillas, te juro que en la corte de Margarita no encontrarás un solo caballero enteramente libre del amor: y como ves, soy caballero de la corte de Margarita.

—¡Ay! duque, mientras yo suspiro te burlas, dijo el conde cómicamente.

—Eso consiste en que tengo diez años mas que tú, repuso el duque con frialdad.

—En que está gastado tu corazon como el de la reina de Navarra.

—Bien puede ser, y recuerdo un adagio latino, que aplica la reina muchas veces: *Guta cavat lapidem, non semel nisi semper cadendo.*

—Erudito estás esta noche, y me ha convencido tu latin, aunque no lo entiendo.

—Si quieres brillar algun dia en la corte de la reina Margarita, y cruzando el tropel de ninfas llegar al templo de la Diosa, es preciso que aprendas latin y aun griego, para hablar en él á la deidad.

—Trabajo me das, querido duque, harto superior á mis fuerzas.

—Por ahora quiero darte descanso, ó dármelo al menos. Buenas noches: no quiero que Diana y el príncipe....

Los jóvenes cerraron las maderas, durante las últimas palabras, y se fueron alejando de modo que la viajera dejó de oirlos por mas que fijaba la atencion. Reducida á meditar á solas sobre cuanto acababa de oir, sacaba en claro, que Margarita y todas sus damas se habian alojado en el *palacio de las flores*, á despecho de los galanes que adoraban á Margarita de Valois y á las hermosas edecanas que tan discretamente la servian en sus continuas guerras de amor. ¿Pero quién era aquella Diana, cuyo nombre habian repetido varias veces, ya mezclándolo con el del príncipe, ya presentándola como hermosa entre las hermosas, rica en seducciones y en poder? La viajera se confundia, meditaba, volvia á combinar sus ideas sin adelantar un solo paso. Pasó una malísima noche por no saber quién era Diana, y con todo el mas rudo francés la hubiera dicho: "Margarita de Valois, hermana de Enrique III de Francia, y esposa de Enrique de Borbon, príncipe de Bearne y rey de Navarra, aunque sin reino, se llama á sí misma Diana."

CAPÍTULO XVI.

LA REINA DE NAVARRA.

Dos retratos podemos hacer de Margarita de Valois; el uno de su rostro encantador, y el otro de su vida y costumbres: empezarémos por este último, ó mejor dicho, dejarémos á su digno esposo que nos lo haga. Dice así Enrique el Grande, en su manifiesto contra su esposa, publicado para legitimar su demanda de nulidad de matrimonio.

"Yo no sabia que Margarita á la tierna edad de once años empezó á mostrarse demasiado sensible al amor, ni que Entragues y Charrins se vanagloriaban á la vez de haber conseguido sus primeros favores. No diré si la generosa emulacion de monopolizar esta conquista ú otras causas, sin duda honrosas, pusieron á Entragues al borde de la tumba; lo cierto es que abandonó su patria, buscando en suelo estraño una mujer menos hermosa, pero mas discreta y moderada.

"El príncipe de Martigues ocupó el puesto que acababa de dejar Entragues, y mas feliz que su antecesor, triunfó enteramente de Charrins, á quien no amaba Margarita, quedando único poseedor del corazon de la princesa. Martigues, naturalmente vano, no ocultó su buena fortuna, y conocida de toda la corte, pasó al ejército, dando lugar á las picantes conversaciones de los oficiales de infantería, de cuya arma era el príncipe coronel. Este indiscreto amante se presentaba en los momentos de mayor peligro con una toquilla bordada y un perrito que le habia regalado la princesa, y que conser-

—Mañana mismo, señor de Capres, y quedaréis muy satisfecho.

—¿De modo que en dos ó tres dias nada podréis emprender?

—Nada. Trabajad vos durante ellos, que ya me llegará mi turno.

—En ellos haré cuanto pueda, y aseguro que no haré poco.

—Mientras voy reuniendo mi gente, instar al príncipe noche y dia; pues viendo que queréis llevarle á Bruselas se creerá seguro en Namur, y es el modo de que aseguremos el golpe.

—Teneis razon: le instaré sin darle descanso un solo momento del dia.

—¿Cuándo iréis á verlo, Bouneville, empezando vuestra mision?

—Esta noche, capitan Rodolfo, ya que os queréis llamar así.

—Opino que no le digais nada hoy. Tengamos un poco de calma.

—Ya lo veo. Se encontrará muy ocupado con la hermosa reina de Navarra, para atender á otros negocios, por mas importantes que sean.

—Y bastante tendrá que hacer si ha de dejarla satisfecha.

—¿Creeis que el príncipe galanteará á la esposa de Enrique de Bearne?

—Sé quien es la reina Margarita, y basta con ello, Bouneville.

—¡Vive Dios! que es muy hermosa la joven reina de Navarra.

—Demasiado hermosa, si no fuera tambien muy amable.

—Nos vamos haciendo murmuradores, capitan Rodolfo.

—Teneis razon. ¿Qué nos importan esas boberías?

La conversacion se interrumpió, hicieron ruido los sitiales y la viajera salió del hueco, pudiendo apenas respirar.

Dos conversaciones habian tocado el capitan y Bouneville: era la primera un doble plan de conspiracion contra el príncipe, pero sus efectos no eran inmediatos, y podian ser muy inseguros: la segunda tenia otro carácter; se hablaba de D. Juan, de la reina, de su hermosura, de su amabilidad tambien. Creian que el príncipe debia obsequiarla, y que tendria que obsequiarla mucho para dejarla satisfecha: estas palabras podrian no decir nada, mas era posible tambien que tuvieran un gran sentido.

La viajera encendió una bujía, que puso en la mesa de la sala, y entró sola en el gabinete, cuyo balcon estaba abierto, dando entrada á los ricos perfumes de las mil flores del jardin.

La luna reflejaba blandamente en la superficie de una gran pila de alabastro, y los pececillos jugueteando parecian otras tantas sombras errantes en un espejo de cristal. Los árboles mecian sus ramas cargadas de dorados frutos al suave soplo de la brisa, y algunas aves, sacudidas en sus flotantes nidos, revoloteaban sin poder casi sostenerse. En este cuadro delicioso apenas paró la viajera su atencion, ya muy preocupada por profundas meditaciones; pero sí prestó atento oido á unos pasos que se percibian en una habitacion contigua á la suya, con varios balcones al jardin, y siguió con afan un rayo de luz, que saliendo por una ventana cayó sobre la gran taza de mármol, dorando un poco mas su superficie.

La luz perdió su ondulacion, pero los pasos se acercaron mas á los balcones; y, retirándose la jóven del suyo por temor de ser conocida, oyó que los recien llegados continuaban una conversacion con mezcla de burla é interés.

—No te engañes en decir lo contrario, decia un jovencito de veinte años á otro que rayaba en los treinta: el arreglo no podia ser peor: conozco que no era fácil hacer otra cosa, pero de todos modos protesto contra tan injusto proceder.

—¿Has entregado tu corazon, querido conde, á la seductora Diana? ¿Te has hecho su esclavo? preguntaba el segundo interlocutor.

—No, duque: son mas humildes mis pretensiones; y en vez de remontarse hasta la diosa, me contento con adorar á una de sus ninfas, casi tan hermosa como ella.

—Discreto has sido ¡vive Dios! en tus mitológicos amores, y es muy estraño que la errante corte de Margarita no conozca tus aventuras. ¿Por qué guardar tanto misterio?

—El misterio, querido duque, da mil atractivos al amor.

—Brillante mácsima en una boca de veinte años.

—Y en una de treinta, ¿qué tal sentaria, amigo mio?

—En una de treinta, habiendo pasado algunos de ellos en la corte de Cárlos IX ó Enrique III, seria un lastimoso contrasentido. Desengáñate, los cortesanos de los tres últimos reyes de Francia, están familiarizados con el escándalo y no temen á los venenos. Esto es hablar como francés.

—Hablas como buen hugonote, amigo del rey de Navarra.

—Tuve la fortuna de escapar de la matanza de S. Bartolomé. Pero doblemos esta hoja, que hierve mi sangre al recordarla.

Los dos jóvenes, que parecian pertenecer á la comitiva de la reina, interrumpieron su conversacion, y la viajera no sabia esplicarse qué disposicion ecsasperaba el ánimo de aquel mancebo. Sentia al par de muerte tan inesperada interrupcion, y no respiraba por no perder una sola sílaba si la anudaban.

—Querido duque, repuso por fin el mas jóven, no ha sido mi ánimo ofenderte; y si inadvertidamente he dicho....

—Dejemos esa conversacion, que solamente es enojosa.

—Pero hablemos de mis amores, si te place, y de la injusticia del príncipe: injusticia que no perdonaré jamas.

La viajera se aprocsimó mas al balcon, aun con peligro de ser vista: el jóven prosiguió narrando con alegre volubilidad:

—Convengo contigo en que Diana dispensará sus preciosos favores al glorioso vencedor de Lepanto: convendria en que el gran capitan la declarara buena presa ó la detuviera en secuestro: convendré en mas si es necesario, ¿pero, para retener la diosa, por qué aprisionar tambien las ninfas?

—Porque los cabos subalternos querrán tener alguna esclava, y no les faltará razon. El botin debe repartirse.

—¿Lo dices formal? preguntó el conde con acento un tanto desabrido.

—No me rio: y puedes cerciorarte mirándome el rostro.

—Mira que soy capaz de hacer....

—¿Qué?

—Una locura.

—¿De qué tamaño?

—De un tamaño que sea la octava maravilla.

—¿Abultará tanto como mi primo el duque de Maine?

—Mucho mas, duque: te repito que mucho mas.

—Será tan larga como la nariz de maesse Renato, el químico, astrólogo y envenenador de S. M. la reina madre, por otro nombre, Catalina de Médicis?

—Cien veces mas; mil veces mas; y hasta diré un millon de veces.

—¿Una locura tan espantosa como la que queria cometer Turenne, porque se cansó de él Diana?

—Incomparablemente mayor.

—Esplícame lo que quieres hacer.

—Quiero ir á palacio.

—¿Y sentarte á la puerta?

—No, quiero subir.

—¿El primer escalon?

—Tampoco.

—¿Hasta la meseta?

—Quiero hacer ruido, dar un escándalo....

—Calla, calla. Tienes la cabeza muy caliente, y necesitas descansar: probemos, pues, si las camas de maesse Albino son tan blandas como caras sus habitaciones; y es lo mejor que puedes hacer esta noche.

—Bien se conoce, querido duque, que no estás enamorado.

—Distingo: si por enamorado entiendes haber perdido la chabeta, afortunadamente no lo estoy; pero si enamorado llamas al que tiene intriguillas, te juro que en la corte de Margarita no encontrarás un solo caballero enteramente libre del amor: y como ves, soy caballero de la corte de Margarita.

—¡Ay! duque, mientras yo suspiro te burlas, dijo el conde cómicamente.

—Eso consiste en que tengo diez años mas que tú, repuso el duque con frialdad.

—En que está gastado tu corazon como el de la reina de Navarra.

—Bien puede ser, y recuerdo un adagio latino, que aplica la reina muchas veces: *Guta cavat lapidem, non semel nisi semper cadendo.*

—Erudito estás esta noche, y me ha convencido tu latin, aunque no lo entiendo.

—Si quieres brillar algun dia en la corte de la reina Margarita, y cruzando el tropel de ninfas llegar al templo de la Diosa, es preciso que aprendas latin y aun griego, para hablar en él á la deidad.

—Trabajo me das, querido duque, harto superior á mis fuerzas.

—Por ahora quiero darte descanso, ó dármelo al menos. Buenas noches: no quiero que Diana y el príncipe....

Los jóvenes cerraron las maderas, durante las últimas palabras, y se fueron alejando de modo que la viajera dejó de oirlos por mas que fijaba la atencion. Reducida á meditar á solas sobre cuanto acababa de oir, sacaba en claro, que Margarita y todas sus damas se habian alojado en el *palacio de las flores*, á despecho de los galanes que adoraban á Margarita de Valois y á las hermosas edecanas que tan discretamente la servian en sus continuas guerras de amor. ¿Pero quién era aquella Diana, cuyo nombre habian repetido varias veces, ya mezclándolo con el del príncipe, ya presentándola como hermosa entre las hermosas, rica en seducciones y en poder? La viajera se confundia, meditaba, volvia á combinar sus ideas sin adelantar un solo paso. Pasó una malísima noche por no saber quién era Diana, y con todo el mas rudo francés la hubiera dicho: "Margarita de Valois, hermana de Enrique III de Francia, y esposa de Enrique de Borbon, príncipe de Bearne y rey de Navarra, aunque sin reino, se llama á sí misma Diana."

CAPÍTULO XVI.

LA REINA DE NAVARRA.

Dos retratos podemos hacer de Margarita de Valois; el uno de su rostro encantador, y el otro de su vida y costumbres: empezarémos por este último, ó mejor dicho, dejarémos á su digno esposo que nos lo haga. Dice así Enrique el Grande, en su manifiesto contra su esposa, publicado para legitimar su demanda de nulidad de matrimonio.

"Yo no sabia que Margarita á la tierna edad de once años empezó á mostrarse demasiado sensible al amor, ni que Entragues y Charrins se vanagloriaban á la vez de haber conseguido sus primeros favores. No diré si la generosa emulacion de monopolizar esta conquista ú otras causas, sin duda honrosas, pusieron á Entragues al borde de la tumba; lo cierto es que abandonó su patria, buscando en suelo estraño una mujer menos hermosa, pero mas discreta y moderada.

"El príncipe de Martigues ocupó el puesto que acababa de dejar Entragues, y mas feliz que su antecesor, triunfó enteramente de Charrins, á quien no amaba Margarita, quedando único poseedor del corazon de la princesa. Martigues, naturalmente vano, no ocultó su buena fortuna, y conocida de toda la corte, pasó al ejército, dando lugar á las picantes conversaciones de los oficiales de infantería, de cuya arma era el príncipe coronel. Este indiscreto amante se presentaba en los momentos de mayor peligro con una toquilla bordada y un perrito que le habia regalado la princesa, y que conser-

vó hasta su muerte, como gajes de un amor real. Derramó Margarita copiosas lágrimas por la muerte de este favorito, las que procuró enjugar su hermano, casándola con el rey de Portugal; pero el duque de Guisa, que echaba los fundamentos de la liga, y que pretendia, casándose con la princesa, legitimar sus injustos y ambiciosos designios, logró impedir la realizacion de este matrimonio, valiéndose del cardenal de Lorena, su tio, á la sazon embajador en España, para cumplimentar al rey católico por la muerte de Isabel de Francia, su esposa. Durante estas negociaciones ganó el duque el corazon de Margarita, merced á los buenos oficios de Mad. de Carnabaet, pero fué destronado en breve por los duques de Anjou y Alenzon; añadiendo la princesa á sus demás crímenes este doble incesto, cometido con sus dos jóvenes hermanos. Así habia obrado Margarita antes de nuestro matrimonio; por lo que se puede conocer que no fué glorioso mi triunfo.

"Nuestro casamiento alejó á estos indiscretos amantes, y tuvo que entregarse Margarita á menos públicos galanteos. La duquesa de Nevers su amiga, que amaba á Coconnas, la empeñó á que favoreciese á La Molle, confidente de sus intrigas, para evitar al jóven caballero el hastío de guardar las capas, mientras la duquesa y su amante conversaban alegremente. El plan era maravilloso; pero las dos buenas amigas no gozaron mucho de sus amantes, pues complicados en la conspiracion de los mariscales de Costé y Montmorency, fueron al fin decapitados. Tan caritativas señoras no dejaron por mucho tiempo espuestos á la vista del público los tristes restos de sus desgraciados amantes: rescataron las cabezas por sí mismas, las metieron en su litera, las llevaron á la capilla de S. Martin prócsima á Montmartre, y despues de haberlas humedecido con copioso raudal de lágrimas, las sepultaron con sus delicadas y blancas manos.

"Tan triste estaba Margarita por la muerte del jóven La Molle, que causó lástima á Saint Luc. Este cumplido caballero, con intento de consolarla, la visitó repetidas veces en Nerac, en el silencio de la noche y al abrigo de mil disfraces. Pero faltando durante el dia, producia su ausencia horrible hastío á la cariñosa princesa; y para entretener estos ocios recurrió á Bussy, paladin con alma de acero, que no se rindió á sus halagos. Es verdad que Bussy no era tan intrépido en las amorosas batallas como al frente de un aguerrido campo volante.

"La diferencia de partido no impidió á la reina Margarita recibir las finas atenciones del duque de Maine, buen compañero de placeres, alto, grueso y voluptuoso. La conformidad de sus gustos prolongó bastante este comercio, á pesar de la concurrencia de Mad. de Vitry, que hizo cuanto pudo para desavenirlos. El duque tuvo un dia la imprudencia de escribir á Margarita, "que preferia el sol á la luna:" lo que queria decir en buen francés, que preferia á Mad. de Vitry en competencia con la hermosa reina de Navarra: porque mi casta esposa se hacia llamar Diana: pero á pesar de tan grave ofensa, la reina y el duque hicieron las paces, y la luna eclipsó al sol (1)."

Este libelo recorre un periodo de mas de treinta años: continúa pintando á la reina con tales ó mas negros colores, y echa un eterno borron de infamia sobre la memoria de Enrique IV, llamado *el grande* por las escritores franceses, pero muy mediano en verdad: pues si tuvo algunas relevantes dotes como capitan y como rey, le faltaron tantas como á esposo, y aun como á hombre, que sus defectos obscurecen la brillantez de las primeras, reduciéndolo á muy humilde condicion.

La hermosura de Margarita era proverbial, no solo en la corte de Francia sino en la Europa y en el mundo. La regularidad de sus facciones, la delicadeza de su tez, lo flecsible y esbelto de su talle, la sedosidad de sus cabellos, su pequeña boca, su garganta, sus piés, sus manos, y particularmente aquellos ojos, fieros, lánguidos, voluptuosos, inteligentes; en una palabra, indescriptibles: cuyas penetrantes miradas aterraban al mas altivo: cuyas miradas voluptuosas hacian arder al mas helado, y cuyas lánguidas miradas adormecian, como el canto de las sirenas ó las alas de los vampiros, la presentaban sin rival.

Alrededor de esta Calipso vagaban cien hermosas ninfas, brillantes cuando estaban solas, pero que quedaban eclipsadas al presentarse Margarita, como se eclipsan las estrellas aun antes de brillar el sol.

Era el 25 de Junio, dia inmediato á la llegada de la reina, y se sucedian los festejos con asombrosa rapidez: toda Namur tomaba parte en los placeres de la corte, y todos parecian trastornados con la general embriaguez. Por la mañana cabalgada á las deliciosas alquerías, y opíparo desayuno campestre: al medio dia banquete regio: por la tarde paseo en falúas por el Mossa y Sambra; por la noche el mas espléndido sarao que habia presenciado la ciudad. Por todas partes el bullicio, las cantigas, las aclamaciones. En el interior del palacio amorosas rivalidades; en sus inmediaciones duelos y formidables estocadas entre españoles y franceses, entre franceses y flamencos; pues la corte de Margarita no podia llevar con paciencia que sus hermosas cortesanas concedieran ningun favor á los galantes estranjeros; y las damas, muy poco conformes con los deseos de sus galanes, recibian cada novedad como un manjar desconocido y sumamente apetitoso.

D. Juan de Austria, como español, como príncipe y caballero, hacia los honores á Margarita con su acostumbrada cortesía; admiraba la seductora voluptuosidad de aquella mujer, y muchas veces bajaba los ojos por no encontrarse con aquella poderosa mirada, muy difícil de resistir. Oía decir á sus cortesanos: "qué hermosa es la reina, qué hermosa;" pero D. Juan estaba seguro de haber conocido á una mujer mas hermosa que Margarita, y la comparacion perjudicaba á la esposa de Enrique IV. La reina de Navarra recibia las atenciones

(1) Amores de Enrique IV.

del austriaco con estraordinaria complacencia y con noble orgullo tambien. Veia en el príncipe un caballero mas galan que Enrique de Lorena, mas valiente que Bussy, mas noble que los príncipes de su propia sangre, y circundado de una aureola que no habia ceñido jamas la frente de sus pasados favoritos. Don Juan era hijo, aunque natural, del emperador Cárlos V; y este nombre llenaba la Europa, como el eco de ronco trueno, que rasga el seno de las nubes. Don Juan era hermano de Felipe II de España; y el nombre de Felipe II imponia á los últimos monarcas de la noble casa de Valois. Don Juan de Austria habia vencido á los moros de las Alpujarras, triunfado en Lepanto y echado cadenas al Africa: ¿no eran estas bastantes dotes para deslumbrar á una mujer?

Decir que la reina Margarita amaba al príncipe D. Juan seria profanar torpemente la palabra amor, y realzar el corazon de una mujer enteramente corrompida: pero sí puede asegurarse, que la voluptuosa Diana sentia hácia el príncipe una aficion mas entusiasta que la que tuvo á Entragues, Charins y Martigues: mas dulce que la que la inspiró el duque de Guisa: mas penetrante que la que sintió por sus hermanos los duques de Anjou y de Alenzon: mas poética que la del desgraciado La Molle: mas lánguida que la de Saint Luc: mas punzante que la contrariada de Bussy: mas irritable que la del duque de Maine: en una palabra, la pasion que podia sentir una mujer como Margarita de Valois.

Así que concluyó el sarao, se despidieron los convidados, y al dejar D. Juan á Margarita en su habitacion, le detuvo la reina diciéndole:

—¿Estais muy cansado, D. Juan?

—Señora, le contestó el príncipe, un hombre que ha sufrido mil veces las fatigas del campamento, ¿podrá cansarse nunca en un sarao donde brilla vuestra hermosura?

—Pues si no estais cansado, príncipe, tened la bondad de concederme unos momentos.

—Estoy, señora, á vuestras órdenes.

La reina Margarita hizo una seña á sus lindas damas, y dando al príncipe su mano lo condujo á una hermosa cámara forrada de damasco blanco, alfombrada del mismo color y alumbrada por seis bujías en dos candelabros de plata. La esposa de Enrique de Borbon dejó sobre una mesa de agata una gran parte de sus encajes y pedrería, soltó al desgaire algunos bucles de sus perfumados cabellos, y acercándose de nuevo al príncipe, lo condujo hasta una banqueta de terciopelo carmesí, y le rogó que tomara asiento, habiéndolo tomado ella misma.

—Debo empezar, dijo la reina, dandoos las gracias por las delicadas atenciones que habeis tenido la condescendencia de usar con una reina sin vasallos.

—Si no está en vuestras manos, señora, repuso el príncipe galantemente, el frágil cetro del pequeño reino de Navarra, conservais uno mas brillante y que os dá el imperio del mundo.

—No os entiendo, príncipe.

—Solo vos podeis no entenderme, señora, cuando un grito unánime os concede el imperio de la hermosura.

—No me habian engañado, diciéndome que la galantería francesa aparece pálido destello comparada con la española. Pero hablemos de otras materias mas importantes.

Un pensamiento brilló en la mente de D. Juan, y respondió con una frialdad, mas notable despues del pasado entusiasmo:

—Os escucho, noble princesa.

Margarita hizo un movimiento de impaciencia, y prosiguió:

—Los continuos obsequios que me habeis prodigado en un dia, no nos han dejado un momento para ocuparnos sin testigos el uno del otro. La corte de mi hermano Enrique me cree frívola, disipada y veleidosa; pero la corte se engaña mucho, porque siento algo en mi cabeza y muchísimo en mi corazon. Acostumbrada desde niña á vivir entre los placeres de una corte que daba un baile para preparar una venganza, me acostumbré tambien á reir cuando padecia profundamente, y todos tomaron la máscara, príncipe, por la realidad.

La narracion de Margarita iba tomando el giro de un cuento, y bien podia ser el principio de una confesion general: el príncipe escuchaba impasible y la reina continuó:

—Rodeada siempre de mentiras en palabras, hechos y hombres; viendo presentarse como héroes á menguados espadachines ó á imbéciles conspiradores, y como profundos políticos á cortesanos saltimbanquis, que fundaban toda su ciencia en las predicciones de un astrólogo ó en las promesas de una mujer, quise buscar algun sagrado para encerrar mi corazon, y lo hallé, D. Juan, en los libros.

La reina de Navarra se interrumpió, el príncipe puso mas atencion, y continuó Margarita:

—Sedienta de saber, aprendí en menos de un año el latin, y en diez y ocho meses el griego. Leí, príncipe, en esta lengua música los cantos del divino Homero, y lloré mil veces con Andrómaca al valiente hijo de Priamo. Me postré algunas veces de rodillas, creyendo ver la sombra de Aquiles; y al contemplar las llamas de Troya, pedí una lira, como Neron, para cantar desde un collado la ruina de la gran ciudad. Al compas de la cítara de Píndaro vi pasar los veloces carros, dando vueltas al hipódromo, las carreras del estadio, la lucha y el cruel pugilato: lloré con Safo la hermosa ilusion de unos desgraciados amores, y ceñí á Corina la corona, cien veces brillante, ganada al cantor de los vencedores olímpicos. Quise fortalecer mi alma, y leí á Sócrates, alimentándome al mismo tiempo con los discursos de Platon. Busqué la forma en Aristóteles, como busca cansado viajero el camino mas corto y seguro: admiré á Esquilo, Sófocles y Eurípides; cuyos héroes eran semidioses ó monstruos, cuyas virtudes y cuyos vicios cuesta trabajo comprender. Enaltecida con estas ideas, arrojé con desprecio á Menandro y maldije á Aristófanes, porque me parecia una impiedad arrojar el ridículo sobre la patria de Temístocles. Deseosa siempre de encontrar héroes, busqué á Xenofonte, cuya céle-

bre retirada, escrita, lo puso de improviso entre los sabios historiadores, y hecha, entre los grandes capitanes. Dejando la Grecia.... Pero, príncipe, abuso de mi erudicion.

—Proseguid, proseguid, señora.

Margarita se sonriyó, satisfecha su vanidad de sábia, si no su orgullo de mujer, y prosiguió:

—Despues de los griegos pasé, príncipe, á los latinos, y me pareció que descendia de la morada de los dioses á la de los simples mortales. Virgilio, cuyo laurel sagrado adorna las sienes de los vates, no era el genio creador de Homero: Séneca no se acercaba á Esquilo, no se igualaba con Píndaro Horacio. Tito Livio y Tácito cuentan batallas de hombres: César ve un mundo conocido y quiere ser su dueño, mientras Alejandro suspira, porque el mundo le parece estrecho comparado con su ambicion. Confesaré que los romanos, pasando el arado tres veces sobre la ciudad de Cartago, imitan á los lacedemonios borrando á Mesenia del número de las naciones; pero las batallas de Farsalia y Accium no podran jamás compararse con las de Maraton, Platea y Salamina. En las primeras se disputaba quién habia de dar leyes al imperio, en las segundas la ecsistencia, como nacion, del pueblo de los semidioses. ¿Qué opinais, príncipe, de estos héroes?

—Los admiro, señora, los admiro, y os admiro á vos mucho mas; repuso el príncipe con un verdadero entusiasmo. Los ojos de la reina de Navarra brillaban tambien, y en ellos podia muy bien leerse una mágica espresion de triunfo. Inmediatamente prosiguió:

—Despues de haberme formado un mundo habitado por semidioses, juzgad si me parecerian pequeños los hombres que me rodeaban. No necesitaba compararlos con los héroes de Grecia y Roma, para encontrarlos miserables: me bastaba tender la vista á la irrupcion de los pueblos del Norte para encontrarme con Atila, *Azote de Dios*, que decia: "*Donde mi caballo fija la planta, no nace yerba;*" ó con Alarico abrevando los fogosos brutos del desierto en las bruñidas termas de Roma. Tambien encontraba en la edad media á Godofredo de Bullon y á los caballeros cruzados, tremolando en la Palestina el estandarte de la Cruz. Loca, príncipe, con mi mundo, soñaba cada noche un héroe, y al despertarme padecia los tormentos del que se encuentra con una esperanza burlada. Una noche, bien la recuerdo, habia soñado como de costumbre, y mi cerebro enardecido se habia trazado una figura como los mayores tipos griegos. Su frente tersa y despejada aparecia en toda su hermosura, brillaban sus radiantes ojos como los de Aquiles, é imponia temor y respeto con su continente marcial. De alta y elegante estatura, aparecia enteramente armado, brillando en su diestra una espada, salpicada de negra sangre. Marchaba con seguro paso sobre los mutilados troncos, y cada vez que movia los labios creia oir la palabra ¡Victoria!

—¡Hermoso sueño! esclamó el príncipe.

—¡Oh! ¡hermoso sueño, muy hermoso! A las descargas de la artillería se siguió un silencio profundo, y el héroe.... príncipe, esta fué la parte mas deliciosa de mi sueño: el héroe recibió su corona de las manos de Margarita.

—¡Mucho padeceríais, señora, al despertar! observó el príncipe, participando del entusiasmo de la reina.

—Al despertar, repuso Margarita con voz conmovida, supe todos los pormenores de la batalla de Lepanto.

—¡Señora!

—De esa gloriosísima batalla, que dió el imperio de los mares al estandarte de la Cruz: de esa batalla, que hizo al príncipe D. Juan de Austria el primer capitan del siglo.

—¡Señora!

—Perdonadme, príncipe, si mortifico vuestra modestia: soy entusiasta, y desde aquel dia fuísteis mi ensueño y aun mi Dios. ¡Cuánto ansiaba conoceros, cuánto! ¡Qué planes tan locos formaba mi calenturienta fantasía! Cuando me dirijí á Namur no tenia la esperanza de encontraros.... la esperanza, sí, porque mi corazon latia como no ha latido jamás. Os ví, príncipe, y realizásteis mis mas deliciosos ensueños: encontré en vos el rostro que me habia trazado la idea, y aquel continente marcial que daba á Hector y á Alejandro. Juzgad si necesitaria hablar con vos, veros, oiros; reducir un instante el mundo para habitar sola con el héroe; arrodillarme ante sus plantas y adorarlo como á mi Dios.

Margarita cayó de rodillas ante el príncipe: sus ojos despedian una llama radiante, y sus cabellos sombreaban una garganta de marfil. ¡Qué hermosa estaba Margarita! El príncipe la contemplaba en un éstasis delicioso: veia las palpitaciones de su pecho, el movimiento de sus labios, el suave carmin de sus mejillas, y cómo se cerraban sus ojos melancólicos y apagados. De improviso apoyó la reina su cabeza sobre las rodillas del príncipe, como si hubiera cedido al peso de una emocion estraordinaria: el guerrero se estremeció, y murmuró, haciendo un esfuerzo:

—¡Señora!...

La reina permaneció inmóvil.

—¡Margarita! repitió el príncipe cojiendo sus manos.

Margarita no movió sus labios siquiera. D. Juan sostuvo su cabeza, cojió su delgada cintura, y alzándola, como á una pluma, la sentó sobre la banqueta. Margarita apoyó su frente sobre el corazon del austriaco, que ceñia su talle para sostenerla mejor. El príncipe se estremecia cada vez que fijaba sus ojos en el semblante de la hermosa: luchaba contra mil afectos, y no sabia cómo poner fin á tan encarnizada lucha. Queria llamar, pero ¿qué decir á las camaristas de la reina? Permanecer teniendo en sus brazos á una mujer tan entusiasta, tan entendida, noble y hermosa, agotaba sus buenos propósitos, y era empresa muy superior á las fuerzas de un simple mortal. Apartaba D. Juan sus miradas de la encantadora mujer; pero hubo un momento en que el príncipe no fué dueño de contenerse, y vió una lágrima correr por la mejilla de la reina.

Aquella lágrima esplicaba una larga historia de amor: aquella lágrima no debia perderse, y el príncipe la cojió en sus labios: mas volviendo en sí, alzó la cabeza, miró al espejo, y lanzó un grito de espanto y dolor á la vez.

—¡Príncipe! esclamó Margarita, levantándose sobresaltada.

—Mirad, señora: dijo el príncipe tendiendo la mano hácia el espejo.

—*¡La dama negra!* esclamó Margarita, que conocia las tradiciones alemanas.

—*¡La dama negra!* repitió D. Juan, lanzando un profundo suspiro y saliéndose de la estancia.

CAPÍTULO XVII.

LA CÁMARA.

La aparicion de *la dama negra* sorprendió al príncipe D. Juan, que no tenia el mas pequeño antecedente de su salida de Bruselas, como una muda acusacion, ó como la presencia de un padre sorprende al hijo que delinque: pero la reina de Navarra quedó pálida, como un cadáver, considerándola una aparicion, mensajera siempre de desgracias. El austriaco no intentó siquiera ecsaminar la habitacion; pero la reina Margarita, cuya vida, en suma aventurera, le habia presentado mil ocasiones de adquirir presencia de ánimo, se repuso antes de llamar á sus damas, echó una ojeada en derredor, y solo cuando estuvo sola con su confidenta y favorita, manifestó que habia oido ruido durante su conversacion con el príncipe, y que le parecia prudente registrar el gabinete, y aun la alcoba. Se verificó este registro sin dar el mas leve resultado, y Margarita se acostó, pensando en la gran habilidad que habia desplegado en su comedia, y maldiciendo el imprevisto desenlace.

D. Juan cruzó las antecámaras de la reina, sin saludar siquiera á las damas que en ellas habia, las que quedaron descontentas del poco galante castellano; atravesó varios corredores, cruzó tambien sus antecámaras, sin parar la atencion un instante en sus mas íntimos amigos, y entró en su cámara; pero en ella quedó sorprendido y confuso como no podia imaginar.

En un rico sillon dorado, forrado de damasco azul, estaba sentada una mujer, á juzgar por su traje talar y sus delicadas manos; y el príncipe reconoció en ella á su adorada *dama negra*. A pocos pasos de la dama estaba Gonzalo, de pié y en actitud meditabunda; al ver al príncipe, saludó y salió, cerrando la puerta tras sí. D. Juan se acercó algunos pasos á su misteriosa beldad, y tartamudeó algunas escusas.

—Callad, le replicó la dama con voz metálica y sonora, no me digais una palabra; ó mejor dicho, respondedme: ¿á qué habeis venido á Namur?

—He venido, respondió el príncipe queriendo encontrar una disculpa en el verdadero motivo de su viaje, he venido á Namur, porque los traidores me rodeaban, porque necesito reposo.

—¿Y qué esperabais conseguir saliendo de Malinas?

—Estar lejos de las traiciones; vivir en paz algunos dias.

—Os habeis engañado, príncipe. La traicion os sigue á todas partes: la paz estará siempre lejos de vuestro corazon, D. Juan.

—Lo sé por desgracia: lo sé, y ahora estoy haciendo la esperiencia.

—¿En qué os fundais para creer lo que acabais de proferir?

—Antes que yo entraron en Namur dos hombres á toda carrera.

—¿Sabeis quiénes son esos hombres que os siguen con tanto teson?

—No los conocí, tan bien ocultaron sus rostros.

—¿Sabeis en dónde paran esos dos hombres tan temidos?

—No lo sé; y ¡vive Dios! que holgara mucho de saberlo.

—Están alojados, D. Juan, en el *parador de los caballeros*, cuarto principal número 3. ¿Queréis saber cómo se llaman?

El príncipe guardó silencio, aunque revelaban sus ojos una viva curiosidad.

—Se llama el uno, prosiguió la dama, el capitan Roberto; es el otro Mos de Theron, vuestro encarnizado enemigo.

—¡Mos de Theron! murmuró el príncipe, llevando su mano á la espada.

—Mos de Theron y Felipe de Marnis: los dos enemigos de D. Juan.

Hubo un instante de silencio: la dama prosiguió despues:

—¿Sabeis algo mas de traiciones? ¿A mas traidores conoceis? preguntó la dama.

—Nada mas sé, repuso el noble caballero.

—Poco sabeis, príncipe. En el espacio de veinte y cuatro horas han llegado á Namur mas de seiscientos soldados alemanes: el pretesto de su venida es reclamar algunos atrasos; el objeto, reunir una fuerza formidable para disponer a su antojo del gobernador general. ¿Sabeis quién los llama y reune?

—No lo sé, dijo el austriaco tristemente, y adelantándose algunos pasos.

—Los llama el capitan Roberto, que será su jefe inmediato.

—Los llama el capitan Roberto, murmuró D. Juan.

—¿Qué mas sabeis? volvió á preguntarle la dama.

—Repito otra vez que nada sé.

—¿Conoceis, príncipe, á Eduardo de Bouneville, señor de Capres?

—Lo conozco: lo he visto repetidas veces y he hablado con él otras muchas.

—¿Quién es Eduardo de Bouneville, señor de Capres?

—Uno de los miembros mas influyentes de los Estados generales.

—¿En dónde se encuentra á estas horas el señor de Capres?

bre retirada, escrita, lo puso de improviso entre los sabios historiadores, y hecha, entre los grandes capitanes. Dejando la Grecia.... Pero, príncipe, abuso de mi erudicion.

—Proseguid, proseguid, señora.

Margarita se sonriyó, satisfecha su vanidad de sábia, si no su orgullo de mujer, y prosiguió:

—Despues de los griegos pasé, príncipe, á los latinos, y me pareció que descendia de la morada de los dioses á la de los simples mortales. Virgilio, cuyo laurel sagrado adorna las sienes de los vates, no era el genio creador de Homero: Séneca no se acercaba á Esquilo, no se igualaba con Píndaro Horacio. Tito Livio y Tácito cuentan batallas de hombres: César ve un mundo conocido y quiere ser su dueño, mientras Alejandro suspira, porque el mundo le parece estrecho comparado con su ambicion. Confesaré que los romanos, pasando el arado tres veces sobre la ciudad de Cartago, imitan á los lacedemonios borrando á Mesenia del número de las naciones; pero las batallas de Farsalia y Accium no podran jamás compararse con las de Maraton, Platea y Salamina. En las primeras se disputaba quién habia de dar leyes al imperio, en las segundas la ecsistencia, como nacion, del pueblo de los semidioses. ¿Qué opinais, príncipe, de estos héroes?

—Los admiro, señora, los admiro, y os admiro á vos mucho mas; repuso el príncipe con un verdadero entusiasmo. Los ojos de la reina de Navarra brillaban tambien, y en ellos podia muy bien leerse una mágica espresion de triunfo. Inmediatamente prosiguió:

—Despues de haberme formado un mundo habitado por semidioses, juzgad si me parecerian pequeños los hombres que me rodeaban. No necesitaba compararlos con los héroes de Grecia y Roma, para encontrarlos miserables: me bastaba tender la vista á la irrupcion de los pueblos del Norte para encontrarme con Atila, *Azote de Dios*, que decia: "*Donde mi caballo fija la planta, no nace yerba;*" ó con Alarico abrevando los fogosos brutos del desierto en las bruñidas termas de Roma. Tambien encontraba en la edad media á Godofredo de Bullon y á los caballeros cruzados, tremolando en la Palestina el estandarte de la Cruz. Loca, príncipe, con mi mundo, soñaba cada noche un héroe, y al despertarme padecia los tormentos del que se encuentra con una esperanza burlada. Una noche, bien la recuerdo, habia soñado como de costumbre, y mi cerebro enardecido se habia trazado una figura como los mayores tipos griegos. Su frente tersa y despejada aparecia en toda su hermosura, brillaban sus radiantes ojos como los de Aquiles, é imponia temor y respeto con su continente marcial. De alta y elegante estatura, aparecia enteramente armado, brillando en su diestra una espada, salpicada de negra sangre. Marchaba con seguro paso sobre los mutilados troncos, y cada vez que movia los labios creia oir la palabra ¡Victoria!

—¡Hermoso sueño! esclamó el príncipe.

—¡Oh! ¡hermoso sueño, muy hermoso! A las descargas de la artillería se siguió un silencio profundo, y el héroe.... príncipe, esta fué la parte mas deliciosa de mi sueño: el héroe recibió su corona de las manos de Margarita.

—¡Mucho padeceríais, señora, al despertar! observó el príncipe, participando del entusiasmo de la reina.

—Al despertar, repuso Margarita con voz conmovida, supe todos los pormenores de la batalla de Lepanto.

—¡Señora!

—De esa gloriosísima batalla, que dió el imperio de los mares al estandarte de la Cruz: de esa batalla, que hizo al príncipe D. Juan de Austria el primer capitan del siglo.

—¡Señora!

—Perdonadme, príncipe, si mortifico vuestra modestia: soy entusiasta, y desde aquel dia fuísteis mi ensueño y aun mi Dios. ¡Cuánto ansiaba conoceros, cuánto! ¡Qué planes tan locos formaba mi calenturienta fantasía! Cuando me dirijí á Namur no tenia la esperanza de encontraros.... la esperanza, sí, porque mi corazon latia como no ha latido jamás. Os ví, príncipe, y realizásteis mis mas deliciosos ensueños: encontré en vos el rostro que me habia trazado la idea, y aquel continente marcial que daba á Hector y á Alejandro. Juzgad si necesitaria hablar con vos, veros, oiros; reducir un instante el mundo para habitar sola con el héroe; arrodillarme ante sus plantas y adorarlo como á mi Dios.

Margarita cayó de rodillas ante el príncipe: sus ojos despedian una llama radiante, y sus cabellos sombreaban una garganta de marfil. ¡Qué hermosa estaba Margarita! El príncipe la contemplaba en un éstasis delicioso: veia las palpitaciones de su pecho, el movimiento de sus labios, el suave carmin de sus mejillas, y cómo se cerraban sus ojos melancólicos y apagados. De improviso apoyó la reina su cabeza sobre las rodillas del príncipe, como si hubiera cedido al peso de una emocion estraordinaria: el guerrero se estremeció, y murmuró, haciendo un esfuerzo:

—¡Señora!...

La reina permaneció inmóvil.

—¡Margarita! repitió el príncipe cojiendo sus manos.

Margarita no movió sus labios siquiera. D. Juan sostuvo su cabeza, cojió su delgada cintura, y alzándola, como á una pluma, la sentó sobre la banqueta. Margarita apoyó su frente sobre el corazon del austriaco, que ceñia su talle para sostenerla mejor. El príncipe se estremecia cada vez que fijaba sus ojos en el semblante de la hermosa: luchaba contra mil afectos, y no sabia cómo poner fin á tan encarnizada lucha. Queria llamar, pero ¿qué decir á las camaristas de la reina? Permanecer teniendo en sus brazos á una mujer tan entusiasta, tan entendida, noble y hermosa, agotaba sus buenos propósitos, y era empresa muy superior á las fuerzas de un simple mortal. Apartaba D. Juan sus miradas de la encantadora mujer; pero hubo un momento en que el príncipe no fué dueño de contenerse, y vió una lágrima correr por la mejilla de la reina.

Aquella lágrima esplicaba una larga historia de amor: aquella lágrima no debia perderse, y el príncipe la cojió en sus labios: mas volviendo en sí, alzó la cabeza, miró al espejo, y lanzó un grito de espanto y dolor á la vez.

—¡Príncipe! esclamó Margarita, levantándose sobresaltada.

—Mirad, señora: dijo el príncipe tendiendo la mano hácia el espejo.

—*¡La dama negra!* esclamó Margarita, que conocia las tradiciones alemanas.

—*¡La dama negra!* repitió D. Juan, lanzando un profundo suspiro y saliéndose de la estancia.

CAPÍTULO XVII.

LA CÁMARA.

La aparicion de *la dama negra* sorprendió al príncipe D. Juan, que no tenia el mas pequeño antecedente de su salida de Bruselas, como una muda acusacion, ó como la presencia de un padre sorprende al hijo que delinque: pero la reina de Navarra quedó pálida, como un cadáver, considerándola una aparicion, mensajera siempre de desgracias. El austriaco no intentó siquiera ecsaminar la habitacion; pero la reina Margarita, cuya vida, en suma aventurera, le habia presentado mil ocasiones de adquirir presencia de ánimo, se repuso antes de llamar á sus damas, echó una ojeada en derredor, y solo cuando estuvo sola con su confidenta y favorita, manifestó que habia oido ruido durante su conversacion con el príncipe, y que le parecia prudente registrar el gabinete, y aun la alcoba. Se verificó este registro sin dar el mas leve resultado, y Margarita se acostó, pensando en la gran habilidad que habia desplegado en su comedia, y maldiciendo el imprevisto desenlace.

D. Juan cruzó las antecámaras de la reina, sin saludar siquiera á las damas que en ellas habia, las que quedaron descontentas del poco galante castellano; atravesó varios corredores, cruzó tambien sus antecámaras, sin parar la atencion un instante en sus mas íntimos amigos, y entró en su cámara; pero en ella quedó sorprendido y confuso como no podia imaginar.

En un rico sillon dorado, forrado de damasco azul, estaba sentada una mujer, á juzgar por su traje talar y sus delicadas manos; y el príncipe reconoció en ella á su adorada *dama negra*. A pocos pasos de la dama estaba Gonzalo, de pié y en actitud meditabunda; al ver al príncipe, saludó y salió, cerrando la puerta tras sí. D. Juan se acercó algunos pasos á su misteriosa beldad, y tartamudeó algunas escusas.

—Callad, le replicó la dama con voz metálica y sonora, no me digais una palabra; ó mejor dicho, respondedme: ¿á qué habeis venido á Namur?

—He venido, respondió el príncipe queriendo encontrar una disculpa en el verdadero motivo de su viaje, he venido á Namur, porque los traidores me rodeaban, porque necesito reposo.

—¿Y qué esperabais conseguir saliendo de Malinas?

—Estar lejos de las traiciones; vivir en paz algunos dias.

—Os habeis engañado, príncipe. La traicion os sigue á todas partes: la paz estará siempre lejos de vuestro corazon, D. Juan.

—Lo sé por desgracia: lo sé, y ahora estoy haciendo la esperiencia.

—¿En qué os fundais para creer lo que acabais de proferir?

—Antes que yo entraron en Namur dos hombres á toda carrera.

—¿Sabeis quiénes son esos hombres que os siguen con tanto teson?

—No los conocí, tan bien ocultaron sus rostros.

—¿Sabeis en dónde paran esos dos hombres tan temidos?

—No lo sé; y ¡vive Dios! que holgara mucho de saberlo.

—Están alojados, D. Juan, en el *parador de los caballeros*, cuarto principal número 3. ¿Queréis saber cómo se llaman?

El príncipe guardó silencio, aunque revelaban sus ojos una viva curiosidad.

—Se llama el uno, prosiguió la dama, el capitan Roberto; es el otro Mos de Theron, vuestro encarnizado enemigo.

—¡Mos de Theron! murmuró el príncipe, llevando su mano á la espada.

—Mos de Theron y Felipe de Marnis: los dos enemigos de D. Juan.

Hubo un instante de silencio: la dama prosiguió despues:

—¿Sabeis algo mas de traiciones? ¿A mas traidores conoceis? preguntó la dama.

—Nada mas sé, repuso el noble caballero.

—Poco sabeis, príncipe. En el espacio de veinte y cuatro horas han llegado á Namur mas de seiscientos soldados alemanes: el pretesto de su venida es reclamar algunos atrasos; el objeto, reunir una fuerza formidable para disponer a su antojo del gobernador general. ¿Sabeis quién los llama y reune?

—No lo sé, dijo el austriaco tristemente, y adelantándose algunos pasos.

—Los llama el capitan Roberto, que será su jefe inmediato.

—Los llama el capitan Roberto, murmuró D. Juan.

—¿Qué mas sabeis? volvió á preguntarle la dama.

—Repito otra vez que nada sé.

—¿Conoceis, príncipe, á Eduardo de Bouneville, señor de Capres?

—Lo conozco: lo he visto repetidas veces y he hablado con él otras muchas.

—¿Quién es Eduardo de Bouneville, señor de Capres?

—Uno de los miembros mas influyentes de los Estados generales.

—¿En dónde se encuentra á estas horas el señor de Capres?

—En Bruselas, de donde creo no habrá salido.

—Os equivocais: está en Namur el señor de Capres.

—¡En Namur! O vos ó yo estamos soñando, y en permanente pesadilla.

—*En el parador de los caballeros*, cuarto principal número 2, se aloja Eduardo de Bouneville. ¿Sabeis, príncipe á qué ha venido?

—No lo sé, señora, no lo sé; y, lo que es mas, temo saberlo.

—Viene comisionado por los Estados generales, para que volvais á Bruselas. Este es su intento, ó á lo menos esta es su aparente mision.

—No se ha presentado en mi corte, y mal puede cumplir su intento.

—Mañana se presentará. ¿Sabeis en qué se ocupa?

—No. Os repito que nada sé. ¿En qué se ocupa Bouneville?

—En congraciarse con el ayuntamiento y pueblo de Namur.

—La ciudad me ha recibido en triunfo: la ciudad me adora....

—Las ciudades, D. Juan, y los hombres mudan muy pronto....

—Señora....

—Escuchad el secreto de la conspiracion. Bouneville os entretiene con sus instancias, en tanto que Mos de Theron, que ha tomado el nombre de capitan Rodolfo, organiza sus aventureros alemanes: si consentís en ir á Bruselas, os llevarán entre vítores y aclamaciones; si os resistís, Mos de Theron y sus alemanes os acometeran en cualquier parte. No prepararán emboscadas, no se pararán en los medios. A la luz del sol ó en las tinieblas de la noche, en vuestro palacio ó en la iglesia, en la calle ó en el paseo, seréis víctima, príncipe D. Juan, si no evitais este peligro.

D. Juan inclinó la cabeza, como agobiado bajo el peso de sus tristes meditaciones; *la dama negra* prosiguió:

—En *la gruta de la Magdalena* os prometí velar por vuestra vida, descubrir las maquinaciones de vuestros pérfidos enemigos; muy pocos hombres hubieran osado ofrecer otro tanto, y con todo, no han sido vanas mis promesas. ¿Estais contento de mis servicios?

—Profundamente agradecido á vuestro singular favor.

—Pues de hoy en adelante, príncipe D. Juan, velad por vos; ahora mismo acaba mi tutela: hoy dejais de ser mi pupilo.

—El príncipe guardó silencio, y la *dama negra* prosiguió:

—Pero como los servicios pasados merecen alguna recompensa, estoy dispuesta á reclamarla; y la ecsijiré de vos, príncipe.

—Pedid mi sangre si queréis, repuso el austriaco.

—Vuestra sangre no....es mucha paga para tan pequeños favores. No pediré yo vuestra sangre: es mucha paga para mí.

—La sangre de un hombre de honor pertenece á quien ha salvado su honra: y así os pertenece mi sangre.

—¡La sangre de un hombre de honor!....Bien, D. Juan, respondedme á esta sola pregunta: ¿Cuándo se marcha de Namur la reina Margarita? dijo la dama, interrumpiendo la conversacion empeñada.

—Esta tarde debe salir para el término de su viaje.

—Juradme no verla.... ¿Qué, dudais?.... Juradme no verla.

—No puedo jurarlo, señora, murmuró D. Juan tristemente.

—Juradme al menos no acompañarla, repuso la dama.

—Lo juro, señora, por mi honor, dijo D. Juan solemnemente.

—Gracias, D. Juan: decid ahora al jóven Gonzalo que me acompañe hasta la puerta del palacio. Nada mas tengo que pediros.

La dama negra se levantó con resuelto ademan, el príncipe la detuvo, diciendo con acento dulce y sombrío:

—Tú no puedes alejarte así de esta estancia; te he escuchado hasta el fin, queriendo castigar mi loco desvarío; pero dejarte marchar de aquí, no lo esperes nunca, no lo esperes. Tú eres mi sueño de ventura, la dulce ilusion de mis amores, mi felicidad sobre la tierra; y no puedo renunciar á una dicha que envidiaran los ángeles del cielo, que los querubines desean.

—Dejadme, D. Juan, dijo la dama, adelantándose algunos pasos.

—Es imposible: tu dulce voz es á mis oidos una música celestial; respiro tu aliento embalsamado, y una chispa del fuego de tus ojos me consume á un tiempo y me da vida. Tú has sido mi ninfa misteriosa, y yo he adorado tu misterio: me has dicho que te llamas María, y tambien he adorado tu nombre. ¿Quién puede amar como yo amo? ¿Quién es mas digno de tu amor?

—Callad, D. Juan: callad, D. Juan. ¿No quema vuestros labios, príncipe, el dulce nombre de María? ¿No os estremeceis al pronunciarlo?

La jóven pronunció estas palabras con un acento inesplicable; el príncipe bajó los ojos enteramente avergonzado, y la dama continuó con lúgubre y solemne acento:

—El tres de Julio, han pasado veinte y dos dias, habitabais, príncipe, en vuestro palacio de Bruselas: á las diez y media de la noche entró en vuestra cámara una mujer, envuelta en un manto de seda, que le bajaba hasta los piés y cubria el rostro enteramente. A peticion vuestra, noble príncipe, la dama se echó atrás el manto, y retrocedísteis contemplando el rostro de María Estraten. "¿A qué venís aquí, señora?" la preguntásteis. "A salvaros, D. Juan de Austria," repuso la jóven. "¿A salvarme?" "Sí, ilustre príncipe, la hija de Cornelio Estraten conocia el nombre del amante que lo callaba cauteloso, y aunque humilde hija de un armero amaba al hijo de un monarca con respeto y con frenesí:" ¿no fueron estas sus palabras?.... Res

ponded, D. Juan, responded. ¿No fueron estas sus palabras?

—Esas fueron, murmuró el príncipe con abatimiento y dolor.

—"Silencio, señora, silencio," respondísteis. "Que no profanen vuestros labios el nombre de amor; que no mienta, ni me obliguen á ser grosero con una dama." "¡Príncipe D. Juan!" esclamó la jóven. "Abreviemos. ¿Teneis que pedirme algo, señora?" dijísteis entonces.

—¡Oh! ¡María! esclamó el austriaco bajo el peso de un doloroso frenesí.

—¿Recordais sin duda la mas pequeñas circunstancias de aquella entrevista, vuestra crueldad y el dolor solemne de María?

—Las recuerdo, señora, las recuerdo y nunca las olvidaré.

—Pues bien, príncipe, lastimasteis á una mujer que os amaba mucho, que era inocente, y que hubiera muerto por vos con un placer inesplicable.

—Inocente, murmuró D. Juan con acento ronco y sombrío.

—Tan inocente como un niño sobre la pila bautismal. ¿Queréis oir su justificacion? ¿Tendréis valor para escucharla?

—Señora....tartamudeó el príncipe con manifiesta turbacion.

—La oiréis de mis labios. Necesitando, para prevenir las traiciones que se tramaban en contra vuestra, tener un instrumento dócil y que conociera al mismo tiempo los planes de los conjurados, fijó su atencion en Guillermo, y se impuso la dura obligacion de recibirlo media hora diaria....

—¡Es posible! esclamó D. Juan, aprocsiumándose á la dama.

—Es seguro, príncipe D. Juan, es seguro, dijo la dama secamente.

El príncipe, triste y confuso, guardó doloroso silencio: en aquel momento María se presentó pura y hermosa ante sus ojos, pero al mismo tiempo escuchaba la voz simpática de aquella mujer misteriosa que le esclavizaba á su pesar. Acosado por sus recuerdos, por los remordimientos pasados, y por la debilidad de aquella noche, era una frágil navecilla á merced de embravecidas olas que anhela encontrar el escollo para estrellarse de una vez.

—Llamad á vuestro paje, dijo la dama con tranquila voz.

—¡Señora! esclamó el jóven príncipe, arrodillándose á sus piés, tened compasion de un insensato cuya razon habeis turbado, cuya ecsistencia envenenais, y que sin embargo os adora.

—¡Oh! D. Juan; aun veo en vuestros labios la lágrima de Margarita de Valois, dijo la dama retirándose.

—Tambien me veis arrodillado, veis húmedas tambien mis pupilas.

—"¿Serán inútiles mis ruegos?" os dijo María arrodillada, como lo estais vos en este momento: os responderé lo que respondisteis: "Son inútiles: olvidad, príncipe, cuanto ha pasado entre los dos," y eso que vos no podeis decir como ella: "¡Olvidad! ¡jamás! María, es muy fácil decir á un hombre, á quien no hemos amado y que nos cansa con sus amores: *olvidad:* pero no olvida quien añadió leña al incendio para consumirse en sus llamas. El hombre que diviniza á una mujer, que sabe hacer de ella una deidad, podrá morir á fuerza de amarla; pero ese hombre jamas olvida." Vos no podeis decirlo, príncipe, porque yo os amaba como á.... Dios.

—¡Perdon, perdon! esclamó D. Juan arrodillado.

—Perdon, no. No podréis decir como ella: "Soy inocente."

—Pero tendré bastante valor para confesar que soy culpado.

La voz del príncipe, al pronunciar estas palabras, era sumisa, pero al mismo tiempo vibraba con imponente majestad. La dama veia arrodillado al héroe ante cuyas plantas se habia prosternado Margarita, y esta humilde actitud debia conmover su corazon de amante, halagando toda su vanidad de mujer. La palpitacion de su pecho manifestaba claramente una gran parte de su emocion, pero era difícil creer en ella, oyéndola decir:

—D. Juan, levantaos, que un héroe no está bien en tan humilde posicion.

—Así esperaré mi sentencia, repetia el príncipe postrado.

—Os envileceis, os envileceis, la inflecsible dama murmuraba.

—¡Envilecerme! ¿Y por qué, señora? esclamó D. Juan con entusiasmo.

—Porque estais postrado á mis piés, porque estais postrado....

—¿Estoy postrado ante la mujer que tanto adoro?

—Príncipe, ante María Estraten.

La dama se arrancó la máscara con un movimiento de noble orgullo, y el hermoso rostro de María apareció como ceñido por una májica aureola. El príncipe, absorto un momento, no dejó su humilde actitud; y con un acento inesplicable, porque era la espresion de un alma noble, dijo:

—Perdóname, María Estraten, perdóname, yo te lo ruego.

La jóven movió la cabeza, como vacilando, y el príncipe añadió:

—Sí, María, yo te pido humilde perdon, por lo que mas ames en el mundo.

—Os perdono, dijo la jóven con un ademan imponente. El príncipe se levantó.

—¡Gracias, María! esclamó D. Juan de Austria, intentando cojer una mano, que la hija de Cornelio Estraten retiró con indomable orgullo.

—Deteneos, príncipe, dijo la jóven, os he concedido mi perdon, pero de ningun modo mi amistad. Entre los dos nada hay comun.

—¡Tu amistad tampoco me basta: quiero tu amor! esclamó el príncipe.

—¡Mi amor, mi amor! dijo María casi delirante y retrocediendo algunos pasos: ¡mi amor el hombre que me ha vendido, que me ha sido dos veces infiel; la primera conmigo misma, porque en *la dama negra*, príncipe, no aparecia la pobre hija del armero; y la segunda con Margarita de Valois, princesa de Francia y de Bearne.

—¡María! ¡María! esclamó D. Juan suplicante.

—No, príncipe D. Juan, no. El amor del hijo de los reyes, inconstante, falso y liviano, podrá morir, reproducirse, reducirse á la nada ó cambiar; pero el amor de la hija del armero nace una vez, una vez muere, y no se reproduce nunca, porque nunca cambia de objeto. ¿Me comprendeis bien, me comprendeis?

—No me atormentes así, María; tu me has amado, tú has sacrificado el reposo, y hubieras perdido la vida por ampararme y defenderme: tú has sido mi fé, mi esperanza, el ángel de luz que me guiaba por un intrincado laberinto, la deidad que me bendecia, el genio que me aconsejaba. Tú me deslumbraste a la luz del sol con tus encantos, tú me sedujiste bajo ese tupido antifaz con las dotes de tu talento; mi alma adivinaba tu ecsistencia bajo ese ropaje, mi alma volaba hácia tí, bien lo sabes.

—No prosigais, príncipe D. Juan. Nada hay comun entre los dos.

—Sí, la *dama negra* me amó siempre, y no puede menos de amarme. Es mas facil arrancar el corazon del pecho, sin perder la vida, que arrancar de un corazon amante el hermoso gérmen de su amor.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró María, cubriéndose el rostro con las manos.

—Escúchame, prosiguió D. Juan. Si fuera posible arrancar ese amor divino é inmenso, no osaríamos tampoco intentarlo: y ¿sabes por qué, hermosa mia? porque arrancando nuestro amor renunciábamos enteramente á esos ensueños que nos sonrien, á esas esperanzas que nos embriagan, á esos recuerdos que nos deleitan. ¿Es verdad, María' que esos ensueños son una vida íntima, oculta, rica en mágicas ilusiones, en inmensa felicidad?

—Sí, sí, respondió María, balbuciente.

—¿Es verdad que esas esperanzas son una vida anticipada, llena de goces inefables y sin una sombra de dolor?

—Sí, sí.

—¿Es verdad, María, que esos recuerdos son una vida, que se reproduce á cada instante para no acabarse jamás?

—Sí, dijo la hija del armero con estraordinaria turbacion.

—Pues bien, María, añadió D. Juan, adunémos los ensueños, las esperanzas y los celestiales recuerdos; amémonos como yo te amo, y vivamos los dos felices en una atmósfera de amor. Ahora nada falta á mi dicha. Me abraso en la luz de tus ojos, respiro el aroma de tu aliento, escucho tu voz, dí que me amas, y me verás loco, en un delirio de felicidad y de amor.

Apasionado era el acento del príncipe D. Juan de Austria, y suplicante su ademan: la hija de Cornelio Estraten guardaba profundo silencio, y la inmovilidad de sus pupilas revelaba honda y grave meditacion. Unidos sus labios de rosa, delicadamente trazaban una estrecha línea de carmin, y sin la agitacion de su pecho, hubiera podido pasar por la estátua de Pigmalion, hermosa, correcta y sin vida.

Contempló el príncipe á la dama algunos minutos, sin osar romper la cadena de su éstasis, como teme una tierna madre turbar el sueño de su hijo, pero adelantándose despues, murmuró á su lado:

—María.

—Príncipe, repuso la jóven, mal articulando la palabra, como quien vuelve de un letargo; y D. Juan apoderándose velozmente de la blanca diestra de María, añadió con triunfal acento:

—Ya están unidas nuestras diestras, para no desunirse nunca.

La hija de Cornelio Estraten se estremeció visiblemente, como si acabara de sufrir una terrible descarga eléctrica; retiró su mano, lanzó un grito, y retrocediendo algunos pasos, esclamó:

—Escuchad, príncipe, escuchad. No penseis mas en los amores de la *dama negra*, de esa mujer que guardó rigoroso incógnito, porque esos amores no los reconoce María.

Y tendiendo su diestra hácia D. Juan, que tímidamente se acercaba, como la tiende Dios al océano, para que no traspase sus límites, desapareció, dejando al príncipe confuso, vencido y humillado.

CAPÍTULO XVIII.

EL HOMBRE PONE, Y DIOS DISPONE.

Por el aviso de María Estraten al gobernador general, sabemos que Mos de Theron á nombre del capitan Roberto, estaba reuniendo en Namur todos los soldados alemanes que voluntariamente se presentaban, y algunos que le dirijian Hesse y Lalain desde Bruselas. Esta falanje, segun la espresion de María, constaba de quinientos hombres lo menos, y muy en breve podrian sus jefes intentar el golpe de mano con seguridad de buen écsito.

A las siete de la mañana del 26 de Julio Bouneville, Theron y el capitan Roberto, estaban reunidos en la habitacion del primero, felicitándose mútuamente por los visibles adelantos que la conjuracion hacia, y disponiéndose Bouneville á desempeñar su comision cerca del príncipe, para calcular con mas acierto en vista de su resultado: sin embargo, Mos de Theron no necesitaba nuevas noticias; tenia resuelto en su interior organizar en dos ó tres dias los aventureros alemanes, y sin mas espera, apoderarse de la persona de D. Juan.

El príncipe pasó una noche de insomnio y de desasosiego, meditando las dos escenas que habian pasado poco antes. El lenguaje de Margarita, brillante, erudito, apasionado, resonaba aún en los oidos del bizarro conquistador; y algunos momentos su orgullo quedaba triunfante y satisfecho, viendo á sus plantas á una mujer, reina por rango y hermosura. Pero la historia de Margarita era pública por desgracia; D. Juan la conocia casi tanto como Enrique de Borbon, su esposo; y sabia que aquella mujer entusiasta, antes de adorar á los héroes, se habia arrastrado ante los hombres con el descaro de una cortesana, buscando placeres de serrallo en vez de delicias de amor. Estas reflecsiones lastimaban hasta el amor propio del príncipe, creyéndose miserable juguete de una comedia repetida y perfectamente ensayada. Junto á la reina de Navarra se levantaba mas hermosa, y tan pura como los angeles, la figura de María Estraten: mujer y niña á un mismo tiempo, altiva y tierna, heroica en sus grandes sacrificios, y heroica tambien cuando vengaba con noble desden dobles ofensas. Perder á esta hermosa criatura era salir del paraiso, como nuestros primeros padres, para lanzarse en otro mundo de incertidumbres y de afan, era apartarse de la luz para sumirse en las tinieblas, era querer hallar la vida separándose del calor. D. Juan conocia todo el precio de la mujer que habia perdido, y estaba dispuesto á recobrarla, volviendo la paz y la dicha á su angustiado corazon. A las ocho de la mañana llamó al intrépido Gonzalo, le hizo sentar á la cabecera de su cama, y le dijo:

—¿Sabes, Gonzalo, al *parador de los caballeros?*

—Perfectamente; y tengo que decir á V. A. lo que no he podido contarle por falta de tiempo y ocasion, repuso el fiel y joven paje.

—¿Tienes que decirme, Gonzalo? preguntó el príncipe con bondad.

—Sí, señor: y siento en el alma no haber podido hacerlo antes.

—Habla, Gonzalo, ya te escucho; has picado mi curiosidad.

—Al comenzarse anoche el baile recibí un billete.

—¿Un billete? ¡vive Dios! que es grave la historia.

—Y muy lacónico por cierto: estas terminantes palabras: "Caballero Gonzalo, os espera en el *parador de los caballeros*.—La dama negra. Ni una sílaba mas, señor.

Don Juan miró al paje atentamente y siguió guardando silencio; Gonzalo prosiguió:

—No os podia noticiar, señor, esta cita, y era mi deber concurrir á ella, como vuestro leal servidor y tambien como caballero. Acudí, pues, inmediatamente, subí al piso principal y pregunté por una señora, no pudiendo dar otras señas maesse Albino, que así se llama el dueño del parador: tiene trazas de hombre muy agudo; y sin hacerme mas preguntas me introdujo en una antesala, amueblada con el mayor lujo y elegancia, anunciándome, pues habia tenido buen cuidado de preguntarme nombre y apellido. Maesse Albino se retiró discretamente, y á pocos momentos apareció *la dama negra*. Mucho os agradezco, me dijo, con su voz cadenciosa y pura, que hayais acudido tan pronto á mi invitacion." "Los españoles, la respondí, no hacen esperar á las damas." "¿Tendréis la bondad de acompañarme?" " Hasta el fin del mundo, señora." Entonces se apoyó en mi brazo, y nos dirijimos hacia aquí. "Sé, Gonzalo, me dijo en la calle, que teneis siempre una llave, para penetrar en la camara del noble príncipe por una puertecilla escusada. ¿Queréis hacerme entrar por ella?" "Con mucho gusto," contesté; y atravesando los corredores, la traje á esta cámara, señor.

—¿Y no te has separado de ella en toda la noche?

—Sí, por cierto. Me rogó encarecidamente que no perdiera por su causa el sarao, y tuve que condescender.

—¿En el momento que se acabó el baile, volviste á mi cámara, Gonzalo, ó permaneciste ausente de ella?

—Os estuve esperando en los pasillos; pero como tardabais mucho, vine á la cámara, y acababa de entrar en ella cuando os presentasteis, señor.

—Todo ha podido suceder, murmuró el príncipe: y añadió despues: Vé, Gonzalo, al *parador de los caballeros*, preséntate á la *dama negra*, y suplícala, de rodillas, si es necesario, que venga á verme. No vuelvas sin ella, Gonzalo.

Gonzalo no esperó nuevas instrucciones, y desapareció al momento: tanto anhelaba ver cumplidas las órdenes de su señor.

Hemos dicho en otra ocasion, y permítasenos repetirlo. "Decir que la reina Margarita amaba al príncipe D. Juan, seria profanar la palabra amor y realzar el corazon de una mujer enteramente corrompida; pero sí puede asegurarse, que la voluptuosa Diana sentia hacia el príncipe una aficion mas entusiasta que la que tuvo a Entragues, Charrins y Martigues; mas dulce que la que la inspiró el duque de Guisa; mas penetrante que la que sintió por sus hermanos los duques de Anjou y Alenzon; mas poética que la del desgraciado La Molle; mas lánguida que la de Saint Luc; mas punzante que la contrariada de Bussy; mas irritable que la del duque de Maine; en una palabra, la pasion que podia sentir una mujer como Margarita de Valois." Con esta disposicion de ánimo y contrariada en sus intentos de manera tan imprevista, no durmió la reina de Navarra mucho mas que el príncipe, y cuando este daba sus órdenes á Gonzalo, conversaba la hermosa francesa con su camarera favorita. Acostumbrada Laura á las íntimas confianzas de Margarita de Valois, no temió tomar la iniciativa, y viendo despierta á su señora, mas temprano que de costumbre, se sonriyó maliciosamente y la dijo:

—He notado, señora, que la entrevista de V. M. con el príncipe ha tenido malas consecuencias.

— No te entiendo, Laura; y desearia que hablaras con mas claridad.

—V. M. ha pasado una noche de insomnio.

—Es verdad que he dormido mal: no quiero negártelo, Laura.

—Hay conferencias, replicó la taimada Laura, que cuando se prolongan mucho quitan el sueño: ¿no es verdad?

Margarita se sonriyó, confirmando con su sonrisa la suposicion de la jóven; pues la brillante reina de Navarra no tenia el menor inconveniente en confesarla sus deslices, pero se guardaba muy bien de revelarla circunstancias que podrian ser interpretadas como una completa derrota.

—Me parece, dijo la reina, que tampoco has dormido bien: lo que estraño sobremanera, por no ser esa tu costumbre.

—Y sin embargo os juro, señora, que no he te-

nido la menor causa, ni un leve pretesto siquiera.

—¿No has visto ningun caballero en la corte del príncipe digno de llamar tu atencion, ó pecas ya de indiferente.

—Sí por cierto, he visto galanes muy bizarros; pero mi hermoso barbilampiño está celoso como un turco, y no me ha dejado respirar.

—¿Desde cuándo los servidores de mis damas han adquirido el fatal derecho de mostrarse celosos, Laura?

—Desde que nos sirven de escolta y saben todos nuestros pasos.

—¿Y desde cuándo mis hermosas damas han perdido aquella destreza, que las distinguia en todos tiempos, y que las hacia salir airosas de los lances mas comprometidos? observó la reina Margarita con maliciosa reticencia.

—Desde que nuestros caballeros han dado en mostrarse celosos, repuso Laura con perfecta tranquilidad.

—Segun van cambiando las cosas, llegará dia en que merezca mi sobrenombre de *Diana:* y quizás no estará muy lejos.

—Seria una terrible desgracia, que es indispensable conjurar.

—Sobre todo si le añaden un adjetivo, y me dicen *la casta Diana.*

—Seria una monstruosidad.

—Monstruoso es lo que me has contado, Laura. ¿Qué dirá la corte del príncipe de la amabilidad francesa?

—Puede ser que la corte murmure; pero S. A....

—Maliciosa.

—Mejor seria llamarme adivina.

—Lo mismo da, lo mismo da.

Margarita se incorporó un tanto, apoyando el codo en los mullidos almohadones; retiró con sus rosados dedos los deshechos rizos, que cubrian una gran parte de su rostro, pálido por la mala noche, y preguntó:

—Qué hora será, Laura?

—El péndulo, que desde aquí distingo, marca las ocho y media, hora que convida á dormir, particularmente despues de una noche de insomnio.

—He oido decir que D. Juan de Austria se levanta temprano, Laura, observó la reina Margarita.

—Costumbre adquirida sin duda en los campamentos, señora.

—Como he pasado mala noche, tengo una pesadez.

—V. M. puede permanecer acostada, que la será muy conveniente.

—Tenemos que salir esta tarde para Lieja.

—¿Nos acompañará el jóven príncipe?

—No sé. Estoy indispuesta, como os he dicho: se va haciendo tarde, y desearia hablar con D. Juan.

—Si S. A. es madrugador, respondió Laura con maliciosa sonrisa, nada mas fácil.

—¿De qué modo?

—Suponga V. M. que salto del lecho, tomo un peinador, me lo ajusto, calzo unas chinelas, que dejarian ver mi desnudo pié con una falda menos cumplida, y en un traje muy de mañana llego á la antecámara del príncipe; me hago anunciar, paso á la cámara, y le digo que V. M. se halla indispuesta y que desea hablarle.

Laura se habia arrojado efectivamente de su lecho, y estaba vestida del modo que acababa de describir.

—Es verdad, contestó la reina, que puede suceder como dices. Tienes un ingenio admirable.

—Y sucederá ciertamente si V. M. me autoriza, añadió la astuta camarera.

—Tienes tan buenas ocurrencias, que seria un dolor contrariarlas. Puedes hacer, querida Laura, cuanto te aconseje tu ingenio.

—Solo advierto á V. M. que las conferencias muy largas producen insomnios, añadió Laura desapareciendo como una flecha.

Sola Margarita, se inclinó hácia una mesita de noche; cojió un peine, que pasó suavemente por sus cabellos, medio perfumados aún; untó á sus labios un específico del célebre maesse Renato, que inmediatamente les daba mas frescura, color y suavidad: se miró en un pequeño espejo, embutido en estuche de nácar; pasó por su cara una toallita empapada en un licor blanco, obra del mismo perfumista: se lavó los ojos con esencia de limon, diluida en agua destilada; y satisfecha de aquel tocado matinal, tomó la misma actitud lánguida que habia tenido durante su anterior dialogo, y quizá se trazó en la mente bellos fantasmas de placer.

Una hora despues de haberse marchado Gonzalo, y momentos antes de salir Laura de la alcoba de Margarita, entró en la antecámara del príncipe el caballero Bouneville. Juan Bautista de Tarsis paseaba por ella lentamente, y acercándosele el caballero, le dijo:

—Hacedme el favor de anunciarme á S. A.

—¿Vuestro nombre? preguntó Tarsis secamente.

—Eduardo de Bouneville, señor de Capres.

—Eduardo de Bouneville, señor de Capres. No se me olvidará vuestro nombre, y S. A. sabrá que ha estado aquí Eduardo de Bouneville, señor de Capres.

—No deseo que le digais mi nombre, deseo hablar con S. A.

—Desistid por hoy de ese empeño, repuso Tarsis con frialdad.

—¿Por qué motivo? preguntó el señor de Capres, encontrándose contrariado.

—Porque se halla enfermo S. A.

Eduardo no respondió á Tarsis, y se volvió no muy satisfecho, al *parador de los caballeros.*

Al salir el señor de Capres, entró en la antecámara Laura, vestida muy ligeramente, pero risueña y seductora. Cruzó la estancia, y acercándose á Juan Bautista,

—Muy buenos dias, señor de Tarsis, le dijo con alegre acento.

—Dichoso dia, hermosa señora, respondió Tarsis cortesmente.

—Desearia hablar al noble príncipe, si me lo permitis, señor.

—No es posible en este momento, y me aflije mucho, señora.

—Vengo á hablarle de parte de la reina.

—Lo siento en el alma, señora; pero S. A. está enfermo, y duerme un poco en este instante.

—Las conferencias demasiado largas tambien causan enfermedades, murmuró Laura alegremente, y despidiéndose de Tarsis, con su dulzura acostumbrada, se volvió á la cámara de la reina.

—¿Qué tenemos? preguntó Theron á Bouneville, viéndolo de vuelta en la posada.

—No he visto al príncipe, capitan Rodolfo, le contestó el señor de Capres.

—¿Por qué? preguntó Theron, frunciendo el ceño de impaciencia.

—Porque está enfermo, repuso Eduardo Bouneville.

—Esa enfermedad deja en suspenso el plan que debemos seguir, y me contraría terriblemente, murmuró Theron.

—A mí tambien, repuso Eduardo, quedando los dos descontentos de la enfermedad del austriaco.

Laura entró en la alcoba de la reina, riyendo estrepitosamente, y se dejó caer sobre el lecho con su franqueza habitual.

—¿Por qué te ries, Laura? preguntó la hermosa reina Margarita.

—Porque la conferencia de anoche tiene al príncipe enfermo en cama, repuso Laura, estremando su hilaridad.

—¿Qué dices? preguntó Margarita, pintada en su rostro la sorpresa.

—Que no he podido ver á D. Juan, porque me ha dicho Tarsis, que está enfermo y que en este instante reposa.

La reina se mordió los labios que acababa apenas de ungir, y dijo á Laura con una sonrisa de despecho:

—Manda que apresuren al momento los preparativos de mi viaje, añadiendo para su interior: duque de Alenzon, ya tienes en mí una aliada, ya puedes aspirar con fruto á la dominacion de Flandes.

—Mucho has tardado, ¡vive Dios! decia D. Juan al jóven paje, viéndolo entrar en su aposento, al mismo tiempo que la reina formaba proyectos de venganza.

—Y pensaba no venir, señor, repuso Gonzalo tristemente.

—¿Por qué, Gonzalo? preguntó el príncipe, sentándose sobre su lecho.

—Vuestra alteza me dijo, que no viniera sin *la dama negra*, y *la dama negra* salió de Namur una hora antes de amanecer.

—Bien se ha vengado, murmuró el príncipe y despidió al paje con la mano.

Tres personas se habian propuesto realizar tres planes distintos, y los tres quedaron fallidos, porque el *hombre pone y Dios dispone.*

CAPÍTULO XIX.

EL CONDE DE BARLEMONT.

Los caballeros de la corte del príncipe y las damas de Margarita deploraban la enfermedad de D. Juan de Austria; repentina indisposicion que ponia coto á los placeres, y que apresuraba quizás la partida de la jóven reina, para la cual se habian comunicado las órdenes con beneplácito del gobernador, que veia roto su insoportable cautiverio.

Alrededor del lecho de D. Juan estaban Octavio Gonzaga, Andrés de Prada, el conde de Barlemont y el señor de Hierges, su hijo, guardando religioso silencio.

—¿Qué tenemos, conde de Barlemont? preguntó el príncipe.

—Señor, está indispuesto V. A. y se fatigará demasiado si nos ocupamos de negocios, aunque los hay bastante urgentes.

—No es tan grave mi enfermedad que me impida ocuparme de ellos. Hablad, conde, si teneis que darme algunas nuevas.

—Señor, diariamente entran en Namur varios soldados alemanes, y segun creo, entran con no buena intencion.

—¿Se presentan en mucho número? preguntó D. Juan tranquilamente.

—En número considerable. Pasarán de doscientos, señor, repuso el anciano.

—Conde, os engañan vuestros espías, si no están ellos engañados.

—Señor, aseguro por mi honor que no serán en menos número.

—Pero sí en mayor, noble conde. Mas de quinientos aventureros se alojan en Namur: las posadas están plagadas de alemanes.

—No creo, señor, que los conjurados lleguen á quinientos.

—Conde, lo sé por un conducto muy seguro. ¿Y qué dicen los aventureros? ¿Cómo se espresan los conspiradores alemanes?

—Dicen, que vienen á pedir los atrasos que se les adeudan.

—Es verdad, conde, que eso dicen. ¿Y quiénes son sus jefes?

—No reconocen jefe, señor, y cada cual obra por su cuenta.

—Os engañan lastimosamente. En el *parador de los caballeros* paran tres hombres, conocidos vuestros y mios. Se llama el uno, el capitan Roberto, comisario imperial en Malinas para arreglar las cuentas, que fué causa de romper las negociaciones: el segundo se hace llamar capitan Rodolfo, y se llama Mos de Theron: el tercero es Eduardo de Bouneville, señor de Capres. Estos son los jefes ocultos de los aventureros que llegan: estos son, conde, los que reunen á los soldados alemanes.

Todos miraron á D. Juan, admirados de que tuviera unos informes tan ecsactos, el príncipe continuó:

—Estos jefes han formado planes distintos, con arreglo á sus diversas instrucciones y á los bandos

nido la menor causa, ni un leve pretesto siquiera.

—¿No has visto ningun caballero en la corte del príncipe digno de llamar tu atencion, ó pecas ya de indiferente.

—Sí por cierto, he visto galanes muy bizarros; pero mi hermoso barbilampiño está celoso como un turco, y no me ha dejado respirar.

—¿Desde cuándo los servidores de mis damas han adquirido el fatal derecho de mostrarse celosos, Laura?

—Desde que nos sirven de escolta y saben todos nuestros pasos.

—¿Y desde cuándo mis hermosas damas han perdido aquella destreza, que las distinguia en todos tiempos, y que las hacia salir airosas de los lances mas comprometidos? observó la reina Margarita con maliciosa reticencia.

—Desde que nuestros caballeros han dado en mostrarse celosos, repuso Laura con perfecta tranquilidad.

—Segun van cambiando las cosas, llegará dia en que merezca mi sobrenombre de *Diana:* y quizás no estará muy lejos.

—Seria una terrible desgracia, que es indispensable conjurar.

—Sobre todo si le añaden un adjetivo, y me dicen *la casta Diana.*

—Seria una monstruosidad.

—Monstruoso es lo que me has contado, Laura. ¿Qué dirá la corte del príncipe de la amabilidad francesa?

—Puede ser que la corte murmure; pero S. A....

—Maliciosa.

—Mejor seria llamarme adivina.

—Lo mismo da, lo mismo da.

Margarita se incorporó un tanto, apoyando el codo en los mullidos almohadones; retiró con sus rosados dedos los deshechos rizos, que cubrian una gran parte de su rostro, pálido por la mala noche, y preguntó:

—Qué hora será, Laura?

—El péndulo, que desde aquí distingo, marca las ocho y media, hora que convida á dormir, particularmente despues de una noche de insomnio.

—He oido decir que D. Juan de Austria se levanta temprano, Laura, observó la reina Margarita.

—Costumbre adquirida sin duda en los campamentos, señora.

—Como he pasado mala noche, tengo una pesadez.

—V. M. puede permanecer acostada, que la será muy conveniente.

—Tenemos que salir esta tarde para Lieja.

—¿Nos acompañará el jóven príncipe?

—No sé. Estoy indispuesta, como os he dicho: se va haciendo tarde, y desearia hablar con D. Juan.

—Si S. A. es madrugador, respondió Laura con maliciosa sonrisa, nada mas fácil.

—¿De qué modo?

—Suponga V. M. que salto del lecho, tomo un peinador, me lo ajusto, calzo unas chinelas, que dejarian ver mi desnudo pié con una falda menos cumplida, y en un traje muy de mañana llego á la antecámara del príncipe; me hago anunciar, paso á la cámara, y le digo que V. M. se halla indispuesta y que desea hablarle.

Laura se habia arrojado efectivamente de su lecho, y estaba vestida del modo que acababa de describir.

—Es verdad, contestó la reina, que puede suceder como dices. Tienes un ingenio admirable.

—Y sucederá ciertamente si V. M. me autoriza, añadió la astuta camarera.

—Tienes tan buenas ocurrencias, que seria un dolor contrariarlas. Puedes hacer, querida Laura, cuanto te aconseje tu ingenio.

—Solo advierto á V. M. que las conferencias muy largas producen insomnios, añadió Laura desapareciendo como una flecha.

Sola Margarita, se inclinó hácia una mesita de noche; cojió un peine, que pasó suavemente por sus cabellos, medio perfumados aún; untó á sus labios un específico del célebre maesse Renato, que inmediatamente les daba mas frescura, color y suavidad: se miró en un pequeño espejo, embutido en estuche de nácar; pasó por su cara una toallita empapada en un licor blanco, obra del mismo perfumista: se lavó los ojos con esencia de limon, diluida en agua destilada; y satisfecha de aquel tocado matinal, tomó la misma actitud lánguida que habia tenido durante su anterior dialogo, y quizá se trazó en la mente bellos fantasmas de placer.

Una hora despues de haberse marchado Gonzalo, y momentos antes de salir Laura de la alcoba de Margarita, entró en la antecámara del príncipe el caballero Bouneville. Juan Bautista de Tarsis paseaba por ella lentamente, y acercándosele el caballero, le dijo:

—Hacedme el favor de anunciarme á S. A.

—¿Vuestro nombre? preguntó Tarsis secamente.

—Eduardo de Bouneville, señor de Capres.

—Eduardo de Bouneville, señor de Capres. No se me olvidará vuestro nombre, y S. A. sabrá que ha estado aquí Eduardo de Bouneville, señor de Capres.

—No deseo que le digais mi nombre, deseo hablar con S. A.

—Desistid por hoy de ese empeño, repuso Tarsis con frialdad.

—¿Por qué motivo? preguntó el señor de Capres, encontrándose contrariado.

—Porque se halla enfermo S. A.

Eduardo no respondió á Tarsis, y se volvió no muy satisfecho, al *parador de los caballeros.*

Al salir el señor de Capres, entró en la antecámara Laura, vestida muy ligeramente, pero risueña y seductora. Cruzó la estancia, y acercándose á Juan Bautista,

—Muy buenos dias, señor de Tarsis, le dijo con alegre acento.

—Dichoso dia, hermosa señora, respondió Tarsis cortesmente.

—Desearia hablar al noble príncipe, si me lo permitis, señor.

—No es posible en este momento, y me aflije mucho, señora.

—Vengo á hablarle de parte de la reina.

—Lo siento en el alma, señora; pero S. A. está enfermo, y duerme un poco en este instante.

—Las conferencias demasiado largas tambien causan enfermedades, murmuró Laura alegremente, y despidiéndose de Tarsis, con su dulzura acostumbrada, se volvió á la cámara de la reina.

—¿Qué tenemos? preguntó Theron á Bouneville, viéndolo de vuelta en la posada.

—No he visto al príncipe, capitan Rodolfo, le contestó el señor de Capres.

—¿Por qué? preguntó Theron, frunciendo el ceño de impaciencia.

—Porque está enfermo, repuso Eduardo Bouneville.

—Esa enfermedad deja en suspenso el plan que debemos seguir, y me contraría terriblemente, murmuró Theron.

—A mí tambien, repuso Eduardo, quedando los dos descontentos de la enfermedad del austriaco.

Laura entró en la alcoba de la reina, riyendo estrepitosamente, y se dejó caer sobre el lecho con su franqueza habitual.

—¿Por qué te ries, Laura? preguntó la hermosa reina Margarita.

—Porque la conferencia de anoche tiene al príncipe enfermo en cama, repuso Laura, estremando su hilaridad.

—¿Qué dices? preguntó Margarita, pintada en su rostro la sorpresa.

—Que no he podido ver á D. Juan, porque me ha dicho Tarsis, que está enfermo y que en este instante reposa.

La reina se mordió los labios que acababa apenas de ungir, y dijo á Laura con una sonrisa de despecho:

—Manda que apresuren al momento los preparativos de mi viaje, añadiendo para su interior: duque de Alenzon, ya tienes en mí una aliada, ya puedes aspirar con fruto á la dominacion de Flandes.

—Mucho has tardado, ¡vive Dios! decia D. Juan al jóven paje, viéndolo entrar en su aposento, al mismo tiempo que la reina formaba proyectos de venganza.

—Y pensaba no venir, señor, repuso Gonzalo tristemente.

—¿Por qué, Gonzalo? preguntó el príncipe, sentándose sobre su lecho.

—Vuestra alteza me dijo, que no viniera sin *la dama negra*, y *la dama negra* salió de Namur una hora antes de amanecer.

—Bien se ha vengado, murmuró el príncipe y despidió al paje con la mano.

Tres personas se habian propuesto realizar tres planes distintos, y los tres quedaron fallidos, porque el *hombre pone y Dios dispone.*

CAPÍTULO XIX.

EL CONDE DE BARLEMONT.

Los caballeros de la corte del príncipe y las damas de Margarita deploraban la enfermedad de D. Juan de Austria; repentina indisposicion que ponia coto á los placeres, y que apresuraba quizás la partida de la jóven reina, para la cual se habian comunicado las órdenes con beneplácito del gobernador, que veia roto su insoportable cautiverio.

Alrededor del lecho de D. Juan estaban Octavio Gonzaga, Andrés de Prada, el conde de Barlemont y el señor de Hierges, su hijo, guardando religioso silencio.

—¿Qué tenemos, conde de Barlemont? preguntó el príncipe.

—Señor, está indispuesto V. A. y se fatigará demasiado si nos ocupamos de negocios, aunque los hay bastante urgentes.

—No es tan grave mi enfermedad que me impida ocuparme de ellos. Hablad, conde, si teneis que darme algunas nuevas.

—Señor, diariamente entran en Namur varios soldados alemanes, y segun creo, entran con no buena intencion.

—¿Se presentan en mucho número? preguntó D. Juan tranquilamente.

—En número considerable. Pasarán de doscientos, señor, repuso el anciano.

—Conde, os engañan vuestros espías, si no están ellos engañados.

—Señor, aseguro por mi honor que no serán en menos número.

—Pero sí en mayor, noble conde. Mas de quinientos aventureros se alojan en Namur: las posadas están plagadas de alemanes.

—No creo, señor, que los conjurados lleguen á quinientos.

—Conde, lo sé por un conducto muy seguro. ¿Y qué dicen los aventureros? ¿Cómo se espresan los conspiradores alemanes?

—Dicen, que vienen á pedir los atrasos que se les adeudan.

—Es verdad, conde, que eso dicen. ¿Y quiénes son sus jefes?

—No reconocen jefe, señor, y cada cual obra por su cuenta.

—Os engañan lastimosamente. En el *parador de los caballeros* paran tres hombres, conocidos vuestros y mios. Se llama el uno, el capitan Roberto, comisario imperial en Malinas para arreglar las cuentas, que fué causa de romper las negociaciones: el segundo se hace llamar capitan Rodolfo, y se llama Mos de Theron: el tercero es Eduardo de Bouneville, señor de Capres. Estos son los jefes ocultos de los aventureros que llegan: estos son, conde, los que reunen á los soldados alemanes.

Todos miraron á D. Juan, admirados de que tuviera unos informes tan ecsactos, el príncipe continuó:

—Estos jefes han formado planes distintos, con arreglo á sus diversas instrucciones y á los bandos

que representan. Bouneville, como representante de los Estados generales, juguetes hoy de los partidos mas estremos, viene á proponerme que vuelva á Bruselas, donde no tengo que temer: Theron y Roberto organizan su hueste en Namur, para apoderarse de mi persona, si no cedo á las instancias de Bouneville.

—Permitidme, señor, dijo Octavio, que dé mi parecer.

—Gonzaga, puedes emitirlo con franqueza.

—Estoy cansado, señor, de huir delante de nuestros enemigos, y una vez que les he hecho frente no he tenido de qué arrepentirme: conmigo y otros dos caballeros, basta para enseñar á esos bandidos que nos estorban en Namur.

—¿Qué opinais, conde de Barlemont? dijo el príncipe, no queriendo contradecir por sí mismo el parecer de Octavio Gonzaga.

—La opinion de este caballero, repuso el conde con la autoridad de los años, es sin duda la de un valiente, y yo me asociaria á la empresa si tuviera su misma edad; pero como soy viejo, señor, reflecsiono maduramente. ¿Qué adelantaria nuestra causa con la muerte de esos tres menguados? Creo que nada. Todos los partidos á una voz dirian, que los partidarios del príncipe asesinaban en detal á los amigos de las libertades flamencas; Namur daria muestras de disgustos, tomarian parte los aventureros, y sin soldados ni defensa, tendriamos que huir vergonzosamente ó que perecer en la demanda. Esta es mi respuesta, ilustre príncipe.

—Morir con gloria, dijo Gonzaga, es la mejor muerte de un guerrero: vivir sin honra, la infame vida de un cobarde.

—Vos y yo, dijo el anciano conde, podemos morir sin desdoro combatiendo una insurreccion, y aun adquirir alguna gloria; pero el vencedor de Lepanto solo hubiera hallado digno sepulcro en su galera capitana.

—¿Qué respondes, Octavio Gonzaga? preguntó D. Juan afablemente.

—Respondo, que soy un loco rematado, y que el conde tiene razon.

—Sin embargo, interrumpió Prada, se hace inevitable la guerra, y cada momento que perdamos en hacer los preparativos, será, señor, un tiempo precioso lastimosamente malgastado. Esta es mi opinion, y aunque humilde oso someterla al consejo.

—Antes que todo es indispensable, observó con tino el señor de Hierges, buscar un asilo seguro, para ver venir los sucesos.

—Y manifiestamente vemos, repuso Gonzaga, que Namur no presenta esta circunstancia, y aun está muy distante de ella.

—Su ciudadela, dijo el príncipe, ofreceria algunas ventajas. Pensémos, amigos, seriamente en la ciudadela de Namur.

—Su ciudadela está en poder de Mos de Iber, soldado entero, y no podemos, señor, contarlo en el número de nuestros amigos, observó Gonzaga, desconfiando del veterano Mos de Iber.

—Ni en el de los contrarios tampoco, repuso el príncipe D. Juan.

—Pero.... tartamudeó el valiente Octavio, y el austriaco añadió:

—Frecuentemente has dado pruebas de valor, y hasta de osadía, y me has aconsejado pasos por lo temerarios imprudentes; yo quiero á mi vez tentar uno; y contando con el valor, no será estraño que nos proteja la fortuna.

—Hablad, señor, y Octavio Gonzaga será el primero en el peligro, dijo Gonzaga, arrepentido de haberse mostrado prudente.

—Delante de mí no irá nadie, repuso el príncipe con firmeza.

—Pero marcharé en pos del capitan invicto como un soldado....

—Muchos soldados os disputarán ese honor, dijo el conde con enerjía, y poniendo mano á la espada.

—Esa será la mejor prueba de que honra mucho merecerlo, observó Gonzaga cortesmente.

—Cada palabra que pronuncias, interrumpió el príncipe, me asegura el cumplido logro de mi intento, y así ocupémonos solamente de los medios de ejecutarlo. Esta tarde saldrá de Namur la esposa de Enrique de Borbon, y como veis, mi enfermedad me dispensa de acompañarla. Vos, conde, como gobernador de la provincia, la acompañaréis hasta dos leguas de la ciudad, seguido de mis caballeros. Despues de cumplido este deber, ¿entendeis? despues de cumplido, daréis las órdenes para una partida de caza, á la que deberán seguirme todos mis nobles caballeros. Esta partida tendrá lugar mañana al despuntar el dia.

—Considerad, señor, dijo el conde, que estais enfermo.

—Para mañana ofrezco estar bueno, Barlemont.

—Comunicaré vuestras órdenes, repuso el anciano caballero.

—Las comunicaréis cuando volvais de haber despedido á la reina. Hasta entonces profundo silencio. ¿Me habeis entendido, Barlemont?

—He comprendido perfectamente el mandato de V. A.

—Mañana comerémos, señores, en la ciudadela de Namur.

Iban á manifestar su contento los individuos del consejo, y á recibir seguramente algunas instrucciones del príncipe, cuando apareció el paje Gonzalo, y dijo:

—Señor, la reina de Navarra y su comitiva pretenden despedirse de V. A.

—¿En dónde están? preguntó el príncipe.

—En la antecámara, señor, dijo el intrépido Gonzalo.

—Dí á S. M. que tendré un placer en recibirla.

Gonzalo salió, y poco despues entró la reina de Navarra, seguida de todas sus damas y buen número de caballeros: los del príncipe salieron á la cámara, y pasando la reina á la alcoba, tomó asiento á la cabecera de la cama, preguntando, con aquella sonrisa que ya era preludio de un favor y ya máscara de una perfidia:

—¿Cómo estais, príncipe D. Juan, cómo estais?

—Bastante indispuesto, señora, repuso D. Juan cortesmente.

—Lo siento en el alma, noble príncipe, dijo la reina con grandes muestras de interés.

—Yo tambien lo siento, porque me quita la satisfaccion de acompañaros, ilustre reina, hasta los mismos baños de Spa.

—¿Y á qué achacais vuestra dolencia? preguntó la reina de Navarra, cada vez con mayor dulzura.

—No conozco su causa, señora, respondió D. Juan algo turbado.

—¿Tal vez la aparicion de anoche? dijo Margarita á media voz, y con espresion tan afable, que cualquiera hubiera creido pronunciaba una de las frases amorosas que solian salir de sus labios.

—Os juro, señora.... murmuró el príncipe.

—No os afaneis en esplicarme una aparicion misteriosa, muy chocante en otros paises, pero que no causa admiracion en las provincias confinantes con la Alemania.

—Sin embargo.... murmuró de nuevo el austriaco.

—Solo me duele, volvió á interrumpir Margarita, que las *damas.... negras* tengan tanto influjo sobre las almas de los héroes.... Bien que los grandes hombres, D. Juan, son comunmente fatalistas.

—El fatalismo en la desgracia es peor que la muerte, señora.

—No prolonguemos, dijo la reina levantándose y tendiendo su diestra al príncipe, una discusion que por momentos toma un carácter melancólico. Adios, príncipe D. Juan de Austria: espero que recordaréis algun dia haber hospedado á Margarita de Valois.

—Lo recordaré á cada instante, repuso D. Juan con amargura.

El príncipe estampó sus labios en la mano de Margarita, y un movimiento de repulsion separó casi instantáneamente aquellos dos séres antipáticos.

El gobernador general encontró algunas palabras corteses que dirijir á la comitiva de la reina, y Margarita se retiró, seguida del anciano conde, de Gonzaga y demás caballeros que se aprestaban á despedirla.

Gonzalo quedó con el príncipe, y con el entusiasta candor de las primeras aficiones le preguntó:

—¿Cómo se encuentra V. A?

—Enteramente bueno, Gonzalo, repuso al momento D. Juan.

El paje dilató sus pupilas, asombrado de aquella respuesta; y no adivinando la causa de aquella fingida enfermedad, balbuceó:

—Entonces....

—Esta enfermedad es un misterio. ¿Qué has sabido de la *dama negra*?

—Nada, señor.

—Entonces, su rápida marcha....

—Es un insondable misterio.

—¿Nada has podido averiguar de maesse Albino?

—Nada, señor: el posadero se hace lenguas ponderando la generosidad de la jóven y su prodigiosa hermosura: asegura que nada sabe de su paradero, y con tono de proteccion y confianza añade....

—¿Qué añade, Gonzalo? dijo el príncipe, saltando del lecho.

—Que la *dama negra*, señor, es sin disputa una princesa.

D. Juan volvió á echarse en su lecho, con el horrible desconsuelo de una esperanza en flor marchita: despidió á Gonzalo con un ademan imperioso, y apretándose la cabeza con ambas manos, como si temiera que estallase, enjugó con despecho una lágrima, avergonzado de llorar; como si el corazon del hombre no llorase lágrimas de sangre á cada tormento de amor.

CAPITULO XX.

LA CAZA.

Barlemont, Gonzaga y demás caballeros del príncipe, acompañaron á Margarita hasta dos leguas de la ciudad; despidiéndose allí de una corte que podia llamarse de la hermosura, siéndolo del vicio al mismo tiempo: tan impuro incienso se quemaba al pié de aquella Vénus griega. Ni un momento dieron descanso los caballeros de D. Juan á sus arrogantes corceles, que piafaban y hacian corvetas, respirando fuego y salpicando sus anchos pechos de nevada espuma, é inmediatamente retrocedieron á Namur. El anciano conde de Barlemont dió al punto sus disposiciones para la partida de caza, con admiracion de la corte, que creia al príncipe mas enfermo; y á las cinco de la mañana del dia 27 de Julio, el príncipe D. Juan de Austria al frente de sus caballeros, cincuenta en número, salia por la puerta de Entry, en traje de caza y con los arreos necesarios para una completa batida.

Al relincho de los caballos, que saludaban como los de Darío la salida del sol, se unian los ruidosos de la jauria, y poco despues el ronco son de la cornetas, repetido por los ecos lejanos, que tomaban parte en aquel concierto matinal. Torció el príncipe sobre la izquierda, y se perdió en un espeso soto, formado en un profundo valle, ceñido por una cadena de montañas y los cauces del Sambra y Mossa.

En aquella montería improvisada no se habian tomado las precauciones que casi aseguran el écsito: á las diez estaban los caballos cubiertos de polvo y sudor, pero ni una sola res recompensaba el afan de los cazadores.

El gobernador general parecia poco satisfecho, y poniendo espuelas al caballo, empezó á subir la agria cuesta que á la ciudadela conducia. Seguian tras él los caballeros, aguijando los cansados brutos, y el señor abad de Maroles dijo al príncipe:

—Debemos descansar, señor, en alguna de estas ermitas, pues temo que nuestros caballos no puedan llegar á la cumbre.

—Cuando mi caballo caiga muerto, subiré á pié, señor abad; repuso D. Juan aguijando.

—Buen ánimo, conde de Barlemont, decia Gon-

zaga alegremente: el terreno está un poco áspero, pero con todo os desafio á tocar primero la cima.

—Hablais como jóven, Gonzaga, replicó el conde en el mismo tono; y ganaréis muy poca gloria triunfando de este pobre viejo. Pero ¡vive Dios! que mi hijo parece dispuesto á vengar á su anciano padre: mirad, mirad, como galopa.

—Buen alazan trae, señor conde.

—Y buen ánimo, segun parece. Espuela, espuela, caballeros, que el príncipe nos adelanta cincuenta cuerpos de caballo.

—S. A., dijo el marqués de Abre, lleva un valiente tordo árabe, que bien vale dos mil florines.

—Y unos acicates, añadió Ariscot, capaces de animar á una piedra.

—Ánimo, ánimo, caballeros, que ya está el príncipe parado en el postigo del Socorro, dijo Barlemont.

Con efecto, D. Juan de Austria habia llegado á los muros de la ciudadela, y dirijiéndose á un soldado, que cantaba sobre una almena en mal francés una cancion bastante en boga, le decia:

—Camarada, ¿tendrás la bondad de bajar y abrir el postigo?

—Hola, hola, señor estranjero, dijo el soldado levantandose, ¿os parece que ese postigo se abre sin su cuenta y razon?

—Pues es preciso que se abra, repuso D. Juan alegremente.

—Es necesario que lo mande el señor alférez de guardia.

—Pues llámalo; y no lo pienses mucho, porque quiero entrar sin demora.

—¿Y quién le diré que lo busca? preguntó el soldado.

—El gobernador general, repuso D. Juan con altivez.

—¿El príncipe? preguntó el centinela, no dando crédito a lo que oia.

—D. Juan de Austria, añadió el príncipe en el mismo tono de mando.

A estas palabras el soldado salió respetuosamente y desapareció, cumpliendo la órden que acababan de darle.

El anciano conde de Barlemont, Octavio Gonzaga, el señor de Hierges y Andrés de Prada, se reunieron inmediatamente con D. Juan; llegando momentos despues el marqués de Abre, el duque de Ariscot, Juan Bautista de Tarsis y todos los demas caballeros, seguidos de varios monteros del príncipe, cuando el alférez y varios soldados coronaban la espesa muralla con curiosidad y recelo.

—¿Qué gentes? preguntó el alférez, retorciéndose los mostachos.

—El gobernador general, respondió el príncipe, descabalgando con el arcabucete en la mano y dando el caballo á un montero.

—Y el gobernador de la provincia, añadió el conde de Barlemont, descabalgando con mas ajilidad que sus muchos años prometian, é imitándole todos los demás caballeros.

—¿Y qué desea el señor gobernador general? volvió á preguntar el alférez, torciéndose de nuevo el mostacho.

—Que bajeis el puente y abrais el postigo, repuso el príncipe.

—Eso se hará cuando lo mande el caballero Mos de Iber.

—¡Vive Dios! que quien así resiste las órdenes de D. Juan de Austria, es un traidor vil y cobarde! gritó D. Juan con entereza.

—Mi obligacion....murmuró el alférez temiendo el enojo de D. Juan de Austria.

—Es obedecer al gobernador general, repuso el austriaco secamente.

—Pero....insistió de nuevo el alférez, no sabiendo á qué decidirse.

—¡Soldados, ya veis que se me niega la entrada! esclamó D. Juan, dirijiéndose á los que el muro coronaban.

—¡Viva D. Juan de Austria! gritaron todos los soldados á una voz.

El alférez no creyó prudente resistir las órdenes del príncipe, ni mucho menos oponerse al entusiasmo de los soldados; y cayó el puente levadizo, gimiendo las pesadas cadenas que lo mantenian suspenso. D. Juan se adelantó al instante, cruzó el puente, pasó al postigo, y rodeado de sus caballeros, se encontró por fin en el recinto de la formidable ciudadela.

Una mirada de inteligencia se cruzó entre el príncipe, el conde, Gonzaga y los hijos de Barlemont, en el momento que Mos de Iber, seguido de algunos capitanes, se presentaba ante D. Juan.

El semblante del castellano manifestaba profunda sorpresa, y disimulaba con trabajo su descontento y sus temores.

—Señor, dijo saludando al príncipe, no sospechaba que V. A. quisiera honrarme, presentándose en este murado recinto.

—Caballero, replicó el príncipe severamente, no creo que el gobernador general necesite pasar prévio aviso para visitar las fortalezas, y en su consecuencia he venido sin contar con vuestro asentimiento.

—Los Estados generales, señor, encomendaron á mi cuidado la ciudadela de Namur, repuso Mos de Iber secamente.

—El gobernador general, legítimo representante de S. M. Felipe II, en el ejercicio de su autoridad, se apodera de este castillo, en nombre del rey cuyo es, respondió D. Juan con frialdad.

El resuelto ademan del príncipe, la majestad de su mirada y el firme acento de su voz, impusieron a Mos de Iber, que no sabia cómo conducirse en aquel trance. D. Juan adivinó la lucha que sufria el pundonoroso militar, y queriendo terminarla pronto, decidiéndola en su favor, añadió con mas entereza:

—Veo, Mos de Iber, que cumplís mal vuestros deberes de gobernador, pues al pisar este castillo, debíais haber puesto en mis manos sus llaves.

El castellano hincó una rodilla y presentó las llaves al príncipe sin pronunciar una palabra.

—Acabais de cumplir un deber, añadió el príncipe en el mismo tono, y recibiréis el galardon. ¿Jurais, caballero Mos de Iber, tener y defender este castillo en nombre de S. M. el rey de España, conde de Flandes y señor de los Paises Bajos, D. Felipe II?

—Sí juro, repuso el castellano.

—¿Jurais fidelidad al gobernador general D. Juan de Austria, en tanto que el rey lo mantenga en tan honroso encargo?

—Sí juro, volvió á decir el castellano.

—¿Me haréis el debido homenaje por el castillo de Namur?

—Hago homenaje á V. A. como á representante de S. M. el rey católico.

—Tomad, Mos de Iber, estas llaves, y cumplid como caballero lo que habeis jurado á fuer de tal.

El castellano recibió las llaves de manos del ilustre príncipe, y volviéndose éste á sus caballeros, añadió:

—Señores, á vuestras instancias salí de Bruselas, porque temíais, y á la verdad no sin razon, las traiciones y viles asechanzas de nuestros comunes enemigos, que lo son tambien del bienestar de las provincias. Retirado á Malinas, los traidores siguieron al punto mis huellas, y vosotros mismos me rogasteis, que aprovechando la venida de Margarita de Valois, abandonara tambien á Malinas, en cuyo recinto no tendria nunca seguridad. Vine á Namur, siguiendo siempre vuestros consejos y deseos, y á Namur llegaron los traidores antes que nosotros, caballeros. Cansado de errar fugitivo como un cobarde malhechor, he querido buscar un asilo, y la fortaleza de Namur llenaba todos mis deseos. Hoy he pisado su recinto, y aquí fijo mi residencia, hasta que el estado de los negocios y las instrucciones del rey me permitan restablecer su autoridad. Todos vosotros habeis seguido mis pasos voluntariamente: solo el lazo de la amistad os une á mí: todos sois libres para quedar en este castillo ó marchar adonde bien os plazca. Nadie se crea comprometido; no tema nadie mis reconvenciones ni mi desagrado mucho menos. Quien no quiera despedirse de mí, puede marcharse sin hacerlo, y el gobernador está autorizado para dejarle el paso libre.

—Traidor será, príncipe, y cobarde, quien abandone á V. A., dijo Ariscot resueltamente.

—Traidor y cobarde será, añadió el marqués de Abre.

—Traidor y cobarde será, repitieron cincuenta voces.

—Ruego á V. A., dijo entonces el señor abad de Maroles, que me permita retirar.

Un murmullo de reprobacion acojió las palabras del abad; mas imponiendo D. Juan silencio, dijo:

—Señor limosnero mayor, podeis marcharos cuando os plazca: y dirijiéndose á los demas añadió:

—Hoy es, señores, el primer dia de mi gobierno.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE.

EL HERMITAÑO.

CAPITULO I.

LAS REVISTAS.

A las once de la mañana del dia 19 de Enero de 1578 ocupaba las inmediaciones del pequeño pueblo de la Marka numeroso cuerpo de ejército. Tendido en una gran llanura, apoyaba su cabeza en el pueblo, y su estrema línea en un bosque de algunas millas de estension.

Formaban, en primer lugar, varios regimientos de arcabuceros, armados á la ligera, mandados por Cárlos, conde de Mansfeld: seguian las lanzas, bajo el mando de Cristóbal Mondragon; despues los armados de cota, con su capitan Camilo del Monte; los tercios de arcabuceros de á pié, españoles y alemanes, llevando al frente á Gaspar de Robles, un tercio de walones, mandados por Antonio Olivera; la caballería ligera y los arcabuceros borgoñeses de á caballo, á las órdenes del general de la caballeria Ernesto Mansfeld.

Octavio Gonzaga, maestre de campo general, recorrió la línea dos veces, y fué á colocarse á su cabeza, seguido de algunos caballeros. Momentos despues se presentaron dos guerreros armados de piés á cabeza, con los viseras levantadas y seguidos de numerosa comitiva. Montaba el uno un caballo tordo cordobés, y el otro un fogoso alazan de ocho palmos cumplidos de alzada: marchaban los dos á algunos pasos de la comitiva, llevando siempre la derecha el del caballo tordo, y la izquierda el del alazan. Esta preferencia consistia en que se llama el primero D. Juan de Austria y el segundo Alejandro de Farnecio, nombre ilustre, pero que no igualaba todavia el del gobernador general.

Octavio Gonzaga salió al encuentro de los príncipes, y siguiéndolos algunos pasos de distancia, recorrieron la línea al paso, ecsaminado escrupulosamente el estado de la hueste, y haciendose cargo de los mas pequeños detalles. Pasada esta escrupulosa revista, se desmontaron los dos príncipes, imitándoles la comitiva; tomaron asiento alrededor de una gran mesa de campaña, y llamando por turno á los diferentes capitanes de la hueste, fueron ecsaminado los estados de fuerza con el mayor detenimiento, invirtiendo mas de tres horas en tan prolija operacion.

El resultado manifestó que contaba el lucido ejército diez y ocho mil infantes veteranos y dos mil caballos aguerridos.

Verificada la revista, se retiraron los capitanes á sus puestos, quedando reunidos solamente los dos príncipes y los principales cabos del ejército, para resolver en consejo el partido que debia tomarse: pero antes de ver lo que resuelven trasladémonos á otro lugar.

En el mismo dia y á la misma hora pasaba revista á sus soldados el general de los Estados en las pintorescas inmediaciones del pueblecito de Templeu, poco distante de Namur. Una estensa línea de batalla se prolongaba á lo largo de una pradera, formando los distintos cuerpos en el órden siguiente.

En primer lugar los tercios flamencos, mandados por el baron de Hesse y Manuel de Montigni; en segundo dos tercios de alemanes y walones, tres regimientos franceses y tres escoceses é ingleses, á las órdenes de Macsimiliano Henminil, conde de Bossu, que acababa de apartarse del servicio del rey, y de Federico Perenoto, señor de Campigni. Inmediatamente formaban los dragones de Velleis y Fresnoy, y despues de ellos la caballería pesada, bajo el comando de los condes Felipe de Egmont y Lumey de la Marka y del marqués de Abre.

Esta línea recorrió Goigni, maestre de campo general y superindente del ejército, y procediendo á la revista, encontró que subian sus fuerzas á veinte y cinco mil infantes y dos mil quinientos caballos.

Goigni llamó á todos los cabos á consejo, y hablando el primero, dijo asi:

—Estamos, señores, en lo mas crudo del invierno, y puedo decir, sin embargo, que no hemos abierto la campaña. Muchos meses han trascurrido desde que el príncipe D. Juan tiró el guante á los Estados generales, y en vez de haberlo recojido, instantáneamente escarmentando su arrogancia, hemos perdido un tiempo precioso en inútiles discusiones y en apoderarnos de algunos castillos y plazas. El príncipe, por el contrario, ha esplotado nuestra apatía: y el que en últimos dias de Julio no contaba con quinientos soldados, se encuentra hoy á la cabeza de un ejército tan numeroso como el nuestro. Felipe II ha conocido que, para sostener en Flandes su autoridad, necesita hacer grandes esfuerzos; y como monarca y católico, acudirá con todas sus fuerzas al sostén de la religion que profesa y del poder que se le escapa. Cada dia crecerán por tanto los ejércitos del gobernador, y todos sabeis que nos las habemos con un capitan consumado.

—Conozco al príncipe muy de cerca, dijo entonces el marqués del Abre, y aunque estoy dispuesto á combatirlo, debo hacer justicia á sus brillantes cualidades. Probado en guerras desde jóven, ha sabido unir al valor de los verdes años la prudencia de los maduros, y es tan arrojado en la pelea como prudente en el consejo. No despreciemos el peligro, pues creo con el maestre de campo general, que si nos ataca su hueste tendrémos mucho que sentir.

—El marqués del Abre, dijo entonces Guillermo de Horn, baron de Hesse, ha sido mucho tiempo amigo del gobernador general, y quiere probarnos que le conserva una parte de su aficion.

—Baron de Hesse, dijo el marqués del Abre, he sido amigo del gobernador general, mientras ha observado fielmente la paz de Gante, y sin embargo no he recibido tantos favores como vos, que habeis conspirado contra él desde que puso el pié en Bruselas.

—Marqués del Abre, esclamó el baron levantándose.

—Calma, señores, dijo Bossu: yo he servido á Felipe II, he recibido mercedes suyas y debo favores al gobernador general; pero esto no me impide colocarme en las filas de los Estados, ni me impedirá pelear con todo el valor que tener puede el mas bizarro paladin. Creo, por tanto, que las recriminaciones perjudican, y que debemos reducir la cuestion á estas solas palabras. El ejército de los Estados generales se compone de veinte y cinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, el del príncipe regularmente será inferior, pero mucho mas aguerrido; ¿conviene obligarlo al duro trance de una batalla?

—La pregunta que acabais de hacer, dijo Goigni, iba á dirijir precisamente á esta respetable asamblea; pero ya que me habeis precedido, diré mi opinion sin ambajes. Opino que debemos mover la hueste sin tardanza, y dirijirnos á Gembluos, hasta adquirir mas circunstanciadas noticias del ejército de D. Juan.

Esta opinion fué recibida con marcadas muestras de entusiasmo, y convinieron todos los cabos en mover el campo al dia siguiente.

D. Juan de Austria, el príncipe de Parma y demas principales cabos de S. M. el rey Católico, permanecian fijos en sus puestos, esperando que la voz del austriaco invitara á discutir.

—Señores, dijo el noble príncipe, cuantos habeis estado conmigo desde mi llegada á las provincias sabeis, que siguiendo las órdenes de S. M. D. Felipe II, he procurado calmar los ánimos y cimentar una paz sólida y provechosa para el rey y para los Estados. Despues de largas y repetidas conferencias, aconsejándome con prelados sabios y con patricios virtuosos, admití y firmé el *edicto perpétuo*, cumplido religiosamente por mí con la lealtad de un caballero y la buena fé de un cristiano. Los valientes tercios españoles, aquellos tercios tan temidos de los herejes y los turcos, fueron licenciados al momento; y pagándoles parte de sus sueldos con cien mil florines de mi propio peculio, marcharon á Italia humillados, porque no les concedí la gracia de desfilar á mi presencia. ¿Qué se hicieron aquellos tercios? Han desaparecido, señores: entre esas filas encontraréis algunos restos venerados, pero son restos nada mas. Rodeado de pocos amigos, y con escasa guardia flamenca entré en Bruselas, y fuí recibido por gobernador general. Todos sabeis las asechanzas que me rodearon, los insultos que se dirijieron á mi persona, el veneno que casi tocaron mis labios: llevaba en la cinta una espada y quedó en la vaina, señores, porque un mensajero de paz tiene que medir los latidos de un corazon ardiente y noble. Huí de Bruselas como un cobarde; me siguieron á Malinas y huí tambien; acosado en Namur, dejé la ciudad y me encerré en la fortaleza, teniendo que tomarla por astucia; que presentarme como un osado aventurero, siendo el gobernador de Flandes. El comisionado de los Estados generales, Eduardo de Bonneville, reiteró sus instancias, y pasando despues á las quejas, me dijo: "Que los Estados generales estaban quejosos de mí, que se me acusaba de mantener íntimas relaciones con Enrique de Lorena, duque de Guisa; que el duque y Gaspar de Robles, señor de Vellí reunian soldados á mis espensas en algunas provincias de la Francia; y por último, que me disponia á romper las hostilidades." Deseoso de cumplir fielmente las instrucciones de mi hermano, y no queriendo dejar motivo de justa queja, respondí: "Que no volveria á Bruselas hasta que se refrenase y castigase la insolencia de algunos malévolos, dispuestos á sacar partido de los trastornos del Estado; que no permitiria mantuvieran guardias los señores, pues solo les correspondian de derecho al gobernador general y á los primeros magistrados: que harian los vecinos su guardia sin banderas y sin tambores: que sus oficiales serian nombrados por el magistrado competente, á quien quedarian subordinados como á representante del rey, y que antes de proceder á su nombramiento se daria parte al gobernador general. Que no se permitiera á nadie abrir cartas ajenas, prender de propia autoridad, ni innovar cosa alguna sin anuencia de los magistrados, á quienes podria cada cual advertir lo que le pareciere conveniente al bien público, castigándose al mismo tiempo á los infames calumniadores. Que los oficiales de la guardia no pudiesen, ni por sospechas, ni por manifiesto delito, castigar de propia autoridad, sino que entregasen á cuantas personas prendiesen, al magistrado, para que éste conociera en toda la causa. Que las cofradías juradas y los oficiales llamados Anibachten, jurasen

obediencia á sus superiores y al burgomaestre de la ciudad, que no se entrometiesen en atribuciones de otros, y se redujeran á prestar auxilio á la justicia. Que se publicara por bando, que cuantos hicieran libelos infamatorios ó sembraran falsos rumores, ofendiendo á alguien ó desasosegando la república, serian castigados irremisiblemente. Que para que los fueros y privilejios de los Estados generales no sufrieran el menor detrimento, echasen los diputados de sus juntas á cuantos pérfidos estranjeros tomaban parte en importantes deliberaciones, pues los negocios del país debian arreglarlos amistosamente el rey y los pueblos, sin hacer caso de interesadas influencias. Que me enviaran los nombres de las personas designadas por las provincias, para saber quiénes tenian derecho de reunirse en junta general de diputados.” Este fué mi lenguaje, señores: hasta aquí llegaron las ecsijencias del gobernador general. ¿Qué respondieron los Estados? Sus palabras fueron muy pérfidas, y su conducta muy villana. Recibieron á Grabendonque, mi enviado, con finjidas muestras de amistad, y me contestaron diciendo: “Señor, nos hallamos supeditados por el vecindario de Bruselas, y nada podemos resolver sin su aprobacion y beneplácito: no obstante, procurarémos alcanzar lo que nos pide V. A., y restablecer la buena armonía que reinar debe entre los poderes del Estado.” A estas palabras, que prometian amistoso arreglo, siguieron perfidias que yo no esperaba. Los hermanos, marqués de Abre y duque de Ariscot, me abandonaron furtivamente, seguidos de algunos parciales, que me habian jurado cien y cien veces una eterna fidelidad. A mediados de Agosto se apodera Mos de Noilles, capitan afecto á los Estados, por traicion, de la fortaleza de Amberes; prende á Mos de Theron, su gobernador, lo envia á Bruselas, y abandonando los tudescos la ciudad de Amberes, se retiran á Breda y Bergas en Opzon.

El austriaco se interrumpió, limpió con el dorso de su mano las anchas gotas de sudor que se deslizaban por su frente, y prosiguió:

—El recuerdo de tantas ofensas me lastima profundamente, y me parece inútil referir lo que todos conocen, lo que yo quisiera olvidar. Me veo por fin al frente de un ejército, y mi corazon late desahogado bajo la brillante coraza. He dicho que estoy resentido y la ira aconseja mal en todo caso; resolved vosotros, señores, lo mas conveniente á la magestad de Felipe II, al brillo de la fé católica y al buen gobierno de la Flandes. Os dejo solos: deliberad con arreglo á vuestras conciencias.

El príncipe se levantó, y sin atender á las instancias de los cabos, que estaban resueltos á seguir su opinion en todo, se alejó reposadamente, perdiéndose luego entre las filas de sus aguerridos veteranos.

—Señores, dijo entonces Farnesio, que en ausencia de D. Juan de Austria presidia, la voluntad de mi ilustre tio nos obliga, bien á pesar mio, á pasarnos sin sus consejos y á prescindir de la autoridad que lleva consigo la opinion de capitan tan consumado. Un mes ha trascurrido apenas desde que llegué á estas provincias: confieso paladinamente que desconozco sus costumbres, su organizacion y en mucha parte el estado de los negocios. Por mis venas corre, señores, la sangre de la casa de Austria, y estoy obligado á sostener sus derechos y su esplendor: católico nací y defenderé constantemente la religion de mis mayores. En los flamencos veo rebeldes á Felipe II de España; en los orangistas rebeldes y calvinistas á la vez. Como príncipe de la sangre austriaca y como católico romano, declaro la guerra al príncipe de Orange, á los holandeses y flamencos, que hacen la guerra á las imágenes y desprecian la autoridad de su señor. No sé el número de sus soldados; mas conozco el buen ánimo de los nuestros, la pericia de todos sus cabos y la justicia de la causa. La hueste enemiga está en Templeu, decidida, si son ciertos nuestros informes, á caer en breve sobre Namur y á talar despues las campiñas del Luxemburgo: deber de honor es protejer estas provincias tan leales; y, si es posible en una batalla cambiar el aspecto de las cosas, presentémonos al enemigo, y adjudique Dios la victoria á los mas valientes y mas dignos.

Las palabras del príncipe de Parma fueron recibidas con aplauso: el conde de Mansfeld, Gonzaga, Ernesto Mansfeld y demás jefes emitieron su opinion, conforme en un todo á la de Alejandro Farnesio, y se decidió levantar el campo al dia siguiente y dirijirse al enemigo.

Mientras el consejo tomaba resolucion de tanta monta, el príncipe D. Juan recorria á pié las filas de su ejército, trababa conversacion con algun veterano, conocido en sus anteriores campañas, y elogiaba el porte marcial de algunos soldados bisoños, cuando,

—¿El general? ¿el general? gritaban unos arcabuceros borgoñones de á caballo.

—¿Quién me busca? respondió el príncipe, presentándose.

—Nosotros, observó un alférez, saludando militarmente á S. A.

—¿Qué queréis?

—Hemos cojido unos prisioneros.

—¿En dónde están?

—Aquí los tenemos, señor.

Los arcabuceros borgoñones abrieron las filas, y el príncipe vió á dos alemanes de corta estatura, armados de piés á cabeza, y cabalgando sobre dos tordillos de mediana alzada, pero arrogantes y vigorosos.

—¿De dónde venís? dijo el príncipe dirijiéndose á los prisioneros.

—Del ejército de los Estados, repuso uno de ellos.

—¿Queréis decirme en dónde se encuentra el ejército?

—A dos millas largas de Gemblours.

—¿Piensa atacarme?

—Retrocederá mañana mismo.

—Pues seguidme á mi alojamiento.

Pidió el príncipe su caballo, montó, y acompañado de los prisioneros, partió al galope hácia la Marka. Antes de llegar al pueblecito se le reunieron todos los cabos.

—Alejandro, preguntó el príncipe dirijiéndose á su sobrino, ¿qué habeis decidido?

—La guerra, respondió el príncipe de Parma.

—O, lo que es lo mismo, la victoria, añadió D. Juan con arrogancia.

CAPÍTULO II.

LAS GRACIAS DE UNA MUJER.

Spa es una aldea, á cinco millas de Lieja, que apenas seria conocida sin las dos fuentes minerales que la han dado justo renombre. Lo pintoresco del país, lo agradable del clima, y sobre todo la virtud de sus aguas, atraen á Spa un gran número de estranjeros, deseosos de encontrar la salud, y seguros de hallar distracciones y mas de una intriga amorosa.

En una casita, casi oculta entre un grupo de álamos blancos y rodeada por un pintoresco jardin, habitaba Margarita de Valois, reina de Navarra, atrayéndose la atencion de todos por su linaje y hermosura.

No era Spa el paraje á propósito para habitar un gran palacio, ni la esposa del rey de Navarra, príncipe sin reino, perseguido y jefe de conspiradores la persona mas a propósito para sostener regio boato: la hermana de Enrique III, rey de la corte mas brillante y espléndida del siglo XVI, se contentaba con un corto número de amigos, que atraia su propia belleza y la de sus jóvenes damas; cortesanos y amantes a la vez, que derrochaban sus patrimonios quemando incienso á sus beldades. Vivia sin embargo Margarita en la casa mas linda de Spa merced á la galantería del gobernador de los Países Bajos, que habia dispuesto alojamiento á la hermana de un rey amigo. Ocupaban el piso bajo todos los criados de Margarita, y en el principal habitaba la reina con sus camaristas y damas.

Una antecamara, una camara, una alcoba y un tocador primorosamente alhajados a espensas de D Juan de Austria, componian las habitaciones de la reina, desde cuyas ventanas descubria una risueña perspectiva. Margarita estaba sentada en un gran sillon de damasco, y Laura le arreglaba un poco los cabellos, que habia descompuesto la brisa.

—¿V. M. está muy triste? preguntó la hermosa camarera.

—Me fastidio, Laura, me fastidio, respondió la reina Margarita.

—Este paisaje es hermosísimo.

—¿Y basta gozar con los ojos?

—Me parece....

—Spa está este año insoportable. ¿Qué hay en Spa? Nada digno de llamar la atencion, á no ser que me hagan la honra de considerarme notable.

—V. M. siempre lo es.

—Siempre lo soy, siempre lo soy. La adulacion eso me dice, pero la adulacion me engaña.

—Los encantos de V. M....

—Mis encantos.... ¿Quién te ha dicho que soy hermosa? Una hermosa seduce siempre, y yo....

—Pregunte V. M. si seduce á....

—¡Imbécil! Estoy cansada de su amor, como me canso del vestido que me pongo dos veces, ó del pájaro que me canta siempre lo mismo.

—Tambien tiene V. M. el gran recurso de su talento.

—Mi talento.... Ya estoy cansada de leer. Ahí tienes un Homero roto, un Tito Livio desencuadernado, un Dante cubierto de polvo. Estoy cansada de leer.

—V. M. sabe que el talento sirve para otras muchas cosas.

—¿Para la intriga?

Laura afirmó inclinando un poco la cabeza.

—¿Y con quién intrigaré aquí, Laura?

La reina y su amiga escucharon el veloz galope de un caballo, y momentos despues anunció un paje al caballero Eduardo de Bouneville, señor de Capres.

—Con Eduardo de Bouneville, respondió Laura, contestando á la pregunta de la reina.

El señor de Capres entró, elegantemente vestido de viaje, y ocupó el sitial que le señaló Margarita.

—¿Sois el caballero Eduardo de Bouneville, señor de Capres? preguntó la reina, haciendo uso de su seductora sonrisa.

—Tengo el honor de estar á los piés de V. M., dijo Capres; y sacando de su escarcela un pequeño billete, añadió: ¿Ha escrito V. M. este billete?

Margarita tomó el billete, lo desdobló, echó sobre él una ojeada, y devolviéndolo a Bounville, dijo:

—Reconozco por mio el billete.

—V. M. me ha mandado que venga á los baños de Spa: inmediatamente he obedecido.

—Os doy las gracias, señor de Capres.

A una seña de Margarita salió Laura, y la reina continuó:

—Os he llamado, señor de Capres, porque tengo en vos confianza.

—Deseo merecerla, señora.

—Y ademas, porque me intereso en el logro de vuestra empresa.

Bouneville no sabia cómo interpretar el interés de Margarita, ni mucho menos de qué empresa hablaba la reina de Navarra.

—Señora.... tartamudeó.

—Es inútil que disimuleis. ¿A qué fuísteis á Namur?

—A rogar al príncipe D. Juan que se dignara volver á Bruselas, repuso Capres, receloso de tal pregunta.

—¿Y qué pensaban los Estados hacer del príncipe, si condescendia á vuestros ruegos?

—No lo sé, señora....

—Pues yo sí. Caballero Eduardo de Bouneville, cuando el príncipe D. Juan de Austria se apoderó cautelosamente de la ciudadela de Namur, armasteis al pueblo contra sus criados y su guardia, y lo hubieran pasado mal sin la intervencion del

duque de Ariscot y de los hijos del gobernador de la provincia.

—Señora....

—Tambien sé que reuniais un gran número de soldados, que entraban á la desbandada, para apoderaros en tiempo oportuno del gobernador general y de todos los estranjeros.

—Señora....

—Eduardo de Bouneville, dijo Margarita levantándose, conozco á fondo vuestros planes; ¿queréis que hagamos alianza?

—No sé, señora, lo que debo entender por esa palabra, ni á qué puedo comprometerme.

—Me esplicaré; perded cuidado, dijo Margarita sentándose no muy lejos de Bouneville.

—Espero, señora.

—Hace tiempo que los Estados generales, ó mejor dicho, que los señores mas nobles y mas poderosos de los Paises Bajos ven con ceño la dominacion estranjera. Guillermo, príncipe de Orange, á fuerza de maña y audacia ha sabido formarse un estado en Holanda y Zelanda, y otros desean tambien seguir sus huellas. Felipe II, rey de España, tiene el derecho de dar á Flandes un gobernador general, y éste nombra gobernadores de provincia, magistrados y consejeros. Aunque estos cargos generalmente recaen en personas del país, y todo noble algo distinguido ejerce uno ó mas de estos cargos, cobran pensiones y son gravosos á la corona de Castilla, no se creen bien recompensados, ó miran la mano que lo dá y olvidan el dón que reciben. Que el gobernador se llame Toledo, Luis Requesens ó D. Juan de Austria es indiferente; á todos odian, y siempre el último es el peor. Separa Felipe II al duque de Alba por inflecsible; entró Requesens por suave, y los negocios continuaron del mismo modo que estaban antes; sin mas diferencia, que el duque se hizo respetar por la fuerza y que nada logró Requesens con su política blandura. Hubo un interregno: los partidos procuraron sacar ventajas y Orange reparó las brechas que hiciera la espada de Alba en el edificio de su poder. Felipe II envió á Flandes la persona mas autorizada que pudo encontrar en su corte. Hijo natural de Cárlos V, capitan ilustre, buen soldado, jóven, galan, discreto, prudente, ¿qué cosa mejor podian esperar los Paises Bajos españoles? Sin embargo, fué recibido con un insolente desden. No pudiendo pasar de Lucsemburgo por el estado del país, firma la paz en Famino y entra en Bruselas con un corto número de amigos. Acosado por sus enemigos huye á Malinas, y con el pretesto de recibirme se adelanta á Namur: ya veis que conozco medianamente la posicion de los partidos.

—Veo, señora, repuso admirado Bouneville, que hablais como pudiera hacerlo el príncipe D. Juan de Austria

—Cuando necesito hablar de una materia la estudio detenidamente. Ya veis que estoy bien enterada, y dos meses hace no pensaba siquiera en el estado de la Flandes.

—¿Qué queréis, señora?

—Ya he dicho que os propongo una íntima alianza.

—¿Con el austriaco?

—¿De qué lo inferís?

—De los términos en que se ha espresado V. M. hablando de D. Juan de Austria.

—Se puede hablar bien de un enemigo delante de ciertas personas.

—¿Y V. M. cree?....

—Que no haréis caso de mis alabanzas, atendiendo vuestro interés.

—¿Pero esa alianza?....

—Debemos hacerla los dos aquí, y despues los Estados generales del Brabante con mi hermano, el duque de Alenzon.

—¡Señora!....dijo Bouneville admirado de aquella propuesta.

—¿Qué encontrais de estraño, Bouneville?

—No sé de qué modo pueda realizarse esa alianza.

—De uno muy sencillo.

—Si V. M. lo esplica....

—Escuchad. La guerra entre los Estados generales y Felipe II, representado por su hermano D. Juan de Austria, es segura: las provincias necesitan tener un jefe, y este jefe puede serlo el duque de Alenzon.

—¡Jamas! señora, dijo Bouneville levantándose, sin ira ni asombro.

La reina le miró fijamente, le indicó el sitial inmediato al que estaba ocupando ella misma, y así que Capres tomó asiento, le dijo con afectuoso tono y bañándolo en una de aquellas miradas llenas de irrcsistible magnetismo.

—¿Queréis esplicarme ese jamas?

—Es muy sencillo, dijo Bouneville resistiéndose al poder que le subyugaba. Si los Estados generales sacuden el yugo de Felipe II de España, no será para ponerse en manos de ningun príncipe estranjero.

—¿Es ese el motivo?

—Sí, señora.

—Me habeis comprendido muy mal. Si yo pretendiera someter los Paises Bajos españoles á la dominacion de un príncipe estranjero, en vez de nombrar á mi hermano Francisco, duque de Alenzon, hubiera propuesto á mi hermano Enrique, rey de Francia.

—No os comprendo, señora.

—Sois muy torpe, y perdonadme esta franqueza. Si los Estados generales elijen por jefe á mi hermano el duque de Alenzon, vivirá en Bruselas, se hará flamenco, y no teniendo que cuidar de otros Estados, gobernará él mismo, ayudado de caballeros como vos. Ya veis que el duque dejará de ser estranjero. Pero dejando esta cuestion, verdaderamente pueril, respondedme: ¿con qué aucsilios cuentan los Estados para hacer la guerra á Felipe II, el mas poderoso monarca del Orbe?

—Cuentan, señora, con el espíritu de independencia que se manifiesta en las provincias, con la amistad de la Inglaterra, del duque Casimiro y de otros príncipes ilustres por sus hechos y por su estirpe.

Esta respuesta desconcertó un tanto á Margarita; pero no era la reina de Navarra mujer para ceder al primer obstáculo. Se acercó mas á Bouneville, puso su diestra, como por acaso, sobre la diestra del caballero, lo bañó en otra mirada magnética y dijo:

—Confieso, Bouneville, que me sorprendió vuestra respuesta; pero ecsaminándola bien, veo que no destruye mis razones. La buena amistad de la Francia y sus poderosos aucsilios no perjudicarán en nada á los Estados generales; y como quiera que necesiten un general para sus ejércitos, no lo encontrarán despreciable en mi hermano el duque de Alenzon.

—Tenemos al príncipe de Orange.

—Injenioso estais, Bouneville, repuso Margarita estrechando la diestra del señor de Capres, que temblaba á aquella dulcísima presion; pero al contradecir mis razones, sin duda por hacer alarde de injenio, no considerais los inconvenientes que se oponen á la realizacion de vuestras brillantes ideas. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, será un magnífico general para los soldados calvinistas; pero no sé si lo admitirán los católicos.

La observacion de Margarita era muy ecsacta, y Bouneville se quedó confuso á su vez: la reina creyó el momento favorable, é inclinándose hácia Bouneville, hasta punto que sus largos rizos caian sobre el pecho del caballero, prosiguió:

—Francisco de Valois es jóven, valiente, bizarro, y tan tolerante en sus opiniones religiosas, que ni calvinistas ni católicos tendrán motivo de alarmarse, no teniendo nada que temer. En tiempo de guerra le seguirán muchos caballeros franceses; en tiempo de paz estará solo entre sus amigos los flamencos. Pesad, Bouneville, estas ventajas, y si el interés personal puede algo en un caballero como vos, pensad que al lado de mi hermano seréis el dueño de la Flandes.

—Señora....murmuró Bouneville.

Margarita se levantó, lanzó una mirada mas cariñosa al caballero, y tomando el tono de mando que generalmente subyugaba á cuantos encantaban sus ojos, dijo:

—Caballero de Bouneville, el príncipe D. Juan de Austria está seguro en la ciudadela de Namur, y los soldados que allí teneis para nada sirven. Señor de Capres, montad ahora mismo á caballo, corred á Namur, mandad á vuestras gentes que se dirijan á Bruselas, id á ella vos mismo, y haced que el duque de Alenzon sea nombrado jefe de los ejércitos flamencos.

Bouneville se levantó por un movimiento maquinal y dijo:

—Haré cuanto mandais, señora; pero sabed que mas que á las razones de S. M. la reina de Navarra, me rindo á las gracias de Margarita.

—Y sabed, repuso la reina acabando de hechizar á Capres con una mirada de amor, que Margarita de Valois, en Spa, en el Louvre, ó en cualquiera parte que se encuentre, recompensará á quien la sirva con su mas íntima amistad, si se anuncia bajo el grato nombre de Bouneville.

—Gracias, señora, murmuró Bouneville arrodillándose é imprimiendo sus ardientes labios en la mano de Margarita.

—A Namur, Bouneville, á Namur, y procurad ganar el premio.

Bouneville saludó á la reina, y á pocos momentos oyó Margarita el galope de su caballo.

—Orgulloso D. Juan de Austria, dijo la reina, ya nos encontramos frente á frente. Empeño la lid, ahora verémos si vencen tu espada ó mis ojos.

CAPITULO III.

EL AMOR DE UN NIÑO.

La posicion de los numerosos personajes que tienen lugar en nuestra historia, nos hará viajar con frecuencia, debiendo trasladarnos ahora á la capital del Brabante. Hemos dado tantos pormenores sobre Bruselas, que podemos marchar por ella sin un asomo de embarazo, llegar al palacio de Guillermo de Horn, subir la escalera, atravesar el gran salon, que ya conocemos por haber asistido á una reunion de conjurados, abrir la puerta que dió paso á Octavio Gonzaga, y penetrar en un elegante gabinete.

Estaban cubiertas sus paredes con una riquísima tapicería, que representaba la peregrinacion de Ulises; cubria el pavimento una alfombra turca, y eran las cortinas de damasco color de grana. Varios almohadones de estrado de terciopelo carmesí, con borlas y franjas de oro, estaban al pié de los sitiales de brocado del mismo color; cuadros de flores, largos y estrechos, un espejo de acero, un velador de palisandro, sobre el cual se hallaba un ginete de bronce; un escritorio de nogal, incrustado de marfil, carey, ébano y bronce, y un bufete, con sobremesa de damasco, formaban su rico mueblaje.

Sobre uno de los almohadones estaba sentada Enriqueta, profundamente pensativa, y no sin causa á la verdad. El último dia que vió á Gonzaga fué en el convento de San Alejo, y las últimas palabras que le oyó decir, fueron un reto á Felipe de Marnis, porque habia osado mancillar la reputacion de la abadesa. Entre el reto y la salida de Gonzaga apenas mediaron dos segundos y estas palabras: "Nos batirémos," dijo Felipe. "Avisad cuando á bien lo tengais," repuso secamente Octavio. ¿La conducta del caballero probaba solo su hidalguía, ó era efecto de amor? Enriqueta no podia menos de fluctuar, y esta duda era un horroroso tormento.

A corta distancia de la hermana del baron de Hesse, estaba un niño de diez y seis años á lo mas, hermoso como los amores, y con una mirada tan fiera, que imponia respeto á pesar de sus pocos años. El niño miraba fijamente á la dama que seguia en su melancólico silencio.

—Melancólica estais, señora, dijo el niño con un aplomo muy poco comun en su edad.

—Estoy triste, caballero Enrique.

—Es estraño siendo tan hermosa.

—Lisonjero estais, dijo Enriqueta, esforzándose á sonreir.

—No por cierto, sois la mas hermosa mujer que he conocido.

—¿Y habeis visto muchas?

—No pocas.

—Pareceis tan jóven....

—Sin embargo, sé apreciar en su justo valor el mérito de una mujer.

—¿Es posible?

—Es cosa probada; y si teneis alguna duda, os convenceré en el momento.

—¿De qué modo?

—Diciendo que os estimo en lo mucho que mereceis.

—Cuánto tarda mi hermano Guillermo, dijo Enriqueta queriendo mudar la conversacion.

—Es tan dulce esperar, señora, al lado de su hermosa hermana....

—¿Habeis viajado mucho?

—Muy poco.

—¿Cuánto tiempo hace que llegasteis á Bruselas?

—Ocho dias.

—¿Habeis estado antes?

—Otra vez.

—No recuerdo haberos visto nunca.

—Pues yo sí recuerdo haberos visto.

—¿En dónde?

—En la iglesia, en el paseo, y particularmente en un baile.

—¿En un baile?

—Sí, en el que dió el ayuntamiento al gobernador general la noche del 18 de Mayo.

—¿Estabais en él?

—Llegué, señora, de los primeros, y de los prímeros salí.

—Pues no recuerdo haberos visto.

—No repararíais quizás en mí. Duró muy poco la funcion y estuvsíteis tan ocupada....

—Tan ocupada?

—Sí, por Dios. Larga plática mantuvísteis con un caballero italiano.

Enriqueta ahogó un triste suspiro, y preguntó con vivacidad:

—¿Cómo os llamais?

—Enrique.

—¿Enrique de qué?

—No llevo apellido.

—¿Sois bastardo?

—No, Enriqueta de Horn, pero soy un aventurero.

—Un aventurero no debe....

—Estar al lado de una mujer como vos. ¿No es eso lo que ibais á decir, eñora?

—Hubiera usado otras palabras.

—Pero el pensamiento hubiera sido siempre el mismo.

—Quizás sí.

—Voy á responderos. El baron de Hesse vuestro hermano, alto y poderoso caballero entre los mas nobles del Brabante, me dió una cita en su palacio, acudí á ella, no estaba el baron, y vos, señora, me habeis recibido en su nombre y por su encargo, segun creo: vuestro hermano es quien me presenta, y cuando lo hace sabrá quién soy ó por lo menos lo que valgo.

—Disimulad, dijo Enriqueta, humillada por las razones, y mas por la firme mirada del niño.

—Nada tengo que disimular, está espuesto el aventurero á esta especie de humillaciones, y yo las sufriria mayores por tener el gusto de hablaros.

—Caballero....

—Escuchad, señora: un solo móvil he tenido para buscar afanosamente la amistad de vuestro noble hermano, y ese solo móvil sois vos. Desde la primera vez que os ví, sentí inflamarse mi corazon de diez y seis años: toda mi sangre se agolpó á él, y temí, señora, que estallara. ¡Cuánto he sufrido en pocos meses! Lejos de vos, os veia en mis sueños, hermosa, radiante; una creacion muy superior á las criaturas, un ángel mas bello que los ángeles. Al despertar sentia, señora, una confusion, una pena, que no me es posible esplicar, y ansiaba volver á mi ensueño, para de nuevo contemplaros.

—Caballero....

—Dejadme, señora, referir las ilusiones que me estasiaban, las realidades que eran mi continuo tormento.

—¿Para qué queréis continuar? dijo Enriqueta conmovida por el sonido de aquella voz y por el fuego que despedian los ojos del aventurero.

—Porque el silencio es una losa sobre el corazon de un amante, repuso Enrique con melancólica solemnidad.

—Es preciso, dijo Enriqueta, que renuncieis á esas quiméricas ilusiones.

—¿Despreciais al aventurero?

—No os desprecio, y voy á probároslo, dándoos una muestra de confianza.

—Hablad, señora.

—¿Qué edad teneis?

—He dicho que diez y seis años.

—Y yo, repuso Enriqueta violentándose, como toda mujer que va á hacer una confesion poco favorable, he cumplido ya los veinte y cinco.

—Lo sabia, señora, lo sabia.

—Una mujer que os lleva nueve años no puede jamás corresponderos.

—El amor iguala las edades y disminuye las distancias. Os adoro con frenesí, y nada me impidirá que os ame.

—Sois muy jóven para mentir, y doy crédito á vuestras palabras; pero haced caso de mi esperiencia. El amor de los primeros años es ardiente, puro, entusiasta, pero se evapora como el humo sin dejar señal en pos de sí. Ahogad ese amor que apenas brota, y tomad en pago mi amistad.

—¿No teneis nada mas que decirme?

—Nada mas.

—Me ofrecisteis franqueza, y no habeis cumplido vuestra palabra.

—Os he dicho....

—No me habeis dicho que me despreciais por amor de Octavio Gonzaga.

Una mortal palidez cubrió el hermoso rostro de

Enriqueta, se movieron varias veces sus labios como para proferir alguna escusa, pero no encontraba palabras y guardó profundo silencio. El amor de Octavio era un secreto que muchas veces guardaba Enriqueta de sí misma: un secreto que la estremecia muchas veces, y este amor, jamás confiado, lo sabia Enrique, y hablaba de él sin vacilar y sin embozo. ¿Quién era aquel niño tan osado, tan entusiasta y tan tranquilo? Momentos antes lo habia dicho: un enamorado aventurero.

—Turbada pareceis, señora, dijo Enrique con lentitud, y como queriendo dominar una emocion viva y profunda, con lo que acabo de deciros. Me parece que Octavio Gonzaga es un cumplido caballero, y que podeis confesar sin rebozo este amor.

—¡Muy cruel sois para tan tiernos años!

—¡Los celos siempre son crueles!

Enrique pronunció estas palabras con una visible emocion.

—Os he ofrecido mi amistad, dijo Enriqueta.

—El que ama, señora, puede odiar, mas nunca podrá ser amigo.

—¿Desechais mi amistad?

—Veamos lo que me ofreceis con esa palabra.

—Todo lo que puede dar una mujer que ama á otro hombre, como habeis dicho.

—Necesito mas esplicaciones.

—Os daré cuantas querais, Enrique.

—Ya escucho.

—Tengo nueve años mas que vos, os aconsejaré como una madre.

—Sagrado ministerio queréis; pero una madre es una madre, y me habeis ofrecido una amiga.

—Os querré como quiere una hermana á su hermano; tomaré parte en vuestros placeres, y consolaré vuestras penas.

—Tampoco es eso lo que me ofrecisteis, señora.

—¿Os parece poco?

—No sé si es poco; pero tengo la persuasion de que no es todo lo que indica la palabra amistad.

—Mirad, Enrique: recibiré vuestras confianzas, y no habrá entre los dos secretos.

—¿Qué habeis dicho?

—Que no habrá entre los dos secretos.

—Reflecsionad bien esa frase.

—La he reflecsionado.

—Bien, señora, admito la oferta, pero quiero obrar con lealtad. Mi pasado me pertenece y no diré de él ni una palabra, haced lo mismo con el vuestro; pero de hoy en adelante se confundirán nuestros pensamientos, como se confunden las olas al encontrarse en alta mar.

—Se confundirán, amigo mio.

—Nada obrarémos estando juntos sin darnos minuciosa cuenta.

—Nada obrarémos.

—¿Lo jurais, señora?

—Lo juro.

—Jurémos por la gloria de nuestras madres.

—Jurémos, pues.

—Ahora decidme qué ecsijís como recompensa de vuestra amistad.

—Una sola cosa.

—Decidla.

—Temo pronunciarla.

—¿No somos amigos, Enriqueta?

—Pero....

—Si me obligais á adivinarla, no cumplís vuestro juramento.

—Prometedme, Enrique, no revelar á nadie mi amor á Gonzaga.

—¿Lo amais mucho?

—Mucho lo amo.

—Como yo....

—¿Qué decís?

—Que prometo no decir á nadie vuestro amor.

—¡Cuán bueno sois, Enrique!

—Sí, muy bueno, pero....

—¿Qué?

—Me persiguen algunos recuerdos, y ya os he dicho que me pertenece mi pasado.

—Guardadlo, Enrique. Sois un niño con un corazon de diamante.

—Soy un niño con un corazon de diamante; esto es magnífico: y un niño con un corazon de diamante, podrá ser un héroe, ¿es verdad?

—Sí, Enrique.

—Gracias, Enriqueta. Quiero ser un héroe, y lo seré.

Al pronunciar estas palabras tuvo que enjugarse una lágrima que bañaba el terso cristal de su pupila: el baron de Hesse se presentó.

CAPÍTULO IV.

GUILLERMO DE HORN.

La entrada del baron de Hesse no desconcertó en lo mas mínimo al aventurero, pero el rostro de la hermosa Enriqueta se tiñó de un vivo carmin. Nada tenia que temer sin embargo; Enrique habia empeñado su palabra, y aunque niño, era muy capaz de cumplirla. Guillermo se manifestó muy satisfecho de encontrar al jóven Enrique; saludó á su hermana con una sonrisa y una inclinacion de cabeza; dirijió afectuosísimas palabras al niño, y le invitó á que pasara á su habitacion particular. Al despedirse el aventurero dirijió una mirada de intelijencia á su bella amiga, y siguió al baron con reposado continente.

La antecámara de Guillermo de Horn era una completa armería, siguiendo la moda de la época, y la cámara no ofrecia nada de notable. Sillas de Moscovia de damasco verde, mesas de nogal incrustadas, tapices de Persia, alfombras turcas, cortinas de terciopelo carmesí con franjas de oro, una escribanía de marfil y ébano, algunos pergaminos, pocos libros, lujo en los menores detalles, pero ningun particular objeto que pudiera llamar la atencion.

Enrique lanzó una mirada en derredor y ocupó con franqueza la silla que el baron de Hesse le presentaba. Guillermo se sentó á su lado, y acariciándose la barba, como quien siente terrible embarazo al empezar una conversacion, dijo:

—Es estraño siendo tan hermosa.

—Lisonjero estais, dijo Enriqueta, esforzándose á sonreir.

—No por cierto, sois la mas hermosa mujer que he conocido.

—¿Y habeis visto muchas?

—No pocas.

—Pareceis tan jóven....

—Sin embargo, sé apreciar en su justo valor el mérito de una mujer.

—¿Es posible?

—Es cosa probada; y si teneis alguna duda, os convenceré en el momento.

—¿De qué modo?

—Diciendo que os estimo en lo mucho que mereceis.

—Cuánto tarda mi hermano Guillermo, dijo Enriqueta queriendo mudar la conversacion.

—Es tan dulce esperar, señora, al lado de su hermosa hermana....

—¿Habeis viajado mucho?

—Muy poco.

—¿Cuánto tiempo hace que llegasteis á Bruselas?

—Ocho dias.

—¿Habeis estado antes?

—Otra vez.

—No recuerdo haberos visto nunca.

—Pues yo sí recuerdo haberos visto.

—¿En dónde?

—En la iglesia, en el paseo, y particularmente en un baile.

—¿En un baile?

—Sí, en el que dió el ayuntamiento al gobernador general la noche del 18 de Mayo.

—¿Estabais en él?

—Llegué, señora, de los primeros, y de los prímeros salí.

—Pues no recuerdo haberos visto.

—No repararíais quizás en mí. Duró muy poco la funcion y estuvsíteis tan ocupada....

—Tan ocupada?

—Sí, por Dios. Larga plática mantuvísteis con un caballero italiano.

Enriqueta ahogó un triste suspiro, y preguntó con vivacidad:

—¿Cómo os llamais?

—Enrique.

—¿Enrique de qué?

—No llevo apellido.

—¿Sois bastardo?

—No, Enriqueta de Horn, pero soy un aventurero.

—Un aventurero no debe....

—Estar al lado de una mujer como vos. ¿No es eso lo que ibais á decir, eñora?

—Hubiera usado otras palabras.

—Pero el pensamiento hubiera sido siempre el mismo.

—Quizás sí.

—Voy á responderos. El baron de Hesse vuestro hermano, alto y poderoso caballero entre los mas nobles del Brabante, me dió una cita en su palacio, acudí á ella, no estaba el baron, y vos, señora, me habeis recibido en su nombre y por su encargo, segun creo: vuestro hermano es quien me presenta, y cuando lo hace sabrá quién soy ó por lo menos lo que valgo.

—Disimulad, dijo Enriqueta, humillada por las razones, y mas por la firme mirada del niño.

—Nada tengo que disimular, está espuesto el aventurero á esta especie de humillaciones, y yo las sufriria mayores por tener el gusto de hablaros.

—Caballero....

—Escuchad, señora: un solo móvil he tenido para buscar afanosamente la amistad de vuestro noble hermano, y ese solo móvil sois vos. Desde la primera vez que os ví, sentí inflamarse mi corazon de diez y seis años: toda mi sangre se agolpó á él, y temí, señora, que estallara. ¡Cuánto he sufrido en pocos meses! Lejos de vos, os veia en mis sueños, hermosa, radiante; una creacion muy superior á las criaturas, un ángel mas bello que los ángeles. Al despertar sentia, señora, una confusion, una pena, que no me es posible esplicar, y ansiaba volver á mi ensueño, para de nuevo contemplaros.

—Caballero....

—Dejadme, señora, referir las ilusiones que me estasiaban, las realidades que eran mi continuo tormento.

—¿Para qué queréis continuar? dijo Enriqueta conmovida por el sonido de aquella voz y por el fuego que despedian los ojos del aventurero.

—Porque el silencio es una losa sobre el corazon de un amante, repuso Enrique con melancólica solemnidad.

—Es preciso, dijo Enriqueta, que renuncieis á esas quiméricas ilusiones.

—¿Despreciais al aventurero?

—No os desprecio, y voy á probároslo, dándoos una muestra de confianza.

—Hablad, señora.

—¿Qué edad teneis?

—He dicho que diez y seis años.

—Y yo, repuso Enriqueta violentándose, como toda mujer que va á hacer una confesion poco favorable, he cumplido ya los veinte y cinco.

—Lo sabia, señora, lo sabia.

—Una mujer que os lleva nueve años no puede jamás corresponderos.

—El amor iguala las edades y disminuye las distancias. Os adoro con frenesí, y nada me impidirá que os ame.

—Sois muy jóven para mentir, y doy crédito á vuestras palabras; pero haced caso de mi esperiencia. El amor de los primeros años es ardiente, puro, entusiasta, pero se evapora como el humo sin dejar señal en pos de sí. Ahogad ese amor que apenas brota, y tomad en pago mi amistad.

—¿No teneis nada mas que decirme?

—Nada mas.

—Me ofrecisteis franqueza, y no habeis cumplido vuestra palabra.

—Os he dicho....

—No me habeis dicho que me despreciais por amor de Octavio Gonzaga.

Una mortal palidez cubrió el hermoso rostro de

Enriqueta, se movieron varias veces sus labios como para proferir alguna escusa, pero no encontraba palabras y guardó profundo silencio. El amor de Octavio era un secreto que muchas veces guardaba Enriqueta de sí misma: un secreto que la estremecia muchas veces, y este amor, jamás confiado, lo sabia Enrique, y hablaba de él sin vacilar y sin embozo. ¿Quién era aquel niño tan osado, tan entusiasta y tan tranquilo? Momentos antes lo habia dicho: un enamorado aventurero.

—Turbada pareceis, señora, dijo Enrique con lentitud, y como queriendo dominar una emocion viva y profunda, con lo que acabo de deciros. Me parece que Octavio Gonzaga es un cumplido caballero, y que podeis confesar sin rebozo este amor.

—¡Muy cruel sois para tan tiernos años!

—¡Los celos siempre son crueles!

Enrique pronunció estas palabras con una visible emocion.

—Os he ofrecido mi amistad, dijo Enriqueta.

—El que ama, señora, puede odiar, mas nunca podrá ser amigo.

—¿Desechais mi amistad?

—Veamos lo que me ofreceis con esa palabra.

—Todo lo que puede dar una mujer que ama á otro hombre, como habeis dicho.

—Necesito mas esplicaciones.

—Os daré cuantas querais, Enrique.

—Ya escucho.

—Tengo nueve años mas que vos, os aconsejaré como una madre.

—Sagrado ministerio queréis; pero una madre es una madre, y me habeis ofrecido una amiga.

—Os querré como quiere una hermana á su hermano; tomaré parte en vuestros placeres, y consolaré vuestras penas.

—Tampoco es eso lo que me ofrecisteis, señora.

—¿Os parece poco?

—No sé si es poco; pero tengo la persuasion de que no es todo lo que indica la palabra amistad.

—Mirad, Enrique: recibiré vuestras confianzas, y no habrá entre los dos secretos.

—¿Qué habeis dicho?

—Que no habrá entre los dos secretos.

—Reflecsionad bien esa frase.

—La he reflecsionado.

—Bien, señora, admito la oferta, pero quiero obrar con lealtad. Mi pasado me pertenece y no diré de él ni una palabra, haced lo mismo con el vuestro; pero de hoy en adelante se confundirán nuestros pensamientos, como se confunden las olas al encontrarse en alta mar.

—Se confundirán, amigo mio.

—Nada obrarémos estando juntos sin darnos minuciosa cuenta.

—Nada obrarémos.

—¿Lo jurais, señora?

—Lo juro.

—Jurémos por la gloria de nuestras madres.

—Jurémos, pues.

—Ahora decidme qué ecsijís como recompensa de vuestra amistad.

—Una sola cosa.

—Decidla.

—Temo pronunciarla.

—¿No somos amigos, Enriqueta?

—Pero....

—Si me obligais á adivinarla, no cumplís vuestro juramento.

—Prometedme, Enrique, no revelar á nadie mi amor á Gonzaga.

—¿Lo amais mucho?

—Mucho lo amo.

—Como yo....

—¿Qué decís?

—Que prometo no decir á nadie vuestro amor.

—¡Cuán bueno sois, Enrique!

—Sí, muy bueno, pero....

—¿Qué?

—Me persiguen algunos recuerdos, y ya os he dicho que me pertenece mi pasado.

—Guardadlo, Enrique. Sois un niño con un corazon de diamante.

—Soy un niño con un corazon de diamante; esto es magnífico: y un niño con un corazon de diamante, podrá ser un héroe, ¿es verdad?

—Sí, Enrique.

—Gracias, Enriqueta. Quiero ser un héroe, y lo seré.

Al pronunciar estas palabras tuvo que enjugarse una lágrima que bañaba el terso cristal de su pupila: el baron de Hesse se presentó.

CAPÍTULO IV.

GUILLERMO DE HORN.

La entrada del baron de Hesse no desconcertó en lo mas mínimo al aventurero, pero el rostro de la hermosa Enriqueta se tiñó de un vivo carmin. Nada tenia que temer sin embargo; Enrique habia empeñado su palabra, y aunque niño, era muy capaz de cumplirla. Guillermo se manifestó muy satisfecho de encontrar al jóven Enrique; saludó á su hermana con una sonrisa y una inclinacion de cabeza; dirijió afectuosísimas palabras al niño, y le invitó á que pasara á su habitacion particular. Al despedirse el aventurero dirijió una mirada de intelijencia á su bella amiga, y siguió al baron con reposado continente.

La antecámara de Guillermo de Horn era una completa armería, siguiendo la moda de la época, y la cámara no ofrecia nada de notable. Sillas de Moscovia de damasco verde, mesas de nogal incrustadas, tapices de Persia, alfombras turcas, cortinas de terciopelo carmesí con franjas de oro, una escribanía de marfil y ébano, algunos pergaminos, pocos libros, lujo en los menores detalles, pero ningun particular objeto que pudiera llamar la atencion.

Enrique lanzó una mirada en derredor y ocupó con franqueza la silla que el baron de Hesse le presentaba. Guillermo se sentó á su lado, y acariciándose la barba, como quien siente terrible embarazo al empezar una conversacion, dijo:

—Nuestras relaciones, caballero, son bien singulares.

—Sí, por Dios.

—Y yo he tomado una responsabilidad inmensa.

—¿Queréis decírmela?

—Os he presentado como un hombre vivísimamente interesado en el triunfo de nuestra causa, y como vuestro nombre es un misterio, vuestra procedencia un arcano, y vuestros intentos no presentan mas garantía que una palabra, si trajerais dañada intencion....

—Antes de seguir, escuchadme. Hoy hace ocho dias precisamente que llegué á este palacio, pregunté por Guillermo de Horn, dije que necesitaba hablarle en secreto, y despues de hacerme esperar un cuarto de hora muy cumplido, me condujeron á esta cámara. ¿Recordais, baron, mi saludo?

—Perfectamente lo recuerdo.

—¿Cómo dije?

—"Baron de Hesse, vislumbro una guerra inmediata entre los Estados generales y el rey de España Felipe II, mi ánimo es marcial y quiero tomar parte en ella." ¿Qué me respondísteis?

—Os pregunté cómo os llamabais.

—Os dije que Enrique.

—Insistí sobre vuestro nombre de familia.

—Entonces callé. "Será un bastardo," murmurasteis, no tan bajo que no llegara á mis oidos.

—Y me respondisteis con altivez: "tengo un padre tan conocido como el vuestro"

—"Jóven sois, me dijisteis entonces, pero me agrada vuestro porte, y os haré alférez en una de mis compañías." ¿Qué os respondí?

—Desechasteis mi proposicion.

—"Baron de Hesse, os dije: soy muy jóven y no tengo empeño en vestir pronto la coraza ni blandir el cortante acero; no es ese el puesto que reclamo." "Admirado me contemplasteis, y yo añadí solemnemente:" "Quiero ser el alma de esta guerra." Vuestra admiracion creció de punto: me contemplasteis nuevamente y.... ¿Qué me preguntasteis?

—Os pregunté: ¿De qué manera pensais ser el alma de una guerra que mirais prócsima?

—Conociendo á fondo vuestros planes, previniendo los del enemigo, y dándoos saludables consejos, respondí.

—¿Qué garantías de fidelidad presentais? repuse.

—Armaré mil hombres á mi costa, y los mantendré á mis espensas, durante toda la campaña, fué mi respuesta. Esta respuesta os dejó suspenso; mas, prudente y desconfiado, añadísteis:" Haceis una magnífica oferta, pero no es mas que una palabra." "Seguidme," contesté friamente. Una sola vez me disteis crédito, y con fé ó curiosidad seguisteis mis pasos. En dos respetables casas de comercio hallasteis á mi disposicion doscientos mil florines; suma inmensa, que pocos príncipes podrian aprontar, baron de Hesse. De casa de los comerciantes fuimos á la fábrica de armas de maesse Cornelio Estraten, y allí supisteis que podia disponer de sus armas.

—Es ecsacto cuanto habeis dicho.

—Con tan seguras garantías no creisteis comprometer en nada vuestra persona; y he sido para vuestros amigos un sér misterioso, con deseo de prestarles grandes servicios, y con la posibilidad de realizarlos.

—Si reflecsionais, conoceréis que una persona interesada en saber á fondo nuestras intenciones, para contrariarlas, podria valerse de un medio análogo al que habeis usado conmigo.

—Si abrigais tamaña sospecha, repuso Enrique levantándose, dad por terminadas desde ahora nuestras relaciones, y permitid que me retire.

—Detenos.

—¿Qué ecsijis de mí, señor baron?

—No veo causa para que acaben tan bruscamente nuestras íntimas relaciones.

—Pues entonces hemos perdido el tiempo en una pueril discusion.

—Sin embargo, no seria pueril si consiguiera....

—¿Qué?

—Saber vuestro apellido.

—Os he dicho que es mi secreto, repuso Enrique con frialdad.

—Vuestra patria al menos.

—Mi patria es Bruselas, á lo menos en este instante.

—¿Nada mas queréis decirme?

—Nada.

—Conciso estais, amigo mio.

—Pero en cambio os preguntaré.

—Ya escucho.

—¿Qué noticias teneis de Namur.

—Ya sabeis las proposiciones que nos hizo D. Juan.

—Las sé.

—Tambien sabeis nuestra respuesta.

—Respuesta cauta ó cautelosa.

—¿No la aprobais?

—No la desapruebo.

—Eso indica....

—Qué me reservo mi opinion. ¿Qué nuevas noticias hay de Namur?

—Acaban de llegar Mos de Theron, el capitan Roberto y el caballero de Bouneville.

—¿Por qué se han venido?

—Porque posesionado el austriaco de una ciudadela bien fortificada y medianamente guarnecida, era inútil su permanencia en la ciudad.

—¿Y los soldados que estaban reuniendo en Namur?

—Llegarán mañana á Bruselas.

—Pienso, baron, elejir entre ellos doscientos hombres, para formar la primera compañía del tercio que debo organizar.

—Me parece muy bien pensado.

—Tengo magníficos pensamientos.

—¿Y á quién daréis su capitanía?

—¿Teneis algun ahijado?

—Nunca faltan.

—Pues se la ofrezco á vuestro ahijado.

—Generoso estais.

—Es el medio de hacer pronto muchos amigos.

—Y de adquirir grande influencia.

—¿Habeis visto al señor de Capres?

—Un momento no mas.

—¿Y qué dice?

—Se propone hablar en la asamblea de los Estados generales.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Necesito hallarme en la asamblea.

—No sois diputado, y es imposible.

—Se vencen muchos imposibles.

—Pero...

—Bien; dejemos esta cuestion. Me habeis citado y aun no sé el motivo de vuestra cita.

—Es verdad.

—Me parece justo saberlo.

—Sabeis que estoy organizando un tercio de quinientos hombres.

— Lo sé.

—He gastado en ellos gruesas sumas.

—Lo creo.

—Y necesito hacer ahora nuevos desembolsos.

—Es posible.

—En este caso...

—¿Por qué os deteneis?

—En este caso...

—Necesitais quien os preste algunos florines.

—Es verdad.

—Y como sabeis que dispongo de un buen número de ellos, os habeis acordado de mí.

—Es cierto.

—¿Cuántos florines necesitais?

—Diez mil.

—¿Y si no os los presto?

—Me encontraré en un muy grave compromiso.

—¿Cuándo dijisteis que se reunirian los Estados generales?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—Necesito asistir á la sesion.

—Os he dicho que es imposible.

—Se me seguirán grandes perjuicios.

—Quisiera poder complaceros.

Enrique se puso de pié, dirijió al baron una mirada penetrante, y cruzándose de brazos dijo:

—Si á las diez asisto á la sesion, así que aquella se concluya, encontraréis en esta misma cámara los diez mil florines.

Saludó Enrique con dignidad, y se alejó tranquilamente.

CAPITULO V.

LA ASAMBLEA DE LOS ESTADOS.

La disyuntiva del aventurero preocupó mucho al baron de Hesse, pues el tono firme y el reposado continente de Enrique le probaban que el jóven cumpliria fielmente su promesa. Necesitando los diez mil florines para sostener dignamente la autoridad de jefe militar de Bruselas, que de nuevo se habia apropiado, y no sabiendo á quién dirijirse si Enrique se negaba á prestárselos, se entregó á sérias reflecsiones, que no debemos penetrar; y para no pecar de indiscretos, nos trasladarémos al dia siguiente.

En las casas consistoriales habia un gran salon de columnas, magníficamente decorado y destinado para las sesiones de los señores representantes de las quince provincias reunidas. Pinturas de bastante mérito adornaban su inmensa bóveda, ricos tapices cubrian sus muros, sobre los cuales se veian los retratos de todos los condes del Brabante, y alfombras de Turquía el pavimento de mármol blanco. En el testero se levantaba un gran dosel de terciopelo carmesí, bajo del cual estaba un retrato de cuerpo entero de S. M. Felipe II, cuarto duque-rey de Brabante. La silla del trono estaba vuelta, y dos largas filas de escaños se estendian todo lo largo del salon.

A las nueve y media de la mañana se presentó un hombre de diez lustros, vestido con traje talar, cruzó el salon pausadamente, llegó al trono y se sentó en la primera de sus gradas. Era este hombre el abad de San Gilain.

Momentos despues fueron entrando varios personajes, vestidos de distintos modos, y ocupando distintos asientos, segun el brazo á que cada cual pertenecia. A las diez se hallaban reunidos veinte nobles, diez y seis obispos y abades, y cuarenta y un diputados, de trece de las diez y siete provincias de los Paises Bajos españoles; pues las de Holanda y Zelanda formaban un Estado aparte, y las de Namur y Luxemburgo permanecian fieles al gobernador general, y no tenian por tanto diputados en la asamblea. Entre los nobles se encontraban los señores de Santaldegonde y Capres, el conde de Lalain y otros que conocemos, y de quienes hablarémos mas adelante: entre los obispos y abades, el señor abad de Maroles: y entre los diputados de las provincias Mos de Theron, que acababa de ser nombrado por Amberes.

Muchos nobles echaban menos al baron de Hesse, pero fué larga su inquietud, viéndolo entrar acompañado del jóven Enrique, al mismo tiempo que el señor de Madouleut, embajador de S. M. Cristianísima, penetraba en el gran salon.

Muy pocos conocian á Enrique, aunque todos tenian noticias del misterioso aventurero, y fué recibido con marcadas muestras de interés. El baron de Hesse se acercó al abad de San Gilain, le dijo unas cuantas palabras, que merecieron la aprobacion del presidente, y se marchó luego á su asiento. El señor embajador se dirijió á un sitial, que tenia preparado al efecto, no muy lejos del presidente, y Enrique, cruzando los brazos sobre el pecho, se reclinó contra una columna de jasped.

—Señores, dijo el presidente levantándose de su grada; los tres brazos de los Estados generales se hallan reunidos para oir al caballero Eduardo de Bouneville, señor de Capres, su comisionado en Namur cerca del príncipe D. Juan de Austria: el señor de Capres puede hablar.

Ocupó su grada el presidente, y levantándose Bouneville, dijo:

—Los miembros de esta respetable asamblea encomendaron á mi cuidado una mision muy delicada y de gravísimas consecuencias: esta mision era hacer de modo que el gobernador general viniera de nuevo á Bruselas. Antes de hablarme, D. Juan de Austria se apoderó cautelosamente de la fortaleza de Namur, despues lo he visto varias veces, y los Estados conocen ya sus escusas y sus ecsigencias. En estos bancos están sentados el duque de Ariscot, el marqués del Abre y algunos otros, que han estado en la ciudadela con el príncipe, mientras creyeron que obraria con lealtad ó prudencia á lo menos; ellos han dicho á los Estados los preparativos de guerra que hace el gobernador general. Con estas noticias, los Estados encargaron á Mos de Noylles que se apoderara de la ciudadela de Amberes; este valeroso capitan cumple el encargo, se apodera de la persona de Mos de Theron, su gobernador, y lo envia abatido y aprisionado: los tudescos huyen de la ciudad, retirándose á Breda y á Bergas Opzon. Nuevos enviados representan á D. Juan de Austria que son infundados sus temores, y el príncipe, para fundarlos, acusa paladinamente á nuestros mejores patricios. Repítense las embajadas: el nuncio de S. S. interviene en las negociaciones, se pierde el tiempo lastimosamente, y en los primeros dias de Setiembre nos hallamos mas atrasados que en las últimas horas de Julio. Considerando que era inútil permanecer mas en Namur, y de acuerdo con Mos de Theron, salí antes de ayer de la ciudad, mandando á los buenos soldados que en ella teniamos venir á Bruselas, en donde han entrado esta mañana. Estos son los hechos, señores; réstame hacer algunas breves advertencias. Juan de Escobedo, antiguo secretario del príncipe, está en Madrid, dando prisa á Felipe II para que envie á Flandes soldados y buenas doblas de Castilla, el duque de Guisa reune soldados en Messieres a instancia de D. Juan, y Gaspar de Robles hace lo mismo en algunas provincias flamencas. Si contemporizamos unos meses, si nos dormimos confiados en la justicia de nuestra causa, el despertar será terrible, y verémos sobre nuestras cabezas los aceros de aquellos soldados españoles, que nos causaron tantos males bajo la conducta del furibundo duque de Alba. La guerra es precisa, señores; dispongámonos con premura, armemos soldados, busquemos alianzas, y salvemos nuestros privilejios con las fuerzas de la nacion.

Nutridos aplausos respondieron al discurso de Bouneville; en la efervescencia de los ánimos todos deseaban los combates, y solo algunos miembros del clero, que veian en peligro la religion de sus mayores, guardaban solemne silencio, no tomando parte en el entusiasmo general.

Una voz hueca y varonil dominó de repente la algazara de la asamblea; era la voz de Mos de Theron, que levantándose dijo:

—Señores, el señor de Capres se ha esplicado como un valiente, y no debemos perder el tiempo en demostraciones inútiles: el austriaco nos arroja el guante, apresurémonos á recojerlo votando ahora mismo la guerra.

Varios gritos de ¡guerra, guerra! resonaron en el salon: muchos nobles, algunos abades y diputados hablaron despues, inclinandose mas ó menos á la guerra, y presentando ó disminuyendo los inconvenientes que podia traer declararla demasiado pronto. Discursos fogosos y templados, algunas razones y abundantísimos denuestos se prodigaron, como sucede siempre que la pasion ó el entusiasmo ponen una venda á la razon; y habian trascurrido algunas horas sin decidirse por un partido, cuando se levantó Felipe de Marnis y dijo:

—Señores, á pesar de los varios discursos que en esta ocasion se han pronunciado, y de las mayores ó menores simpatías que se han manifestado hácia señalados objetos, todos nos hallamos conformes en considerar necesaria la guerra, y opinamos los mas por declararla antes que haga sus aprestos el austriaco. El señor de Capres ha indicado muchas de las disposiciones que conviene tomar, y me hallo perfectamente de acuerdo con las ideas del caballero de Bouneville: no cansaré por tanto á la asamblea repitiéndole sus palabras; pero sí haré una observacion que muy del caso considero. Cuando reuna D. Juan sus huestes obrará por sí, y esta unidad en el poder multiplicará mil y mil veces su accion, dandole ventaja sobre nosotros que obrarémos con la lentitud consiguiente á toda reunion numerosa. En este caso considero de interés vital para la causa de los Estados generales, que nombremos un jefe encargado de dirijir las operaciones militares, y que sea cabeza del gobierno: en una palabra, una especie de gobernador general. Someto esta opinion al juicio de tan respetable asamblea.

El señor abad de S. Gilain volvió á levantarse de su grada, y repuso con voz solemne:

—Señores, acaba de hablarnos con el talento que le distingue el señor de Santaldegonde; y sin disminuir en lo mas leve la fuerza de su raciocinio, voy á esponer, con la franqueza que me es propia, algunos escrúpulos que me asaltan antes de asociarme á su deseo. Todos nos hallamos en desacuerdo con D. Juan de Austria, todos rechazamos el ensanche de su poder; ¿pero nos sucede lo mismo respecto á S. M. el rey D. Felipe II? Creo que no, señores. Respetamos, como es justo, sus prerogativas, y le corresponde de derecho nombrar la persona que ha de representarlo en los Paises Bajos españoles. Llevemos, señores, nuestras quejas á los piés del trono; rechacemos la fuerza con la fuerza; declarémos vacante el cargo de gobernador, pero no atentemos á las prerogativas de S. M. el señor D. Felipe II, ó quitemos de aquí ese trono y ese retrato que presiden nuestras sesiones. Nada mas tengo que decir.

No desagradaba á muchos miembros de la asamblea el pensamiento de quitar el trono y el retrato; pero el rostro de Felipe II, animado por los pinceles del Ticiano, imponia en el lienzo, porque sus ojos tenian vista y movimiento sus facciones. Marnis procuró rebatir las razones del señor abad de S. Gilain, el duque de Ariscot las sostuvo, vino Mos de Theron a la carga, ayudado del señor abad de Maroles; les replicó el señor conde de Lalain, que teniendo la seguridad de no ser electo, creia conveniente conservar la parte no pequeña de autoridad que estaba ejerciendo, y hasta el mismo baron de Hesse se mostró hostil á un pensamiento que podia quitarle el mando militar de Bruselas. Empezó la discusion con calma, las réplicas se fueron haciendo mas vivas, la fuerza del pulmon se juzgó un medio de poner la razon de su parte, y el señor abad de S. Gilain consiguió á duras penas restablecer un tanto el órden. Aprovechando el primer momento de calma, se adelantó Enrique hasta el centro del gran salon, y con voz dulce, pero sonora, dijo:

—Quiero hablar, señores, oidme.

El silencio se hizo profundo: todos clavaron sus miradas en aquel niño tan hermoso, tan incomprensible y tan osado: todos le creian un héroe naciente ó un profeta, y todos deseaban oir su parecer, y gozarse en la dulce armonía que debian tener sus palabras. Enrique no vaciló un momento: apartó con su blanca mano los bucles que su rostro contorneaban, y dijo:

—La guerra es el solo recurso de los pueblos cuando pesa sobre sus frentes el férreo yugo de la opresion: voto, señores, por la guerra. El modo de hacerla con vigor es poner toda la autoridad en un hombre, como hacian los señores del mundo en los duros trances de Roma, sometiéndose á un dictador: voto, pues, por la dictadura. Las palabras de Felipe de Marnis son ecsactas, los escrúpulos del abad de S. Gilain en parte fundados; adopto las palabras y desvaneceré los escrúpulos: para lograrlo, voy á recurrir á nuestra historia. En el año de 1404, y gobernando Juana, viuda del duque Wenceslao, los tres Estados de Brabante nombraron Rubarto á Antonio, hijo del duque de Borgoña. En el año 1420 los pueblos del Brabante tomaron las armas contra su duque, con ocasion de la discordia que ecsistia entre Jacoba y el duque Juan su esposo, y nombraron tambien Rubarto ó Conservador del Brabante al conde de S. Pablo, Felipe el Audaz. Estos nombramientos se hicieron en virtud de los privilegios que el *Introito Alegre* concede á los pueblos del Brabante. He hecho estas citas para tranquilizar la conciencia del señor abad de S. Gilain, restándome solo añadir, que los Estados generales se hallan en el caso de hacer uso del privilegio nombrando un Rubarto que rija la combatida nave del Estado.

—¡Este jóven, es un profeta! esclamó el abad de S. Gilain, olvidandose de sus escrúpulos.

—¡Un Rubarto! gritaron cien voces.

—Nombrad un Rubarto, dijo Enrique, conservando siempre su actitud serena y firme al mismo tiempo.

El pensamiento era magnífico, pero su ejecucion difícil. El duque de Ariscot y el baron de Hesse pretendian para sí tan importante dignidad; el señor de Capres, el señor de Maducelet, y el abad de Maroles tenian un candidato *in pectore* para presentarlo en el primer momento oportuno: Felipe de Marnis, Mos de Theron y algunos otros organizaban una hueste decidida y compacta; estaban vacilantes muchos miembros y toda la asamblea en violentísima agitacion.

Se formaban grupos en un lado, se hablaba con calor en otro, en todas partes se discutia, y empleaba la ambicion sus malas artes; pero en tan encontrados estremos, que en vez de allanar el camino amontonaba nuevos obstáculos y producia la cólera y la confusion.

El abad de S. Gilain, de carácter conciliador y de los menos interesados en aquel violento debate, hacia los mayores esfuerzos para restablecer la calma; pero si un instante lo conseguia, empezaba de nuevo el alboroto con mas furor y mas violencia. Ya desesperaba de cumplir su mision, cuando se le ocurrió una buena idea que se apresuró á realizar.

—Señores, dijo levantándose sobre las puntas de los piés, reclamo un instante de atencion en nombre de Dios y de la patria.

El nombre de Dios en los hombres verdaderamente religiosos, y el de la patria en los que querian encumbrarse á fuerza de buenas palabras, hicieron un esfuerzo mágico, y el señor abad prosiguió, reinando profundo silencio.

—A este jóven, hermoso como un ángel é inspirado como un profeta, debemos la idea que está ocupando nuestra atencion. ¿No es cierto, señores, no es cierto?

—Es cierto, respondieron todos.

—Pues bien, este jóven debe proponer la persona que ha de ser nombrado Rubarto.

—Que la proponga, gritaron muchos.

Esta resolucion no satisfacia las miras de los ambiciosos; pero temiendo malquistarse y nada lograr si se oponian, hicieron de la necesidad virtud y se adhirieron á la propuesta del prelado.

Enrique no habia oido siquiera la proposicion del abad; tan entregado se encontraba á profundas meditaciones. Se fruncian sus cejas de vez en cuando, se comprimian sus labios con frecuencia, y se dilataban sus pupilas. Él solo habia preparado la tormenta que estaba tronando en derredor, y no hacia de ella el menor caso: estaba formado el aventurero de dos distintas naturalezas que predominaban á su vez; la una débil y contemplativa, la otra enérgica y arrojada.

—Caballero, le dijo el abad teniendo que acercarse á él para disipar su sopor, la asamblea quiere que le propongais un Rubarto.

Enrique parpadeó repetidas veces, como quien acaba de dispertarse, y siguió guardando silencio.

—¿No respondeis? le preguntó el abad.

—Estoy pensando mi respuesta.

Pasaron cinco minutos mas: todas las miradas estaban fijas en los labios de Enrique, como queriendo adivinar el nombre antes que fuera pronunciado. ¡Cuántos temores, cuántas esperanzas iba su voz á disipar!

—Señores, dijo con el mismo aplomo que habia conservado hasta entonces, propongo al príncipe de Orange.

—¡El príncipe de Orange! gritaron al punto sus parciales.

—¡El príncipe de Orange! repitieron los diputados indiferentes.

—El príncipe de Orange, tuvieron que decir tambien sus personales enemigos.

Hecho el nombramiento, se disolvió al punto la asamblea; y cuando llegó el baron de Hesse á su aposento, encontró en un gran talego de cuero los diez mil florines que habia pedido el dia anterior.

CAPÍTULO VI.

LA FLOR MARCHITA.

Hemos visto cien y cien veces desgarrada la brillante púrpura de la sencilla mariposa en las espinas del rosal, ajado el cáliz perfumado de la azucena por importuna lluvia de estío y rota la pompa de jabon que hace el tierno niño en sus juegos: todo lo hermoso y delicado se desgarra, rompe ó marchita, ya sea mariposa, flor ó pompa, ya mujer, cariño ó ilusion.

Apenas habian pasado dos horas de la sesion que hemos descrito: la fresca brisa de las primeras tardes de Otoño llevaba en sus alas impalpables los perfumes de las camelias, las diamelas y los jazmines; el breve crepúsculo se perdia entre nubecillas de colores, y el reloj de San Nicolás daba las seis con su ronca lengua de bronce. Una lámpara, mas brillante que de costumbre, acababa de ser colocada en el salon de maesse Cornelio Estraten; un candelabro de cuatro mecheros alumbraba el gabinete de su hija; María se hallaba reclinada sobre cojines de damasco: á pocos pasos maesse Estraten la contemplaba con dolorosa solicitud.

El rostro de la hermosa jóven tenia el blanco mate de la azucena, sus ojos estaban apagados, sus labios secos y afanosa su entrecortada respiracion: parecia un viajero cansado ó una mujer sin esperanza. Sus bucles caian en desórden sobre su alabastrino cuello: estaban sus manos cruzadas sobre el corazon, y algun suspiro se escapaba de sus labios, como el huracan rasgando el seno de densas é inflamadas nubes.

Maesse Cornelio se enjugó una lágrima con el dorso de su ancha mano, se acercó á la jóven, y arrodillándose en el suelo, como una nodriza cariñosa al lado de la cuna de un niño, dijo con voz dulce:

—María, ¿qué tienes?

—Nada, padre mio, respondió la jóven sonriyéndose y levantando la cabeza hasta estampar un tierno beso en la mejilla de su padre.

—¿Tú padeces, María, tú padeces?

—Ya os he confesado mi amor.

—Sí, María; y ese amor te mata. ¡Mil rayos....

—Sí; caigan mil rayos sobre el perjuro!

—¿Amar á otra mujer, María, quien poseia tu corazon?

—Es una infamia, aunque lleve la otra mujer una corona de brillantes.

—Y yo pedia al cielo bendiciones para el pérfido.

—Pedias la muerte para mí.

—Tú no puedes morir, María: eres mi vida, mi esperanza, mi suprema felicidad.

—Yo no puedo morir, padre mio: soy vuestra vida y estoy obligada á conservarla.

—Túno debes padecer, María.

—Tampoco debo padecer, porque soy vuestra felicidad.

—Y con todo sufres.

—Sí sufro.

—Harémos la guerra al austriaco.

—Callad, padre mio: ya sabeis....

—Sí, ya sé que debo callar.

Hubo un momento de silencio; la jóven se sentó casi enteramente; su pálido rostro se tiñó de un suavísimo sonrosado; brillaron un tanto sus pupilas, y sus labios se humedecieron: maesse Cornelio permanecia siempre de rodillas.

—Levantaos, padre mio, levantaos.

—Déjame estar así, María; me pareces una Soledad y te adoro como á la vírgen. El hombre puede tener sobre la tierra dos religiones y puede tributar dos cultos, uno á Dios, otro á su familia.

—Sentaos á mi lado, padre mio, ó me arrodillaré tambien.

Maesse Cornelio se sentó al lado de su hija, la atrajo hácia su pecho, la contempló con una ternura inefable, y prosiguió despues:

—Estoy considerando, María, cuánto he cambiado en poco tiempo: yo era feroz y ahora soy humilde; avaro y ahora generoso; yo no sabia lo que te amaba, y ahora veo que mi único afecto es tu amor.

—Cuánto os amo, murmuró María.

—¿Me amas mucho?

—Como á la memoria de mi madre.

—Dios te lo premie, hermosa flor. Y viendo entrar á Catalina, añadió con airado acento: ¿Qué buscas aquí, impertinente?

—Señor, respondió Catalina, Guillermo Matren pide permiso para entrar.

—¿Lo has mandado llamar, María? preguntó el armero á su hija.

—Sí, padre mio, tengo que hablarle algunos minutos.

Maesse Cornelio se levantó; salió acompañado de Catalina, y poco despues entró el hijo del posadero.

Conservaba Guillermo Matren su aire torpe, su figura ordinaria y su voz no muy apacible; pero en cambio se presentaba con la mas obsequiosa humildad. En otro lugar referimos la denuncia ó acusacion que habia entablado el pobre mozo contra su prometida esposa, las esplicaciones que habian mediado y el desprecio que manifestó hácia él María; ahora nos toca narrar el cómo habia vuelto á estar en relaciones con la hija de maesse Estraten.

Desde que conoció Guillermo la falsedad de las sospechas que le habia hecho concebir el señor de Santaldegonde, se aumentó su amor á María y procuró acercarse á ella por cuantos medios le inspiraba su imaginacion no muy fecunda: la jóven le rechazó siempre con un arrogante desden, pero despues de su corto viaje á Namur le concedió una audiencia, y en ella quedaron arregladas estas estrañas condiciones. Primera: Guillermo Matren se obligaba á no visitar á María sin recibir antes una formal invitacion. Segunda: María fijaria de antemano el tiempo que deberia durar la visita. Tercera: el posadero se conformaba á no hablar jamas de su amor, sin prévio permiso de la hermosa. Cuarta: seguirá el jóven dando cuenta de sus acciones y proyectos, siempre que fuere interrogado. Con tan humillantes condiciones logró Guillermo la inmensa dicha de conversar algunos momentos con la mas hermosa mujer de todas las provincias del Brabante.

Habia transcurrido mas de un mes desde el referido concierto, y era la primera invitacion que habia recibido el posadero; invitacion que consistia en estas precisas palabras. "Guillermo Matren se presentará á las siete en punto, y durante un cuarto de hora responderá á las preguntas que le dirijan."

Estar un cuarto de hora junto á la mujer que se adora con frenesí es muy poco seguramente, pero no por eso deja de ser una inmensa felicidad: el jóven posadero lo comprendia como nosotros, y acudió á la cita con la puntualidad de un niño á quien se ha ofrecido un juguete.

María le vió entrar sin dar muestra de satisfaccion ni de disgusto; le indicó un sitial con la mano, bastante distante de su asiento, y le dijo:

—Dime, Guillermo, ¿en qué te has ocupado desde la última vez que te ví?

—En nada, María; en algo, y en una misma cosa.

—Esplícate.

—En nada, porque..... porque..... porque no he hecho nada de provecho; en algo, porque he cazado algunas veces en el gran bosque de Sognien: y en una misma cosa, porque siempre he pensado en tí.

—¡Guillermo!

—Como me preguntabas, pensé....

—Basta.

La conversacion habia durado dos minutos; hubo uno de silencio; total tres: cuenta muy fácil de ajustar sin haber aprendido matemáticas: la hija del armero prosiguió:

—¿Qué noticias tienes, Guillermo?

—Muchas noticias. En primer lugar, D. Juan de Austria se ha apoderado de la ciudadela de Namur.

—Adelante.

—En segundo, nosotros, quiero decir, el capitan Mos de Noylles, se ha apoderado de la ciudadela de Amberes.

—Adelante.

—En tercer lugar, la reina de Navarra permanece en los baños de Spa, y el austriaco....

—¿Qué?

—El austriaco todavia permanece en la ciudadela de Namur.

—Adelante.

—En cuarto lugar.... ¿No es el cuarto lugar el que toca?

—Sí.

—En cuarto lugar, llegaron ayer á Bruselas el señor de Capres y Mos de Theron; pero como yo pienso en tí....

—Basta.

Tres minutos habian invertido en la conversacion; callaron uno, y reunidos los cuatro á los tres que sumamos antes, nos resultan siete minutos. María prosiguió:

—¿Qué mas noticias tienes, Guillermo?

—Una de gran importancia.

—Sepamos.

—Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, ha sido nombrado Rubarto.

—¿Y qué dice el pueblo?

—Se alegra: está preparando iluminaciones; y yo tambien me alegraria si no pensara siempre en tí.

—Basta.

La discusion solo habia durado un minuto; siguiéronse dos de silencio, que reunidos á los siete anteriores, dieron un total de diez minutos. María continuó sus preguntas:

—¿Qué mas sabes, Guillermo?

—Sé una noticia, una novedad, un acontecimiento.... pero yo no sé como esplicarme.

—Pues esplícate.

—Ha llegado á Bruselas un jóven, menos que un jóven, un muchacho, que trae alborotada la ciudad.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Enrique.

—¿Y qué hace?

—Meterse en todo, mandarlo todo....

—¿Mandarlo todo?

—Seguramente. Él ha sido quien concibió la idea de nombrar Rubarto, y quien propuso á Guillermo, príncipe de Orange.

—¿Qué dicen las gentes de ese niño?

—Las mujeres dicen que es un ángel.

—¿Y los hombres?

—Los hombres dicen...pero como yo estoy pensando en tí.

—Basta.

—Es que, aunque yo no quiero...

—Basta.

—Pero....

—Guillermo, se han cumplido los quince minutos.

María tendió el brazo hácia la puerta, y el posadero obedeciendo, como si cediera á un conjuro, bajó tristemente la cabeza y pasó el umbral suspirando. La jóven lanzó tambien un triste suspiro, y cayó sobre los almohadones mas melancólica y abatida.

CAPÍTULO VII.

MAESSE GENARO.

En la mañana del dia siguiente se encontraba maesse Genaro en su laboratorio químico, muy ocupado en hervir plantas y en estraer de ellas sustancias mas ó menos nocivas, mas ó menos medicinales. Fué interrumpido en su tarea por tres golpes da-

dos á la puerta de la calle, número que usaban sus adeptos, y asomándose á una ventanilla vió que llamaba el señor de Santaldegonde. Apartó el químico del fuego algunas vasijas de azofar, y bajó apresuradamente á recibir al mejor de sus parroquianos. Subieron ambos al laboratorio, y sentándose cada cual en su respectivo sillon, habló el primero maesse Genaro.

—Muchos dias han trascurrido, caballero Felipe de Marnis, sin que haya tenido el gusto de veros.

—Es decir que han trascurrido muchos dias sin que hayais tenido el placer de contar mis florines.

—Si así queréis interpretarlo, lo mismo da.

—Pues ya estoy aquí, maesse Genaro.

—¿Necesitais algun veneno?

—Conservo la famosa pastilla.

—¿Decidme en qué puedo serviros?

—Tengo que darte una noticia.

—¿Muy buena?

—No me parece mala.

—Sepamos.

—Ayer los Estados generales nombraron al príncipe de Orange Rubarto.

—Mejor para el príncipe de Orange.

—Bien para mí.

—Tendréis mas prestigio.

—Y bien para tí.

—En ese caso deberé tener mas dinero.

—Todo lo metalizas, Genaro.

—No soy un Flamel ni un Raimundo Lulio, pero tengo tambien mi especie de arquimia.

—Tendrás oro, Genaro, tendrás oro; pero es preciso que te encargues de un nuevo papel... ó en otros términos, que seas desde ahora para todo el mundo lo que has sido para el pobre Guillermo Matren.

—¿Debo ser astrólogo?

—Astrólogo.

—¿Y qué horóscopo debo leer?

—Uno muy brillante, Genaro.

—Esplicaos.

—En el año de 1404 fué nombrado Rubarto Antonio, hijo del duque de Borgoña, y despues....

—Se quedó duque de Brabante.

—Ecsactamente. En el año de 1420 fué nombrado Rubarto el conde de San Paulo....

—Y despues fué duque del Brabante, conocido con el nombre de Felipe el Audaz.

—Ayer fué nombrado Rubarto Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, y es preciso que sea muy en breve duque de Brabante.

—Maestro; y os llamo así porque vais á darme algunas lecciones de astrología judiciarca: esa combinacion presenta gravísimas dificultades.

—Indícamelas.

—Los duques destronados no se llamaban Felipe II.

—Ni los que subieron Guillermo de Nassau.

—Teneis razon.

Aunque Marniz habia rechazado la suposicion del sabio químico, no la consideró infundada, y quedó sumido de repente en profundas meditaciones: maese Genaro, que conocia perfectamente el papel que le iban á encargar, se sonriyó, como diciendo: Salga mal ó bien el proyecto, yo recogeré sendos florines; y tocando á Felipe en el hombro le dijo:

—Despertad, maestro.

—Tienes razon, maesse Genaro.

—Pues decidme lo que debo hacer.

—Hay muchas personas interesadas en que los negocios de la república tomen tal ó tal giro: todos quieren dominar sin obstáculos, y algunos harán pronto la guerra al Rubarto que nombraron ayer. Contra el poder de las facciones opondrá el príncipe su espada, y yo creo prudente oponer otra autoridad no menos grande, el prestigio de los oráculos. Muchas personas te consultan como á médico y hechicero; algunas te buscan como á astrólogo; á todas dirás que ves en el cielo la estrella del príncipe Orange mas esplendorosa que nunca, y adornada con una corona ducal.

—¿Y eso me valdrá?

Felipe de Marnis sacó una gran bolsa, y poniéndola sobre la ancha mesa de mármol dijo:

—Aquí tienes quinientos florines; el resultado, maesse Genaro, puede hacer que centupliques esa cantidad.

—Gracias, maestro.

Otros tres golpes, tan discretos como los que antes diera Felipe, resonaron, y el químico se asomó al momento á su oportuna ventanilla.

—¿Quién llama? preguntó Felipe.

—Un niño de diez y seis años, primorosamente vestido repuso el químico.

—¿Conoces á ese niño?

—No.

—Ese niño es el aventurero.

—No sé lo que queréis decir.

—Que ese niño ha hecho nombrar Rubarto al príncipe de Orange.

—¿Es posible?

—Es seguro.

Tres nuevos golpes resonaron, dados con iguales intervalos.

—El mancebo se impacienta, dijo maesse Genaro.

—Abridle, repuso Felipe de Marnis, levantándose del sitial.

—¿Queréis ocultaros, Felipe? le preguntó el sábio alquimista.

—Por el contrario, aprovecho esta buena suerte de hablarle, pues deseo estrechar con él amistad. Te se presenta brillante ocasion de desempeñar tu papel, maesse Genaro: añadió despues Santaldegonde.

Bajó el químico inmediatamente, dejando á Felipe en la rotonda, y momentos despues subió acompañado del aventurero. Enrique no iba preparado á encontrarse con Felipe de Marnis y le turbó un poco su presencia; pero reponiéndose con rapidez dijo dulcemente:

—Buenos dias, caballero Felipe de Marnis.

El señor de Santaldegonde se adelantó con faz risueña, y tendiendo la mano al jóven le dijo:

—Es para mí una gran fortuna poder ofreceros mi amistad.

—Gracias, contestó Enrique friamente, y tocando apenas las puntas de los dedos de aquella mano con tanto abandono tendida.

—¿Ha llegado hasta vos la fama de este sabio astrólogo? preguntó Marnis al intrépido aventurero.

—Sí, repuso el jóven, sentándose frente á Felipe.

—Mucho me honra, dijo el sabio químico dirigiéndose al recien llegado, que se ocupe de mi persona un caballero tan distinguido como vos.

—Os doy las gracias, maesse Genaro: repuso Enrique con frialdad.

—Yo quiero dárosla á mi vez, observó Felipe de Marnis, por un favor que pocos hombres se hallan en estado de hacer.

—Me parece que no os he hecho ningun favor, replicó Enrique, con perfecta tranquilidad.

—Caballero, soy uno de los mas íntimos amigos del príncipe Guillermo de Nassau, volvió á observar Santaldegonde.

—Sé que estais unido al noble príncipe por interés y religion.

—Ayer contribuisteis poderosamente á que le nombraran Rubarto, y este favor tan importante y singular al mismo tiempo....

—No merece la mas mínima recompensa. Era preciso nombrar Rubarto; me acordé del príncipe de Orange, y lo propuse; en todo esto no hay ningun mérito de mi parte, ningun deseo de complacerle; fué todo una mera casualidad. Ayer subió al poder, mañana podrá descender como ha subido: y quizá tenga yo la culpa.

A una seña de Felipe de Marnis, se levantó maesse Genaro, y tendiendo su mano hácia oriente como un sacerdote de Zoroastro, dijo con voz hueca y solemne:

—El destino de los mortales empieza, como el sol en Oriente por un ligero resplandor: en unos, se apaga el crepúsculo y pasan la vida entre sombras, suben otros, como el rey del dia, hasta tocar en su cenit: unos descienden, como el astro; otros no abandonan la cúspide, brillan siempre, y entre la eternidad y el espacio jamás desaparece su luz. ¡Hermosa noche! para el sabio presentas un libro en el cielo; son las estrellas brillantes páginas, cada página encierra una historia, cada historia comprende una vida con pasado, presente y porvenir! esclamó el químico y calló.

—¿Qué habeis visto, maesse Genaro? preguntó Felipe aparentando una profunda admiracion y no menos grande sorpresa.

—Ví anoche una luciente estrella correr del Ocaso al Oriente, pararse en conjuncion con Marte, y aparecer luego ceñida de una gran corona ducal: respondió al momento el astrólogo.

—¿Qué mas visteis maesse Genaro? volvió á preguntar Felipe.

—De la estrella se desprendieron cuatro rayos de luz, y por medio de caprichosos giros, trazaron cuantro grandes letras.

—¿Y esas letras eran.... preguntó de nuevo Felipe.

—G. N. D. y B., repuso con sonoro acento el alquimista de la torre.

—¡Esplicadlas, por Dios, esplicadlas! esclamó Felipe de Marnis.

—Su interpretacion es muy sencilla; Guillermo de Nassau, Duque de Brabante, dijo Enrique con notable seguridad.

—¿Sois astrólogo? preguntó Felipe de Marnis, procurando ocultar la turbacion que le habia causado el solemne tono del jóven.

Enrique se encogió de hombros, y guardó profundo silencio.

Maesse Genaro participó tambien de la sorpresa de Felipe; pero no queriendo perder el prestigio que podia darle su nueva ciencia, esclamó, poniendo ambas manos sobre la cabeza de Enrique:

—¡Hijo mio! el espíritu de la ciencia te ilumina con su hermosa luz, y nada hay oscuro á tus ojos! ¿Has venido del Septentrion, del Oriente, del Occidente ó del Mediodía? ¿Has estudiado con los persas, antiguos egipcios ó modernos árabes? ¿Has tratado á los sacerdotes de Cibeles, á los oráculos de Delfos, magos de Oriente, bardos y druidas? ¿Has trasmigrado, como las almas de Pitágoras? ¿Has vivido con Platon, Arquimedes, Aristóteles y Tholomeo? ¿En dónde has bebido la ciencia?

—La ciencia es la ciencia, dijo Enrique algo conmovido á su pesar.

—La ciencia enseña altos misterios, que sin ella jamás el hombre....

—Basta, sabio, no he venido aquí para aprender.

El tono firme del mancebo impuso á sus dos compañeros, y levantándose Felipe de Marnis dijo:

—Este caballero tendrá tal vez que entablar alguna consulta con maesse Genaro, y no quiero impedirla con mi presencia.

—Nada tengo que consultar, repuso Enrique; llegó á mis oidos el nombre de un sabio, y quise verle; ya está cumplida mi mision.

El aventurero se dispuso á salir, pero deseando Felipe de Marnis entablar amistad con él á toda costa, le preguntó:

—¿Me permitiréis que os acompañe, jóven y apuesto caballero?

—Sois dueño de hacer lo que os plazca, repuso Enrique con frialdad.

Felipe de Marnis salió el primero, en seguida maesse Genaro, y el último el jóven Enrique. En un caracol de la escalera el químico se detuvo un poco, y dijo al mancebo:

—Teníais que decirme alguna cosa que os habeis callado.

Enrique se inclinó hácia el sabio y murmuró algunas palabras; maesse Genaro se estremeció, puso su dedo sobre los labios y siguió bajando la escalera. Momentos despues se cerraba la puerta de LA TORRE DE LOS TRES CIPRECES, y el señor de Santaldegonde, acompañado del jóven Enrique, se dirijia hácia el palacio del baron de Esse.

CAPÍTULO VIII.

AMBERES.

Si no mienten varios geógrafos y diferentes escritores, á fines del año de gracia 1577 era Amberes una de las mas hermosas ciudades de los Paises-Bajos, sujetos á la dominacion de España, apareciendo entre otras muchas, tambien opulentas y hermosas, como una sultana orgullosa entre ligeras odaliscas. No sabemos si los geógrafos y escritores de aquella época hablarán de ella con amor por desconocido interes ó particulares razones; pero eludiendo una cuestion árida y ademas importuna, aprovecharémos sus datos presentando á la capital del marquesado del Sacro Imperio con sus brillantes atavíos y su diamantina corona.

Era Amberes, siguiendo en todo las autoridades mencionadas, la mas populosa ciudad de las provincias del Brabante. Tendida, como una oriental en su perfumada alcatifa, á las márgenes del Escalda, rio navegable y que desemboca en la mar, encerraba en murado recinto los tesoros de varios reinos, para derramarlos despues con prodigalidad de emperatriz, en las provincias sus hermanas.

Ocho canales principales, brazos todos ocho del rio, llevaban á su corazon la sangre que la fecundaba: y el canto de los marineros mezclado al crugir de la lona y de los remos al gemido, anunciaba á los habitantes de la ciudad privilegiada, que cada galera y cada nao añadia joyas de gran precio á su riquísimo tesoro.

Rica Amberes en edificios, contaba setenta hermosos puentes, doscientas doce calles, y veintidos plazas; distinguiéndose entre estas últimas la llamada de la *Nueva Bolsa*, cuyo edificio procurarémos describir.

La *Nueva Bolsa*, así llamada por su reciente construccion, fué edificada en 1531; tenia, si no miente la historia, ciento ochenta piés de longitud por ciento cuarenta de anchura; dos torres gótico-germanas decoraban su frontispicio, ornado de bajorelieves, y en cada torre se movia un reloj de singular magnificencia. Al piso bajo de la *Nueva Bolsa*, formado de grandes almacenes y de magníficos *bazares*, se entraba por cuatro anchas puertas, colocadas en forma de cruz, las que, cerrándose á determinadas horas de la noche, dejaban el rico recinto en completa seguridad. Subiendo al piso superior, se hallaban inmensas galerías tapizadas de innumerables cuadros, y conocidas con el nombre de *la Puerta de las Pinturas*, por servir á ellas de mercado.

No distante de este edificio mercantil se alzaba orgulloso rival, otro de mayor importancia, mas ornato y antigüedad; este edificio era el palacio de los señores consejales.

El palacio consistorial hermanaba dos arquitecturas, gótica y toscana, sin perjudicarlas, como un ramo confunde dos distintas flores; y el mármol, jaspe y alabastro se confundian en los relieves, balaustradas, capiteles y altas columnas; meciéndose como una pluma en la cimera de un guerrero, sobre el gigantesco edificio, una torre tan elevada como esbelta, coronada, imperial matrona, por una águila de metal.

Dirigiéndose á la *ciudad nueva*, desigualmente dividida por uno de los ocho grandes canales, llamaba la atencion del viajero la casa de los *Osterlingues*, hermoso edificio, parecido mas al palacio de un monarca que á un paraje esclusivamente destinado á almacenar las mercancías de la allí tan célebre Ostenlard.

La edad media, rica en palacios de mercaderes y monarcas, de municipios y señores, debió tambien serlo en iglesias, palacios del poder teocrático, en los que la piedad cristiana prestaba culto al mismo tiempo á la religion y al ministro; porque el incienso que subia hácia el holocausto, perfumaba al sacerdote y al altar. La edad media, rica en palacios, embelleció á Amberes con templos, y se alzaba imponente, grande, magnífica, la iglesia de Nuestra Señora; con el prestigio de los años y la imponente majestad de los misterios religiosos. El cristiano bajo sus bóvedas de trescientos sesenta piés de elevacion, doscientos cuarenta de ancho y quinientos de longitud, levantaba al cielo sus ojos, oraba con la fé de un mártir, y como un profeta creia en la presencia del Señor.

¡La iglesia de Nuestra Señora, cuán grande, cuán bella aparecia con sus sesenta y seis capillas ornadas de columnas de mármol, hermosas pinturas y preciosos bajórelieves! Cómo se destacaba su torre, ciprés coloso entre mil cipreses gigantes, con mil ciento un piés de elevacion y treinta y tres recias campanas. Aun parece que la mayor, llevando el nombre del emperador Cárlos V, á impulsos de veinticuatro hombres mueve su lengua de metal, y envia su voz á cuatro leguas de distancia.

¡Qué panorama tan variado podia descubrir el viajero desde el célebre campanario. Malinas, Brucelas, Lovaina, Gante, Zelanda entera: la mar, cien rios, cien ciudades mas, mil aldeas é innumerables caseríos ocupaban una estension de veinte leguas á lo menos, levantándose un flotante muro en horizontes de escarlata.

La iglesia de Nuestra Señora, entre numerosas cofradías, encerraba una, la mas célebre de la cristiandad, denominada de la *Santa Circuncision*. Se estableció el último año del siglo XI, componiéndose de veinticuatro caballeros los mas nobles de la ciudad, que hacian el domingo de la Santísima Trinidad de cada un año una solemne procesion bajo las bóvedas del templo.

Entre las célebres pinturas de esta iglesia, en todo notable, merecian el mas tierno cariño de los habitantes de Amberes, tres lienzos que representaban la Degollacion del Bautista, el Santo Sepulcro, y al Evangelista San Juan. No era el mérito de los cuadros, aunque mucho tenian en sí, el que cautivaba la atencion; y mucho mas que á lo correcto del dibujo y brillantez del colorido se atendia á una fiel y comprobada historia, que es nuestro intento referir.

Vivia en Amberes un anciano que durante su juventud y edad provecta manejó con alguna gloria los pinceles, hasta que hallándose, como soldado, en una batalla campal, perdió al mandoble de una espada, la diestra que habia manejado el pincel. No sintió el artista los dolores de la amputacion y la herida, pero sí vertió amargo llanto al considerar que no podia prestar en adelante vida á los lienzos que tanto amaba. El cielo, que deja pocas veces al desgraciado en su agonía, calmó las penas del pintor, concediéndole al poco tiempo una tierna y hermosa hija. Creció la niña, como crecen las azucenas en el prado, fresca, pura, gentil, gallarda, estremando tanto su belleza, que todos los galanes de Amberes quemaban incienso á sus piés.

Distinguiase, y con harta razon entre la turba de galanes un jóven y apuesto mariscal, tan encumbrado por su cuna como ilustre por sus hazañas. Más enamorado cada dia de la encantadora doncella, la pidió á su padre en matrimonio, no recelando la repulsa del anciano: repulsa fundada, en que solo recibiria por yerno á quien fuera como él, pintor. Instó de nuevo el mariscal: sus instancias siempre recibieron la misma solemne respuesta, y no pudiendo quebrantar resolucion tan invariable, pidió un plazo é inmediatamente marchó á Roma. Con el entusiasmo de un amante que espera alcanzar dulce premio, cojió el mariscal los pinceles; trabajó durantes algunos años, y á su vuelta pintó los tres cuadros que tanto llaman la atencion. El galardon de tan noble esfuerzo fué la mano de la doncella; ganando el mariscal tal fama de constante y enamorado, que sobre la losa de su sepulcro, colocado á la entrada del templo, y al pié de su efigie se lee el siguiente verso latino:

Connubialis amor de Mulcife fecit Apellem.

Sin ocuparnos de Francisco Flores ni de otros pintores que ilustran los muros de *Nuestra Señora*, solo añadirémos que esta iglesia fué erigida catedral en 1559 por la Santidad de Paulo V.

La iglesia de los jesuitas no llamaba menos la atencion que la catedral mencionada. Su inmensa nave sostenida por treinta y seis columnas de mármol, ostentando doble galería, con balaustradas de alabastro; sus treinta y ocho lienzos sujetos á ricas molduras doradas; sus muros enchapados de mármol, con cuarenta cruces caladas; el alto cimborrio esculpido, y alumbrado con la luz misteriosa de sus mil vidrios de colores; el altar mayor, rico en mármoles, pórfido, alabastros y oro, sobrepujando un solo lienzo, *La Anunciacion de Nuestra Señora*, al valor real de sus adornos; sus cincuenta grandes capillas, primorosamente alhajadas, distinguiéndose entre todas ellas la célebre de Nuestra Señora, con su pavimento, muros y bóveda de mármoles; sus seis estatuas de alabastro y sus magníficas pinturas, hacian este templo la admiracion de los curiosos y manifestaban las riquezas de la Compañía de Jesus.

La iglesia de S. Miguel, célebre por su gran torre de ladrillo y sus seis pilares de mármol, guardaba bajo su alta bóveda el sepulcro de Isabel de Borbon, esposa de Cárlos de Charlerois, último duque de Borgoña, y era una de las seis parroquias de Amberes; siendo las restantes Nuestra Señora, San Andrés, San José, Santiago y San Balbino, templo de prodigiosa antigüedad, pues se cree que en él han dado culto á divinidades paganas.

Cinco conventos muy notables encerraba tambien Amberes, cuyos nombres apuntarémos, omitiendo sus descripciones. Eran, pues, los de *Franciscanos*, *Capuchinos*, *Agustinos*, *Dominicos y Carmelitas*, á los que debemos añadir el monasterio de *Santa Catalina*, cuya regla, usos y costumbres eran en todo semejantes los de San Alejo de Malinas.

Tres hombres célebres contaba Amberes en esta sazon: Abraham Otelio, gran geógrafo, nacido en Abril de 1527 y muerto el 26 de Junio de 1598, á los setenta y un años de edad: Juan Bautista Grammaya, historiador de los Paises-Bajos, que murió en 1633; y Pedro Pablo Rubens, pintor de inmensa nombradía, que habia nacido setenta y tres dias antes, el 28 de Junio de 1577, y falleció el 30 de Mayo de 1640.

Wenceslao, duque de Brabante, vendió á Amberes, en 1350, á Luis de Nevers, conde de Flandes; pero cincuenta y tres años despues volvió á ocupar su antiguo Estado, siendo puesta al fin en el número de las ciudades imperiales.

Hemos recorrido uno por uno los principales edificios de la populosa ciudad, y por malicia, ó por descuido no hemos dirijido una mirada á su célebre ciudadela. De buen grado pondriamos en ella la atencion, si no viniera á reclamárnosla nuestro amigo el *Aventurero*.

Aun no despuntaba la aurora del 10 de Setiembre, y Enrique cruzaba con paso mesurado la plaza de la *Nueva Bolsa*, casi perdido entre las sombras de este gigantesco edificio. Profundamente preocupado, cambiaba con mucha frecuencia de direccion, sin reparar hácia qué lado caminaba; y hubiera continuado así seguramente, á no haber encontrado al paso un bulto que se lo cerraba.

El *Aventurero* retrocedió á su pesar estremeciéndose, y el bulto siguió la direccion que el jóven tomaba apartándose. Era Enrique, bastante resuelto; y pasada la primera impresion de espanto, preguntó:

—¿Quién va?

—¿Quién va? ¿Quién va? Repitió una voz aguardentosa.

—Un viajero, repuso Enrique, que anda recorriendo la ciudad.

—¿Estais admirando, por ventura, sus templos, plazas y palacios?

—Por qué no, repuso nuestro jóven, completamente persuadido de que hablaba con un beodo en la plenitud de sus goces.

—Porque no veréis sus primores con tan mala luz.

—Sin embargo, me interesan mucho sus sombras.

—¿Sus sombras? murmuró el borracho: y añadió despues bamboleándose: Una sombra conozco yo, que seca sobre cuanto cae.

—¿En dónde proyecta esa sonmbra? preguntó Enrique.

—Hácia aquel lado, repuso el borracho señalando la ciudadela.

—Ya comprendo. La sombra de la ciudadela de Amberes.

—Te equivocas, aunque confieso que no distas un gran trecho de la verdad.

—Si me equivoco, dijo Enrique, tú puedes sacarme de mi error.

—Ya se ve que puedo: si me parece conveniente ó me dá gana.

—Tienes razon; ¿pero al fin me dirás de qué sombra hablabas?

—Respóndeme antes á una pregunta, y despues verémos.

—Estoy dispuesto á responderte. Pregúntame cuanto te plazca.

—¿Sabes la historia de la ciudadela de Amberes?

—Como el mismo duque de Alba.

—A quien Dios maldiga.

—Así sea.

—Hubo un momento de silencio y el borracho continuó:

—Dime, viajero, ¿quién levantó el plano de la ciudadela?

—Paccioti, célebre arquitecto de Urbino, respondió el jóven sin dudar.

—¿Dime, si lo sabes, en qué año se construyó la ciudadela?

—En 1567: diez años antes del corriente, si no me engaña la memoria.

—¿De órden de quién se construyó, jóven viajero?

—De órden del invicto duque de Alba, como le llaman sus amigos.

—¿Con qué objeto la mandó levantar el duque?

—Con el objeto de atemorizar á los ciudadanos de Amberes.

—No eres lerdo, dijo el borracho, y prosiguió despues. ¿Conoces el interior de la ciudadela?

—Muy poco.

—Pues escúchame.

—Ya te escucho.

—La ciudadela de Amberes es grande, como una ciudad: espesas murallas la rodean, anchos fosos la fortifican, y mil cañones la defienden. Se vé en su centro una gran plaza circular; parten de ella numerosas calles, tiradas á cordel y formadas en su mayor parte de pabellones y cuarteles. El palacio del gobernador está á la puerta principal, como centinela avanzado, estendiéndose sus jardines sobre la maciza muralla. ¿Has oido bien mi narracion?

—Muy bien.

—Escúchame, pues. En el centro de la gran plaza se eleva un pedestal.

—No prosigas.

—¿Por qué?

—Porque ya te adivino.

—¿Qué adivinas?

—Sobre el pedestal se levanta una estatua ecuestre de bronce.

—Sí.

—Y seca la sombra de esta estatua cuanto brota á su alrededor.

—Es cierto.

—Porque la estatua representa á D. Fadrique de Toledo.

—Es la verdad.

—El borracho se iba despejando con el aura perfumada y fria, y el intrépido aventurero prosiguió con aire de sarcasmo:

—Veo que los ciudadanos de Amberes son ó muy tontos ó muy cobardes.

—¿Qué has dicho? preguntó el beodo, con síntomas de mal humor.

—La verdad, y nada mas que ella.

—Esplícate.

—Voy á esplicarme. A los ciudadanos de Amberes daña la sombra de la estatua, segun acabas de decirme.

—Es cierto.

—Pues dales hoy mismo este consejo. Cuando la sombra de una encina hace daño á las hortalizas, la echa por tierra el hortelano.

—Tienes razon.

—Saludó Enrique con un espresivo ademan, y, alejándose con rapidez, llegó á la puerta de la ciudadela, cruzó el puente, y se dirijió, sin vacilar, al pié de la estatua del duque.

—El porte del *aventurero* era, como siempre, tranquilo, pero su rostro estaba pálido, y sus ojos tristes y mustios. El aura mecia blandamente sus largos cabellos, brillantes como el ébano pulimentado, y se agitaban sus frescos labios con una ligera convulsion. Reclinado en el pedestal, alzaba sus ojos al guerrero, y tendia despues sus miradas sobre la dormida ciudad. Contemplaba desde allí las cúpulas de las seis parroquias de Amberes, los chapiteles de sus torres, casi perdidos en la parda bruma; y su imaginacion volaba, protejida por el silencio y hasta por la luz misteriosa del crepúsculo matinal.

El primer ruido que turbó aquel reposo general, fué el redoble de los tambores, tocando diana; y el segundo el tañido de la campana que llama al cristiano á la oracion. A estos ruidos siguió un murmullo, que iba creciendo por instantes, y pudo contemplar Enrique como despertaba la ciudad.

CAPITULO IX.

APUNTES.

El nombramiento del príncipe de Orange, aunque popular en apariencia, no satisfacia los deseos de los mismos que le habian nombrado, é inspiraba serios temores á los católicos del Brabante. Mos de Theron salió para Holanda á noticiarle la alta dignidad de que se hallaba revestido, y aunque el príncipe agradeció á sus amigos los esfuerzos que habian hecho para lograrlo, atendió mas á los intereses de la Holanda, verdadero polo de su grandeza, que á los del Brabante y demas provincias unidas. Esta indiferencia no impidió á Guillermo dar claras muestras de que aceptaba el nuevo cargo, y para ello puso en Bruselas magistrados, con los mismos nombres y autoridad que los de Holanda; magistrados que fueron recibidos con desden por el pueblo, clero y nobleza.

Ausente el príncipe de Orange, seguian ejerciendo los Estados gran parte de su autoridad, y algunos nobles trabajaban casi por su cuenta, sin reconocer superiores. Teniendo que atender á la guerra, y no contando mucho con los auesilios de Guillermo, organizaron los Estados una hueste al mando de Goigny, maestre de campo y superintendente general del ejército, y cuyos cabos eran Felipe conde de Saligni, de la infantería; Roberto Melodur, vizconde de Gante, de la caballería; y Valentin Pardieu, general de artillería, con otros ilustres caballeros. Este ejército, fuerte de quince mil soldados, se reunió en Gemblours, con objeto de sitiar al príncipe en la ciudadela de Namur.

Ofendido Don Juan de Austria por el nombramiento de Orange, envió á Bruselas á Gaspar Eskest, señor de Grobendone, y por su medio reprendió á la ciudad y á los Estados generales una conducta que los ponia en completa rebelion con el rey Y habiendo recibido una carta de Felipe II, en la que ordenaba dijese á los Estados dejasen las armas, que no recibieran á Orange, y guardasen e *Edicto perpétuo*, les remitió copia autorizada; pero desentendiéndose los Estados de lo que á todos convenia, activaron con mas ahinco sus preparativos de guerra.

El gobernador general, que habia devorado en silencio su amargura y sufrido miles de ultrajes por establecer una paz sólida, respiró con mas libertad al ver empeñada la guerra. Es verdad que no tenia recursos en oro ni soldados; pero tenia un corazon bastante heróico y un brazo bastante armipotente para no abatirse en el peligro ni retroceder á su vista. El duque de Ariscot, el marqués de Abre, el vizconde de Gante y otros, le habian dejado infamemente en un peligro, que ellos mismos habian aumentado; pero le quedaban algunos hombres, tan intrépidos como Gonzaga, tan prudentes como Barlemont, tan caballerosos como Manfeld, tan valientes como Gaspar de Robles, y tan ingeniosos como Prada. Con el auesilio de estos hombres podia intentarse toda empresa, y se estaba seguro de vencer ó de morir en la demanda.

Los medios de ataque y de defensa eran desiguales por cierto: contaban los Estados generales con quince provincias, y ademas con numerosos aliados; contaba Don Juan con las dos provincias de Luxemburgo y de Namur; y aunque debia esperar socorros de España, antes de que llegasen éstos, tendria que correr graves trances, y quién sabe si que perecer.

Los Estados generales, reuniendo clero, nobleza y el mayor número de los magistrados del pais, habian formado, como hemos dicho, un ejército de quince mil hombres, y debian obrar de concierto con todas las tropas de Orange: el austriaco solo contaba con sus peculiares recursos, y con cuatro mil hombres escasos; compuestos de unas banderas le alemanes, espresamente retenidas; de algunas escuadras de españoles, traidas de Francia; y de un corto número de compañías, formadas de walones y borgoñones. Con estas fuerzas esperaba el príncipe defenderse, resuelto a perecer entre los escombros de la ciudadela de Namur antes que abandonar las provincias a su custodia encomendadas.

Con los cuidados del gobierno se unian en el alma de Don Juan graves penas del corazon. No habia sido su amor a Maria un caprichoso pasatiempo: vió en el rostro de la hija del armero los encantos de la belleza, y en la *dama negra* las brillantes dotes de su sensible corazon. En un momento de locura, de fascinacion verdadera, le habia ofendido gravemente: en un solo instante habia perdido una vida de felicidad. Acosado continuamente por melancólicas ideas; celoso sin saber por qué, y terriblemente contrariado por el estado del pais, maldecia á la reina de Navarra, y forjaba planes quiméricos imposibles de realizar.

Sin reparar en los peligros, montó á caballo varias veces, para dirijirse a Bruselas; pero desistia de su empeño oyendo el grito del deber, que le mandaba sacrificarse en el lugar que su hermano le señalara. Otras veces llamaba a Gonzalo, le hacia preguntas indiferentes, y lo despedia sin participarle su intento por temor de comprometer la vida del valiente paje.

Habia trascurrido mas de un mes en este estado de inquietud; el príncipe, meditabundo y aun enfermo, esquivaba la compañía de sus mas fieles servidores, y en la soledad amargas lagrimas surcaban su rostro varonil. Una tarde llamó a Gonzalo, le hizo insignificantes preguntas y le despidió, como otras veces: el paje permaneció en su puesto.

—Puedes retirarte, Gonzalo, repitió el príncipe.

—Señor, repuso el paje arrodillandose, voy a pedir á V. A. un inestimable favor, y espero en Dios que he de lograrlo.

—Habla, Gonzalo, y levántate antes de todo, repuso el austriaco con bondad.

—Así quiero permanecer hasta conseguir lo que pido.

—¿Qué quieres, Gonzalo, qué quieres? preguntó el príncipe.

—Quiero saber, señor, para qué me ha llamado V. A. varias veces: para qué me ha llamado hoy; y por qué siempre me despide sin manifestarme su intento.

El príncipe se estremeció y repuso con sequedad:

—Levantate, Gonzalo, levantate. No quiero verte de rodillas.

—¿Me da V. A. su real palabra de responderme?

—Te la doy, dijo el príncipe como queriendo verse libre de un importuno.

El jóven paje se levantó; y como si diera respuesta a una pregunta,

—Ya escucho, señor, vuestros mandatos, dijo con tranquilo semblante.

—¿Mis mandatos? preguntó el príncipe sin disimular su estrañeza.

—Los mandatos de V. A. Soy leal, señor, y la

lealtad frecuentemente profetiza. Tenedlo en cuenta, gran señor, y no añadiré una palabra.

—Gonzalo.... murmuró Don Juan entre enojado y cariñoso.

—No se detenga V. A. ó yo seguiré adivinando.

—Sabe, Gonzalo.... No, no es posible. No puedes saberlo.

—Me habeis dado vuestra real palabra, señor.

—¡Te la retiro! esclamó el príncipe con vehemencia.

—No es posible. Antes cambiará el sol su carrera que falte un hijo de Cárlos V á la palabra que ha empeñado.

—Tu vida, Gonzalo, tu vida pende quizás de mi silencio.

—¿Qué importa arriesgarla? Indíqueme al punto V. A. la mision que debo cumplir, y quedará desempeñada. Lo juro á fé de caballero.

—Conozco tu lealtad, Gonzalo, tambien conozco tu valor; pero no puedo decidirme. Es imposible.... No lo quiero.... No puedo hacerlo, y no lo haré.

—Escuchad, señor, una historia. Un príncipe, ilustre y magnánimo, amaba á una mujer hermosa, entre las sombras de un misterio para todos impenetrable. Esta mujer era la vida del bizarro príncipe, porque la vida es el amor. Gozaba al lado de la hermosa los mas deliciosos placeres; lejos de la hermosa padecia, como padece todo amante ausente del ídolo de su inflamado corazon. La mujer misteriosa seguia al príncipe como sombra amiga; pero en su cualidad de sombra desapareció de repente. El amante quiso seguirla; pero unas pesadas cadenas, que forjaron honor y deber, detuvieron entonces sus pasos; pensó en un servidor que hiciera sus veces, y se detuvo por no esponerlo á peligros imajinarios; hasta que adivinando el mismo servidor los tormentos del noble príncipe....

—¡Gonzalo! esclamó Don Juan adivinando cuánto debia añadir el jóven.

—No hay medio, señor: si V. A. no me dice adónde debo dirijirme, yo burlaré la vigilancia de los centinelas del castillo, y no volveré á él sin traer noticias de la misteriosa *dama negra*.

—Bien, Gonzalo, dijo el austriaco conmovido; ese valor que en tí distingo, esa firmeza superior á tus pocos años, me dan entera confianza y sabrás lo que de tí deseo.

—¡Gracias señor, esclamó el paje de nuevo echándose á sus piés.

—He vacilado muchos dias; te he despedido muchas veces sin atreverme á ecsijir de tí un sacrificio que puede costarte la vida.

—Bastante he vivido, señor, si puede serviros mi muerte.

—Empiezas á vivir, Gonzalo: tienes una madre que te adora, que te encomendó á mi cuidado, que me haria responsable de tu pérdida. No, Gonzalo, no puedes ir. Renunciemos una vez mas á nuestro proyecto.

El jóven se adelantó un paso hácia el príncipe, tendió la diestra sobre su pecho, y con acento de invariable resolucion dijo:

—Juro á Dios y á la ilustre sombra del gran capitan, mi antepasado, salir hoy mismo de la fortaleza de Namur, aunque tenga que precipitarme desde el muro: correr los Paises-Bajos, la Europa, y el mundo entero, si es preciso, hasta encontrar la *dama negra*.

—La *dama negra* ya no ecsiste, murmuró Don Juan tristemente.

—Con eso no volveré nunca, repuso Gonzalo sin dudar.

Iba el paje á salir, y el príncipe le detuvo cariñosamente.

—¿Adónde voy? preguntó Gonzalo tan decidido como siempre.

—A Bruselas, respondió el príncipe con sonoro acento.

—Entraré en Bruselas disfrazado, me alojaré en vuestro palacio, ó mejor dicho, en *la gruta de la Magdalena*, y esperaré meses y meses hasta ver á la *dama negra*.

—No. No la encontrarás allí nunca por mas que la esperes.

—¿Pues en dónde debo buscarla? preguntó impaciente Gonzalo?

—En casa de Cornelio Estraten, repuso Don Juan esforzándose.

—Cornelio Estraten.... murmuró el intrépido jóven.

—Un rico armero, el mas opulento del Brabante.

—¿Que tiene su fábrica junto á la iglesia de Koubemberg?

—¿Le conoces, Gonzalo? observó el príncipe muy satisfecho de su paje.

—Medianamente. ¿Debo dirijirme á su casa?

—Y preguntar por María Estraten. Aprende el nombre.

—Es el de su hija. No lo olvidaré; solemnemente lo aseguro.

—¿La conoces? preguntó el austriaco con mezcla de asombro y alegría.

—Perfectamente. Si es la mujer mas bella de todo el Brabante.

—Hermosa es, Gonzalo, muy hermosa. No hay otra beldad como la suya.

¿Y qué diré, señor, á mujer tan bella y seductora?

—Debes entregarla este papel, repuso Don Juan.

El príncipe tomó una carta que habia escrito momentos antes, décima edicion de otras varias que habia roto, y que renovaba cada vez que llamaba al jóven Gonzalo.

—¿La entrego esta carta? dijo el paje con alborozo.

—Sí, amigo mio, repuso el príncipe con tierno acento de bondad.

—Dadme vuestra vénia, señor, añadió el valiente Gonzalo.

—¿Adónde vas, amigo mio, con tan apremiante premura?

—A dar mis órdenes para que me ensillen un caballo, y despues á ponerme el vestido que me convierte en un flamenco.

—¿Cuándo piensas salir, Gonzalo, de la ciudadela?

—Ahora mismo. No quiero perder un solo instante.

—Dentro de una hora será de noche; espera á mañana.

—Al amanecer pienso estar dentro de Bruselas.

Don Juan se quitó una medalla que llevaba al pecho, y la presentó al jóven Gonzalo que la ecsaminó con asombro.

—¿Qué es esto, señor? preguntó el paje mostrando á Don Juan la medalla.

—Un talisman, replicó el príncipe, que puede serte muy precioso.

—¡Un talisman! esclamó Gonzalo despues de bien ecsaminarla.

—Lee en su reverso, añadió el austriaco desdeñosamente sonriyéndose.

—*Contra-juanistas*, leyó el paje, y miró á Don Juan con estrañeza.

—Esa medalla puede salvarte de algun peligro, dijo el príncipe, respondiendo así á la mirada investigadora del mancebo.

—No puede llevar esa medalla quien ha nacido castellano. Este es un signo de traidores. Tomadla, señor, ó la arrojo, esclamó el mancebo indignado.

—Detente, Gonzalo, y sé prudente. Yo mismo he llevado esa medalla sobre el pecho; reune al valor de tu familia la prudencia que de tí reclamo. Cuélgate al cuello esa medalla, porque yo lo ecsijo de tí.

—Gonzalo tomó la medalla, besó la mano del noble príncipe y salió con la arrogancia de un caballero castellano.

El mismo dia y á la misma hora que el aventurero llegaba á la ciudadela de Amberes, entraba Gonzalo en Bruselas sobre su caballo cordobes.

CAPÍTULO X.

LA ESTATUA DEL DUQUE DE ALBA.

El aventurero permaneció al pié de la estatua de bronce, como una yedra que busca arrimo al pié de un álamo gigante. Su mirada era fria y severa, cayendo á plomo sobre la ciudad, cuyos habitantes hormigueaban, dirijiéndose á la ciudadela, armados de picos los unos, de palas los otros, y todos con el entusiasmo que presta la seguridad de vencer. Los soldados permanecian en el interior de los cuarteles, y tres hombres, en traje de guerra, salieron del palacio del gobernador. No tenemos por qué ocultar los nombres de estos tres armados personajes, que eran Mos de Theron, el capitan Roberto, y Mos de Noylles, quien habia recibido en pago de su infame traicion el gobierno de la ciudadela. Los tres apresuraron su marcha, y llegaron en pocos momentos al pié de la estatua del duque.

—Buenos dias, caballero Enrique, dijo Theron tendiendo su mano al delicado aventurero, y saludándolo cortesmente.

—¿Muy buenos dias, Mos de Theron, contestó Enrique, poniendo su mano pequeña y blanca en la nervuda del breton.

—Mucho habeis madrugado, amigo? añadió el feroz calvinista.

—Me he levantado con la aurora. ¿Queréis decirme quiénes son estos caballeros, que parecen como vos, dispuestos á entrar en singular batalla?

—Con mucho gusto, amigo mio. Este es el capitan Roberto.

—¿El capitan Roberto? preguntó el jóven, pareciéndole haber oido antes aquel nombre.

—Un capitan de bandera alemana, repuso el amigo de Orange.

—Teneis razon. Un capitan que estuvo en Malinas de comisionado imperial, y despues en Namur de conspirador encubierto.

—El mismo, caballero Enrique, y ¡vive Dios! que pareceis bien enterado de cuanto tiene relacion con nuestros mas graves negocios.

—Lo conozco perfectamente y mucho me alegro de encontrarlo.

—Servidor vuestro, caballero, dijo Roberto saludando.

—Lo mismo repito, capitan, repuso Enrique marcialmente.

—Este otro, continuó Theron, es el capitan Mos de Noylles.

—Gobernador de la ciudadela, si mi memoria no me engaña.

—El mismo, replicó el breton, acariciándose la barba.

—Tengo largas noticias de vos, dijo Enrique, dirijiéndose al gobernador.

—Y deseo serviros, caballero, repuso Noylles cortesmente.

—Acepto, Noylles, vuestra oferta, y espero tener que recordárosla.

—¿Qué queréis, caballero Enrique? preguntó el capitan Noyllés.

—En este momento nada, capitan; pero otro dia podré ocuparos, y quizás no, segun el giro que vayan tomando mis negocios.

—Tengo órden de los Estados generales para complaceros en todo.

—Segun eso, vuestro deseo es una simple obligacion.

—Iré, caballero, mas allá de las órdenes, si es necesario.

—No pienso abusar por ahora, y ya he dicho que no sé si luego....

—Notad, dijo Theron acercándose á la puerta de la ciudadela, cómo acuden los buenos ciudadanos de Amberes, armados de picos, azadones y otros instrumentos.

—Me parecen muy perezosos, repuso Enrique, los buenos ciudadanos de Amberes.

—Apenas ha salido el sol, observó el capitan Roberto.

—Pero antes que el sol brilla, señores, la mañana.

Severo se mostraba Enrique con los habitantes de Amberes, cobrándoles en duras palabras el tiempo que habia esperado su llegada; pero como habia dicho Mos de Theron, se adelantaban en buen órden hácia la plaza de la formidable ciudadela.

—Rompia la marcha una tropa de jóvenes robustos, armados de acerados picos, entre los cuales se

lealtad frecuentemente profetiza. Tenedlo en cuenta, gran señor, y no añadiré una palabra.

—Gonzalo.... murmuró Don Juan entre enojado y cariñoso.

—No se detenga V. A. ó yo seguiré adivinando.

—Sabe, Gonzalo.... No, no es posible. No puedes saberlo.

—Me habeis dado vuestra real palabra, señor.

—¡Te la retiro! esclamó el príncipe con vehemencia.

—No es posible. Antes cambiará el sol su carrera que falte un hijo de Cárlos V á la palabra que ha empeñado.

—Tu vida, Gonzalo, tu vida pende quizás de mi silencio.

—¿Qué importa arriesgarla? Indíqueme al punto V. A. la mision que debo cumplir, y quedará desempeñada. Lo juro á fé de caballero.

—Conozco tu lealtad, Gonzalo, tambien conozco tu valor; pero no puedo decidirme. Es imposible.... No lo quiero.... No puedo hacerlo, y no lo haré.

—Escuchad, señor, una historia. Un príncipe, ilustre y magnánimo, amaba á una mujer hermosa, entre las sombras de un misterio para todos impenetrable. Esta mujer era la vida del bizarro príncipe, porque la vida es el amor. Gozaba al lado de la hermosa los mas deliciosos placeres; lejos de la hermosa padecia, como padece todo amante ausente del ídolo de su inflamado corazon. La mujer misteriosa seguia al príncipe como sombra amiga; pero en su cualidad de sombra desapareció de repente. El amante quiso seguirla; pero unas pesadas cadenas, que forjaron honor y deber, detuvieron entonces sus pasos; pensó en un servidor que hiciera sus veces, y se detuvo por no esponerlo á peligros imajinarios; hasta que adivinando el mismo servidor los tormentos del noble príncipe....

—¡Gonzalo! esclamó Don Juan adivinando cuánto debia añadir el jóven.

—No hay medio, señor: si V. A. no me dice adónde debo dirijirme, yo burlaré la vigilancia de los centinelas del castillo, y no volveré á él sin traer noticias de la misteriosa *dama negra*.

—Bien, Gonzalo, dijo el austriaco conmovido; ese valor que en tí distingo, esa firmeza superior á tus pocos años, me dan entera confianza y sabrás lo que de tí deseo.

—¡Gracias señor, esclamó el paje de nuevo echándose á sus piés.

—He vacilado muchos dias; te he despedido muchas veces sin atreverme á ecsijir de tí un sacrificio que puede costarte la vida.

—Bastante he vivido, señor, si puede serviros mi muerte.

—Empiezas á vivir, Gonzalo: tienes una madre que te adora, que te encomendó á mi cuidado, que me haria responsable de tu pérdida. No, Gonzalo, no puedes ir. Renunciemos una vez mas á nuestro proyecto.

El jóven se adelantó un paso hácia el príncipe, tendió la diestra sobre su pecho, y con acento de invariable resolucion dijo:

—Juro á Dios y á la ilustre sombra del gran capitan, mi antepasado, salir hoy mismo de la fortaleza de Namur, aunque tenga que precipitarme desde el muro: correr los Paises-Bajos, la Europa, y el mundo entero, si es preciso, hasta encontrar la *dama negra*.

—La *dama negra* ya no ecsiste, murmuró Don Juan tristemente.

—Con eso no volveré nunca, repuso Gonzalo sin dudar.

Iba el paje á salir, y el príncipe le detuvo cariñosamente.

—¿Adónde voy? preguntó Gonzalo tan decidido como siempre.

—A Bruselas, respondió el príncipe con sonoro acento.

—Entraré en Bruselas disfrazado, me alojaré en vuestro palacio, ó mejor dicho, en *la gruta de la Magdalena*, y esperaré meses y meses hasta ver á la *dama negra*.

—No. No la encontrarás allí nunca por mas que la esperes.

—¿Pues en dónde debo buscarla? preguntó impaciente Gonzalo?

—En casa de Cornelio Estraten, repuso Don Juan esforzándose.

—Cornelio Estraten.... murmuró el intrépido jóven.

—Un rico armero, el mas opulento del Brabante.

—¿Que tiene su fábrica junto á la iglesia de Koubemberg?

—¿Le conoces, Gonzalo? observó el príncipe muy satisfecho de su paje.

—Medianamente. ¿Debo dirijirme á su casa?

—Y preguntar por María Estraten. Aprende el nombre.

—Es el de su hija. No lo olvidaré; solemnemente lo aseguro.

—¿La conoces? preguntó el austriaco con mezcla de asombro y alegría.

—Perfectamente. Si es la mujer mas bella de todo el Brabante.

—Hermosa es, Gonzalo, muy hermosa. No hay otra beldad como la suya.

¿Y qué diré, señor, á mujer tan bella y seductora?

—Debes entregarla este papel, repuso Don Juan.

El príncipe tomó una carta que habia escrito momentos antes, décima edicion de otras varias que habia roto, y que renovaba cada vez que llamaba al jóven Gonzalo.

—¿La entrego esta carta? dijo el paje con alborozo.

—Sí, amigo mio, repuso el príncipe con tierno acento de bondad.

—Dadme vuestra vénia, señor, añadió el valiente Gonzalo.

—¿Adónde vas, amigo mio, con tan apremiante premura?

—A dar mis órdenes para que me ensillen un caballo, y despues á ponerme el vestido que me convierte en un flamenco.

—¿Cuándo piensas salir, Gonzalo, de la ciudadela?

—Ahora mismo. No quiero perder un solo instante.

—Dentro de una hora será de noche; espera á mañana.

—Al amanecer pienso estar dentro de Bruselas.

Don Juan se quitó una medalla que llevaba al pecho, y la presentó al jóven Gonzalo que la ecsaminó con asombro.

—¿Qué es esto, señor? preguntó el paje mostrando á Don Juan la medalla.

—Un talisman, replicó el príncipe, que puede serte muy precioso.

—¡Un talisman! esclamó Gonzalo despues de bien ecsaminarla.

—Lee en su reverso, añadió el austriaco desdeñosamente sonriyéndose.

—*Contra-juanistas*, leyó el paje, y miró á Don Juan con estrañeza.

—Esa medalla puede salvarte de algun peligro, dijo el príncipe, respondiendo así á la mirada investigadora del mancebo.

—No puede llevar esa medalla quien ha nacido castellano. Este es un signo de traidores. Tomadla, señor, ó la arrojo, esclamó el mancebo indignado.

—Detente, Gonzalo, y sé prudente. Yo mismo he llevado esa medalla sobre el pecho; reune al valor de tu familia la prudencia que de tí reclamo. Cuélgate al cuello esa medalla, porque yo lo ecsijo de tí.

—Gonzalo tomó la medalla, besó la mano del noble príncipe y salió con la arrogancia de un caballero castellano.

El mismo dia y á la misma hora que el aventurero llegaba á la ciudadela de Amberes, entraba Gonzalo en Bruselas sobre su caballo cordobes.

CAPÍTULO X.

LA ESTATUA DEL DUQUE DE ALBA.

El aventurero permaneció al pié de la estatua de bronce, como una yedra que busca arrimo al pié de un álamo gigante. Su mirada era fria y severa, cayendo á plomo sobre la ciudad, cuyos habitantes hormigueaban, dirijiéndose á la ciudadela, armados de picos los unos, de palas los otros, y todos con el entusiasmo que presta la seguridad de vencer. Los soldados permanecian en el interior de los cuarteles, y tres hombres, en traje de guerra, salieron del palacio del gobernador. No tenemos por qué ocultar los nombres de estos tres armados personajes, que eran Mos de Theron, el capitan Roberto, y Mos de Noylles, quien habia recibido en pago de su infame traicion el gobierno de la ciudadela. Los tres apresuraron su marcha, y llegaron en pocos momentos al pié de la estatua del duque.

—Buenos dias, caballero Enrique, dijo Theron tendiendo su mano al delicado aventurero, y saludándolo cortesmente.

—¿Muy buenos dias, Mos de Theron, contestó Enrique, poniendo su mano pequeña y blanca en la nervuda del breton.

—Mucho habeis madrugado, amigo? añadió el feroz calvinista.

—Me he levantado con la aurora. ¿Queréis decirme quiénes son estos caballeros, que parecen como vos, dispuestos á entrar en singular batalla?

—Con mucho gusto, amigo mio. Este es el capitan Roberto.

—¿El capitan Roberto? preguntó el jóven, pareciéndole haber oido antes aquel nombre.

—Un capitan de bandera alemana, repuso el amigo de Orange.

—Teneis razon. Un capitan que estuvo en Malinas de comisionado imperial, y despues en Namur de conspirador encubierto.

—El mismo, caballero Enrique, y ¡vive Dios! que pareceis bien enterado de cuanto tiene relacion con nuestros mas graves negocios.

—Lo conozco perfectamente y mucho me alegro de encontrarlo.

—Servidor vuestro, caballero, dijo Roberto saludando.

—Lo mismo repito, capitan, repuso Enrique marcialmente.

—Este otro, continuó Theron, es el capitan Mos de Noylles.

—Gobernador de la ciudadela, si mi memoria no me engaña.

—El mismo, replicó el breton, acariciándose la barba.

—Tengo largas noticias de vos, dijo Enrique, dirijiéndose al gobernador.

—Y deseo serviros, caballero, repuso Noylles cortesmente.

—Acepto, Noylles, vuestra oferta, y espero tener que recordárosla.

—¿Qué queréis, caballero Enrique? preguntó el capitan Noyllés.

—En este momento nada, capitan; pero otro dia podré ocuparos, y quizás no, segun el giro que vayan tomando mis negocios.

—Tengo órden de los Estados generales para complaceros en todo.

—Segun eso, vuestro deseo es una simple obligacion.

—Iré, caballero, mas allá de las órdenes, si es necesario.

—No pienso abusar por ahora, y ya he dicho que no sé si luego....

—Notad, dijo Theron acercándose á la puerta de la ciudadela, cómo acuden los buenos ciudadanos de Amberes, armados de picos, azadones y otros instrumentos.

—Me parecen muy perezosos, repuso Enrique, los buenos ciudadanos de Amberes.

—Apenas ha salido el sol, observó el capitan Roberto.

—Pero antes que el sol brilla, señores, la mañana.

Severo se mostraba Enrique con los habitantes de Amberes, cobrándoles en duras palabras el tiempo que habia esperado su llegada; pero como habia dicho Mos de Theron, se adelantaban en buen órden hácia la plaza de la formidable ciudadela.

—Rompia la marcha una tropa de jóvenes robustos, armados de acerados picos, entre los cuales se

distinguia el posadero de Bruselas, Guillermo Matren: á esta tropa seguia una muchedumbre de hombres armados de palas, y despues grupos de mujeres, niños y ancianos, confundiéndose la gerarquía, los estados y condiciones. Al llegar á la estatua del duque dieron un ¡Hurra! furibundo, y Guillermo Matren quiso el primero descargar en ella su pico. Iban á disputarse varios este honor, cuando interponiéndose Enrique, dijo con voz firme y sonora:

—Señores, ¿por qué deseais con tanto ardor romper esta estatua?

—Porque es la imágen del tirano, gritaron mil voces á un tiempo, queriendo vengar en un minuto algunos años de opresion.

—¿Y esta ciudadela qué es? preguntó el jóven dirijiendo una compasiva mirada á la furiosa muchedumbre.

—Su obra, respondieron á la vez los labios de mil y mil hombres.

—Supuesto que él osó levantarla, que presida su destruccion.

—Que la presida, repitieron las mismas voces.

—El Rubarto permite, señores, que se allane la parte del muro que hace frente á la ciudad, dijo Enrique con sonoro acento de mando.

—¡Que se allane! gritó de nuevo la entusiasmada muchedumbre.

—Seguidme, gritó Enrique á su vez, y obedeced mi mandamiento.

El aventurero se puso al frente de la muchedumbre, que crecia como las olas de la mar al soplo de los huracanes, y llegando al sitio señalado, se detuvo y dijo:

—Guillermo Matren, hiere esta muralla el primero.

La voz de Enrique ejercia siempre un poderoso influjo sobre el hijo del posadero, y sin saber por qué, cuantas veces oia Guillermo su mandato, obedecia como un magnetizado á su poderoso magnetizador. En este momento el mandato honraba mucho al posadero, y levantando su fuerte pico, hirió la piedra, que despidió torrentes de lumbre. Cien golpes siguieron, con intermision de un segundo, y al segundo siguiente resonaron do quier mil y mil. El entusiasmo popular tomaba incremento á cada golpe, y cuando se desprendia una piedra lanzaban frenéticos gritos, que aunque hijos de una inmoderada alegría, causaban profundo terror.

El emperador Cárlos V, campana mayor, como hemos dicho, de la catedral de Nuestra Señora, anunció con su lengua de bronce, que habia empezado la destruccion; y los habitantes mas remisos así como los moradores de cuatro leguas en contorno, acudieron á su llamamiento, reuniéndose tan crecido número de trabajadores sobre el anatematizado muro, que dificultaban los golpes, y algunos quedaban heridos del que su vecino descargaba, ó de los pedazos de piedra que saltaban al rudo esfuerzo de los mas diestros y robustos.

Al clamoreo de la campana se unió otro incidente, que en tan solemnes circunstancias avivó mucho el entusiasmo general. Mos de Theron, Mos de Noylles y el capitan Roberto, al frente de la guarnicion de la ciudadela, avanzaron á paso de carga, armados de instrumentos de destruccion; y muy pronto sus terribles golpes abrieron brecha en el paraje acometido, escombrando el profundo foso, y ofreciendo una nueva entrada á los que venian de refresco. Los fatigados trabajadores cedian sus caldeadas herramientas á los que querian sustituirlos, y las mujeres nobles y plebeyas, preparaban abundantes ranchos para sus esposos, hijos y hermanos, que no dejaban la tarea, y que celebraban con víctores cada golpe que apresuraba la destruccion del recio muro, diez años antes levantado.

Una sola persona miraba con sonrisa triste y glacial, pero de triunfo al mismo tiempo, aquellos patrióticos afanes, sin mover piedra ni ayudarlos con la palabra ó el ejemplo: esta sola persona era Enrique. Apoyado en el tronco de un árbol, parecia aislado enteramente, y todo el pueblo le miraba como á su jefe y capitan.

Guillermo Matren entregó su pico á las cuatro horas de trabajo: mientras acababan de cocer un enorme rancho, se acercó tímidamente al jóven Enrique, y le dijo con voz mal segura:

—¿Pareceis triste, caballero? ¿Quién os ofende? ¿Qué os aflije?

—¿Quién sois? preguntó Enrique con enojo.

—¿No me conoceis? Guillermo Matren, el posadero de Bruselas.

—¿Y quién os ha dado permiso para que os acerqueis á mí?

—Es que....tartamudeó el posadero, retrocediendo algunos pasos.

—Perdonadme, estaba distraido, murmuró Enrique dominándose, y haciendo señal á Guillermo para que adelantara el camino que acababa de desandar.

—Si os incomodo....murmuró Guillermo, acercándose lentamente.

—Nada menos. ¿Habeis trabajado mucho hoy?

—Bastante: y he venido á daros las gracias, porque me mandasteis dar el primer golpe, dispensándome tan gran favor.

—Verdaderamente fué un honor, repuso Enrique con frialdad.

—Que he procurado merecer. Mirad cómo tengo las manos.

Guillermo presentó sus manos llagadas; pues, aunque forzudo y robusto, jamás habia hecho otro trabajo que mover algunos costales de cebada, y eso por pura oficiosidad; porque las riquezas de su padre le permitian ser el mas ocioso posadero de las diez y siete provincias. Enrique contempló aquel estrago, con mas repugnancia que lástima, y dijo á Guillermo con su glacial indiferencia y su desdeñosa sonrisa:

—Me parece que van á servir aquel rancho, y ya tendréis necesidad de restaurar un tanto vuestras fuerzas. Alejaos y comed.

—¿Y vos no comeis con nosotros? preguntó Guillermo.

—Todavia no, repuso el misterioso jóven.

—Quisiera pediros un favor, añadió Matren ruborizándose.

—Hablad sin abatir los ojos, replicó Enrique secamente.

—¿Cuando derribemos la estatua, daré tambien el primer golpe?

—Es posible, repuso Enrique, y señaló á Guillermo el rancho, que estaban empezando á servir, con un imperioso ademan.

Nada mas grande que el entusiasmo popular mirado por mayor, si nos es lícito hacer uso de esta palabra; pero nada mas repugnante que sus pormenores ó detalles. Admiraba verdaderamente el conjunto de muchos millares de personas, que se relevaban en el trabajo y aun se encontraba algo notable en aquel continuo banquete, mas grande y sobrio que los de la terrible Esparta: pero repugnaba ver las manos y vestidos de hermosas damas, distinguidas por su nacimiento, educacion y gerarquía, manchados de sangre, de grasa, y rotos como los de humildes vivanderas. Este cuadro ofendia los ojos, y se escandalizaban los oidos con indecorosas palabras, dichas de intento ó por acaso, y acompañadas muchas veces de acciones que teñian de carmin las mejillas del intrépido aventurero.

Vinieron las sombras de la noche; los trabajadores se relevaban, y, á la luz de inflamadas teas, continuaban la destruccion, como si no pudieran proseguirla interrumpiéndola un instante. Enrique, jefe en cierto modo de aquella obrera muchedumbre, merced al prestigio que le daba lo misterioso de su orígen, se aprovechó de la oscuridad, y desapareció como un fantasma, sin ser notado, porque todos habian recibido ya el impulso, y lo seguian como unos autómatas con determinado movimiento.

Bien hizo Enrique en retirarse. Un niño de diez y seis años no debia presenciar las escenas que tuvieron lugar entre el misterio de las sombras y la rojiza claridad de las antorchas inflamadas. ¡Vista la ciudad de Amberes á una ó dos millas de distancia, qué magnífica parecia! Una ciudad entera trabajando á la luz de diez mil antorchas para romper el férreo yugo que le habia impuesto un vencedor! ¡La ciudad de Amberes vista en detal, en el interior de su recinto, qué pequeño cuadro ofrecia! Mujeres que sacrificaban en las aras de un frenético patriotismo la honra, rasgando con sus sucias manos la blanca túnica del pudor: hombres que dejaban la armaina para buscar torpe reposo; niños que vacilaban beodos al compás de lúbricas canciones, y eran rechazados despues del blando seno maternal. La virtud y el vicio reunidos sin avergonzarse ni esconderse: lo mas santo y lo mas inmundo sin rechazarse: débil naturaleza humana que amalgama tan fácilmente los mas encontrados elementos, y forma de la sociedad un nuevo caos; confuso embrion en donde la materia predomina sobre el espíritu, en donde funcionan los sentidos y muda queda la razon.

El crepúsculo de la mañana obligó al vicio á enmascararse, y alumbró de nuevo el pálido rostro de Enrique, que apoyado en el mismo árbol parecia no haberlo abandonado un solo instante; al menos así lo creyeron cuantos tenian por un sér sobrehumano al jóven héroe, cuya poderosa palabra habia dado al príncipe de Orange la soberana autoridad. El continuo trabajo de veinte y cuatro horas seguidas, habia allanado en su mayor parte el espeso lienzo de muralla, y los afanados trabajadores, satisfechos con tan brillantes resultados, doblaban su afan á medida que llegaba el ansiado fin. Mos de Theron, Mos de Noylles y el capitan Roberto continuaban dando el ejemplo á sus soldados; los habitantes de los contornos acudian tambien en nuevas tropas, y al hundirse el sol en el Occidente, se habia convertido el lienzo de muralla en informes masas de escombros.

El trabajo de la segunda noche se redujo á terraplenar el ancho foso: trabajo en que tomaron parte ancianos, mujeres y niños; y al amanecer del tercer dia, podia mandar el aventurero pasar el arado sobre la muralla destruida, como Scipion sobre Cartago, ó Tito sobre la antigua Jerusalem.

Terminada tan penosa tarea, se agruparon los mas fogosos alrededor de Enrique, que estaba cruzado de brazos al pié de su árbol favorito: el jóven, sin desplegar los labios, se dirijió al frente del gozoso cortejo al pié de la estatua del duque, y tendiendo su diestra, como Dios para desencadenar los elementos, dijo con voz breve:

—¡Destruid, ciudadanos de Amberes, destruid la estatua del tirano!

A su voz respondió un solo golpe descargado por cicuenta brazos, y la estatua tembló en su base, como una encina que sacude con ruda saña el huracan. Otros golpes se repitieron; el pedestal saltó en pedazos, y poco despues cayó la efigie, resonando el bronce en su caida como la voz de un moribundo en los momentos del estertor. Furiosos gritos respondieron al sordo gemido del bronce; mil y mil golpes se descargaron, empujándose unos á otros para tomar parte en la obra, y el que hacia saltar un pedazo lanzaba frenéticos aullidos, creyendo ver brotar la sangre del aborrecido adalid.

Los ojos buscaban entrañas en aquella masa de bronce, los oidos creian escuchar ayes, y la sed ardiente de venganza buscaba sangre en que saciar su hidrópico y ciego furor. Solo Enrique parecia estraño al entusiasmo general; retirado á agluna distancia contemplaba con indiferencia el afan de los brabanteses, y solo al ver la estatua rota y satisfecho el popular encono, dijo:

—Conducid esos restos á una fundicion de cañones, y sea el bronce lo que fué antes de personificar la tiranía.

Gritos de júbilo respondieron á estas palabras; y atando con cuerdas los pedazos, los fueron arrastrando, como despojos del enemigo, hasta la fábrica de fundicion.

Tan fausto dia debia terminar con algun público regocijo, y, despues de largas conferencias, se decidió hacer aquella tarde la procesion de la *Kermesse*. Esta fiesta, la mas notable de cuantas celebra la ciudad, reunia al entusiasmo que produce una no pequeña analogía con lo que acababa de suceder. Se hace esta fiesta, segun cuenta la tradicion, en memoria de que en tiempo antiguo habia en

Amberes un castillo, del cual se ven restos en el mercado del Pescado, situado en las márgenes del Escalda; en el que el señor del pais, hombre de formas gigantescas, hacia pagar un crecido derecho á todo el que pasaba el rio, cortando las manos á quien procuraba escaparse. Lo que prueban en cierto modo las armas de esta noble ciudad, que son un castillo y dos manos cortadas en campo rojo. Se hace pues tan solemne fiesta en memoria de haber destruido tan espantosa tiranía, y nunca podia tener mas natural esplicacion, que despues de haber echado á tierra el altivo muro y la estatua del guerrero terror de Flandes.

Los improvisados zapadores y las ilustres vivanderas dejaron los útiles de destruccion y de cocina, para vestir sus mejores galas y presentarse con el lujo que la ceremonia requeria. A las tres de la tarde el ruido del pífano y el tamboril fué avisando á los habitantes que era el momento de la fiesta; é instantes despues la plaza de la *Nueva Bolsa* presentaba el cuadro animado que ofrecen siempre muchos millares de personas. El burgomaestre y los echevinos (regidores), vestidos de gran ceremonia, aparecieron en la puerta de las casas consistoriales, y se puso en movimiento la complicada procesion.

Abria la marcha un portaestandarte, llevando en su mano una bandera con la armas de la ciudad acompañado por el pífano y tamboril; seguianle dos leones dorados de colosales dimensiones; en pos de ellos un carro triunfal que servia de trono á una ninfa, tirado por ocho dragones alados; y finalmente, un enorme gigante armado de piés á cabeza. El vecindario rodeaba este simbólico cortejo; y la municipalidad de Amberes caminaba con paso tardo presidiendo, segun costumbre, tan importante ceremonia.

Al compas de entusiastas víctores, paseó la procesion las calles principales de la ciudad; pero en lugar de dirijirse hácia las antiquísimas ruinas del castillo del fiero gigante, se encaminó á las recientes ruinas de la desmantelada ciudadela. Nuevos víctores resonaron en su recinto, y al marchar el innumerable cortejo sobre la arrasada muralla, entonaba cánticos de triunfo, creyendo haber roto sus cadenas con aquel acto de borrascoso frenesí.

Enrique, el niño misterioso, de cuerpo frágil, delicado, pero de espíritu de hierro, marchaba silenciosamente, acompañado de Mos de Noylles, Mos de Theron, el capitan Roberto y algunos otros militares, sin tomar parte en la general alegría, y deseando ver terminada una fiesta muy popular y muy alegre para una alma menos preocupada que la suya, y para unos miembros mas robustos. El entusiasmo general le predecia que no veria terminado pronto aquel regocijo, pero hablaban en su favor el cansancio de tres largos dias y el insomnio de dos veladas. La lucha entre el espíritu, que quiere, y la materia, que desmaya, se entabló por fin, y el espíritu sucumbió, retirándose la muchedumbre cuando las primeras estrellas titilaban tímidamente en inmensos campos de azul.

Si quisiéramos filosofar, las escenas que hemos descrito nos ofrecerian ancho campo. Una palabra, pronunciada por un niño desconocido y dicha á un borracho, habia causado la destruccion de la mas hermosa ciudadela que admiraba el mundo: una palabra habia, como un soplo de fuego, inflamado los corazones de tantos millares de flamencos: una palabra habia destruido la grande obra de D. Fadrique de Toledo. ¡Quién buscará justa proporcion entre los efectos y sus causas!

CAPITULO XI.

GONZALO.

El paje de D. Juan de Austria habia penetrado en Bruselas sin el mas leve contratiempo, con ánimo firme de hablar á la encantadora María, venciendo obstáculos é invirtiendo cuanto tiempo fuera preciso. Entre los planes que se proponia, era uno rondar la calle de la hermosa, para dirijirla la palabra si se presentaba en el balcon, ó seguirla si salia á paseo, y abordarla en el momento conveniente. Resuelto á mostrarse á todas horas y en los mas públicos parajes, creyó inútil y hasta ridículo guardar misterio; se instaló sin ceremonia en una cómoda posada, bajo nombre supuesto sí, pero no recatando su persona. Pasó los tres primeros dias en rondar la casa del armero, logrando llamar la atencion de los vecinos y transeuntes, pero sin descubrir la menor huella de su codiciado tesoro.

Jóven é impaciente Gonzalo, le parecieron aquellos tres dias una eternidad, y decidió que aquel sistema era inseguro, y á mas de inseguro muy lento: se entregó á largas meditaciones, y sacó en claro que lo mas breve era dirijirse á la propia casa del armero y preguntar en ella por María. Tomada esta resolucion se apresuró á ponerla en planta, y preguntó al primer criado que se le presentó á la puerta por la señorita María Estraten.

—Ahí dentro está el amo, repuso rudamente el criado, podeis preguntarle por su hija.

Mucho deseaba nuestro jóven adquirir noticias de María; mas á pesar de su impaciencia no creyó prudente dirijirse á maesse Cornelio, hombre brusco, nada aficionado al austriaco, segun la opinion general, y que con el derecho de padre querria saber por qué motivo buscaban á su amada hija. Gonzalo no creyó prudente esponerse á tantos azares, y como general que se encuentra con un ejército superior, ó á quien avisan de una formidable emboscada, se retiró triste y mohino, contentándose con sus paseos.

Otro deseo tenia Gonzalo, casi tan vivo como el de encontrar á María; el de conocer al aventurero. La fama de este sér misterioso habia llegado á la ciudadela de Namur, y desde que entró el paje en Bruselas el nombre del aventurero zumbaba sin tregua en su oido. Todos á coro repetian la hermosura del aventurero, el lujo del aventurero, las riquezas, el odio hácia los españoles, el prestigio en los Estados generales del aventurero: y aunque no habia roto ninguna lanza, ni mantenido ningun duelo, tambien encomiaban su valor. Sabia Gonzalo

que el aventurero era un jóven de su misma edad; y deseaba encontrarse con él, muy decidido á provocarlo, estimulado por el deseo de eclipsar á un jóven tan notable; adquiriendo para sí la gloria de que el otro estaba rodeado, y quitando á la causa del príncipe un enemigo poderoso.

Ocupado estaba el jóven paje con su doble proyecto, cuando entró un criado en su habitacion para anunciarle una visita. Gonzalo conocia en Bruselas muy corto número de personas, y no habia juzgado prudente darse á conocer con ninguna: esta visita le contrariaba, y dijo al criado:

—¿Por quién ha preguntado? ¿quién manifiesta querer verme?

—Por vos; solamente por vos, repuso el criado secamente.

—¿Pero de qué modo? añadió el paje, no satisfaciéndole la respuesta.

—Preguntando por un estranjero, y dando vuestras mismas señas. ¿Qué mas habia de preguntar, ni qué mas me habia de decir?

—Podrá equivocarme con otro, repuso Gonzalo.

—¡Oh! la persona que ha preguntado no se equivoca.

—¿Pues quién es? observó el jóven paje inquieto y curioso á la vez.

—El *Aventurero*, repuso el criado acentuando mucho la palabra.

—¡Que entre! esclamó Gonzalo levantándose con estraordinaria alegría, y el criado se alejó diciendo:

—Parece que los dos arrapiezos se han conocido antes de ahora.

El paje dió algunos paseos á lo largo de su habitacion; sentóse despues, y vió entrar un jóven de corta estatura, ojos pardos, tez blanco-mate, facciones correctas, negros cabellos, boca breve y cejas unidas. Este jóven vestia truzas á la flamenca; botas con espuela de oro; coleto de terciopelo negro con mangas permidas; ropilla recamada de oro, y sombrero con blanca pluma. La espresion de su fisonomía era triste y dulce á la vez; y sus labios querian sonreirse sin enteramente lograrlo. Gonzalo se levantó á su vista, le ofreció un sitial cortesmente, y se sentó en el que ocupaba.

El aventurero admitió el sitial que le presentó el paje, y guardó profundo silencio.

—¿Puedo saber, dijo Gonzalo queriendo entablar conversacion, á quién tengo el honor de recibir?

—Al caballero Enrique, como me hago llamar, ó al *Aventurero*, como me llaman vulgarmente, repuso el jóven con frialdad.

—Mucho he oido hablar del *Aventurero*, replicó el paje con sarcasmo.

—¿En dónde, caballero Gonzalo? si teneis á bien el decírmelo.

—En Bruselas, caballero Enrique, si á mal no llevais el escucharlo.

—Me figuré que en la ciudadela de Namur, repuso Enrique con intencion.

—¡Caballero! esclamó Gonzalo, con visibles muestras de enojo.

—¿Os ha causado admiracion una respuesta tan sencilla?

—Mucho me admira, lo confieso; y cuando me admira....

—Os admira, porque no sabeis que jamás visito á una persona sin conocer su nombre, apellido, condicion y algunos pormenores de su vida.

—¿Vos sabeis?....

—Yo sé que os llamais Gonzalo Fernandez de Córdova.

Sobrecojido quedó Gonzalo, mas presentándose una idea á su imaginacion ardiente, corrió á la puerta, echó la llave y se la metió en el bolsillo. Despues ocupó su sitial.

—Sé, prosiguió el aventurero, que sois paje de D. Juan de Austria.... Y á propósito: ¿cómo está el príncipe?

Gonzalo vaciló en responder, pero considerando que una mentira le deshonraria sin sacarlo del compromiso, repuso con serenidad:

—El príncipe se encuentra bueno y en perfecta seguridad.

—¿Alegre ó triste? añadió el jóven misterioso.

—Muy alegre, repuso el valiente Gonzalo.

—Muy alegre, murmuró Enrique con un acento inesplicable.

—¿Creeis, caballero Enrique, que tiene algun motivo de tristeza?

—Estoy muy distante de la ciudadela de Namur para saber lo que en ella pasa; pero el aspecto que presentan los negocios públicos, debe contristar profundamente el ánimo de D. Juan de Austria, replicó Enrique con calculada indiferencia.

—Caballero, replicó Gonzalo con arrogante seriedad, cuantos han estudiado de buena fé el curso de los acontecimientos, desde que se firmó la paz de Gante, saben que el gobernador general ha cumplido sus condiciones, deseando evitar todo conflicto entre los poderes del Estado; pero tambien cuantos conozcan al hermano de Felipe II, cuantos recuerden el brillante écsito de sus espediciones militares, cuantos pronuncien su ilustre nombre, sabrán que no teme la guerra, y que desprecia profundamente á sus villanos enemigos. En cuanto al tono de sarcasmo que habeis dado á vuestras palabras, os diré que si me conoceis, yo tambien os conozco.

Enrique quedó pálido como la cera, oyendo las palabras del paje, y murmuró tímidamente:

—¿Me conoceis?

—Sí, repuso Gonzalo con mas vehemencia. Sé que sois un vil instrumento de Guillermo, príncipe de Orange: que os habeis presentado en Bruselas con un carácter misterioso y enteramente novelesco, que tirais el oro á manos llenas, que pasais por un sér sobrenatural, cuyo orígen se desconoce, cuya omnipotencia se palpa: sé que prevalido de este carácter y de la ciega credulidad del preocupado y necio vulgo, habeis hecho nombrar Rubarto a vuestro patrono: y sé, repito, que obraréis siempre como un miserable maniquí del traidor Guillermo de Nassau.

Durante el fogoso discurso del paje, se serenaron poco á poco las facciones del aventurero, tomando su rostro aquel aspecto melancólico é indi-

Amberes un castillo, del cual se ven restos en el mercado del Pescado, situado en las márgenes del Escalda; en el que el señor del pais, hombre de formas gigantescas, hacia pagar un crecido derecho á todo el que pasaba el rio, cortando las manos á quien procuraba escaparse. Lo que prueban en cierto modo las armas de esta noble ciudad, que son un castillo y dos manos cortadas en campo rojo. Se hace pues tan solemne fiesta en memoria de haber destruido tan espantosa tiranía, y nunca podia tener mas natural esplicacion, que despues de haber echado á tierra el altivo muro y la estatua del guerrero terror de Flandes.

Los improvisados zapadores y las ilustres vivanderas dejaron los útiles de destruccion y de cocina, para vestir sus mejores galas y presentarse con el lujo que la ceremonia requeria. A las tres de la tarde el ruido del pífano y el tamboril fué avisando á los habitantes que era el momento de la fiesta; é instantes despues la plaza de la *Nueva Bolsa* presentaba el cuadro animado que ofrecen siempre muchos millares de personas. El burgomaestre y los echevinos (regidores), vestidos de gran ceremonia, aparecieron en la puerta de las casas consistoriales, y se puso en movimiento la complicada procesion.

Abria la marcha un portaestandarte, llevando en su mano una bandera con la armas de la ciudad acompañado por el pífano y tamboril; seguianle dos leones dorados de colosales dimensiones; en pos de ellos un carro triunfal que servia de trono á una ninfa, tirado por ocho dragones alados; y finalmente, un enorme gigante armado de piés á cabeza. El vecindario rodeaba este simbólico cortejo; y la municipalidad de Amberes caminaba con paso tardo presidiendo, segun costumbre, tan importante ceremonia.

Al compas de entusiastas víctores, paseó la procesion las calles principales de la ciudad; pero en lugar de dirijirse hácia las antiquísimas ruinas del castillo del fiero gigante, se encaminó á las recientes ruinas de la desmantelada ciudadela. Nuevos víctores resonaron en su recinto, y al marchar el innumerable cortejo sobre la arrasada muralla, entonaba cánticos de triunfo, creyendo haber roto sus cadenas con aquel acto de borrascoso frenesí.

Enrique, el niño misterioso, de cuerpo frágil, delicado, pero de espíritu de hierro, marchaba silenciosamente, acompañado de Mos de Noylles, Mos de Theron, el capitan Roberto y algunos otros militares, sin tomar parte en la general alegría, y deseando ver terminada una fiesta muy popular y muy alegre para una alma menos preocupada que la suya, y para unos miembros mas robustos. El entusiasmo general le predecia que no veria terminado pronto aquel regocijo, pero hablaban en su favor el cansancio de tres largos dias y el insomnio de dos veladas. La lucha entre el espíritu, que quiere, y la materia, que desmaya, se entabló por fin, y el espíritu sucumbió, retirándose la muchedumbre cuando las primeras estrellas titilaban tímidamente en inmensos campos de azul.

Si quisiéramos filosofar, las escenas que hemos descrito nos ofrecerian ancho campo. Una palabra, pronunciada por un niño desconocido y dicha á un borracho, habia causado la destruccion de la mas hermosa ciudadela que admiraba el mundo: una palabra habia, como un soplo de fuego, inflamado los corazones de tantos millares de flamencos: una palabra habia destruido la grande obra de D. Fadrique de Toledo. ¡Quién buscará justa proporcion entre los efectos y sus causas!

CAPITULO XI.

GONZALO.

El paje de D. Juan de Austria habia penetrado en Bruselas sin el mas leve contratiempo, con ánimo firme de hablar á la encantadora María, venciendo obstáculos é invirtiendo cuanto tiempo fuera preciso. Entre los planes que se proponia, era uno rondar la calle de la hermosa, para dirijirla la palabra si se presentaba en el balcon, ó seguirla si salia á paseo, y abordarla en el momento conveniente. Resuelto á mostrarse á todas horas y en los mas públicos parajes, creyó inútil y hasta ridículo guardar misterio; se instaló sin ceremonia en una cómoda posada, bajo nombre supuesto sí, pero no recatando su persona. Pasó los tres primeros dias en rondar la casa del armero, logrando llamar la atencion de los vecinos y transeuntes, pero sin descubrir la menor huella de su codiciado tesoro.

Jóven é impaciente Gonzalo, le parecieron aquellos tres dias una eternidad, y decidió que aquel sistema era inseguro, y á mas de inseguro muy lento: se entregó á largas meditaciones, y sacó en claro que lo mas breve era dirijirse á la propia casa del armero y preguntar en ella por María. Tomada esta resolucion se apresuró á ponerla en planta, y preguntó al primer criado que se le presentó á la puerta por la señorita María Estraten.

—Ahí dentro está el amo, repuso rudamente el criado, podeis preguntarle por su hija.

Mucho deseaba nuestro jóven adquirir noticias de María; mas á pesar de su impaciencia no creyó prudente dirijirse á maesse Cornelio, hombre brusco, nada aficionado al austriaco, segun la opinion general, y que con el derecho de padre querria saber por qué motivo buscaban á su amada hija. Gonzalo no creyó prudente esponerse á tantos azares, y como general que se encuentra con un ejército superior, ó á quien avisan de una formidable emboscada, se retiró triste y mohino, contentándose con sus paseos.

Otro deseo tenia Gonzalo, casi tan vivo como el de encontrar á María; el de conocer al aventurero. La fama de este sér misterioso habia llegado á la ciudadela de Namur, y desde que entró el paje en Bruselas el nombre del aventurero zumbaba sin tregua en su oido. Todos á coro repetian la hermosura del aventurero, el lujo del aventurero, las riquezas, el odio hácia los españoles, el prestigio en los Estados generales del aventurero: y aunque no habia roto ninguna lanza, ni mantenido ningun duelo, tambien encomiaban su valor. Sabia Gonzalo

que el aventurero era un jóven de su misma edad; y deseaba encontrarse con él, muy decidido á provocarlo, estimulado por el deseo de eclipsar á un jóven tan notable; adquiriendo para sí la gloria de que el otro estaba rodeado, y quitando á la causa del príncipe un enemigo poderoso.

Ocupado estaba el jóven paje con su doble proyecto, cuando entró un criado en su habitacion para anunciarle una visita. Gonzalo conocia en Bruselas muy corto número de personas, y no habia juzgado prudente darse á conocer con ninguna: esta visita le contrariaba, y dijo al criado:

—¿Por quién ha preguntado? ¿quién manifiesta querer verme?

—Por vos; solamente por vos, repuso el criado secamente.

—¿Pero de qué modo? añadió el paje, no satisfaciéndole la respuesta.

—Preguntando por un estranjero, y dando vuestras mismas señas. ¿Qué mas habia de preguntar, ni qué mas me habia de decir?

—Podrá equivocarme con otro, repuso Gonzalo.

—¡Oh! la persona que ha preguntado no se equivoca.

—¿Pues quién es? observó el jóven paje inquieto y curioso á la vez.

—El *Aventurero*, repuso el criado acentuando mucho la palabra.

—¡Que entre! esclamó Gonzalo levantándose con estraordinaria alegría, y el criado se alejó diciendo:

—Parece que los dos arrapiezos se han conocido antes de ahora.

El paje dió algunos paseos á lo largo de su habitacion; sentóse despues, y vió entrar un jóven de corta estatura, ojos pardos, tez blanco-mate, facciones correctas, negros cabellos, boca breve y cejas unidas. Este jóven vestia truzas á la flamenca; botas con espuela de oro; coleto de terciopelo negro con mangas permidas; ropilla recamada de oro, y sombrero con blanca pluma. La espresion de su fisonomía era triste y dulce á la vez; y sus labios querian sonreirse sin enteramente lograrlo. Gonzalo se levantó á su vista, le ofreció un sitial cortesmente, y se sentó en el que ocupaba.

El aventurero admitió el sitial que le presentó el paje, y guardó profundo silencio.

—¿Puedo saber, dijo Gonzalo queriendo entablar conversacion, á quién tengo el honor de recibir?

—Al caballero Enrique, como me hago llamar, ó al *Aventurero*, como me llaman vulgarmente, repuso el jóven con frialdad.

—Mucho he oido hablar del *Aventurero*, replicó el paje con sarcasmo.

—¿En dónde, caballero Gonzalo? si teneis á bien el decírmelo.

—En Bruselas, caballero Enrique, si á mal no llevais el escucharlo.

—Me figuré que en la ciudadela de Namur, repuso Enrique con intencion.

—¡Caballero! esclamó Gonzalo, con visibles muestras de enojo.

—¿Os ha causado admiracion una respuesta tan sencilla?

—Mucho me admira, lo confieso; y cuando me admira....

—Os admira, porque no sabeis que jamás visito á una persona sin conocer su nombre, apellido, condicion y algunos pormenores de su vida.

—¿Vos sabeis?....

—Yo sé que os llamais Gonzalo Fernandez de Córdova.

Sobrecojido quedó Gonzalo, mas presentándose una idea á su imaginacion ardiente, corrió á la puerta, echó la llave y se la metió en el bolsillo. Despues ocupó su sitial.

—Sé, prosiguió el aventurero, que sois paje de D. Juan de Austria.... Y á propósito: ¿cómo está el príncipe?

Gonzalo vaciló en responder, pero considerando que una mentira le deshonraria sin sacarlo del compromiso, repuso con serenidad:

—El príncipe se encuentra bueno y en perfecta seguridad.

—¿Alegre ó triste? añadió el jóven misterioso.

—Muy alegre, repuso el valiente Gonzalo.

—Muy alegre, murmuró Enrique con un acento inesplicable.

—¿Creeis, caballero Enrique, que tiene algun motivo de tristeza?

—Estoy muy distante de la ciudadela de Namur para saber lo que en ella pasa; pero el aspecto que presentan los negocios públicos, debe contristar profundamente el ánimo de D. Juan de Austria, replicó Enrique con calculada indiferencia.

—Caballero, replicó Gonzalo con arrogante seriedad, cuantos han estudiado de buena fé el curso de los acontecimientos, desde que se firmó la paz de Gante, saben que el gobernador general ha cumplido sus condiciones, deseando evitar todo conflicto entre los poderes del Estado; pero tambien cuantos conozcan al hermano de Felipe II, cuantos recuerden el brillante écsito de sus espediciones militares, cuantos pronuncien su ilustre nombre, sabrán que no teme la guerra, y que desprecia profundamente á sus villanos enemigos. En cuanto al tono de sarcasmo que habeis dado á vuestras palabras, os diré que si me conoceis, yo tambien os conozco.

Enrique quedó pálido como la cera, oyendo las palabras del paje, y murmuró tímidamente:

—¿Me conoceis?

—Sí, repuso Gonzalo con mas vehemencia. Sé que sois un vil instrumento de Guillermo, príncipe de Orange: que os habeis presentado en Bruselas con un carácter misterioso y enteramente novelesco, que tirais el oro á manos llenas, que pasais por un sér sobrenatural, cuyo orígen se desconoce, cuya omnipotencia se palpa: sé que prevalido de este carácter y de la ciega credulidad del preocupado y necio vulgo, habeis hecho nombrar Rubarto a vuestro patrono: y sé, repito, que obraréis siempre como un miserable maniquí del traidor Guillermo de Nassau.

Durante el fogoso discurso del paje, se serenaron poco á poco las facciones del aventurero, tomando su rostro aquel aspecto melancólico é indi-

ferente al mismo tiempo que manifestaban de contínuo, y cuando acabó de hablar Gonzalo replicó friamente:

—Os engañais. No soy lo que habeis avanzado: y repito que os engañais.

—¿Me engaño, caballero Enrique? preguntó el paje con fiereza.

—Sí, repuso el aventurero con perfecta tranquilidad.

—¿Queréis pruebas de cuanto he dicho, caballero Enrique?

—¿Para qué dármelas? Yo sé muy bien que he trabajado en pro del príncipe de Orange; pero sé tambien que no trabajé por su cuenta Yo lo sé muy bien, y con mi conciencia me basta.

—Pruebas, caballero: dadme pruebas de lo que acabais de decir.

—Tengo muchas que dar á un amigo; pero á un enemigo ninguna.

—¡Las ecsijo! esclamó Gonzalo con la arrogancia de su estirpe.

—¿Con qué derecho? repuso Enrique sin perder su imponente calma.

—Con un derecho que acabais de darme vos mismo.

—¿Queréis esplicaros, caballero Gonzalo Fernandez de Córdova?

—Es muy facil. Acabais de decir que me engaño porque podeis dar en contrario pruebas; con esto he adquirido el derecho de ecsijirlas ó de decir á la faz del mundo que el caballero Enrique miente.

Muy duras eran las palabras del valiente paje de D. Juan, mas las oia el aventurero con una estoica indiferencia. ¿Carecia Enrique de valor activo? Ninguna prueba habia dado de él. ¿Era tan grande su mision que estaba obligado á no comprometer su persona? Muy bien podia suceder así. ¿Habia alguna causa natural para esplicar este caracter, dulce y atrevido al mismo tiempo? Obran las causas naturales de tan complicada manera y son tan várias entre sí, que querer penetrar sus arcanos, es querer caminar sin guia por un intrincado laberinto. El jóven en vez de ofenderse, contestó á Gonzalo con dulzura:

—Es verdad que he dado motivo para que me ecsijais las pruebas, y no queriendo pasar con vos por un farsante, voy á darlas; pero antes me responderéis á unas preguntas.

—Preguntad, repuso Gonzalo con un insultante desden.

—¿A qué hora os recojeis de noche, noble caballero español?

—Me parece estraña esa pregunta, desconocido caballero.

—Pero es con todo necesaria, y espero que me deis respuesta.

—No tengo hora fija, caballero. ¿Lo entendeis? no tengo hora fija.

—¿Anoche, a qué hora os recojísteis? A esto bien podeis contestarme.

—A las siete, repuso Gonzalo con desabrimiento y desden.

—¿Habeis salido hoy á la calle, caballero paje de D. Juan?

—Aun no he salido hoy á la calle, desconocido caballero.

—Entonces no podeis saber lo que sabe toda Bruselas.

—¿Qué sabe Bruselas? preguntó el paje con visible ansiedad.

—Escuchadme, dijo Enrique tranquilamente.

El aventurero discurria con aplomo é indiferencia; pero Gonzalo estaba en brasas, deseando saber la novedad que habia, novedad sin duda importante á los intereses del príncipe. Sus brillantes ojos manifestaban una gran parte de su impaciencia, cuando empezó á decir Enrique:

—Ya sabréis que los habitantes de Amberes han derribado un lienzo de muralla, y despues la estatua de bronce....

—Sé, repuso Gonzalo con su natural fogosidad, que los habitantes de Amberes han tenido tres dias y tres noches de orgía y liviano desenfreno; sé que los hombres han abusado y que las mujeres han perdido su mas bello ornato; el pudor. Sé que entre las sombras de la noche han pasado escenas capaces de sacar los colores al rostro del hombre mas desmoralizado; escenas que no debian ver los ojos de ninguna mujer honrada.

Enrique inclinó la cabeza y dijo tristemente:

—Es verdad, han pasado escenas horribles que no se pueden describir.

Tambien sé, continuó Gonzalo cada vez con mas energía, que despues de haber arrasado el muro de la ciudadela, se dirijieron á la estatua del invicto duque de Alba; sé que la acometieron frenéticos; que la derribaron á golpes; que hicieron pedazos el bronce, y que arrastraron los pedazos hasta una fabrica de fundicion. Sé que los hombres que no osaron mirar al duque frente á frente, pusieron las manos en su estatua: que fueron dos veces cobardes, y que dieron *al moro muerto gran lanzada*.. Sé que en honor de tan gran fiesta, pasaron despues á la ciudadela en la procesion de la *Kermesse*, fiesta general que recuerda al mundo la esclavitud que merecieron, sufriéndola sin murmurar. Y sé tambien que el célebre nombre del *Aventurero* figura en la procesion, en el derribo de la estatua, en el del muro, y en la infame orgía de las noches....

—¡Mentís! gritó Enrique, con una furia que jamas habia manifestado, y levantandose de su asiento.

—¡En guardia, en guardia, caballero! gritó Gonzalo fuera de sí, levantandose y empuñando su rica tizona; en guardia, en guardia, caballero, pues quiero arrancaros la lengua.

Enrique que se habia levantado en su fugaz rapto de furor, se sentó de nuevo, y dijo con triste dulzura:

—Perdonad, no quise ofenderos; pero estais, señor, engañado. Testigo mudo, asistí siempre durante el dia á los trabajos de demolicion; pero no estuve una sola noche. Lo juro a fé de caballero.

—Queriendo hacer vuestra alabanza, sostiene el pueblo, que no abandonasteis el tronco de un alamo en tres dias; y, queriendo unir lo milagroso á lo fanático, tambien añade, que no comísteis ni bebísteis en el mismo plazo.

—El pueblo coloca á sus ídolos sobre muy altos pedestales, para que se vean desde mas lejos, y como soy pequeño, el mio es preciso que sea mas alto. Pero nos apartamos mucho del motivo de la discusion. Iba á probaros que no soy instrumento de Orange. ¿Queréis escucharme un momento?

Gonzalo colgó su tizona, y sentándose mas tranquilo, dijo con acento de mando: tan seguro estaba de triunfar si se empeñaba la contienda.

—Proseguid, caballero Enrique, pues con atencion os escucho.

—Cuando llegué á Bruselas, despues del suceso de Amberes, procuré informarme del estado de los negocios, conversando con mis amigos. Me dirijí en primer lugar al baron de Hesse....

—¿Conoceis al baron de Hesse? preguntó Gonzalo.

—Creo conocerle, repuso Enrique, con su indiferencia habitual.

—¿Entonces sabréis que el baron de Hesse, despues de haber recibido del príncipe una renta de seis mil florines y señaladas atenciones, ha conspirado diariamente, como infame y mal caballero? ¿Sabeis lo que acabo de deciros?

—Lo sé, dijo Enrique friamente, y prosiguió: El baron de Hesse me dijo que se habian arrasado las fortalezas de Gante, Utrech, Lila, Valenciennes y algunas otras que no recuerdo: que el ejército permanecia en Gemblours, y que el príncipe de Orange, ocupado completamente con los negocios de la Holanda, su pequeño reino, cuidaba poco de las demas provincias flamencas. Vi despues al duque de Ariscot y al marqués del Abre.

—¿Los tratais? ¿Conversais con esos traidores? ¿Los conoceis?

—Hace poco tiempo: dos ó tres meses á lo mas.

—Entonces ignoraréis quizás, que D. Juan de Austria hizo al duque castellano de Amberes, capitan de su guardia, miembro del consejo privado.

—Lo sé: y que el duque se ha separado del servicio del príncipe, porque no podia mandar á su antojo. ¿No es esto lo que ha sucedido?

—Ecsactamente. Y mientras que el marqués del Abre huia del castillo de Namur cautelosamente, el príncipe devolvia á la marquesa el dinero y joyas que enviaba á su esposo, á quien creia aun al servicio de S. A. Este rasgo de honor castellano no lo sabrías quizá.

—¿Eso hizo el príncipe? preguntó Enrique con estraordinario interés.

—Como os lo cuento, repuso Gonzalo con orgullo.

—Heróico ánimo tiene D. Juan... Pero...

—Proseguid, caballero Enrique. Os lo suplico, proseguid.

—El duque de Ariscot....añadió el misterioso jóven.

—Esplicadme antes ese pero, interrumpió el paje de D. Juan.

—¿Queréis que lo esplique? dijo con calor el aventurero.

Lo ecsijo, repuso Gonzalo en el mismo tono.

—No es posible, murmuró Enrique dulcemente, haciendo un esfuerzo sobre sí, y añadió despues: El duque de Ariscot y el marqués del Abre, me dijeron lo mismo que el baron de Hesse; añadiendo, que era preciso nombrar otro Rubarto, ó gobernador si se queria, menos odioso á Felipe II que el príncipe de Orange; presentándome, como el mas conveniente, al jóven archiduque Matías. Queriendo conocer á fondo el espíritu de cada partido, me dirijí al señor de Santaldegonde.

—¿Al asesino Felipe de Marnis? dijo Gonzalo con voz ronca.

—Teneis razon, al asesino Felipe de Marnis. Creyéndome, como vos, caballero, ciego partidario de Guillermo de Nassau, me denunció las maquinaciones de sus enemigos, encargándome trabajaramos de consuno para burlarlas. Yo que odio al señor de Santaldegonde con toda mi alma, y que no aprecio al príncipe de Orange, no hice caso de su sermon, y me dirijí en busca del abad de Maroles.

—Limosnero mayor del príncipe, que le abandonó cobardemente, observó Gonzalo, cuyo odio al señor abad de Maroles no tenia límite.

—El abad de Maroles se lamentó como los demás, y me habló en favor de la reina Isabel de Inglaterra.

—Impía luterana, á quien defiende un sacerdote mas impío.

—Solo sé que es una mujer sin corazon. Dejó al abad, y me dirijí en busca del señor de Capres. ¿Conoceis al señor de Capres?

—Falso amigo, que pretendia seducir al príncipe, y ponerlo á disposicion de sus contrarios. Bien lo conozco, caballero.

En este momento un confuso tropel de ideas debieron presentarse de repente á la imaginacion de Enrique, porque espresó su fisonomía en el espacio de un segundo, el despecho, la indignacion, la pena; pero haciendo un violento esfuerzo, prosiguió con aparente tranquilidad:

—El señor de Capres se quejó mas violentamente que todos de Guillermo, príncipe de Orange, y me propuso su candidato, haciéndome vivas instancias, y las mas brillantes promesas.

—¿Y ese candidato se llama?.... preguntó Gonzalo.

—Francisco, duque de Alenzon ó de Anjou, repuso Enrique hiriéndose los rojos labios.

—Buen candidato, ¡vive Dios! esclamó el paje.

—¿Teneis algo que echarle en cara? le preguntó el *aventurero*.

—Casi nada. La corte de Francia lo ha considerado amante de su hermana la reina Margarita.

—¡Qué horror! ¿Amante de su hermana? esclamó Enrique horrorizado.

—Sí, amante de su propia hermana, de la infame reina Margarita.

—¿Odiais á la reina Margarita? preguntó Enrique delirante.

—Con toda mi alma, repuso el paje, uniendo una

vez sus sentimientos á los del jóven misterioso.

—¿Es verdad que es una mujer odiosa, infame, despreciable?

—Sí, sí, es una mujer muy infame, muy despreciable, muy odiosa.

—¿Que su aliento debe quemar, que deben envenenar sus lágrimas? ¿Que deben matar sus caricias y deshonrar su amor?

—Sí, sí. Todo lo que me estais diciendo lo he pensado yo muchas veces.

—¡Oh! Gonzalo, Gonzalo, vuestro corazon es puro, es bueno.

—Proseguid vuestra narracion, repuso el paje reportándose.

—Es verdad, dijo Enrique turbado y estremeciéndose; es verdad, debo seguir mi narracion, que ya va tocando á su término. Me despedí del señor de Capres, y fuí en busca del abad de San Gilain. El abad, que me distingue mucho, se quejó tambien del estado de los negocios, y pidió al pequeño Eliseo, que así me llama, un buen consejo. Yo le aconsejé.... •

—¿Qué le aconsejasteis? preguntó con ansiedad Gonzalo.

—Que convocara, como presidente de los Estados, á los diputados del país.

—¿Hizo caso de vuestro consejo? preguntó Gonzalo.

—Anoche se reunieron todos, repuso Enrique.

—¿Y fué la sesion?.... añadió el paje.

—Muy acalorada. El duque de Ariscot manifestó, con copia de razones, lo mucho que perdia la causa del país teniendo por jefe al príncipe de Orange; capitan ilustre sin duda, pero que ocupado enteramente con los negocios de Holanda y Zelanda, descuidaba los de todas las demas provincias: y añadió, que las opiniones religiosas de Guillermo alarmaban á muchos espíritus verdaderamente católicos; acabando por manifestar, que el rey de España se habia opuesto decididamente al nombramiento del príncipe de Orange, como sus cartas declaraban, y que insistir en él, seria cerrar para siempre todo camino de avenencia. Mos de Theron, Felipe de Marnis y otros decididos orangistas, se opusieron á todo cambio, llamando traidores vendidos al príncipe D. Juan de Austria, á los que de otro modo opinaban. El baron de Hesse, el marqués del Abre, Eduardo de Bouneville, el abad de Maroles y casi todos los diputados apoyaron la proposicion de Ariscot; y cuando el abad de San Gilain, logrando acallar la gritería, me pidió consejo, respondí: nómbrese nuevo gobernador. Ya veis que no soy un vil instrumento en manos del príncipe de Orange.

En religioso silencio. habia escuchado el jóven paje la última parte del discurso del aventurero, procurando grabar en su memoria cada una de aquellas palabras que podian contribuir en mucho al cambio de la situacion. Enrique se habia interrumpido en el momento mas importante, y Gonzalo queria saber el fin de la célebre sesion. Creia que cuando el misterioso aventurero le habia dado tan minuciosos pormenores, no tendria el menor inconveniente en continuar su discurso; esperó que así sucediese, pero impaciente con la tardanza, dijo:

—Proseguid, caballero Enrique. Habeis conseguido interesarme.

—Me parece, que ya he probado mi indiferencia hácia Guillermo de Nassau; esto ofrecí, jóven caballero, y he cumplido bien mi promesa.

—Pero deseo saber el fin de esa borrascosa sesion.

—Es un secreto todavia, repuso Enrique con frialdad.

—Por lo mismo deseo saberlo, insistió Gonzalo.

—Por lo mismo debo callarlo, repuso nuevamente Enrique.

—Quiero saberlo, y lo sabré, replicó el paje levantándose.

—¿Pretendeis usar la violencia con una persona que ha venido á vuestro alojamiento? ¿Queréis arrancarle por fuerza un secreto que le es imposible divulgar? No se porta así un caballero.

Gonzalo se volvió á su asiento humillado; pero animado por su enojo, dijo con voz ronca y solemne:

—Guardad vuestro secreto, guardadlo, pero no os negaréis á darme cuenta del que habeis sorprendido aquí.

—¿Yo?

—Vos.

—No os entiendo.

—¿Quién soy?

—Gonzalo Fernandez de Córdova.

—Ese es mi secreto.

—¿Callais vuestro nombre?

—¿Publicais el vuestro por ventura?

El aventurero bajó los ojos.

—Y si os dijera, añadió Gonzalo, que os llamais....

—¿Cómo? preguntó el misterioso Enrique con honda turbacion y angustia.

—No sé vuestro nombre verdadero, y no lo puedo pronunciar.

El rostro del jóven Enrique, horriblemente contraido, se dilató momentáneamente á las últimas palabras del paje, y Gonzalo continuó con el mismo solemne acento:

—Mi nombre, que callo á todo el mundo, es un importante secreto, un secreto que descubierto puedo perder mas que la vida. Mi nombre no me pertenece: mi nombre, pronunciado en Bruselas, puede producir grave alarma, y quien ha pronunciado mi nombre ha pronunciado sin pensarlo, su inmediata sentencia de muerte.

El *Aventurero* se estremeció, y su rostro, naturalmente pálido, se manchó de tintas moradas. El *Aventurero* temia.

—¿Temblais caballero? dijo el paje. No me tengais por asesino. Frente á frente, espada con espada, jugarémos aquí nuestras vidas. Saldrá un vivo de este aposento: quedará en el suelo un cadáver.

—No veis que vengo desarmado, dijo Enrique turbado y trémulo.

Gonzalo tomó dos espadas, y presentándolas á su contrario, le dijo friamente:

—Elejid.

—Es imposible.

—¡Vive Dios! que sois un cobarde, repuso Gonzalo con desprecio. Mas reflecsionando, que si era delatado y preso, no podria cumplir la comision que habia puesto el príncipe á su cuidado, añadió con creciente enojo:

—Tomad la espada, caballero. Mi secreto es de tal importancia, que si no os defendeis como un hombre, os mataré como á un cordero. Tomad la espada, y preste al brazo fuerza y destreza el corazon.

—Os juro por lo mas sagrado, no decir á nadie vuestro nombre, dijo Enrique en tono de súplica, y alejándose de su enemigo.

—El juramento de un cobarde no tranquiliza, caballero, repuso el paje bruscamente, y en afanosa indecision dió varias vueltas por la estancia, manifestando en su semblante la lucha interior que sufria. De improviso se animó su rostro con una espresion formidable, arrojó las espadas, tiró de la vaina al puñal, se lanzó sobre el *Aventurero* con la velocidad de un tigre, alzó el puñal sobre su víctima....

—Perdon, perdon, murmuró Enrique arrodillándose y alzando las manos al cielo.

—Pídele á Dios que te perdone, repuso Gonzalo con fuerza.

—Perdon, perdon, Gonzalo, soy....

—¿Quién eres?

—Soy un desgraciado, repuso Enrique satisfecho de no haber pronunciado su nombre, aunque le costara la vida.

—¿Y un desgraciado teme morir? preguntó el paje con una sonrisa sarcástica.

—Teneis razon, repuso Enrique bajando la frente con solemne resignacion. Herid, Gonzalo, corra mi sangre, y podréis decir despues....

—¿Qué?

—Nada. Herid, Gonzalo, herid, herid.

La resignacion de la víctima era completa é imponente; el jóven Isac bajo el cuchillo de su padre, el cordero al pié del altar, no aparecen mas resignados, mas dóciles ni mas humildes. Gonzalo fijó su mirada en el hermoso *Aventurero*, y se estremeció como si una gran chispa eléctrica le hubiera herido; sus negros y rasgados ojos se humedecieron, y volvió á la vaina el puñal. Enrique no habia notado, porque sus ojos estaban fijos en el suelo, este cambio tan favorable; permaneceia triste, arrodillado, con su mente en Dios, sin ilusiones ni esperanzas. Cojió el paje el brazo del jóven, éste se estremeció al contacto como una tierna sensitiva; pero cediendo á la mano robusta que le ayudaba, se levantó y lanzó una mirada mas triste que las anteriores á Gonzalo.

—No está en peligro vuestra vida, dijo Gonzalo.

El *Aventurero* se sonriyó con amargura.

—¿No os alegra la idea de la vida? preguntó el paje con asombro.

—Estaba resignado á morir.

—¿Quién sois? esclamó Gonzalo admirado y con la entusiasta efusion de los pocos años.

—Mi nombre es mi secreto, caballero.

—Guardadlo, guardadlo, dijo el paje. Y queriendo terminar una escena de tan complicadas peripecias, sacó la llave de su bolsillo, abrió la puerta de par en par, y señalándosela al aventurero, le dijo:

—Caballero, podeis salir.

—¿Quisiera preguntaros?....

—Nada.

—Quisiera deciros.

—Nada escucho.

—¿No queréis oirme?

—No, caballero. Seréis un ángel ó un demonio, no sé penetrar el arcano, pero ruego á Dios que otra vez no nos encontremos.

—¿Me aborreceis?

—No puedo aborreceros, pero tampoco quiero amaros.

—Entonces escuchadme y....

Gonzalo cojió bruscamente el brazo del *Aventurero*, lo arrastró fuera de la estancia, y entrándose cerró la puerta, porque se creia bajo el imperio de las malas artes que algunos al *Aventurero* achacaban. Enrique miró tristemente aquella puerta, como si le impidiera ver un rico tesoro, suspiró y se alejó con trémulo paso.

Gonzalo, solo en su aposento, en vano procuró esplicarse la conducta del hermoso desconocido que acababa de recibir. Sabia por la fama, que Enrique gozaba entre los conjurados de reputacion é influencia, y la larga conversacion que acababa de sostener le probaba la ecsactitud de cuanto el vulgo referia.

Habia conseguido el jóven paje adquirir preciosos pormenores sobre las discordias intestinas que debilitaban mas y mas á los Estados generales; pero el giro vago y complicado que habia dado el *Aventurero* á la discusion, impedia á Gonzalo adivinar el motivo de una visita tan singular é inesperada.

Meditó el paje mucho mas que diez y seis años permiten; se dió paimadas en la frente, como novelista que no encuentra la forma de una descripcion; recorrió su estancia varias veces á pasos mas ó menos largos y en encontradas direcciones; golpeó los muebles para desahogar su mal humor; y despues de formar mil planes, se entregó á la casualidad, mas feliz que sus raciocinios, como lo verémos á su tiempo.

CAPITULO XII.

EL ARCHIDUQUE MATIAS.

Mientras caminamos á lento paso hácia la capital del condado del Santo Imperio, averiguemos el secreto que el aventurero calló por particulares razones, y que nosotros contarémos segun vayamos averiguándolo: por de pronto se nos presenta una crónica que decia así: "Descontentos gran número

vez sus sentimientos á los del jóven misterioso.

—¿Es verdad que es una mujer odiosa, infame, despreciable?

—Sí, sí, es una mujer muy infame, muy despreciable, muy odiosa.

—¿Que su aliento debe quemar, que deben envenenar sus lágrimas? ¿Que deben matar sus caricias y deshonrar su amor?

—Sí, sí. Todo lo que me estais diciendo lo he pensado yo muchas veces.

—¡Oh! Gonzalo, Gonzalo, vuestro corazon es puro, es bueno.

—Proseguid vuestra narracion, repuso el paje reportándose.

—Es verdad, dijo Enrique turbado y estremeciéndose; es verdad, debo seguir mi narracion, que ya va tocando á su término. Me despedí del señor de Capres, y fuí en busca del abad de San Gilain. El abad, que me distingue mucho, se quejó tambien del estado de los negocios, y pidió al pequeño Eliseo, que así me llama, un buen consejo. Yo le aconsejé.... •

—¿Qué le aconsejasteis? preguntó con ansiedad Gonzalo.

—Que convocara, como presidente de los Estados, á los diputados del país.

—¿Hizo caso de vuestro consejo? preguntó Gonzalo.

—Anoche se reunieron todos, repuso Enrique.

—¿Y fué la sesion?.... añadió el paje.

—Muy acalorada. El duque de Ariscot manifestó, con copia de razones, lo mucho que perdia la causa del país teniendo por jefe al príncipe de Orange; capitan ilustre sin duda, pero que ocupado enteramente con los negocios de Holanda y Zelanda, descuidaba los de todas las demas provincias: y añadió, que las opiniones religiosas de Guillermo alarmaban á muchos espíritus verdaderamente católicos; acabando por manifestar, que el rey de España se habia opuesto decididamente al nombramiento del príncipe de Orange, como sus cartas declaraban, y que insistir en él, seria cerrar para siempre todo camino de avenencia. Mos de Theron, Felipe de Marnis y otros decididos orangistas, se opusieron á todo cambio, llamando traidores vendidos al príncipe D. Juan de Austria, á los que de otro modo opinaban. El baron de Hesse, el marqués del Abre, Eduardo de Bouneville, el abad de Maroles y casi todos los diputados apoyaron la proposicion de Ariscot; y cuando el abad de San Gilain, logrando acallar la gritería, me pidió consejo, respondí: nómbrese nuevo gobernador. Ya veis que no soy un vil instrumento en manos del príncipe de Orange.

En religioso silencio. habia escuchado el jóven paje la última parte del discurso del aventurero, procurando grabar en su memoria cada una de aquellas palabras que podian contribuir en mucho al cambio de la situacion. Enrique se habia interrumpido en el momento mas importante, y Gonzalo queria saber el fin de la célebre sesion. Creia que cuando el misterioso aventurero le habia dado tan minuciosos pormenores, no tendria el menor inconveniente en continuar su discurso; esperó que así sucediese, pero impaciente con la tardanza, dijo:

—Proseguid, caballero Enrique. Habeis conseguido interesarme.

—Me parece, que ya he probado mi indiferencia hácia Guillermo de Nassau; esto ofrecí, jóven caballero, y he cumplido bien mi promesa.

—Pero deseo saber el fin de esa borrascosa sesion.

—Es un secreto todavia, repuso Enrique con frialdad.

—Por lo mismo deseo saberlo, insistió Gonzalo.

—Por lo mismo debo callarlo, repuso nuevamente Enrique.

—Quiero saberlo, y lo sabré, replicó el paje levantándose.

—¿Pretendeis usar la violencia con una persona que ha venido á vuestro alojamiento? ¿Queréis arrancarle por fuerza un secreto que le es imposible divulgar? No se porta así un caballero.

Gonzalo se volvió á su asiento humillado; pero animado por su enojo, dijo con voz ronca y solemne:

—Guardad vuestro secreto, guardadlo, pero no os negaréis á darme cuenta del que habeis sorprendido aquí.

—¿Yo?

—Vos.

—No os entiendo.

—¿Quién soy?

—Gonzalo Fernandez de Córdova.

—Ese es mi secreto.

—¿Callais vuestro nombre?

—¿Publicais el vuestro por ventura?

El aventurero bajó los ojos.

—Y si os dijera, añadió Gonzalo, que os llamais....

—¿Cómo? preguntó el misterioso Enrique con honda turbacion y angustia.

—No sé vuestro nombre verdadero, y no lo puedo pronunciar.

El rostro del jóven Enrique, horriblemente contraido, se dilató momentáneamente á las últimas palabras del paje, y Gonzalo continuó con el mismo solemne acento:

—Mi nombre, que callo á todo el mundo, es un importante secreto, un secreto que descubierto puedo perder mas que la vida. Mi nombre no me pertenece: mi nombre, pronunciado en Bruselas, puede producir grave alarma, y quien ha pronunciado mi nombre ha pronunciado sin pensarlo, su inmediata sentencia de muerte.

El *Aventurero* se estremeció, y su rostro, naturalmente pálido, se manchó de tintas moradas. El *Aventurero* temia.

—¿Temblais caballero? dijo el paje. No me tengais por asesino. Frente á frente, espada con espada, jugarémos aquí nuestras vidas. Saldrá un vivo de este aposento: quedará en el suelo un cadáver.

—No veis que vengo desarmado, dijo Enrique turbado y trémulo.

Gonzalo tomó dos espadas, y presentándolas á su contrario, le dijo friamente:

—Elejid.

—Es imposible.

—¡Vive Dios! que sois un cobarde, repuso Gonzalo con desprecio. Mas reflecsionando, que si era delatado y preso, no podria cumplir la comision que habia puesto el príncipe á su cuidado, añadió con creciente enojo:

—Tomad la espada, caballero. Mi secreto es de tal importancia, que si no os defendeis como un hombre, os mataré como á un cordero. Tomad la espada, y preste al brazo fuerza y destreza el corazon.

—Os juro por lo mas sagrado, no decir á nadie vuestro nombre, dijo Enrique en tono de súplica, y alejándose de su enemigo.

—El juramento de un cobarde no tranquiliza, caballero, repuso el paje bruscamente, y en afanosa indecision dió varias vueltas por la estancia, manifestando en su semblante la lucha interior que sufria. De improviso se animó su rostro con una espresion formidable, arrojó las espadas, tiró de la vaina al puñal, se lanzó sobre el *Aventurero* con la velocidad de un tigre, alzó el puñal sobre su víctima....

—Perdon, perdon, murmuró Enrique arrodillándose y alzando las manos al cielo.

—Pídele á Dios que te perdone, repuso Gonzalo con fuerza.

—Perdon, perdon, Gonzalo, soy....

—¿Quién eres?

—Soy un desgraciado, repuso Enrique satisfecho de no haber pronunciado su nombre, aunque le costara la vida.

—¿Y un desgraciado teme morir? preguntó el paje con una sonrisa sarcástica.

—Teneis razon, repuso Enrique bajando la frente con solemne resignacion. Herid, Gonzalo, corra mi sangre, y podréis decir despues....

—¿Qué?

—Nada. Herid, Gonzalo, herid, herid.

La resignacion de la víctima era completa é imponente; el jóven Isac bajo el cuchillo de su padre, el cordero al pié del altar, no aparecen mas resignados, mas dóciles ni mas humildes. Gonzalo fijó su mirada en el hermoso *Aventurero*, y se estremeció como si una gran chispa eléctrica le hubiera herido; sus negros y rasgados ojos se humedecieron, y volvió á la vaina el puñal. Enrique no habia notado, porque sus ojos estaban fijos en el suelo, este cambio tan favorable; permaneceia triste, arrodillado, con su mente en Dios, sin ilusiones ni esperanzas. Cojió el paje el brazo del jóven, éste se estremeció al contacto como una tierna sensitiva; pero cediendo á la mano robusta que le ayudaba, se levantó y lanzó una mirada mas triste que las anteriores á Gonzalo.

—No está en peligro vuestra vida, dijo Gonzalo.

El *Aventurero* se sonriyó con amargura.

—¿No os alegra la idea de la vida? preguntó el paje con asombro.

—Estaba resignado á morir.

—¿Quién sois? esclamó Gonzalo admirado y con la entusiasta efusion de los pocos años.

—Mi nombre es mi secreto, caballero.

—Guardadlo, guardadlo, dijo el paje. Y queriendo terminar una escena de tan complicadas peripecias, sacó la llave de su bolsillo, abrió la puerta de par en par, y señalándosela al aventurero, le dijo:

—Caballero, podeis salir.

—¿Quisiera preguntaros?....

—Nada.

—Quisiera deciros.

—Nada escucho.

—¿No queréis oirme?

—No, caballero. Seréis un ángel ó un demonio, no sé penetrar el arcano, pero ruego á Dios que otra vez no nos encontremos.

—¿Me aborreceis?

—No puedo aborreceros, pero tampoco quiero amaros.

—Entonces escuchadme y....

Gonzalo cojió bruscamente el brazo del *Aventurero*, lo arrastró fuera de la estancia, y entrándose cerró la puerta, porque se creia bajo el imperio de las malas artes que algunos al *Aventurero* achacaban. Enrique miró tristemente aquella puerta, como si le impidiera ver un rico tesoro, suspiró y se alejó con trémulo paso.

Gonzalo, solo en su aposento, en vano procuró esplicarse la conducta del hermoso desconocido que acababa de recibir. Sabia por la fama, que Enrique gozaba entre los conjurados de reputacion é influencia, y la larga conversacion que acababa de sostener le probaba la ecsactitud de cuanto el vulgo referia.

Habia conseguido el jóven paje adquirir preciosos pormenores sobre las discordias intestinas que debilitaban mas y mas á los Estados generales; pero el giro vago y complicado que habia dado el *Aventurero* á la discusion, impedia á Gonzalo adivinar el motivo de una visita tan singular é inesperada.

Meditó el paje mucho mas que diez y seis años permiten; se dió paimadas en la frente, como novelista que no encuentra la forma de una descripcion; recorrió su estancia varias veces á pasos mas ó menos largos y en encontradas direcciones; golpeó los muebles para desahogar su mal humor; y despues de formar mil planes, se entregó á la casualidad, mas feliz que sus raciocinios, como lo verémos á su tiempo.

CAPITULO XII.

EL ARCHIDUQUE MATIAS.

Mientras caminamos á lento paso hácia la capital del condado del Santo Imperio, averiguemos el secreto que el aventurero calló por particulares razones, y que nosotros contarémos segun vayamos averiguándolo: por de pronto se nos presenta una crónica que decia así: "Descontentos gran número

"de próceres, y particularmente el duque de Aris-"cot, del poder del príncipe de Orange, piensan "elejir nuevo gobernador y proponen tres candida-"tos. A la reina de Inglaterra unos, otros al du-"que de Alenzon, y otros á Matías, hermano del "emperador Rodolfo. La inglesa no agradó á los "católicos, por hereje, y porque gobernaria por "sustituto el de Alenzon, por las antiguas enemis-"tades entre franceses y flamencos, inclinándose el "mayor número al archiduque, que como pariente "disgustaria menos al rey de España."

En estos términos cuenta la crónica el fin de la bulliciosa sesion que refirió el aventurero al paje de D. Juan de Austria. Y como las crónicas pecan por breves en ciertos pasajes, por confusas en algunos otros, y generalmente por mal método; irémos intercalando nosotros entre sus palabras testuales algunos curiosos apuntes, que derramen mas claridad y llenen las inmensas lagunas que desgraciadamente encontramos.

Convenidos el mayor número de próceres, como dice el sabio cronista, y los diputados del país en poner las riendas del gobierno en manos del jóven archiduque Matías, enviaron sigilosamente sus embajadores ó comisionados á Viena, para que noticiando al príncipe la disposicion de los Estados generales, lo empeñaran á venir en breve al Brabante. Matías se creyó muy honrado con el gobierno que le ofrecian, y sin tener en cuenta que Felipe II y D. Juan de Austria eran sus inmediatos deudos, preparó en secreto su viaje, empeñó á su hermano Fernando, con quien comunicó el asunto, bajo la fé de juramento á guardar profundo secreto, y recatándose del emperador y de su madre, "sa-"lió á media noche de Viena, y con afanosa dili-"gencia llegó en pocos dias al Brabante, y á me-"diados del mes de Octubre."

Aquí acabamos nuestro viaje, y entramos en aquella Amberes, que vimos entregada al delirio de las pasiones populares.

Mucho habia cambiado el panorama. La gran campana *Cárlos V*, todas las campanas de Nuestra Señora, de las cinco parroquias restantes y conventos de la ciudad, repicaban con breves intervalos; ricas colgaduras de damasco, con franjas de oro y plata y tapices primorosamente bordados, servian de adorno á los principales edificios y á las casas particulares; el pífano y el tamboril sonaban en calles y plazas: engaladas las hermosas realzaban mas sus atractivos, y se entablaban entre las vecinas discusiones de distintos géneros, pero curiosas todas ellas.

—Mira, Margarita, decia una rubia de ojos azules muy lánguidos y muy rasgados, marisabidilla y traviesa: Estoy pensando que los políticos trastornos son muy divertidos.

—Es verdad, Rosa, contestó al punto la interpelada, que tenia sus puntas de aguda y sus filetes de discreta. En las contiendas populares correrá la sangre de los hombres, pero las mujeres tendrémos fiestas por cada triunfo; y como siempre hay uno que gane, jamás nos faltarán las fiestas.

—Tendrémos tambien, de vez en cuando, algunas entradas triunfales, como la que hará hoy el archiduque; y en ellas, ademas de músicas, bailes y fuegos, se ven caras nuevas.

—Caras nuevas que son mi manjar favorito.

—Y entre las entradas y festejos, habrá tambien de vez en cuando una muralla que allanar ó una estatua que destruir.

—¡Qué impresiones se sienten, Rosa, en la destruccion de las murallas!

—¿Te acuerdas cuando destruimos el muro de la ciudadela?

—Y la estatua del duque de Alba, repuso agitada Margarita.

—¡Qué tres dias! Afanadas en cocer los ranchos, en dar vino, agua, frutas; haciendo el papel de vivanderas.

—¿Y por las noches? ¿No recuerdas, Rosa, las noches?

—Por las noches.... ¿No te acuerdas que estuvimos juntas?

—Vaya si me acuerdo; como que en la primera de ellas....

La conversacion de las dos amigas continuó; pero hablaban en tan bajo tono, que era inútil tratar de oirlas. Un adivino que estaba enfrente, aseguró que enumeraban sus hazañas de aquella noche; hazañas que quedaron oscuras, por haberlas hecho entre sombras.

Nos placeria mucho describir concienzuda y detalladamente la entrada triunfal del archiduque; pero ni cronistas ni historiadores, ni poetas, gentes prolijas cuando la prolijidad incomoda, y concisas cuando es un crímen la concision, no han tenido la bondad de decirnos si montaba caballo alazan, negro ó tordo; si vestia de azul ó encarnado; si llevaba una ó muchas plumas; ni aun el nombre de los personajes que su cortejo componian. El cronista que hemos citado se contenta, pues, con decir, refiriéndose á la parte política: "Mas no fué puesto "inmediatamente en posesion del gobierno, porque "los Estados estudiaban las condiciones que debian "poner al archiduque. Treinta y una eran éstas, "las que recibió Matías, quedando reducido poco "menos que á súbdito, y echando los Estados los "fundamentos de aquel gobierno popular, en que "antiguamente los flamencos, dividida por iguales "partes la autoridad con el soberano, gobernaban y "eran gobernados. Habiendo aprobado estas con-"diciones, así católicos como herejes, saludaron el "17 de Diciembre por supremo gobernador de "Flandes á Matías: primero en Amberes y luego "en Bruselas con grandes fiestas y regocijos. Y á "la verdad todo era un mero juego para el archi-"duque, porque los partidarios de Orange consi-"guieron que se le nombrara pedagogo, para que "con nombre de vicario industriase al jóven, que "no pasaba de veinte años, y era novel en las co-"sas de Flandes."

Tan lacónico historiador nos ha hecho volver á Bruselas con celeridad estremada: separándonos de sus relatos nos hubiera sido sumamente fácil contar por menor las intrigas que se tramaron, las sesiones que se invirtieron y las cábalas que abortaron antes de llegar á este término. ¿Pero si un historiador que escribe espresamente del asunto, se contenta con referir lo que literalmente hemos copiado, deberá meterse el novelista en discusiones enfadosas y frecuentemente repetidas? Por otra parte, nuestros héroes no asistieron á estas conferencias; el aventurero entregó fondos á Goigni, para que siguiera sustentando los mil hombres, que habia alistado bajo sus banderas, y tan poco se dejaba ver que ignoraban muchos el lugar de su residencia, y el intrépido paje no dejaba de pasear por tarde y mañana la calle de maesse Estraten.

Hemos dicho que á fines de Diciembre entró el archiduque en Bruselas, y nos conviene referir una circunstancia de su entrada: circunstancia desconocida á los escritores de entonces.

Con el hábito de andar Gonzalo hacia tres meses por Bruselas sin haber tenido un tropiezo, cobró mas aliento cada dia, y se presentaba en todas partes con insolente desenfado. Es achaque de los trastornadores, conjurados, rebeldes, ó como mejor quieran llamarlos, tener una ciega confianza, y no pararse en pormenores, que suelen tener grande influencia en los destinos de los hombres, de los bandos y de los paises: á fines del siglo diez y seis, no habia celadores de barrio, y un hombre que pagaba bien, podia vivir en una posada cuanto tiempo se le antojase, sin hacer justificaciones ni acreditar su nombre de familia, procedencia, ocupacion, etc.: en una palabra no se conocian los padrones. A la confianza de los rebeldes y á la carencia de policía, debió Gonzalo estar tres meses en Bruselas, haciendo el papel de galan con sus credenciales en el bolsillo, y debió tambien el presenciar la entrada de S. A., el jóven archiduque Matías.

Todo el que quiere concurrir á una procesion ó entrada triunfal, que es lo mismo, tiene obligacion de informarse de su carrera, si no quiere errar lo que sucede á la mayor parte de los humanos. Así que sabe la carrera, medita detenidamente si vive en ella algun amigo que pueda cederle la cuarta ó décima parte de un balcon, segun el volúmen de la persona y capacidad del receptáculo: si la memoria le es infiel, ó á fuer de fiel, le representa que no tiene derecho á balcon, elije el paraje que cree mas cómodo, segun su plan, edad ó gusto, y se dirije á él sin tardanza. Lo que debe hacer todo hombre prudente y precavido hizo Gonzalo, que no abundaba en estas dotes. Ocho dias antes se informó de la carrera que debia seguir el archiduque; no tuvo que fatigar mucho su memoria buscando balcones de amigos, porque con muy pocos contaba; y fiel guardian de la fábrica de maesse Cornelio Estraten, no quiso renunciar á su empleo con motivo de tan gran fiesta.

La entrada del jóven archiduque estaba anunciada para las doce, y sin hacerse cargo el paje de que los príncipes generalmente se hacen esperar unas cuantas horas, á las doce menos diez minutos, llegaba á la esquina de la iglesia de Koubenverg.

Miró, como era natural, á la gran casa del armero, y aplaudió sus ricas colgaduras de damasco verde con oro, pero no vió el rostro de Marfa, que afanosamente buscaba. Para entretener un poco el tiempo dió algunos paseos por la calle, y su figura esbelta y varonil, hermoseada con el brillo de los pocos años, llamó la atencion de las damas de una manera que halagaba su amor propio, pero que comprometia su persona.

Gonzalo obró en esta ocasion, como no hubiera obrado ningun viejo; procuró confundirse en un grupo, que estaba próximo á la casa de maesse Estraten, y renunció generosamente á las conquistas que le producian sus paseos.

Este grupo estaba formado, en su totalidad puede decirse, por gentes del pueblo; pero entre ellas se distinguia un hombre, que unos saludaban con miedo y evitaban otros con horror. Era este hombre maesse Genaro, el célebre químico de *la torre de tos tres cipreces*.

Gonzalo no le conocia, y el aspecto de maesse Genaro, lejos de ofrecer repugnancia, tenia una especie de atraccion. El español se acercó á él y aun le dirijió la palabra.

Las contestaciones del sabio fueron amables y discretas: mas notó Gonzalo que el grupo se habia deshecho poco á poco, y quedado él solo con el químico. Ocultar quiso su estrañeza, pero sus esfuerzos fueron vanos y le hicieron traicion sus ojos.

—¿Por qué os alarmais? le preguntó maesse Genaro sonriyendo.

—¿Quién os ha dicho que me alarmo? le respondió el paje picado.

—Yo que lo adivino, repuso el sabio con tranquilidad.

—¿Adivinais? preguntó Enrique, con una sonrisa de incrédulo.

—En prueba de ello os diré ahora mismo lo que ha producido vuestra alarma: y si algo mas queréis saber, preguntádmelo en tiempo oportuno: y por vos mismo juzgaréis si soy consumado en la ciencia.

Gonzalo no respondió, y el sabio prosiguió diciendo:

—Ha producido vuestra alarma, ver que las gentes que nos rodeaban, se han ido marchando poco á poco. ¿He acertado ó no, caballero?

—Es verdad, lo habeis acertado, respondió Gonzalo confuso.

—Se han ido marchando por no rozar sus ropas con las mias.

—¿Quién sois? preguntó el jóven paje, retirándose poco á poco, como si tocara á un apestado.

—Soy maesse Genaro, célebre químico y astrólogo de *la torre de los tres cipreces*, para lo que gusteis mandar y yo pueda hacer en vuestro obsequio.

Gonzalo se acercó al químico de nuevo, y le dijo con marcialidad, queriendo borrar de este modo la huella de sus infundados temores:

—Ya conozco vuestro escondrijo: y lejos de temer acercarme á un hombre tan sabio como vos, me doy por ello el parabien.

—Gracias, jóven, dijo el anciano, con su sarcástica sonrisa.

—¿Dicen que sois capaz de dar la muerte en un segundo?

—El poder, jóven, de los reyes, es nada compa-

rado al mio: y una frente que haya ceñido los laureles de cien victorias, caerá herida, como al golpe del rayo, al golpe de mi voluntad.

—¿Aunque esa frente, dijo el paje, fuera muy ilustre?

—Aunque fuera la del mismo D. Juan de Austria.

—¿Osaríais herirla? preguntó el paje con airado acento.

Maesse Genaro se sonriyó desdeñosamente, y cambiando la conversacion, dijo, despues de haber mirado un tanto á los balcones del armero:

—¿Me parece que mirais mucho á los balcones de maesse Cornelio?

—He oido decir que tiene una hija muy hermosa, repuso el jóven.

—¿No la conoceis? le preguntó maesse Genaro.

—Jamás la he visto, repuso el paje con perfecta tranquilidad.

—Es la reina de las hermosas de Bruselas.

—¡Cuanto deseo verla! esclamó Gonzalo, declarando su pensamiento.

—¿Estais enamorado de oidas? preguntó á su vez el astrólogo.

—Quizá sí, repuso Gonzalo, procurando que la discusion cediera un tanto en su provecho.

—Es una desgracia, murmuró el sabio, con fingido acento de piedad.

—¿No pudierais, vos que sois tan sabio, proporcionarme una entrevista con la hija de maesse Estraten? añadió el paje.

—¿Qué tiene que ver, jóven, la ciencia con las entrevistas amorosas? repuso el astrólogo, dando á su voz fatídico acento.

—La química no, pero quizás si la astrología.

Iba á responder maesse Genaro, destruyendo la preocupacion del jóven paje, á quien insensiblemente se aficionaba; pero se detuvo de repente, y dando otro giro á sus ideas, preguntó con la seguridad de un hombre que ha de conseguir cuanto desea.

—¿Teneis fé en la ciencia, caballero, ó os burlais de ella y de los sabios?

—Mucha fé tengo; porque creo que la inteligencia del hombre solo encuentra límite acercándose á la inteligencia de Dios.

—Haceis bien. Decidme, jóven, ¿cómo os enamorasteis de María?

—Ya os he dicho que oyendo hablar de ella, y lo mismo repito ahora.

—¿Pero qué circunstancias dieron pábulo á ese amor?

—Ninguna circunstancia notable. Oí su nombre la descripcion de su belleza, y me enamoré perdidamente. Lo que me parece muy sencillo.

—¿La conoceríais si la vierais? preguntó el astuto Genaro.

—Quizás sí, respondió Gonzalo con admirable sencillez.

—¿No habiéndola visto jamás, cómo podríais reconocerla?

—El instinto de los amantes me ayudaria, y su hermosura celestial.

—Puede que esta tarde se asome al pasar S. A. el archiduque.

Gonzalo meció la cabeza, haciendo una señal de duda.

—¿Dudais que se asome? preguntó el astrólogo, fijando sus hundidos ojos en el suelo.

—Lo dudo, replicó Gonzalo, no perdiendo la fija mirada del astrólogo.

—¿En qué os fundais, jóven caballero, para temer que no se asome.

—En que hace algun tiempo que rondo su casa diariamente, y aun no he logrado verla un instante, repuso el jóven, sosteniendo admirablemente su papel, y con la verdad engañando.

—Segun eso hace mucho tiempo que estais en Bruselas.

—Mas de tres meses, y juro á Dios que me han parecido muy largos.

—¿Y no teneis otro interes que hablar á María?

—Ningun otro. ¿Qué interés puede traer un jóven á una ciudad como Bruselas?

—¿Me dijísteis que os llamabais, si mal no recuerdo....

—No os he dicho cómo me llamo, interrumpió el bizarro paje.

—Perdonad, si he sido imprudente, repuso el astrólogo.

—Nada tengo que perdonaros, añadió Gonzalo sonriyéndose.

—Mucho me intereso por vos, jóven, y haré cuanto pueda en vuestro obsequio. ¿Os conviene ocuparme en algo?

—¿Trabajaréis para proporcionarme una entrevista con María?

—Trabajaré; pero no puedo responderos del buen écsito de mis trabajos. *El hombre pone y Dios dispone.*

—Sé que para vuestras operaciones químicas necesitais grandes cantidades de oro; si me proporcionais la entrevista con la hija de maesse Estraten os daré quinientos florines. Suma redonda.

La nariz de maesse Genaro se dilató al escuchar estas palabras, como la del fiel perdiguero, que despues de muchos afanes encuentra el rastro apetecido, y repuso:

—Conoceis, jóven, las necesidades de la ciencia.

—¿Cuándo nos verémos, maesse Genaro, para hablar de nuestro negocio?

—De hoy en ocho dias: plazo fijo, y, aunque no corto, necesario.

—¿En vuestra torre? preguntó el paje con simulada indiferencia.

—Sí, en mi torre. Daréis tres golpes á la puerta, que es como llaman mis amigos; yo los oiré y bajaré á abrir, caballero.

—No faltaré, maesse Genaro, repuso el paje de D. Juan.

La conversacion se acabó en el instante mas oportuno: recias oleadas y los vítores de los muchachos anunciaron la llegada del archiduque; la aristocracia en los balcones y el pueblo en la calle se empinaban, dando elasticidad á los cuellos para ver al jóven Matías, que rodeado de todos los próceres del Brabante, se adelantaba lentamente, condicion precisa de todas las entradas triunfales. Su juventud, su rostro, pronunciadamente aleman, y sus maneras afectuosas, le ganaban muchos corazones; pero muchas bellas decian: "Es mas bizarro D. Juan de Austria;" diciendo tambien algunos hombres: "Falta á Matías la brillante corona de gloria que ciñe las sienes del ilustre vencedor de Lepanto."

Maesse Genaro y el jóven paje vieron pasar la comitiva, con indiferencia el primero y el segundo con reconcentrado furor: las ventanas de maesse Estraten no se abrieron, y el sabio químico, al despedirse de Gonzalo, le recordó la cita, que debia aumentar su tesoro.

CAPITULO XIII.

DE VARIOS SUCESOS QUE NOS CONVIENE REFERIR.

"En primeros dias del mes de Enero de 1578, "dice el historiador ó cronista que otras veces he- "mos copiado, el nuevo gobierno mudó el senado "del secreto, echando de él á los senadores de fé "dudosa á los Estados, y poniendo otros en su lu- "gar. El nuevo senado declaró rebeldes á los que "siguiesen al austriaco, fulminando esta misma pe- "na contra el príncipe, si no salia inmediatamente "de Flandes. Rematáronse estos actos con la fór- "mula de un juramento, compuesto por el mismo se- "nado y los diputados de los Estados generales en "que, así los eclesiásticos como los seglares, debian "prometer: *Que obedecerian al archiduque Matías, "supremo gobernador de Flandes, y que le defende- "rian con sus haciendas y con su sangre, hasta que "el rey y los Estados creasen otro; mas que con el "austriaco se portarian como enemigos.*"

Pidieron este juramento á todas las corporaciones, y con arreglo á su preámbulo lo ecsijieron tambien al clero, tanto regular como secular. Los jesuitas tenian en Flandes gran reputacion y prestijio, y los odiaban los calvinistas como á columnas de la fé. Por ambas causas, los parciales del príncipe Guillermo de Nassau instaron con todas sus fuerzas para que á los padres jesuitas se ecsijiera inmediatamente el decretado juramento. Dieron sus órdenes los Estados, y en virtud de ellas se ecsijió á los de la ciudad de Amberes. La negativa de los padres, tan enérgica como formal, irritó á los mas ardientes partidarios del nuevo gobierno, y aguijoneados por los mas furiosos calvinistas, cercaron el convento, completamente lo saquearon, y arrojaron á sus moradores del país, sufriendo tambien la misma suerte sus hermanos de Tournay, Brujas y Maestric. Los religiosos de S. Francisco esperimentaron las mismas vejaciones en varios puntos, siendo desterrados de otros los respetables curas párrocos.

Como jefes de esta victoria, se apoderaron los calvinistas de los templos, proclamaron, sin el menor rebozo, amplia libertad de conciencia; y las peticiones dirijidas por los católicos al archiduque, no lograron poner remedio á tan lamentable desórden.

El estado de las provincias en Diciembre de 1577, era el mismo que tenian cinco meses antes; dos por el rey y quince por los Estados generales. El ejército de D. Juan de Austria se reforzaba de dia en dia con algunas levas, y la guerra se reducia al asedio de algunas plazas.

"En Holanda, dice el cronista que seguimos, es- "taba prócsima á entregarse Amsterdan, y en Ber- "ghen de Brabante sucedió, que entregando alevo- "samente la gente de guerra á su coronel Cárlos "Fuguier, sometieron la plaza á los Estados. Pero "aun fué mayor maldad la que, engañada del ene- "migo, cometió contra su cabo la guarnicion de "Breda, porque habiéndola puesto asedio, de par- "te de los Estados, Felipe conde de Holak, y Fe- "derico Peronoto, señor de Campigni, se habia sos- "tenido, no sin valor, Jorje Fronsberg, maestre de "campo del tercio de alemanes, que mandaba en "ella: mas creciendo por dias la discordia de los "soldados, por falta de pagas, envió Fronsberg una "carta al austriaco con un hombre de conocida fi- "delidad y audacia. Le decia en ella: *Que se die- "ra prisa á socorrerlos, porque las compañías amo- "tinadas con implacable sedicion no sufririan mas el "cerco.*"

"El conde de Helak detuvo el mensajero, y ha- "biendo dejado pasar los dias necesarios para el "viaje, envió á la ciudad otro mensajero, con pre- "testo de que estaba enfermo el enviado por Frons- "berg, con carta, fingida la letra del austriaco, en "que decia: *Que como fuese con honrosos partidos, "no dudasen de entregar la ciudad, la cual en breve "se volveria á ganar, sobreviniendo las tropas que al "presente no podian juntarse.*"

"Con esta traza entablaron negociaciones, y so- "bornada la guarnicion, entregó á su jefe aprisio- "nado, precisamente en el momento de mostrarse "de lejos el socorro que les enviaba D. Juan de "Austria."

"No le dió tan bien el lado á Holak, en Bure- "munda, porque habiendo partido allá, con espe- "ranza de tomarla por sorpresa, se encontró con "Igidio Barlemont, señor de Hierg, enviado del "austriaco con cuatro mil infantes; y saliendo jun- "tamente de la ciudad Polvillier con sus tercios de "alemanes, al punto le apartaron del intento, y le "obligaron á huir con muerte de muchos de los su- "yos y pérdida de las municiones."

El encono y la desunion que reinaba generalmente entre los mas ilustres miembros de los Estados generales, hacia que al mas pequeño descalabro pensaran todos en la paz, ó mas propiamente dicho, en la tregua, que daba ocasion á medrar en mil complicados arreglos. El encuentro de Buremunda dió motivo á negociaciones, probando bien á los flamencos, que si el príncipe reunia una hueste numerosa, lo que no podia menos de suceder, tendrian que habérselas con un jefe valiente y esperimentado. El nuncio de S. S., prelado discreto y prudente, abrió las primeras conferencias, y el embajador de Inglaterra pidió, á nombre de su soberana, una tregua al príncipe D. Juan.

El austriaco no deseó nunca hacer guerra en Flandes, pero veia que no cimentando la paz en bases sólidas, era preciso volver muy en breve á la guerra, y le indignaba profundamente que la hija de Ana Bolena quisiera ejercer patronato sobre los dominios españoles; conociendo el príncipe muy bien, que la España no necesitaba tutores teniendo por cabeza á un rey como D. Felipe II, y por brazos á dos capitanes invencibles como Toledo y D. Juan de Austria.

El príncipe se negó á la tregua: Isabel de Inglaterra amenazó con declararse abiertamente protectora de los Estados generales, y la guerra siguió su curso, aunque con notable lentitud.

La corte de España, que habia cerrado ó aparentado cerrar los ojos sobre el estado de las provincias, desengañada por las cartas del gobernador y manifestaciones de Escobedo, vió que era necesario obrar, y aunque escatimando los recursos, tanto en dineros como en hombres, porque Felipe II, celoso de la gloria de su ilustre hermano, temia colocarlo en la senda de grandes y seguras victorias, dió algunas órdenes oportunas á los gobernadores de Italia, para que reunieran los soldados espulsados seis meses antes de los Paises-Bajos; facilitó algunos recursos pecuniarios, y rogó á Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, que marchara al frente de estos tercios á reunirse con el austriaco.

Los celos de Felipe II dieron á su causa un servidor en los Paises-Bajos, que valia tanto como un ejército: este servidor era Alejandro. Al enviarlo á Flandes el rey de España, pensó sin duda en dar al austriaco un rival; pero el alma noble del príncipe no abrigaba bastardas pasiones, y Farnesio estimaba en mucho el mérito del gran bastardo para colocarse á su nivel.

Las penas de Don Juan de Austria habian crecido desde el dia que marchó Gonzalo á Bruselas: cada vez mas enamorado de María, vivia solamente en su memoria, y no habiendo tenido la menor noticia del paje, temia haberlo espuesto inútilmente en la flor de sus verdes años. Ocupado durante el dia en los negocios del Estado, pasaba las noches de insomnio en meditaciones profundas, quiméricas y dolorosas.

La noche del 24 de Diciembre estaba Don Juan en su cámara, mas abatido que de costumbre, cuando un paje anunció en voz alta y con acento de respeto:

—Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.

El austriaco se levantó, ébrio de alegría, y momentos despues el parmesano se precipitaba en sus brazos.

—¡Alejandro! esclamó Don Juan en lo mas alto de su júbilo.

—¡Don Juan de Austria! dijo al mismo tiempo Alejandro.

Pasados los primeros trasportes, miró el parmesano á su tio, se cruzó de brazos y tristemente preguntó:

—¿Estais enfermo, tio, estais enfermo? ¿Qué nube cubre vuestro rostro?

Don Juan guardó triste silencio, señaló con su diestra la frente, llevándola despues al corazon. Alejandro meció la cabeza con marcadas muestras de disgusto, y preguntó otra vez:

—¿Estais enfermo, tio, estais enfermo? ¿Qué nube cubre vuestro rostro?

El príncipe se sonriyó y siguió guardando silencio.

—¿He perdido vuestra confianza? añadió Alejandro con amargura. ¿No soy vuestro compañero de juventud, vuestro soldado de Lepanto? ¿No caben ya vuestros pesares en el corazon de Farnesio?

—Hay penas, repuso Don Juan, que solo conoce el sepulcro.

—¿No puede saberlas Alejandro? preguntó el príncipe de Parma.

—Son mi secreto, y yo mismo desearia olvidarlas.

—Sabré respetarlo, señor, y sentirlas sin conocerlas.

—Sentiré enojarte, Alejandro, dijo el Austriaco con bondad.

—Solo siento no poder aliviaros, señor, repuso Farnesio con imponderable amargura.

—No hablemos de mí, querido Alejandro, hablemos de nuestros soldados. ¿Cuándo llegarán á las cercanías de Namur?

—Mañana mismo, si Dios no dispone lo contrario.

—¿Vienen contentos y dispuestos á combatir como leales?

—Envanecidos vienen, señor, de militar á vuestras órdenes.

—Y á las tuyas tambien, Alejandro, príncipe de Parma.

—¿A las mias? preguntó el parmesano con muestras de incredulidad.

—Deberémos partir el mando, repuso Don Juan sencillamente.

—En donde vos estéis, señor, seré un soldado y nada mas.

—Mi voluntad, amigo mio, está enteramente de acuerdo con las órdenes de S. M., añadió el austriaco sin mostrar el mas leve resentimiento.

—¿Con las órdenes de S. M? preguntó el príncipe de Parma tan sobrecojido como antes.

—S. M. me manda que consulte contigo todos los negocios de paz y guerra; que te tenga por compañero en el gobierno. Esto manda S. M.

—S. M. me coloca sin duda en el número de los cabos de vuestro ejército.

—S. M. te eleva sobre ellos, señalándote un sueldo mensual de 1000 doblas de oro; lo que solo hace con los generales en jefe: y en su nombre te lo participo.

—Agradezco á S. M. la merced que se digna hacerme; pero siempre seré un soldado á las órdenes de V. A., y el último de sus consejeros.

—¿Crees, Alejandro, que me lastima verte encumbrado por el rey?

—Sé que tiene Don Juan de Austria un alma demasiado noble para albergar en ella envidia; pero sé tambien que el rey de España no tiene derecho para dar igual en el mando á un capitan como el hijo menor del emperador Cárlos V. Esto sé, señor, y nada mas.

—Gracias, Alejandro, dijo el príncipe procurando ocultar una lágrima que bañaba su ancha pupila y queria correr por su rostro.

—Repito que seré un soldado, repuso Farnesio noblemente.

—Tú serás mi hermano, mi amigo, cuanto yo sea.... Pero suspendamos esta conversacion enojosa.... Hablemos de guerra, Alejandro, y animémonos con las memorias de dias gloriosos para España. Mucho debemos recordar; mucho te tengo que decir.

Los dos jóvenes héroes recordaron sus antiguos triunfos; predijeron otros que no debian estar distantes, y se despidieron á la media noche con un abrazo fraternal: abrazo grande, generoso, que confundia dos corazones formados para grandes hechos, y que en vez de avivar la discordia por el rey de España lanzada en su propio campo, encendia la pura luz de la amistad.

CAPÍTULO XIV.

HAY CASUALIDADES QUE PARECEN PROVIDENCIAS.

Con frecuencia hemos penetrado en el laboratorio químico de *la torre de los tres cipreses*, y tendrémos que entrar otra vez, porque nos conduce á él el hilo de nuevos acontecimientos.

Se encuentra en el laboratorio maesse Genaro, con su ropon de varios colores, en la mano su gran birrete, y su hermosa calva á la luna. A dos pasos del célebre químico, está una mujer tambien de pié, y cubierta con un velo negro: su respiracion es afanosa y su continente severo.

—Tomad asiento, si gustais, dijo el astrólogo cortesmente.

La dama se sentó en silencio con perfecta tranquilidad.

—¿Qué buscais, señora? añadió el sabio entablando conversacion.

—A maesse Genaro, repuso la dama misteriosa.

—Aquí lo teneis, dijo el astrólogo parodiando las palabras de Jesucristo.

—Ya os conozco, replicó la dama en el mismo tono de voz.

—¿Y qué queréis de mí, señora, si teneis á bien el revelármelo?

—Consultaros, maesse Genaro, consultaros y nada mas.

—Me parece que haríais mejor levantando ese tupido velo.

—Obedeceré vuestras órdenes. Soy María Estraten.

—La dama se levantó el velo, y contempló maesse Genaro el pálido rostro de María, siempre hermoso y encantador.

—Tengo á mucha honra, dijo el químico, que reunia á lo sabio lo cortés, cualidades que muchas veces no se encuentran en buena armonía, el recibiros en mi casa.

—Saldré de ella muy agradecida, si satisfaceis mi curiosidad.

—Hablad, señora: todos los secretos de la química están á vuestra disposicion: y podeis estar muy segura que haré cuanto sepa, y aun mas.

—Agradezco ese buen deseo; pero no he venido en busca del químico, dijo la hermosa con acento solemne y sencillo á la par.

—¿Buscais por ventura al astrólogo? preguntó el sabio.

—Mucho menos, maesse Genaro, repuso la dama dulcemente.

—¿A quién buscais pues? volvió á preguntar el astrólogo.

—Busco al hombre, replicó la hermosa María.

—Esplicaos, señora, por Dios, si queréis que al fin os comprenda.

—Voy á hacerlo; pero escuchad antes una advertencia.

—Os prometo toda mi atencion. Hablad, señora, cuanto os plazca.

—Como químico y como astrólogo, recibís de vuestros clientes algunas muestras de gratitud, bajo la forma de florines. ¿No es cierto?....Hablad, maesse Genaro.

—Clientela tengo generosa, bajo los aspectos que habeis dicho.

—No lo será menos la que empieza por vuestra humilde servidora, dijo la hermosa hija del armero, sacando una bolsa de seda.

—¿Decíais?.... preguntó el sabio químico, aguijado por la codicia.

—Que en esta bolsa están guardados unos cuantos florines de oro. ¿Lo entendeis bien, maesse Genaro? Mucho oro encierra este bolsillo.

—El oro, hermosa dama, vale tanto como la ciencia.

—¿Lo crecis así, maesse Genaro? preguntó María sonriyendo.

—Esta es mi opinion, repuso el sabio, haciendo profundas reverencias.

—Justificada por la práctica, añadió la hija del armero.

—¿Y ese oro? preguntó el astrólogo, trayendo la conversacion á su legítimo terreno.

—Será para vos, si satisfaceis mis preguntas.

—Muy difícil fuera negarse á tan discreta y hermosa dama.

—¿Estais dispuesto á responderme? preguntó María.

—Preguntad, señora, preguntad, repuso al instante el astrólogo.

—¿Con quién hablabais ayer tarde, antes de entrar el archiduque?

—Con un bizarro jóven, señora: tan generoso como vos.

—Le ví, maesse Genaro, le ví, y puedo juzgar por mí misma de su mayor ó menor bizarría: no es eso lo que quiero saber.

—Preguntadme, hermosa señora, y tendriés respuesta al momento.

—Quiero saber su nombre, ¿entendeis? El nombre de aquel caballero.

—Lo ignoro, señora, dijo el sabio con profundo acento de dolor.

—¿Lo ignorais? preguntó María, entre satisfecha y quejosa.

—Lo reservó del hombre, señora, y me habeis dicho que no venís en busca del astrólogo. Es cuanto puedo contestar, sin acudir á las estrellas.

—Teneis razon: ignoraré, como vos, su nombre; pero sabré lo que sabeis. Largo tiempo estuvísteis reunidos: ¿qué hablabais?

—Hablamos de vos en un principio; despues de vos, y de vos siempre.

—¿De mí? preguntó la hija del armero, verdaderamente sorprendida.

—De vos, respondió maesse Genaro, con maliciosa hilaridad.

—¿Con qué motivo? añadió María tranquilizándose.

—¿Con qué motivo hablan los jóvenes de las hermosas?

—Pueden hablar por varias causas y razones.

—Y particularmente por una causa, por una singular razon.

—¿Por una? preguntó María, respondiendo á la hilaridad del astrólogo, con una sonrisa sarcástica.

—Por estar perdidos de amor, como el arrogante caballero.

—¿Ese jóven me ama? preguntó admirada María.

—Así lo dice, por lo menos, respondió con calma el astrólogo.

—¿Me ha visto alguna vez? volvió á preguntar la hermosa jóven, de su sorpresa recobrada.

—Jamás, repuso el alquimista, fiado en la palabra del paje.

—Contadme, maesse Genaro, contadme todos los pormenores de tan estraña conferencia, añadió la joven sospechando la intencion del discreto paje.

—Están reducidos á muy poco. Nos encontramos por casualidad; entablamos conversacion, como dos personas que nada mejor tienen que hacer; supo mi nombre; noté la aficion con que miraba á vuestra casa, se lo hice observar, y me dijo: "He oido decir que maesse Cornelio tiene una hija muy hermosa."

—¿He oido decir, dijo? preguntó María con interés.

—He oido decir. "¿No la conoceis?" le pregunté. "Jamás la he visto." "Es la reina de las hermosas de Bruselas." "¡Cuánto deseo verla!" esclamó. "¿Estais enamorado de oidas?" "Quizás sí." "Es una desgracia." "¿No pudiérais, vos que sois tan sabio, proporcionarme una entrevista con la hija de maesse Estraten?"

—¿Os pidió una entrevista conmigo? preguntó la hermosa María.

—Y con grandísimo interés, respondió el codicioso químico.

—Continuad, maesse Genaro. Me vais inspirando interés.

—Para abreviar nuestro relato...

—¡Oh! no lo abrevieis: dijo María con visibles muestras de inquietud. Contadme muchos pormenores: quiero divertirme con ellos.

—Como querais. "¿Qué tiene que ver, jóven, la ciencia con las entrevistas amorosas?" le pregunté á mi vez. "La química no; pero quizá sí la astrología," "me respondió sencillamente." "¿Teneis fé en la ciencia?" "Mucha tengo" "Haceis bien. Decidme, jóven, ¿como os enamorasteis de María?"

—La dama puso mas atencion, y prosiguió el sábio:

—"Ya os he dicho que oyendo hablar de ella." "¿Pero qué circunstancias dieron pábulo á ese amor?" "Ninguna circunstancia notable. Of su nombre, la descripcion de su belleza, y me enamoré perdidamente." "¿La conocerías si la vierais?" "Quizás sí." "¿No habiéndola visto jamás?" "El instinto de los amantes me ayudaria.." "Puede que esta tarde se asome, al pasar S. A. el archiduque," le dije para consolarlo. El jóven meció la cabeza, haciendo una señal negativa, y yo añadí: "¿Dudais que se asome?" "Lo dudo." "¿En qué os fundais?" "En que hace algun tiempo que rondo su casa diariamente y aun no he logrado verla."

María escuchaba á maesse Genaro, cada vez con mas atencion, y se animaba su semblante á medida que el sabio referia las contestaciones de Gonzalo.

—¿No proseguís? dijo la jóven cuando el químico se interrumpió. Proseguid: voy cada momento aumentando mi curiosidad.

—Ofrecí al jóven ayudarle, y nos despedimos diciéndonos: "¿Cuándo nos verémos, maesse Genaro?" "De hoy en ocho dias." "¿En vuestra torre?" "Sí, en mi torre. Daréis tres golpes á la puerta, que es como llaman mis amigos." "No faltaré maesse Genaro." Os he referido testualmente nuestra conversacion, señora: ¿estais satisfecha de mí?

—Sí, maesse Genaro, y ese bolsillo os pertenece.

—Gracias, señora, dijo el astrólogo, abalanzándose al bolsillo.

—Pero decidme: ¿con qué contabais para cumplir vuestra palabra al estranjero? preguntó la dama despues.

—Observad, señora, que yo nada le prometí.

—Le disteis al menos esperanzas, y dándoselas, maesse Genaro...

—Nada aventuraba con ellas, repuso friamente el astrólogo.

—¿No hacíais ánimo de servirlo? preguntó María.

—Tenia interés en dejar cumplidos sus deseos.

—¿Y en ese caso, con qué contabais, maese Genaro?

—Con la casualidad y mi destreza entonces; ahora cuento.....

—¿Contais ahora?.... preguntó la hermosa María, no dejándole concluir.

—Con el interés que os inspira ese jóven desconocido.

—María se sorprendió un momento; pero dominando su emocion repuso friamente:

—Maesse Genaro, habeis satisfecho enteramente mi curiosidad: os he dado el oro ofrecido, y ambos quedamos satisfechos.

Conoció el químico que su codicia le habia conducido muy lejos, y que, esplicándose con tal lisura, habia perdido el principal medio de manejar á la hermosa jóven; pero al mismo tiempo conoció, que una mujer no se contenta con el relato de un tercero cuando puede oir al mismo héroe, y pareciéndole oportuno seguir por entonces el mismo sistema de franqueza, se apresuró á decir:

—Señora, conozca que he sido muy franco en perjuicio de mis intereses; pero una vez puesto en la senda, quiero seguirla rectamente, y esplicarme con una ruda claridad.

—Hablad con franqueza, maesse Genaro, y es el mejor modo de entendernos.

—El jóven me ha ofrecido quinientos florines, si le proporciono la entrevista, y no quiero perderlos, señora. La curiosidad, que os ha hecho venir en busca mia, ha quedado satisfecha en parte, y no sentiréis saber el nombre del jóven y apuesto estranjero.

—¿Os ha dicho su nombre al fin? preguntó María recelosa.

—No, pero lo sabréis de su labio, si le concedeis la audiencia, señora, que humildemente solicito.

—¿Qué momento fijais para ella?

—A su vez meditó María, y aceptando el terreno que el químico le presentaba, repuso con tranquilo tono:

—Os concedo, maesse Genaro, la audiencia que me habeis pedido.

—Gracias, señora. ¿Pero cuándo podrá tener lugar esa audiencia?

—Mañana mismo, si así os parece conveniente.

—No es posible, repuso el astrólogo despues de haber reflecsionado.

—¿Por qué razon, maesse Genaro? preguntó la dama.

—Porque estamos á 25 de Diciembre y el estranjero no vendrá hasta el 31, dia de la cita. Estas son, señora, mis razones.

—Podeis buscarlo en su posada, y se mostrará agradecido, porque le adelanteis el plazo.

—No sé su posada, señora, repuso el químico con pena.

Los labios de María se movieron, como para pronunciar un nombre, pero volvieron á cerrarse sin articular ningun sonido; el astrólogo lo notó y se apresuró á preguntar:

—¿Ibais á decirme, señora....

—Que esperaré los ocho dias, repuso la jóven al momento.

—Si vuestra impaciencia fuera tanta.... observó el químico.

—No es muy grande, maesse Genaro. Esperaré los ocho dias.

—¿Y cuando venga el estranjero, qué he de decirle?

—Le diréis, que nuestra entrevista se verificará al dia siguiente. ¿No conviene así á vuestros planes y á vuestro interés?

—¿Me indicaréis la hora, hermosa dama, que os parezca mas conveniente?

—A las doce, repuso María sin dar importancia á la hora.

—¿Del dia, supongo? preguntó con malicia maesse Genaro.

—Sí, del dia, repuso secamente la hija de Cornelio Estraten.

—¿Y el punto de reunion será esta torre?

—No, maesse Genaro. La hija de Cornelio Estraten no tiene citas misteriosas. Recibiré al jóven estranjero á las doce del dia, como he dicho, y le recibiré en mi casa.

—¿Vuestro padre, señora mia, podrá no quedar satisfecho....?

—Eso es cuenta mia, maesse Genaro, y juzgo que de nadie mas.

—Cúmplase, pues, vuestro deseo. Diré al jóven..

—Decidle que el primer dia de Enero, á las doce, le espero en mi casa, que pregunte por mí á los criados, á mi padre, al primero que encuentre, y que será bien recibido. Nada mas teneis que decirle.

—Así lo haré, hermosa señora, sin añadir una palabra.

—Quedad con Dios, maesse Genaro, dijo la dama despidiéndose.

—El os acompañe, señora, añadió el químico saludando.

Se cubrió María con su velo, la acompañó el químico hasta la puerta, en la que se reunió á su aya.

CAPITULO XV.

LAS DOS VISITAS.

Precisamente el mismo dia que debia presentarse Gonzalo en *la torre de los tres cipreses*, segun habia convenido antes con el astrólogo, estuvo en ella Felipe de Marnis, que no escaseaba sus visitas al sabio, de quien habia recibido servicios magníficamente pagados. Maesse Genaro consideraba como un escelente negocio cada visita de Santaldegonde, y se apresuraba á complacerlo, seguro siempre de una cuantiosa recompensa. La de este dia correspondió á sus esperanzas, sosteniendo en él una larga y acalorada discusion.

Alguna cosa ecsigia Felipe que el químico no estaba dispuesto á concederle, pues hubo ofertas y amenazas, recriminaciones violentas y picantísimos sarcasmos. Santaldegonde, que pagaba bastante caros los servicios del astrólogo, pretendia dirijirlo segun su antojo, y Maesse Genaro, que conocia todo el valor de su persona, no doblaba la cerviz facilmente ni por amenazas ni por ruegos. Estos dos poderes rivales se disputaban el terreno, como los califas de Córdoba y los descendientes de Pelayo. Se estrellaba la fogosidad de Felipe en la resistencia pasiva del sabio, y se ablandaba esta resistencia cuando los florines de Orange acometian en columna cerrada, batería terrible, cuyos tiros jamás resistió el nigromante.

—Lo ignoro, señora, dijo el sabio con profundo acento de dolor.

—¿Lo ignorais? preguntó María, entre satisfecha y quejosa.

—Lo reservó del hombre, señora, y me habeis dicho que no venís en busca del astrólogo. Es cuanto puedo contestar, sin acudir á las estrellas.

—Teneis razon: ignoraré, como vos, su nombre; pero sabré lo que sabeis. Largo tiempo estuvísteis reunidos: ¿qué hablabais?

—Hablamos de vos en un principio; despues de vos, y de vos siempre.

—¿De mí? preguntó la hija del armero, verdaderamente sorprendida.

—De vos, respondió maesse Genaro, con maliciosa hilaridad.

—¿Con qué motivo? añadió María tranquilizándose.

—¿Con qué motivo hablan los jóvenes de las hermosas?

—Pueden hablar por varias causas y razones.

—Y particularmente por una causa, por una singular razon.

—¿Por una? preguntó María, respondiendo á la hilaridad del astrólogo, con una sonrisa sarcástica.

—Por estar perdidos de amor, como el arrogante caballero.

—¿Ese jóven me ama? preguntó admirada María.

—Así lo dice, por lo menos, respondió con calma el astrólogo.

—¿Me ha visto alguna vez? volvió á preguntar la hermosa jóven, de su sorpresa recobrada.

—Jamás, repuso el alquimista, fiado en la palabra del paje.

—Contadme, maesse Genaro, contadme todos los pormenores de tan estraña conferencia, añadió la joven sospechando la intencion del discreto paje.

—Están reducidos á muy poco. Nos encontramos por casualidad; entablamos conversacion, como dos personas que nada mejor tienen que hacer; supo mi nombre; noté la aficion con que miraba á vuestra casa, se lo hice observar, y me dijo: "He oido decir que maesse Cornelio tiene una hija muy hermosa."

—¿He oido decir, dijo? preguntó María con interés.

—He oido decir. "¿No la conoceis?" le pregunté. "Jamás la he visto." "Es la reina de las hermosas de Bruselas." "¡Cuánto deseo verla!" esclamó. "¿Estais enamorado de oidas?" "Quizás sí." "Es una desgracia." "¿No pudiérais, vos que sois tan sabio, proporcionarme una entrevista con la hija de maesse Estraten?"

—¿Os pidió una entrevista conmigo? preguntó la hermosa María.

—Y con grandísimo interés, respondió el codicioso químico.

—Continuad, maesse Genaro. Me vais inspirando interés.

—Para abreviar nuestro relato...

—¡Oh! no lo abrevieis: dijo María con visibles muestras de inquietud. Contadme muchos pormenores: quiero divertirme con ellos.

—Como querais. "¿Qué tiene que ver, jóven, la ciencia con las entrevistas amorosas?" le pregunté á mi vez. "La química no; pero quizá sí la astrología," "me respondió sencillamente." "¿Teneis fé en la ciencia?" "Mucha tengo" "Haceis bien. Decidme, jóven, ¿como os enamorasteis de María?"

—La dama puso mas atencion, y prosiguió el sábio:

—"Ya os he dicho que oyendo hablar de ella." "¿Pero qué circunstancias dieron pábulo á ese amor?" "Ninguna circunstancia notable. Of su nombre, la descripcion de su belleza, y me enamoré perdidamente." "¿La conocerías si la vierais?" "Quizás sí." "¿No habiéndola visto jamás?" "El instinto de los amantes me ayudaria.." "Puede que esta tarde se asome, al pasar S. A. el archiduque," le dije para consolarlo. El jóven meció la cabeza, haciendo una señal negativa, y yo añadí: "¿Dudais que se asome?" "Lo dudo." "¿En qué os fundais?" "En que hace algun tiempo que rondo su casa diariamente y aun no he logrado verla."

María escuchaba á maesse Genaro, cada vez con mas atencion, y se animaba su semblante á medida que el sabio referia las contestaciones de Gonzalo.

—¿No proseguís? dijo la jóven cuando el químico se interrumpió. Proseguid: voy cada momento aumentando mi curiosidad.

—Ofrecí al jóven ayudarle, y nos despedimos diciéndonos: "¿Cuándo nos verémos, maesse Genaro?" "De hoy en ocho dias." "¿En vuestra torre?" "Sí, en mi torre. Daréis tres golpes á la puerta, que es como llaman mis amigos." "No faltaré maesse Genaro." Os he referido testualmente nuestra conversacion, señora: ¿estais satisfecha de mí?

—Sí, maesse Genaro, y ese bolsillo os pertenece.

—Gracias, señora, dijo el astrólogo, abalanzándose al bolsillo.

—Pero decidme: ¿con qué contabais para cumplir vuestra palabra al estranjero? preguntó la dama despues.

—Observad, señora, que yo nada le prometí.

—Le disteis al menos esperanzas, y dándoselas, maesse Genaro...

—Nada aventuraba con ellas, repuso friamente el astrólogo.

—¿No hacíais ánimo de servirlo? preguntó María.

—Tenia interés en dejar cumplidos sus deseos.

—¿Y en ese caso, con qué contabais, maese Genaro?

—Con la casualidad y mi destreza entonces; ahora cuento.....

—¿Contais ahora?.... preguntó la hermosa María, no dejándole concluir.

—Con el interés que os inspira ese jóven desconocido.

—María se sorprendió un momento; pero dominando su emocion repuso friamente:

—Maesse Genaro, habeis satisfecho enteramente mi curiosidad: os he dado el oro ofrecido, y ambos quedamos satisfechos.

Conoció el químico que su codicia le habia conducido muy lejos, y que, esplicándose con tal lisura, habia perdido el principal medio de manejar á la hermosa jóven; pero al mismo tiempo conoció, que una mujer no se contenta con el relato de un tercero cuando puede oir al mismo héroe, y pareciéndole oportuno seguir por entonces el mismo sistema de franqueza, se apresuró á decir:

—Señora, conozca que he sido muy franco en perjuicio de mis intereses; pero una vez puesto en la senda, quiero seguirla rectamente, y esplicarme con una ruda claridad.

—Hablad con franqueza, maesse Genaro, y es el mejor modo de entendernos.

—El jóven me ha ofrecido quinientos florines, si le proporciono la entrevista, y no quiero perderlos, señora. La curiosidad, que os ha hecho venir en busca mia, ha quedado satisfecha en parte, y no sentiréis saber el nombre del jóven y apuesto estranjero.

—¿Os ha dicho su nombre al fin? preguntó María recelosa.

—No, pero lo sabréis de su labio, si le concedeis la audiencia, señora, que humildemente solicito.

—¿Qué momento fijais para ella?

—A su vez meditó María, y aceptando el terreno que el químico le presentaba, repuso con tranquilo tono:

—Os concedo, maesse Genaro, la audiencia que me habeis pedido.

—Gracias, señora. ¿Pero cuándo podrá tener lugar esa audiencia?

—Mañana mismo, si así os parece conveniente.

—No es posible, repuso el astrólogo despues de haber reflecsionado.

—¿Por qué razon, maesse Genaro? preguntó la dama.

—Porque estamos á 25 de Diciembre y el estranjero no vendrá hasta el 31, dia de la cita. Estas son, señora, mis razones.

—Podeis buscarlo en su posada, y se mostrará agradecido, porque le adelanteis el plazo.

—No sé su posada, señora, repuso el químico con pena.

Los labios de María se movieron, como para pronunciar un nombre, pero volvieron á cerrarse sin articular ningun sonido; el astrólogo lo notó y se apresuró á preguntar:

—¿Ibais á decirme, señora....

—Que esperaré los ocho dias, repuso la jóven al momento.

—Si vuestra impaciencia fuera tanta.... observó el químico.

—No es muy grande, maesse Genaro. Esperaré los ocho dias.

—¿Y cuando venga el estranjero, qué he de decirle?

—Le diréis, que nuestra entrevista se verificará al dia siguiente. ¿No conviene así á vuestros planes y á vuestro interés?

—¿Me indicaréis la hora, hermosa dama, que os parezca mas conveniente?

—A las doce, repuso María sin dar importancia á la hora.

—¿Del dia, supongo? preguntó con malicia maesse Genaro.

—Sí, del dia, repuso secamente la hija de Cornelio Estraten.

—¿Y el punto de reunion será esta torre?

—No, maesse Genaro. La hija de Cornelio Estraten no tiene citas misteriosas. Recibiré al jóven estranjero á las doce del dia, como he dicho, y le recibiré en mi casa.

—¿Vuestro padre, señora mia, podrá no quedar satisfecho....?

—Eso es cuenta mia, maesse Genaro, y juzgo que de nadie mas.

—Cúmplase, pues, vuestro deseo. Diré al jóven..

—Decidle que el primer dia de Enero, á las doce, le espero en mi casa, que pregunte por mí á los criados, á mi padre, al primero que encuentre, y que será bien recibido. Nada mas teneis que decirle.

—Así lo haré, hermosa señora, sin añadir una palabra.

—Quedad con Dios, maesse Genaro, dijo la dama despidiéndose.

—El os acompañe, señora, añadió el químico saludando.

Se cubrió María con su velo, la acompañó el químico hasta la puerta, en la que se reunió á su aya.

CAPITULO XV.

LAS DOS VISITAS.

Precisamente el mismo dia que debia presentarse Gonzalo en *la torre de los tres cipreses*, segun habia convenido antes con el astrólogo, estuvo en ella Felipe de Marnis, que no escaseaba sus visitas al sabio, de quien habia recibido servicios magníficamente pagados. Maesse Genaro consideraba como un escelente negocio cada visita de Santaldegonde, y se apresuraba á complacerlo, seguro siempre de una cuantiosa recompensa. La de este dia correspondió á sus esperanzas, sosteniendo en él una larga y acalorada discusion.

Alguna cosa ecsigia Felipe que el químico no estaba dispuesto á concederle, pues hubo ofertas y amenazas, recriminaciones violentas y picantísimos sarcasmos. Santaldegonde, que pagaba bastante caros los servicios del astrólogo, pretendia dirijirlo segun su antojo, y Maesse Genaro, que conocia todo el valor de su persona, no doblaba la cerviz facilmente ni por amenazas ni por ruegos. Estos dos poderes rivales se disputaban el terreno, como los califas de Córdoba y los descendientes de Pelayo. Se estrellaba la fogosidad de Felipe en la resistencia pasiva del sabio, y se ablandaba esta resistencia cuando los florines de Orange acometian en columna cerrada, batería terrible, cuyos tiros jamás resistió el nigromante.

A la acalorada discusion siguió una tregua de algunos momentos; y á la tregua los preliminares de paz. Para llevarla á feliz término, era preciso que las altas partes contratantes modificaran sus pretensiones, cediendo cada cual un tanto á fin de quedar satisfechas. Las negociaciones fueron largas, lo que sucede siempre que negocian diplomáticos de valía: hubo discretos considerandos, se fijaron las principales bases, sufrieron estas las oportunas modificaciones, y por último se firmó el tratado, quedando los negociadores en la mas perfecta armonía.

El tiempo debia ser preciso y las circunstancias apremiantes, pues, formalizado el convenio, se despidió Santaldegonde, acompañándolo maesse Genaro hasta algunos pasos de la torre. Esta distincion del astrólogo no fué mera galantería: con el calor de la disputa y la premura del arreglo, se habian olvidado de fijar la asignacion correspondiente, y como no descuidaba el químico sus intereses en ningun caso, aprovechó aquellos momentos para dejarlos en buen órden.

Cuando se alejó Santaldegonde retrocedió maesse Genaro; pero en vez de entrar en la torre, se puso á cultivar reposadamente algunas plantas invernizas, que crecian á su pié, disfrutando mientras trabajaba de una hermosa siesta de Diciembre.

El reloj de San Nicolás dió las tres, y el químico escuchó con júbilo el ronco sonido del metal: aquella hora le recordaba que debia llegar el estranjero, y que oiria dos veces en un dia el grato sonido del oro; sonido que anima al avaro, como al caballo el del clarin y como al guerrero el del parche.

Gonzalo no se hizo esperar; pocas plantas habia cultivado el astrólogo, cuando sintió sobre su hombro la mano del paje, que amistosamente lo llamaba.

—Bien venido, gallardo jóven, dijo el químico, abandonando su operacion. Hace tiempo que os estaba esperando, y me alegro mucho de veros.

—Ahora mismo, repuso el jóven, acaba de dar el reloj de la parroquia de San Nicolás su última campanada. He cumplido.

—Son las tres, hora de nuestra cita. Subid.

Maesse Genaro entró en la torre, seguido del paje; subieron la escalerilla de caracol, y á los pocos momentos se hallaron en la rotonda que palmo á palmo conocemos. Gonzalo paseó sus miradas curiosas por un sinnúmero de objetos, cuyo uso no comprendia, y á una invitacion del astrólogo, se sentó en uno de los dos sillones ocupando el otro el anciano.

—¿Vendréis á preguntarme el écsito de mis tentativas?

—Hoy se han cumplido los ocho dias que me señalasteis, repuso Gonzalo, procurando dominar su impaciencia.

—No os acrimino, por el contrario celebro mucho tan religiosa puntualidad, muy apreciable en un soldado.

—Obro militarmente, amigo mio; cita dada, cita cumplida, sin diferencia de un minuto: favor hecho, favor pagado, sin diferencia de un florin: dijo Gonzalo alegremente.

—Esa segunda parte me encanta, repuso con bondad el químico.

—En breve encontraréis la prueba. ¿Qué noticias me dais?

—Magníficas. Las mejores, amigo mio, que podiamos ambos esperar.

—¿Habeis hablado con María? preguntó Gonzalo impaciente.

—He hablado, repuso el astrólogo, dando valor á sus palabras.

—¿En su casa? insistió el impaciente paje.

—En esta rotonda, respondió tranquilamente masse Genaro.

—¿En esta rotonda? preguntó el jóven, como dudando del aserto.

—La jóven ocupaba precisamente el sillon que estais ocupando ahora vos. Como podeis ver, en esta estancia solo se encuentran dos sillones. Uno para el que me consulta y para el consultado el otro.

—¿A qué ha venido aquí María? preguntó impaciente Gonzalo.

—Perdonad, eso no os importa, repuso el astrólogo con calma.

—Quisiera saber. : . .replicó el paje, no dándose por satisfecho.

—Caballero, os prometí ocuparme muy seriamente de vuestro negocio, y está cumplida mi palabra. Nada mas podeis ecsijirme.

—¿Habeis dicho á María Estraten que quiero hablar con ella?

—Sí, repuso suavemente el astrólogo, con afectuosa gravedad.

—¿Quién le habeis dicho que quiere hablarla?

—Un estranjero, añadió con firmeza el sabio.

—¿Nada mas? preguntó Gonzalo, mas impaciente cada vez.

—No me habeis hecho el honor todavia de decirme vuestro apellido, y mal podré decir á nadie lo que callais con tanto empeño.

—¿De modo, que le habeis pedido una cita anónima?

—Anónima. ¿Qué mas podia hacer, caballero?

—¿Sin mas pormenores, ni recomendacion alguna?

—La he dicho que sois un mancebo bizarro, galan, valiente y generoso. ¿Qué mejor recomendacion para una mujer jóven y hermosa?

—¿Pero no le habeis manifestado que rondo su casa diariamente, que tengo un vivísimo interés en hablarla, que quizás depende...?

—Todo eso la he dicho, y algo mas, repuso el sabio con gran calma.

—¿Algo mas? pregunto Gonzalo, no satisfecho enteramente.

—Sí, que estais enamorado de oidas, que la idolatrais...

—¿Qué os respondió? Decidmelo... ¿Qué os respondió?

—Me respondió . . . . es muy importante su respuesta.

—¿Muy importante? ¿Y tanto tardais en decirmela?

—Muy importante, caballero. Repito que muy importante.

—Tened la bondad de esplicaros, porque mi paciencia...

—Impaciente sois, caballerito, y la demasiada impaciencia...

—Es propiedad de los amantes, dijo el paje endulzando un poco la voz.

—Los amantes tienen algunas propiedades, que necesitan modificar, repuso el astrólogo conservando su tono sentencioso y hueco.

—¿María respondió...? dijo Gonzalo desentendiéndose del consejo.

—Ya sabréis lo que me respondió María Estraten.

Impaciente estaba Gonzalo de saber la respuesta de la hermosa jóven, y el químico por el contrario dilataba la contestacion, como si quisiera ganar tiempo. Maesse Genaro midió el sol, prócsimo á su Ocaso, y dijo con solemnidad:

—¿Amais ciegamente á esa dama, jóven y valiente caballero?

—Ya os he dicho que ciegamente, repuso el fogoso Gonzalo.

—¿Y me habeis dicho que fundais vuestra felicidad en una entrevista con ella? preguntó de nuevo el astrólogo.

—Ecsactamente, observó el paje procurando en vano reprimirse.

—¿De modo que seréis feliz [si os proporciono. . . .

—Una conferencia de un minuto, y nada mas quiero de vos.

—Tendréis la conferencia, jóven. Yo lo aseguro.

—¿Cuándo me cumpliréis esa promesa tan ardientemente deseada?

—No tardará mucho, que el tiempo camina con velocidad.

—¿Esta noche?.... Respondedme, anciano. ¿La veré esta noche?

—Os veo cada instante mas impaciente, caballero.

—¿Mañana? Respondedme...¿La veré mañana, la veré?

—Bien pudiera ser. Os digo que no es imposible.

—Acabad, por Dios; ¿qué os ha dicho? preguntó Gonzalo con violencia.

—Me ha dicho, que condesciende á vuestros ruegos.

—¿Y qué la veré? ¿No es verdad que la veré mañana?

—Mañana mismo, dijo el astrólogo, calmando la ansiedad del paje.

—¿A qué hora? preguntó Gonzalo, no tan impaciente.

—A las doce, repuso el sabio, con su calculado laconismo.

—¿En qué paraje? ¿Os ha designado el paraje? ¿Será aquí tal vez?...

—Tomad aliento, y no estrecheis tanto las distancias.

—¡Os complaceis en mortificarme! esclamó el paje ecsasperado.

—Nada menos; pero como no estoy enamorado no participo de vuestra impaciencia, repuso el químico friamente.

—¿La veré mañana á las doce? insistió Gonzalo.

—Mañana á las doce. Os lo he repetido varias veces.

—¿Y cuando supo la hermosa dama mi pretension....?

—Voy á referiros sus palabras. "Decidle que el primer dia de Enero, á las doce, le espero en mi casa; que pregunte por mí á los criados, á mi padre, al primero que encuentre." Ya sabeis su respuesta, jóven. ¿Teneis que pedirme algo mas?

—¡Gracias, gracias, maesse Genaro! esclamó el paje satisfecho.

—¿Estais satisfecho? preguntó apaciblemente el astrólogo.

—Lo estoy, repuso el jóven paje, llevando la mano al corazon.

—Era inútil vuestra impaciencia, y no me apresuró por ello.

—Teneis razon. Vuestro servicio ha sido completo; aquí teneis los quinientos florines, que os ofrecí. Cuenta saldada.

—Gracias, amigo, murmuró el químico con efusion.

Acababa de anochecer; maesse Genaro encendió una lámpara, tomó el bolsillo que le presentó el jóven paje, y le dijo, despues de haber pulseado varias veces los sonantes florines de oro:

—¿Teneis algo mas que mandarme? Hablad con franqueza.

—Solo deseo corresponderos, repuso Gonzalo cortesmente.

—Me parece que debeis marcharos antes que cierre mas la noche. No es despediros; pero este paraje escusado suele ser fatal...

—No tengo miedo, interrumpió el valiente paje.

—Mas debeis tener precaucion, observó el prudente alquimista.

—Seguiré, pues, vuestros consejos, para no importunaros mas.

El químico acompañó al paje hasta la puerta de la torre; y se despidieron cordialmente, como dos perfectos amigos.

Gonzalo cruzó varias sendas, sombreadas por copudos árboles ó entrecortadas de vallados: la escasa luz de las estrellas le guiaba en tan intrincado laberinto, y muchas veces llevó la mano á la empuñadura de la espada, tomando la sombra de un arbusto por un encubierto malhechor. Muy prócsimo al muro, y en medio de un bosquecillo entrecortado por varias sendas que se unian en una reducida plazoleta, se vió de improviso rodeado por seis hombres, que, espada en mano, se dirijieron hácia él.

—Entregad la espada, dijo uno con voz de trueno.

El jóven paje desenvainó al punto su acero, decidido á venderles cara su vida; pero reflecsionando un momento, vió que se hallaba enteramente rodeado, que no podia guardar la espalda, y que en

tan falsa posicion le seria imposible defenderse. Una idea se presentó á su mente, y bajando la punta de la espada, les preguntó con sangre fria:

—¿A quién buscais?

—A tí, le respondió la voz, con el mismo terrible acento.

—¿Quién soy yo? repuso Gonzalo con perfecta tranquilidad.

—Un traidor encubierto, partidario del príncipe D. Juan.

—Os equivocais, caballeros. Soy enemigo del austriaco.

—Una prueba, dijo otra voz mas hueca y sonora.

—Acercaos, señores, y la recibiréis cumplida.

Los seis se acercaron al jóven, con los puñales en la mano; Gonzalo se abrió el coleto y la ropilla, y, á la escasa luz de las estrellas, vieron los bandidos una medalla con el nema: *Contrajuanista*. Al mirarla, se descubrieron respetuosamente, y Gonzalo entró sin tropiezo en la ciudad.

CAPÍTULO XVI.

LA CARTA.

Gonzalo llegó á su posada, dando gracias al príncipe D. Juan por su prevision, que le habia sacado de un peligro, cuya estension no le era dado calcular. Esta inquietud hubiera sido poderosa para hacerle pasar una noche de meditaciones é insomnio, y, uniéndosele la certidumbre de hablar á María el dia siguiente, el jóven paje deseaba ver penetrar en su aposento el primer rayo de la aurora, como el preso que gime en las tinieblas de un insaluble calabozo. Dejó el lecho inmediatamente; se vistió con el mayor esmero; pidió el desayuno; almorzó poco, y aguijado por su impaciencia, como por el acicate un caballo, salió á las nueve, dirijiéndose á la iglesia de Kouvemberg.

Llegado al templo quiso orar; mas preocupado con la idea de la visita que debia hacer, si sus labios dirijian plegarias, su pensamiento estaba tan distante de ellas, como el hombre del trono de Dios. Cortas fueron sus oraciones; y no pudiendo permanecer por mucho tiempo fijo en un lugar, se levantó, salió del templo, y siguiendo su diaria costumbre, emprendió sus paseos ante la casa de María.

Cada vez que daba una hora el reloj de San Nicolás, suspendia su marcha Gonzalo y contaba las campanadas con la mas profunda atencion, haciendo un gesto de impaciencia, porque faltaban una ó dos horas para el logro de su deseo.

Eterna pareció al jóven paje la mañana; pero como todas las eternidades del mundo acaban, sean de amores, placeres ó penas, tambien acabó la de dos horas que tanto atormentó á Gonzalo. A la primera campanada de las doce, entró el paje en casa de maesse Estraten, y como estaba decretado que sufriera todas las contrariedades posibles, la primera persona que encontró fué el imponente padre de María. Este encuentro desalentó al jóven, pues aunque estaba autorizado para preguntarle por su hija, le parecia estraño que un jóven dirijiera semejante pregunta al padre de una hermosa niña. Su indecision era notable, pero vino á sacarle de ella la voz del armero que le dijo:

—¿A quién buscais, jóven?

—A vuestra hija, respondió el paje, más que por deliberacion por aturdimiento: tanto le imponia la presencia de maesse Cornelio Estraten.

—Pues seguidme, repuso el armero con su acostumbrada gravedad.

Maesse Cornelio subió la escalera delante de Gonzalo, llegó al salon-armería, casi enteramente despojado de sus adornos, invertidos en armar la legion del *Aventurero*, y señalandole la pequeña puerta, que daba paso al gabinete de María,

—Allí está, le dijo, retirándose sin tardanza.

El jóven paje se adelantó, llamó suavemente á la puerta, y salió á recibirlo María con faz tranquila y sosegado continente.

Una sola vez habia visto Gonzalo á la hija de maesse Cornelio, y habia quedado deslumbrado de su soberana belleza; la veia ahora por segunda vez, y quedaba absorto contemplando las profundas huellas del dolor. ¡Qué diferencia en pocos meses de celos y tristes desengaños!

—Entrad, caballero, dijo María, animando al paje, que estático y mudo se habia quedado en el umbral, contemplando la faz marchita y seductora de la jóven.

Gonzalo obedeció maquinalmente; ocupó el sitial que la dama le señaló, y siguió guardando el mismo profundo silencio. María, aunque interiormente afectada tanto ó mas que el paje, procuró aparecer indiferente, y dijo á Gonzalo, forzando una dulce y celestial sonrisa:

—Caballero, ¿puedo saber el motivo de vuestra visita?

El paje sacó la carta de D. Juan y la entregó á la jóven dama.

Al tocar aquel papel, María sintió un estremecimiento involuntario, rompió el nema, y leyó para sí:

"Señora, he delinquido sin saberlo, y os he pedido mi perdon: justa, quizás, pero al mismo tiempo rigorosa, me habeis condenado á un tormento mil veces mas duro que la muerte, y se cumple vuestra sentencia. Juan de Austria quisiera seguiros, ablandaros á fuerza de súplicas ó morir de amor á vuestros piés: el gobernador general, sujeto por la durísima cadena del honor y de sus deberes, tiene que morir aprisionado, sin romper un solo eslabon. Durante el dia os llama como un insensato; sueña con vos durante la noche; os ve hermosa como los ángeles, y airado como el querubin que blandió su espada sobre el primer hombre criminal. Todo lo he perdido, señora; el peso del poder me abruma, y veo espinas en el laurel de mis coronas. Mi ambicion creció como la ola que inunda la playa; pero tambien como la ola se rompió contra los escollos, deshaciéndose en blancas espumas. Quedaba vacío el corazon que habia llenado: corazon inmenso, que para llenarse de nuevo necesitó un amor inmenso tambien: vuestro amor casto y misterioso, vuestro amor que gocé un instante, y que para siempre perdí. ¡Perder la esperanza, señora, es tener la muerte en el alma, es unir la vida y el no ser!

"Nada os pido; os abro mi pecho, os presento su profunda llaga: emponzoñadla si queréis, derramad sobre ella, si así os place, un bálsamo vivificador. Sois mi único pensamiento ahora; vuestro nombre, María, vuestro nombre será el último que pronuncie en el momento de morir,

JUAN DE AUSTRIA."

Varias veces interrumpió María la lectura de la triste y sentida carta, y varias veces amargas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, como las gotas de rocío por el cáliz de una azucena en las alboradas de Abril. Gonzalo miraba fijamente á la hija de maesse Cornelio Estraten, y aquellas lágrimas fugitivas, le aseguraban el feliz écsito de su delicada mision.

—¿Cuándo recibísteis esta carta? preguntó María, con voz trémula, y enjugándose el dulce llanto, que sus mejillas inundaba.

—Ha estado en mi poder cuatro meses, repuso tristemente el paje.

—¡Cuánto he sufrido por orgullo! ¿Y no habeis recibido nuevas del príncipe? preguntó María con ansiedad, y dando curso á nuevas lágrimas.

—Ninguna, señora. Desde que salí de Namur no he recibido carta suya.

—¿Cómo quedó el ilustre príncipe á vuestra partida?

—Triste, muy triste: mas triste que vos, hermosa dama.

—¿Muy triste? preguntó María, aflijida y gozosa á la vez.

—Se entregaba con pena al despacho de los negocios; huia de la sociedad de sus amigos, y suspiraba amargamente en la soledad.

—¿Suspiraba? repitió la dama con el egoismo del dolor.

—Suspiraba, como la madre que está ausente del hijo amado, como la tórtola lejos de su esposo; y en algunos momentos rujia, como la leona separada de sus cachorros, como la tigre perseguida.

—¿Cuándo os entregó esta carta....? añadió María.

—Muchas veces me habia llamado á su aposento y despedido con los mas especiosos pretestos, hasta que yo mismo adiviné la causa de tan frecuentes conferencias, repuso el intrépido paje.

—¿Y por qué vacilaba el príncipe? volvió á preguntarle María.

—Porque temia esponer mi vida, replicó Gonzalo con frialdad.

—¿Cedió al fin á vuestros ruegos? ¿Cedió á vuestros ruegos?

—Cedió, señora, al inmenso amor que os profesa.

Un vivo carmin tiñó al momento las mejillas de María, guardó un instante de silencio y preguntó despues:

—¿Por qué no me habeis entregado antes esta carta?

—Mucho deseaba hacerlo, señora; pero mis esfuerzos fueron inútiles, y sin una casualidad, verdaderamente estraordinaria, no lo hubiera logrado aún, respondió el valiente Gonzalo.

—¿De qué casualidad hablais? preguntó la hermosa María.

—De mi encuentro con maesse Genaro, el astrólogo.

—¿Creeis en su ciencia tan ponderada y tan temida en todo el Brabante?

—Creo en su poder, y no me pesa de haber creido.

—¿Qué motivo teneis, Gonzalo, para creerlo tan poderoso?

—Sus palabras, repuso el paje, recordando las del alquimista.

—¿Os ha dicho algunas notables? preguntó María con ansiedad.

—Unas, que conservaré en la memoria durante mi vida.

—¿Queréis confiármelas? insistió la dama con calor.

—¿Me responderéis á una pregunta? la preguntó el paje á su vez.

—Hacédmela, repuso María, no disimulando su inquietud.

—¿Amais al príncipe? añadió el paje, con encantadora sencillez.

—Lo he amado al menos, repuso la jóven radiando sus anchas pupilas.

—No es bastante para mi intento, replicó Gonzalo con frialdad.

—¡En este momento le amo! esclamó la hija del armero.

—Pues oid. El dia que el jóven archiduque entró en Bruselas, la casualidad me reunió con maesse Genaro; y despues de algunos incidentes, que me le hicieron conocer, le dije: "Dicen que sois capaz de dar la muerte en un segundo." "El poder de los reyes, jóven, es nada comparado al mio, me contestó: y una frente, que haya ceñido los laureles de cien victorias, caerá herida, como al golpe del rayo, al golpe de mi voluntad." "¿Aunque esa frente fuera muy ilustre?" le pregunté. "Aunque fuera la de D. Juan de Austria." "¿Osaríais herirla?" El químico me contestó con una sonrisa desdeñosa.

—¿Y esa sonrisa....? preguntó María fuera de sí.

—Me recordó el turbante de huevos moles, presentado al príncipe en Santa Gudula, que arrojó al suelo el duque de Ariscot é instantáneamente dió la muerte al perro de maesse Estraten.

—María se estremeció al oir las reflecsiones de Gonzalo, guardó silencio, meditó, y se convenció de que las palabras de maesse Genaro podian ser muy bien una amenaza pronta á realizarse quizás. Esta idea agitó sus nervios, y violentamente temblaba.

—¿Temblais, señora? dijo el paje, observando su convulsion.

—Vos temblaríais tambien si supierais.... murmuró María.

—¿Qué? preguntó el paje, levantándose de su sitial.

—Que maesse Genaro puso el veneno en el turbante de huevos moles, respondió la dama con voz sorda y entrecortada.

—¿Estais segura? insistió Gonzalo, arrojando llamas por los ojos.

—A no dudarlo. Como si yo misma lo hubiera visto, caballero.

Gonzalo meditó un segundo, y se despidió de María.

—¿A dónde vais? preguntó la hija del armero.

—A esconder mi puñal, señora, en las entrañas de ese monstruo, repuso el paje, dejando leer en su mirada una firme resolucion.

—Deteneos, jóven, deteneos. Los venenos de maesse Genaro no se acabarán con su vida, y quien sabe....

Interrumpió María su discurso, se acercó á un pequeño escritorio, incrustrado de carey y bronce, y escribió:

"Príncipe: he recibido vuestra carta; velo por vos, nos verémos, y os amo.

MARÍA."

Cerró el billete y lo entregó al paje, diciéndole:

—Conozco vuestro amor al príncipe, y no necesito recomendaros que debe recibir esta carta lo mas pronto y posible.

—Señora, montaré á caballo inmediatamente, y no descansaré un segundo hasta entregársela, repuso Gonzalo.

—Decid al príncipe cómo me habeis hallado.

—Diré á S. A. que he visto una rosa marchita, pero siempre reina de las flores. ¿Os parece bien que esto le diga?

—Sí; le diréis tambien que he derramado muchas lágrimas por una sola....

María no pudo proseguir; tendió su blanca mano al paje; éste la besó con respeto, y salió al momento de la estancia lleno de dudas y temores, pero al mismo tiempo satisfecho de haber cumplido su mision.

Gonzalo habia empeñado su palabra de entregar la carta de María en el menos tiempo posible, y Gonzalo cumplia sus palabras con la lealtad de un español. Ocho horas despues de esta entrevista, estampaba el príncipe sus labios en aquella firma, trazada por la mano de una mujer hermosa, discreta y constante á la vez.

CAPÍTULO XVII.

LOS DOS ASTRÓLOGOS.

Nada hemos sabido de Enrique desde su entrevista con el paje; y en verdad que el *Aventurero* es persona de mucha cuenta para perderla así de vista: justo sera, pues, seguir sus pasos, ó por lo menos introducirnos en el laboratorio químico de maesse Genaro, el dia 19 de Enero de 1578, y escuchar la conversacion del sabio astrólogo con aquel niño misterioso, que tanto habia llamado la atencion de los diputados del Brabante, de la muchedumbre de Amberes, y de las damas de Bruselas.

Vestido con suma elegancia estaba el intrépido Enrique, sentado en un ancho sillon, apoyado el codo en la mesa y sobre la mano la mejilla; en tanto que maesse Genaro, de pié y apoyado contra un hornillo, le miraba con inquietud; teniendo que hacer un grande esfuerzo al decirle en tono de broma, y procurando fruncir los labios, para remedar una sonrisa:

—Hemos pasado quince minutos sin pronunciar una palabra, y á seguir así, nos cansará tan lúgubre y profundo silencio.

—¿No leeis en los astros? preguntó Enrique con estudiada indiferencia.

—Sí leo, repuso el sabio astrólogo alarmándole por vez primera una pregunta que tantas otras le habian hecho.

—Pues yo leo en los hombres, repuso Enrique dando á su voz una inflecsion particular.

—¿Leeis en los hombres? murmuró el químico alarmado.

—Sí, maesse Genaro, y ahora mismo leo en vuestros ojos el pensamiento que os domina. Este dón es mucho mas raro que el de interpretar las estrellas.

Maesse Genaro se estremeció; pero no queriendo sufrir el yugo de la poderosa mirada de Enrique, repuso con su sarcástica sonrisa y tono burlon, que ahora ocultaban su grande y manifiesta inquietud:

—¿Estais dotado, segun parece, de la facultad de segunda vista, facultad cien veces mas rara que la de consultar los astros?

—¿Y por qué no? Cada uno tiene cualidades que le son propias, y que lo distinguen de otros séres. Anuncian las viajeras golondrinas el cambio de las estaciones; los camellos la procsimidad del huracan; profetas tuvo la ley antigua, santos ha tenido el Evangelio: sibilas y oráculos tuvo Grecia, augures Roma: astrólogos tiene nuestro siglo: ¿por qué no ha de tener tambien adivinos?

El *Aventurero* se esplicaba con imponente gravedad, y maesse Genaro hacia esfuerzos para presentarse tranquilo, sin completamente lograrlo.

—¿Dudais de mi ciencia? preguntó Enrique.

—Motivos tengo para ello, repuso friamente el astrólogo.

—Pero no dudaréis cuando os diga que estais pensando en las palabras que pronuncié al bajar la escalera el dia de nuestra primera entrevista, añadió Enrique fijando sus radiantes ojos en los impasibles del sabio.

Maesse Genaro frunció las cejas, se mordió sus delgados labios; pero contestó en su tono de indiferencia, despues de arreglar dos ó tres veces sus raros y blancos cabellos.

—Vuestras palabras de aquel dia me dieron mucho en qué pensar, y confesaré francamente que mas de una vez pienso en ellas.

—Fueron pocas y muy sencillas, observó Enrique sonriyendo.

—No tal: fueron muchas y graves, repuso vivamente el astrólogo.

—¿Queréis repetirlas? insistió Enrique con aparente sencillez.

—Mejor es callarlas, ya que los dos las recordamos.

—Como querais. Eran algunos pormenores relativos al turbante de huevos moles que dispusísteis para el príncipe Don Juan de Austria.

—¡Callad, jóven! esclamó el anciano levantándose de su sillon.

—Nada temais, maesse Genaro: Don Juan de Austria no está en Bruselas, y los Estados generales lo han declarado ya rebelde.

—Don Juan de Austria se encuentra al frente de un ejército, y podria suceder....dijo el químico interrumpiéndose de pronto.

—Proseguid, si á bien lo teneis, sabio astrólogo de la torre.

—Podria suceder que triunfara el príncipe Don Juan de Austria.

—¿Sois su amigo, maesse Genaro? preguntó Enrique con simulado candor.

—¿Su amigo yo? repuso el sabio preguntando, porque temia comprometerse con una respuesta mas franca.

—Quizás su cómplice, añadió Enrique como sospechando del astrólogo.

—¿La acusacion que me habeis hecho no prueba bien todo mi encono contra el príncipe Don Juan de Austria? repuso al fin maesse Genaro, convencido de que el *Aventurero* se presentaba franco enemigo de Don Juan.

—La acusacion que os hice prueba, á no dudarlo, que el señor de Santaldegonde os pagó bien aquel veneno, observó Enrique secamente.

—¿Sabeis?....murmuró el sabio astrólogo dudando de nuevo.

—Sé que os escribió Felipe de Marnis unas cuantas líneas; que la casualidad trajo á Guillermo Matren conduciendo en una pequeña bandeja el turbante; que despues de salir Guillermo os sorprendió el duque de Ariscot, y compró el secreto de Felipe. Todo esto sé; pero entonces preparásteis, por una cantidad de oro, el veneno que debia dar la muerte al gobernador general, ahora prepararíais por otra, y quizás habréis preparado ya uno que acabe con la vida del archiduque, del príncipe de Orange y de cuantos buenos servidores cuenta la santa causa del país, dijo el jóven con terrible severidad.

—Os juro....replicó el astrólogo aterrado, aunque inocente de tal crímen.

—Vuestros juramentos son inútiles, maesse Genaro, interrumpió Enrique: se dice, y á mi ver con razon, que sois muy poco religioso, y por lo tanto que os burlais de la fé de los juramentos. Por otra parte, doy poco crédito á las palabras cuando las acciones las desmienten.

—¿Y mis acciones?....preguntó el químico confuso.

—Vuestras acciones dan muchísimo que sospechar. ¿Con quién hablábais el dia que entró en esta ciudad el gobernador archiduque?

—Con un jóven desconocido á quien no habia visto jamas.

—¿A quién recibísteis ocho dias despues en esta torre?

—Al mismo jóven, que vino á verme para asuntos particulares.

—¿Y ese jovencito, maesse Genaro, ese jovencito?....

—Quedó tan desconocido para mí, como vos para todo el mundo.

—Se llama el jóven, maesse Genaro, Gonzalo Fernandez de Córdova, y es paje de Don Juan de Austria. Esto lo sabeis como yo.

—Os juro....murmuró el alquimista, retrocediendo como si hubiera pisado un áspid, en tanto que Enrique gozaba con la sorpresa del astrólogo.

—Ya os he dicho, maesse Genaro, que de nada sirven vuestros repetidos juramentos. Habeis tenido dos conferencias con el emisario de Don Juan: hoy mismo seréis delatado como traidor al archiduque, y yo me encargo de sostener la acusacion públicamente, dijo Enrique con voz de trueno.

El *Aventurero* se levantó: maesse Genaro conoció al momento todo el daño que podia causarle una acusacion sostenida por el jóven, y cerrándole el paso dijo:

—Os juro, aunque no presteis fé á mis juramentos, que no he conocido á ese Gonzalo, emisario de Don Juan de Austria.

—Os juro á mi vez, maesse Genaro, que voy á presentar mi denuncia, y podeis prestar fé á mi juramento.

—Vuestra denuncia comprometerá los intereses de los Estados generales, repuso el astrólogo con aparente tranquilidad.

—¿Y por qué mi denuncia comprometerá, maesse Genaro, tan respetables intereses? preguntó Enrique como pudiera hacerlo un juez á un criminal arrodillado.

—Porque acusándome, caballero, me obligaréis á defenderme.

—¿Y en vuestra defensa diréis?....añadió Enrique con vehemencia.

—Un secreto que sabemos dos solamente. Un secreto....

—Que habréis vendido ya, tal vez al emisario del austriaco.

—No lo he vendido, repuso el astrólogo procurando ocultar la emocion que le habia causado la amenaza.

—Poseer un secreto, maesse Genaro, no es una escusa.

—Sí lo es, cuando manifiesta que he prestado un muy importante servicio á los Estados generales, al príncipe de Orange y al país.

—¿Callando habeis prestado ese importante servicio?

—Haciendo, repuso el astrólogo con alguna mas energía.

—¿Qué habeis hecho? preguntó Enrique dudan-

do de la ecsactitud de las palabras del astrólogo, ó tal vez queriendo alcanzar una confesion mas esplícita.

—Preguntadlo á Felipe de Marnis, y él os responderá por mí.

—Poco crédito dais á mi ciencia, dijo Enrique cambiando de tono enteramente.

—Volveis con la adivinacion, repuso el astrólogo.

—Vuelvo á adivinar, maesse Genaro, y con pasmosa precision.

—¿Y diréis, como resultado de esa adivinacion pasmosa....?

—Que habeis dado á Felipe de Marnis un sutil veneno.

—¡Sois el diablo, esclamo el químico aterrado.

—Quizás sí, replicó el bello jóven dando una ronca carcajada.

—¿Entonces sabréis...? tartamudeó maesse Genaro.

—Que vuestras conferencias con aquel jóven desconocido, como yo, han tenido por único objeto unas entrevistas amorosas. ¿Era esto lo que pretendiais preguntarme, vanidoso astrólogo?

—Es verdad. ¿Y por qué me habeis alarmado con tan terribles amenazas? preguntó el químico despues de haber hecho con disimulo la señal de la cruz, tan creido estaba de su procsimidad al diablo.

—Porque dudasteis de mi ciencia, repuso Enrique con frialdad.

—La reconozco, dijo el químico que no sabia cómo esplicarse la segunda vista de Enrique, como no fuera confundiéndolo con el enemigo del hombre.

—¿Estais seguro de que obrará vuestro veneno?

—Muy seguro; dará una muerte tan segura, como si fuera dirijida por la misma mano de Dios.

—Pero se ofrecerán dificultades para usarlo, dijo Enrique despues de haberse estremecido.

—No hay duda; mas es preciso convenir en que tiene fácil aplicacion y que es imposible sustituirlo con ningun otro que ofrezca tan grandes ventajas.

—¿Sí? preguntó el jóven pudiendo disimular apenas su inquietud.

—Si fuera de aquellos que se administran en los manjares ó en los líquidos, la dificultad subiria de punto; pero siendo bastante perfumar con él un lienzo que toque las carnes de D. Juan, llevamos adelantado mucho. ¿No os parece así?

El *Aventurero* sintió un horroroso escalofrío, como si ya estuviera siendo víctima del fatal tósigo; pero dominando su emocion, preguntó con grande interes:

—¿Con qué síntomas se manifiesta el envenenamiento?

—Con uno, síntoma seguro é invariable, dijo el astrólogo.

—¿Cuál es, insistió Enrique con angustia y desasosiego.

—Una fiebre lenta y progresiva, poco dolorosa y pertinaz.

—¿Y no alcanza la ciencia médica á cortar los lentos progresos de ese tósigo devorador? ¿No alcanza la ciencia? Respondedme.

—No alcanza, y lo único que harán los doctores será apresurar mas la muerte. Creerán aliviar al doliente, y contribuirán á mi obra.

¿Cómo aceleran los médicos la muerte del envenenado?

—Haciendo sangrías al enfermo, repuso friamente el astrólogo.

—Vos solo tendréis la medicina que pueda curar la dolencia.

—Está en mi mano lanzar el rayo; pero no me es dado impedir despues sus efectos, dijo el sabio químico con horrible solemnidad.

Temblaron las rodillas de Enrique, se apoyó en la mesa; pero reanimándose de improviso, dijo con alegre semblante:

—Estoy satisfecho, maesse Genaro, de vuestra lealtad.

—No teníais el menor motivo para dudar de ella.

—Es verdad. Os dejo con bastante pena; pero se va haciendo algo tarde.

—¿Tan pronto me dejais, caballero, despues de tan sabrosa plática?

—Tengo que hacer, discreto astrólogo, asuntos de gran importancia.

—¿Volveréis á verme? Aseguradme que será pronto.

—Quizás sí. Puede ser que tenga que hablaros. Me habeis encantado, lo confieso, y no olvidaré vuestra visita. Vendré á veros, maesse Genaro.

—¿Muy pronto? preguntó el astrólogo libre ya de todo temor.

—Pedid á Dios, si á Dios rogais, que tarde mucho en visitaros.

—No os entiendo, repuso el químico un tanto alarmado.

—Es, maesse Genaro, un secreto que no os conviene penetrar.

Enrique salió de la torre, y se dirijió inmediatamente al palacio del príncipe de Orange; en él preguntó con afan por el señor de Santaldegonde, y le respondieron que el dia anterior habia salido para Gemblours. Esta noticia produjo en el jóven una dolorosa impresion; salió del palacio inmediatamente, y dos horas despues, acompañado de un escudero, cabalgaba en la direccion de Gemblours.

Maesse Genaro volvió á su laboratorio químico, encendió su hornillo, mezcló en crisoles de varios tamaños algunas materias metálicas, y mientras la nieve caia y rebramaba el huracan, procuraba reducir á oro sustancias por los alquimistas consideradas á propósito, no contento con los tesoros que guardaba su fuerte escritorio de nogal.

A pesar de su ocupacion, se acordaba algunos momentos del *Aventurero* y sus palabras, y sospechando cada vez mas que habia tenido una conferencia con Lucifer ó alguno de su casta, dijo tirando á un lado el fuelle:

—Ya que el diablo me ha hecho el alto honor de visitarme, podia haberme enseñado el medio de formar oro fácilmente, pues él lo sabrá de seguro.

CAPITULO XVIII.

LA BATALLA DE GEMBLOURS.

El ejército de los Estados, decidido á retroceder hasta Gemblours, pasó la noche en el pago de San Martin, á cinco millas del austriaco, que acampado estaba, como hemos dicho, en el pueblecito de la Marka, á corta distancia de Namur.

Goigni y demás cabos temian un encuentro con D. Juan de Austria; cuyo valor les imponia, y cuya pericia militar no podian nunca desconocer. En esta disposicion de ánimo, poco belicosa en verdad para jefes acreditados en el ejercicio de las armas, mandaron poner fuego á sus reales, una hora antes de amanecer, y emprendieron su retirada en el mejor órden, para evitar toda sorpresa ó algun brusco ataque del enemigo, que no seria estraño les picase la retaguardia.

Rompian la marcha Guillermo de Hesse y Manuel Montigni, con sus tercios; ciñéndolos por ambos flancos Villers y Fesnoy con sendas bandas de dragones. El intrépido Maximiliano Hernini, conde de Bossu, que acababa de empañar su fama apartándose del monarca á quien habia servido hasta entonces con gloria y prez, y Federico Peronoto, señor de Campigni, conducian el cuerpo de batalla, compuesto de dos gruesos tercios de alemanes y walones, tres regimientos de franceses, y trece mas de ingleses y escoceses, que Guillermo, príncipe de Orange, habia reunido al ejército de los Estados. La retaguardia, compuesta casi enteramente de caballería, regian los condes Felipe de Egmont, hijo de Lamoraldi, decapitado de órden del gran duque de Alba, y Lumey de la Marka; franqueándolos por ambos lados, con escojidas bandas de caballos, el perjuro marqués del Abre, y el no menos perjuro Goigni, maestre de campo general y superintendente del ejército, como en otro lugar dijimos. A corta distancia de los escuadrones de vanguardia, iban buen número de gastadores, y entre la batalla y retaguardia cerraban todos los equipajes y algunas piezas de campaña. Detrás de la caballería venian, como á la desbandada, numerosa tropa de herreruelos y otros soldados escojidos, que debian entretener al ejército de D. Juan con sutiles escaramuzas, si se adelantaba demasiado.

A las tres de la madrugada se vistió el príncipe D. Juan su bruñida armadura de acero, salpicada de sangre mora, en las Alpujarras, en Lepanto y en las africanas arenas; calzó la espuela; ciñó la espada; sobre su cuello echó el toison; la banda roja sobre su pecho; su lanza dió al jóven Gonzalo, y fué en busca del príncipe de Parma, á quien encontró tambien armándose de limpio y bien templado acero.

—¿Me esperabais? dijo Alejandro, ruborizado de que otro estuviera armado antes que él, porque holgaba mucho de hallarse en lid y fatiga el primero.

—No, Alejandro, repuso el austriaco, tendiendo la mano á su sobrino; somos los primeros en el mando y los primeros en la diligencia: cumplimos con nuestro deber, y nadie tendrá que tacharnos de cobardes ni perezosos.

—¿Tendrémos hoy que pelear? preguntó Alejandro Farnesio.

—Han resuelto, como ya sabeis, guarecerse en las murallas de Gemblours, procurarémos no darles tiempo, y Dios dispondrá lo mejor.

—¿Si nos esperan? ¡vive Dios! que tendrémos la de San Quintin.

—Si nos esperan, los vencerémos, Alejandro.

Se acabó de armar el parmesano, y los dos príncipes se dirijieron á la cámara de D. Juan. Todos los cabos de la hueste fueron llegando, con poco notable intermedio, y á las cuatro de la madrugada estaban todos á caballo, y la hueste en arreglada formacion. D. Juan la recorrió al golpe y dispuso al punto su marcha.

Dió órden á Fernando de Acosta y Antonio de Olivera, para que con dos mil infantes y doscientos caballos batieran toda la campaña, caminos y selvas á ellos vecinas, emboscándose en la que creyeran mas á propósito, teniendo cuidado de hacerlo antes que despuntara el dia. Cuatro mil infantes, cuatrocientos caballos y algunas piezas de campaña, á cargo de Cárlos Mansfeld, dejó sobre las márgenes del Mossa para que sirvieran de reserva en caso de algun descalabro, y los doce mil hombres restantes movieron en el órden siguiente.

En la vanguardia, franqueada por algunos caballos ligeros, iban los arcabuceros, armados á la ligera; tras estos, y no muy distantes, las lanzas; para la defensa de entrambos, marchaban en columna cerrada buen número de armados de cota, gente aguerrida y de valor. Cada cabo marchaba á la cabeza de su tropa, ó con la bandera algo delante, y rodeados de pequeñas tropas de caballos, comandándolos Octavio Gonzaga, maestre de campo general. Seguíase el cuerpo de batalla, compuesto de dos escuadrones de arcabuceros de á pié é igual número de piqueros, españoles todos, ó alemanes; marchando delante, al mismo paso, sus maestres de campo respectivos. Cerraba un tercio de walones formado en columna, á quienes servian de defensa los carros y bagajes, franqueados por arcabuceros de á caballo borgoñones. De la batalla cuidaban el austriaco y el príncipe de Parma; los que marchaban á su frente, rodeados de brillante guardia, entre la cual sobresalia el morado pendon de Castilla. En él habia mandado bordar el austriaco, con letras de oro y al pié de el lábaro triunfal, estas palabras. "*Con esta señal vencí á los turcos, con esta venceré á los herejes.*" La retaguardia conducia Ernesto Mansfeld, general de la caballería, y los soldados se felicitaban como si fueran á un festin, ó á justar con finjidas lanzas ante un tribunal de hermosuras.

El pálido rostro del austriaco recobraba su varonil belleza; sus ardientes ojos destellaban como dos granates, y su frente se alzaba altiva bajo la brillante cimera. Piafaba su hermoso corcel, bañando el freno en tibia espuma, y respondia con fieros relinchos á los sonidos del clarin. Los soldados, que habian servido con el príncipe en otras guer-

do de la ecsactitud de las palabras del astrólogo, ó tal vez queriendo alcanzar una confesion mas esplícita.

—Preguntadlo á Felipe de Marnis, y él os responderá por mí.

—Poco crédito dais á mi ciencia, dijo Enrique cambiando de tono enteramente.

—Volveis con la adivinacion, repuso el astrólogo.

—Vuelvo á adivinar, maesse Genaro, y con pasmosa precision.

—¿Y diréis, como resultado de esa adivinacion pasmosa....?

—Que habeis dado á Felipe de Marnis un sutil veneno.

—¡Sois el diablo, esclamo el químico aterrado.

—Quizás sí, replicó el bello jóven dando una ronca carcajada.

—¿Entonces sabréis...? tartamudeó maesse Genaro.

—Que vuestras conferencias con aquel jóven desconocido, como yo, han tenido por único objeto unas entrevistas amorosas. ¿Era esto lo que pretendiais preguntarme, vanidoso astrólogo?

—Es verdad. ¿Y por qué me habeis alarmado con tan terribles amenazas? preguntó el químico despues de haber hecho con disimulo la señal de la cruz, tan creido estaba de su procsimidad al diablo.

—Porque dudasteis de mi ciencia, repuso Enrique con frialdad.

—La reconozco, dijo el químico que no sabia cómo esplicarse la segunda vista de Enrique, como no fuera confundiéndolo con el enemigo del hombre.

—¿Estais seguro de que obrará vuestro veneno?

—Muy seguro; dará una muerte tan segura, como si fuera dirijida por la misma mano de Dios.

—Pero se ofrecerán dificultades para usarlo, dijo Enrique despues de haberse estremecido.

—No hay duda; mas es preciso convenir en que tiene fácil aplicacion y que es imposible sustituirlo con ningun otro que ofrezca tan grandes ventajas.

—¿Sí? preguntó el jóven pudiendo disimular apenas su inquietud.

—Si fuera de aquellos que se administran en los manjares ó en los líquidos, la dificultad subiria de punto; pero siendo bastante perfumar con él un lienzo que toque las carnes de D. Juan, llevamos adelantado mucho. ¿No os parece así?

El *Aventurero* sintió un horroroso escalofrío, como si ya estuviera siendo víctima del fatal tósigo; pero dominando su emocion, preguntó con grande interes:

—¿Con qué síntomas se manifiesta el envenenamiento?

—Con uno, síntoma seguro é invariable, dijo el astrólogo.

—¿Cuál es, insistió Enrique con angustia y desasosiego.

—Una fiebre lenta y progresiva, poco dolorosa y pertinaz.

—¿Y no alcanza la ciencia médica á cortar los lentos progresos de ese tósigo devorador? ¿No alcanza la ciencia? Respondedme.

—No alcanza, y lo único que harán los doctores será apresurar mas la muerte. Creerán aliviar al doliente, y contribuirán á mi obra.

¿Cómo aceleran los médicos la muerte del envenenado?

—Haciendo sangrías al enfermo, repuso friamente el astrólogo.

—Vos solo tendréis la medicina que pueda curar la dolencia.

—Está en mi mano lanzar el rayo; pero no me es dado impedir despues sus efectos, dijo el sabio químico con horrible solemnidad.

Temblaron las rodillas de Enrique, se apoyó en la mesa; pero reanimándose de improviso, dijo con alegre semblante:

—Estoy satisfecho, maesse Genaro, de vuestra lealtad.

—No teníais el menor motivo para dudar de ella.

—Es verdad. Os dejo con bastante pena; pero se va haciendo algo tarde.

—¿Tan pronto me dejais, caballero, despues de tan sabrosa plática?

—Tengo que hacer, discreto astrólogo, asuntos de gran importancia.

—¿Volveréis á verme? Aseguradme que será pronto.

—Quizás sí. Puede ser que tenga que hablaros. Me habeis encantado, lo confieso, y no olvidaré vuestra visita. Vendré á veros, maesse Genaro.

—¿Muy pronto? preguntó el astrólogo libre ya de todo temor.

—Pedid á Dios, si á Dios rogais, que tarde mucho en visitaros.

—No os entiendo, repuso el químico un tanto alarmado.

—Es, maesse Genaro, un secreto que no os conviene penetrar.

Enrique salió de la torre, y se dirijió inmediatamente al palacio del príncipe de Orange; en él preguntó con afan por el señor de Santaldegonde, y le respondieron que el dia anterior habia salido para Gemblours. Esta noticia produjo en el jóven una dolorosa impresion; salió del palacio inmediatamente, y dos horas despues, acompañado de un escudero, cabalgaba en la direccion de Gemblours.

Maesse Genaro volvió á su laboratorio químico, encendió su hornillo, mezcló en crisoles de varios tamaños algunas materias metálicas, y mientras la nieve caia y rebramaba el huracan, procuraba reducir á oro sustancias por los alquimistas consideradas á propósito, no contento con los tesoros que guardaba su fuerte escritorio de nogal.

A pesar de su ocupacion, se acordaba algunos momentos del *Aventurero* y sus palabras, y sospechando cada vez mas que habia tenido una conferencia con Lucifer ó alguno de su casta, dijo tirando á un lado el fuelle:

—Ya que el diablo me ha hecho el alto honor de visitarme, podia haberme enseñado el medio de formar oro fácilmente, pues él lo sabrá de seguro.

CAPITULO XVIII.

LA BATALLA DE GEMBLOURS.

El ejército de los Estados, decidido á retroceder hasta Gemblours, pasó la noche en el pago de San Martin, á cinco millas del austriaco, que acampado estaba, como hemos dicho, en el pueblecito de la Marka, á corta distancia de Namur.

Goigni y demás cabos temian un encuentro con D. Juan de Austria; cuyo valor les imponia, y cuya pericia militar no podian nunca desconocer. En esta disposicion de ánimo, poco belicosa en verdad para jefes acreditados en el ejercicio de las armas, mandaron poner fuego á sus reales, una hora antes de amanecer, y emprendieron su retirada en el mejor órden, para evitar toda sorpresa ó algun brusco ataque del enemigo, que no seria estraño les picase la retaguardia.

Rompian la marcha Guillermo de Hesse y Manuel Montigni, con sus tercios; ciñéndolos por ambos flancos Villers y Fesnoy con sendas bandas de dragones. El intrépido Maximiliano Hernini, conde de Bossu, que acababa de empañar su fama apartándose del monarca á quien habia servido hasta entonces con gloria y prez, y Federico Peronoto, señor de Campigni, conducian el cuerpo de batalla, compuesto de dos gruesos tercios de alemanes y walones, tres regimientos de franceses, y trece mas de ingleses y escoceses, que Guillermo, príncipe de Orange, habia reunido al ejército de los Estados. La retaguardia, compuesta casi enteramente de caballería, regian los condes Felipe de Egmont, hijo de Lamoraldi, decapitado de órden del gran duque de Alba, y Lumey de la Marka; franqueándolos por ambos lados, con escojidas bandas de caballos, el perjuro marqués del Abre, y el no menos perjuro Goigni, maestre de campo general y superintendente del ejército, como en otro lugar dijimos. A corta distancia de los escuadrones de vanguardia, iban buen número de gastadores, y entre la batalla y retaguardia cerraban todos los equipajes y algunas piezas de campaña. Detrás de la caballería venian, como á la desbandada, numerosa tropa de herreruelos y otros soldados escojidos, que debian entretener al ejército de D. Juan con sutiles escaramuzas, si se adelantaba demasiado.

A las tres de la madrugada se vistió el príncipe D. Juan su bruñida armadura de acero, salpicada de sangre mora, en las Alpujarras, en Lepanto y en las africanas arenas; calzó la espuela; ciñó la espada; sobre su cuello echó el toison; la banda roja sobre su pecho; su lanza dió al jóven Gonzalo, y fué en busca del príncipe de Parma, á quien encontró tambien armándose de limpio y bien templado acero.

—¿Me esperabais? dijo Alejandro, ruborizado de que otro estuviera armado antes que él, porque holgaba mucho de hallarse en lid y fatiga el primero.

—No, Alejandro, repuso el austriaco, tendiendo la mano á su sobrino; somos los primeros en el mando y los primeros en la diligencia: cumplimos con nuestro deber, y nadie tendrá que tacharnos de cobardes ni perezosos.

—¿Tendrémos hoy que pelear? preguntó Alejandro Farnesio.

—Han resuelto, como ya sabeis, guarecerse en las murallas de Gemblours, procurarémos no darles tiempo, y Dios dispondrá lo mejor.

—¿Si nos esperan? ¡vive Dios! que tendrémos la de San Quintin.

—Si nos esperan, los vencerémos, Alejandro.

Se acabó de armar el parmesano, y los dos príncipes se dirijieron á la cámara de D. Juan. Todos los cabos de la hueste fueron llegando, con poco notable intermedio, y á las cuatro de la madrugada estaban todos á caballo, y la hueste en arreglada formacion. D. Juan la recorrió al golpe y dispuso al punto su marcha.

Dió órden á Fernando de Acosta y Antonio de Olivera, para que con dos mil infantes y doscientos caballos batieran toda la campaña, caminos y selvas á ellos vecinas, emboscándose en la que creyeran mas á propósito, teniendo cuidado de hacerlo antes que despuntara el dia. Cuatro mil infantes, cuatrocientos caballos y algunas piezas de campaña, á cargo de Cárlos Mansfeld, dejó sobre las márgenes del Mossa para que sirvieran de reserva en caso de algun descalabro, y los doce mil hombres restantes movieron en el órden siguiente.

En la vanguardia, franqueada por algunos caballos ligeros, iban los arcabuceros, armados á la ligera; tras estos, y no muy distantes, las lanzas; para la defensa de entrambos, marchaban en columna cerrada buen número de armados de cota, gente aguerrida y de valor. Cada cabo marchaba á la cabeza de su tropa, ó con la bandera algo delante, y rodeados de pequeñas tropas de caballos, comandándolos Octavio Gonzaga, maestre de campo general. Seguíase el cuerpo de batalla, compuesto de dos escuadrones de arcabuceros de á pié é igual número de piqueros, españoles todos, ó alemanes; marchando delante, al mismo paso, sus maestres de campo respectivos. Cerraba un tercio de walones formado en columna, á quienes servian de defensa los carros y bagajes, franqueados por arcabuceros de á caballo borgoñones. De la batalla cuidaban el austriaco y el príncipe de Parma; los que marchaban á su frente, rodeados de brillante guardia, entre la cual sobresalia el morado pendon de Castilla. En él habia mandado bordar el austriaco, con letras de oro y al pié de el lábaro triunfal, estas palabras. "*Con esta señal vencí á los turcos, con esta venceré á los herejes.*" La retaguardia conducia Ernesto Mansfeld, general de la caballería, y los soldados se felicitaban como si fueran á un festin, ó á justar con finjidas lanzas ante un tribunal de hermosuras.

El pálido rostro del austriaco recobraba su varonil belleza; sus ardientes ojos destellaban como dos granates, y su frente se alzaba altiva bajo la brillante cimera. Piafaba su hermoso corcel, bañando el freno en tibia espuma, y respondia con fieros relinchos á los sonidos del clarin. Los soldados, que habian servido con el príncipe en otras guer-

ras, recordaban sus pasados triunfos y bendecian á coro el nombre del intrépido general. D. Juan ocultaba en su pecho una parte del bélico ardor, como oculta el Etna entre nieve el incendio de sus entrañas; y atento al mando de la hueste, preguntaba, miraba y disponia cuanto pudiera influir un tanto en el buen logro de su intento.

El príncipe Alejandro Farnesio ofrecia marcado contraste con su tio; pues fogoso hasta la imprudencia, olvidaba que era general para convertirse en soldado. La autoridad de D. Juan de Austria apenas podia contenerlo; caracoleaba con su caballo, como un jóven paje que hace su primera campaña; y aunque de poca menos edad que el hermano de Felipe II, aparentaba tener diez años menos, ó no haberse visto jamás á la inmediacion del enemigo; siendo así que habia adquirido mucha gloria en justas, en duelos y en combates.

Tanta diligencia puso el austriaco en el movimiento de su hueste, que al amanecer descubrió la enemiga á media legua de distancia; y sabiendo el plan de Goigni por dos prisioneros, que en ligeras refriegas habia hecho Olivera á los enemigos, escojió seiscientos caballos de coraceros y dragones, y mil infantes armados de picas y mosquetes. La infantería puso á las órdenes de Mondragon, la caballería á las de Gonzaga, mandándole terminantemente que picara la retaguardia del enemigo; pero que no trabase batalla hasta que él, con el príncipe de Parma y el grueso del ejército, estuviese á punto de tomar parte activa en la lid.

Obedeció Gonzaga al principio, trabando leves escaramuzas con los últimos escuadrones, para entorpecer la marcha de la enemiga hueste y dar lugar á la llegada del austriaco, cuando vió que Peroto de Sento, á la cabeza de la tropa de Camilo del Monte, se habia adelantado en el ardor de la pelea, confundiéndose con los escuadrones enemigos. De buen grado Octavio Gonzaga hubiera seguido el movimiento de Peroto, pero las órdenes del príncipe eran terminantes, y estaba obligado á cumplirlas: veia por otra parte tambien que, comprometiéndose en la lid antes que llegase el ejército, podia ser cortado fácilmente, y tener que rendir la espada ó que perecer sin provecho de la causa que defendia. Movido de tales razones, envió á Peroto un mensajero, mandándole se retirase sin tardanza, y que no comprometiera inútilmente su persona y la caballería de su mando. Mas interpretando Peroto la órden, diéronsela de modo soberbio, como si le notaran de cobarde; echó enhoramala al mensajero con su mensaje, mandándole respondiese á Octavio Gonzaga: *Que él nunca habia vuelto la espalda al enemigo, y que entonces aunque quisiera, no podia.*

El terreno era desigual, y á la derecha de las tropas que escaramuceaban, se descubria una senda pendiente é inaccesible por las aguas, maleza y cieno, que la hacian aparecer un foso mas que un transitable camino. Apartándose de ella, el enemigo caminaba por un arrecife bastante angosto, y tenia que dar un rodeo para dirijirse á Gembloux, puerto de ardientes esperanzas.

Desde que empezó la escaramuza, suplicó Farnesio al austriaco que le permitiera dirijir aquel simulado combate. D. Juan conocia la intrepidez y temeridad del parmesano, y estaba por lo tanto seguro, que lejos de contener el ímpetu de Peroto y sus caballeros, los animaria con su ejemplo y empeñaria mas la pelea. Por estas razones lo entretuvo, avivando el paso de la hueste y adelantándose con su guardia; pero la impaciencia de Alejandro no admitia ninguna dilacion, y tanto importunó á su tio, que le concedió se adelantase.

Llegado el príncipe de Parma al paraje de la refriega, echó una mirada por el campo, y advirtió que la caballería del enemigo, por la desigualdad del terreno ó deseo de llegar á Gemblours, marchaba en desórden, conjeturándolo de que las picas que brillaban á los rayos del sol naciente, se cruzaban y confundian unas con otras, lo que no hubiera sucedido yendo en correcta formacion. Este incidente decidió á Farnesio: arrebató á su paje la lanza, montó en un caballo mas ligero que le presentó Camilo del Monte, y vuelto á su paje le dijo: *Id al general austriaco; decidle que Alejandro acordándose del antiguo romano, se arroja en un hoyo, para sacar de él con el favor de Dios y la fortuna de la casa de Austria, una cierta y grande victoria.*

Y dirijiéndose despues á cuantos estaban á su lado añadió:

—Señores, ocasion tenemos de desbaratar al enemigo, y ceñir todos nuestras frentes con el laurel de la victoria. ¿Veis esa senda pantanosa y áspera? Algunos obstáculos ofrece, pero es posible superarlos. Atravesémosla de pronto, caigamos sobre el enemigo que no nos espera, y que marcha desordenado, ataquémosle por su flanco, y venceremos sin tardanza.

Alejandro no esperó la respuesta, puso espuelas á su caballo y con el arrojo y el ejemplo, llevó tras sí á los cabos mas valerosos de la caballería, Bernardino de Mendoza, Juan Bautista del Monte, Enrique Vienni, Fernando de Toledo, Martinengo, Mondragon y otros, y metiéndose entre los caballos de Mucio Pagano, que conducia las primeras mitades del escuadron de Mondragon, avanzó por aquellas breñas y cañadas, siguiéndole los mas animosos. Lo dificultoso del paso detuvo á muchos en su carrera; pero venciendo su constancia los mas graves inconvenientes, lograron reunirse en buen número y formar una valerosa falanje. Llegados á terreno á propósito para manejar los caballos, hicieron alto unos momentos, se animaron unos á otros, estrecharon las filas, y poniéndose al frente Alejandro, se precipitaron lanza en ristre sobre las huestes enemigas, cargando al mismo tiempo Octavio Gonzaga con otra parte de la caballería, y llegando á tiempo los refuerzos que enviaba á Farnesio el austriaco.

Sorprendidas las tropas rebeldes con tan furiosa acometida; su caballería, aterrada, queria volver riendas sin pelear, y solo las exhortaciones y amenazas de los cabos mas animosos la obligaron á oponer al fin una desmayada resistencia.

El príncipe Alejandro Farnesio, Octavio Gonzaga, Mondragon, otros cabos y caballeros, acometian como leones á los que oponian mas resistencia; y no habia escuadron que no cediera á los botes de sus duras lanzas, y á los mandobles de sus tizonas. El marqués del Avre quiso oponerse á la pujanza de Farnesio, y el marqués del Avre, mal parado, tuvo que ocultar su vergüenza en los últimos escuadrones. La espada de Octavio se cruzó con la del conde de Bossu, y Mondragon hirió gravemente á Federico Peronoto.

El gobernador general hizo avanzar rápidamente el cuerpo de batalla; pero considerando lenta la marcha de la infantería y queriendo participar de la batalla, se puso á la cabeza de su guardia y de un escuadron de corazas, partió al escape y penetró en las falanjes enemigas.

Habia notado el bizarro príncipe la cobardía del enemigo, y creyó que no debia manchar su acero en la sangre de hombres sin valor; con esta idea cargó, sin desenvainar siquiera la espada, y tomando el estandarte real, cruzó varias veces los enemigos escuadrones, que abrian paso al general invicto como la cañada al torrente que se precipita rebramando.

Farnesio y Gonzaga por su parte no cejaban un paso siquiera; y creciendo, con la mortandad el pavor de la caballería, volvió finalmente las espaldas, y estrellándose en la precipitada fuga con su infantería, la desordenaron, maltrataron y desampararon del todo. El príncipe de Parma aprovechó tan oportuna coyuntura, y cargando denodadamente, la acuchilló y derrotó á despecho del maestre de campo general Goigni, que hizo prodigios de valor.

Al mismo tiempo seguia el austriaco acuchillando la retaguardia, y el campo, sembrado de cadáveres, dejaba marcado el camino del intrépido general. Aquella campiña, horas antes muda, risueña y solitaria, triste aparecia con los muertos, animada con los fugitivos, y ruidosa con los lamentos de los moribundos, los relinchos de los caballos, los disparos de los mosquetes y el ruido de los atambores.

Humano D. Juan con los vencidos, mandó suspender la matanza y recojer los prisioneros. Rara vez ó quizás ninguna, ha sucedido que tan pocos, á tan poca costa y en tan breve espacio de tiempo, hayan derramado tanta sangre, roto tantos y tantos escuadrones, y conseguido tan grande y cumplida victoria. Seiscientos caballos, al mando del bizarro príncipe de Parma, entraron al principio en batalla, aumentándose hasta mil doscientos, capitaneados por Gonzaga y el mismo príncipe D. Juan: estos mil doscientos caballos, derrotaron completamente un ejército de dos mil quinientos caballos y veinte y dos mil infantes; hicieron ocho mil entre muertos y heridos, diez mil prisioneros y se apoderaron de treinta y cuatro banderas, todo el bagaje y los trenes de artillería, sin haber gastado mas tiempo que el brevísimo de hora y media.

El ejército de D. Juan de Austria se fué reuniendo lentamente sobre el campo que habian ganado tan corto número de valientes; el príncipe le formó en cuadro, dando preferente lugar á los que tan bien se habian batido.

En el centro de este gran cuadro, se colocaron los prisioneros, y todos fueron desfilando por delante del general y principales cabos de la hueste; al pasar Goigni se detuvo y dijo al príncipe:

—Varias veces he tenido la honra, estando al servicio del rey, de besar vuestra triunfante diestra; permitidme, señor, que hoy vencido y prisionero vuestro, tenga el mismo honor.

El príncipe le tendió su mano, respondiéndole muy conmovido:

—*Así quebranta Dios la soberbia de aquellos que se rebelan impiamente contra su religion y rey. El suceso de esta batalla, en la que un número tan corto ha desbaratado á tan gran ejército, prueba que merece el favor divino la causa de la majestad.*

—Jamás me he rebelado, señor, contra la religion de mis mayores, repuso Goigni humildemente, y habiéndolo hecho contra la majestad del rey, bien merezco duro castigo.

Goigni siguió su marcha, y despues todos los demas prisioneros, abrumados bajo el peso de su derrota, y su triste suerte deplorando.

Acabada esta ceremonia, recorrió el príncipe las líneas, llamando á los que mas se habian distinguido por sus nombres, refiriéndoles sus hazañas, y elogiándolos segun el mérito que cada cual habia contraido. El rostro del príncipe brillaba ceñido de radiante aureola, y se desquitaba en un dia de cuantas penas habia sufrido en el largo discurso de un año.

Despues de haber dado el noble príncipe sus halagüeños parabienes á los capitanes y soldados, se dirijió á Alejandro Farnesio y le dijo con acento que revelaba el júbilo del interior:

—Príncipe de Parma, el ejército, el mundo y yo conocemos vuestra bravura, y frescos están los laureles que vuestra noble frente ciñe: hoy habeis conseguido un triunfo que envidiará todo soldado, y ninguna lanza del ejército ha herido primero que la vuestra: todos esos valientes confirman con su asentimiento mis palabras; todos saben que sois un héroe, todos os respetan como á tal. ¿Qué podré yo decir en vuestro elogio que no sepan nuestros soldados? Nada diré, bizarro príncipe: dejaré vuestras alabanzas al cuidado del campo entero, y reprenderé vuestras faltas, que faltas habeis cometido dignas de una severa reprension. El general que espone su vida sin un poderoso motivo, no cumple, príncipe, su deber; puede comprometer su imprudencia la salud de todo el ejército, y si sobreviene una desgracia será responsable de ella ante Dios y ante el tribunal de su rey. Partís conmigo el mando, príncipe, y habeis espuesto vuestra vida sin justa causa, con temeridad estremada: os admiro como soldado, como general os condeno.

El ejército escuchó en silencio el discurso de D. Juan de Austria, y Alejandro le respondió:

—Pienso, señor, que no puede llevar el cargo de capitan quien valerosamente no haya hecho primero el oficio de buen soldado; principalmente cuando se milita bajo la conducta de tan ilustre ge-

neral, de tan intrépido guerrero. Es verdad, señor, que no he cumplido vuestras órdenes; es verdad que mi buen deseo me ha llevado á una situacion muy difícil, de la cual he salido con gloria, porque vos me habeis ayudado. Donde vos mandaseis yo no puedo ser capitan; mi inesperiencia está muy lejos de vuestra pericia; mas ya que no puedo ser vuestro segundo en el mando, permitidme al menos que sea vuestro segundo en el valor; que al cabo tengo vuestra sangre, y quiero mostrarme digno de ella, y quiero tambien mostrarme digno de combatir entre los tercios castellanos.

Una aclamacion de toda la hueste respondió á las palabras de Farnesio; y abriendo los brazos D. Juan, estrechó en ellos al intrépido parmesano.

Los miserables restos del ejército de los Estados se dividieron en dos partes, encerrándose la infantería en el recinto murado de Gemblours, y huyendo la caballería hasta los muros de Bruselas. Octavio Gonzaga, con un buen golpe de caballos siguió el alcance de los fugitivos, y el gobernador general cercó á Gemblours, para tomarla por asalto.

CAPÍTULO XIX.

UN MINUTO DE TARDANZA.

Los sitiados, despavoridos, propusieron capitulaciones, que desechadas por el austriaco, no juzgándolas compatibles con el decoro de su hueste, aumentaron la confusion de los rebeldes; y no queriendo sufrir el trance del asalto se entregaron á discrecion, entrando el ejército en Gemblours dos horas despues de la batalla.

Gemblours, pequeña ciudad del Brabante, está situada sobre el rio Orne, á tres leguas cortas de Namur, y en el departamento de Lovaina. En otro tiempo fué condado, pero se la convirtió en abadía, lo que la hizo perder de improviso su antigua y respetable dignidad; sin embargo, el abad de Gemblours reune señorío civil y eclesiástico, y vota el primero entre los nobles, aunque el último entre los prelados del Brabante.

La conquista de esta ciudad no era, militarmente considerada, de una grandísima importancia; pero á la sazon la tenia por estar en ella los almacenes de boca y guerra del ejército de las provincias. Los habitantes de Gemblours, acostumbrados á los desmanes que sufria toda ciudad tomada en aquellas guerras intestinas, temianpor sus vidas y haciendas; y su abad Lamberto se dirijió al príncipe de Parma, rogándole interpusiera su mediacion cerca del austriaco, para preservar á Gemblours de los horrores de la guerra.

Alejandro acompañó á Lamberto á la presencia de D. Juan, y el abad inclinándose ante el príncipe, le suplicó encarecidamente, á nombre de la ciudad toda, que usara con ella de clemencia.

—Señor abad, repuso el príncipe, el rey de España, mi augusto hermano, es señor legítimo de estas provincias, y cuida de ellas como de propia hacienda. Los Estados, el archiduque y particularmente Orange, allanan fortalezas, como las de Amberes, Gante, Utrech, Lila y Valenciennes, proscriben á vasallos leales, y saquean ciudades, monasterios y templos, con desmedro de los particulares y mengua de la religion. Yo por el contrario, y siguiendo las precisas órdenes de S. M., protejo decididamente á sus súbditos, respeto sus haciendas, y procuro que disfruten en todas partes de un gobierno justo y paternal. Señor abad, podeis decir á los habitantes de Gemblours, que nada tienen que temer; que mi ejército los protejerá como á hermanos, y yo cumpliré ecsactamente mi cometido de gobernador general.

Lamberto besó humildemente la mano del ilustre príncipe, y se despidió satisfecho de tan favorable acojida.

Doce rehenes escojió D. Juan, como garantía de las estipulaciones que firmó con los prisioneros, dando á los demas libertad bajo la sola condicion de que no llevarian mas las armas contra el rey Felipe II: y estos rehenes, entre los cuales se contaba el maestre de campo general Goigni, fueron trasladados á la ciudadela de Namur. El austriaco, el príncipe de Parma y la servidumbre de ambos, se alojaron en la abadía, cediendo á las instancias de Lamberto, y considerándola el edificio mas acomodado de Gemblours.

Cuando el austriaco estuvo en su cámara, se desarmó, y teniendo el rostro cubierto del polvo y sudor de la refriega, pidió á dos padres que destinaron á su servicio, agua para lavarse. Salieron los dos reverendos, y minutos despues entraron, trayendo el uno una magnífica palancana y jarro de plata cincelada, y el otro una riquísima toalla, en bandeja del mismo metal.

Nada de particular ofrecia la fisonomía del reverendo que conducia la palancana, pero la de su compañero, por el contrario, era sumamente espresiva y revelaba una infernal satisfaccion. Este padre manifestaba cincuenta años, y bajo su poblada barba, que hacia contraste singular con la calva de su cabeza, se contraian sus móviles facciones, como las del aleve cocodrilo que se va acercando á su víctima.

Gonzalo era el único paje que estaba en la cámara del príncipe, tranquilo como su señor, y sumamente satisfecho por la jornada de aquel dia. Escanció el reverendo el agua en la palancana, que tomó el jóven castellano, y D. Juan bañó en ella su rostro, con la pura satisfaccion que se disfruta cuando despues de grandes fatigas y sudores se sumerje en agua fresca y perfumada: el reverendo de la bandeja se acercó entónces al austriaco, y le presentó la toalla, con una graciosa sonrisa, pero sin tocar el fino lienzo. El príncipe se enjugó rostro y manos repetidas veces, y á cada vez que se estregaba, se estremecia ligeramente el reverendo con indefinible emocion.

—Mil gracias, reverendos padres, dijo el príncipe, dejando caer la toalla sobre la labrada bandeja.

En el mismo momento se abrió la puerta de la cámara, entró un jóven de corta edad, paseó sus inquietas miradas, las fijó en el fraile que recibia el lienzo en la bandeja;

—¡He tardado un minuto! esclamó, y cayó al suelo sin sentido.

El príncipe, el paje y los dos reverendos rodearon al recien venido, y al reconocerlo con asombro:

—¡Es el *Aventurero!* esclamó Gonzalo.

—¡Es el paje! dijo D. Juan.

FIN DE LA PARTE TERCERA.

CUARTA PARTE.

EL SECRETO.

CAPITULO I.

LAS DOS RIVALES.

Antes de narrar las consecuencias de la batalla de Gemblours, retrocederémos un poco, para hablar de otros personajes que ocupan algun lugar en nuestra historia. En otra ocasion manifestamos que la altiva Enriqueta de Horn permanecia fiel á la memoria del veleidoso Octavio Gonzaga, lo que probó bien rechazando el amor del *Aventurero*. Tan estraña apareció entonces la conducta del jóven Enrique, presentándose en un principio perdidamente enamorado, y conformándose despues con una amistad sometida á las mas duras condiciones, que es preciso esplicar su idea, y las ventajas que creia sacar, primero del amor y despues de la íntima amistad de Enriqueta.

Sabia perfectamente Enrique, que la hermana del baron de Hesse amaba locamente á Octavio; conocia, quizás por esperiencia, que una mujer enamorada no guarda secretos de su amante, y temia mucho que Enriqueta avisara al amigo del príncipe cualquier peligro que amenazara su persona. El odio del *Aventurero* al gobernador general era profundo; y al mismo tiempo que buscaba todos los medios de dañarle, queria robarle sus amigos, ó á lo menos atarles las manos, para que no le hicieran favor. Dominado por esta idea, calculó que si lograba enamorar á la hermana del baron de Hesse, disminuiria el número de los aucsiliares de D. Juan, y cuando no pudo lograrlo, quiso ligarla con una promesa arrancada por el temor de que denunciara á su hermano sus amores con el estranjero.

"De hoy en adelante, dijo Enrique en aquella estraña conferencia, se confundirán nuestros pensamientos, como se confunden las olas en alta mar, y nada obrarémos, estando juntos, sin darnos minuciosa cuenta." Enriqueta aceptó este arreglo, jurando cumplirlo fielmente. Conoció la dama desde un principio toda la imprudencia de su empeño, y esperó con ansia una ocasion de emanciparse de aquel yugo: Enrique se la presentó en su viaje á Amberes, y aprovechándola sin tardanza, se dirijió al monasterio de San Alejo.

En un tiempo temió Enriqueta la rivalidad de Ana María, y estuvo á punto de romperse aquella amistad de la infancia; pero Octavio no estaba en Malinas, y el escándalo de Felipe de Marnis habia humillado terriblemente el orgullo de la prelada.

La hermana del baron de Hesse llegó al monasterio, tan bella como habia salido dos meses antes: varias religiosas la rodearon, prestándola todos los obsequios que podia esperar, habiendo anunciado su venida; mas cuando preguntó por la prelada, la respondieron: "Está enferma;"

Instó Enriqueta, deseando verla en el momento, y la respondieron: "No recibe."

¿El retiro de la abadesa era general ó producido por alguna especie de resentimiento que hácia Enriqueta conservara? La viajera no lo sabia, y se resignó por aquella noche, dispuesta á insistir al dia siguiente, probando de nuevo fortuna.

Las instancias de Enriqueta de Horn no podian ser infructuosas, por una razon muy sencilla: Enriqueta habia oido las palabras del señor Santaldegonde; y aunque se cubriria de rubor la prelada al encontrarse con la jóven, no podia negarla este favor sin esponerse á terribles reconvenciones: María Ana levantó su entredicho y Enriqueta saludó por fin á la hermosa prelada.

¡La hermosa prelada! hermosa quedó Ana María cuando Enriqueta dejó el monasterio; pero la hermosura de la mujer es la hermosura de la rosa, hermosura que vive un dia y que se marchita al siguiente. La hermana del baron de Hesse no conoció á la superiora que salió á su encuentro vacilante.

neral, de tan intrépido guerrero. Es verdad, señor, que no he cumplido vuestras órdenes; es verdad que mi buen deseo me ha llevado á una situacion muy difícil, de la cual he salido con gloria, porque vos me habeis ayudado. Donde vos mandaseis yo no puedo ser capitan; mi inesperiencia está muy lejos de vuestra pericia; mas ya que no puedo ser vuestro segundo en el mando, permitidme al menos que sea vuestro segundo en el valor; que al cabo tengo vuestra sangre, y quiero mostrarme digno de ella, y quiero tambien mostrarme digno de combatir entre los tercios castellanos.

Una aclamacion de toda la hueste respondió á las palabras de Farnesio; y abriendo los brazos D. Juan, estrechó en ellos al intrépido parmesano.

Los miserables restos del ejército de los Estados se dividieron en dos partes, encerrándose la infantería en el recinto murado de Gemblours, y huyendo la caballería hasta los muros de Bruselas. Octavio Gonzaga, con un buen golpe de caballos siguió el alcance de los fugitivos, y el gobernador general cercó á Gemblours, para tomarla por asalto.

CAPÍTULO XIX.

UN MINUTO DE TARDANZA.

Los sitiados, despavoridos, propusieron capitulaciones, que desechadas por el austriaco, no juzgándolas compatibles con el decoro de su hueste, aumentaron la confusion de los rebeldes; y no queriendo sufrir el trance del asalto se entregaron á discrecion, entrando el ejército en Gemblours dos horas despues de la batalla.

Gemblours, pequeña ciudad del Brabante, está situada sobre el rio Orne, á tres leguas cortas de Namur, y en el departamento de Lovaina. En otro tiempo fué condado, pero se la convirtió en abadía, lo que la hizo perder de improviso su antigua y respetable dignidad; sin embargo, el abad de Gemblours reune señorío civil y eclesiástico, y vota el primero entre los nobles, aunque el último entre los prelados del Brabante.

La conquista de esta ciudad no era, militarmente considerada, de una grandísima importancia; pero á la sazon la tenia por estar en ella los almacenes de boca y guerra del ejército de las provincias. Los habitantes de Gemblours, acostumbrados á los desmanes que sufria toda ciudad tomada en aquellas guerras intestinas, temianpor sus vidas y haciendas; y su abad Lamberto se dirijió al príncipe de Parma, rogándole interpusiera su mediacion cerca del austriaco, para preservar á Gemblours de los horrores de la guerra.

Alejandro acompañó á Lamberto á la presencia de D. Juan, y el abad inclinándose ante el príncipe, le suplicó encarecidamente, á nombre de la ciudad toda, que usara con ella de clemencia.

—Señor abad, repuso el príncipe, el rey de España, mi augusto hermano, es señor legítimo de estas provincias, y cuida de ellas como de propia hacienda. Los Estados, el archiduque y particularmente Orange, allanan fortalezas, como las de Amberes, Gante, Utrech, Lila y Valenciennes, proscriben á vasallos leales, y saquean ciudades, monasterios y templos, con desmedro de los particulares y mengua de la religion. Yo por el contrario, y siguiendo las precisas órdenes de S. M., protejo decididamente á sus súbditos, respeto sus haciendas, y procuro que disfruten en todas partes de un gobierno justo y paternal. Señor abad, podeis decir á los habitantes de Gemblours, que nada tienen que temer; que mi ejército los protejerá como á hermanos, y yo cumpliré ecsactamente mi cometido de gobernador general.

Lamberto besó humildemente la mano del ilustre príncipe, y se despidió satisfecho de tan favorable acojida.

Doce rehenes escojió D. Juan, como garantía de las estipulaciones que firmó con los prisioneros, dando á los demas libertad bajo la sola condicion de que no llevarian mas las armas contra el rey Felipe II: y estos rehenes, entre los cuales se contaba el maestre de campo general Goigni, fueron trasladados á la ciudadela de Namur. El austriaco, el príncipe de Parma y la servidumbre de ambos, se alojaron en la abadía, cediendo á las instancias de Lamberto, y considerándola el edificio mas acomodado de Gemblours.

Cuando el austriaco estuvo en su cámara, se desarmó, y teniendo el rostro cubierto del polvo y sudor de la refriega, pidió á dos padres que destinaron á su servicio, agua para lavarse. Salieron los dos reverendos, y minutos despues entraron, trayendo el uno una magnífica palancana y jarro de plata cincelada, y el otro una riquísima toalla, en bandeja del mismo metal.

Nada de particular ofrecia la fisonomía del reverendo que conducia la palancana, pero la de su compañero, por el contrario, era sumamente espresiva y revelaba una infernal satisfaccion. Este padre manifestaba cincuenta años, y bajo su poblada barba, que hacia contraste singular con la calva de su cabeza, se contraian sus móviles facciones, como las del aleve cocodrilo que se va acercando á su víctima.

Gonzalo era el único paje que estaba en la cámara del príncipe, tranquilo como su señor, y sumamente satisfecho por la jornada de aquel dia. Escanció el reverendo el agua en la palancana, que tomó el jóven castellano, y D. Juan bañó en ella su rostro, con la pura satisfaccion que se disfruta cuando despues de grandes fatigas y sudores se sumerje en agua fresca y perfumada: el reverendo de la bandeja se acercó entónces al austriaco, y le presentó la toalla, con una graciosa sonrisa, pero sin tocar el fino lienzo. El príncipe se enjugó rostro y manos repetidas veces, y á cada vez que se estregaba, se estremecia ligeramente el reverendo con indefinible emocion.

—Mil gracias, reverendos padres, dijo el príncipe, dejando caer la toalla sobre la labrada bandeja.

En el mismo momento se abrió la puerta de la cámara, entró un jóven de corta edad, paseó sus inquietas miradas, las fijó en el fraile que recibia el lienzo en la bandeja;

—¡He tardado un minuto! esclamó, y cayó al suelo sin sentido.

El príncipe, el paje y los dos reverendos rodearon al recien venido, y al reconocerlo con asombro:

—¡Es el *Aventurero!* esclamó Gonzalo.

—¡Es el paje! dijo D. Juan.

FIN DE LA PARTE TERCERA.

CUARTA PARTE.

EL SECRETO.

CAPITULO I.

LAS DOS RIVALES.

Antes de narrar las consecuencias de la batalla de Gemblours, retrocederémos un poco, para hablar de otros personajes que ocupan algun lugar en nuestra historia. En otra ocasion manifestamos que la altiva Enriqueta de Horn permanecia fiel á la memoria del veleidoso Octavio Gonzaga, lo que probó bien rechazando el amor del *Aventurero*. Tan estraña apareció entonces la conducta del jóven Enrique, presentándose en un principio perdidamente enamorado, y conformándose despues con una amistad sometida á las mas duras condiciones, que es preciso esplicar su idea, y las ventajas que creia sacar, primero del amor y despues de la íntima amistad de Enriqueta.

Sabia perfectamente Enrique, que la hermana del baron de Hesse amaba locamente á Octavio; conocia, quizás por esperiencia, que una mujer enamorada no guarda secretos de su amante, y temia mucho que Enriqueta avisara al amigo del príncipe cualquier peligro que amenazara su persona. El odio del *Aventurero* al gobernador general era profundo; y al mismo tiempo que buscaba todos los medios de dañarle, queria robarle sus amigos, ó á lo menos atarles las manos, para que no le hicieran favor. Dominado por esta idea, calculó que si lograba enamorar á la hermana del baron de Hesse, disminuiria el número de los aucsiliares de D. Juan, y cuando no pudo lograrlo, quiso ligarla con una promesa arrancada por el temor de que denunciara á su hermano sus amores con el estranjero.

"De hoy en adelante, dijo Enrique en aquella estraña conferencia, se confundirán nuestros pensamientos, como se confunden las olas en alta mar, y nada obrarémos, estando juntos, sin darnos minuciosa cuenta." Enriqueta aceptó este arreglo, jurando cumplirlo fielmente. Conoció la dama desde un principio toda la imprudencia de su empeño, y esperó con ansia una ocasion de emanciparse de aquel yugo: Enrique se la presentó en su viaje á Amberes, y aprovechándola sin tardanza, se dirijió al monasterio de San Alejo.

En un tiempo temió Enriqueta la rivalidad de Ana María, y estuvo á punto de romperse aquella amistad de la infancia; pero Octavio no estaba en Malinas, y el escándalo de Felipe de Marnis habia humillado terriblemente el orgullo de la prelada.

La hermana del baron de Hesse llegó al monasterio, tan bella como habia salido dos meses antes: varias religiosas la rodearon, prestándola todos los obsequios que podia esperar, habiendo anunciado su venida; mas cuando preguntó por la prelada, la respondieron: "Está enferma;"

Instó Enriqueta, deseando verla en el momento, y la respondieron: "No recibe."

¿El retiro de la abadesa era general ó producido por alguna especie de resentimiento que hácia Enriqueta conservara? La viajera no lo sabia, y se resignó por aquella noche, dispuesta á insistir al dia siguiente, probando de nuevo fortuna.

Las instancias de Enriqueta de Horn no podian ser infructuosas, por una razon muy sencilla: Enriqueta habia oido las palabras del señor Santaldegonde; y aunque se cubriria de rubor la prelada al encontrarse con la jóven, no podia negarla este favor sin esponerse á terribles reconvenciones: María Ana levantó su entredicho y Enriqueta saludó por fin á la hermosa prelada.

¡La hermosa prelada! hermosa quedó Ana María cuando Enriqueta dejó el monasterio; pero la hermosura de la mujer es la hermosura de la rosa, hermosura que vive un dia y que se marchita al siguiente. La hermana del baron de Hesse no conoció á la superiora que salió á su encuentro vacilante.

—Enriqueta, murmuró Ana María con voz apenas perceptible.

—Señora, repuso Enriqueta, retrocediendo algunos pasos.

—¿No me has conocido? preguntó la abadesa con el acento del dolor.

—No, señora, murmuró Enriqueta, mas asombrada cada vez.

—Soy Ana María, tu antigua amiga, la abadesa de San Alejo.

—No, os engañais; sois la sombra de Ana María.

—Una sombra con vida, Enriqueta, en el fondo de un gran sepulcro. ¿Pero estas de pié todavia? Siéntate, Enriqueta, siéntate; háblame de tí, que eres feliz, que puedes levantar los ojos al cielo sin remordimientos, y fijarlos en el rostro de las mujeres, sin vergüenza.

La abadesa presentó un sitial á su amiga, y sentándose en otro añadió con amargura y sobrealiento, como si temiera ser oida:

—¿Eres feliz en tus amores? ¿Abrigas dulces y hermosas esperanzas? Enriqueta meneó la cabeza en señal de duda ó negacion.

—¿No te ama Gonzalo? preguntó la triste superiora con un acento inesplicable.

—Señora no le he visto desde el dia fatal en que nos reunimos aquí.

—¿No te ha escrito? ¿No has recibido carta suya en tantos meses?

—Ni una sola vez, murmuró Enriqueta acongojada.

—Gonzaga te ama, amiga mia, y no puede olvidar perjuro, quien es valiente y caballero. Gonzaga te seguirá amando, y será feliz con tu amor.

—Su silencio me inquieta, señora, aunque me consuelo considerando, que el estado de los negocios dificulta nuestra mútua correspondencia; pero con todo sufro mucho y solo vivo con la esperanza.

—Al menos tienes esperanza, murmuró tristemente Ana María, cruzando sus manos descarnadas con dolorosa resignacion. Al menos tienes esperanza; yo la he perdido para siempre.

—Señora, repuso Enriqueta, ahogando un doliente suspiro, vuestro triste estado me duele: estais pálida como un cadáver, descarnada como un esqueleto, abatida como un criminal. Levantad la frente, que Dios no os maldice desde su trono.

—Mi frente no puede ya alzarse, debe estar mustia é inclinada, hasta que se esconda entre el polvo de apartada y profunda fosa.

—¿Y por qué no alzar vuestra frente? preguntó Enriqueta.

—Porque la mano de un infame escribió en ella la deshonra.

Ana María pronunció estas palabras con un acento indefinible; acento de desesperada amargura que desgarraba el corazon. Enriqueta guardó triste silencio, por no profundizar mas la llaga, y la abadesa, apurando la copa de su inmenso dolor, con ansia añadió:

—Mírame, Enriqueta, y teme á la fiebre que el hombre lleva al corazon de la mujer: yo, niña, hermosa y noble, amé á un hombre con frenesí, con aquel amor santo y puro que solo se siente una vez, que es el perfume de la infancia: el hombre manchó el blanco lino de mi túnica virginal, deshojó con impuras manos mi corona de blancas rosas, emponzoñó mi aliento con el suyo, y me dejó quince años de remordimientos y unos cuantos meses de vergüenza, unos cuantos meses no mas.

—¿Unos cuantos meses de vergüenza? preguntó Enriqueta de Horn.

—Unos cuantos meses no mas. En dos he perdido la salud, el vigor y la poca belleza que el cielo me dió; en seis meses mas es fácil que pierda la vida, repusó Ana María, sonriyéndose con la sonrisa de una muerta.

Enriqueta se levantó en ademan de despedida, y la dijo entonces la abadesa, haciendo un esfuerzo para hablar:

—¿Me dejas ya, querida amiga? ¿Tan pronto me abandonas?

—Veo, señora, que en vez de proporcionaros consuelo, aumento mas vuestros pesares; y por el temor de aumentar los....

—Son tan grandes, amiga mia, que ni aumentan ni disminuyen; pero si quieres retirarte, puedes ocupar, cuando te plazca, tu habitacion de hace dos meses, interrumpió la moribunda.

—Agradezco vuestra bondad, pero temeria incomodaros.

—Te la ofrezco sinceramente, aunque puedes hacer tu gusto.

—La acepto, señora, la acepto, repuso Enriqueta dulcemente; y estrechando la mano de su amiga se retiró á su departamento á llorar la terrible suerte de una mujer infortunada.

Las dos mujeres, que habian estado á punto de odiarse por celos, se separaban reconciliadas; llena de esperanzas la una, y altiva con la rica corona de su pureza virginal; sin ilusion ni esperanza la otra, y abatida bajo el grave peso de su público deshonor. Una falta de la niñez habia establecido entre ellas tan estraordinaria diferencia.

Una promesa muy difícil de realizar ecsijió la reina Margarita en los baños de Spa al seducido señor de Capres; Bouneville trabajó asiduamente en favor del duque de Alenzon, antes de conceder á Guillermo, príncipe de Orange, la gran dignidad de Rubarto; y mucho trabajó tambien, cuando cansados muchos próceres de la autoridad de Nassau, procedieron á la eleccion de un gobernador general; pero los esfuerzos de Bouneville fueron infructuosos en ambos casos, triunfando en el primero los orangistas, y en el segundo los partidarios de una especie de justo medio, elevando á la suprema dignidad al jóven archiduque Matías.

Bouneville, que no habia olvidado los radiantes ó lánguidos ojos, segun la ocasion requeria, de la hermosa reina de Navarra, creyó que sus buenos deseos debian hacer las veces de realidades; y abandonando los Paises-Bajos se dirijió á Maisières, ciudad que habitaba á la sazon la casta esposa de Enrique el Grande, y se presentó á su hechicera, reclamándola el dulce pago que creia merecer por sus servicios. Margarita, que recibia entonces los obsequios del obeso y voluptuoso duque de Maine, miró á Bouneville con una sonrisa fisgona y le preguntó:

—¿Qué habeis hecho, señor de Capres, desde nuestra última entrevista?

—Señora, repuso Bouneville, he trabajado desde el momento que recibí vuestras instrucciones con incontrastable teson.

—Y á pesar de vuestro teson nombraron Rubarto á Guillermo, príncipe de Orange. Sois poco influyente ó muy desgraciado, caballero.

—Es verdad. Los Estados creyeron oportuno poner las riendas del gobierno en manos de un natural, señora, y yo no lo pude impedir.

—¿Y cuando cansados los próceres de la dominacion de Orange trataron de nombrar un gobernador, qué hicísteis, Eduardo de Bouneville?

—Señora, propuse al duque de Alenzon, respondió el señor de Capres.

—Y, á despecho de vuestra propuesta, salió electo el jóven archiduque Matías, observó la reina Margarita, con su sonrisita burlona.

—Encontré un obstáculo insuperable, dijo Capres con la mayor formalidad.

—¿Cuál, Bouneville? volvió á preguntar la princesa.

—La odiosidad de los flamencos al nombre franceses.

—Verdaderamente esa odiosidad fué una desgracia. ¿Y ahora habeis venido....dijo Margarita, dejando su pregunta en suspenso.

—A deciros, señora, que he cumplido vuestras precisas instrucciones; que os amo, y que en pago, no de mis servicios, pero sí de mi amor....

—Deteneos, Bouneville. ¿Cuál fué la causa principal de que no nombrasen á mi hermano Francisco gobernador de los Paises-Bajos españoles?.... preguntó la reina con su inestinguible sonrisa.

—El odio que tienen los flamencos á los franceses sus vecinos.

—Señor de Capres, los franceses, y del mismo modo las francesas, pagan el amor con amor y el odio con odio. Si en otra ocasion mas oportuna lograis cambiar los sentimientos de los diputados del Brabante, yo lograré cambiar los mios, pero entre tanto pago el odio de los flamencos al duque de Alenzon con mi indiferencia á Bouneville. Ya veis que no soy vengativa, añadió riyendo á carcajada suelta.

Margarita despidió al flamenco con una sonrisa burlona, y Bouneville fué á ocultar su vergüenza á los Estados generales, quedando á la reina el consuelo de haberse vengado en algun modo de la indiferencia de D. Juan.

Guillermo Matren siguió sufriendo los caprichos de la hermosa María con una resignacion estóica que en él podia llamarse estúpida; pasó, por órden de la misma, comunicada en un momento de mal humor, al ejército de Goigni; se halló en la batalla de Gemblours, huyó de los primeros; pero una desgraciada casualidad le hizo caer en poder del fiero Mondragon, y despues de haber sufrido de sus manos algunas enérgicas correcciones, atendiendo D. Juan de Austria á la importancia de su padre, lo mandó llevar entre los rehenes á la ciudadela de Namur, en donde pasaba una vida, si no gustosa, sosegada y ecsenta de todo peligro.

CAPÍTULO II.

HORAS DE AMOR.

En derredor del *Aventurero* se agruparon D. Juan, el paje y el religioso, que tenia en sus manos aun la palancana, habiendo desaparecido su compañero, con bandeja y lienzo, en el instante. El príncipe y el jóven Gonzalo contemplaban el rostro pálido del *Aventurero* con un vivísimo interés; y sus delicadas facciones les recordaban otras facciones hermosas tambien y delicadas. El paje solo tenia un punto de comparacion entre el *Aventurero* y María. D. Juan de Austria tenia una escala descendente, que empezaba en el *Aventurero*, tocaba en el paje, que tan asiduamente le sirvió durante el banquete de las casas capitulares, y se fijaba últimamente en la hija de maesse Cornelio Estraten. Y sin embargo, el rostro del jóven no era el de María, diferenciándolo una espresion mas varonil.

Levantó D. Juan suavemente la cabeza del desconocido, y empapando en agua un pañuelo, le frotó la frente con él: el desmayado entreabrió los ojos, y D. Juan y el paje al mismo tiempo lanzaron un grito de sorpresa y admiracion. El agua, aplicada á la frente del jóven, habia desprendido un pequeño mechon de vello perfectamente colocado, y que hacia las veces de un entrecejo natural, y el príncipe y Gonzalo á la vez reconocieron a María.

Al doble grito se incorporó la hermosa jóven, paseó sus miradas por la estancia con estraordinaria ansiedad; un momento se quedó suspensa, y despues sus rasgados ojos se llenaron de abundantes lágrimas.

El religioso y el jóven paje salieron de la cámara á una indicacion del austriaco: el príncipe levantó á María, la colocó sobre una banqueta de damasco, tomó asiento á su lado y dijo:

—Estoy loco, María, estoy loco. ¿Tú á mi lado? ¿tú, hermosa mia? Con tu carta me diste la vida, con tu presencia me has traido una inmensa felicidad. ¡Cuánto te debo! ¡Qué dia tan feliz! ¡Haber vencido á los rebeldes y encontrarte, son dos dichas muy superiores á las fuerzas de un simple mortal.

La jóven, muda y abismada, seguia vertiendo amargo llanto; el príncipe continuó con voz mas dulce y cariñosa:

—Dime, María, que tu desmayo ha sido causado por la emocion que esperimentaste á mi vista; que esas lágrimas que derramas son de amor; que me amas como antes me amaste; que en este momento eres feliz; que nos encontramos en la gloria, gozando la bienaventuranza entre los angeles y querubines del Señor.

La hija de Cornelio Estraten iba á responder; pero ahogando en sus labios la voz, lanzó un grito

inarticulado, y cubrió con las manos su rostro sin poder apagar los latidos de su corazon agitado.

—¿No me amas, María, no me amas? preguntó Don Juan tristemente, y estrechando entre sus dos manos la delicada de María.

—Sí te amo, Don Juan, sí te amo. Tu vida es mi vida, tu alma mi alma, tu sér mi sér; eres mi Dios y mi creencia, mi felicidad y mi tormento, mi hermoso sueño y mi terrible realidad.

—¡María, María! esclamó Don Juan con acento de inconmensurable ternura.

—Te amo, príncipe, como al bien que ha de perderse muy en breve, como al bien que no se ha gozado y que no se puede gozar, repuso la hermosa doncella con voz solemne y apagada.

Un torrente de lágrimas bañó el bello rostro de la jóven; el príncipe las vió correr en su cariñoso delirio y murmuró:

—¡María, María, qué hermosa estás deshecha en llanto! Si Rafael, el pintor divino, te hubiera tenido por modelo, fueran sus vírgenes mas bellas, mas poéticas, mas celestiales! ¡Qué hermosa estás, qué hermosa estás! Un zagal te compararia á la amapola de los prados en una alborada de estío; un musulman á la huri bella, que habita palacios de cristal en el eden de sus ensueños; un marino á la velera nave, que surca los campos de azul; un astrónomo á Vénus en su estrella; un poeta á Vénus tambien, meciéndose en concha de nácar sobre las ondas adormidas: yo no sé con qué compararte, pues nada tiene el mundo tan bello como el ídolo de nuestro amor.

—¡Príncipe! murmuró la jóven nuevas lágrimas derramando.

—No llores, María: ¿por qué llorar? Tras larga ausencia estamos unidos, y unidos para no separarnos nunca. Cuánto he padecido, María. Seis meses ausente de tí, seis meses sin verte, sin oir tu voz, sin tener siquiera la esperanza de verte en dia dado.... María, esos seis meses han sido mas largos que una eternidad. Contar los dias, contar las horas, los minutos, sin saber el término....¡Qué angustia! Mucho he padecido: en mi frente están las huellas del dolor, puedes contemplarlas, María. ¿No estoy mas pálido? ¿No tienen mis ojos menos brillo?

—Sí, príncipe, repuso María en su doloroso estupor.

—¿Brillan mis ojos como brillaban? ¿Es cierto que no?

—No, Don Juan, están hundidos y apagados: dicen que has llorado tambien.

—Si ahora que soy feliz, María, no brillan mis ojos, y mi rostro permanece pálido y marchito, ¿cómo estarian cuando no esperaba estrechar tu mano divina, mirar tu rostro angelical?

—¡Príncipe, príncipe, por Dios! ¡Ay! yo no sé lo que me digo.

—¿Has padecido tú tambien? dijo Don Juan enternecido.

—¿Está mi rostro pálido? preguntó la hermosa á su amante.

—Sí, repuso el austriaco con melancólica sonrisa.

—¿Están apagados mis ojos? volvió á preguntar María Estraten.

—Sí, María, añadió el jóven príncipe con remordimiento y dolor.

—Pues juzga cuánto habré sufrido en seis meses.

—¿Has sufrido, paloma mia, en esos seis eternos meses?

—He sufrido y sufro, Don Juan. ¡Ay! no sabeis cuánto sufro, no.

—¿Sufres? María, aleja para siempre toda memoria de dolor. ¿Sufres todavia?

—Sí, Don Juan, y solo el cielo puede hacer que tenga límite mi pena.

—¿Dime, por qué sufres? preguntó el príncipe con ansiedad.

—Calla, príncipe, murmuró la hermosa sumida siempre en su amargura.

—María, María, deposita tu horrible pena en un corazon que te ama.

—¡Déjame, déjame sufrir! esclamó María con violencia.

—Dime tu pena, añadió el príncipe, aunque me conduzca á la muerte.

—No es un dolor lento ó pasajero, es un incendio que me abrasa.

—María, pronuncia una palabra, una sola palabra y....

—¡Oh! yo quiero apagarlo, y mas arde en mi corazon la feroz llama de los celos! esclamó la hija del armero con dolorosa ecsaltacion.

—¡Perdon! esclamó Don Juan á su vez prosternándose humildemente.

—¡Príncipe, te perdono; mas no me perdono á mí misma. Yo lo ví, yo lo ví: Margarita estaba arrodillada á los piés del héroe, como decia; el héroe tuvo compasion, la levantó cariñosamente, la reclinó contra su pecho, fijó una mirada delirante en la reina, y bebió una lágrima.... Don Juan, apartaos de mí, huid, dejadme....En vano quiero tener fuerzas. Este recuerdo me asesina.

María se cubrió el rostro con las manos, y nuevas lágrimas vinieron á endulzar un tanto su dolor: el príncipe la miró abismado, meditó, y levantándose resuelto llegó á una mesa, tomó su daga, se acercó de nuevo á su amante y la dijo con voz solemne:

—Descubrios el rostro, señora, y miradme: nada mas pido.

María no dejó su doliente actitud: el príncipe tocó ligeramente sus manos; se estremeció la jóven, y clavó sus hundidos ojos en los ardientes de Don Juan, que voraces llamas despedian.

—María, María, prosiguió el austriaco tristemente; estuve loco y no perdonas mi locura, haces bien. Si el aliento de un hombre se hubiera confundido con el tuyo, tampoco te perdonaria y seria horrible mi venganza. No me perdones, no me perdones; pero ten de mí compasion. Te ofendí, confieso la ofensa, y solo demando el castigo. Toma esta daga, aquí está mi pecho; hiere, María; hiere, hiere por compasion.

—¿Qué dices, Don Juan? preguntó María estremeciéndose.

—Que claves esta daga en mi corazon, repuso el austriaco con frialdad.

—¿Saldria sangre? preguntó María lanzando un grito de terror.

—La sangre de quien te ha ofendido, dijo el príncipe.

—¿Que saldria sangre, dices? añadió la jóven temblando.

—Sí, María. ¿Qué vacilas? Derrama la sangre de quien te ofendió.

—No, príncipe, yo no te heriré. Correria tu sangre; tu sangre es muy preciosa para mí, y debes conservarla mucho. ¿No conoces que disminuyendo tu sangre acortas tu vida? ¿No sabes?....¡Oh! no sé lo que me digo, y es indispensable....

Se interrumpió la jóven temblando; y fijando en Don Juan una mirada llena de indulgencia y de amor, añadió con dulcísimo acento y melancólica sonrisa:

—Perdóname, príncipe, perdóname; tu amor me quita la razon; con tu amor yo me vuelvo loca. Te amo, te amo. ¿No te lo dije por escrito? Y eso que estábamos distantes, que no oia tu voz, que no me bañaba en tu aliento, que no ardia en el fuego de tu mirada. Yo te amo, príncipe, yo te amo, y aun en la tumba nos amarémos. ¿Es verdad que nos amarémos en el frio seno de la tumba?

—En las palabras de María se notaba alguna incoherencia, y sobre todo un cambio repentino de ideas, que hácia dudar de su razon. Don Juan creia este violento cambio hijo de sus furiosos celos; pero en aquel instante tenia dos muy diferentes orígenes.

—María, repuso el adalid, oyendo las sentidas palabras de aquella singular mujer: tú me perdonas y me amas: nos amarémos, como has dicho, hasta en el frio seno de la tumba.

—Nos amarémos, repuso María tristemente; y animándose de improviso, añadió con inspirado acento, hijo de una dulce esperanza:

—¿Es cierto, príncipe, que las almas no mueren jamas?

—Sí, María, repuso el austriaco, participando del entusiasmo de la jóven.

—¿Es cierto, Don Juan, que el amor puro se separa de los sentidos y asienta su trono en el alma? volvió á preguntar la hija del armero.

—Sí, hermosa mia, repuso Don Juan conmovido.

—¿Es verdad que nosotros nos amamos con ese amor santo y sublime? ¿Con ese amor que no puede estinguirse jamas?

—Sí, María, nos amamos con ese amor santo y eterno.

—¿Entonces, príncipe, nuestro amor no se acabará con la muerte?

—No se acabará, dijo el austriaco con la mas profunda conviccion.

—¡Qué feliz soy! esclamó María sonriyendo y llorando al mismo tiempo.

—No te comprendo, hermosa mia. Observo en tí cierta confusion....

—Algunas veces mis palabras te parecerán inesplicables; pero no te fatigues por ello. Te amo mucho, príncipe, y el amor tiene singulares caprichos: congenia con ellos, que no te produzcan alarma, y gozarémos todavia en la tierra momentos de felicidad. Yo habitaré desde hoy en adelante la misma ciudad, el mismo campamento que habites....y en una cabaña ó bajo el pabellon del cielo....

—¡Vivirás en mi propio palacio: morarás en mi misma tienda! esclamó el príncipe no acordándose de su suprema dignidad

—No, Don Juan, me acompaña mi padre, y me aleja de tí mi honor.

—¿Está contigo maesse Cornelio? preguntó el austriaco con sorpresa.

—Sí. Aquel hombre, rudo y violento, se ha hecho dulce y misericordioso, por amor de su única hija. A él he contado todas mis penas, y con la docilidad de un niño sigue mis varios pareceres.

—¡Bendigo á Cornelio Estraten! esclamó Don Juan vertiendo lágrimas.

—Él te bendijo como un padre, cuando saliste de Bruselas: te bendijo porque habias jurado por tu honor que era pura su hija adorada. A su lado estaré, Don Juan; seré para el mundo un mancebo, para maesse Cornelio una hija, para tí una esclava, y para Gonzalo la mujer que te paga amor con amor. Como príncipe ó como incógnito puedes visitarme, Don Juan; seré de nuevo la *dama negra* que te seguirá como una sombra; seré la pobre hija del armero, á quien recatabas tu nombre; seré en fin, María, que viva y muerta te amará.

La hermosa jóven se levantó y presentó su mano al príncipe en señal de tierna despedida; el príncipe la estrechó dulcemente y la dijo:

—¿Me dejas ya, María? ¿Despues de una ausencia tan larga, nos separamos tan pronto?

—Te dejo, príncipe, tendrás que cuidar de tu ejército.

—¡Por tí lo abandonaré todo! esclamó el entusiasta amante.

—Menos el cuidado de tu gloria, repuso María con dignidad.

—¿Nos verémos esta misma noche? preguntó el príncipe.

—Sí, D. Juan: y nos amarémos en la tumba, con ese amor inestinguible.

CAPITULO III.

ESPLICACIONES.

A corta distancia de la hermosa abadía de Gembloux se alzaba un parador de humilde aspecto, frecuentado por los viajeros que iban de Bruselas á Lovaina, ó que de esta ciudad se dirijian á la capital del Brabante. A la puerta de este parador se encontraba maesse Cornelio con dos caballos de la brida, disputando con un hombrecillo que apenas le llegaba á la cadera.

—Os repito, maesse Cornelio, decia el hombrecillo con vos de flauta, que aunque esteis aquí todo el dia no conseguiréis vuestro intento; y por lo

tanto son inútiles vuestras amenazas, vuestras ofertas y vuestros ruegos.

—Te repito, *Pico de Oro*, repuso Estraten irritado, que necesito dos habitaciones, ó á lo menos una con dos piezas, y una cuadra para estas dos cabalgaduras: nada mas tengo que decir.

—Las cuadras están ocupadas por los caballos de una compañía de arcabuceros borgoñones, y no cabe un caballo mas.

—¡Voto al diablo, *Pico de Oro*, que me tratas como á un desconocido ó á un parroquiano que mal paga, y esto no es justo; ¡voto al diablo!

—Sé que dais una buena propina, y me pesa en el alma perderla; pero habeis llegado á mala hora: las cuadras están ocupadas por esos malditos borgoñones, que se comerán todo el heno sin dejarme ninguna utilidad. Cómo ha de ser, quien manda, manda.

—Seamos francos, *Pico de Oro*, repuso entonces maesse Cornelio con tono mas dulce y amistoso, te regalaré cuatro florines, pero necesito la cuadra que está detras de la cocina. ¿Me has entendido bien?

—¿La cuadra de los dos pesebres? preguntó el avaro posadero.

—La misma. Dos pesebres y dos caballos, la cuenta no puede estar mejor. No andemos en dimes y diretes, y pongamos manos á la obra.

—Pero es el caso, maesse Cornelio, que la cuadra no está vacia.

—Mientes, ¡vive Dios! como un bellaco, esclamó el armero furioso.

—Juro por el alma de mi abuela.... tartamudeó *Pico de Oro*.

—Imposible que hayas puesto tu alhaja en manos de los borgoñones, añadió Estraten interrumpiéndolo y mirándolo fijamente.

—Teneis razon, maesse Cornelio, mas no por eso es menos cierto que está ocupada, y podeis creerme á fé de católico romano.

—¿Quién la ocupa? preguntó el armero todavia dudando.

—Un estranjero.... digo, los caballos de un estranjero que llegó ayer tarde, y me pidió una cuadra cómoda y segura.

—¿Y ese estranjero venia montado en dos corceles?

—Él en uno, en otro su criado, y eran por tanto dos para dos.

—Me estás engañando, *Pico de Oro*, dijo el armero no satisfecho de su ladino comensal.

—He jurado, maesse Estraten, por el alma de mi pobre abuela que era bruja, como sabeis, y no quiero cuentas con su alma; pero prescindiendo del crédito que debeis dar á tan solemne juramento, venid conmigo á la pequeña cuadra, y os desengañaréis por vuestros ojos. ¿Puedo hacer mas en obsequio de un parroquiano?

—Te doy crédito, *Pico de Oro;* pero aunque mis caballos queden debajo de este cobertizo, necesito una habitacion con dos piezas para mí y el jóven que como sabes me acompaña. Y en esto no cedo un quilate.

—Os repito, maesse Cornelio, que habeis llegado á mala hora; los oficiales y soldados se han repartido todas las piezas, sin haber dejado mas que dos.... y esas dos piezas que han dejado....

—Son las mismas que yo necesito, repuso el armero con la mayor tranquilidad.

—Las ocupa desgraciadamente el estranjero de que hemos hablado poco antes, observó el agudo posadero con una sonrisa burlona.

Maesse Cornelio echó una blasfemia y descargó su pesada mano sobre el diminuto *Pico de Oro*, que lo hubiera pasado muy mal á no presentarse de improviso el señor de Santaldegonde.

—¡Maesse Cornelio! esclamó Felipe lanzando al armero una mirada de reconcentrado furor, que hubiera podido aniquilarlo.

—¡Felipe!.... esclamó nuestro armero completamente sorprendido.

—¡Silencio, silencio! esclamó Felipe de Marnis cojiendo la diestra de Estraten y separándolo de *Pico de Oro*, que los contemplaba admirado.

—¿Qué temeis? preguntó el caballero maesse Estraten.

¿Qué temo? repuso Felipe con una sonrisa infernal. Tended la vista por esos campos, y los veréis cubiertos de cadáveres; preguntad por el ejército de los Estados, y sabréis, Estraten, que no ecsiste. ¿Por qué os encuentro en este lugar? ¿Habeis venido á presenciar la ruina de vuestros hermanos? ¿Queréis insultar sus cenizas?

—He venido... respondió el armero sin turbarse.

—Ya lo adivino. Teneis dos caballos de la brida, habeis venido de lacayo del *Aventurero*, interrumpió Santaldegonde.

—¡Felipe de Marnis! gritó Estraten, dando un rujido.

—Haceis bien en gritar; delatadme; sed traidor, como el pérfido niño; pedid aucsilio á la ciudad para que me prendan....

—Felipe de Marnis no necesitaba ir tan lejos. Ese parador está ocupado por mosqueteros borgoñones, y á una sola voz...

—¿Qué decís? preguntó Felipe, aterrado á tan inesperada nueva.

—La verdad, señor de Santaldegonde. Hace tiempo que sois mi enemigo: me habeis herido varias veces en lo mas profundo del alma; pero sois flamenco; militais, con mas ó menos buena fé, en el partido nacional, y yo no puedo denunciaros. Tomad mis caballos, si queréis, y huid con ellos.... Mas los encontraréis cansados. Ese criado, que os acompaña, puede entrar en el parador, ensillar vuestros briosos corceles, mientras los soldados descansan, y traerlos aquí: yo os haré en tanto compañía. No soy noble como vos, caballero Felipe de Marnis, pero no consiste toda la nobleza en el apellido; hay una nobleza de corazon mas ilustre que la heredada. Por conviccion, por compromiso, por causas que Dios y yo solo conocemos, y aun por gratitud, pues el príncipe Don Juan de Austria espuso su vida en la iglesia de Kouvenberg por salvar la mia de cien puñales asesinos, puede ser que no lleve las armas contra el gobernador general; pero nunca seré traidor á la causa de mi país, y ella os defiende con su egida. Nada hago por vos, pero estais unido al Brabante.

La elocuencia de maesse Estraten era persuasiva, apasionada, y el señor de Santaldegonde, que tanto imperio sabia conservar sobre sí, se sentia á su pesar subyugado. Lo crítico de su situacion le hacia mas sumiso tambien; y siguiendo las indicaciones del armero, dió órden á su fiel criado para que trajera los corceles. Maesse Cornelio entregó los suyos á *Pico de Oro*, que aplaudia la bella ocasion de recibir doble propina.

Santaldegonde y el armero esperaban con impaciencia la venida de los caballos; el primero para huir del peligro que en aquel lugar le amenazaba, y el segundo para verse libre de un hombre que tantas ofensas le habia hecho. Llegaron por fin los corceles, y Felipe de Marnis tenia puesto el pié en el estribo, cuando una mano delicada, pero cuyos dedos crispados por la ira se hundian en sus carnes, le detuvo, diciéndole con voz ahogada y rencorosa al mismo tiempo:

—Felipe de Marnis, no huirás; estás en mi poder.

Felipe volvió la cabeza, poseido de mortal espanto, y murmuró despues de haber fijado sus ojos en aquel inesperado enemigo.

—El *Aventurero*....¿Pero qué miro? El aventurero es María.

—Yo soy la mujer que tantas veces has ofendido; la que infamemente has calumniado; la que has herido, Felipe de Marnis, en lo mas profundo del alma. Yo soy la que....pero no te interesa mi historia. Has cometido grandes crímenes, y es el momento de expiarlos. ¡Arcabuceros borgoñones!..

—¡Silencio, silencio, María! gritó el armero, colocando su pesada mano sobre los labios de su hija. ¿Quieres que nos llamen traidores? Felipe sirve á los Estados, y entregarlo á sus enemigos seria un crímen de alta traicion.

Maesse Cornelio apartó la mano con que sujetaba su hija al señor de Santaldegonde, y éste, que no habia dejado el estribo, se colocó inmediatamente en la silla de su corcel.

—Asesino, murmuró María, bajo la mano que ahogaba su voz.

—Huid, añadió maesse Cornelio, no dejando hablar á María.

—Adios, repuso Felipe de Marnis, poniendo espuelas al caballo, y cuida mucho de la vil manceba de D. Juan.

Maesse Estraten soltó á su hija y se lanzó como un desesperado en pos de Felipe de Marnis; pero la rápida carrera del señor de Santaldegonde hizo inútiles sus esfuerzos, y volvió al lado de María melancólico y abatido. Se dejó caer sobre una piedra agobiado de pena mortal; apoyó sus codos en las rodillas; ocultó el rostro entre ambas manos, y lanzando amargos suspiros, bebia las lágrimas ardientes que se desprendian de sus ojos; lágrimas que lograba arrancar un violentísimo dolor.

La partida de Felipe de Marnis, contrariando la resolucion de María, la dejó absorta, y con los ojos fijos en el caballero que huia y el pensamiento preocupado, no oyó las palabras de Santaldegonde, ni en mucho tiempo los sollozos de maesse Cornelio Estraten. Su sopor se fué disipando, lanzó miradas en torno de sí, y vió al armero poseido de un intenso y crudo dolor. No comprendiendo María la causa de tan estraña metamórfosis, se acercó á su padre confusa y le preguntó dulcemente:

—¿Por qué llorais así, padre mio? ¿Qué os aflije? ¿Qué teneis?

El armero levantó la cabeza; se enjugó las lágrimas con el dorso de su ancha mano; tomó su rostro una espresion digna y sombría y repuso:

—Lloro, María....No puede ser: no puede ser; es imposible.

—¿Decidme, por Dios, padre mio, la causa de vuestros dolores?

—Yo mismo, que la quiero tanto, seria capaz de asesinarla, murmuró el armero entre dientes, como respondiendo á una pregunta que le habia hecho su corazon.

María posó su mano dulcemente sobre la espalda de su padre, diciéndole con vivo interes y una candorosa sonrisa:

—¿Por qué llorabais, padre mio? ¿No respondeis á vuestra hija?

El armero se estremeció al contacto y á la pregunta, se levantó por un movimiento galvánico, y dijo con voz breve:

—María, ¿no has oido las últimas palabras de Felipe de Marnis?

—No, repuso María dulcemente, y sin inmutarse.

—"Adios, me dijo, y cuida mucho de la vil manceba de D. Juan."

Un vivo carmin cubrió al momento el pálido rostro de la jóven; sus rasgados ojos se inflamaron, y saltaron de sus labios mordidos algunas gotas de sangre ardiente. La tormenta pasó, como pasan fugaces nubes de verano, y una sonrisa de desprecio asomó á sus labios heridos.

—¿Creeis, padre mio, dijo la jóven con perfecta tranquilidad, las palabras del señor de Santaldegonde? Respondedme francamente, padre.

Maesse Cornelio meció la cabeza en visible señal de duda.

—¿No me respondeis, padre mio? Volvió á preguntar la hermosa jóven.

—¿Sé yo acaso qué responderte? repuso el armero conmovido. En los salones de Guillermo de Horn, en las plazas públicas de Bruselas, en las campiñas de Gembloux oigo la misma acusacion, por los mismos labios repetidas. ¿Qué he de responder?

—¿Y dais crédito á esa acusacion? preguntó la jóven?

—María, ¿amas al príncipe? repuso el armero, preguntando.

—Le amo, replicó la entusiasta jóven con voz breve.

—¿Y adónde crees que puede llevarte ese amor? volvió á preguntar el armero.

—No os entiendo, señor, esplicaos, dijo María con dignidad.

—¿Piensas ser esposa del hijo de un emperador?

—Nos encontramos á mucha distancia para que nuestras diestras se unan. Si él fuera duque de Ariscot, baron de Hesse y aun príncipe de Orange, abrigaria alguna esperanza, porque me inspira fé su amor; pero el descendiente de los Césares no puede, no debe dar su mano á la hija de Cornelio Estraten, y si alguna vez me lo propusiera, yo misma lo resistiria. Esta es mi opinion, padre mio.

—¿Qué esperas pues? preguntó el armero, poco satisfecho de la respuesta de su hija.

—¿Qué espero, señor? preguntó la jóven á su vez, deseando que otro la señalase el blanco de sus esperanzas.

—¡Llevar el título de su dama! esclamó Cornelio con desesperacion horrible, é hiriéndose el robusto pecho.

—¡Jamás, jamás! repuso la jóven. Teneis mi palabra, padre mio, y sabeis que nunca os engaño.

El solemne acento de María, su tranquilidad y la pureza que despedian sus castas miradas, tranquilizaron al armero; se sentó sobre la misma piedra que habia ocupado poco antes, puso á su hija sobre sus rodillas, sin cuidarse de *Pico de Oro*, que desde la puerta del parador acechaba todas sus acciones. María estampó sus rosados labios en las mejillas del armero, que la suspendia como á un niño de pocos meses, y se reclinó sobre su hombro con un abandono infantil.

—Hija mia, dijo maesse Estraten suavizando su áspera voz, tus palabras me tranquilizan, porque sé que nunca me engañas, pero no comprendo el amor que tienes al príncipe.

—¿No lo comprendeis, padre mio? Es un amor santo, sublime, único en su especie quizás. Amor que se siente, como sentimos la ecsistencia de un sér poderoso que presta vida al universo; amor que no puede esplicarse, como es imposible definir la ecsistencia de ese gran Sér. Todo egoismo, toda mira mas ó menos interesada está tan lejos de mi amor, como ese sol que nos alumbra y esta campiña que pisamos: los sentidos no toman parte en él; con los ojos del alma veo, y con sus inmensas facultades apuro goces inefables ó sufro profundos dolores, que no comprende un simple mortal. El príncipe es mi vida, mi alma: le veo en sueños, le llamo despierta, me moriria si no me amase. Vos sabeis cuánto he padecido ausente de él. Loca de celos, he vestido este traje; he conspirado; he gastado la mitad de vuestra fortuna; y, aun cuando estaba enferma y débil, la desesperacion me daba fuerzas, y arrastrándome, como mujer, sobre cojines, sin aliento, como hombre mostraba energía y admiraba el *Aventurero* al Brabante por su decision y su audacia.

—¡María, María! esclamó el opulento armero con dolor.

—Siento aflijiros, padre mio: yo querria ser dócil y buena, como en otro tiempo; querria no causaros ningun disgusto, no sacar jamas á vuestro rostro los colores de la vergüenza; pero no puedo, padre mio, dominar este inmenso amor. Perdonadme y compadecedme.

Maesse Cornelio Estraten estrechó entre sus manos la hermosa cabeza de su hija; la contempló algunos segundos; se pasó la mano por la frente, como si le abrumara el peso de alguna idea, y haciendo un esfuerzo murmuró:

—Ama al príncipe, María, ámalo; tengo celos de tanto amor, pero los sufriré en silencio. Ama al príncipe, María, ámalo, pero aléjemonos de aquí; volvámonos hoy á Bruselas.

—Imposible, padre, imposible, repuso María, con solemne voz.

—No basta ser pura, María; el mundo es un desapiadado juez, que por apariencias condena, y el mundo te condenará. Tú, en otro tiempo respetada y admirada por la mas casta y hermosa mujer de Bruselas, serás señalada con el dedo; y, como has dicho, sacarán á mi rostro los colores de la vergüenza.

—María escuchaba á maesse Cornelio con una profunda atencion; el raciocinio era fundado, y el padre, que rogaba humilde pudiendo mandar como dueño, merecia consideracion. Maesse Cornelio comprendia la cruda lucha de la jóven y queria declarar la crísis en su favor para lograrlo.

—¡María! esclamó, huyamos de aquí en el momento.

—¿Abandonar al príncipe? preguntó María con sencillez.

—Sí: nada debe temer D. Juan al frente de un valiente ejército. Huyamos, pues, de este lugar.

—Imposible, señor, imposible. Yo no lo quiero y tampoco lo queréis vos.

—María, murmuró el tierno padre, dudoso aunque no convencido.

—Ayer hubiera podido alejarme; hoy no puede ser; no será.

Una terrible convulsion agitaba á la hermosa jóven, que chocaba diente con diente, pudiendo apenas respirar de angustia y dolor.

—¡Abandonarlo, prosiguió con voz doliente y apagada, abandonarlo, cuando debo contar uno por uno los momentos de su ecsistencia, cuando puede morir mañana! No, padre mio: es preciso que cierre sus ojos, que bañen mis lágrimas su cadáver, que le acompañe hasta la tumba, que éntre en ella si es necesario, y bajo la fúnebre losa....

—¡María, María! ¡Tú estás delirando! esclamó el armero alarmado.

—¡Deliro! ¡pluguiera á Dios que delirase! Lo he visto yo misma; ví en sus manos el lienzo fatal; y era tarde, y hará sus efectos el tósigo! ¿Lo oís? era tarde: debí adelantarme un minuto ó no llegar nunca.

—¡María! esclamó de nuevo maesse Estraten, cuyas ideas se iban confundiendo mas y mas.

—¡El príncipe está envenenado! dijo María con una voz que debia desgarrarla el pecho.

—¡Envenenado! esclamó á su vez el armero, respirando penosamente.

—Por ese hombre que habeis dejado escapar, padre mio, repuso la jóven tendiendo el brazo hácia Bruselas.

—¡María! tartamudeó maesse Cornelio mas aterrado cada vez.

—Por el defensor de los privilegios del Brabante.

Estas palabras de María salieron de su pecho como un ¡ay! de muerte, y se cubrió los ojos con las manos; maesse Cornelio se quedó frio como una estatua; su respiracion se hizo penosa y sostenia á su trémula hija tomando parte en su dolor.

—Envenenado, murmuraba el buen armero, envenenado: Felipe de Marnis es un monstruo. Matara al príncipe en el campo, y yo, que debo á D. Juan la vida, derramaria mas de una lágrima sobre su sangriento cadáver, y uniria mi voz conmovida á los que aclamaran á Santaldegonde vencedor; pero disculpar al asesino, nunca; haré guerra á muerte á Felipe de Marnis, y desde ahora le persigue mi maldicion. María, María, el príncipe puede morir hoy mismo, yo quiero verle. Vuelve en tí, no hay un momento que perder. ¿No me respondes, hija mia?

La jóven se descubrió el rostro y fijó sus húmedos ojos en el semblante del armero, como si saliera de un profundo y penoso letargo.

—No hay momento que perder, añadió éste, quizás el príncipe está espirando; quizás ha terminado ya su corta y gloriosa carrera.

María meció suavemente la cabeza en señal de negacion, y añadió despues, dando á sus palabras una acentuacion inesplicable:

—El golpe es seguro, pero lento; podrá vivir un mes, dos, un año quizás. Han querido gozarse en las convulsiones de la víctima.

—¿Y lloras, María, y desfalleces? repuso el armero reanimándose. Corramos á avisarle el peligro, y yo mismo le manifestaré....

—Deteneos, padre mio, deteneos. No hay remedio en la medicina, y revelarle su peligro, seria asesinarlo mas pronto, seria tenerle en capilla un año con la certidumbre de morir. ¡Un año esperando la muerte! Es horrible, padre mio, es horrible. Yo sufriré su lenta agonía, pero no le dirá mi labio: "príncipe, tú vas á morir. Tú vas á dejar á María sola en el mundo con tu memoria y su dolor."

—Pobre hija mia, pobre hija mia, murmuró el armero sollozando.

—El veneno, padre mio, será un hielo que irá coagulando su sangre dia por dia, hora por hora, minuto por minuto; ó un fuego, quizás, que circulará por sus venas, calcinará sus huesos y roerá tambien sus entrañas. Me parece que siento el frio, que el fuego me abrasa: yo moriré antes que D. Juan.

—Pobre hija mia, pobre hija mia, volvió á murmurar el armero.

La jóven pareció reanimarse; saltó de las rodillas del armero; levantó á su padre, y con firme y solemne acento:

—Escuchadme, señor, le dijo: maesse Genaro, el infame astrólogo de *la torre de los tres cipreses* ha dado á Felipe de Marnis el tósigo que quita la vida á D. Juan; juradme, por lo que mas ameis en el mundo, hundir un puñal en el pecho de maesse Genaro el mismo dia que sepais la muerte del príncipe. Pronunciad, padre mio, este solemne juramento.

Juro á Dios, María, obedecerte, repuso Estraten con imponente tranquilidad.

—Ya estoy contenta, padre mio, añadió la afijida amante.

Maesse Cornelio estrechó la mano de su hija, y con paso lento se encaminaron al parador de *Pico de Oro*.

CAPÍTULO IV.

PLANES BURLADOS.

El mismo dia que tuvo lugar la célebre batalla de Gemblours, y quizás á la misma hora, se hallaban reunidos (en el palacio real de Bruselas y en la cámara que habia ocupado meses antes el invicto Don Juan de Austria) el jóven archiduque Matías, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el duque de Ariscot, el conde de Lalain, el vizconde de Gante y algunos otros personajes de grande influjo en lo político y militar.

Era el archiduque un mancebo de veinte años, sin esperiencia de los negocios, y enteramente envanecido con la fugaz sombra de poder que los Estados generales habian dejado á su precaria dignidad. Para decir quién era Orange, nos seria preciso invertir un crecido número de páginas, y dariamos de él una idea poco completa y diminuta: sin embargo, en grandes pinceladas bosquejarémos un retrato, sirviéndonos de escusa sino tiene gran parecido la antecedente salvedad.

Contaba el príncipe á la sazon diez lustros cumplidos: era de estatura bastante elevada, duras facciones, y tenia muy raros cabellos. Curtido desde la niñez con el sol de cien y cien batallas, eran sus músculos de acero, correspondiendo sus robustos miembros al temple inflecsible de su alma. Sobre este esqueleto de bronce se colocaba algunas veces una máscara fementida; y el guerrero, que tan bien blandia la espada en los rudos combates, confiaba su causa á la astucia si dudaba triunfar por la fuerza. Era Guillermo de Nassau á la sazon jefe de una familia numerosa, altiva y soberana: la fecundidad de su abuela le habia emparentado con todos los príncipes de Alemania, y con estos lazos de familia tejia el fundamento de un sólido y brillante poder. El emperador Cárlos V, dotado de segunda vista para conocer á los hombres, le distinguió constantemente, dándole un honroso lugar en sus ejércitos, colmándolo de dignidades, y manifestándole en todas ocasiones consideracion y cordial afecto.

Cuando dejó el emperador las coronas de dos imperios y dos mundos, para buscar la paz del alma en humilde y apartada celda, recordando quizás la sentencia de uno de sus viejos capitanes, que interrogándole por qué dejaba ya el servicio de su cesárea majestad, respondió: *Que era necesario dejar algun hueco entre los negocios de la vida y los de la muerte:* entregó á Orange las insignias de la digni-

—¿Piensas ser esposa del hijo de un emperador?

—Nos encontramos á mucha distancia para que nuestras diestras se unan. Si él fuera duque de Ariscot, baron de Hesse y aun príncipe de Orange, abrigaria alguna esperanza, porque me inspira fé su amor; pero el descendiente de los Césares no puede, no debe dar su mano á la hija de Cornelio Estraten, y si alguna vez me lo propusiera, yo misma lo resistiria. Esta es mi opinion, padre mio.

—¿Qué esperas pues? preguntó el armero, poco satisfecho de la respuesta de su hija.

—¿Qué espero, señor? preguntó la jóven á su vez, deseando que otro la señalase el blanco de sus esperanzas.

—¡Llevar el título de su dama! esclamó Cornelio con desesperacion horrible, é hiriéndose el robusto pecho.

—¡Jamás, jamás! repuso la jóven. Teneis mi palabra, padre mio, y sabeis que nunca os engaño.

El solemne acento de María, su tranquilidad y la pureza que despedian sus castas miradas, tranquilizaron al armero; se sentó sobre la misma piedra que habia ocupado poco antes, puso á su hija sobre sus rodillas, sin cuidarse de *Pico de Oro*, que desde la puerta del parador acechaba todas sus acciones. María estampó sus rosados labios en las mejillas del armero, que la suspendia como á un niño de pocos meses, y se reclinó sobre su hombro con un abandono infantil.

—Hija mia, dijo maesse Estraten suavizando su áspera voz, tus palabras me tranquilizan, porque sé que nunca me engañas, pero no comprendo el amor que tienes al príncipe.

—¿No lo comprendeis, padre mio? Es un amor santo, sublime, único en su especie quizás. Amor que se siente, como sentimos la ecsistencia de un sér poderoso que presta vida al universo; amor que no puede esplicarse, como es imposible definir la ecsistencia de ese gran Sér. Todo egoismo, toda mira mas ó menos interesada está tan lejos de mi amor, como ese sol que nos alumbra y esta campiña que pisamos: los sentidos no toman parte en él; con los ojos del alma veo, y con sus inmensas facultades apuro goces inefables ó sufro profundos dolores, que no comprende un simple mortal. El príncipe es mi vida, mi alma: le veo en sueños, le llamo despierta, me moriria si no me amase. Vos sabeis cuánto he padecido ausente de él. Loca de celos, he vestido este traje; he conspirado; he gastado la mitad de vuestra fortuna; y, aun cuando estaba enferma y débil, la desesperacion me daba fuerzas, y arrastrándome, como mujer, sobre cojines, sin aliento, como hombre mostraba energía y admiraba el *Aventurero* al Brabante por su decision y su audacia.

—¡María, María! esclamó el opulento armero con dolor.

—Siento aflijiros, padre mio: yo querria ser dócil y buena, como en otro tiempo; querria no causaros ningun disgusto, no sacar jamas á vuestro rostro los colores de la vergüenza; pero no puedo, padre mio, dominar este inmenso amor. Perdonadme y compadecedme.

Maesse Cornelio Estraten estrechó entre sus manos la hermosa cabeza de su hija; la contempló algunos segundos; se pasó la mano por la frente, como si le abrumara el peso de alguna idea, y haciendo un esfuerzo murmuró:

—Ama al príncipe, María, ámalo; tengo celos de tanto amor, pero los sufriré en silencio. Ama al príncipe, María, ámalo, pero aléjemonos de aquí; volvámonos hoy á Bruselas.

—Imposible, padre, imposible, repuso María, con solemne voz.

—No basta ser pura, María; el mundo es un desapiadado juez, que por apariencias condena, y el mundo te condenará. Tú, en otro tiempo respetada y admirada por la mas casta y hermosa mujer de Bruselas, serás señalada con el dedo; y, como has dicho, sacarán á mi rostro los colores de la vergüenza.

—María escuchaba á maesse Cornelio con una profunda atencion; el raciocinio era fundado, y el padre, que rogaba humilde pudiendo mandar como dueño, merecia consideracion. Maesse Cornelio comprendia la cruda lucha de la jóven y queria declarar la crísis en su favor para lograrlo.

—¡María! esclamó, huyamos de aquí en el momento.

—¿Abandonar al príncipe? preguntó María con sencillez.

—Sí: nada debe temer D. Juan al frente de un valiente ejército. Huyamos, pues, de este lugar.

—Imposible, señor, imposible. Yo no lo quiero y tampoco lo queréis vos.

—María, murmuró el tierno padre, dudoso aunque no convencido.

—Ayer hubiera podido alejarme; hoy no puede ser; no será.

Una terrible convulsion agitaba á la hermosa jóven, que chocaba diente con diente, pudiendo apenas respirar de angustia y dolor.

—¡Abandonarlo, prosiguió con voz doliente y apagada, abandonarlo, cuando debo contar uno por uno los momentos de su ecsistencia, cuando puede morir mañana! No, padre mio: es preciso que cierre sus ojos, que bañen mis lágrimas su cadáver, que le acompañe hasta la tumba, que éntre en ella si es necesario, y bajo la fúnebre losa....

—¡María, María! ¡Tú estás delirando! esclamó el armero alarmado.

—¡Deliro! ¡pluguiera á Dios que delirase! Lo he visto yo misma; ví en sus manos el lienzo fatal; y era tarde, y hará sus efectos el tósigo! ¿Lo oís? era tarde: debí adelantarme un minuto ó no llegar nunca.

—¡María! esclamó de nuevo maesse Estraten, cuyas ideas se iban confundiendo mas y mas.

—¡El príncipe está envenenado! dijo María con una voz que debia desgarrarla el pecho.

—¡Envenenado! esclamó á su vez el armero, respirando penosamente.

—Por ese hombre que habeis dejado escapar, padre mio, repuso la jóven tendiendo el brazo hácia Bruselas.

—¡María! tartamudeó maesse Cornelio mas aterrado cada vez.

—Por el defensor de los privilegios del Brabante.

Estas palabras de María salieron de su pecho como un ¡ay! de muerte, y se cubrió los ojos con las manos; maesse Cornelio se quedó frio como una estatua; su respiracion se hizo penosa y sostenia á su trémula hija tomando parte en su dolor.

—Envenenado, murmuraba el buen armero, envenenado: Felipe de Marnis es un monstruo. Matara al príncipe en el campo, y yo, que debo á D. Juan la vida, derramaria mas de una lágrima sobre su sangriento cadáver, y uniria mi voz conmovida á los que aclamaran á Santaldegonde vencedor; pero disculpar al asesino, nunca; haré guerra á muerte á Felipe de Marnis, y desde ahora le persigue mi maldicion. María, María, el príncipe puede morir hoy mismo, yo quiero verle. Vuelve en tí, no hay un momento que perder. ¿No me respondes, hija mia?

La jóven se descubrió el rostro y fijó sus húmedos ojos en el semblante del armero, como si saliera de un profundo y penoso letargo.

—No hay momento que perder, añadió éste, quizás el príncipe está espirando; quizás ha terminado ya su corta y gloriosa carrera.

María meció suavemente la cabeza en señal de negacion, y añadió despues, dando á sus palabras una acentuacion inesplicable:

—El golpe es seguro, pero lento; podrá vivir un mes, dos, un año quizás. Han querido gozarse en las convulsiones de la víctima.

—¿Y lloras, María, y desfalleces? repuso el armero reanimándose. Corramos á avisarle el peligro, y yo mismo le manifestaré....

—Deteneos, padre mio, deteneos. No hay remedio en la medicina, y revelarle su peligro, seria asesinarlo mas pronto, seria tenerle en capilla un año con la certidumbre de morir. ¡Un año esperando la muerte! Es horrible, padre mio, es horrible. Yo sufriré su lenta agonía, pero no le dirá mi labio: "príncipe, tú vas á morir. Tú vas á dejar á María sola en el mundo con tu memoria y su dolor."

—Pobre hija mia, pobre hija mia, murmuró el armero sollozando.

—El veneno, padre mio, será un hielo que irá coagulando su sangre dia por dia, hora por hora, minuto por minuto; ó un fuego, quizás, que circulará por sus venas, calcinará sus huesos y roerá tambien sus entrañas. Me parece que siento el frio, que el fuego me abrasa: yo moriré antes que D. Juan.

—Pobre hija mia, pobre hija mia, volvió á murmurar el armero.

La jóven pareció reanimarse; saltó de las rodillas del armero; levantó á su padre, y con firme y solemne acento:

—Escuchadme, señor, le dijo: maesse Genaro, el infame astrólogo de *la torre de los tres cipreses* ha dado á Felipe de Marnis el tósigo que quita la vida á D. Juan; juradme, por lo que mas ameis en el mundo, hundir un puñal en el pecho de maesse Genaro el mismo dia que sepais la muerte del príncipe. Pronunciad, padre mio, este solemne juramento.

Juro á Dios, María, obedecerte, repuso Estraten con imponente tranquilidad.

—Ya estoy contenta, padre mio, añadió la afijida amante.

Maesse Cornelio estrechó la mano de su hija, y con paso lento se encaminaron al parador de *Pico de Oro*.

CAPÍTULO IV.

PLANES BURLADOS.

El mismo dia que tuvo lugar la célebre batalla de Gemblours, y quizás á la misma hora, se hallaban reunidos (en el palacio real de Bruselas y en la cámara que habia ocupado meses antes el invicto Don Juan de Austria) el jóven archiduque Matías, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el duque de Ariscot, el conde de Lalain, el vizconde de Gante y algunos otros personajes de grande influjo en lo político y militar.

Era el archiduque un mancebo de veinte años, sin esperiencia de los negocios, y enteramente envanecido con la fugaz sombra de poder que los Estados generales habian dejado á su precaria dignidad. Para decir quién era Orange, nos seria preciso invertir un crecido número de páginas, y dariamos de él una idea poco completa y diminuta: sin embargo, en grandes pinceladas bosquejarémos un retrato, sirviéndonos de escusa sino tiene gran parecido la antecedente salvedad.

Contaba el príncipe á la sazon diez lustros cumplidos: era de estatura bastante elevada, duras facciones, y tenia muy raros cabellos. Curtido desde la niñez con el sol de cien y cien batallas, eran sus músculos de acero, correspondiendo sus robustos miembros al temple inflecsible de su alma. Sobre este esqueleto de bronce se colocaba algunas veces una máscara fementida; y el guerrero, que tan bien blandia la espada en los rudos combates, confiaba su causa á la astucia si dudaba triunfar por la fuerza. Era Guillermo de Nassau á la sazon jefe de una familia numerosa, altiva y soberana: la fecundidad de su abuela le habia emparentado con todos los príncipes de Alemania, y con estos lazos de familia tejia el fundamento de un sólido y brillante poder. El emperador Cárlos V, dotado de segunda vista para conocer á los hombres, le distinguió constantemente, dándole un honroso lugar en sus ejércitos, colmándolo de dignidades, y manifestándole en todas ocasiones consideracion y cordial afecto.

Cuando dejó el emperador las coronas de dos imperios y dos mundos, para buscar la paz del alma en humilde y apartada celda, recordando quizás la sentencia de uno de sus viejos capitanes, que interrogándole por qué dejaba ya el servicio de su cesárea majestad, respondió: *Que era necesario dejar algun hueco entre los negocios de la vida y los de la muerte:* entregó á Orange las insignias de la digni-

dad imperial, para que las llevara á su hermano y sucesor. Guillermo manifestó alguna repugnancia á cumplir este honroso encargo, queriendo halagar así la ambicion del monarca que iba á suceder á Cárlos V en el imperio de la Flandes. Obligado Felipe II á venir á España, se presentaron varios competidores al cargo de gobernador general de los Paises-Bajos españoles, y el príncipe Guillermo de Nassau apareció en primera línea, con algunas probabilidades de buen ecsito. En el consejo de Felipe se discutió mucho, y por último fué nombrada gobernadora de los Paises-Bajos Margarita de Parma, cuyo encumbrado nacimiento la llamaba naturalmente á tan escelsa dignidad. En el gobierno de las provincias tocó á Orange no pequeña parte, dandole Felipe II el de Holanda, Zelanda y Utrech primero, y despues el del condado de Borgoña; mas no satisfecha con esto su ambicion, é inclinándose despues á los errores de Calvino, fué el alma de todas las discordias civiles; introdujo en las provincias sometidas á su gobierno la heregía; formó una especie de principado independiente con magistrados de nueva creacion; desobedeció é hizo la guerra á cuantos gobernadores generales se sucedieron en el mando; firmó tratados, contrajo alianzas y recibió auxilios en oro y soldados de varios príncipes estranjeros; obró con entera independencia en los conciertos interiores; no guardó el *edicto perpétuo*, contrarió, calumnió y malquistó, como hemos visto, á D. Juan de Austria; logró elevarse á la dignidad de Rubarto, y aun en su caida conservó la direccion de los negocios, haciéndose mentor del jóven é inesperto archiduque.

Ya conocemos bastante á las demas personas reunidas, y por tanto nada tenemos que añadir.

El objeto de esta reunion era discutir y resolver sobre la guerra, seguida hasta entonces flojamente y aun puede decirse no empezada. El archiduque como mozo atrevido y sin esperiencia, opinaba que el ejército de los Estados debia moverse sin tardanza, estrechar al príncipe en sus reales y derrotarlo, pues la victoria era segura segun la opinion de Matías. Opinaba el príncipe de Orange con el archiduque; y el voto de tan ilustre capitan, si era sincero, decia mucho en favor de un plan, que casi todos consideraban hijo de ardiente fiebre juvenil. Los enemigos menos declarados de Orange, y mas lisonjeros cortesanos del archiduque, aprobaron esta opinion; pero los que no estaban satisfechos de discípulo y al pedagogo aborrecian, sostuvieron que seria imprudencia acosar al príncipe D. Juan de Austria; pues aunque su ejército era menor, se componia de veteranos; y obligándolos á batirse á la desesperada, serian otros tantos leones con un tigre por general. Para prevenir tales estremos, creian mas conveniente que el ejército se dividiera, amenazara á varios puntos fortificados, y se comenzara la campaña con esos parciales encuentros que dan lugar á treguas y negociaciones: punto á que dirijian sus miradas cuantos hacian vanos esfuerzos para conquistar el poder.

Mientras de tal modo discutian el intruso gobernador, su pedagogo y sus descontentos magnates, la doble muralla de Bruselas no podia contener los curiosos que coronaban sus adarves. Hombres, mujeres, ancianos y niños se disputaban la subida, señalando todos con el dedo una inmensa nube de polvo, que se levantaba á una milla de la ciudad y en el camino de Lovaina. La nube avanzaba por momentos, desparramandose á medida que se acercaba á la ciudad; y los curiosos iban descubriendo entre ella un gran número de ginetes. Querer adivinar las sensaciones que estos ginetes produjeron, y los juicios que se formaron á su inesperada aparicion, seria pretender fijar el movimiento de cada grano imperceptible de la arena que arrastra el torrente ó que el huracan arrebata; baste pues decir, que todas las diestras se dirijieron á un mismo punto, y que despues fueron formando una especie de semicírculo, á medida que la polvareda se fué acercando á las murallas.

Una curiosidad estrema revelaban todos los semblantes, y cuando los primeros ginetes pisaron los puentes levadizos, preguntó una gran voz, formada por treinta millares de voces:

—¿Qué ha sucedido? ¿De dónde venís? ¿Qué traeis? Responded pronto, responded.

—Hemos sufrido una gran derrota, los fugitivos contestaron.

—¿En dónde? preguntaron de nuevo los treinta millares de voces.

—En las inmediaciones de Gemblours, respondieron los fugitivos.

—¿Quién mandaba á los castellanos? tornaban á preguntar.

—Don Juan de Austria, respondian completamente avergonzados.

—¿Eran muchos los enemigos que os atacaron y vencieron?

—Mas de cien mil, los fugitivos respondian, para disminuir la vergüenza de tan espantosa derrota.

—¿Y vuestros compañeros en dónde están? preguntaban las treinta mil voces.

—Han muerto, respondian con lúgubre y solemne acento.

Estas palabras, repetidas de boca en boca, prolujeron un desaliento general: todos los brazos se bajaron, se anublaron todos los rostros, y todos esperaban temblando ver al austriaco á las puertas de la ciudad, pidiendo cuenta de los insultos que le habian hecho, y dando por ellos el merecido galardon: ¡Cuanto terror, cuanto tardío arrepentimiento!

El pueblo, abandonó, triste y silencioso, la muralla, y queriendo encontrar consuelo, y saber las disposiciones que el archiduque y sus consejeros tomaban, se dirijió en compás de duelo á la gran plaza de palacio: los que custodiaban las puertas se dispusieron á cerrarlas al mas leve amago de aproximarse el enemigo, y cada prófugo que llegaba aumentaba mas los temores con su lastimoso relato. Un ginete entró á todo escape; atravesó la ciudad baja, sin responder á las preguntas que de todas partes le dirijian; cruzó el puente; subió la calle que al palacio real conducia; difícilmente se abrió paso en la plaza; entró en el atrio; y como si su veloz caballo hubiera cumplido su deber, cayó muerto sobre el pavimento, arrancando á su dueño un suspiro de cariño ó de gratitud. El caballero no se detuvo; atravesó la galería, cruzó sin la menor ceremonia las régias estancias, empujó la puerta de la cámara sin pedir venia, y se presentó ante la asamblea cubierto de sudor, sangre y polvo.

—El conde de Bossú, dijo Orange con viva sorpresa.

—El conde de Bossú, repitieron todos los demas admirados.

—Maximiliano Hennini soy, dijo Bossú con hondo despecho.

—¿Y el ejército? preguntó Matías alarmado con tan imprevista llegada.

—Preguntad por él á vuestro primo, repuso Bossú brevemente.

—¡A Don Juan de Austria! esclamó el jóven archiduque.

—A Don Juan de Austria, que lo ha acuchillado sin piedad en las campiñas de Gemblours, añadió el conde con tranquila desesperacion.

—¿Qué decís? preguntaron todos con espanto, mientras una leve sonrisa plegaba los labios de Guillermo, príncipe de Orange.

—La verdad, señores: nos habeis dado un ejército de mujeres, y se han dejado degollar como un rebaño de corderos: nada mas tengo que decir.

Un breve silencio siguió á las palabras de Bossú, hasta que prosiguió el guerrero con acento breve y rostro severo y tranquilo:

—Y no creais, señores, no creais que hemos sucumbido con honra: sobre mi frente traigo el sello de la mas infame cobardía; sello que me han puesto los soldados de los Estados generales. Quinientos caballos enemigos, con el príncipe de Parma al frente, cargaron como un torbellino sobre nuestros dos mil ginetes: los jefes flamencos creyeron fácil y segura la victoria; pero, ¡oh vergüenza! los soldados, en vez de contestar la carga, retrocedieron despavoridos, y precipitándose en desórden, se estrellaron contra los infantes, rompieron sus líneas, y la derrota se hizo general. Alejandro blandía su formidable lanza con robusta diestra de gigante; y si algun cabo pretendia cerrarle el paso, al rudo bote, el polvo mordia sin aliento. Octavio Gonzaga llegó en su ayuda con un corto número de caballos, y la espada del maestre de campo general cercenó mas cuellos en momentos que corta un segador espigas. Goigni pretendia reanimar á los soldados con su ejemplo, y habia conseguido reunir algunos millares de hombres menos tímidos ó algo mejor organizados. Con ellos emprendió contener el impetu de los enemigos, y aun detuvo un poco la carrera de los ginetes de Alejandro. Los pocos cabos que rodeabamos al general, concebimos en el momento algunas dulces esperanzas, para verlas desvanecidas como las columnas de humo que arrastra á su paso el huracan. El austriaco que conducia la gruesa batalla de su ejército, no quiso dejar toda la gloria á los cabos que habian atacado hasta entonces; y adelantándose al escape, nos cargó con tal rapidez, que los cerrados escuadrones abrieron sus filas. . .

—¿Don Juan de Austria atacó en persona? preguntó Matías á Bossú, sobrecojido de tamaña temeridad que apenas el jóven comprendia.

—Don Juan de Austria, repuso el conde. Yo le ví: montaba un caballo cordobés de noble raza, y venia armado con una sencilla armadura: á su lado ondeaba imponente el morado pendon de Castilla, adornado con una cruz, y con esta leyenda en brillantes letras de oro: CON ESTA SEÑAL VENCÍ Á LOS TURCOS; CON ESTA VENCERÉ Á LOS HEREJES.

—Eso habla con vos, príncipe de Orange, dijo Ariscot, que aprovechaba la ocasion de mortificar á Guillermo. Orange dirijió una mirada al ofensor, y prosiguió Bossú con el mismo acento:

—El príncipe venia acompañado únicamente de su guardia, y blandía su diestra el baston de mando, como si manejara un cetro; era tanta su majestad.

—¿Y la espada? preguntó Matías, que tomaba grande interes.

—Los generales usan la espada solamente en los momentos de peligro: el príncipe no tenia nada que temer, y hubiera creido deshonrarla tiñéndola en sangre de cobardes, añadió Bossú con dureza.

—Terrible estais, conde de Bossú, observó Guillermo de Nassau.

—La derrota se hizo general, prosiguió Bossú, sin cuidarse de la interrupcion de Guillermo; la caballería se dispersó; un corto número de infantes se acogió á Gemblours; algunos miles de cadaveres tapizan el campo de batalla; Goigni, con otros varios cabos y mas de doce mil soldados, está prisionero; y yo debo mi libertad á la rapidez de mi caballo, que me ha traido á Bruselas, y ha muerto en el atrio de este real castillo, señores. Ya sabeis cuanto ha sucedido.

El conde de Bossú se dejó caer sobre un sitial, rendido en fin á la fatiga, en tanto que los demas absortos, solo esperaban fatales nuevas de mas dolorosos desastres. Tambien percibian de vez en cuando el murmullo de la muchedumbre, y ésta se alarmaba mas con las noticias que daban los recien llegados, asegurando los unos que el príncipe era ya dueño de Gemblours, y otros que sobre Bruselas venia, no faltando quien lo pusiera á las puertas de la ciudad.

Cubierto de polvo y desarmado llegó el señor de Santaldegonde, y siguiendo los pasos de Bossú, entró tambien sin ceremonia en la cámara del archiduque, como el conde lo habia efectuado poco antes.

—¡El señor de Santaldegonde! dijo Matías, que, á falta de chamberlan, parecia desempeñar este oficio. ¡El señor de Santaldegonde en Bruselas!

Felipe cruzó una mirada de inteligencia con Orange, mirada que causó á Nassau un estremecimiento de placer: miró despues á los circunstantes con indiferencia, y dijo, sin manifestar sobresalto:

—Señores: encontrando aquí al conde de Bossú, creo inútil decir una sola palabra. Ha llegado el conde antes que yo, y todo lo sabréis de su boca.

—Hablad, repuso el archiduque, levantándose de su asiento.

V. A. sabrá ya, señor, que hemos perdido nuestro ejército.

—Lo sé; ¿pero qué ha sido de Gemblours? preguntó de nuevo Matías.

—Vuestro augusto primo está alojado en la abadía, y sus tropas en la ciudad, repuso Felipe de Marnis, con una frialdad que rayaba casi en desden.

—Poco ha resistido Gemblours, dijo Roberto de Melodun.

—Como no estabais en el ejército, señor vizconde, fué muy floja la resistencia de la caballería, que hubiérais mandado en otro caso, y Gemblours se entregó al momento, replicó Felipe de Marnis con sarcasmo.

—Si no estaba yo en el ejército, estabais vos, dijo el vizconde.

—Perdonad, vizconde, no habia llegado aún al ejército.

—Pero estabais en la ciudad, repuso Melodun ofendido.

—No mandaba en ella, y juzgo inútil perder el tiempo en vanas recriminaciones. Hemos perdido nuestro ejército, y lo que conviene es levantar otro. Esta es mi opinion, y creo que pensará lo mismo S. A. I.

—Es preciso levantar un ejército formidable, y que vos, príncipe de Orange, vayais á mandarlo en persona, dijo el archiduque Matías.

—Podrá ser que mande el ejército, particularmente si el austriaco se dirije sobre la Holanda, repuso Guillermo de Nassau con estraordinaria frialdad, y dirijiendo una mirada significativa á su amigo Santaldegonde.

—¿Y si no va sobre la Holanda, repuso el duque de Ariscot, dejaréis que la hueste enemiga tale campiñas, tome ciudades, y apenas nos deje terreno en que estar á salvo? Responded, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange.

—Señor duque: las demas provincias de los Paises Bajos españoles cuentan con valientes capitanes, vos, por ejemplo, que las defiendan: la Holanda y Zelanda solo cuentan con mi cabeza y con mi acero, y las pertenece una y otro. Por esta razon he hablado solo de las dos provincias.

—Creo, como Ariscot, dijo Matías, que no cuidais de las quince provincias restantes, por atender á aquellas dos; y esto no me parece justo.

—Señor, repuso el príncipe de Orange, quieren hacer creer á V. A. aprensiones, que no califico, pero que mucho perjudican al buen gobierno del Estado. Baste con esta breve respuesta hasta ocasion mas oportuna.

—Podra ser que viva de aprensiones, repuso picado el archiduque; pero si descuidan de algun modo los intereses generales por acudir á los de unas cuantas provincias, yo cuidaré de las demas.

—Resolucion muy acertada, repuso el príncipe de Orange.

—Y que puede V. A. poner en práctica momentáneamente, añadió Felipe de Marnis con su acento siempre sarcástico y generalmente glacial.

—¿Con qué motivo? preguntó airado el archiduque.

—Las frecuentes interrupciones no me han permitido decir, que posiblemente al amanecer de mañana verémos al príncipe Don Juan intimando la rendicion al gobernador de Bruselas.

Las palabras de Santaldegonde cayeron, como losa de plomo, sobre el archiduque y sus íntimos consejeros: Orange preguntó á Felipe con una furtiva mirada, si era cierto cuanto acababa de decir; y persuadido de que no habia la menor astucia, se sobrecogió del terror pánico que á todos los demas dominaba. Santaldegonde conservaba mas sangre fria, como libre del estupor de la sorpresa, y prosiguió, despues de haber guardado algunos minutos de silencio y ecsaminado uno por uno los semblantes.

—El pueblo de Bruselas sabe cuanto acabo de referir, y está en la plaza sobrecojido, sin aliento. Puede acercarse V. A. al alfeizar de esta ventana, y contemplará su abatimiento, su congoja, la mala disposicion en que se halla de resistir al enemigo.

El príncipe y sus consejeros se acercaron a la ventana, y vieron, con mortal desmayo, aquellos millares de cabezas inclinadas, aquellos ojos abatidos, y aquel silencio, que los asemejaba al cortejo fúnebre de un cadáver, quitandoles todo valor.

—¿Qué harémos, príncipe de Orange? preguntó temblando el archiduque, acercándose al calvinista, y casi pidiéndole proteccion.

—V. A. resolverá, repuso Guillermo de Nassau sonriendo.

—No sé que debemos hacer, murmuró el turbado archiduque.

—Que aconsejen á V. A. estos valientes capitanes, repuso Orange, señalando al duque de Ariscot y á otros nobles.

—Por mi parte, dijo Bossú, que habia vuelto de su estupor, aconsejo que defendamos bizarramente la ciudad. Esta es mi opinion.

—¡Imposible! dijo Matías. Viene con un ejército triunfante y nada podrá resistirle. Encerrarnos aquí seria poner el gobierno á disposicion de mi tio.

—¿No quiere V. A. esperar á D. Juan de Austria? preguntó Orange al archiduque, mirándolo con una espresion tan compasiva, que bien parecia de desprecio.

—De ningun modo, príncipe de Orange, permaneceré en la ciudad.

—En ese caso nos retirarémos á Amberes, dijo Guillermo de Nassau.

Por la primera vez de su vida se hallaron conformes Ariscot y Roberto de Melodun con el ambicioso Guillermo; pero en tan críticas circunstancias enmudecieron todos los odios, y dejaron mandar al que mas firme voluntad y mejor cabeza tenia.

Ariscot y el vizconde de Gante habian burlado villanamente la confianza del vencedor; y, aunque conocian muy á fondo su grandeza de alma, temian encontrarse con él. El príncipe de Orange habia hecho al austriaco y al rey todas las ofensas imaginables, y sabia que, cayendo en manos de los ejércitos españoles, le seria muy difícil conservar la calva cabeza y el calvinista corazon, cosas ambas que no debia estimar en poco.

Admitida la propuesta del príncipe de Orange por unanimidad, se mandó reforzar las guarniciones de algunas ciudades inmediatas, se confió á Bossú una parte del mando militar de Bruselas, se comunicaron las órdenes precisas para la marcha, y una hora despues el archiduque, Orange, la corte y el senado, caminaban á toda brida hácia la populosa Amberes.

CAPÍTULO V.

CUANDO MENOS SE ESPERABA.

La alarma del jóven archiduque, de Guillermo y demas magnates, no carecia de fundamento; pues el austriaco no estaba ajeno de mover el campo sobre Bruselas, habiéndolo ya consultado con los miembros del consejo de guerra. Varias fueron las opiniones, achaque comun á toda numerosa asamblea; prevaleciendo la de que seria aventurado poner sitio á una ciudad como Bruselas, contando con escasas malicias, y no siendo posible aumentarlas, por no enviar Felipe II dinero: juzgando mas ventajoso aprovechar los alegres bríos de los soldados, corriendo de un paraje á otro con las armas y la victoria, que gastarlos en las detenciones de un sitio, posiblemente estéril y dificultoso de fijo.

No estaba D. Juan muy conforme con la opinion de su consejo: creyendo que la ocupacion de Bruselas, silla del gobierno central, intimidaria á muchas ciudades, y quitaria grandes recursos á los enemigos de españa; pero queriendo aparecer dócil modificó su parecer, y mandó á Gonzaga que, escojiendo quinientos caballos y algunos regimientos de infantes, procurase tomar por sorpresa á Malinas y Lovaina, ciudades no desafectas al austriaco, y de las mas ricas é importantes de aquel floreciente país.

Octavio Gonzaga recibió el mandato del escelso príncipe con vivas muestras de gratitud; eligió los ginetes é infantes que debian componer su hueste; y, sin perder tiempo, cayó de improviso sobre Lovaina. No necesitó Octavio hacer alarde de su indisputable bravura; la ciudad se adelantó á la hueste, y, despidiendo la guarnicion escocesa que le habian puesto los Estados, se entregó á Gonzaga, recibiéndole como amigo y libertador. Ufano con tan fácil victoria, revolvió sobre Judoigni, lugar mas célebre por lo saludable de su cielo que por la fortaleza del sitio, y, á la primera intimacion, le abrió sus puertas con demostraciones de júbilo. Tillemons imitó á Judoigni; y poco despues los realistas se presentaron, con el noble orgullo de tan repetidos sucesos, ante los muros de Ariscot, plaza mas fuerte y en otro sentido imponente.

Esta plaza pertenecia al duque de este nombre; amigo primero del austriaco, cuando esperaba dominarle, y que desengañado de su error, se hizo enemigo del ilustre príncipe, y cortesano del archiduque, á quien habia encumbrado con ayuda de sus parciales y sus deudos. Octavio Gonzaga, que habia penetrado desde un principio la doble conducta del duque, le profesaba mortal odio, y veia con júbilo la ocasion de despojarle de una plaza bajo mil aspectos importantes.

El duque no se habia descuidado; una escojida guarnicion, compuesta de quinientos soldados flamencos, armados de lanzas y arcabuces, debia cuidar de su defensa. Al acercarse los realistas fueron recibidos, primero con un vivo fuego de cañon, y despues con el de los mosquetes, mas vivo y mas continuado. Ofendido Octavio Gonzaga de tan imprevista resistencia, y teniendo el mayor interés en caer pronto sobre Malinas, dividió en dos columnas sus infantes; dió el mando de la una á Mondragon, se puso al frente de la otra, espada en mano, habiendo descabalgado antes, y arengó á su pequeño ejército con razones que debian alentar al soldado por codicioso ó por valiente.

—Compañeros, dijo Gonzaga, en el discurso de tres dias hemos tomado tres ciudades, que conociendo vuestro valor han creido inútil probarlo con la resistencia: amigablemente recibidos, habeis adquirido mucha gloria, pero bien escaso botin. Hoy es, compañeros, el cuarto dia de una felicísima campaña; Ariscot la cuarta ciudad que se nos presenta, y la única que ha osado hasta ahora resistirnos. ¿Retrocederémos, por ventura, ante sus murallas? No, soldados. Esta ciudad, que nos resiste, pertenece al duque de su nombre; á ese magnate desagradecido é imprudente, que á manera de can rabioso muerde la mano que le acaricia; esclavo infame, que escupe el rostro de su dueño. Compañeros, Ariscot es rica, y defendiéndose, nos ofrece rico botin. Un valiente español, Mondragon, combatirá al frente de los italianos; yo combatiré al frente de los españoles; verémos quien ciñe la gloriosa corona mural.

Dijo Gonzaga; y, dando él ejemplo, se adelantó el primero al muro: una copiosa lluvia de balas cayó á sus piés; pero el guerrero no detuvo un instante su marcha; los españoles: ebrios de gloria, le siguieron, formando una especie de manta con sus acerados escudos, al mismo tiempo que Mondragon, al frente de los italianos, bizarramente acometia. El general descendió al foso y aplicó una escala; los españoles le imitaron: Mondragon, ilustre en cien batallas, no retrocedió ante la metralla, y pocos momentos despues Octavio Gonzaga era el primero que tremolaba sobre el muro el estandarte de Castilla, en ambos mundos respetado.

Los soldados del duque de Ariscot resistieron á Octavio Gonzaga y al corto número de españoles que habian logrado subir al muro; pero sobreviniendo Mondragon con los italianos, que anhelaban tener tambien parte en la victoria, huyeron aterrorizados, poniendo su salud en la fuga, y dando el cuello á los aceros enemigos. Gonzaga quiso dar entonces una prueba de justo rigor, y entregó la ciudad á saco; pero, piadoso al mismo tiempo, salvó el honor de las mujeres y la vida de los ciudadanos, castigados bastantemente con el despojo que sufrian y el terror que los abrumaba.

Una noche durmió Gonzaga en el palacio de Ariscot, despojado por la soldadesca de sus mas ricos ornamentos. Bajo sus dorados artesones tuvo magníficos ensueños; dormia sobre frescos laureles y en la casa de su enemigo. Estaba satisfecho su orgullo; habia cumplido su venganza, y era digno de la confianza que le habia dispensado el gobernador general.

Al dia siguiente, y antes que alumbrara la aurora, caminaban los vencedores hácia Malinas: gozoso Octavio, porque sabia que estaba en Malinas Enriqueta, y gozosos tambien los soldados, porque esperaban encontrar mas rico botin. Al amanecer divisaron la torre de la catedral; inmensa mole, como hemos dicho, de trescientos cuarenta y ocho piés de altura, y la saludaron con un grito, como los marinos de Colon á la tierra del nuevo mundo. Por impulso propio, los soldados apresuraron mas la marcha; y por órden del general, se adelantó Cristóbal Mondragon con un buen golpe de caballos, ya para esplorar el terreno, ya para hacer un pequeño alarde á la vista de la ciudad, y conocer si sus habitantes estaban prontos á recibirlos, ó si opondrian por el contrario una obstinada resistencia: lo que contrariaria fuertemente las resoluciones de Gonzaga.

A una milla de la ciudad se encontraron los capitanes: Mondragon con cuatro ginetes habia llegado hasta la puerta de la ciudad.

—¿Quién sois? le preguntó un formidable veterano, á quien todos obedecian y miraban con particular veneracion, por su valor y su presencia.

—Cristóbal Mondragon, respondió el valiente español con firmeza.

—Es muy conocido vuestro nombre de cuantos ciñen una espada.

—De los enemigos de mi rey, de mi Dios y de mi país.

—Adelante. ¿Qué teneis que decirnos? preguntó el adusto guerrero.

—A vos, quizás nada; pero sí á otro que se encuentra dentro de los muros.

—¿Pues á quién deseais hablar, caballero? volvió á preguntar el veterano.

—Al gobernador de Malinas, repuso Mondragon rudamente.

—Me llamo Remy de Halut, y soy el gobernador de esta ciudad por el rey y por los Estados, replicó el flamenco, saludando al cabo español.

Cristóbal Mondragon saludó profundamente al veterano, y dijo:

—Tambien vuestro nombre es muy conocido, caballero.

—He servido al emperador contra el francés y los herejes, repuso Remy.

—Y ahora serviréis á su hijo Felipe II, rey de España.

—Lo estoy sirviendo, caballero, repuso el flamenco con dulzura.

—Si le servis, obedeceréis las órdenes que dicta el gobernador D. Juan de Austria, dijo el valiente Mondragon, con su inflecsible lógica militar.

El curtido rostro de Remy se coloreó ligeramente, y respondió tartamudeando, como hombre que se ve atacado bruscamente en sus trincheras.

—Perdemos el tiempo, caballero. ¿Qué teneis que decirme?

—En nombre de S. M. el rey D. Felipe II, de S. A. el gobernador general D. Juan de Austria, y de Octavio Gonzaga, maestre de campo general de la hueste que se aprocsima, os intimo nos entregueis esta plaza que custodiais y que no podeis defender contra su legítimo señor.

—En nombre de S. M. el rey D. Felipe II, de S. A. el gobernador general D. Juan de Austria y de los Estados generales la tengo: sin desacato de ninguno la conservaré, Mondragon.

—Vuestro proceder, caballero, es una traicion. ¿Me entendeis?

—¿Traidor yo? esclamó el honrado flamenco..... Pero dejemos discusiones. ¿Me habeis dicho que ¡ue Octavio Gonzaga manda la hueste?

—Y lo repito, repuso Mondragon, poco satisfecho de la respuesta de Remy.

—Pues referid á Octavio Gonzaga lo que oiréis ahora de mis labios. Remy de Halut manda en Malinas; tiene tres mil soldados bajo sus órdenes, provisiones y artillería, respeta al rey Felipe II, ama á D. Juan de Austria, y cree que su honor le prohibe entregar la ciudad.

—¿Así contestais? preguntó el castellano con enojo.

—Así contesto, repuso el flamenco con perfecta tranquilidad.

—El ejército se adelantará, y dirán los tercios castellanos....

—No procuréis intimidarme. Contad á Gonzaga cuanto os acabo de decir, y el cielo os guarde, caballero. Perjudicará que prolonguemos esta discusion.

Remy de Halut saludó al castellano, y éste se alejó admirando la noble energía del gobernador de Malinas, á quien amaba como á soldado.

Cuando se encontró con Gonzaga, le refirió minuciosamente el diálogo que habia tenido con Remy de Halut; y el maestre de campo general, que conocia bien el carácter del soldado de Cárlos V, temió mucho no poder dar cima á su siempre arriesgada empresa. Octavio Gonzaga supo tambien, por labradores de las cercanías, que el dia antes habia llegado de Bruselas un considerable refuerzo; y temiendo perder temerario lo que habia ganado prudente, se adelantó hasta media milla de la ciudad, mandando establecer los reales en el sitio que mas á propósito pareció á tan espertos capitanes.

La procsimidad de la hueste no produjo muy viva alarma en los habitantes de Malinas. Sabian unos, que mas valiente que numerosa, poco podria emprender contra una plaza bien artillada y defendida por numerosa guarnicion; y contaban todos con la firmeza del gobernador Remy de Halut. Aunque no era grande la alarma, todos hablaban sin embargo de la llegada del ejército y del general que lo mandaba; pues en los pocos dias que Octavio estuvo en Malinas con el príncipe, se hizo notar por su apostura y familiares galanteos.

Indeciso estaba Gonzaga, no sabiendo si retirarse, si avanzar ó si pedir refuerzos al príncipe, cuando se presentó en el campo y á su presencia un mensajero, cuyas facciones recordaba, portador de un billete, cerrado con lacre y ricamente perfumado. Rompió el nema con ansiedad y leyó estas pocas palabras:

"No sé si un general prudente deberá esponerse hasta el estremo de acercarse á la media noche á las murallas de Malinas; pero sí sé que en el convento de San Alejo ecsiste una mujer, que daria la mitad de su alma por tener la dicha de hablarle."

Tomó Octavio una pluma, y escribió en el interior del nema:

"No sé si un general prudente deberá esponerse hasta el estremo de acercarse á la media noche á las murallas de Malinas; pero sí sé que un amante volará esta noche al convento de San Alejo, para tener la dicha de ver á la hermosa mitad de su alma."

Gonzaga entregó la respuesta al mensajero, preguntandole antes, ya que no le era enteramente fácil la memoria:

—¿Quién sois?

—El portero de San Alejo, á quien dísteis en una ocasion dos florines.

—Bien decia yo, repuso Octavio propenso á tener buen humor, que no desconocia esa cara. Toma, pues, otros dos florines, que aun conservan los soldados del rey algun oro para sus amigos.

El portero tomó las monedas y se alejó, dándose parabienes por una mision nada peligrosa, que le habia valido dos propinas.

Una hora antes de anochecer, todas las murallas de Malinas, que daban al campo español, aparecieron coronadas de un gran número de curiosos, que contemplaban el espectáculo de un puñado de sitiadores al frente de una gran ciudad: los castellanos por su parte tambien miraban con codicia los muros, que encerraban ricos tesoros; y muchos pedian á media voz que los llevaran al asalto. Gonzaga y Mondragon, valientes y fogosos ambos, tenian que refrenar sus ímpetus para no dejarse arrastrar del espíritu de los soldados, cuando las sombras de la noche envolvieron en su negro manto á sitiados y sitiadores; figuras de linterna mágica, que fueron perdiendo poco á poco forma, color y movimiento.

CAPÍTULO VI.

SEIS MESES.

A la media noche, algunos bultos vagaban envueltos en capas y protejidos por las sombras alrededor de las murallas de Malinas, en tanto que un solo embozado se desprendia del campamento, cruzaba la corta distancia que le separaba de los arrabales de la ciudad, y se dirijia al convento de San Alejo, procurando evitar el encuentro de los misteriosos fantasmas que lo evitaron á su vez. Por un favor de la Providencia, ó protejido por esa deidad invisible, que personificaron los gentiles y á quien sacrifican los cristianos, llegó Octavio á la portería, sin el mas leve tropiezo, lo que hubiera sentido en el alma en su cualidad de general, y se encontró en ella al portero, que le recibió como se recibe á todo amante generoso; cualidad precisa en todo amante, para ser servido, ya que no fiel, medianamente.

—Puntual habeis sido, señor, dijo el portero saludando.

—¿Y adónde debo dirijirme? preguntó Gonzaga, que no debia perder un instante.

—A la celda de la superiora. Ya sabeis que está á la subida de la escalera.

—¿Debo llamar, ó esperar á que buenamente me reciban?

—Os están aguardando, señor, hace lo menos media hora.

Gonzaga entregó dos florines, segun su costumbre, al portero, y se alejó con rapidez. Apenas hubo entrado Gonzaga, cuando se acercó otro embozado y preguntó al portero con aire de buena inteligencia:

—¿Era él?

—El era, respondió el portero, y el embozado se perdió en un bosquecillo de álamos blancos, poco distante de la portería del convento.

Llegó otro tercer embozado, y dirijiéndose tambien al portero le preguntó con el mismo aire de cordial y buena inteligencia:

—¿Ha llegado ya?

—Ya ha llegado, repuso el honrado portero, que al parecer habia vendido por varios lados su secreto.

El tercer embozado tomó direccion opuesta al segundo, ocultándose á los pocos pasos con un ángulo del edificio.

Gonzaga subió le escalera, alumbrada por un farol mas radiante que de costumbre, é inmediatamente llegó á la puerta del palacio abacial. Una doncella de Enriqueta le estaba esperando en el dintel, y precediéndole, le condujo á la cámara de Ana María; cámara que hemos visitado otras veces, y en la que entramos por lo tanto con una entera confianza.

—¡Gonzaga! esclamó una mujer al verlo entrar, corriendo á su encuentro como en actitud de abrazarle y retrocediendo avergonzada, porque al primer ímpetu de amante habia sucedido el pudor.

—¡Enriqueta! repuso Octavio cojiendo la mano de la jóven, y besándola con el delirio de un amor por largo tiempo comprimido bajo la brillante armadura.

—¡Qué feliz soy, Octavio mio! esclamó Enriqueta llorando.

—Muy feliz soy, hermosa Enriqueta, repuso Octavio muy enternecido tambien.

—Ha transcurrido medio año sin verte. ¿Sabes tú lo que es medio año?

—Lo he contado, hermosa, dia por dia; y si no me hubiera entretenido un tanto con los azares de la guerra, me hubiera muerto de pesar.

—¿Te has entretenido con la guerra? preguntó Enriqueta admirada

—Es la diversion mas barata que puede tener un caballero.

¡Cuántas cosas tengo que decirte! ¡Cuántas cosas te voy á contar!

—Dichosa tú, repuso Gonzaga con su inagotable buen humor.

—¿Por qué soy dichosa? preguntó Enriqueta dando importancia á las palabras de su amante.

—Porque tienes tanto que decirme, y me entretendrás mucho tiempo.

—¿Y tú no tienes nada que contarme, despues de seis eternos meses?

—Yo, Enriqueta, solo puedo decirte una cosa, que no debes haber olvidado.

—¿Cuál? dijo Enriqueta con interes y vivísima curiosidad.

—Que te amo, repuso Gonzaga, estrechando la pequeña mano de la jóven.

—Pues eso mismo puedo yo decirte, ni mas ni menos.

—¿Y las tantas cosas de que me hablabas, qué se han hecho?

—Muchas cosas son: repetir un millon de veces que te amo.

Octavio no respondió á la hermosa; pero la contempló atentamente, en amoroso parasismo, de una manera que mas qué mil palabras decia.

—¿Qué miras, Octavio? preguntó Enriqueta con amor.

—Tu rostro, mas hermoso mil y mil veces que el de las vírgenes de Rafael; tus ojos, Enriqueta; tus ojos azules, con azul de cielo, pero ardientes como los rayos que lanza el sol en su cenit.

—Mis ojos .... tartamudeó la hermosa flamenca.

—Tus ojos, Enriqueta, me vuelven loco, lo confieso. Te pido, por Dios que no me mires, ó á lo menos no me mires de esa manera, porque perderé la razon.

—Mucho tiempo he estado, Gonzaga, sin mirarte.

—Tienes razon, hermosa mia, y aun mucho tiempo sin escribirme.

—Estando en Bruselas me era imposible; y no pudiendo vivir sin tener nuevas tuyas, sin darlelas y sin libarme del férreo yugo....

—¿De qué yugo? preguntó el caballero con estraordinaria sorpresa.

—Este es un secreto, Gonzaga. Un secreto que no te puedo revelar.

—¿Tienes secretos para mí? ¿No sabes, Enriqueta, que un secreto, obstinadamente guardado, es capaz de asesinar á un amante ó de acabar con su amor?

—No, no quiero guardar secretos; pero, Octavio....

—¿Qué temes, Enriqueta, qué temes? ¿Por qué no te atreves á decirme....

—¿Has oido nombrar, Octavio mio, al *Aventurero?*

—Sí: en la ciudadela de Namur se hablaba mucho de ese misterioso *Aventurero;* y ¡vive Dios! que segun contaban, era un demonio del infierno.

—Era un genio, Octavio, era un genio, no sé si del bien ó del mal. Bajo las facciones de un niño ocultaba un alma de leon, inteligente é indomable. Los magnates mas poderosos mendigaban su proteccion: su voto decidia las cuestiones mas importantes, y aun se cuenta, que en las bacanales de Amberes estuvo tres dias enteros sin comer, y dos largas noches sin dormir, ocupando siempre el mismo sitio. ¿Es verdad que esto es superior á las fuerzas de un simple mortal?

—Milagros se cuentan de ese jóven, repuso Gonzaga, que iba tomando algun interés en la historia; pero no adivino qué tenga contigo de comun.

—El *Aventurero* tenia, Gonzaga, íntima amistad con mi hermano.

—Llegó tambien á mi noticia la amistad del baron de Hesse con el enemigo de D. Juan, y no estrañé que un *Aventurero*, sin nombre, trabara amistad con un traidor.

—Iba á mi casa con frecuencia.... añadió la hermosa Enriqueta, procurando olvidar las duras palabras de su amante.

—¿Iba á tu casa? preguntó Gonzaga celoso, ó por lo menos no tranquilo.

—Y una mañana, que no estaba en ella mi hermano....

—¿Qué, Enriqueta? volvió á preguntar el caballero.

—Me habló de amor, Octavio mio, repuso la jóven con dulzura.

—¿Qué has dicho, Enriqueta, qué has dicho? ¿El *Aventurero* te habló de amor?

—No te ofendas, por Dios, Octavio: me habló de amor el *Aventurero*, pero rechacé sus palabras con un altanero desden, como debia hacerlo quien te adora.

—¿Entonces? preguntó Gonzaga, satisfecho con la respuesta de la jóven.

—Insistió, repuso Enriqueta, con dulzura y tranquilidad.

—¿Y tú, Enriqueta, qué hiciste viendo su importuna pretension?

—Procuré disuadirle de su intento con palabras menos esquivas. Entonces me dijo: "Señora, sé que amais á Octavio Gonzaga, y ese amor es la sola causa de vuestro desden hácia mí."

Octavio se manifestó tan sobrecojido al oir las palabras de Enriqueta, como se habia mostrado ésta oyéndolas en boca del misterioso *Aventurero.* La hermana del baron de Hesse miró tiernamente á su amante, y prosiguió, siempre tranquila y cariñosa:

—¿Recuerdas, Octavio, el sarao de las casas consistoriales, tan bruscamente interrumpido por los revoltosos de Bruselas?

—¿No he de recordarlo, amor mio? Aquella noche, al fulgor de cien y cien antorchas, al suave ruido de los concertados instrumentos, entre una atmósfera impregnada con el perfume de las flores, te hablé de amor la primera vez, Enriqueta; te hablé de amor y puse mi suerte en tus labios. ¿No he de recordar una noche que ha decidido la felicidad de mi vida?

—Noche de dulces y á la par violentas emociones. ¡Cómo latia mi corazon, luchando por salir del pecho para confundirse con el tuyo! ¡Qué noche, Gonzaga; qué noche de inquietud, sufrimiento y placer!

—¿La recuerdas? preguntó el caballero con pasion.

—No he de recordarla! En ella empecé á ecsistir, Octavio mio: habia estado dormida hasta entonces, y de improviso desperté. ¡Qué hermoso despertar, Gonzaga! ¡Qué sensaciones desconocidas! ¡Qué nuevos deseos! ¡qué delirio!

Viviendo en el mundo ideal de un amor ardiente y sin límites; en ese mundo mas hermoso que el Eden de los musulmanes, mas encantado que los bellos jardines de Armida; en ese mundo que apenas concibe el pensamiento, que los sentidos jamás tocan; mundo cuyo mérito consiste en no poder verse realizado, olvidaron al *Aventurero* algunos instantes, y Enriqueta le habia olvidado ya del todo; pero Gonzaga tenia curiosidad y celos, dos incentivos muy poderosos para adormecerlos de una vez, y preguntó:

¿El *Aventurero*? Hablamos del *Aventurero*, Enriqueta.

—El *Aventurero*, repuso Enriqueta con la misma ecsaltacion: el *Aventurero* oyó todo cuanto dijimos, y retuvo nuestras mas sencillas palabras.

—¿Es posible? ¿El *Aventurero* recuerda nuestras primeras frases de amor?

—Sí, Octavio: me ha repetido algunas de ellas, y las recuerda como yo.

—¿Para qué, Enriqueta, te repitió el *Aventurero* esas palabras?

—Para probarme que conocia nuestros amores.

Octavio meditó un momento, organizando algunas ideas; y frunciendo el ceño, con impaciencia é inquietud, preguntó á su amada:

—¿El *Aventurero* estuvo en el sarao del palacio municipal?

—Sí, Octavio, repuso la jóven, dando crédito á la aseveracion de Enrique.

—¿Es muy jóven? preguntó Gonzaga, aclarando un poco sus ideas.

—Quince años apenas, Octavio mio, y bien lo confirma su rostro.

—¿Mediana estatura, ojos rasgados y talle esbelto?

—Mediana estatura, talle esbelto y ojos rasgados, repuso Enriqueta de Horn.

—El *Aventurero* es el paje, dijo Gonzaga estremeciéndose.

—No comprendo, Octavio... murmuró la hermosa flamenca.

—Enriqueta, ¿qué te dijo el *Aventurero?* preguntó Gonzaga con inesplicable ansiedad.

—Me propuso al fin su amistad: amistad íntima y permanente.

—¿Y la aceptaste? dijo Gonzaga, mas agitado cada vez.

—La acepté, tartamudeó Enriqueta, temiendo el enojo del que tanto amaba.

—¿Tú has aceptado la amistad de un hombre, Enriqueta? esclamó Gonzaga furioso.

—No me condenes sin oirme: escúchame algunos instantes...

—Habla, pues, Enriqueta, y no tardes, porque la impaciencia me mata.

—Ecsijió mi amistad, como pago del secreto que poseia.

—¿De qué secreto? volvió á preguntar el caballero.

—Del secreto de nuestro amor, Octavio mio: del secreto que habia sorprendido en el baile.

—¿Y esa amistad?.... insistió Gonzaga aguijoneado por sus celos.

—Debia ser íntima, muy íntima; ó mejor dicho, muy penosa.

—Habla, por Dios, y habla de una vez, si no quieres volverme loco.

—Voy á esplicarte las condiciones, usando sus mismas palabras. "De hoy en adelante, dijo el jóven, se confundirán nuestros pensamientos, como "se confunden las olas al encontrarse en alta mar." Esto dijo solemnemente.

—Prosigue, murmuró Gonzaga prestando profunda atencion.

—Despues añadió: "Nada obrarémos estando "juntos, sin darnos minuciosa cuenta," y su acento era cada vez mas solemne y majestuosamente aterrador.

—Prosigue, prosigue, Enriqueta, murmuró de nuevo Gonzaga.

—Juramos cumplir ecsactamente estas condiciones, Octavio; y yo conocí poco despues, que me era imposible observarlas. Necesitaba, Octavio, escribirte, abriéndote mi corazon; y era imposible que yo manifestara á nadie lo que solo tú debias saber, Octavio mio. Queriendo romper el férreo yugo, sin ser perjura, aproveché el primer momento favorable, la ausencia del *Aventurero*, y vine á encerrarme en este claustro, para pensar libremente en tí, para escribirte y para que ahora me perdones un imprudente juramento, arrancado en tan crítica situacion.

—¿Y desde que estás en San Alejo, has recibido carta ó visita del *Aventurero?*

—Ninguna, repuso Enriqueta libre ya del peso que la habia agobiado hasta entonces.

—Estás perdonada, Enriqueta, dijo Gonzaga tendiendo su mano á la hermosa.

La jóven, radiante de júbilo, estrechó la mano de Gonzaga, en tanto que se entregaba éste á profundas meditaciones. Recordaba, en primer lugar, al lindo paje que habia servido al gobernador general en el banquete del 18 de Mayo, que lo habia seguido al salon y sido su sombra. Es verdad, que en la conducta del jóven paje mas bien se descubria aficion que odio al príncipe, y por el contrario el *Aventurero* se habia presentado y conducido como el enemigo mas furioso del hermano de Felipe II. La contradiccion era grande, pero mayores las presenta el mudable corazon humano. En segundo lugar pensaba Octavio que la conducta del *Aventurero* respecto á Enriqueta, podia esplicarse sin necesidad de acudir á un violento amor. Sabia el niño que la hermana del baron de Hesse amaba

á un amigo del príncipe: comprendia que viviendo en la casa del mas constante conspirador, podia sorprender algunos secretos y comunicarlos á su amante: para prevenir esta contingencia se presentaban dos caminos, seducirla y comprometerla. El misterioso *Aventurero* tentó el uno con adversa fortuna; y como discreto negociador, se decidió al punto por el otro, sin desconcertarse un momento. Ausente la jóven de Bruselas, desaparecieron los peligros, y así se esplicaba el silencio que el *Aventurero* guardaba. Identificadas las personas y persuadido Octavio Gonzaga de que el paje y *Aventurero* eran uno mismo se aumentaba mas su inquietud, pues en el momento de salir de Gemblours habia visto, en una ventana del parador del célebre *Pico de Oro*, al paje, que con la mano en la mejilla, miraba desfilar la hueste. ¿Qué buscaba el paje en Gemblours? Esta pregunta se hacia Octavio, sin poder responderse á ella no sabiendo, como nosotros, que el *Aventurero*, el paje y María, eran una misma persona.

La larga meditacion de Octavio ofendia á la hermosa Enriqueta; y con tono de reconvencion, muy justa en verdad, pues el mayor crímen que puede cometer un amante es distraerse en la presencia de su amada, le dijo:

—Octavio, ¿no piensas en mí? ¿Te fastidia ya mi presencia?

—Perdóname, hermosa Enriqueta, no he podido dominar una idea, y te he robado algunos minutos, ahora que tenemos tan pocos. Perdóname, repito, perdóname, te he robado algunos minutos, pero soy tuyo eternamente.

—Mio eternamente, dijo Enriqueta, lanzando un amargo suspiro; mio eternamente, y de aquí á unos cuantos minutos nos separarémos, Octavio, para no reunirnos quizá. ¿Es verdad que de aquí á unos minutos nos separarémos para no reunirnos quizás?

Octavio echó una mirada á los objetos que le rodeaban, y escuchó despues la campana del reloj de Malinas, que daba las dos. Suspiró Gonzaga á su vez, y dijo con melancólica sonrisa, dulce espresion de su dolor:

—Enriqueta, tienes razon. Para tener la dicha de hablarte he faltado á todos los deberes de un general, abandonado el campo en presencia de una ciudad que me rechaza, y de una numerosa guarnicion, que puede ahora mismo acometerlo: permanecer mas á tu lado, seria hacer traicion á la causa que he jurado defender, y estoy obligado á dejarte

—¡Octavio! murmuró Enriqueta turbia en llanto las pupilas.

—¿No crees, Enriqueta, que mi alma te pertenece enteramente?

—Si no lo creyera, Gonzaga, ya hubiera muerto de dolor. Pero separarnos tan pronto sin esperanza de vernos mañana ó pasado; quizás en seis meses como ahora. Mas estoy loca. ¿Tú has venido con un ejército?

—Sí, Enriqueta, he venido con un ejército, lugarteniente de D. Juan.

—¿Vienes á ocupar á Malinas? preguntó Enriqueta con júbilo.

—Sí, repuso el valiente guerrero con solemne acento.

—¿Y la ocuparás mañana mismo? volvió á preguntar Enriqueta.

Octavio meció la cabeza en ademan de amarga duda: Enriqueta prosiguió diciendo con un vivísimo entusiasmo:

—El rey te ha confiado su hueste para que sometas á su imperio una ciudad que lo rechaza; tú debes, Octavio, cumplir las órdenes del soberano, y debes tomar á Malinas, porque yo lo quiero:

—Enriqueta, murmuró Gonzaga con un acento inesplicable.

—Eres valiente, Octavio mio, todos te conceden un valor que raya en la temeridad: no seas hoy prudente; acomete y triunfa, que mis manos te preparan ya la corona. Acomete y triunfa, Gonzaga, te lo suplica una mujer.

No necesitaba Gonzaga un estímulo tan poderoso para acometer las empresas mas arriesgadas, y, sin embargo, retrocedia ante la posibilidad de perder su hueste, y dejar á D. Juan de Austria comprometido en una campaña comenzada bajo tan felices auspicios, pero que podria malograrse con un imprevisto revés. Estas poderosas razones debilitaban su entusiasmo, y ponian freno á su heróico arrojo marcial.

—¿Atacarás, mañana, Octavio? preguntó Enriqueta.

—Lo consultaré, repuso Gonzaga, avergonzándose de dar semejante respuesta.

—¿No condesciendes á mis ruegos? ¿Mis súplicas no valen nada?

—Por Dios, Enriqueta, por Dios: por tí me arrojaria á las llamas; no me hagas llorar toda mi vida una irremediable imprudencia.

—¡Siempre separados, Gonzaga! esclamó Enriqueta llorando.

—Llegará el dia que nos unamos para no separarnos jamás.

—¿Unidos siempre? ¡Oh! Dios mio, que suprema felicidad.

—Sí, Enriqueta, has hecho un milagro, hermosa mia. Yo, soldado desde que nací, desechaba con altivez todo vínculo, y ahora deseo un lazo que jamás se afloje; un lazo que dure, á lo menos, tanto como mi vida; un lazo....

—¿Qué lazo? preguntó Enriqueta, partiendo el entusiasmo de su amante.

—El que debe unirnos al pié del altar, Enriqueta.

Un vivo carmin tiñó al punto las frescas mejillas de la jóven, y se movieron sus rosados labios sin articular ningun sonido.

—¿Me amas, Enriqueta? dijo el bizarro caballero.

—Te amo, repuso únicamente la hermana del baron de Hesse.

—Permíteme que sienta latir tu tierno corazon sobre el mio, y que me bañe con tu aliento. Bien merece tan dulce premio un casto é inestinguible amor.

Enriqueta se precipitó en los brazos de Octavio Gonzaga, y un beso, casto y virginal, resonó como el que da una madre al niño dormido en la cuna. Al amoroso beso respondió un suspiro ahogado; los amantes se desprendieron sorprendidos, y ambos fijaron sus miradas en un ambulante esqueleto, en la abadesa Ana María, que lentamente se acercaba.

Enriqueta se cubrió el rostro con las manos para ocultar así su rubor; retrocedió Gonzaga algunos pasos, admirado de una mudanza tan estraordinaria y repentina, y la prelada prosiguió acercándose á la interesante pareja:

—Aparta las manos del rostro, Enriqueta, dijo Ana María con voz cansada, eres pura como los ángeles, y no está en tu frente la mancha que ha robado á la mia el color; no huyais de mí, Octavio Gonzaga, soy un esqueleto como veis, pero no un cadáver ni una sombra.

—Señora.... murmuró Gonzaga acercándose á la abadesa.

—¿Me desconoceis? le preguntó tristemente la enferma prelada.

—Habeis cambiado lastimosamente, señora, en un corto espacio de tiempo.

—Seis meses de vergüenza son muchos para una mujer bien nacida; seis meses de desprecio matan á una mujer de corazon. Sé, Octavio, cuanto hicisteis por mí, y he venido á daros las gracias: sed siempre, Gonzaga, fiel y cumplido caballero, y no tendréis que bajar la frente ante ningun hombre, como ante vos Felipe de Marnis.

Para pronunciar este nombre tuvo que hacer Ana María un violento esfuerzo y que apoyarse en el respaldo de un sitial: despues de haberlo pronunciado, saludó á Octavio con la cabeza, y desapareció tras la cortina que la dió paso poco antes.

—Adios, Enriqueta, dijo Gonzaga tristemente despues de llevar á sus labios la blanca mano de la hermosa y de enjugar algunas lágrimas.

—Adios, Octavio, murmuró Enriqueta, y se separaron los amantes sin proferir otra palabra; tanto les habia sorprendido y al mismo tiempo contristado la aparicion de Ana María.

CAPÍTULO VII.

EL FAVOR DE UN ENEMIGO.

Preocupado salió Gonzaga de la celda de la abadesa, y era difícil no precipitarse viendo á aquella mujer moribunda al tósigo de la vergüenza; preocupándose tanto mas Octavio, cuanto que en su vida aventurera habia cometido, sino infamias, algunos deslices que pesaban sobre su conciencia.

Bajó la escalera del convento con la lentitud que es consiguiente á una profunda melancolía, atravesó el atrio y salió de la portería, sin hacer caso del saludo afable y respetuoso al mismo tiempo que el portero le dirijió. Muy pocos pasos habia dado, y aun rechinaba sobre sus goznes la pesada puerta del convento, cuando le atajó un embozado diciéndole con voz desapacible:

—Entregad la espada, caballero.

Esta pregunta hecha á tales horas, en tan escusado lugar y al pié del muro de una plaza amenazada por un ejército, podia anunciar varios peligros, y siempre ecsijia una respuesta dada con la punta del acero. No era Octavio Gonzaga novicio en esta especie de sorpresas, y considerando que su enemigo vendria dispuesto de antemano para atravesarle de una estocada al mas leve ademan de defensa, se echó atras con tanta rapidez, que cuando la espada del contrario buscó el camino de su pecho, ya tenia en la mano la suya y paró el golpe con notable tranquilidad.

Cruzado acero con acero y batallando hombre con hombre, juzgaba Octavio la partida muy inclinada á su favor, por mas que hallara en su antagonista un competidor diestro, y mas que diestro vigoroso. Este combate se iba prolongando mucho mas que á Octavio convenia, pues la salud del maestre de campo general solo estaba en el vencimiento, pudiéndole dañar muchísimo la llegada de otras personas. Dispuesto Gonzaga á terminarlo, paró una furiosa estocada que le dirijió su enemigo, y aprovechando este incidente, por el cual el otro se descubria, se fué á fondo con tal violencia, que muy pronto tocó su diestra el pecho del competidor.

Un grito de triunfo dió Gonzaga; pero fué su júbilo fugaz, pues inmediatamente notó que lejos de penetrar su espada, habia chocado con una bruñida armadura, enroscándose sin romperse, merced al temple delicado que las aguas del Tajo dan á las buenas hojas de Toledo. Gonzaga y su competidor se apartaron al mismo tiempo para proseguir el combate; pero al cruzarse las espadas se encontraron tres hojas reunidas, combatiendo otro personaje en defensa del agresor.

En cuidado habia puesto á Octavio tener que lidiar con un hombre vestido de acero mientras él solo oponia á sus estocadas un rico coleto bordado: magnífico traje de amor; pero malísimo al mismo tiempo para habérselas á cintarazos, á mandobles y cuchilladas, y al ver cómo se multiplicaba el número de sus adversarios, no tembló, porque un valiente nunca tiembla; pero mas lidiaba á la verdad para morir bizarramente que para salir vencedor. A pesar de su heróico esfuerzo, se iba batiendo en retirada cuando oyó una voz que le decia:

—Animo, caballero, ánimo; voy á igualaros la partida.

No se hizo esperar el socorro, una espada de siete palmos se cruzó con las otras tres, manejada por un brazo armado y potente.

Luchando cuatro, era natural que se dividieran, y por un capricho de la suerte el recien llegado quedó lidiando con el primer antagonista de Gonzaga, y éste con el segundo paladin. El combate era encarnizado, pero Octavio habia ganado en el arreglo, y acosaba terriblemente á su adversario, que menos diestro y menos robusto, apenas podia parar sus golpes. Gonzaga redobló su empuje, y aunque escarmentado, se fué á fondo segunda vez, respondiendo á su fiera estocada un "muerto

á un amigo del príncipe: comprendia que viviendo en la casa del mas constante conspirador, podia sorprender algunos secretos y comunicarlos á su amante: para prevenir esta contingencia se presentaban dos caminos, seducirla y comprometerla. El misterioso *Aventurero* tentó el uno con adversa fortuna; y como discreto negociador, se decidió al punto por el otro, sin desconcertarse un momento. Ausente la jóven de Bruselas, desaparecieron los peligros, y así se esplicaba el silencio que el *Aventurero* guardaba. Identificadas las personas y persuadido Octavio Gonzaga de que el paje y *Aventurero* eran uno mismo se aumentaba mas su inquietud, pues en el momento de salir de Gemblours habia visto, en una ventana del parador del célebre *Pico de Oro*, al paje, que con la mano en la mejilla, miraba desfilar la hueste. ¿Qué buscaba el paje en Gemblours? Esta pregunta se hacia Octavio, sin poder responderse á ella no sabiendo, como nosotros, que el *Aventurero*, el paje y María, eran una misma persona.

La larga meditacion de Octavio ofendia á la hermosa Enriqueta; y con tono de reconvencion, muy justa en verdad, pues el mayor crímen que puede cometer un amante es distraerse en la presencia de su amada, le dijo:

—Octavio, ¿no piensas en mí? ¿Te fastidia ya mi presencia?

—Perdóname, hermosa Enriqueta, no he podido dominar una idea, y te he robado algunos minutos, ahora que tenemos tan pocos. Perdóname, repito, perdóname, te he robado algunos minutos, pero soy tuyo eternamente.

—Mio eternamente, dijo Enriqueta, lanzando un amargo suspiro; mio eternamente, y de aquí á unos cuantos minutos nos separarémos, Octavio, para no reunirnos quizá. ¿Es verdad que de aquí á unos minutos nos separarémos para no reunirnos quizás?

Octavio echó una mirada á los objetos que le rodeaban, y escuchó despues la campana del reloj de Malinas, que daba las dos. Suspiró Gonzaga á su vez, y dijo con melancólica sonrisa, dulce espresion de su dolor:

—Enriqueta, tienes razon. Para tener la dicha de hablarte he faltado á todos los deberes de un general, abandonado el campo en presencia de una ciudad que me rechaza, y de una numerosa guarnicion, que puede ahora mismo acometerlo: permanecer mas á tu lado, seria hacer traicion á la causa que he jurado defender, y estoy obligado á dejarte

—¡Octavio! murmuró Enriqueta turbia en llanto las pupilas.

—¿No crees, Enriqueta, que mi alma te pertenece enteramente?

—Si no lo creyera, Gonzaga, ya hubiera muerto de dolor. Pero separarnos tan pronto sin esperanza de vernos mañana ó pasado; quizás en seis meses como ahora. Mas estoy loca. ¿Tú has venido con un ejército?

—Sí, Enriqueta, he venido con un ejército, lugarteniente de D. Juan.

—¿Vienes á ocupar á Malinas? preguntó Enriqueta con júbilo.

—Sí, repuso el valiente guerrero con solemne acento.

—¿Y la ocuparás mañana mismo? volvió á preguntar Enriqueta.

Octavio meció la cabeza en ademan de amarga duda: Enriqueta prosiguió diciendo con un vivísimo entusiasmo:

—El rey te ha confiado su hueste para que sometas á su imperio una ciudad que lo rechaza; tú debes, Octavio, cumplir las órdenes del soberano, y debes tomar á Malinas, porque yo lo quiero:

—Enriqueta, murmuró Gonzaga con un acento inesplicable.

—Eres valiente, Octavio mio, todos te conceden un valor que raya en la temeridad: no seas hoy prudente; acomete y triunfa, que mis manos te preparan ya la corona. Acomete y triunfa, Gonzaga, te lo suplica una mujer.

No necesitaba Gonzaga un estímulo tan poderoso para acometer las empresas mas arriesgadas, y, sin embargo, retrocedia ante la posibilidad de perder su hueste, y dejar á D. Juan de Austria comprometido en una campaña comenzada bajo tan felices auspicios, pero que podria malograrse con un imprevisto revés. Estas poderosas razones debilitaban su entusiasmo, y ponian freno á su heróico arrojo marcial.

—¿Atacarás, mañana, Octavio? preguntó Enriqueta.

—Lo consultaré, repuso Gonzaga, avergonzándose de dar semejante respuesta.

—¿No condesciendes á mis ruegos? ¿Mis súplicas no valen nada?

—Por Dios, Enriqueta, por Dios: por tí me arrojaria á las llamas; no me hagas llorar toda mi vida una irremediable imprudencia.

—¡Siempre separados, Gonzaga! esclamó Enriqueta llorando.

—Llegará el dia que nos unamos para no separarnos jamás.

—¿Unidos siempre? ¡Oh! Dios mio, que suprema felicidad.

—Sí, Enriqueta, has hecho un milagro, hermosa mia. Yo, soldado desde que nací, desechaba con altivez todo vínculo, y ahora deseo un lazo que jamás se afloje; un lazo que dure, á lo menos, tanto como mi vida; un lazo....

—¿Qué lazo? preguntó Enriqueta, partiendo el entusiasmo de su amante.

—El que debe unirnos al pié del altar, Enriqueta.

Un vivo carmin tiñó al punto las frescas mejillas de la jóven, y se movieron sus rosados labios sin articular ningun sonido.

—¿Me amas, Enriqueta? dijo el bizarro caballero.

—Te amo, repuso únicamente la hermana del baron de Hesse.

—Permíteme que sienta latir tu tierno corazon sobre el mio, y que me bañe con tu aliento. Bien merece tan dulce premio un casto é inestinguible amor.

Enriqueta se precipitó en los brazos de Octavio Gonzaga, y un beso, casto y virginal, resonó como el que da una madre al niño dormido en la cuna. Al amoroso beso respondió un suspiro ahogado; los amantes se desprendieron sorprendidos, y ambos fijaron sus miradas en un ambulante esqueleto, en la abadesa Ana María, que lentamente se acercaba.

Enriqueta se cubrió el rostro con las manos para ocultar así su rubor; retrocedió Gonzaga algunos pasos, admirado de una mudanza tan estraordinaria y repentina, y la prelada prosiguió acercándose á la interesante pareja:

—Aparta las manos del rostro, Enriqueta, dijo Ana María con voz cansada, eres pura como los ángeles, y no está en tu frente la mancha que ha robado á la mia el color; no huyais de mí, Octavio Gonzaga, soy un esqueleto como veis, pero no un cadáver ni una sombra.

—Señora.... murmuró Gonzaga acercándose á la abadesa.

—¿Me desconoceis? le preguntó tristemente la enferma prelada.

—Habeis cambiado lastimosamente, señora, en un corto espacio de tiempo.

—Seis meses de vergüenza son muchos para una mujer bien nacida; seis meses de desprecio matan á una mujer de corazon. Sé, Octavio, cuanto hicisteis por mí, y he venido á daros las gracias: sed siempre, Gonzaga, fiel y cumplido caballero, y no tendréis que bajar la frente ante ningun hombre, como ante vos Felipe de Marnis.

Para pronunciar este nombre tuvo que hacer Ana María un violento esfuerzo y que apoyarse en el respaldo de un sitial: despues de haberlo pronunciado, saludó á Octavio con la cabeza, y desapareció tras la cortina que la dió paso poco antes.

—Adios, Enriqueta, dijo Gonzaga tristemente despues de llevar á sus labios la blanca mano de la hermosa y de enjugar algunas lágrimas.

—Adios, Octavio, murmuró Enriqueta, y se separaron los amantes sin proferir otra palabra; tanto les habia sorprendido y al mismo tiempo contristado la aparicion de Ana María.

CAPÍTULO VII.

EL FAVOR DE UN ENEMIGO.

Preocupado salió Gonzaga de la celda de la abadesa, y era difícil no precipitarse viendo á aquella mujer moribunda al tósigo de la vergüenza; preocupándose tanto mas Octavio, cuanto que en su vida aventurera habia cometido, sino infamias, algunos deslices que pesaban sobre su conciencia.

Bajó la escalera del convento con la lentitud que es consiguiente á una profunda melancolía, atravesó el atrio y salió de la portería, sin hacer caso del saludo afable y respetuoso al mismo tiempo que el portero le dirijió. Muy pocos pasos habia dado, y aun rechinaba sobre sus goznes la pesada puerta del convento, cuando le atajó un embozado diciéndole con voz desapacible:

—Entregad la espada, caballero.

Esta pregunta hecha á tales horas, en tan escusado lugar y al pié del muro de una plaza amenazada por un ejército, podia anunciar varios peligros, y siempre ecsijia una respuesta dada con la punta del acero. No era Octavio Gonzaga novicio en esta especie de sorpresas, y considerando que su enemigo vendria dispuesto de antemano para atravesarle de una estocada al mas leve ademan de defensa, se echó atras con tanta rapidez, que cuando la espada del contrario buscó el camino de su pecho, ya tenia en la mano la suya y paró el golpe con notable tranquilidad.

Cruzado acero con acero y batallando hombre con hombre, juzgaba Octavio la partida muy inclinada á su favor, por mas que hallara en su antagonista un competidor diestro, y mas que diestro vigoroso. Este combate se iba prolongando mucho mas que á Octavio convenia, pues la salud del maestre de campo general solo estaba en el vencimiento, pudiéndole dañar muchísimo la llegada de otras personas. Dispuesto Gonzaga á terminarlo, paró una furiosa estocada que le dirijió su enemigo, y aprovechando este incidente, por el cual el otro se descubria, se fué á fondo con tal violencia, que muy pronto tocó su diestra el pecho del competidor.

Un grito de triunfo dió Gonzaga; pero fué su júbilo fugaz, pues inmediatamente notó que lejos de penetrar su espada, habia chocado con una bruñida armadura, enroscándose sin romperse, merced al temple delicado que las aguas del Tajo dan á las buenas hojas de Toledo. Gonzaga y su competidor se apartaron al mismo tiempo para proseguir el combate; pero al cruzarse las espadas se encontraron tres hojas reunidas, combatiendo otro personaje en defensa del agresor.

En cuidado habia puesto á Octavio tener que lidiar con un hombre vestido de acero mientras él solo oponia á sus estocadas un rico coleto bordado: magnífico traje de amor; pero malísimo al mismo tiempo para habérselas á cintarazos, á mandobles y cuchilladas, y al ver cómo se multiplicaba el número de sus adversarios, no tembló, porque un valiente nunca tiembla; pero mas lidiaba á la verdad para morir bizarramente que para salir vencedor. A pesar de su heróico esfuerzo, se iba batiendo en retirada cuando oyó una voz que le decia:

—Animo, caballero, ánimo; voy á igualaros la partida.

No se hizo esperar el socorro, una espada de siete palmos se cruzó con las otras tres, manejada por un brazo armado y potente.

Luchando cuatro, era natural que se dividieran, y por un capricho de la suerte el recien llegado quedó lidiando con el primer antagonista de Gonzaga, y éste con el segundo paladin. El combate era encarnizado, pero Octavio habia ganado en el arreglo, y acosaba terriblemente á su adversario, que menos diestro y menos robusto, apenas podia parar sus golpes. Gonzaga redobló su empuje, y aunque escarmentado, se fué á fondo segunda vez, respondiendo á su fiera estocada un "muerto

soy," y la subsiguiente caida del malhadado competidor.

Los otro dos antagonistas se acometian como leones, y habian probado varias veces el firme temple de sus respectivas armaduras. Cuando Gonzaga se vió libre, pensó un momento en retirarse por temor de ser descubierto; mas desechó al punto esta idea como indigna de un caballero, y á todo riesgo fué á dar ayuda á quien tan oportunamente habia llegado en su socorro. La muerte de su compañero desalentó terriblemente al primer competidor de Octavio, y creyendo que iba á lidiar con dos enemigos á la vez, se puso en fuga sin que lo siguiera su adversario. Gonzaga notó el movimiento; pero al mismo tiempo de lanzarse tras el fugitivo, se vió detenido por una mano vigorosa diciéndole una voz varonil:

—Deteneos, Octavio Gonzaga, ¿no veis que corre como un gamo?

—Dejadme perseguirlo, repuso Octavio ciego de furor.

—Es inútil: habeis cometido una imprudencia abandonando vuestros reales, y ya es tiempo de que volvais á vuestra tienda.

—¿Corren mis soldados peligro? preguntó el maestre de campo general.

—No, Gonzaga, repuso el misterioso personaje.

—¿Estais seguro de lo que acabais de decirme?

—Vuestros soldados no correrán ningun peligro mientras no ataquen la ciudad, contestó friamente el formidable interlocutor.

—Mañana debemos correrlo, añadió Gonzaga con su invariable jovialidad.

—¿Pensais atacar? preguntó el misterioso personaje.

—Podeis disponeros, amigo mio, para el asalto.

—Mucho os equivocais, caballero; deberé en caso disponerme para la defensa; y ¡vive Dios! que no será floja ni breve.

—¿No perteneceis á mi hueste? preguntó Gonzaga alarmado.

—No, Gonzaga, repuso su libertador tan lacónico como siempre.

—¿Sois enemigo del rey? añadió con mas estrañeza el brioso Octavio.

—Tampoco, replicó el incógnito con su acostumbrada brevedad.

—No os entiendo, y holgaria mucho de que hablárais con claridad.

—Sirvo á S. M. y á los Estados. ¿Me entendeis ahora?

—Dificilmente: por aquello de que nadie sirve á dos señores.

—Pues no procuréis saber mas, y proseguid vuestro camino.

—Os he revelado un secreto importante, y no podemos separarnos.

—Vuestra es la culpa, caballero, yo nada pretendia saber.

—Teneis razon; pero una falta cometida deja de serlo si se repara felizmente.

—¿Queréis arrancarme el secreto con la vida, Octavio Gonzaga?

Octavio meció la cabeza en señal de duda: el incógnito continuó:

—Me debeis la vuestra, Gonzaga, y no seréis desagradecido.

—¿Quién sois, caballero, quién sois? preguntó Gonzaga indeciso.

—Decir mi nombre fuera pediros gratitud, y yo no vendo el bien que hago.

—Y callar vuestro nombre fuera despreciarme quizás.

—Os aprecio mucho, Gonzaga, y voy á daros la mayor prueba. Soy Remy de Halut, dijo el veterano descubriéndose.

—¡El gobernador de Malinas! esclamó Gonzaga admirado.

—El gobernador de Malinas calculó afortunadamente, que intentarian asesinar al maestre de campo general del ejército sitiador, y no vaciló en acudir al socorro de un caballero.

—¿Y cómo supísteis?.... preguntó Octavio mas admirado cada vez.

—De una manera muy sencilla. ¿Habeis recibido esta tarde una carta? repuso el bizarro y prudente gobernador.

—La he recibido, respondió Gonzaga con lealtad.

—Su portador vino á avisarme que concurrirías á la cita.

—¿El portero de San Alejo? ¿El portero de San Alejo me ha vendido?

—El mismo. Le encargué la mayor reserva; pero viéndole hablar, al salir del parque, con Mos de Theron largo rato, sospeché que tramarian algo contra vos, y el écsito ha justificado mis pronósticos.

—¿He muerto á Mos de Theron? preguntó Octavio.

—No, Gonzaga, habeis muerto al capitan Roberto.

—Ya le conozco: un perillan que embrollaba siempre las cuentas de los regimientos alemanes, para retener los soldados.

—El mismo: capitan de los alemanes y cómplice de Mos de Theron.

—Bien muerto está; pero mas me hubiera alegrado de matar al infame Theron, dijo Gonzaga recobrando todo su aplomo y alegría.

—Tampoco lo hubiera yo sentido; un hereje menos en la tierra y un alma mas en los infiernos. Aunque alma por alma y hereje por hereje, no está mal al capitan Roberto, repuso el gobernador de Malinas.

Durante el anterior diálogo habian marchado lentamente hácia el campo de los españoles, y estaban muy próximos á él. Remy de Halut detuvo el paso y dijo á Gonzaga:

—Ya os dejo entre amigos, y es buena hora de que me retire á descansar.

—Esperad un momento, Remy, y perdonadme esta ecsijencia.

—¿Qué queréis, Octavio? preguntó el intrépido veterano.

—¿Es posible que un veterano, tan leal como Remy de Halut, se separe del servicio de su soberano? dijo Gonzaga con firmeza.

Remy de Halut se pasó la mano por la frente con marcadas muestras de disgusto, y no replicó una palabra.

—¿No me respondeis, Remy de Halut? preguntó Gonzaga dulcemente.

Remy se acarició repetidas veces su barba gris, sacando algunas hebras plateadas, y conservó el mismo silencio.

—¿Es posible, replicó Octavio, interpretando aquel silencio como muestra de vacilar, que un veterano, tan leal como Remy de Halut, se separe del servicio de su soberano?

—No hablemos mas de esto, Gonzaga, repuso el guerrero con mal humor. Me han colocado en una situacion muy difícil; me doy diariamente á Barrabás, pero no tiene otro remedio.

—Pensad, Remy.... replicó Gonzaga queriendo ganarlo á su partido.

—Basta ya, Octavio, y no desecheis este consejo. Si atacais mañana á Malinas, me pondréis en el compromiso de disparar contra una hueste de Felipe II, rey de España; pero, aunque con mucha repugnancia, dispararé y tendréis que volver las espaldas. No ataqueis.

—Os debo la vida, Remy de Halut, dijo Gonzaga desentendiéndose del consejo: ¿qué queréis en pago? Hablad, y seréis satisfecho.

—Nada quiero; pero si me encontrais alguna vez riñendo con dos enemigos, podeis desembarazarme de uno, y nos quedarémos en paz.

—Deseo que llegue la oracion; entre tanto, buenos amigos.

Remy dió la mano á Gonzaga, y se encaminó lentamente á la ciudad que defendia; Octavio continuó avanzando hácia el castellano campamento.

Cuando el maestre de campo general entró en su tienda, eran las cuatro: se arrojó vestido sobre un lecho de hojas y mantas; pero no consiguió dormir. Cien fantasmas le perseguian, risueñas unas, tristes y siniestras las otras. Veia á la abadesa, moribunda, mujer hermosa seis meses antes, y que habia hecho latir un momento su ardiente y voluble corazon Veia á Enriqueta, jóven y entusiasta, tenderle los brazos con cariño: á Enriqueta que le decia: "Apodérate de la ciudad y vivirémos siempre unidos;" y Gonzaga buscaba á ciegas una armadura y una espada para presentarse en el asalto. Pero se calmaba su ardor al oir la voz firme y solemne de Halut, que le aconsejaba no comprometiera su hueste, ni pusiera á prueba el honor de un pundonoroso militar.

Al primer albor de la mañana se levantó Octavio afanoso: llamó á todos los maestres de campo y les pidió su parecer. Camilo del Monte se inclinó á dar el asalto; pero Robles se opuso con todas sus fuerzas: las opiniones equilibradas, no sabia el maestre de campo general por cual habia de decidirse, y adoptó al fin un término medio; combinando una especie de alarde, que podria convertirse en asalto, si se presentaba alguna ocasion favorable. Comunicó prerentorias órdenes; y la hueste, formada en batalla, con escalas y gastadores, se encaminó hácia la ciudad. Remy de Halut, despues de haber dormido tranquilamente las dos horas que faltaban al dia, se encontraba ya sobre el muro; y al ver acercarse la falanje, se limpiaba con ambas manos las copiosas gotas de sudor que por su ancha frente corrian.

A la cabeza de un brillante tercio castellano marchaba Gonzaga, oprimiendo los recios lomos de un fogosísimo corcel: conoció á Remy, y aunque algo distante, leyó en su rostro la indecision y hasta la angustia. Creyendo poder aprovechar en su favor esta gran crísis, mandó atacar, y los españoles marcharon á paso de carga; Remy dió una voz; un artillero aplicó la mecha al cañon, y vomitando el duro bronce un mar de metralla, cayó el caballo de Octavio muerto, y algunos soldados heridos. No desmayaron los españoles, creciendo sus brios cuando el peligro se aumentaba; pero conociendo el general que iban á perecer sin écsito algunos millares de valientes, mandó retirar sin tardanza, antes que tuviera todos los visos su retirada de un revés, y adelantándose á pié y solo hasta la muralla, dijo á Remy con su permanente jovialidad:

Remy de Halut, os debí ayuda en un grave trance, y os quedé sumamente obligado: tambien os debo ahora un grave daño, que no os perdonaré del todo.

Octavio se reunió á su hueste, y aquel mismo dia mandó dar la vuelta á Gemblours, en donde debia estar D. Juan.

CAPÍTULO VIII.

DE VARIAS COSAS QUE SUCEDIERON Y QUE VERA EL CURIOSO LECTOR.

Al mismo tiempo que Octavio Gonzaga se dirijia sobre Lovaina, Egidio Barlemont, con la coronelía francesa de Cárlos Mansfeld y cuatro compañías de walones, se puso en marcha hácia Bovinée, ciudad muy acostumbrada á los azares de la guerra, muchas veces arruinada y otras tantas reconstruida por la constancia de sus vecinos. Esta ciudad no recibió al señor Hierges como Lovaina al feliz Octavio: fué indispensable abrir trinchera, y cuando vió por tierra sus muros, se entregó, pero estipulando condiciones sumamente honrosas y de no pequeñas ventajas, las que concedió Barlemont como premio de un valor tan acrisolado.

No queriendo dejar el austriaco en inaccion su triunfante ejército, y deseando adquirir ventajas en el Brabante, encomendó á Alejandro Farnesio la conquista de Diestem, ciudad del príncipe de Orange. Mucho agradeció el príncipe de Parma un encargo, que tambien cuadraba con su condicion belicosa; y tomando la mayor parte del ejército, se aparejó á desempeñar la árdua empresa que habian á su ingenio encomendado, decidido á volver triunfante ó á perecer en la demanda.

Por no dejar á su espalda á Sichem, plaza entonces de alguna importancia por su castillo y aprocsimidad al rio Demer, envió contra ella á Lanceloto Barlemont, conde de Mega. Pero los

de Sichem, confiados en sus grandes fortificaciones y numerosa guarnicion, rechazaron altivamente las intimaciones de Barlemont. Acudió el príncipe de Parma irritado de la repulsa, y dispuso una batería de ocho piezas contra el muro antiguo de la gran puerta de Lovaina. Desde el amanecer al medio dia duró el terrible cañoneo; en cuya hora, y abierta brecha en varios parajes de la torre, ordenó Alejandro las haces para el asalto, que debia ser mas animado por la emulacion de las naciones.

Los sitiados se defendieron con un arrojo, que rayaba en horrible desesperacion: pero el valor de los soldados de Farnesio, y particularmente la saña de los españoles, que habian perdido dos capitanes en el asalto, triunfaron de todos los obstáculos. La plaza fué entregada al pillaje, reservando un convento de monjas que protejió el príncipe de Parma con su presencia. Inmediatamente mandó levantar el Parmesano nuevas baterias contra el castillo; y lo tomó á la mañana del dia siguiente, entregándose su guarnicion, confiada en la clemencia del caudillo, y sujetándose á su vencedora voluntad.

Inútiles fueron los ruegos de estos intrépidos soldados: se habian defendido hasta el último estremo, y los mas de ellos, prisioneros hechos en Gemblours, habian quebrantado el juramento de no llevar las armas contra el rey Felipe II. No queriendo aparecer Alejandro benigno fuera de sazon, desperdiciando su clemencia con gente alevosa y perjura, mandó colgar de los homenajes del castillo al gobernador, cabos y principales instigadores de la resistencia; á los demás que eran ciento setenta, mandó pasar á cuchillo á la media noche, y echar sus cadáveres al Dimer.

Se presentó el príncipe de Parma ante los muros de Diestem, precedido del escarmiento que acababa de hacer en Sichem. La guarnicion de Diestem esperaba socorros de Amberes y Lira, y no se allanó fácilmente á entregar la ciudad; pero viendo que los socorros no llegaban, que adelantaban los aprestos, y que podian correr la suerte de la guarnicion de Sichem, se allanaron á las condiciones que el príncipe les proponia, y entregaron la ciudad al rey. Alejandro, para hacer diferencia entre la docilidad de los unos y la obstinacion de los otros, no permitió que los vecinos de Distem sufrieran daño en sus haciendas y personas. A la guarnicion, que se componia de mas de trescientos walones, la dejó salir con armas y bagajes, quitándola solo las banderas, siguiendo una cláusula del pacto; pero enamorado al mismo tiempo del continente bizarro y marcial que aquella tropa presentaba, y leyendo en sus turbios ojos, que se despedian con sentimiento de sus horadadas banderas, les propuso si querian tomar partido en la real hueste; y tuvo el contento de aumentar su ejército con trescientos hombres, que abrazaron vertiendo lágrimas sus gloriosas y antiguas banderas.

La suerte protejia á Farnesio del mismo modo que á Gonzaga. De Diestem se encaminó á Lieven, plaza que habia tomado poco antes el ejército de los Estados, y Lieven se rindió el mismo dia con iguales capitulaciones que Diestem. Alejandro agregó á su ejército una de las dos compañías que daban presidio á la ciudad, y despidió á la otra despojada de su bandera. Siete dias invirtió Farnesio en la toma de estas tres plazas, presentándose el octavo ante el hijo de Cárlos V, ceñida la frente de laurel.

En tanto que el príncipe Farnesio, Octavio Gonzaga y el señor de Hierges daban feliz cima á sus empresas, habia enviado D. Juan de Austria sobre Nivela, á Cárlos, conde de Mansfeld. Esta conquista ofrecia mas dificultades y era de mayor importancia.

Nivela se halla situada en los confines del Brabante y condado de Hainault, á cinco leguas de Bruselas: es ciudad fuerte é industriosa, y sus tejidos considerados por de un mérito superior. Tambien es una de las cuatro ciudades que componen, segun la opinion de Paulo Emilio, el marquesado del Santo Imperio: aunque pequeña capital, atesora grandes riquezas y se reclina sobre una alfombra de esmeralda. Nació en Nivela Juan del Tintor, célebre capellan y cantor de Fernando, rey de Nápoles, ilustre como literato, pintor y músico, y está sepultado en Nevela, Pipino, nieto de Carlo-Magno y padre de Santa Gertrudis, fundadora de una preciosa y rica iglesia, que lleva su nombre, y de una órden ó monasterio, grandemente privilegiado, y en el que solo tienen entrada las hijas de los caballeros, ejerciendo la superiora, con el título de abadesa, jurisdiccion civil y eclesiástica en Nivela y su territorio.

Era gobernador de la ciudad, por los Estados, Justo Villers; y bajo sus órdenes tenian seis buenas banderas de infantes y dos de caballos. Mansfeld intimó repetidas veces la rendicion, pero Villers no prestó oidos á sus repetidas intimaciones, y llegando á la via de los hechos, rechazó los varios asaltos que dió Cárlos á la ciudad. Pesaroso estaba Mansfeld, temiendo cejar en la demanda, cuando se nubló la llanura con el polvo que levantaba el ejército del austriaco. La llegada del escelso príncipe, con Alejandro y lo mas florido de la hueste, animó a Mansfeld y quitó brios á la guarnicion, hasta tal punto, que el mismo dia se presentó ante D. Juan de Austria, Justo Villers.

—¿A quién buscais aquí, Villers? le preguntó D. Juan con faz airada y tono grave, propios de un príncipe ofendido.

—A V. A., repuso Villers inclinándose humildemente.

—¿Venís á entregarme las llaves? preguntó el príncipe de nuevo.

—Señor, quisiera merecer la honra de hablar á solas con V. A., repuso el valiente soldado, y espero que me otorgará un tan señalado favor.

—Seguidme á mi tienda, Villers, dijo el austriaco encaminándose hácia ella.

Pretendieron algunos cabos oponerse á una conferencia que, segun ellos, podia presentar graves peligros; pero el príncipe cortó sus razones diciendo á tan celosos capitanes y fieles amigos:

—No creo que la espada de Villers hiera desde mas lejos que la mia, y no es hidalgo ciertamente el que piensa mal de un hidalgo.

Se encaminó el príncipe á su tienda: y cuando en ella se encontraron, dijo á Villers, usando siempre su tono severo y ofendido:

—Podeis hablar, Justo Villers, pues nadie oirá lo que me digais.

No creais, señor, dijo el caballero, que los habitantes, gobernador y guarnicion de la ciudad, se han resistido por desprecio al rey, ni menos por odio á V. A.: han dilatado el entregarse, por no hacerlo, señor, á los franceses, porque es antigua su enemistad con esa nacion; finalmente, porque los odian.

—¡Vive Dios! repuso D. Juan, que los ciudadanos de Nivela y yo nos parecemos mucho en eso. Prosigue, Villers, pues segun veo no estamos lejos de acabar de una manera conveniente para la ciudad y para mí.

—Por tanto, señor, vengo á presentar á V. A. mi homenaje, rogándole nombre personas autorizadas, para que fijemos las bases de una honrosa capitulacion, repuso Villers sencillamente.

—¿Pensais, Villers, dilatarla mucho? preguntó D. Juan con dulzura.

—Señor, no espero socorros, ni creo que los Estados generales se repongan en mucho tiempo de la pérdida que V. A. les ha causado en la batalla de Gemblours, por cuyas razones no me engañan dulces y falaces esperanzas.

—¿Y qué queréis decir, Villers? volvió á preguntar el austriaco.

—Que no serán largas las capitulaciones, señor, si V. A. es, como siempre, bondadoso.

Villers se retiró á Nivela, y D. Juan encomendó á Lanceloto Barlemont, que arreglara los capítulos, y firmara una capitulacion honrosa para vencedores y vencidos, cumpliendo el deseo del pundonoroso Villers.

—La noticia de una inmediata capitulacion no agradaba á un gran número de soldados, que contaban con el botin y suspiraban por el asalto. Algunas compañías de alemanes se reunieron, casi en tumulto, profirieron quejas y amenazas, y convinieron en enviar á D. Juan de Austria un comisionado, que manifestara categóricamente sus pretensiones y deseos. El comisionado llegó á la tienda del general, pidió venia, y obtenida, se presentó ante el príncipe con arrogancia.

D. Juan estaba acompañado del príncipe Alejandro Farnesio y de otros nobles capitanes; echó una penetrante mirada al recien llegado; leyó en su semblante, sin duda, una parte de su comision, desagradable para el príncipe, por lo mucho que comprometia la disciplina del ejército, y despues de hacerlo esperar largo rato, le dijo suavemente:

—Habla.

—Señor, dijo el comisionado, vengo á pedir á V. A. en nombre de algunas compañías alemanas, que....

El comisionado se interrumpió y bajó los ojos ante una mirada del austriaco, que mostraba toda la distancia ecsistente entre el que pedia y el que no pensaba otorgar.

—¿Sepamos lo que solicitan? preguntó el príncipe.

—Solicitan, tartamudeó el comisionado, que no se firme la capitulacion de Nivela: y esto manifiesto en su nombre á V. A., gran señor.

—¿Y desde cuándo han adquirido esas compañías el derecho de entrometerse en las atribuciones del general? preguntó D. Juan tranquilamente.

—Dicen, señor, que se les deben algunas pagas, murmuró el soldado.

—¿Y qué tienen que ver, por ventura, los habitantes de Nivela con las pagas que se les deben? volvió á preguntar D. Juan de Austria, con la misma solemne calma.

—Dicen, señor, que con el botin de la ciudad se resarcirán de los perjuicios que están sufriendo, repuso el comisionado aleman, con mas seguridad y aplomo.

—¿Y si la ciudad no se rinde? preguntó el austriaco de nuevo.

—Están prontos á subir los primeros al asalto.

—No seria mal modo de castigarlos, pensó el príncipe; pero desechando esta idea repuso: Dí á las compañías que has cumplido tu comision, y que quedo enterado de su demanda. ¿Por qué te detienes?

—Diré tambien que V. A.... insistió el soldado embajador.

—Les dirás que he oido tu mensaje con manifiesto desagrado, repuso el príncipe con ceño.

El mensajero no insistió, temiendo tocar los efectos del desagrado de S. A., y salió sin esperar segunda órden, conociendo toda la intencion de la primera.

—¿Qué piensa V. A. hacer con los alemanes? preguntó el príncipe de Parma á su tio, poco satisfecho de la moderacion que habia usado D. Juan de Austria.

—¿Qué harias tú, Alejandro? preguntó el austriaco á su vez.

—Castigarlos, si tenia fuerzas para ello, repuso Farnesio con fiereza.

—¿Y si no? volvió á preguntarle D. Juan con tranquilo acento.

Alejandro Farnesio no sabia cómo responder á esta pregunta.

—Adivino tu pensamiento, prosiguió D. Juan: si no eras mas fuerte que ellos, perecerias en la demanda, llenando siempre los deberes de un pundonoroso general. Me parece que he interpretado cumplidamente tu silencio.

—Pensais.... murmuró el parmesano, temiendo ofender á su tio.

—Imponerles castigo. Conde de Mega, sois el encargado de arreglar las capitulaciones, y al mismo tiempo el maestre de campo de las compañías alemanas; informaos de sus pretensiones, disuadidlos de ellas, si podeis, y avisadme los resultados, dijo D. Juan dirijiéndose á Lanceloto Barlemont.

Laceloto Barlemont salió de la tienda del príncipe, y se dirijió á las compañías que, irritadas con

la fria respuesta del austriaco, habian empuñado las armas, pidiendo las pagas ó el asalto. En vano pretendió el conde de Mega calmar el enojo de sus soldados, representándoles que incurririan en la indignacion del general; no quisieron dejar las armas, y el conde participó á D. Juan lo que acababa de suceder.

—¿Y las demás compañías alemanas qué hacen? preguntó el austriaco á Barlemont, informándose de los sucesos con una calma inalterable.

—Callan, señor, repuso el conde, no queriendo dar malas nuevas.

—¿Pero simpatizan con sus compañeros? preguntó de nuevo el austriaco.

—No pueden prescindir de ser compatriotas, dijo Barlemont.

—Bien, conde. Poneos al frente de las compañías no sublevadas, y sacadlas del campo, llevándolas camino de Bruselas, por donde pueden atacarnos los enemigos y ponernos en grave aprieto, ya que no en completa derrota.

—¿Los enemigos pueden atacarnos? preguntó Lanceloto alarmado.

—Decidlo así á los alemanes, y podeis estar descuidado, porque no vendrán los enemigos, á lo menos en algunas horas.

—Comprendo, señor, y ejecutaré vuestras órdenes.

Se dirijió el conde de Mega al cuartel de los alemanes; participó á las compañías subordinadas el peligro que amenazaba á todo el ejército, mandándoles tomar las armas y aprestarse para ocupar el punto designado por el general de la hueste. Obedecieron las compañías, y con el maestre de campo al frente, emprendieron su marcha, algo inquietos por la suerte de sus compañeros sublevados. El austriaco vió desfilar desde la puerta de su tienda la coronelía de alemanes, y dos horas despues mandó que tomara las armas la hueste. Montó á caballo acompañado de los principales capitanes; comunicó precisas órdenes á todos los inmediatos gefes; el ejército rodeó á las compañías sublevadas, y metiéndose el príncipe entre ellas:

—Soldados, dijo, empuñais las armas sin haber recibido órden mia para empuñarlas; y, lo que es peor, habeis proferido palabras contrarias á la disciplina y pundonor de un militar: deponed las armas, soldados, y denunciad á los traidores que os han impulsado á delinquir. Deponedlas, que yo lo mando, y puedo hacerme obedecer.

Los alemanes guardaron silencio y dejaron al punto las armas.

—¿Quiénes han sido los promovedores del motin? preguntó el austriaco.

Los alemanes fueron pronunciando varios nombres, y separando de las filas hasta cuarenta criminales: el príncipe mandó quintarlos, y pareciéndole mucho ocho víctimas, procedió á un segundo sorteo, para que cuatro solamente apagaran con su sangre el fuego de la rebelion. Iba á ejecutarse la sentencia; el príncipe, que siempre miraba á los soldados como hijos, quiso economizar la sangre aún; y procedió á tercer sorteo, quedando dos víctimas no mas. Una de ellas, de alta estatura y miembros robustos, contaba diez lustros cumplidos y peinaba una barba como la nieve; el otro rayaba en veinte y cinco años, y no presentaba el valor de un guerrero que va á la muerte.

—Señor, dijo el anciano al príncipe, antes de morir desearia que me otorgara V. A. un favor, que no merezco ciertamente.

—Habla, respondió D. Juan, procurando reconocerlo.

—Antes de morir desearia besar vuestra mano, señor.

D. Juan presentó su diestra al soldado, que la besó vertiendo lágrimas, como si fuera á despedirse de un hijo amado ó de un especial bienhechor.

—Ya muero gustoso, dijo entonces el veterano, y se retiró algunos pasos.

—Dime, anciano, preguntó el príncipe, ¿por qué has deseado besar mi mano antes de morir? Esta peticion debe encerrar algun misterio.

—Voy á esplicarlo á V. A. He sido soldado de vuestro padre, y besé su mano en Maguncia el primer dia que vestí la cota; justo es que la bese á su hijo cuando voy á despojarme de ella para no vestirla jamás, repuso el veterano con voz firme y sereno rostro.

—Cuéntame tu historia, soldado, le dijo el austriaco.

—Mi historia tiene muy pocos incidentes. Entré á servir al emperador, y no me apartaron de su hueste ni estranjeros ni protestantes; serví despues al rey de España, y he seguido siempre sus banderas. Me he hallado en el sitio de Mezt y en la batalla de San Quintin; en un millon de escaramuzas y en un centenar de combates jamás he vuelto las espaldas. He conservado siempre el puesto que me han confiado, y V. A. quizás recuerde una aciaga noche....

—¿Qué noche? pregunto D. Juan enternecido con las palabras del soldado.

—La noche del 18 de Mayo anterior. ¿No la recuerda V. A?

—La recuerdo, replicó D. Juan con acento triste y solemne.

—Un mosquetero de la guardia de V. A. cerró el paso á Guillermo Matren, que pretendia...

—Entrar en el consistorio de Bruselas, interrumpió el príncipe.

—Ecsactamente, dijo el veterano, aplaudiendo la buena memoria del austriaco.

—¿Y ese mosquetero?.... preguntó D. Juan con interés.

—Fuí yo, repuso el veterano, llevando la diestra á su chambergo.

—¡Has sido un valiente soldado! esclamó el príncipe.

—Tengo una gran hoja de servicios que quiero enseñar á V. A.

El veterano se quitó el coleto, la ropilla, y, descubriendo su ancho pecho, presentó á D. Juan un gran número de cicatrices, diciéndole con noble orgullo:

—Todas en el pecho, señor, porque nunca he vuelto la espalda.

—¿Y es posible que un hombre tan valiente promueva motines? le preguntó el austriaco conmovido.

—Señor, me han acusado y debo morir; pero sabe Dios que soy inocente: un hombre que lleva treinta y cinco años de servicio, ni promueve disturbios ni miente.

—¡Inocente! murmuró con lúnguida voz su compañero: yo le acusé para salvarme; pero ante Dios y ante los hombres testificaré su inocencia.

—Perdonadle, señor, perdonadle! gritaron mil voces. El príncipe condescendió, lleno de júbilo, y la sangre de un solo hombre sirvió de escarmiento á los demas.

Dos horas despues el conde de Mega volvió al campo con sus soldados, que encontraron la sedicion muerta, personificada en un cadáver.

Al dia siguiente Justo Villers presentó al austriaco las llaves en una bandeja de plata, y el estandarte de D. Juan tremoló sobre las torres de Nivela.

CAPITULO IX.

EL PRESTAMO Y LA DESCONFIANZA.

Tomada Nivela, se entregaron varias ciudades del Hainault, esperando mas de la clemencia de un generoso vencedor que de la firmeza de sus muros. Boné, pequeña y deliciosa villa, delicia algunos años antes de la gobernadora, reina de Hungría, y objeto despues de los furores de Enrique II, pues se cuenta que queriendo vengar este monarca el destrozo que la reina María habia hecho en su hermosa quinta de Florembreci, dejó grabadas en una piedra estas rencorosas palabras: *Reina loca, acuérdate de Florembreci*, se entregó sin hacer resistencia: imitándola Malbodio, Bruela, Bellemont, Soigniac, Barlemont y otros muchos lugares, que temiendo unos las fuerzas de las armas, no queriendo otros llevar la nota de rebeldes al soberano, y desconfiando todos de Orange, cuyas doctrinas religiosas le enagenaban las voluntades de los católicos romanos, creyeron mas útil ponerse bajo la proteccion de un príncipe noble, victorioso y prudente, que someterse á las órdenes arbitrarias de un gobierno sin moralidad y sin fuerza: dividido en parcialidades distintas y enemigas encarnizadas; juguete de estrañas influencias; recientemente derrotado en las inmediaciones de Gembloux, y despojado en pocos dias de varias plazas importantes, muchas de las cuales podian haber opuesto una obstinada resistencia.

Cimay, capital del principado de este nombre, perteneciente al duque de Ariscot, confiada en una guarnicion numerosa y en la fortaleza de su castillo, desechó altiva todo trato; pero entrada por fin á escala vista, su castillo capituló, y todas las fuerzas del ejército marcharon con el entusiasmo del triunfo á sentar los reales á vista de Philipeville, deseando ceñir nuevas coronas.

Philipeville, ciudad fundada en 1555, aunque moderna, se distinguia de todas las demas del Hainault por su hermosura y fortaleza. Situada en medio de una estensa llanura, ocupaba sin embargo la cumbre de una pintoresca colina, formando cinco baluartes, ceñida de altos y espesos muros, y cercada de profundo foso. Mandaba en ella Florineu, hombre templado y valeroso, afecto al rey, pero al mismo tiempo dispuesto á defender una ciudad que habian confiado á su custodia, ya fuera por impulso propio ó ya porque los capitanes de los mil y quinientos hombres que bajo sus órdenes tenia, abundasen en esta opinion, y no se atreviera á oponerse á la voluntad de personas, que podian imponer la ley, si pasaban de las razones á la ruda via de los hechos.

Intimó el príncipe D. Juan la rendicion á Florineu, y éste le respondió escusándose, aunque con corteses razones. El gobernador general mandó, en vista de esta respuesta, que se formalizara el sitio, disponiendo los varios cuarteles en derredor de la ciudad. Deseaba el austriaco no perder tiempo, y para lograrlo, mandó que al dia siguiente muy temprano se aplicara la azada al muro, queriendo realizar un proverbio de la milicia, que dice: *Pala y azadon hunden y levantan castillos;* proverbio antiguo y que mas de una vez han autorizado los valientes tercios de Castilla.

Celebrado el consejo de guerra, quedaron en la humilde tienda del príncipe Alejandro Farnesio, Gonzaga el conde de Mansfeld y los mas íntimos consejeros de D. Juan. Decidido lo tocante á la guerra, pensaban ocupar las horas en conversaciones agradables, y empezaron por referir los varios triunfos que habian conseguido hasta entonces; felicitándose mútuamente los capitanes que habian acaudillado las huestes, y dando todos la mayor gloria al general, que tan sabiamente habia dispuesto las distintas operaciones. El austriaco oia indiferente estas sinceras manifestaciones de afecto; y mientras los ojos de Farnesio, Gonzaga y Mansfeld estaban radiantes de entusiasmo, los del príncipe, apagados y mustios, ya se levantaban al cielo con una espresion dolorosa, ya se fijaban en la tierra melancólicos y resignados. Penetrantes espinas herian aquel corazon tan altivo, y solo Dios podia calcular la inmensidad de sus dolores.

—Veo, señor, le dijo Alejandro, que en vez de levantar la frente, ornada con el laurel de cien victorias, la inclinais al suelo sombría, como pudiera hacerlo Orange, el archiduque y aun el desgraciado Goigni; y sabe Dios que no logro adivinar la causa de tan mortal abatimiento.

—¡Cien victorias! repitió el príncipe en voz alta, murmurando despues para sí. ¿De qué sirven las cien victorias. Cada dia tengo que ahogar una insurreccion de soldados que piden sus sueldos con justicia; cada dia tengo que oponerme al espolio de una ciudad. Compro algunas victorias con sangre; no puedo reponer mis pérdidas, y si sufro un solo

la fria respuesta del austriaco, habian empuñado las armas, pidiendo las pagas ó el asalto. En vano pretendió el conde de Mega calmar el enojo de sus soldados, representándoles que incurririan en la indignacion del general; no quisieron dejar las armas, y el conde participó á D. Juan lo que acababa de suceder.

—¿Y las demás compañías alemanas qué hacen? preguntó el austriaco á Barlemont, informándose de los sucesos con una calma inalterable.

—Callan, señor, repuso el conde, no queriendo dar malas nuevas.

—¿Pero simpatizan con sus compañeros? preguntó de nuevo el austriaco.

—No pueden prescindir de ser compatriotas, dijo Barlemont.

—Bien, conde. Poneos al frente de las compañías no sublevadas, y sacadlas del campo, llevándolas camino de Bruselas, por donde pueden atacarnos los enemigos y ponernos en grave aprieto, ya que no en completa derrota.

—¿Los enemigos pueden atacarnos? preguntó Lanceloto alarmado.

—Decidlo así á los alemanes, y podeis estar descuidado, porque no vendrán los enemigos, á lo menos en algunas horas.

—Comprendo, señor, y ejecutaré vuestras órdenes.

Se dirijió el conde de Mega al cuartel de los alemanes; participó á las compañías subordinadas el peligro que amenazaba á todo el ejército, mandándoles tomar las armas y aprestarse para ocupar el punto designado por el general de la hueste. Obedecieron las compañías, y con el maestre de campo al frente, emprendieron su marcha, algo inquietos por la suerte de sus compañeros sublevados. El austriaco vió desfilar desde la puerta de su tienda la coronelía de alemanes, y dos horas despues mandó que tomara las armas la hueste. Montó á caballo acompañado de los principales capitanes; comunicó precisas órdenes á todos los inmediatos gefes; el ejército rodeó á las compañías sublevadas, y metiéndose el príncipe entre ellas:

—Soldados, dijo, empuñais las armas sin haber recibido órden mia para empuñarlas; y, lo que es peor, habeis proferido palabras contrarias á la disciplina y pundonor de un militar: deponed las armas, soldados, y denunciad á los traidores que os han impulsado á delinquir. Deponedlas, que yo lo mando, y puedo hacerme obedecer.

Los alemanes guardaron silencio y dejaron al punto las armas.

—¿Quiénes han sido los promovedores del motin? preguntó el austriaco.

Los alemanes fueron pronunciando varios nombres, y separando de las filas hasta cuarenta criminales: el príncipe mandó quintarlos, y pareciéndole mucho ocho víctimas, procedió á un segundo sorteo, para que cuatro solamente apagaran con su sangre el fuego de la rebelion. Iba á ejecutarse la sentencia; el príncipe, que siempre miraba á los soldados como hijos, quiso economizar la sangre aún; y procedió á tercer sorteo, quedando dos víctimas no mas. Una de ellas, de alta estatura y miembros robustos, contaba diez lustros cumplidos y peinaba una barba como la nieve; el otro rayaba en veinte y cinco años, y no presentaba el valor de un guerrero que va á la muerte.

—Señor, dijo el anciano al príncipe, antes de morir desearia que me otorgara V. A. un favor, que no merezco ciertamente.

—Habla, respondió D. Juan, procurando reconocerlo.

—Antes de morir desearia besar vuestra mano, señor.

D. Juan presentó su diestra al soldado, que la besó vertiendo lágrimas, como si fuera á despedirse de un hijo amado ó de un especial bienhechor.

—Ya muero gustoso, dijo entonces el veterano, y se retiró algunos pasos.

—Dime, anciano, preguntó el príncipe, ¿por qué has deseado besar mi mano antes de morir? Esta peticion debe encerrar algun misterio.

—Voy á esplicarlo á V. A. He sido soldado de vuestro padre, y besé su mano en Maguncia el primer dia que vestí la cota; justo es que la bese á su hijo cuando voy á despojarme de ella para no vestirla jamás, repuso el veterano con voz firme y sereno rostro.

—Cuéntame tu historia, soldado, le dijo el austriaco.

—Mi historia tiene muy pocos incidentes. Entré á servir al emperador, y no me apartaron de su hueste ni estranjeros ni protestantes; serví despues al rey de España, y he seguido siempre sus banderas. Me he hallado en el sitio de Mezt y en la batalla de San Quintin; en un millon de escaramuzas y en un centenar de combates jamás he vuelto las espaldas. He conservado siempre el puesto que me han confiado, y V. A. quizás recuerde una aciaga noche....

—¿Qué noche? pregunto D. Juan enternecido con las palabras del soldado.

—La noche del 18 de Mayo anterior. ¿No la recuerda V. A?

—La recuerdo, replicó D. Juan con acento triste y solemne.

—Un mosquetero de la guardia de V. A. cerró el paso á Guillermo Matren, que pretendia...

—Entrar en el consistorio de Bruselas, interrumpió el príncipe.

—Ecsactamente, dijo el veterano, aplaudiendo la buena memoria del austriaco.

—¿Y ese mosquetero?.... preguntó D. Juan con interés.

—Fuí yo, repuso el veterano, llevando la diestra á su chambergo.

—¡Has sido un valiente soldado! esclamó el príncipe.

—Tengo una gran hoja de servicios que quiero enseñar á V. A.

El veterano se quitó el coleto, la ropilla, y, descubriendo su ancho pecho, presentó á D. Juan un gran número de cicatrices, diciéndole con noble orgullo:

—Todas en el pecho, señor, porque nunca he vuelto la espalda.

—¿Y es posible que un hombre tan valiente promueva motines? le preguntó el austriaco conmovido.

—Señor, me han acusado y debo morir; pero sabe Dios que soy inocente: un hombre que lleva treinta y cinco años de servicio, ni promueve disturbios ni miente.

—¡Inocente! murmuró con lúnguida voz su compañero: yo le acusé para salvarme; pero ante Dios y ante los hombres testificaré su inocencia.

—Perdonadle, señor, perdonadle! gritaron mil voces. El príncipe condescendió, lleno de júbilo, y la sangre de un solo hombre sirvió de escarmiento á los demas.

Dos horas despues el conde de Mega volvió al campo con sus soldados, que encontraron la sedicion muerta, personificada en un cadáver.

Al dia siguiente Justo Villers presentó al austriaco las llaves en una bandeja de plata, y el estandarte de D. Juan tremoló sobre las torres de Nivela.

CAPITULO IX.

EL PRESTAMO Y LA DESCONFIANZA.

Tomada Nivela, se entregaron varias ciudades del Hainault, esperando mas de la clemencia de un generoso vencedor que de la firmeza de sus muros. Boné, pequeña y deliciosa villa, delicia algunos años antes de la gobernadora, reina de Hungría, y objeto despues de los furores de Enrique II, pues se cuenta que queriendo vengar este monarca el destrozo que la reina María habia hecho en su hermosa quinta de Florembreci, dejó grabadas en una piedra estas rencorosas palabras: *Reina loca, acuérdate de Florembreci*, se entregó sin hacer resistencia: imitándola Malbodio, Bruela, Bellemont, Soigniac, Barlemont y otros muchos lugares, que temiendo unos las fuerzas de las armas, no queriendo otros llevar la nota de rebeldes al soberano, y desconfiando todos de Orange, cuyas doctrinas religiosas le enagenaban las voluntades de los católicos romanos, creyeron mas útil ponerse bajo la proteccion de un príncipe noble, victorioso y prudente, que someterse á las órdenes arbitrarias de un gobierno sin moralidad y sin fuerza: dividido en parcialidades distintas y enemigas encarnizadas; juguete de estrañas influencias; recientemente derrotado en las inmediaciones de Gembloux, y despojado en pocos dias de varias plazas importantes, muchas de las cuales podian haber opuesto una obstinada resistencia.

Cimay, capital del principado de este nombre, perteneciente al duque de Ariscot, confiada en una guarnicion numerosa y en la fortaleza de su castillo, desechó altiva todo trato; pero entrada por fin á escala vista, su castillo capituló, y todas las fuerzas del ejército marcharon con el entusiasmo del triunfo á sentar los reales á vista de Philipeville, deseando ceñir nuevas coronas.

Philipeville, ciudad fundada en 1555, aunque moderna, se distinguia de todas las demas del Hainault por su hermosura y fortaleza. Situada en medio de una estensa llanura, ocupaba sin embargo la cumbre de una pintoresca colina, formando cinco baluartes, ceñida de altos y espesos muros, y cercada de profundo foso. Mandaba en ella Florineu, hombre templado y valeroso, afecto al rey, pero al mismo tiempo dispuesto á defender una ciudad que habian confiado á su custodia, ya fuera por impulso propio ó ya porque los capitanes de los mil y quinientos hombres que bajo sus órdenes tenia, abundasen en esta opinion, y no se atreviera á oponerse á la voluntad de personas, que podian imponer la ley, si pasaban de las razones á la ruda via de los hechos.

Intimó el príncipe D. Juan la rendicion á Florineu, y éste le respondió escusándose, aunque con corteses razones. El gobernador general mandó, en vista de esta respuesta, que se formalizara el sitio, disponiendo los varios cuarteles en derredor de la ciudad. Deseaba el austriaco no perder tiempo, y para lograrlo, mandó que al dia siguiente muy temprano se aplicara la azada al muro, queriendo realizar un proverbio de la milicia, que dice: *Pala y azadon hunden y levantan castillos;* proverbio antiguo y que mas de una vez han autorizado los valientes tercios de Castilla.

Celebrado el consejo de guerra, quedaron en la humilde tienda del príncipe Alejandro Farnesio, Gonzaga el conde de Mansfeld y los mas íntimos consejeros de D. Juan. Decidido lo tocante á la guerra, pensaban ocupar las horas en conversaciones agradables, y empezaron por referir los varios triunfos que habian conseguido hasta entonces; felicitándose mútuamente los capitanes que habian acaudillado las huestes, y dando todos la mayor gloria al general, que tan sabiamente habia dispuesto las distintas operaciones. El austriaco oia indiferente estas sinceras manifestaciones de afecto; y mientras los ojos de Farnesio, Gonzaga y Mansfeld estaban radiantes de entusiasmo, los del príncipe, apagados y mustios, ya se levantaban al cielo con una espresion dolorosa, ya se fijaban en la tierra melancólicos y resignados. Penetrantes espinas herian aquel corazon tan altivo, y solo Dios podia calcular la inmensidad de sus dolores.

—Veo, señor, le dijo Alejandro, que en vez de levantar la frente, ornada con el laurel de cien victorias, la inclinais al suelo sombría, como pudiera hacerlo Orange, el archiduque y aun el desgraciado Goigni; y sabe Dios que no logro adivinar la causa de tan mortal abatimiento.

—¡Cien victorias! repitió el príncipe en voz alta, murmurando despues para sí. ¿De qué sirven las cien victorias. Cada dia tengo que ahogar una insurreccion de soldados que piden sus sueldos con justicia; cada dia tengo que oponerme al espolio de una ciudad. Compro algunas victorias con sangre; no puedo reponer mis pérdidas, y si sufro un solo

reves, tendré antes que ocultar mi vergüenza en la ciudadela de Namur que ver deshojarse mi corona.

Quiere Farnesio que humillen sus frentes Orange, Goigni y el archiduque; ¿por qué han de humillarlas? Les he derrotado un ejército y reunen cuatro á toda prisa en Inglaterra, Francia Alemania y los Paises Bajos: pronto, muy pronto tendré que estar á la defensiva, y si quisiera Felipe II, cuando llegaran esos ejércitos no encontrarian una ciudad á que acojerse, y cada llanura les presentaria un campo de batalla. Felipe II, no te basta llevar tu corona de diamantes, y te hace sombra mi pobre corona de laurel! ¡No tienes bastante con tu cetro y quieres mi espada! ¡Si mi padre te dejó sus reinos y cabeza, por qué te ofende que me dejara su corazon!

El príncipe cruzó las manos sobre el pecho acongojado y abatido, y Farnesio que solo habia oido sus primeras palabras, repitió:

—¡Señor, cien victorias! pretendiendo así reanimarlo.

—Tienes razon, príncipe de Parma, hemos alcanzado cien victorias y marchamos con próspero Marte en pos de cien triunfos y otros cien. Un ejército vencedor todo lo allana en su carrera; ha deshecho muros á su paso, y mañana verémos por tierra las torres de Philipeville. ¡Qué hermoso es vencer, Alejandro!

—Ahora hablais como quien sois, señor, dijo Octavio con alegria.

—¿Qué quieres, Gonzaga? Participo en algunos momentos del entusiasmo que os anima; pero en otros la enfermedad me quita el aliento y soy poco mas que un cadáver.

—¿Os sentís tan malo, señor? preguntó el príncipe de Parma.

—Sí, Alejandro. Siento á veces una debilidad grandísima, que casi me quita toda accion, y á veces un fuego interior que me abrasa, como la túnica del Centauro al semidios de los prodigios. Ahora mismo, príncipe de Parma, ahora mismo siento ese ardor y tengo una sed que no apagaria el rico caudal del Danuvio, dijo Don Juan penosamente, llevándose las manos al pecho y respirando con angustia.

Todos sus amigos le miraban y tenian que hacer grandes esfuerzos para ocultarle su afliccion; tan persuadidos estaban todos de que el general no ecsajeraba.

—Tranquilizaos, señor, dijo Farnesio aproximándose á su tio.

—Escucha, Alejandro, repuso Don Juan con voz solemne: la víspera de la batalla de Gemblours confesé é hice testamento como puede hacerlo un moribundo, y sin embargo estaba seguro de triunfar. ¿No veis en esto algo fatídico?

Todos se miraron á la vez con indefinible terror, y el príncipe prosiguió:

—Vencimos, pero desde aquel dia esperimento un indecible malestar.

—Las fatigas de la campaña, repuso el conde de Mansfeld, habrán debilitado á V. A.; pero reposando algunos dias cobrará de nuevo su vigor, y seguirá siendo, como hasta hoy, buen general y buen soldado.

—Conde de Mansfeld, esta campaña es un liviano pasatiempo, comparado con la guerra de los moriscos, y sin embargo, en las Alpujarras estaba fuerte, á pesar de duras fatigas, y en Flandes tengo muchos dias de languidez y de sopor. ¿Será, conde, que los calvinistas usen armas reprobadas entre los árabes? ¿Será, conde, que son mas caballeros los sectarios del falso profeta que los amigos del príncipe de Orange?

—Estas palabras de doble sentido, produjeron una sensacion general, y á la imaginacion de Octavio vino de improviso una idea, que le confirmó en sus temores, llevando la muerte á su generoso corazon.

El silencio de la asamblea fué interrumpido por la voz del paje Gonzalo, que dirijiéndose á D. Juan dijo con mal encubierto alborozo y sin cuidarse de la noble y numerosa concurrencia:

—Señor, acaba de llegar Enrique, lo que participo á V. A.

El abatido rostro del príncipe se reanimó á la voz del paje, como se reanima la flor azotada por la lluvia á los primeros rayos del sol, y preguntó lleno de júbilo:

—En dónde está Enrique? ¿Cuándo ha llegado al campamento?

—En la puerta está, repuso Gonzalo, participando del júbilo de su señor.

—Introdúcelo al punto, Gonzalo, añadió el príncipe D. Juan, no tratando de disimular la alegria que le causaba su presencia.

Todos ansiaban conocer al misterioso personaje, pero su impaciencia no fué larga; porque volvió á pocos momentos Gonzalo, acompañado del hermoso jóven á quien acababa de anunciar.

Desconocido el jóven Enrique para casi todos los personajes que rodeaban al gobernador general, llamó la atencion por su belleza, y dió lugar á diferentes comentarios; pero su presencia confirmó todas las sospechas de Gonzaga, que con una mirada de fuego pretendió reducir á cenizas á Enrique, paje, segun él, y *Aventurero*.

—Señores, dijo D. Juan de Austria, despues de dirijir á Enrique una mirada cariñosa, tengo que hablar con este jóven, y os suplico encarecidamente que tengais la bondad de dejarnos.

Alejandro se levantó el primero, todos los demas le imitaron, y saludando respetuosamente, se encaminaron á la puerta: salieron todos, mas Octavio permaneció fijo en el umbral no atreviéndose á dejar al príncipe sin comunicarle sus sospechas.

—¿Qué quieres, Gonzaga? preguntó Don Juan estrañando aquella detencion, y contrariado terriblemente porque tanto la prolongaba.

—Quisiera hablar á V. A., repuso Octavio con respeto.

—En este momento es imposible, dijo el príncipe con frialdad.

—Y sin embargo.....murmuró Gonzaga insistiendo.

—Adios, Gonzaga, replicó D. Juan, con acento que pronta obediencia ecsijia.

—Pero, señor...volvió á murmurar el intrépido maestre de campo.

—No tengo momentos que perder, dijo el austriaco con dureza.

—Es negocio de tal importancia...repuso Gonzaga tenazmente.

—Te avisaré cuando concluya: ahora necesito estar solo.

Se inclinó Octavio con respeto, y lanzando una mirada rencorosa á Enrique, salió de la tienda en el momento; el príncipe cojió la mano de María y sentándola sobre unos almohadones,

—Hermosa, la dijo, cuán largo me ha parecido tu viaje.

—Y á mí tambien, repuso María, estrechando la mano del príncipe, y deslizando sus torneados dedos para percibir las pulsaciones de D. Juan; á mí tambien me ha parecido largo, muy largo.

—¡Cuánto deseaba que volviérais! esclamó D. Juan con ternura.

—Yo tambien lo deseaba mucho, repuso María tristemente.

—¡En tu ausencia he padecido tanto! volvió á esclamar el noble amante.

—¿Has estado enfermo? preguntó María estremeciéndose.

—Sí, María, he padecido durante tu ausencia muchísimo.

Una palidez mortal cubrió el dulce rostro de la jóven, y preguntó con tanta ansiedad, que el príncipe casi tomó parte en su angustia.

—¿Has tenido fiebre? Respóndeme. ¿Has tenido fiebre, D. Juan?

—Los médicos dicen que no, dijo el príncipe, como dudando de la pericia de los médicos.

María respiró, y continuó preguntándole siempre con un vivo interés.

—¿Qué has tenido, príncipe, qué has tenido durante mi ausencia?

—No puedo esplicarte, María, pero si doy crédito á mis tristes inspiraciones, un mortal tósigo va discurriendo por mis venas y corroyendo mis entrañas. Creo, María, que estoy envenenado.

Estas palabras produjeron en la hermosa jóven una impresion estraordinaria: abundantes lágrimas corrian por sus mejillas inflamadas, chocando sus dientes en horrorosa convulsion, y arrancándose de tropel hondos suspiros de su pecho.

—¿Qué tienes, María? preguntó el príncipe con amor.

—Me han aterrado tus palabras, murmuró la jóven tristemente.

—¿Cuando muera, es verdad, María, que cerrarás mis cansados ojos? ¿Es verdad que mi último suspiro irá á perderse entre tus lábios?

—¡Príncipe! murmuró María con el acento del terror.

—No hablemos mas de esto, que te atormento á mi pesar.

—No hablemos mas, príncipe. Mi padre está á la puerta y desea verte. ¿Quiéres mandar que lo conduzcan á tu presencia?

—¡Gonzalo! gritó al punto D. Juan de Austria.

—¿Qué mandais, señor? dijo el paje presentándose en el umbral.

—Introduce á maese Cornelio Estraten, dijo el austriaco.

María dejó la mano del príncipe que habia tenido asida hasta entonces, y se levantó de su asiento; D. Juan se levantó tambien, y á pocos momentos entró el armero conduciendo un cofrecillo, que debia ser de mucho peso, cuando ponia á prueba las fuerzas de uno de los mas formidables atletas del Brabante. El armero se descubrió en presencia del príncipe, dejó el cofre sobre una mesa de nogal, y se retiró algunos pasos.

—Tengo un placer, maesse Cornelio, dijo D. Juan, recibiéndoos en mi pobre tienda. Acercaos, y tomad asiento.

—Señor, tartamudeó maese Estraten, sin adelantar un solo paso; recibo un honor de V. A., que no hubiera esperado nunca.

—Sentaos, maese Cornelio, sentaos, añadió el príncipe con bondad.

—En presencia de V. A. debo permanecer de pié, repuso el armero.

—No, maese Cornelio, aquí estais con un buen amigo.

Y cojiendo al armero de la mano le presentó cómodo asiento. Maese Estraten, que tantas veces habia perorado en Bruselas contra la dominacion española en general, y particularmente contra el gobernador general; maesse Estraten que en su calidad de regidor habia contribuido á los repetidos desaires que habian hecho á D. Juan de Austria, y que habia conspirado mas de una vez contra su libertad y persona, se encontraba sobrecojido por ese respeto que inspira un nacimiento ilustre, particularmente si va unido á un nombre glorioso que deslumbra con su esplendor. Ademas del respeto, otra causa contribuia poderosamente al embarazo del armero. A pesar de las esplicaciones de María, no comprendia maesse Estraten aquel amor todo abnegacion, todo entusiasmo, todo pureza al mismo tiempo. Tenia, es verdad, entera confianza en su hija, y habia ido formando una alta idea del hermano de Felipe II; pero no sabia qué papel debia hacer un padre ante el amante de su hija, cuando este amante era hijo de un emperador y hermano de un poderoso rey. D. Juan contemplaba al armero, y María comprendia muy bien todo el embarazo de su padre. Viendo que prolongar la escena era atormentar al armero, cojió la mano de su padre y le dijo con dulce acento:

—Padre mio: el príncipe no sabe el motivo de vuestra venida, y es muy justo que se lo espliqueis ya, señor. No vacileis.

—Habladme con toda confianza, añadió Don Juan, no sospechando, ni remotamente siquiera, el motivo de aquella visita.

Maesse Cornelio no respondió; pero acercándose á la mesa, sacó una llavecita del bolsillo, abrió el

cofre y se lo presentó á Don Juan. El príncipe retrocedió á su vez: el cofre estaba lleno de oro.

—¿Qué tesoro es este, maesse Cornelio? preguntó por fin el austriaco.

—Ruego á V. A. que tenga la dignacion de responderme.

—Hablad, hablad, maesse Cornelio, dijo el príncipe sobrecojido.

—Se dice de público, señor, que S. M. el rey de España no envia á V. A. todo el dinero necesario para mantener sus ejércitos.

—Es verdad, repuso Don Juan con imponderable amargura.

—Tambien se dice que V. A. prestó á los Estados generales cien mil florines, de propio peculio; que los Estados dilataron satisfacerlos, y que ahora se niegan á su pago, bajo los mas sutiles pretestos, dijo el armero de Bruselas con mas desenfado.

—Es verdad, respondió el austriaco con espresion menos amarga.

—Cuentan que las tropas del rey piden el saqueo de las ciudades, para reintegrarse de los sueldos que se las adeudan.

—Es cierto, murmuró el príncipe, sintiendo la insubordinacion de la hueste.

—Y añaden, que V. A., colocado en tan crítica situacion, padece enfermedades y sufre continuamente mil disgustos.

—No me faltan enfermedades ni disgustos: los unos laceran mi alma; los otros van debilitando mi cuerpo. Es la verdad.

—Tomad ejemplo de mí, señor: cuento cincuenta años cumplidos, y sin embargo, estoy tan fuerte como el acero que recibia forma á los golpes de mi martillo, repuso Cornelio Estraten.

—Yo tambien he sido de acero, y sin embargo, ahora me doblo como una espada de mal temple, dijo el austriaco sonriyendo.

El armero meció la cabeza en señal de profundo disgusto; pero á una mirada de su hija prosiguió cada vez con mas desenfado.

—Os deben los Estados cien mil florines, y yo os los presentó en su nombre.

El austriaco miró á maesse Cornelio con singular admiracion, como dudando de lo que acababa de decirle, y preguntó despues:

—Maesse Cornelio, ¿habeis recibido de los Estados generales esa cantidad que me ofreceis? ¿esos florines han salido del tesoro de las provincias?

El armero no estaba prevenido para una pregunta que parecia muy natural, y dirijió una mirada á su hija, como preguntándola la respuesta. Don Juan sorprendió esta mirada, y preguntó de nuevo:

—Maesse Estraten, ¿jurais por la religion que profesamos, que habeis recibido ese oro de los Estados generales? Respondedme sin vacilar.

Maesse Cornelio tartamudeó algunas palabras ininteligibles, y el príncipe continuó, comprendiendo perfectamente el piadoso fraude del armero:

—Cerrad ese cofre, maesse Estraten, y conservad vuestro tesoro: si el rey no me manda recursos, perderé lo que he conquistado; y si los soldados piden el saqueo de alguna ciudad que se rinda, les entregaré mi cabeza para que la pongan á precio, y defenderé la ciudad.

—Príncipe, dijo entonces María, adelantándose hasta la mesa, y poniendo su delicada mano sobre el cofrecillo: ese oro es mio, y yo os lo presento: ¿os atreveréis á rehusarlo? Y al pronunciar estas palabras tenia la jóven el noble ademan de una reina.

—No puedo aceptarlo, señora, repuso el príncipe friamente.

—¿Por qué, príncipe? preguntó María con su imponente majestad.

—Ni vos, maesse Cornelio, podeis ofrecérmelo, añadió el austriaco, dirijiéndose al padre y sin responder á su hija.

—¿Por qué? preguntó el armero, sintiendo mucho entrar de nuevo en discusion.

—Porque ese oro serviria para combatir á vuestros hermanos.

—Teneis razon, dijo el armero, poniendo la mano sobre el cofre por un movimiento maquinal, y sintiendo que la sangre flamenca empezaba á recobrar su imperio.

—No tiene razon, dijo María, levantando la mano de su padre. En un momento de locura gasté en favor de los Estados cien mil florines: poniendo igual suma á vuestra disposicion, conservo rigorosa neutralidad. Príncipe, aceptad ese oro, si estimais en algo mi amor.

—María tiene razon, repuso el armero retrocediendo algunos pasos.

—Y aun hay mas, príncipe; yo os debo una suma inmensa.

—¿Vos me debeis? preguntó el príncipe admirado.

—Os debo la vida de mi padre, que con esposicion de la vuestra, salvasteis en la iglesia de Kouvemberg. Si lo ha olvidado el bienhechor, no lo ha olvidado la que recibió el beneficio.

—¿Y quereis pagarme con oro un pequeño favor, que antes me habiais satisfecho con usura? Soy hijo de un emperador, y con oro apenas se paga á un mercader judío.

—No pretendo, príncipe, pagaros un favor que no tiene precio, ni se recompensa con oro á una persona como vos; os ofrezco un medio solamente de disminuir vuestros disgustos. Aunque habeis triunfado cien veces, os encontrais sediento de gloria, porque la gloria nunca sacia, y para vos seria la muerte perder una de las ciudades que habeis conquistado en pocos dias. Decidme, príncipe, ¿un general que ve comprometido su ejército por falta de recursos no toma prestado?

—Sí, María, respondió el austriaco, ecsaminando la noble espresion de su amada.

—Pues yo os ofrezco....yo no, mi padre os presta cien mil florines. ¿Los aceptais? preguntó María de una manera que no permitia la repulsa.

—Maesse Cornelio, ¿me ofreceis un préstamo de cien mil florines?

—Os ruego, señor, que lo acepteis, replicó el armero con júbilo.

—Fijad un plazo para el reintegro, repuso el príncipe.

—Cien años, dijo entonces maesse Estraten con la mayor formalidad.

—Bizarro estais, maesse Cornelio. No puedo admitir ese plazo.

—Fijadlo vos, dijo María, dirijiéndose á D. Juan de Austria.

—Seis meses; ni dia mas, ni dia menos, repuso el austriaco.

—Me parece muy corto, señor, observó la hermosa María.

—No puedo alargarlo, señora, replicó D. Juan seriamente.

—Aceptado, dijo maesse Estraten, queriendo cortar la discusion.

—¿Queréis mi firma? preguntó el austriaco á Estraten.

—Con vuestra palabra me basta, repuso el generoso armero.

—Es suficiente garantía, añadió D. Juan, que sabia todo el valor de su palabra.

María tendió su mano al príncipe, y dijo con voz conmovida:

—Es la media noche, D. Juan, y necesitais tomar descanso.

—¿Cuándo os volveré á ver? preguntó el príncipe, que apenas habia hablado de amor despues de una ausencia tan larga.

—Mañana, repuso la jóven, bañando á su amante en una mirada de inmensa ternura y de profunda compasion.

El armero se despidió tambien del príncipe, y éste los acompañó hasta la puerta, queriendo dilatar así el momento de separarse de una mujer á quien amaba.

Apenas habia cerrado D. Juan el cofre, cuando se presentó Octavio Gonzaga que, deseoso de hablar al príncipe, habia permanecido á la puerta, hasta que se retiró María con el generoso y franco armero.

—¿Qué quieres, Gonzaga? le preguntó el príncipe viéndole entrar tan de repente, y con una espresion sombría y horriblemente aterradora.

—Desearia hablar á V. A., replicó Octavio brevemente.

—Empieza, Octavio, dijo el príncipe con afectuosa tranquilidad.

—¿Sabe V. A. á quién ha recibido? ¿Sabe V. A. á quién ha hablado?

—Sí, repuso el austriaco sonriyéndose, porque se creia mas enterado, y con razon, que su valiente y leal amigo.

—Quizás no: quizás no sabeis quien ha salido de esta tienda.

—¿A quién he recibido, Octavio? añadió el príncipe con la misma jovialidad.

—Al *Aventurero*, replicó Gonzaga, creyendo sorprender al austriaco.

—Al *Aventurero* y al paje, que me sirvió con tanto esmero en el banquete de los señores concejales de Bruselas. ¿No es verdad?

—El *Aventurero* y el paje son, señor, una misma persona.

—Ecsactamente. Lo sé por su propia confesion, Gonzaga.

—¿Y no sospecha V. A....? preguntó Octavio con zozobra.

—¿Por qué he de sospechar, Gonzaga? interrumpió el príncipe friamente.

—El *Aventurero* ha sido, señor, vuestro mas fatal enemigo.

—Lo sé, y no ha tenido inconveniente en confesármelo, especificando los motivos de su conducta, motivos que me han producido una grande satisfaccion.

—Y su venida al campamento dá justo motivo de sospecha.

—Su venida, Octavio Gonzaga, no me causa el menor recelo.

—V. A., honrado y valiente, jamás desconfia de los demas.

—Y en esta ocasion, por lo menos, puedo esplicar satisfactoriamente la venida del formidable *Aventurero*, á quien aprecio, amigo mio.

—Mucho temo....murmuró Gonzaga, no participando de la confianza que manifestaba el austriaco.

—No temas, Octavio, y aquí tienes la mejor prueba.

El príncipe se acercó á la mesa, abrió el cofre, y presentó el oro á su amigo. A su vista retrocedió Gonzaga, y los dos quedaron en silencio; el uno mirando el tesoro, y el otro observando la impresion que sobre Gonzaga producia.

—¿Sospechas ahora? preguntó el príncipe D. Juan.

—Mas que nunca, repuso Octavio, frunciendo las cejas con enojo.

—Desconfiado eres, ¡vive Dios! esclamó D. Juan alegremente.

—¿Qué suma hay ahí? preguntó el maestre de campo general.

—Cien mil florines, dijo el príncipe, cojiendo algunos con la mano.

—Mucho oro es, señor, mucho oro; pero bien pueden desprenderse de él para consumar una venganza.

—¡Octavio! esclamó el austriaco alarmado con la observacion de Gonzaga.

—No temo las espadas de los partidarios de Orange, pero me amedrentan sus tósigos, repuso Octavio con solemne acento y ademan.

A estas palabras imprudentes, sintió el príncipe un estraordinario escalofrio, y respondió con amargura:

—¡Los venenos de los calvinistas! ¡sí, Octavio! ¡Los venenos de los orangistas! Esto que siento en mis venas, este fuego que abrasa mis entrañas, esta debilidad repentina.... Yo no sé que pensar; no lo sé.

—Señor, precaveos de sus asechanzas; pero no temais hasta ahora. Vuestra enfermedad no puede ser el veneno de los orangistas, porque sus tósigos quitaran la vida con la celeridad del rayo, como lo vimos en la iglesia de Santa Gudula.

—Mi enfermedad, Octavio Gonzaga, es de muer-

te. El veneno de los orangistas puede ser tambien lento y seguro como la justicia de Dios.

Habia en las palabras del príncipe una mezcla de desesperacion y de amargura, que hirió cruelmente el corazon del leal Octavio. Sentia éste haber proferido palabras que, avivando las sospechas del gobernador, dieran pábulo á sus temores, y sin embargo, crecian los suyos á cada palabra de D. Juan, hasta punto tal, que creia ver en los párpados del austriaco esas tintas azules que suelen poner en ellos el veneno.

—Mira, Octavio, prosiguió el príncipe: este oro es un préstamo que debo pagar el 3 de Octubre: pensaba aprovecharme de él para el pago de los soldados, pero si es el precio de mi vida, no debo santificar yo mismo un crímen, no debo tocar á ese oro. Guárdalo, Gonzaga, y si he muerto el dia 3 de Octubre, lo devolverás en mi nombre al prestamista. Acuérdate bien; el 3 de Octubre debes entregar este oro.

—Señor..... murmuró, vertiendo lágrimas, el maestre de campo general.

—Octavio, es el principio de mi testamento y te nombro por mi albacea.

El conde de Mega se presentó azorado y trémulo y dijo al príncipe:

—Señor, una nueva sublevacion tiene lugar en el cuartel de los alemanes: sublevacion mas imponente y general que la que V. A. ahogó ante los muros de Nivela.

—¿Qué piden? repuso el austriaco, echando una mirada espresiva al cofre de maesse Estraten.

—Las pagas que se les adeudan ó el saqueo de Philipeville.

—Codiciosos son, ¡vive Dios! Aun no hemos atacado la plaza, y ya me piden sus despojos. Saqueando todas las ciudades, ¿de qué servirán mis conquistas? Seria un gobernador de escombros, y mi nombre se veria escrito en el negro polvo de las ruinas. ¿Se han sublevado todos?

—Todos; menos uno que ha estado á punto de morir oponiéndose á la sedicion.

—¿Quién es ese uno? preguntó el príncipe con estraordinario interés.

—El veterano, á quien perdonó V. A. la vida en el campamento de Nivela.

—Hombre leal. ¿Haberse sublevado todos? ¿Por qué mi hueste no se compone de españoles, que lidian, mueren y jamás despliegan sus labios? Infames, siempre se sublevan á presencia del enemigo. Unen á la traicion la cobardía.

El príncipe dirijió otra mirada al cofre, vaciló un instante y añadió:

—Ahí teneis oro, conde de Mega, satisfaced hasta el último florin á los soldados alemanes; pero que no se llamen nunca soldados de Don Juan de Austria.

—Voy á participarles, señor, que mañana recibirán todos sus atrasos.

—No, ahora mismo. ¿Qué se les debe? preguntó el austriaco impaciente.

—Veinte mil florines, repuso Lanceloto Barlemont.

D. Juan derramó al punto sobre la mesa una gran parte de los florines, que el cofrecillo contenia, y dijo al conde con frialdad:

—Llevaos ese oro al cuartel de los alemanes, y repartídselo al momento.

El conde salió, y volvió á entrar con el veterano, que le habia acompañado hasta la puerta. Este se arrodilló ante el príncipe y pidió besarle la mano. Despues de haberlo conseguido, fué depositando en su celada el oro que el príncipe habia echado sobre la mesa, y salió acompañando al conde.

—Octavio, prosiguió D. Juan, mañana quiero satisfacer todos los atrasos del ejército: no ha de quedar un solo soldado ni capitan á quien debamos un florin.

—¿Os decidís por fin, señor, á gastar ese oro? repuso Gonzaga.

—Me decido: y si alguna vez Felipe II duda en tu presencia de mi lealtad, respóndele: que he mantenido sus soldados con el precio de mi sangre, que he tomado á un tiempo oro y veneno; el primero para defender sus derechos, el segundo para librarlo de su pesadilla.

—¿Cómo repondréis ese oro para el 3 de Octubre, señor?

El príncipe meditó un instante y repuso con tranquilidad:

—El primer oro que venga de España, llenará este cofre, amigo mio, é irá á parar á tu poder. Así cumpliré mi palabra, despues de haber hecho un inestimable favor al rey de España y de sus Indias.

Gonzaga inclinó la cabeza y se dispuso á retirarse; D. Juan le detuvo diciéndole con reposado continente y voz solemne, aunque tranquila:

—Cuando se agrave mi enfermedad, te diré el nombre de la persona á quien debes entregar el oro; pero entre tanto es un secreto.

—Guardadlo, señor, largos años, repuso Octavio tristemente.

—Pocos meses lo guardaré. Adios, Gonzaga, No es este todavía mi último y cariñoso adios.

Octavio se dirijió á la puerta; D. Juan le detuvo de nuevo.

Mira, Octavio, continuó el príncipe: cualquiera que sea tu opinion respecto al paje *Aventurero*, respétalo como á mí mismo.

Gonzaga miró á D. Juan con estrañeza, se inclinó en señal de asentimiento, y salió de la tienda, abrumado de melancólicas ideas. Cuando se vió solo el austriaco, cayó en un sitial desfallecido, lanzó una mirada rencorosa sobre el cofrecillo, apoyó los codos en la mesa, en sus manos la frente, y se entregó á meditaciones profundas. En su mente calenturienta hervian las ideas, como hierven los betunes en un volcan, y chocaban, como las olas en las embravecidas mares. ¡Cuánto sufria el héroe de Lepanto!

Pasó mas de veinte minutos entregado á tan violentas convulsiones; pero alzó de improviso la cabeza, se pasó la mano por la frente, como para desterrar las nubes que su entendimiento oscurecian, y murmuró, siguiendo el hilo de sus anteriores ideas

—Imposible, imposible. Una mujer que tanto me ha amado, una mujer que tantas veces ha espuesto su vida por mí, que me sacrifica su honor... Octavio Gonzaga está loco: es verdad que Octavio no sabe que el paje y el *Aventurero*, el *Aventurero* son la encantadora María. El *Aventurero* era la mujer ofendida, la mujer sedienta de venganza. Reina Margarita, cuánto daño me ha causado tu seduccion. Has dado pábulo á la guerra, me has robado el amor de María. ¿Y todo por qué? porque me fascinaste, porque bebí una lágrima tuya. ¡Una lágrima tuya! Quizás tú lágrima encerraba todos los filtros de Catalina de Médicis: quizás el veneno que quitó la vida á Carlos IX, en la flor de la juventud, está carcomiendo mis entrañas. No, Margarita, tú has envenenado mi alma; mi corazon ha recibido un tósigo de los orangistas. ¿No pretendieron darme yerbas en la iglesia de Santa Gudula? Quizás la mano de Felipe de Marnis ha dirijido el golpe: quizás la mano de María ha ejecutado su voluntad. ¡Ella asesinarme, Dios mio! Mis sesos hierven, mi cráneo se rompe.... ¡Dios mio, tened misericordia de mí. Voy á morir; pero no quiero morir loco.

El príncipe inclinó la cabeza y quedó sumido en una especie de letargo, síntoma frecuente de su penosa enfermedad.

CAPÍTULO X.

LA FIEBRE.

Al rayar el alba todos los cabos de la hueste se encontraban en sus respectivos cuarteles: los coroneles y maestres de campo á la cabeza de sus tercios y coronelías, y los soldados en la mas correcta formacion. El austriaco, que parecia mas vigoroso y mas contento, se presentó armado de todas armas, y acompañado del príncipe de Parma, recorrió todos los cuarteles y arengó á todos los soldados por regimientos, tercios y banderas: tambien ecsaminó por sí mismo los aprestos para el ataque, y señalando á cada cuartel el puesto que ocupar debia, mandó al punto, que los gastadores se precipitaran en el foso, al abrigo de los brindajes, y que con los azadones y picos socavaran los hondos cimientos de los muros de la ciudad, hasta que, desplomándose en parte, presentaran cómoda brecha.

En tanto que los gastadores, protejidos por buen número de soldados, se daban prisa en su faena, los defensores de la plaza se presentaron en los muros, y arrojaron piedras, maderos encendidos, y cuanto podia paralizar una obra, que la cierta é inmediata ruina de la ciudad amenazaba: y no contentos los sitiados con esta especie de defensa, que no producia grande efecto por la solidez de los brindajes, se arrojaron tambien en el foso y empeñaron una ruda y sangrienta pelea. Mientras se lidiaba en el foso, desde los muros de la ciudad hacian disparos sobre los sitiadores; impidiéndoles de este modo ayudar á sus compañeros, que en grave peligro se encontraban, por la desigualdad del número y naturaleza del combate.

D. Juan habia dividido su ejército en cinco partes, destinadas á combatir los cinco baluartes que defendian á la ciudad. Mandaban la primera division, por haberlo así solicitado, Alejandro Farnesio; la segunda, Octavio Gonzaga; la tercera, el conde de Mansfeld; el conde de Mega la cuarta, y la quinta, compuesta de españoles, Cristóbal Mondragon, valiente entre los mas valientes de aquel ejército bizarro. El austriaco se reservaba, como era razon, el mando en jefe, acompañado de su guardia y de algunos nobles castellanos, muy afectos á su persona.

Recorria el príncipe sin tregua los varios puntos atacados, haciendo alarde entre las balas que se sepultaban á sus piés; y al presentarse frente al baluarte que debia atacar el conde de Mega, observó que los gastadores alemanes y soldados que los defendian acosados por los defensores de la plaza, se iban retirando del combate y que algunos de ellos habian abandonado el foso. Inmediatamente dió sus órdenes al conde de Mega, para que una compañía de piqueros avanzara al foso, y reforzara á los que estaban prócsimos á huir. El conde de Mega dió la órden; se adelantó la compañía; pero á un disparo de la plaza, retrocedió dejando en la esplanada algunos muertos y mayor número de heridos.

—¿Y son estos, dijo el austriaco al conde de Mega, son estos los alemanes que pedian entrar á saco la ciudad? ¡Vive Dios! que llevarán en adelante ruecas, pues no saben llevar espadas: y poniéndose al frente de su guardia añadió con un acento que imponia respeto y valor aumentaba:

—Enseñemos á los alemanes cómo se combate una plaza.

El príncipe, los nobles que le acompañaban y su guardia, atravesaron velozmente el espacio que los separaba del foso, y precipitándose en él, sin hacer caso de las piedras, maderos y proyectiles que abollaban sus armaduras, cayeron sobre los enemigos, como un tigre hambriento sobre un lobo que le resiste. Trabado el combate en el foso, pocos podian combatir de frente; y rechazado el enemigo, se batian en primera fila los nobles con el príncipe á la cabeza. Por órden de éste emprendieron los gastadores nuevamente la tarea, que acababan de interrumpir, mientras el austriaco mermaba las filas de los sitiados, que peleaban valerosamente en retirada, disputando á palmos el terreno.

En el foso de Philipeville, no era D. Juan el jefe impasible, que con el baston en la diestra arrollaba los desorganizados escuadrones en las llanuras de Gembloux; era un soldado, cuya espada rompia los acerados yelmos y las mejor templadas cotas, cayendo sobre los enemigos como la espada vengadora de los descendientes de Leví sobre los idólatras del desierto.

El valor de los defensores de Philipeville, aunque constante, no resistió por mucho tiempo al del príncipe, nobles y guardias, y retrocedieron á la ciudad, dejando en el foso varios cadáveres, heridos y algunos prisioneros. Vuelto el gobernador

al lugar que los gastadores ocupaban, dió nuevo impulso á los trabajos, dándoles tambien el ejemplo. Reducidos los defensores de Philipeville al recinto de sus murallas, arrojaban sobre los brindajes piedras de tamaña magnitud, que rompieron algunos de ellos, con muerte de los que debajo trabajaban. Este desastre atemorizó á los gastadores, y algunos intentaron dejar el foso, temiendo perecer lo mismo. El príncipe no estaba lejos y aplicó el remedio antes que el mal se hiciera grave y contagioso. Mandó á su guardia que rodeando á los trabajadores no permitiera la salida; y apoderándose de un pico, empezó á socavar el muro con un esfuerzo que su enfermedad no prometia.

El conde de Mega se inquietaba con la permanencia de D. Juan en puesto de tanto peligro, y los demás cabos estrañaban no verle recorrer sus huestes. Esta inquietud se fué propagando y produjo una grave alarma en el ejército. Procuraron adquirir noticias sobre el paradero del general, y despues de haber enviado emisarios á los diferentes cuarteles, supieron, con referencia al conde de Mega, el peligro á que estaba espuesto D. Juan, siempre entre el polvo de las ruinas y ante el hierro de los sitiados.

El príncipe de Parma y Gonzaga encargaron á sus segundos el mando de sus respectivos cuarteles, y se dirijieron al punto en que el príncipe trabajaba. Razones, instancias y ruegos emplearon Farnesio y Octavio sin conseguir apartar al príncipe de su temerario proyecto, y no pudiendo recabarlo, dijeron que no saldrian de allí si no les acompañaba S. A.

—Señores cabos, repuso D. Juan, os mando que volvais al punto á vuestros respectivos cuarteles, cumpliendo con vuestro deber.

—No saldremos de aquí, señor, sin que nos acompañe V. A., replicó el príncipe de Parma, contando con el parentesco y con el amor de su tio, mas que con el propio derecho de su compañero en el mando.

—Señores cabos, añadió el austriaco con una severidad estraña en su carácter bondadoso, os mando, como general, que volvais á vuestros cuarteles; y si vacilais un segundo, los mosqueteros de mi guardia cumplirán mis órdenes mejor que los generales de mi ejército. Cada cabo á su puesto, cada soldado á su tarea.

El mandato era terminante y la disciplina ecsijia que los cabos obedecieran: Farnesio y Gonzaga no osaron de nuevo replicar, y dejaron el foso para dirijirse á sus cuarteles, como lo mandaba el austriaco.

Ocupado seguia D. Juan de Austria en su trabajo de minero, y los sitiados en arrojar toda clase de proyectiles. Dos jóvenes, armado el uno y vestido de seda el otro, hablaron con el conde de Mega un instante, y se dirijieron al foso, sin retroceder ante una descarga que hicieron entonces los sitiados. Guarecidos bajo los brindajes, preguntó Gonzalo que era uno de ellos, al capitan de guardias de S. A., por el príncipe.

—Allí está, caballero Gonzalo, repuso el capitan al momento, señalando la entrada de una mina, harto profunda y peligrosa.

Los jóvenes se dirijieron á ella, y descubrieron al austriaco, trabajando con mas afan que los mas robustos gregarios.

—Señor, dijo Gonzalo al verlo en tono de reconvencion.

—¡Príncipe! esclamó tambien María, que con su vestido de hombre acompañaba al fiel Gonzalo en tan eminente peligro.

—¡Gonzalo! ¡María!.... esclamó el príncipe, interrumpiendo su faena y enjugándose las anchas gotas de sudor que se desprendian de su frente. ¡Gonzalo Enrique! ¿Qué buscais en este lugar?

—¿Qué haceis, señor? preguntó María sobrecojida y apenada.

—Llenar el oficio de soldado. Quizá será Philipeville la última ciudad que yo combata, y quiero enseñar á propios y estraños cómo ha de morir un valiente, cómo un general de Castilla.

—Dejad ese pico, señor, y abandonad este paraje, dijo la jóven.

Profundas arrugas se marcaron en la frente del general, y murmuró con amargura, llevándose las manos al pecho:

—Vendrá á presenciar mi agonía; á gozarse en mis convulsiones; á escuchar mi ronco estertor.

—Dejad ese pico, señor, y abandonad este paraje, repitió Gonzalo á su vez, garantido con la amistad que su señor le profesaba.

—Sigue tú, Gonzalo, mi ejemplo, respondió el príncipe á su paje, apartando los ojos de María, que añadió con solemne acento:

—No es este el puesto de un general, y por lo tanto no es el vuestro.

—Os he dicho que soy soldado, repuso el austriaco con frialdad.

María se acercó al oido del príncipe, y le dijo con inesplicable dulzura, con la dulzura que posee solo una mujer tiernamente amada:

—Sígueme, príncipe, por nuestro amor. Sígueme: lo quiero, D. Juan.

El austriaco lanzó á la jóven una mirada que queria leer en lo profundo de su alma, y viendo aquel rostro sereno, aquel aliento siempre igual y aquellos ojos que revelaban un amor lleno de pureza, tuvo que volver la cabeza para enjugar una ardiente lágrima que rodaba por su mejilla.

—¿Qué teneis, señor? preguntó la hermosa María viendo correr aquella lágrima.

En este momento arrojaron los defensores de Philipeville una piedra, que rompiendo el brindaje inmediato al en que el príncipe, María, y Gonzalo se guarecian, sepultó á algunos gastadores y soldados. Sobre los lamentos de los mutilados moribundos, alzó la voz del príncipe diciendo:

—¡Huye de este lugar, María! ¡Huye por el Dios que adoramos.

—Aquí moriremos los dos, respondió la jóven con voz firme, sobreponiéndose al terror que acababa de producirle aquella tristísima escena, y acercándose tanto á su amante, que ó habian de morir del mismo golpe, ó de quedar salvos los dos.

Desde que fueron rechazados los defensores de Philipeville, pensó Florineu, gobernador de la ciudad, en tratar de capitulaciones, y así lo propuso á los ciudadanos y á los capitanes de la valiente guarnicion. La prudencia de Florineu fué mirada por los ciudadanos como manifiesta traicion, y por los fogosos soldados como traicion y cobardía; sus palabras tuvieron por respuesta los mas insultantes denuestos, y declarándose tropa y ciudadanos en manifiesta sedicion, prendieron al gobernador, le encerraron en un calabozo, y se abalanzaron al muro. Lidiaron los primeros momentos con un temerario valor; pero notando que los muros se bamboleaban, y desesperando de recibir tan pronto socorro como la situacion requeria, decayeron un poco de ánimo, y sacaron de su prision á Florineu, pidiéndole entablara al momento negociaciones con el príncipe. Florineu aceptó el encargo, pidiendo al instante parlamento, y preparándose á salvar las vidas de los que lo habian maltratado con tan inhumano rigor.

—¿Tú morir, María, tú morir? decia el príncipe enagenado viendo el valor de una mujer tan delicada y tan hermosa. Huye de aquí; ¿no consideras que tu muerte causaria la de todos los defensores de esa desgraciada ciudad? ¿Que por cada gota de tu sangre me habian de dar toda la suya?

—Sígueme, por Dios, Don Juan, sígueme si no quieres verme morir.

—Apártate de aquí, María. Yo que desprecio los peligros cuando se trata de mi vida, estoy por la tuya temblando.

—Y yo, que tiemblo ante el peligro, tengo valor para salvarte ó para contigo perecer, repuso la hija del armero con heróica resolucion.

—¿Me amas otra vez como me amabas? preguntó Don Juan.

—Mas que nunca, dijo María estampando sus labios sobre el guantelete del príncipe.

—¿Lo has olvidado todo? volvió á preguntarla el austriaco.

—Todo, repuso la flamenca con la espresion de la verdad.

Huye, María, que estoy temblando como un niño, como un cobarde.

—Pues que te empeñas en morir, contigo Don Juan moriré.

Luchaba Don Juan entre su amor y la obligacion que se habia impuesto de ser á un tiempo general y el mas intrépido soldado, cuando notó con estrañeza que habian cesado los sitiados de hostilizar á sus formidables sitiadores. Iba el príncipe á preguntar la causa, pero llegó el conde de Mega.

—¿Qué buscais, conde en este sitio? le preguntó el austriaco severo, recordando la escena que habia tenido poco antes con Alejandro y con Gonzaga, y no queriendo repetirla en tan crítica situacion.

—Vengo á noticiar á V. A. que la plaza pide parlamento.

—¡No ha sido inútil mi fatiga! esclamó el príncipe alborozado. Y comunicando sus órdenes á los gastadores, salió del foso acompañado de su guardia, y llevando el formidable pico que habia manejado largo tiempo. María y Gonzalo le siguieron á corta distancia, satisfechos de ver al príncipe fuera del peligro y vencedor.

Suspensas las hostilidades, creyó Florineu conveniente desempeñar una mision tan importante y delicada por sí mismo, y precedido de un trompeta, se dirijió al cuartel de los españoles, en donde á la sazon ondeaba el estandarte de Don Juan.

Florineu, lejos de odiar al príncipe lo respetaba como á capitan y queria como á caballero: la discusion fué breve y franca, concertando que la ciudad no sufriria el menor vejámen respetándose al vecindario en sus haciendas y personas: que á los soldados que pasaran al campo del rey, pagaria el príncipe los tres meses de sueldo que les estaban debiendo los Estados; que ademas saldrian con todas sus armas, tambor batiente, bandera desplegada y demas honores militares: aparato fúnebre que se concede á las guarniciones briosas, pero que no deja de ser el entierro de la ciudad que ha sucumbido. Firmadas estas condiciones, besó Florineu la mano al príncipe, y se retiró para cumplirlas antes que cerrara la noche, y no mudaran los sitiados de parecer.

Los habitantes de Philipeville, que habian encarcelado horas antes á Florineu como traidor, salieron á su encuentro ansiosos y recibieron con alegría las condiciones que acababa de estipular. La guarnicion, que habia aherrojado á Florineu como á fementido y cobarde, salió tambien á recibirle, manifestó el mayor contento, se formó inmediatamente en columna, y con el gobernador á su cabeza, salió á cumplir las capitulaciones que en su favor se habian pactado. Mas de quinientos tomaron plaza en el ejército del príncipe; igual número se despidieron, la ciudad quedó por el rey, y el austriaco devolvió las llaves al gobernador Florineu.

Inmediatamente el ejército, con el príncipe á la cabeza, entró en la ciudad á prima noche, hallando las casas iluminadas y los habitantes en alegre traje de fiesta. El austriaco no gozaba casi de su triunfo, pues rendido de cansancio apenas le quedaba vigor bastante para regir su brioso corcel.

El gobernador recibió á D. Juan con los honores debidos á un príncipe y conquistador al mismo tiempo: le alojó en su casa, y, distribuyendo á los mas nobles capitanes en las principales de la ciudad, se manifestó cortés huésped quien se habia presentado horas antes formidable competidor.

Con dificultad recibió el príncipe los honores que le dispensaron; y aunque sufria terriblemente, presentaba el rostro sereno, dominando los agudos dolores, que no pudieron un momento sobreponerse á la fuerza de su voluntad. Entró en su cámara por fin, acompañado solamente del paje Gonzalo y de María, se desenlazó la celada, y se quitó al punto las manoplas.

—¿Estais fatigado, señor? preguntó Gonzalo cuidadoso.

—Sí, repuso el príncipe lanzando un profundo suspiro.

—¿Estais enfermo? añadió la jóven, con mas inquietud.

—Sí, María, dijo D. Juan de Austria dejándose caer sobre un sitial.

Temblaban los labios del príncipe al dar estas breves respuestas y sus ojos querian cerrarse. María lo contempló algunos segundos, se apoderó despues de su mano, contó los latidos de su pecho y esclamó lanzando un grito lastimoso:

—¡La fiebre!

María se cubrió el rostro con las manos, repitiendo con amargura:

—¡La fiebre! ¡La fiebre! ¡La fiebre!

CAPÍTULO XI.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.

Desde la toma de Nivela á la de Philipeville tuvo lugar un acontecimiento, que pudo ser considerado como la descubierta de un nuevo enemigo que iba á presentarse en el palenque. En el sitio de aquella primera ciudad, pidieron los regimientos franceses entrarla á saco; el príncipe se negó abiertamente; pero queriendo recompensarlos, les dió la propiedad de las armas que habia depuesto la guarnicion. Reunidas estaban aquellas en las casas consistoriales; los franceses entraron en tropel, y, disputándose el botin, trabaron tan cruda refriega, que mas de doscientos cadáveres atestiguaron la ferocidad de unos soldados codiciosos hasta un estremo que los hacia singularmente despreciables.

Poco satisfechos los franceses de no haber saqueado la ciudad, ó quizás llamados por Francisco, duque de Alenzon, que venia hácia Flandes, pidieron á D. Juan de Austria, que los despidiera del servicio. No creyó el príncipe conveniente mantener á sueldo del rey unos enemigos encubiertos, y los despidió como pedian. Mas, apenas salidos de Flandes, retrocedieron de improviso, y cayeron sobre el Haenault, como una bandada de cuervos sobre un campo sembrado de cadáveres, ó como una cuadrilla de salteadores sobre el indefenso viajero.

A contener tales demasías, partió el bravo Camilo del Monte, con algunas bandas de caballos; y tan buena maña se dió, que acuchilló á los invasores matándoles la mayor parte de su tropa, y obligando á los escasos restos á refugiarse en un castillo; el que no espugnó, por carecer de artillería y porque recibieron los sitiados un considerable refuerzo, superior en mucho á la hueste del intrépido Camilo del Monte.

Las fatigas que habia sufrido D. Juan de Austria en el sitio de Philipeville, agravaron su enfermedad; desarrollando aquella fiebre, que, segun los médicos, debia curarse con algunos dias de reposo, y segun María, mejor informada que los médicos, conducirlo mas ó menos pronto á la tumba en la flor de la juventud y en el apogeo de su gloria.

Instado el príncipe de sus amigos y principales cabos de la hueste, y hasta agriamente reprendido por su confesor, decidió retirarse á Namur, confiando el mando del ejército al invicto príncipe de Parma, y encargándole particularmente que pusiera sitio á Limburgo y que la espugnara sin descanso.

Gustosísimo aceptó Alejandro el supremo mando de la hueste, tanto para venir á las manos con Juan Casimiro, hermano del elector Palatino y general de sus ejércitos, como para borrar la falsa opinion, generalmente acreditada, de que el ejército del rey solo acometia fáciles empresas, temiendo venir á las manos con el de los Estados generales, y no osando acometer plazas bien artilladas y que pudieran ser medianamente defendidas. El austriaco partió á Namur, y Farnesio movió con su hueste, radiante de orgullo por mandar en jefe ejército tan numeroso.

Envió delante el príncipe de Parma á Gabriel Niño, aleniado maestre de campo de los españoles, con siete banderas de arcabuceros animosos y veteranos: seguia despues Camilo del Monte con parte de la caballería, para que hiciera espalda á Niño cuando acometiera los arrabales de Limburgo. El 7 de Junio á media noche movió Alejandro con la restante infantería española y walona, quedándose el tercio de Fiomberg para convoyar diez gruesos cañones de batir.

Bien guarnicionada se encontraba la importante plaza de Limburgo, y viendo acercarse á Gabriel Niño, quiso defender sus arrabales, enviando contra los españoles crecida tropa de franceses, de escoceses y de alemanes. Niño acometió bizarramente á sus contrarios, y encerrándoles en el murado recinto de la plaza, se apoderó de sus arrabales con muchos víveres y ganados, presa importante para un ejército sitiador.

La desigualdad del terreno hacia difícil plantear el sitio; pero un hombre como Alejandro no encuentra jamás imposibles, y vence las dificultades que se agrupan en su alrededor, por mas enormes que parezcan.

Llegado el príncipe de Parma echó una mirada codiciosa á la ciudad, que como los antiguos castillos feudales dominaba todo el territorio. Ecsaminó Alejandro el terreno, é inmediatamente mandó abrir trincheras y formar terraplenes para colocar la artillería. Concluidos éstos escribió el príncipe una cortés carta á los sitiados, representándoles los derechos que á Felipe II asistian, las incomodidades de un sitio, y al mismo tiempo intimándoles la rendicion, y dándoles un corto plazo.

Recibieron la carta los sitiados; y, con intento de dilatar los rigores del enemigo, contestaron al mensajero que podia volver al dia siguiente, en el que de seguro tendria la mas terminante respuesta. Hízolo como lo ordenaron y obtuvo nuevo aplazamiento. Irritado el príncipe de Parma con tan cautelosa conducta, hizo subir á una colina las mayores piezas de batir, y mandó que jugaran al momento con grave perjuicio de los muros.

Los defensores de Limburgo no esperaban tan pronto estrago, y sobrecojidos de terror pidieron

tregnas al momento: el príncipe se las negó, y de nuevo parlamentando, redujeron su peticion al breve plazo de una hora. No era el ánimo de Alejandro convertir en ruinas la ciudad y era moderada la ecsigencia: condescendió pues á la demanda, mandando callar la batería que tan graves daños causaba á los infelices sitiados.

En el momento de cesar respiraron los limburgueses, y procurando mover á clemencia á los irritados sitiadores, hicieron marchar sobre las ruinas del roto muro á crecida tropa de mujeres, con sus hijuelos en los brazos. Estas madres desconsoladas presentaban á los sitiadores las tiernas prendas de su amor, levantaban las manos hácia los soldados, que con juramentos y amenazas las aumentaban el terror, y solicitaban de rodillas conmiseracion, perdon y paz á nombre de los objetos mas sagrados.

Antes de cumplirse la hora, se presentaron á Farnesio los diputados de Limburgo, aunque se oponia á la rendicion el gobernador del castillo; y salvas las vidas y haciendas de los ciudadanos, la ciudad, batida sobre un escarpado peñasco, cuyas torres y baluartes de piedra viva, con solo dos puertas, auguraban una obstinada resistencia, y el castillo, de mármol y jaspe, se pusieron á merced del jóven vencedor, que así acreditaba sus dotes de sabio y valiente general.

A 16 de Junio hizo Alejandro su entrada triunfal en Limburgo, entre los aplausos de sus habitantes, que olvidando el terror pasado, se entregaban á una bulliciosa alegría. La guarnicion de la ciudad, compuesta de mas de mil hombres, tomó parte en la hueste del rey; y solamente el gobernador y su esposa, mujer de ánimo varonil, demostraron la cobardía de los ciudadanos de Limburgo, y sin aceptar ningun partido, fueron conducidos á Aquisgran por una tropa de españoles.

No fué Limburgo para Farnesio lo que para el cartaginés Cápua; el mismo dia que se posesionó de la ciudad destinó á varios jefes de su confianza para que fueran conquistando lo restante de la provincia. Todos los pueblos se entregaban sin hacer la menor resistencia, quedando esta temeridad ó gloria para el pueblecillo de Dalem. A él llegó Camilo del Monte, con carta del príncipe de Parma, exhortando á que volvieran, como debian, al servicio del rey. Los soldados de Holanda y Geuldres, que su castillo guarnecian, respondieron á Camilo del Monte con el estampido del cañon. Súpolo Farnesio, y admirado de la avilantez del lugarejo, llamó á Enrique Vienni y le dijo: *Id á Dalem, y haced que la artillería meta esta mi carta en el lugar.*

Partió Enrique con sus cañones, su coronelía de borgoñones y cuatro banderas de alemanes; y llegado, asestó la artillería contra el fuerte, que tan pertinaz como sus defensores, despedia las balas sin que hicieran mella en su muro. Irritados los borgoñones, tomaron entonces por su cuenta el asalto, y arrimando al muro las escalas, dieron principio á una refriega que, aunque sangrienta y porfiada, acabó por poner en sus manos el pueblecito y el castillo. Los soldados de Gueldres y Holanda perecieron miserablente, muriendo tambien muchos vecinos; pues precipitándose los soldados, como desbordado torrente, no perdonaban edad ni secso: saciando en todos su furor, y satisfaciendo en mas de un caso la hidrópica sed de su codicia.

El triunfo de las armas reales quedó manchado con un suceso, que, aunque frecuente, siempre infama á quien lo comete ó tolera. Una jóven de diez y seis años, hija del gobernador de la plaza, que habia perecido en el combate, se retiró al templo, como todas las demás mujeres. Su hermosura llamó la atencion de un borgoñon y un aleman, y ambos se precipitaron sobre ella, atormentándola al disputársela. Irritados los dos campeones estremaban mas su furor, y fuera de intento, ó por acaso, recibió la hermosa doncella una grave herida en el cuello. El otro que la codiciaba iba á vengar furioso el agravio, cuando acudiendo muchos en tropel y al querer huir la infeliz niña, porque ninguno lograse la presa que se le escapaba de las manos, descargó el homicida acero sobre la cabeza de la jóven, y aun hubiera repetido el golpe, á no impedirlo Pablo Rinalde, amigo del príncipe de Parma, que con la voz y acero á un tiempo, ahuyentó á los bárbaros; salvando á la inocente víctima que murió pocas horas despues en los brazos de su familia.

Feliz en estremo Alejandro, restituyó al rey en veinte dias toda la provincia de Limburgo. Territorio que ocuparon primero los suncios y los eburones; que estuvo regido largo tiempo por señores particulares; que el emperador Wenceslao erijió en ducado, y que habiendo muerto Enrique, último duque de Limburgo, Adolfo, conde de Berg, su heredero, vendió en 1280 á Juan I, duque de Brabante. Reinaldo II, duque de Gueldres, protestó contra esta venta, como hecha en su perjuicio; pero la confirmó diez años despues. Este país es conocido generalmente con el nombre de *País al otro lado del Mossa*, y sus diputados tomaron asiento en las asambleas de los Estados del Brabante. Solo tiene un sello y un canciller para sus dos provincias, y los privilegios se les han acordado en comun, como se muestra por los rescriptos del emperador Cárlos IV, en 1349; de Segismundo, en 1430; de Maximiliano I, en 1512; y de Cárlos V, en 1530. Felipe II, recibiendo el juramento de fidelidad de los diputados de las provincias de los Países-Bajos, despues de la abdicacion de su padre, recibió uno por lo perteneciente al territorio del Brabante, y el otro por el *País al otro lado del Mossa*.

Mientras recibia el príncipe de Parma las cumplidas felicitaciones del obispo de Lieja y duque de Julier, se inclinaban en la ciudad de Amberes el archiduque y los Estados á muy diferentes partidos, siguiendo el compás de bien encontrados sentimientos. Entristecidos y aterrados con la pérdida de Limburgo, se reanimaron de improviso, merced á un estraño rumor, al que dió motivo la publicacion de un libelo. Decia éste, que la pólvora depositada en el castillo de Limburgo, se habia incendiado, volando el castillo, y sepultando bajo sus rui-

—¿Estais enfermo? añadió la jóven, con mas inquietud.

—Sí, María, dijo D. Juan de Austria dejándose caer sobre un sitial.

Temblaban los labios del príncipe al dar estas breves respuestas y sus ojos querian cerrarse. María lo contempló algunos segundos, se apoderó despues de su mano, contó los latidos de su pecho y esclamó lanzando un grito lastimoso:

—¡La fiebre!

María se cubrió el rostro con las manos, repitiendo con amargura:

—¡La fiebre! ¡La fiebre! ¡La fiebre!

CAPÍTULO XI.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.

Desde la toma de Nivela á la de Philipeville tuvo lugar un acontecimiento, que pudo ser considerado como la descubierta de un nuevo enemigo que iba á presentarse en el palenque. En el sitio de aquella primera ciudad, pidieron los regimientos franceses entrarla á saco; el príncipe se negó abiertamente; pero queriendo recompensarlos, les dió la propiedad de las armas que habia depuesto la guarnicion. Reunidas estaban aquellas en las casas consistoriales; los franceses entraron en tropel, y, disputándose el botin, trabaron tan cruda refriega, que mas de doscientos cadáveres atestiguaron la ferocidad de unos soldados codiciosos hasta un estremo que los hacia singularmente despreciables.

Poco satisfechos los franceses de no haber saqueado la ciudad, ó quizás llamados por Francisco, duque de Alenzon, que venia hácia Flandes, pidieron á D. Juan de Austria, que los despidiera del servicio. No creyó el príncipe conveniente mantener á sueldo del rey unos enemigos encubiertos, y los despidió como pedian. Mas, apenas salidos de Flandes, retrocedieron de improviso, y cayeron sobre el Haenault, como una bandada de cuervos sobre un campo sembrado de cadáveres, ó como una cuadrilla de salteadores sobre el indefenso viajero.

A contener tales demasías, partió el bravo Camilo del Monte, con algunas bandas de caballos; y tan buena maña se dió, que acuchilló á los invasores matándoles la mayor parte de su tropa, y obligando á los escasos restos á refugiarse en un castillo; el que no espugnó, por carecer de artillería y porque recibieron los sitiados un considerable refuerzo, superior en mucho á la hueste del intrépido Camilo del Monte.

Las fatigas que habia sufrido D. Juan de Austria en el sitio de Philipeville, agravaron su enfermedad; desarrollando aquella fiebre, que, segun los médicos, debia curarse con algunos dias de reposo, y segun María, mejor informada que los médicos, conducirlo mas ó menos pronto á la tumba en la flor de la juventud y en el apogeo de su gloria.

Instado el príncipe de sus amigos y principales cabos de la hueste, y hasta agriamente reprendido por su confesor, decidió retirarse á Namur, confiando el mando del ejército al invicto príncipe de Parma, y encargándole particularmente que pusiera sitio á Limburgo y que la espugnara sin descanso.

Gustosísimo aceptó Alejandro el supremo mando de la hueste, tanto para venir á las manos con Juan Casimiro, hermano del elector Palatino y general de sus ejércitos, como para borrar la falsa opinion, generalmente acreditada, de que el ejército del rey solo acometia fáciles empresas, temiendo venir á las manos con el de los Estados generales, y no osando acometer plazas bien artilladas y que pudieran ser medianamente defendidas. El austriaco partió á Namur, y Farnesio movió con su hueste, radiante de orgullo por mandar en jefe ejército tan numeroso.

Envió delante el príncipe de Parma á Gabriel Niño, aleniado maestre de campo de los españoles, con siete banderas de arcabuceros animosos y veteranos: seguia despues Camilo del Monte con parte de la caballería, para que hiciera espalda á Niño cuando acometiera los arrabales de Limburgo. El 7 de Junio á media noche movió Alejandro con la restante infantería española y walona, quedándose el tercio de Fiomberg para convoyar diez gruesos cañones de batir.

Bien guarnicionada se encontraba la importante plaza de Limburgo, y viendo acercarse á Gabriel Niño, quiso defender sus arrabales, enviando contra los españoles crecida tropa de franceses, de escoceses y de alemanes. Niño acometió bizarramente á sus contrarios, y encerrándoles en el murado recinto de la plaza, se apoderó de sus arrabales con muchos víveres y ganados, presa importante para un ejército sitiador.

La desigualdad del terreno hacia difícil plantear el sitio; pero un hombre como Alejandro no encuentra jamás imposibles, y vence las dificultades que se agrupan en su alrededor, por mas enormes que parezcan.

Llegado el príncipe de Parma echó una mirada codiciosa á la ciudad, que como los antiguos castillos feudales dominaba todo el territorio. Ecsaminó Alejandro el terreno, é inmediatamente mandó abrir trincheras y formar terraplenes para colocar la artillería. Concluidos éstos escribió el príncipe una cortés carta á los sitiados, representándoles los derechos que á Felipe II asistian, las incomodidades de un sitio, y al mismo tiempo intimándoles la rendicion, y dándoles un corto plazo.

Recibieron la carta los sitiados; y, con intento de dilatar los rigores del enemigo, contestaron al mensajero que podia volver al dia siguiente, en el que de seguro tendria la mas terminante respuesta. Hízolo como lo ordenaron y obtuvo nuevo aplazamiento. Irritado el príncipe de Parma con tan cautelosa conducta, hizo subir á una colina las mayores piezas de batir, y mandó que jugaran al momento con grave perjuicio de los muros.

Los defensores de Limburgo no esperaban tan pronto estrago, y sobrecojidos de terror pidieron

tregnas al momento: el príncipe se las negó, y de nuevo parlamentando, redujeron su peticion al breve plazo de una hora. No era el ánimo de Alejandro convertir en ruinas la ciudad y era moderada la ecsigencia: condescendió pues á la demanda, mandando callar la batería que tan graves daños causaba á los infelices sitiados.

En el momento de cesar respiraron los limburgueses, y procurando mover á clemencia á los irritados sitiadores, hicieron marchar sobre las ruinas del roto muro á crecida tropa de mujeres, con sus hijuelos en los brazos. Estas madres desconsoladas presentaban á los sitiadores las tiernas prendas de su amor, levantaban las manos hácia los soldados, que con juramentos y amenazas las aumentaban el terror, y solicitaban de rodillas conmiseracion, perdon y paz á nombre de los objetos mas sagrados.

Antes de cumplirse la hora, se presentaron á Farnesio los diputados de Limburgo, aunque se oponia á la rendicion el gobernador del castillo; y salvas las vidas y haciendas de los ciudadanos, la ciudad, batida sobre un escarpado peñasco, cuyas torres y baluartes de piedra viva, con solo dos puertas, auguraban una obstinada resistencia, y el castillo, de mármol y jaspe, se pusieron á merced del jóven vencedor, que así acreditaba sus dotes de sabio y valiente general.

A 16 de Junio hizo Alejandro su entrada triunfal en Limburgo, entre los aplausos de sus habitantes, que olvidando el terror pasado, se entregaban á una bulliciosa alegría. La guarnicion de la ciudad, compuesta de mas de mil hombres, tomó parte en la hueste del rey; y solamente el gobernador y su esposa, mujer de ánimo varonil, demostraron la cobardía de los ciudadanos de Limburgo, y sin aceptar ningun partido, fueron conducidos á Aquisgran por una tropa de españoles.

No fué Limburgo para Farnesio lo que para el cartaginés Cápua; el mismo dia que se posesionó de la ciudad destinó á varios jefes de su confianza para que fueran conquistando lo restante de la provincia. Todos los pueblos se entregaban sin hacer la menor resistencia, quedando esta temeridad ó gloria para el pueblecillo de Dalem. A él llegó Camilo del Monte, con carta del príncipe de Parma, exhortando á que volvieran, como debian, al servicio del rey. Los soldados de Holanda y Geuldres, que su castillo guarnecian, respondieron á Camilo del Monte con el estampido del cañon. Súpolo Farnesio, y admirado de la avilantez del lugarejo, llamó á Enrique Vienni y le dijo: *Id á Dalem, y haced que la artillería meta esta mi carta en el lugar.*

Partió Enrique con sus cañones, su coronelía de borgoñones y cuatro banderas de alemanes; y llegado, asestó la artillería contra el fuerte, que tan pertinaz como sus defensores, despedia las balas sin que hicieran mella en su muro. Irritados los borgoñones, tomaron entonces por su cuenta el asalto, y arrimando al muro las escalas, dieron principio á una refriega que, aunque sangrienta y porfiada, acabó por poner en sus manos el pueblecito y el castillo. Los soldados de Gueldres y Holanda perecieron miserablente, muriendo tambien muchos vecinos; pues precipitándose los soldados, como desbordado torrente, no perdonaban edad ni secso: saciando en todos su furor, y satisfaciendo en mas de un caso la hidrópica sed de su codicia.

El triunfo de las armas reales quedó manchado con un suceso, que, aunque frecuente, siempre infama á quien lo comete ó tolera. Una jóven de diez y seis años, hija del gobernador de la plaza, que habia perecido en el combate, se retiró al templo, como todas las demás mujeres. Su hermosura llamó la atencion de un borgoñon y un aleman, y ambos se precipitaron sobre ella, atormentándola al disputársela. Irritados los dos campeones estremaban mas su furor, y fuera de intento, ó por acaso, recibió la hermosa doncella una grave herida en el cuello. El otro que la codiciaba iba á vengar furioso el agravio, cuando acudiendo muchos en tropel y al querer huir la infeliz niña, porque ninguno lograse la presa que se le escapaba de las manos, descargó el homicida acero sobre la cabeza de la jóven, y aun hubiera repetido el golpe, á no impedirlo Pablo Rinalde, amigo del príncipe de Parma, que con la voz y acero á un tiempo, ahuyentó á los bárbaros; salvando á la inocente víctima que murió pocas horas despues en los brazos de su familia.

Feliz en estremo Alejandro, restituyó al rey en veinte dias toda la provincia de Limburgo. Territorio que ocuparon primero los suncios y los eburones; que estuvo regido largo tiempo por señores particulares; que el emperador Wenceslao erijió en ducado, y que habiendo muerto Enrique, último duque de Limburgo, Adolfo, conde de Berg, su heredero, vendió en 1280 á Juan I, duque de Brabante. Reinaldo II, duque de Gueldres, protestó contra esta venta, como hecha en su perjuicio; pero la confirmó diez años despues. Este país es conocido generalmente con el nombre de *País al otro lado del Mossa*, y sus diputados tomaron asiento en las asambleas de los Estados del Brabante. Solo tiene un sello y un canciller para sus dos provincias, y los privilegios se les han acordado en comun, como se muestra por los rescriptos del emperador Cárlos IV, en 1349; de Segismundo, en 1430; de Maximiliano I, en 1512; y de Cárlos V, en 1530. Felipe II, recibiendo el juramento de fidelidad de los diputados de las provincias de los Países-Bajos, despues de la abdicacion de su padre, recibió uno por lo perteneciente al territorio del Brabante, y el otro por el *País al otro lado del Mossa*.

Mientras recibia el príncipe de Parma las cumplidas felicitaciones del obispo de Lieja y duque de Julier, se inclinaban en la ciudad de Amberes el archiduque y los Estados á muy diferentes partidos, siguiendo el compás de bien encontrados sentimientos. Entristecidos y aterrados con la pérdida de Limburgo, se reanimaron de improviso, merced á un estraño rumor, al que dió motivo la publicacion de un libelo. Decia éste, que la pólvora depositada en el castillo de Limburgo, se habia incendiado, volando el castillo, y sepultando bajo sus rui-

nas al príncipe de Parma, Mondragon, Hierg y demas cabos españoles: que D. Juan de Austria, aterrado con tan gran pérdida, estaba próximo á perder el juicio, y que estaba reuniendo sus gentes para abandonar la comarca, sin atreverse á esperar refuerzos ni á aventurar nuevas empresas.

Estas noticias, forjadas todas por Guillermo, príncipe de Orange, se fundaban en haberse volado efectivamente un baluarte, cuyo accidente pudo costar la vida á Mondragon, pero que hasta entonces no habia producido graves daños, y se repararian fácilmente cuantos pudiera producir, contando particularmente con la pericia y la constancia de tan esforzado campeon.

Otros diferentes sucesos tenian lugar, y para marchar en seguida con entero desembarazo, los compendiarémos aquí en corto número de líneas; todas ellas autorizadas con el testimonio de contemporáneos historiadores.

Murió en estos dias, y en Namur, el anciano Cárlos, conde de Barlemont, uno de los flamencos mas ilustres y fieles súbditos del rey, que con sus hijos Lanceloto, conde de Mega, Cárlos, conde de Barlemont, no solo defendió valerosa y constantemente el partido de la religion y la autoridad de su rey en guerra y paz, si tambien educó á sus hijos en los mismos nobles sentimientos; teniendo la gloria de ver al señor Hierg, general de la artillería y coronel de walones, al conde de Mega, maestre de campo de los regimientos alemanes, y Floyon, teniente de la coronelía de Hierg; á Altapens, capitan de caballos, y el primero le sucedió en los gobiernos de Namur y de la tesorería real, por propio mérito y por respeto al noble padre.

Los repetidos triunfos del austriaco aterraron al archiduque, y los Estados echaban la culpa á Guillermo; pero este se cuidaba poco de murmuraciones y hablillas, pues pensaba fundar su imperio en las costas de Holanda, para dilatarlo despues por las provincias del Brabante. Retardaba el curso de su reconcentrada ambicion Amsterdan, ciudad opulenta y adicta á su religion y á su rey.

En 1204 era Amsterdan un pequeño castillo, llamado Amstel, que daba nombre á sus señores. Florentino IV, conde de Holanda, le concedió en 1235 varios privilegios, aumentándoselos Guillermo IV en 1342, cuando ya era una ciudad perteneciente al condado de Holanda, no habiéndosela cercado de muro hasta 1482. Amsterdan está edificada en un terreno bajo, que haria terribles las inundaciones, si no estuvieran prevenidas con los diques y las esclusas. El pobre rio Amstel, que divide en dos la ciudad, forma el gran canal de Ammerark. Este canal tiene dos puentes, siendo el mas notable el *puente nuevo* por estar en él las esclusas. Tambien tiene el canal del Emperador, el de los Señores y el del Cingual, todos ellos anchos y profundos, con diques de piedra ó ladrillo y sombreados de tilos y olmos. Las calles de Amsterdan son hermosas, anchas y alineadas. Sus almacenes están provistos de las telas de mas valor; sus plazas y edificios públicos magníficos, y entre estos últimos se nota la casa del ayuntamiento, cuyo pórtico llama la atencion por su bellísima arquitectura. Tiene siete puertas, que apenas permiten la entrada á tres personas á la vez; el frontispicio está embellecido con tres estatuas que representan la justicia, la fortaleza y la templanza: y en un bajorelieve de mármol se vé una matrona, que sostiene las armas de la ciudad, compuestas de una corona imperial y tres cruces, casi como las de San Andrés. Acompañan á esta matrona un Neptuno, leones, unicornios y algunas figuras de héroes, que la sirven de acompañamiento y ornato.

En la sala de las sesiones se encuentran tres grandes esferas de mármol negro, blanco y jaspe, representando las Indias orientales y occidentales, el nuevo mundo, el universo, segun las cartas. Estas esferas están ceñidas de fajas de cobre, que representan todos los signos del zodiaco, y son de un mérito reconocido y singular.

La iglesia de San Nicolás, llamada *la vieja*, es la mas hermosa de la ciudad, y la llamada *nueva* está dedicada á Santa Catalina, y es notable por su coro, artísticamente construido, en el que se ven los cuatro santos evangelistas, y que ha costado mas de setenta mil duros. En los pintados vidrios de esta iglesia se vé al emperador Maesimiliano, que presenta su corona imperial á los regidores de Amsterdan, dispensándoles tan alto y singular honor.

En los muros de esta ciudad, rica y populosa á la vez, se habian estrellado los ejércitos de Guillermo, príncipe de Orange, como las olas de la mar en las rocas de la ribera. Desesperando de la fuerza, recurrió Guillermo á la astucia, y haciéndoles pomposas promesas, se posesionó de la ciudad, para no cumplir despues los pactos, como lo tenia de costumbre.

Por este tiempo llegó Selli de la corte de España, y despues de haber entregado á D. Juan las cartas de Felipe II, se dirijió á Amberes y manifestó á los Estados generales las proposiciones de arreglo que de parte del rey traia. Decia el monarca, que estaba pronto á sacar de Flandes á D. Juan de Austria, dejando de gobernador al príncipe de Parma ó al archiduque Fernando, tio del César; y aun le confirmaria en el gobierno á Matías, siempre que admitieran los Estados algunas otras condiciones. Consultado el caso con Orange, se opuso á la paz, pero aconsejó que pidieran treguas. Selli se avistó con el príncipe de Parma, para empeñarlo á que las aceptase; mas Farnesio las desechó, no siendo mas felices con D. Juan los embajadores del emperador y de la reina de Inglaterra.

Dejó Farnesio el mando de la provincia de Limburgo á Mondragon: y guarneciendo todas las plazas, marchó á reunirse con su tio.

CAPITULO XII.

LA SANGRÍA.

Se retiró el príncipe á Namur acompañado de sus médicos, su confesor, el paje Gonzalo, su secretario Andrés de Prada, varios nobles, y precedido de maesse Cornelio Estraten. Se alojó en *el palacio de las Flores*, y procedió á intentar su cura, dando á sus miembros fatigados el reposo que necesitaban realmente. La fiebre se habia disminuido desde su llegada á Namur, y los médicos, para estirparla, recetaron una sangría, cuya opinion participaron al enfermo, que la recibió indiferente; tan seguro estaba de lo incurable de su mal.

Pocos momentos despues entró María en la cámara de D. Juan, cámara llena de recuerdos; pues bajo su dorado arteson se habia descubierto la *dama negra* en una noche, cuya memoria mortificaba á los dos amantes, y hubieran querido borrar á costa de la vida los dos: entró la jóven en la cámara y se quedó inmóvil.

—Acércate, hermosa María, dijo el príncipe viéndola entrar bajo su disfraz de pajecillo. ¡Qué hermosa estás! ¡cuánto te amo!

—Yo daria mi vida por tí, repuso la jóven dulcemente.

—¡Qué frente tan tersa, María! ¡Qué boca tan breve! ¡Qué ojos tan llenos de amor! ¡María, María, te amo, te amo como el querubin á su Dios! He dicho poco, te amo mas que aman los ángeles y los querubines.

María sonriyó dulcemente, guardando su anterior inmovilidad.

—Cómo pasan, prosiguió el príncipe, los radiantes sueños de gloria, y cómo quedan para siempre las dulces memorias de amor. ¿En dónde están Granada, Lepanto, Africa, Gemblours, Philipeville? Se han borrado de mi memoria. ¿En dónde están la casa de maesse Estraten, *la gruta de la Magdalena*, Kouvemberg, Namur, los campamentos, todos los parajes en que he contemplado á María; aquí están en mi corazon.

El príncipe se puso la diestra sobre el pecho, y María besó aquella diestra con respeto reverencial. Cojió D. Juan entre sus manos la hermosa cabeza de la jóven, que se habia reclinado á sus piés, y acarició repetidas veces aquella lustrosa cabellera, finísima y ensortijada.

—¿Es verdad, María, prosiguió el príncipe, que me he mejorado en Namur? ¿Es verdad que no nos separarémos tan pronto como yo temia dias pasados?

Ahogó la jóven un suspiro y repuso, enjugando una lágrima, que iba trazando por sus mejillas un brillante hilo de cristal.

—Es verdad, príncipe, que siempre estarémos unidos.

—No me deja la calentura; pero me aseguran los médicos que con una sangría recobraré en breve la salud y las fuerzas.

—¿Qué dices? preguntó María arrodillándose ante D. Juan.

—Me han asegurado los médicos que desaparecerá la fiebre con una sangría, y yo he condescendido con la opinion de mis doctores.

—¡Jamás, jamás! esclamó la hija del armero con el acento del terror.

—¿Qué dices, María? preguntó el austriaco fijando en la jóven una penetrante mirada, que pretendia aclarar misterios con su punzante intensidad.

—No permitiré que te sangren, repuso María con una horrible convulsion y arrastrándose sobre la alfombra.

—¿Por qué? dijo el príncipe con una sonrisa tan amarga que hizo á María temblar de nuevo: ¿por qué no quieres que me sangren?

—Porque estás muy débil, repuso la jóven con dulzura, y no quiero que se aumente tu debilidad; porque la sangre es el bálsamo que da vida.

—Estoy muy débil, María, muy débil, añadió el príncipe apartando la mano con que acariciaba los cabellos de la hermosa jóven; pero aunque mi cuerpo está débil, tengo una voluntad de hierro que no se doblega jamás. ¿No sabes, María, que mi voluntad puede hacer prodigios cuando es indispensable hacerlos?

—Cuando la enfermedad es grave la voluntad se debilita.

—¿No me has visto en el foso de Philipeville? Estaba enfermo, María, enfermo, y sin embargo, los mas robustos gastadores se admiraban de mi vigor: si otro muro se me presenta, lo atacaré del mismo modo.

—Pero ese esceso de fatiga te produjo la fiebre, príncipe.

—La fiebre se cortará con la sangría: lo han asegurado los médicos.

—Yo te suplico que no te sangres, murmuró María con dolor.

—¿Me lo suplicas? preguntó el príncipe con una espresion inesplicable.

—Sí, D. Juan, repuso María con mas firmeza y decision.

—Sin embargo, me es imposible complacerte, por mas que lo siento en el alma.

El príncipe clavó su mirada penetrante en la jóven, y rechazándola bruscamente dijo con acento sombrío y al mismo tiempo desgarrador:

—Necesito quedarme solo: estoy débil como has dicho, muy débil, y quiero descansar. No puedo resistir una mirada, y me atormenta hasta el sonido de tu voz.

María se levantó pausadamente, saludó al príncipe con una inclinacion de cabeza, y salió derramando lágrimas.

La situacion de Don Juan de Austria era mas triste y afanosa que la de la enamorada hija de maesse Cornelio Estraten. Amaba á María con amor casto y tan violento como el huracan que troncha á la encina ó lleva en sus alas la pesada mole del alud: hubiera sacrificado por ella un trono, y quizás lo sacrificará; hubiera dado por una sonrisa de María la bienaventuranza, y con todo, sospechaba de ella algunas veces; mas que sospechar, la creia autora, instrumento ó cómplice de un crímen, que le iba acabando la vida como leve oruga á una flor. ¡Qué situacion para un amante!

La hija de Cornelio Estraten habia oido decir al astrólogo, que apresurarian la muerte del príncipe si le sacaban una sola gota de sangre, y se oponia con todas sus fuerzas á que le hicieran la sangría: Don Juan creia por el contrario, que las evacua-

ciones de sangre podrian desterrar su dolencia, y que la jóven se oponia con intento de asesinarlo. Esta idea le roia los sesos, batallaban en lucha continua la cabeza y el corazon, y esta lucha terrible era un mortal tósigo tambien. ¡Qué situacion para una mujer enamorada, entusiasta, noble y sensible!

Recobró el príncipe su energía, despues de un largo vacilar, y sacudió una campanilla de plata. Gonzalo se presentó al momento, siempre pronto á cumplir el menor deseo de su amigo.

—¿Qué queréis, señor, preguntó el paje, inclinándose con respeto.

—¿Has visto salir á María? preguntó Don Juan con interés.

—La he visto, señor, repuso Gonzalo con la mayor naturalidad.

—¿Y qué te ha dicho? volvió á preguntarle el austriaco.

—Nada, señor, añadió el paje, no comprendiendo el sentido de las preguntas.

—¿Absolutamente nada? instó de nuevo el príncipe Don Juan.

—Unicamente, "adios, Gonzalo," dijo el paje con sencillez.

—¿Y nada mas? por cuarta vez preguntó el príncipe.

—Nada mas, señor; pero noté....murmuró Gonzalo.

—¿Qué has notado, Ganzalo? dí, interrumpió D. Juan.

—Que derramaba amargo llanto, repuso el paje enternecido.

—Tambien los cocodrilos lloran, dijo el austriaco con frialdad.

El príncipe se pasó la mano por la frente y prosiguió:

—Llama á mi médico, Gonzalo, y dile que venga al momento.

Obedecer sabia Gonzalo las órdenes de su señor sin que le fueran repetidas, é inmediatamente salió en busca del médico de Don Juan de Austria. Reclinado éste en un sillon, esperaba con impaciencia la llegada del facultativo, cualidad de enfermo, que al verlo cree mitigadas sus dolencias, y que cuando lejos está siente mas intensos dolores.

Las órdenes de los poderosos ordinariamente se cumplen en el momento que se dan; el médico vivia tambien en *el palacio de las Flores*. Gonzalo llegó á su aposento, le comunicó el mandato del príncipe, y le acompañó á la real cámara, haciéndole andar á buen paso.

—Mucho has tardado, dijo D. Juan viendo entrar al médico, hombre de mediana estatura y de modales obsequiosos.

—El tiempo preciso, señor, para venir desde mi cuarto á la cámara de V. A., respondió el médico, inclinándose con respeto y veneracion.

—Siéntate, repuso el austriaco ecsaminándole atentamente.

El médico no esperó nueva órden, y se sentó, con la confianza que siempre da á los de su clase lo importante de su ministerio.

—Tengo que hablarte, prosiguió el príncipe D. Juan.

—Estoy á las órdenes de V. A., dijo el médico con dulzura.

—¿Qué enfermedad tengo? preguntó el príncipe, como si por la primera vez hablaran de ella, ó no hubieran sabido esplicársela.

—Una fiebre lenta, señor, poducida seguramente por las fatigas de la guerra, y particularmente por la ruda faena de Philipeville, como he manifestado á V. A. en diferentes ocasiones.

—¿Estás seguro de que mi enfermedad es una fiebre, producida por las fatigas de la guerra?

—Tan seguro como de estar viendo á V. A., repuso el doctor.

—¿No podria proceder mi mal de otra causa? preguntó el príncipe.

—Permítame V. A. le diga, que tiene una singular aprension.

—¿Cómo me veré pronto libre de esta fiebre lenta y obstinada?

—Con la sangría, repuso el médico magistralmente.

—¿Y si procediera mi fiebre de tósigo? preguntó D. Juan.

—Repito, señor, que pensar en ello es una quimera ridícula.

—Será una aprension, pero quiero que me respondas bajo esta hipótesis, volvió á instar el austriaco con perseverancia no comun.

—Convendria tambien la sangría, repuso el médico friamente.

—¿Convendria mucho la sangría si me hubieran administrado veneno?

—Mas que en otro caso, dijo el médico, y añadió para sí: hacer desaparecer la fiebre es el único medio de que termine su aprension.

—Aquí está mi brazo, repuso el príncipe, tendiendo su diestra al doctor. Abre mis venas: pronto, pronto, que esta fiebre me martiriza. Farnesio ha tomado á Limburgo y Dalhe; el príncipe de Orange se ha apoderado de Amsterdan, el duque de Anjou viene sobre Flandes, el ejército de los Estados se acrecenta, y yo nocesito abrir la campaña muy en breve.

—Antes necesita V. A. curarse, observó el prudente doctor.

—¿No me has dicho que con esta sangría me pondré bueno?

—Así es la verdad, y lo repetiré cien veces si es necesario.

—Apresúrate á abrir mis venas, añadió Don Juan resueltamente.

—¿Quiere V. A. sangrarse hoy? preguntó el médico.

—No te he dicho ya que ahora mismo, dijo el príncipe con impaciencia.

—Es preciso disponer.....murmuró el doctor levantándose.

—Gonzalo, dijo el príncipe, adivinando la idea del médico, dí á los criados que traigan agua, una palancana, una toalla, una taza.

Y dirijiéndose despues al médico añadió con la misma enerjía:

—Tú traerás vendas: ¿necesitas alguna cosa mas?

—Nada mas, señor, repuso el médico algun tanto sobrecojido.

Gonzalo salió inmediatamente á disponer lo necesario, y al minuto se impacientaba el príncipe porque no estaba ya de vuelta.

—Cuánto tarda, dijo irritado; y luego dirá que me sirve bien.

—Acaba de salir, señor, repuso el médico, procurando tranquilizarle.

—Gonzalo sabe que me gusta poco esperar, y tarda mucho mas que nunca.

Y como si el paje no quisiera confirmar las palabras del príncipe, se presentó en el mismo instante trayendo una toalla en la mano y seguido por dos criados, que conducian una palancana de plata, una taza y un agua manil del mismo precioso metal.

El príncipe se desnudó el brazo, el médico sacó su estuche y dijo á D. Juan, despues de hacer los convenientes preparativos:

—¿Queréis, señor, acostaros de un todo en el lecho?

—Acostarme para una sangría, repuso el príncipe jovialmente; ó habeis perdido la cabeza ó me tomais por una dama.

Frotó el médico el brazo del príncipe, lo ligó despues con una especie de trencilla, bañó la mano repetidas veces en agua tibia, preparó su aguda lanceta é hirió la vena con sorprendente agilidad. La sangre se agolpó á la herida, saltó, manchando al jóven paje, que de rodillas sostenia la rica palancana, y en breve empezó á coagularse cubriéndose de viscosidades.

—¿Qué os parece mi sangre? preguntó al médico el austriaco.

—Un poco inflamada, señor, como habia dicho á V. A.

—¿De modo que era necesaria la sangría? preguntó el príncipe.

—De absoluta necesidad, repuso el médico doctoralmente.

El príncipe lanzó un suspiro; y como si quisiera ahogar esta manifestacion involuntaria de abatimiento ó de dolor, siguió hablando con una bulliciosa alegría. El médico fué á cerrar la herida, pero le detuvo el austriaco, diciéndole atropelladamente:

—Deja, deja, quiero que me salga mas sangre, mucha mas sangre.

—He sacado seis onzas, señor, y no creo oportuno sacar mas.

—Me siento bien, me siento bien. Otra onza mas y concluimos.

El médico satisfizo al príncipe; puso despues un tafetan sobre la herida, vendó la mano hábil y delicadamente, y en seguida preguntó al enfermo, con una sonrisa de satisfecha vanidad:

—¿Cómo se encuentra V. A., despues de esta arga sangría?

—Mucho mejor. Púlsame y verás que diferente está mi pulso.

—Apenas queda un resto de fiebre, dijo el médico despues de pulsar al austriaco.

—¿De veras? preguntó D. Juan con estraordinaria alegría.

—¿V. A. no lo conoce? añadió el médico participando de la satisfacion del austriaco.

Lanzó el príncipe un hondo suspiro y murmuró:

—He vuelto á la vida, y no queria que me sangrara.

CAPÍTULO XIII.

FELICIDAD.

No se equivocó el médico del príncipe: mejoróse su ilustre enfermo, y si no desapareció la fiebre, quedó tan lenta, que era muy difícil advertirla. D. Juan, bastante preocupado de su enfermedad hasta entonces, comenzó á no pensar en ella, y distraido con la llegada de Alejandro Farnesio y algunos otros capitanes, si faltaban fuerzas á su cuerpo, túvolas al menos su espíritu belicoso y emprendedor.

Sólo se encontraba una mañana, pensando en la hermosa María, y queriendo alejar de su mente la mas leve sombra de sospecha, cuando se presentó Gonzalo, batiendo las palmas de júbilo y con la bulliciosa alegria de mozo de tan corta edad.

—¿Qué traes, Gonzalo? le preguntó el príncipe, asociándose á su contento, y estimulándolo de este modo á continuar sus demostraciones.

—Nada, señor; pero vengo á pedir á V. A una gracia que no me ha de negar, repuso el leal y valeroso servidor, con arrogante continente.

—Te la concedo desde ahora, dijo D. Juan en el mismo tono algo enfático que Gonzalo habia usado antes.

—En ese caso no la pido, observó el jóven paje.

—¿Por qué? le preguntó el austriaco, estrañando su marcialidad.

—Porque me la tomo yo mismo, como lo verá V. A.

Dirijióse Gonzalo á la puerta, abrió sus hojas enteramente, y el príncipe vió entrar en su cámara, á D. Pedro de Toledo, D. Lope de Figueroa, D. Alfonso de Leyva, su hermano D. Sancho y su tio D. Diego Hurtado de Mendoza; todos caballeros españoles, muy estimados de D. Juan.

A su vista se levantó el príncipe, con un júbilo inesplicable, y al mismo tiempo los caballeros doblaron en tierra sus rodillas, y pidieron sumisos la gracia de besar la mano de S. A.; gracia que esperaban conseguir por mucho haberla deseado.

Condescendió el príncipe gozoso, instó á todos para que se sentaran; pero ninguno condescendió, temiendo faltar al respeto que el austriaco les merecia, como príncipe y capitan.

—¿Qué me traes, D. Pedro de Toledo? preguntó el príncipe al bizarro hijo de D. García, virey de Nápoles.

—Mi brazo y mi espada, señor, repuso Toledo marcialmente.

—Buena espada, D. Pedro, y buen brazo. ¿Qué me trae el siempre bizarro D. Lope de Figueroa, á quien tanto estimo y venero?

—Señor, un tercio de veteranos españoles, de quienes seré maestre de campo, si así le place á V. A., repuso el bizarro D. Lope.

—Me place, D. Lope, me place. Un buen tercio de castellanos vale tanto como un ejército. ¿Qué me trae D. Alfonso de Leyva, cuyo apellido me recuerda al valiente defensor de Pavía?

—Señor, repuso el hijo de D. Sancho, virey de Navarra, traigo á V. A. una compañía de nobles españoles, de la cual mi hermano es teniente, mi tio alférez y yo capitan.

—Bien, D. Alfonso. Una compañía de nobles españoles necesita diez mercenarios para batirse en buena lid: y dirijiéndose á los dos restantes, añadió: ya sé, D. Sancho, que me traes una buena espada de Toledo; y aseguro, D. Hurtado, que sostendrás sin manos tu bandera, como el valiente García Vargas, si se presenta la ocasion, lo que ruego á Dios no suceda.

—Mucho me honrais, señor, dijo Hurtado con noble orgullo.

—Muy bien lo mereces, D. Diego, repuso el austriaco con bondad.

Viendo el príncipe que los caballeros no osaban sentarse en su presencia, y considerándolos cansados, mandó á Gonzalo que les procurára alojamientos, y los despidió con palabras tan obsequiosas, que todos quedaron mas esclavos del magnánimo é ilustre guerrero, bajo cuyas órdenes debian militar y vencer.

Solo el príncipe, segunda vez, no pensó como antes en su amor, pero se entusiasmó su mente con cuadros de asaltos y batallas. Sentia arder la sangre en sus venas, como el generoso caballo al bélico son del clarin, y se trasladaba á los parajes que habian ilustrado su nombre. Esta meditacion de gloria, ardiente fué pero no larga: la puerta se abrió de improviso y apareció Alejandro Farnesio, dando la derecha á un anciano. Al verlo se levantó el príncipe, le abrió los brazos, y salió á su encuentro diciéndole, con la efusion de un verdadero y tierno hijo:

—Venid á mis brazos, padre mio. Venid en buena hora á mis brazos.

El anciano se precipitó en ellos y D. Juan esclamó:

—¡Por fin estrecho entre mis brazos al prudente Gabriel Serbelloni! ¡Por fin lo estrecho despues de una tan larga ausencia!

—¡Por fin estrecho entre los mios al invencible D. Juan de Austria! esclamó Serbelloni á su vez, derramando abundantes lágrimas, que su blanca barba detenia.

—¿Habeis llenado, padre mio, la comision que os confié?

—Os traigo, señor, dos mil soldados italianos, elegidos uno por uno en todo el gobierno de Milan, y elegidos por Serbelloni.

—Muy bien, muy bien. Soy, padre mio, el mas dichoso de los hombres: os tengo á vos y al mismo tiempo estoy rodeado de mis valientes españoles. ¿Qué mas puedo yo desear?

—¡Siempre los preferís, D. Juan! observó el respetable anciano.

—¿Y no lo merecen, Serbelloni? repuso el príncipe.

—Teneis razon, dijo el italiano; y sentándose á la derecha de D. Juan, á instancia de éste, mientras Alejandro lo hacia á la izquierda, se informó minuciosamente del estado de los negocios, con la fija atencion de un hombre que está acostumbrado á dirijirlos en las mas críticas ocasiones.

Un solo escollo se presentaba para que los planes del austriaco, aprobados por Serbelloni y por el príncipe de Parma, no tuvieran cumplido efecto, era este escollo la grande escasez de metálico. El príncipe de Parma proponia una contribucion sobre el país, ó apoderarse de una ciudad rica, Bruselas ó Amberes, por ejemplo, y obligar á sus ciudadanos á que aprontaran gruesas sumas; pero D. Juan y Serbelloni, no creian prudentes unos medios, que aunque recientemente usados por Guillermo, príncipe de Orange, con sus propios amigos, no eran justos y forzosamente atraerian la animadversion del país. La cuestion era muy difícil, la necesidad muy urjente. ¿De qué manera decidirla? Gonzalo se presentó de nuevo y dijo al príncipe:

—Señor, Gaspar de Robles acaba de llegar de España, y pide permiso para presentarse á V. A. ¿Qué digo al noble capitan?

—¿El señor de Velli ha llegado? repuso el príncipe con mal encubierta ansiedad y levantándose de su asiento sin poder dominar su emocion.

—Está en la antecámara, señor, replicó el intrépido paje.

—Preséntamelo inmediatamente, dijo el austriaco ocupando otra vez su asiento.

Salió el paje, y momentos despues entró Gaspar de Robles en traje de camino, saludó al príncipe respetuosamente, y le presentó un pliego cerrado. Lo recibió Don Juan con ansia, y despues de haberlo recorrido, leyó en alta voz:

"He estado remiso en hacer la guerra á los re-"beldes por darles tiempo de reducirse á mi servi-"cio; pero he determinado amparar con armas mi "autoridad. Para ello os envío novecientos mil du-"cados de oro, y os proveeré en cada un mes tres-"cientos mil mas, con que sustenteis un ejército de "treinta mil infantes, seis mil caballos y treinta pie-"zas de artillería."

—Previsor ha estado el monarca, dijo Serbelloni cuando acabó el príncipe su lectura y pidió al anciano su opinion.

—Mucho te debo, señor de Velli, dijo Don Juan al recien llegado.

—Nada, señor, repuso Robles con vivas muestras de respeto.

—¿Qué has dicho á mi hermano? preguntó el príncipe.

—Le he pintado con la fidelidad posible el estado de este país.

—¿Y se ha persuadido S. M. de que solo á fuerza de armas conseguirémos hacerlos entrar en razon? preguntó el austriaco conteniendo una sonrisa algo sarcástica.

—S. M. está persuadido de que solamente V. A. puede regir con mano firme el timon de tan revuelta nave, y por lo tanto le autoriza mas ampliamente para que dirija los negocios, como crea conviene á la dignidad del monarca y bienestar de las provincias, sin que le detenga razon alguna de delicadeza ó interes.

—La suerte nos proteje, Alejandro, dijo el príncipe dirijiéndose á su sobrino, y hablando despues con Serbelloni añadió: No sabiamos qué hacer, padre mio, por falta de recursos, y ahora los tenemos abundantes; vuestra llegada y la de Robles á un tiempo mismo es un suceso verdaderamente milagroso.

—Dios proteje la buena causa, dijo Serbelloni con autoridad.

—Ahora es ocasion, añadió Alejandro, de reforzar un tanto nuestro ejército, y de habérnoslas con ese orgullo enemigo. Ahora es la ocasion de cortar las quince cabezas de la hidra, dándolas fuego para que no broten jamas.

—Ya contamos, repuso el príncipe, con los socorros que nos ha traido mi buen padre, con la compañía de Don Alfonso de Leiva y con el tercio del buen Don Lope de Figueroa. No obstante, mandarémos hacer nuevas levas, y organizarémos algunos tercios de alemanes, pues de los franceses desconfio; y como este párrafo habla contigo, préstame atencion, Alejandro, añadió Don Juan presentando la carta del rey:

"Le vuelvo á ofrecer y mando que acepte á mi "sobrino el príncipe de Parma, doce mil ducados "en cada un año por sueldo, y dos mil para los de "su cortejo y soldados de su guardia. Confirmo á "Octavio Gonzaga en el empleo de general de la "caballería, señalándole quinientos ducados cada "mes."

—Generoso está S. M., dijo Alejandro, y particularmente conmigo, que soy sin duda el mas novel y menos distinguido cabo de toda la hueste.

—S. M., príncipe de Parma, recompensa á quien bien le sirve, repuso Don Juan, y tú le has servido de modo que mereces la recompensa.

—Soy ya viejo, añadió Gabriel Serbelloni, y con facilidad me canso. Con vuestro permiso, señor, voy á retirarme.

—¿Adónde vais? preguntó Don Juan al anciano con todo el cariño de un hijo.

—A mi alojamiento, señor repuso el antiguo, guerrero.

—¿En dónde está ese alojamiento que buscas con tanta fatiga?

—En vuestro palacio, replicó Serbelloni comprendiendo la idea del príncipe.

—Creí que mi padre no venia á la casa de su tierno hijo.

Serbelloni quiso besar la mano al príncipe sin que lo consintiera éste; Gaspar de Robles lo consiguió, y acompañados de Alejandro, salieron los dos del aposento muy satisfechos de Don Juan.

Apenas habian traspasado el umbral, cuando por una puerta perfectamente disimulada en un tapiz, entró María vestida de paje como siempre. En la mirada de la jóven se leia una pena profunda que en vano procuraba ocultar.

—Ven, María, la dijo el príncipe tiernamente, y toma parte en mi suprema felicidad, ya que tantas veces la has tomado en mi desventura.

—¿Eres feliz? preguntó la jóven casi sintiéndolo con el egoismo de una amante.

—Sí, hermosa mia, y espero que no me abandone tan suprema felicidad.

—¿Qué te ha sucedido, Don Juan, para que te juzgues feliz?

—Tengo soldados, oro, y tambien amor. ¿No es verdad?

—Sí, murmuró María con lánguida y dolorosa lentitud.

—Tengo un amor inmenso en mi alma, y en la tuya un amor inmenso arde tambien. ¿No es verdad que me amas, María, como en la gruta misteriosa?

—Sí, príncipe, y puedo asegurarte que te amo algo mas.

—¡Qué feliz soy! ¡Cómo late mi corazon! ¡Quisiera morir en este instante!

—Y yo, murmuró la hija del armero con el acento de la verdad.

—¡Cuánto te amo, María! ¡Hermosa mia, cuánto te amo!

—Yo tambien te amo como nadie ama, como nadie ha amado, como nadie amará en el mundo.

—Siéntate, María en esos mullidos almohadones.

María se sentó con la misma dulce languidez que hacia tiempo la dominaba.

—Pon tu cabeza en mis rodillas, añadió Don Juan dulcemente.

La jóven reclinó su cabeza sobre las rodillas del príncipe.

—Cuando yo me muera, María, reposa tambien tu cabeza sobre un estremo de mi ataud.

María lanzó un ¡ay! penetrante, el príncipe dió un suspiro profundo, y llevando las manos á su frente quedó en un silencio sepulcral.

¿Qué se habia hecho la felicidad del guerrero? ¿Qué la del amante? Soldado y hermosa ecsistian; pero sin embargo, una sombra habia disipado por encanto tantos sueños de felicidad.

CAPÍTULO XIV.

EL COMODIN.

Dijimos en tiempo oportuno, que en la batalla de Gemblours cayó prisionero Guillermo Matren, y que, como hijo del posadero mas opulento de las diez y siete provincias, y el mayor alborotador imaginable, habia sido llevado en rehenes á la ciudadela de Namur. El gobernador de la ciudadela, siguiendo las órdenes del príncipe, trataba á sus

presos con la mayor cortesanía, prodigándoles cuantas atenciones pudieran ecsijir de un amigo, de modo que solo le faltaba tener entera libertad. Guillermo Matren no echaba menos su posada, comia como un glotón incorregible, bebia mas de lo acostumbrado, dormia siempre de sol á sol, solo echaba menos dos cosas: la caza y la posibilidad de ver algunos momentos á María.

¡Qué constante era el pobre Guillermo! Tenia el mozo tan pocas ideas, que en encariñándose con una, no la dejaba fácilmente, y su idea amorosa era María; idea que le habia costado mucho adquirir, y que no podria nunca abandonar.

Estaba una siesta Guillermo entregado á sus reflecsiones, ó haciendo á lo menos que lo estaba, pues tenia el codo en una mesa y sobre su mano la mejilla, cuando percibió ruido de pesos, y pocos momentos despues vió delante á un criado del gobernador con quien tenia íntima amistad, por muy poderosas razones y no despreciables servicios. Eran las razones, que la inteligencia, modales y costumbres del posadero y el criado estaban calcadas sobre un mismo molde, de manera que se comprendian por instinto: eran los servicios que Bruno, así se llamaba el criado, proporcionaba al prisionero el mejor vino de la bodega de su amo, el mejor pernil, las pechugas mejor asadas, y hasta el pan de menos corteza; siendo cosa bien averiguada que la miga es apetecida manjar de tontos, y Guillermo le recompensaba con algun florin de propina. No necesitamos advertir que el posadero y el criado se trataban siempre con una absoluta franqueza; en una palabra, como hermanos.

—Hola, Guillermo, dijo Bruno dando un arriesgado traspiés: debe recordarse que era por la siesta, y que Bruno, bajo su mala capa era un escelente bebedor. ¿En qué diablos piensas ahora?

Guillermo levantó la cabeza, se esperezó dos ó tres veces, y respondió, dando un bostezo capaz de estremecer á un hombre menos acostumbrado que Bruno á salutaciones semejantes.

—No pienso, Bruno, no pienso, Bruno, estoy un poquillo adormilado, y cuando un hombre está adormilado no piensa.

Tambien es preciso recordar que, bajo buena ó mala capa, Guillermo Matren era un escelente bebedor.

—Pues despiértate, amigo mio, que vengo encargado de una mision muy urgente y muy importante; sobre todo para tí.

Guillermo volvió á bostezar y repitió en el mismo tono:

—¿Vienes encargado de una mision muy importante?

—Figúrate si será importante, cuando la ponen á mi cuidado.

—Ya lo creo. Y es una mision muy urgente, ¿no es verdad?

—Figúrate si será urgente cuando me la confian, Guillermo.

—¿Y se puede saber de qué trata? preguntó Guillermo, olvidando que debian decírselo.

—Ya lo creo que puede saberse. Trata, trata.... Espérate, lo recordaré. Algunas veces, despues de comer, tengo la cabeza tan pesada, y hoy he comido demasiado. Pierdo la memoria, Guillermo, despues de comer.

—A mí me sucede lo mismo. Siéntate, Bruno, si estás malo.

—No, Guillermo. Ya la recuerdo.... Trata.... trata.... trata....

—¿Trata.... trata?.... preguntó Guillermo repitiendo maquinalmente las palabras de su interlocutor.

—De que mi amo quiere hablar contigo al momento.

—¿El gobernador? preguntó Guillermo despejándose á esta noticia, como si le hubieran aplicado un pedazo de hielo á la frente.

—¿Quién es mi amo? ¿Quién es mi amo? preguntó Bruno por dos veces.

—El gobernador de la ciudadela, repuso Guillermo Matren.

—Pues está claro que el gobernador de la ciudadela es mi amo. ¿Me esplico, Guillermo? y eso que acabo de comer. ¿Estás enterado? Mi amo, el gobernador de la ciudadela, quiere hablarte. ¿Me esplico?

—Te esplicas. ¿El gobernador quiere hablarme? Te esplicas, Bruno.

—Clarito, muy claro: para desempeñar una comision importante han nacido dos hombres nada mas: el hijo de mi madre y yo. Y eso que acabo de comer.

—Pues que venga.... Dile que venga, á tu amo, al señor gobernador.

—Le diré que venga.... Pero es el caso que el gobernador quiere que vayas, repuso Bruno tristemente, porque sentia no satisfacer los deseos de su buen amigo Guillermo Matren.

—Iré, Bruno; pero es el caso que me duele tanto la cabeza, y las piernas no estan muy firmes, replicó el posadero, cuyo momentáneo despejo comenzaba á desaparecer.

Guillermo se levantó, apoyándose en el bufete, probó á andar, y dió un traspiés algo mas fuerte que el de su compañero Bruno.

—Ves, hombre, que débil estoy; añadió tartamudeando.

—Te habrá dado algun maerillo: bébete ese vaso de agua y verás como te refrescas, repuso el criado probando á tenerse derecho y formando una S con la cabeza inclinada hácia adelante, y los piés que al pavimento se pegaban.

—Me hace daño el agua, dijo Guillermo, mirando el vaso con desden.

—A mi tambien; pero en ocasiones es preciso, respondió Bruno, presentando el vaso á su amigo.

Guillermo se bebió la mitad del vaso á pequeños sorbos, haciendo vascas y espurreos: Bruno derramó la mitad restante sobre la bandeja, empapó su mano, la aplicó repetidas veces á la frente del posadero, y, llevándola despues á la suya, reprodujo la operacion, con una manifiesta ventaja de sus sobrecargados cerebros, y dando firmeza á sus piernas, siempre débiles y pesadas.

—¿Cómo te sientes? preguntó el criado del gobernador al posadero.

—Algo mejor, repuso Guillermo, dando algunos pasos por la estancia. ¿Estás seguro de que quiere verme tu amo?

—Vaya si lo estoy, tan seguro como de que esta noche cenando me beberé dos botellas á tu salud.

—¿Quién te ha dicho que quiere verme? preguntó Guillermo, despues de haber pasado la lengua por los labios al recuerdo de las dos botellas de Bruno.

—El mismo gobernador, mi amo, en cuerpo y alma.

—¿Cómo te ha dicho? volvió á preguntar el posadero.

—Bruno ó bruto, no puedo afirmar cuál de las dos cosas: anda, vé y dí á maesse Guillermo Matren, que tenga la bondad de venir.

—No hay duda, tengo que ir allá. ¿No sabes tú para qué me quiere?

—Ni una palabra mas me dijo. ¿Te engañaría yo?

—Vamos, Bruno, añadió Guillermo, abrochando su coleto, subiéndose un poco las calzas, tomando su sombrero de anchas alas y colocándose bien el cinto. Bruno dió la mano á su amigo, queriéndole prestar la ayuda que para sí necesitaba: salieron juntos á un ancho patio, respiraron el aire libre, y merced al agua que habia bebido, y á la que le habia puesto Bruno en la frente, llegó Guillermo muy borracho á la casa del gobernador; pero llegó por propio pié, lo que no hubiera podido hacer antes.

Un criado, mas sóbrio que Bruno, esperaba al posadero en la puerta, y suplicándole le siguiera, le hizo atravesar varias piezas y le condujo á un escelente gabinete primorosamente amueblado.

—Esperad, señor, esperad, dijo el criado y al momento desapareció.

Cuando se vió solo Guillermo, quiso discurrir, pero su mente no condescendió con su deseo, y se contentó con mirar los sitiales y los tapices. Distrayéndose iba con las flores, cuando el ruido de una cortina llamó su atencion, y volviéndose, en vez de encontrar, como esperaba, al gobernador de la ciudadela, se encontró con la seductora María, mas hermosa para el prisionero despues de una ausencia muy larga.

Tan inesperada aparicion disipó los vapores del vino; pero trastornó al mismo tiempo la cabeza del pobre mozo, que cayó de rodillas esclamando en un estenso diapason:

—¡María! ¡María! ¡María! y juntó las manos como si á la vírgen adorara.

Para motivar esta entrevista, necesitamos retroceder y referir algunos pormenores que habian sucedido antes de ella. Atenta María á los progresos de la oculta enfermedad del príncipe, lo estaba tambien á los cambios que solia notar en su carácter. Creyó primero que eran efecto de la enfermedad; pero, estudiándolos despues con escrupulosa atencion, y separando la no pequeña parte que á ella podia hacer referencia, notó que el príncipe la amaba con pasion cada dia mas loca, pero que al mismo tiempo tenia una especie de desconfianza.

De deduccion en deduccion, y de conjetura en conjetura, fué descubriendo poco á poco una parte de la verdad; y, aunque se horrorizó al descubrirla, quiso apurar el amargo cáliz con ánimo firme y resuelto.

De cuantos rodeaban al príncipe, una sola persona sabia que aquel misterioso y lindo paje era una mujer; y esta persona era Gonzalo. María puso en él su esperanza, y le reveló sus temores, buscando en el alma de un niño el favor que nunca hubiera pedido á los hombres.

El frecuente trato del paje con esta mujer dulce, altiva, tímida y valiente á la vez, le habia hecho quererla con el tierno amor de un hermano. Escuchó las quejas de María, cedió á sus ruegos, y la refirió las palabras que habia dicho Gonzaga al austriaco en el campamento de Philipeville, la impresion que habian hecho en el lacerado animo del príncipe, y su aprension de que le habian dado algun tósigo.

—Gonzalo, dijo entonces María, sois casi un niño, pero sé que sois un caballero, digno descendiente del Gran Capitan, cuyo nombre y apellido llevais.

—Me precio de tal, repuso Gonzalo; y, aunque apenas me apunta el bozo, sabeis, señora, que no manejo mal la espada.

—Voy á revelaros un secreto, que juraréis guardar.

—Lo juro, señora, á fé de castellano, repuso el paje con orgullo, porque iba á guardar en su pecho el secreto de una mujer.

—El príncipe está envenenado, dijo María con tono solemne.

El jóven paje retrocedió, fijando en María una mirada dura y siniestra, que espresaba todas las sospechas de Gonzaga y los temores de D. Juan.

—¿Me creeis capaz de tan gran crímen? añadió María ruborizada.

—Nada creo, señora, nada creo, pero necesito esplicaciones.

—Las tendréis, Gonzalo, cumplidas, repuso María noblemente.

—Hablad, señora, y no estrañeis que os escuche con impaciencia.

—Conoceis á maesse Genaro, el astrólogo de Bruselas.

—Le conozco; y tuve que tratarle para llegar hasta vos, señora.

—¿Recordais las palabras que os dijo la primera vez que os habló?

—Las recuerdo, señora, las recuerdo, repuso Gonzalo aterrado. "El poder, jóven, de los reyes es nada comparado al mio: y una frente que haya ceñido los laureles de cien victorias caerá herida, como al golpe del rayo, al golpe de mi voluntad." Esto me dijo, lo recuerdo.

—Me referisteis esas palabras en nuestra primera entrevista, y, alarmada con ellas, corrí á *á la torre de los Tres Cipreses*: protejida por mi disfraz,

y con el prestigio de mi nombre supuesto, arranqué al químico su secreto, y supe que habia entregado á Felipe de Marnis una pastilla que, perfumando con ella cualquiera objeto y frotando con él la piel, era bastante para causar una muerte lenta y segura. Inmediatamente corrí á unirme con D. Juan, llegué á Gembloux, entré en la cámara del príncipe, y le ví dejar la toalla en una bandeja, que sostenia Felipe de Marnis. ¿Comprendeis toda la amargura de mi alma, todo el horror de mi secreto?

—¿Señora? murmuró el jóven paje con doloroso abatimiento:

—Su barba postiza y su disfraz no le ocultaron á mis ojos.

—¿Por qué no avisasteis? esclamó Gonzalo con vehemencia.

—Caí desmayada, dijo María, enjugando una ardiente lágrima.

—Es verdad, murmuró Gonzalo llevando la diestra á su espada.

María siguió refiriendo á Gonzalo pormenores y sufrimientos; la seguridad que tenia de que el tósigo era mortal, y que contaba con su auxilio para encontrar medio de justificar su inocencia. Gonzalo juró que Felipe de Marnis no sobreviviria á su víctima; por consejo de María, pidió al príncipe la libertad de Guillermo Matren; y despues de haberla conseguido, arregló con el gobernador de la ciudadela la entrevista que debemos ahora presenciar, si con ánimo de varon constante proseguimos esta fiel y verídica historia.

—¡María! ¡María! repitió Guillermo arrodillado, y pasándose la mano por los ojos, como temiendo estar dormido ó verla entre los vapores del vino.

—Guillermo, repuso María con acento firme y sonoro.

—¿A qué has venido aquí, María preguntó el turbado posadero.

—¿Qué te importa? ¿No sabes, Guillermo, que solo te concedo el derecho de contestar á mis preguntas? ¿Quién te autoriza á que pregúntes á tu vez?

—Es verdad, murmuró Guillermo, inclinando mas la cabeza.

—¿Por qué te has escedido Guillermo de un modo tan poco cortés?

—Perdona, María, te prometo no escederme mas en la vida.

—Levántate, Guillermo, levántate y ocupa un sitial.

Guillermo se levantó bamboleándose, y ocupó el lugar que le indicó la jóven con la mano: tambien tomó asiento María.

—¿Deseabas verme? preguntó María al posadero.

—Y tanto como lo deseaba, repuso Guillermo con una estúpida sonrisa, mitad borracha, mitad tonta. Tú sabes que nada en el mundo quiero yo como á tí, María: tú sabes que mi amor....tú sabes....

—Basta Guillermo, basta, repuso María con dureza.

—Es que....murmuró el pobre mozo, queriendo encontrar una disculpa.

—Basta, he dicho, y te dejaré si así abusas de mi paciencia.

El posadero bajó los ojos, y la hermosa jóven prosiguió:

—¿Estas dispuesto á bedecerme?.... Respóndeme, sí, ó no, Guillermo.

—Ya se vé que lo estoy. Como te amo tanto, algunas veces....

—¡Guillermo! interrumpió María con airado acento.

—Es verdad, María, no me acordaba que no me preguntaste por mi amor; repuso el tímido y fiel amante con un temor reverencial.

—¿Estás dispuesto á obedecerme? preguntó la hija del armero.

—Lo estoy. Haré todo lo que me mandes, y lo haré sin dudar, María.

—¿Obedecerás ciegamente cuanto te mande, Guillermo Matren?

—Me echaré en un pozo por tí. Cuando un hombre ama á una mujer.... añadió el posadero que, sin saber él mismo cómo, siempre estaba hablando de su amor.

—¡Guillermo! interrumpió la jóven con mas dureza y majestad.

—Perdona, María: no hablaba por mí: era una teoría general, y en eso de tonterías soy tan fuerte.... Teoria quise decir, hermosa.

Al pensamiento de María se presentó un *Benedixtis*, que no pronunciaron sus labios, porque estaba muy preocupada para entretenerse con burlas, y repuso con dignidad:

—Es preciso, Guillermo Matren, que vayas mañana á Bruselas. ¿Me has entendido? mañana mismo irás á Bruselas.

—Perdóname, María, perdóname; pero no puedo complacerte.

—¿No puedes complacerme, Guillermo? preguntó María con asombro.

—Quizás no sabes que estoy prisionero, repuso Guillermo sollozando.

—No importa, replicó María con frialdad y profundo desden.

—Me parece que estando preso.... murmuró Guillermo.

—Escúchame con atencion, y no despliegues mas los labios.

Guillermo bajó humildemente los ojos, y prosiguió María:

—Es preciso, en primer lugar, que vayas mañana á Bruselas. Debes dirijirte despues á *la torre de los Tres Cipreses*.

—¿A la madriguera del brujo? observó Guillermo con malicia.

—Sí, y dirás á maese Genaro estas palabras: "Maesse Genaro, habeis dado á Felipe de Marnis un tósigo para quitar la vida al príncipe. El tósigo era tan activo, que perfumando con él un lienzo y frotando con el lienzo la piel, causaba lenta y segura muerte. Escribid todo esto, maesse Genaro, y añadid además el uso que ha hecho Felipe del veneno." Así que adquieras el escrito, me lo traes inmediatamente: y no importa que en el camino revientes dos ó tres caballos.

—¿Y si maesse Genero se niega? preguntó Guillermo con razon.

—Lleva á prevencion tu puñal, repuso la jóven friamente.

—No escribirá despues de muerto, observó el hijo del posadero.

—Amenázalo con la muerte, y escribirá vivo, Guillermo.

—¿Y para qué quieres, María, el escrito de maesse Genaro?

—¿Con qué derecho me preguntas? dijo la jóven sonriéndose.

—Es verdad que no tengo derecho, pero.... murmuró Guillermo Matren.

—¿Pero qué? preguntó María con su sonrisita sarcástica.

—María, nada, repuso el posadero, no atreviéndose á medir sus fuerzas con las de tan singular mujer.

—¿Has aprendido las palabras que has de decir á maesse Genaro?

—Me parece que no, María, soy algo flaco de memoria.

—Es preciso que las aprendas, y que las aprendas muy pronto.

—Repítelas, y probaré; aunque te advierto que me costará gran trabajo.

María repitió varias veces las palabras que debia decir el posadero, hasta que consiguió grabarlas en la memoria de Guillermo; este trabajo debia ser improbo, pero conseguido era seguro que no se borrarian jamás, pues la memoria del posadero era de bronce y las palabras esculpidas en bronce no se borran.

—Ya las sé, dijo por fin Guillermo con aire de triunfo: ¡Oh, María, que milagros hace el amor! ¡Lo que ha logrado mi cariño!

Con tan grotesca ecsaltacion pronunció el posadero estas palabras, que no pudo contener María una sonrisa; y animado con ella Guillermo, añadió, soltando las palabras como sus linfas un torrente:

—¡Cuánto te amo, cuánto te amo! ¿Cuándo nos casarémos, María?

—¡Jamás! esclamó la jóven irritada; y levantándose bruscamente, añadió con aquel acento de mando que tanto imponia al posadero:

—Cumple mis órdenes, Guillermo, y no me preguntes jamás.

María desapareció repentinamente detrás de la misma cortina por donde se habia presentado, y Guillermo dijo para sí con una sangre fria admirable y una estupidez aun mas fria:

—Que irritable es esta muchacha, por nada se enoja, y ¡vive Dios! que sus miradas me dan miedo. Pero cuando yo vuelva triunfante me recibirá de otra manera. Mas es el caso que no estoy libre, y qué sé yo si podré ir.... si podré cumplir su deseo.... si....

En este momento entró el criado, que le habia llevado al gabinete, y con la misma fórmula de "tened la bondad de seguirme," le condujo al patio; en el patio lo esperaba Bruno, el cual, dándole un tierno abrazo, le dijo con las lágrimas en los ojos y la angustia dentro del alma:

—Tengo que darte una mala nueva, una nueva triste, Guillermo.

—¿Una mala nueva? preguntó el jóven aterrado.

—Al menos para mí lo es, y si tú no eres un ingrato, lo será tambien para tí.

—Esplícate, Bruno, y no tardes, porque, la verdad, tengo miedo.

—Estás en libertad, Guillermo, dijo Bruno lanzando un suspiro de una legua.

—Ya yo lo sabia, repuso Guillermo con el mismo solemne acento que pudo decirlo el intrépido Santiago Molay.

Al dia siguiente el posadero marchaba camino de Bruselas.

CAPITULO XV.

JUNTO A LA DICHA LA PENA.

En tanto que la hija del armero padecia mortales angustias y se procuraba los medios de patentizar su inocencia, el estado de los negocios se complicaba mas y mas, despertándose cada dia nuevas y mas poderosas ambiciones.

No satisfecho el príncipe de Orange con la tutela que ejercia sobre el archiduque gobernador; queriendo debilitar mas el poder con divisiones intestinas, para presentarse en tiempo oportuno como árbitro ó necesario mediador; pretendiendo destruir completamente el edificio para aprovechar los escombros, levantando uno que sirviera á su ambicion de pedestal; y deseando, en fin, hacer de las quince provincias lo que de Holanda y Zelanda habia hecho, entabló secretas negociaciones con Francisco, duque de Anjou y de Alenzon, y consiguió que los estados generales nombraran al duque protector de Flandes, con cuyo nombramiento atraeria sobre Don Juan de Austria las armas de este jóven príncipe, arrebatado y ambicioso. Pero no era este el pensamiento principal del astuto Guillermo Nassau, sabia muy bien que poniendo en íntimo contacto á los franceses y flamencos, lejos de estinguirse poco á poco las rivalidades de nacion, tomaria un nuevo incremento, y asegurarian al príncipe de Orange ó á sus sucesores, el tiempo poco le importaba, una especie de soberanía en aquellas ricas comarcas.

Mientras intrigaba así Orange, mandó el austriaco, siguiendo las órdenes de su hermano Felipe II, que se publicara el edicto por el rey de España decretado, y traducido á tres idiomas, empezó á tener el 26 de Junio de 1578, la debida publicidad. Este edicto no produjo ningun efecto favorable, sirviendo solo para que Guillermo de Nassau persiguiera y encarcelara á cuantos nobles parecian inclinados á la paz.

De todas partes llegaban nuevas al gobernador general, que aflijian á veces su ánimo y que llama-

y con el prestigio de mi nombre supuesto, arranqué al químico su secreto, y supe que habia entregado á Felipe de Marnis una pastilla que, perfumando con ella cualquiera objeto y frotando con él la piel, era bastante para causar una muerte lenta y segura. Inmediatamente corrí á unirme con D. Juan, llegué á Gembloux, entré en la cámara del príncipe, y le ví dejar la toalla en una bandeja, que sostenia Felipe de Marnis. ¿Comprendeis toda la amargura de mi alma, todo el horror de mi secreto?

—¿Señora? murmuró el jóven paje con doloroso abatimiento:

—Su barba postiza y su disfraz no le ocultaron á mis ojos.

—¿Por qué no avisasteis? esclamó Gonzalo con vehemencia.

—Caí desmayada, dijo María, enjugando una ardiente lágrima.

—Es verdad, murmuró Gonzalo llevando la diestra á su espada.

María siguió refiriendo á Gonzalo pormenores y sufrimientos; la seguridad que tenia de que el tósigo era mortal, y que contaba con su auxilio para encontrar medio de justificar su inocencia. Gonzalo juró que Felipe de Marnis no sobreviviria á su víctima; por consejo de María, pidió al príncipe la libertad de Guillermo Matren; y despues de haberla conseguido, arregló con el gobernador de la ciudadela la entrevista que debemos ahora presenciar, si con ánimo de varon constante proseguimos esta fiel y verídica historia.

—¡María! ¡María! repitió Guillermo arrodillado, y pasándose la mano por los ojos, como temiendo estar dormido ó verla entre los vapores del vino.

—Guillermo, repuso María con acento firme y sonoro.

—¿A qué has venido aquí, María preguntó el turbado posadero.

—¿Qué te importa? ¿No sabes, Guillermo, que solo te concedo el derecho de contestar á mis preguntas? ¿Quién te autoriza á que pregúntes á tu vez?

—Es verdad, murmuró Guillermo, inclinando mas la cabeza.

—¿Por qué te has escedido Guillermo de un modo tan poco cortés?

—Perdona, María, te prometo no escederme mas en la vida.

—Levántate, Guillermo, levántate y ocupa un sitial.

Guillermo se levantó bamboleándose, y ocupó el lugar que le indicó la jóven con la mano: tambien tomó asiento María.

—¿Deseabas verme? preguntó María al posadero.

—Y tanto como lo deseaba, repuso Guillermo con una estúpida sonrisa, mitad borracha, mitad tonta. Tú sabes que nada en el mundo quiero yo como á tí, María: tú sabes que mi amor....tú sabes....

—Basta Guillermo, basta, repuso María con dureza.

—Es que....murmuró el pobre mozo, queriendo encontrar una disculpa.

—Basta, he dicho, y te dejaré si así abusas de mi paciencia.

El posadero bajó los ojos, y la hermosa jóven prosiguió:

—¿Estas dispuesto á bedecerme?.... Respóndeme, sí, ó no, Guillermo.

—Ya se vé que lo estoy. Como te amo tanto, algunas veces....

—¡Guillermo! interrumpió María con airado acento.

—Es verdad, María, no me acordaba que no me preguntaste por mi amor; repuso el tímido y fiel amante con un temor reverencial.

—¿Estás dispuesto á obedecerme? preguntó la hija del armero.

—Lo estoy. Haré todo lo que me mandes, y lo haré sin dudar, María.

—¿Obedecerás ciegamente cuanto te mande, Guillermo Matren?

—Me echaré en un pozo por tí. Cuando un hombre ama á una mujer.... añadió el posadero que, sin saber él mismo cómo, siempre estaba hablando de su amor.

—¡Guillermo! interrumpió la jóven con mas dureza y majestad.

—Perdona, María: no hablaba por mí: era una teoría general, y en eso de tonterías soy tan fuerte.... Teoria quise decir, hermosa.

Al pensamiento de María se presentó un *Benedixtis*, que no pronunciaron sus labios, porque estaba muy preocupada para entretenerse con burlas, y repuso con dignidad:

—Es preciso, Guillermo Matren, que vayas mañana á Bruselas. ¿Me has entendido? mañana mismo irás á Bruselas.

—Perdóname, María, perdóname; pero no puedo complacerte.

—¿No puedes complacerme, Guillermo? preguntó María con asombro.

—Quizás no sabes que estoy prisionero, repuso Guillermo sollozando.

—No importa, replicó María con frialdad y profundo desden.

—Me parece que estando preso.... murmuró Guillermo.

—Escúchame con atencion, y no despliegues mas los labios.

Guillermo bajó humildemente los ojos, y prosiguió María:

—Es preciso, en primer lugar, que vayas mañana á Bruselas. Debes dirijirte despues á *la torre de los Tres Cipreses*.

—¿A la madriguera del brujo? observó Guillermo con malicia.

—Sí, y dirás á maese Genaro estas palabras: "Maesse Genaro, habeis dado á Felipe de Marnis un tósigo para quitar la vida al príncipe. El tósigo era tan activo, que perfumando con él un lienzo y frotando con el lienzo la piel, causaba lenta y segura muerte. Escribid todo esto, maesse Genaro, y añadid además el uso que ha hecho Felipe del veneno." Así que adquieras el escrito, me lo traes inmediatamente: y no importa que en el camino revientes dos ó tres caballos.

—¿Y si maesse Genero se niega? preguntó Guillermo con razon.

—Lleva á prevencion tu puñal, repuso la jóven friamente.

—No escribirá despues de muerto, observó el hijo del posadero.

—Amenázalo con la muerte, y escribirá vivo, Guillermo.

—¿Y para qué quieres, María, el escrito de maesse Genaro?

—¿Con qué derecho me preguntas? dijo la jóven sonriéndose.

—Es verdad que no tengo derecho, pero.... murmuró Guillermo Matren.

—¿Pero qué? preguntó María con su sonrisita sarcástica.

—María, nada, repuso el posadero, no atreviéndose á medir sus fuerzas con las de tan singular mujer.

—¿Has aprendido las palabras que has de decir á maesse Genaro?

—Me parece que no, María, soy algo flaco de memoria.

—Es preciso que las aprendas, y que las aprendas muy pronto.

—Repítelas, y probaré; aunque te advierto que me costará gran trabajo.

María repitió varias veces las palabras que debia decir el posadero, hasta que consiguió grabarlas en la memoria de Guillermo; este trabajo debia ser improbo, pero conseguido era seguro que no se borrarian jamás, pues la memoria del posadero era de bronce y las palabras esculpidas en bronce no se borran.

—Ya las sé, dijo por fin Guillermo con aire de triunfo: ¡Oh, María, que milagros hace el amor! ¡Lo que ha logrado mi cariño!

Con tan grotesca ecsaltacion pronunció el posadero estas palabras, que no pudo contener María una sonrisa; y animado con ella Guillermo, añadió, soltando las palabras como sus linfas un torrente:

—¡Cuánto te amo, cuánto te amo! ¿Cuándo nos casarémos, María?

—¡Jamás! esclamó la jóven irritada; y levantándose bruscamente, añadió con aquel acento de mando que tanto imponia al posadero:

—Cumple mis órdenes, Guillermo, y no me preguntes jamás.

María desapareció repentinamente detrás de la misma cortina por donde se habia presentado, y Guillermo dijo para sí con una sangre fria admirable y una estupidez aun mas fria:

—Que irritable es esta muchacha, por nada se enoja, y ¡vive Dios! que sus miradas me dan miedo. Pero cuando yo vuelva triunfante me recibirá de otra manera. Mas es el caso que no estoy libre, y qué sé yo si podré ir.... si podré cumplir su deseo.... si....

En este momento entró el criado, que le habia llevado al gabinete, y con la misma fórmula de "tened la bondad de seguirme," le condujo al patio; en el patio lo esperaba Bruno, el cual, dándole un tierno abrazo, le dijo con las lágrimas en los ojos y la angustia dentro del alma:

—Tengo que darte una mala nueva, una nueva triste, Guillermo.

—¿Una mala nueva? preguntó el jóven aterrado.

—Al menos para mí lo es, y si tú no eres un ingrato, lo será tambien para tí.

—Esplícate, Bruno, y no tardes, porque, la verdad, tengo miedo.

—Estás en libertad, Guillermo, dijo Bruno lanzando un suspiro de una legua.

—Ya yo lo sabia, repuso Guillermo con el mismo solemne acento que pudo decirlo el intrépido Santiago Molay.

Al dia siguiente el posadero marchaba camino de Bruselas.

CAPITULO XV.

JUNTO A LA DICHA LA PENA.

En tanto que la hija del armero padecia mortales angustias y se procuraba los medios de patentizar su inocencia, el estado de los negocios se complicaba mas y mas, despertándose cada dia nuevas y mas poderosas ambiciones.

No satisfecho el príncipe de Orange con la tutela que ejercia sobre el archiduque gobernador; queriendo debilitar mas el poder con divisiones intestinas, para presentarse en tiempo oportuno como árbitro ó necesario mediador; pretendiendo destruir completamente el edificio para aprovechar los escombros, levantando uno que sirviera á su ambicion de pedestal; y deseando, en fin, hacer de las quince provincias lo que de Holanda y Zelanda habia hecho, entabló secretas negociaciones con Francisco, duque de Anjou y de Alenzon, y consiguió que los estados generales nombraran al duque protector de Flandes, con cuyo nombramiento atraeria sobre Don Juan de Austria las armas de este jóven príncipe, arrebatado y ambicioso. Pero no era este el pensamiento principal del astuto Guillermo Nassau, sabia muy bien que poniendo en íntimo contacto á los franceses y flamencos, lejos de estinguirse poco á poco las rivalidades de nacion, tomaria un nuevo incremento, y asegurarian al príncipe de Orange ó á sus sucesores, el tiempo poco le importaba, una especie de soberanía en aquellas ricas comarcas.

Mientras intrigaba así Orange, mandó el austriaco, siguiendo las órdenes de su hermano Felipe II, que se publicara el edicto por el rey de España decretado, y traducido á tres idiomas, empezó á tener el 26 de Junio de 1578, la debida publicidad. Este edicto no produjo ningun efecto favorable, sirviendo solo para que Guillermo de Nassau persiguiera y encarcelara á cuantos nobles parecian inclinados á la paz.

De todas partes llegaban nuevas al gobernador general, que aflijian á veces su ánimo y que llama-

ban siempre poderosamente su atencion. Sabia por conducto seguro, que se habia formado en Alemania un poderoso ejército á sueldo de los Estados generales, que este ejército habia pasado el Mossa, y que estaba sentando sus reales en las cercanías de Nimega. Sabia D. Juan de Austria que el duque de Anjou y Alenzon, acompañado del mariscal de Casse, célebre hugonote, y al frente de un lucido ejército, marchaba sobre Mons, la mejor y principal ciudad del Hainault; y por último, que Juan Casimiro y sus tropas marchaban por tierra de Gueldres dirijiéndose hácia Nimega para reunirse al ejército de los Estados y componer uno formidable.

La corte de Madrid miraba por un prisma muy engañoso el estado de las provincias, y se hacia bellas ilusiones, prestando en muchos casos fé á noticias interesadas y á las mas falaces protestas. En tanto que el duque de Anjou corria el territorio de Hainault, aunque con escasa fortuna, Enrique III rey de Francia y hermano del duque, aseguraba á Felipe II, que desaprobaba altamente el proyecto del duque Francisco, y que tomaba las disposiciones oportunas para que no tuviera efecto. El rey de España, olvidando, ó aparentando quizás olvidar lo que habia sucedido con el archiduque Matías y el emperador de Alemania, notició inmediatamente á su hermano las seguridades que el francés acababa de darle, manifestándose muy satisfecho; pero D. Juan, que conocia mejor los negocios y tocaba de cerca la perfidia de muchos príncipes, comprendió al momento que solo el filo de la espada podia cortar aquel nuevo nudo gordiano.

Decidido á todo emprenderlo, y con ánimo de adelantarse á la reunion de los ejércitos coligados, los cuales daban un total de sesenta mil infantes y diez y seis mil caballos, reunió á los cabos en consejo y les dijo estas breves razones:

—Capitanes, varios ejércitos enemigos pretenden reunirse en uno solo, y desean cruzar sus espadas con las tizonas de Toledo: no demos lugar á su reunion, y venceremos en detal á los rebeldes y á sus numerosos aliados. Capitanes, contra nosotros viene el duque de Anjou y Alenzon al frente de soldados franceses; combatirá el duque de Anjou y de Alenzon con los vencedores de San Quintin: contra nosotros se adelanta el conde Bossú, ya vencido en otra ocasion, con un ejército formado en las fronteras del imperio: combatirán los alemanes con los veteranos de mi padre, que humillaron la soberbia de los electores de Sajonia y Hesse, y la del traidor príncipe Mauricio: contra nosotros viene Juan Casimiro, sin acordarse de nuestros soldados de Italia. Marchemos contra el enemigo en busca de un nuevo laurel.

—¡Vamos á su encuentro, señor! esclamó el príncipe de Parma poniendo mano á su tizona.

—¡A su encuentro! esclamó tambien Serbelloni, con mas fuego que prometia su ancianidad.

—¡A su encuentro! añadió Gonzaga, y si los hallamos reunidos los venceremos con mas gloria.

—¡A su encuentro! repitieron todos, y los ecos del rico *palacio de las flores* respondieron á este alegre y marcial clamor, llevándolo de sala en sala y haciéndolo mas imponente.

Pasado el primer entusiasmo, se levantó Alfonso de Leiva y dijo al príncipe:

—Señor, mis nobles piden el combate y el lugar del mayor peligro.

—Y mi tercio, añadió Figueroa con tranquila marcialidad, teme ver enmohecidas sus picas si no las lava en la vil sangre de los enemigos de su rey y de su invicto general.

—Farnesio, Serbelloni, Gonzaga, dijo el príncipe poniendo la diestra en la empuñadura de su espada, y la siniestra sobre su hidalgo corazon, juro á Dios y á mi augusto padre que venceré á los enemigos, estén juntos ó separados, preséntenme campal batalla ó escóndanse tras sus trincheras. D. Alonso de Leiva, dí á tus nobles, que no estarán ociosos mucho tiempo; y tú, D. Lope de Figueroa, asegura á tus veteranos que pronto lavarán sus picas. Y como si hubiera profetizado, se dejó caer sobre su asiento, con algunas muestras de cansancio.

Todos los valientes capitanes aplaudieron la resolucion del austriaco, y dandose mútuos parabienes abandonaron el salon, precedidos del bizarro príncipe de Parma.

Durante el consejo se habia entreabierto varias veces una colgadura de tapices, pero un solo hombre habia puesto en ella la atencion; este solo hombre era D. Juan. Cuando salió el último cabo, se abrió del todo la colgadura y apareció una hermosa dama; esta hermosa dama era María, que acababa de dictar leyes al imbécil Guillermo Matren, y que desde un paraje oculto habia presenciado la sesion de los capitanes.

—Acércate, hermosa María, dijo D. Juan, sonriéndola dulcemente.

La jóven se adelantó y apoyó su diestra en el respaldo del sitial que ocupaba el príncipe sin proferir una palabra; pero bañando á su ilustre amante en una mirada de amor mas elocuente que mil cariñosas protestas.

—¿En dónde has estado, María? preguntó el austriaco volviéndose para ver el rostro encantador de la hermosa hija del armero. ¿En dónde has estado, María?

María no respondió á la doble pregunta del príncipe, y tendió su mano hácia el tapiz.

—¿Qué hacias allí? preguntó D. Juan interpretando la sencilla accion de la jóven.

—Escucharte, repuso María con entonacion singular.

—¿Y me has escuchado mucho tiempo, hermosa mujer?

—Todo el tiempo que has hablado, príncipe, y tus palabras no se borrarán de mi memoria.

—Pobre María, poco te habrán interesado las rudas frases de un guerrero.

—No, príncipe, tus palabras me han interesado hoy mas que nunca; tu voz retumbaba bajo estos dorados artesones, como el trueno sobre las nubes, y tus ojos despedian rayos. ¿Eres, príncipe, por ventura el genio de las tempestades?

Don Juan se sobrió dulcemente contemplando el entusiasmo de María.

—No te rias, D. Juan, no te rias, prosiguió la jóven en su creciente ecsaltacion. Si el conde de Bossú, guerrero probado y valiente general por los estados del Brabante, te hubiera oido, el conde de Bossú hubiera temblado como un niño; si el duque de Anjou y Alenzon, vanidoso como todo francés, y general de un ejército de hugonotes, te hubiera oido, el duque de Anjou y Alenzon hubieran temblado como una mujer de su país: si Juan Casimiro, duque de Saboya y aliado de los brabanteses, te hubiera oido, Juan Casimiro hubiera roto sus alianzas, retirándose á su ducado; porque cuando decias VENCERÉ, lo decias, príncipe, del mismo modo que debió predecir Jeremías la destruccion de su ciudad.

El príncipe estampó un amoroso beso en la blanca mano de la jóven, y con la suya acarició la cabellera de María, únicas muestras de cariño que osaba darla. La hija del armero miró al austriaco con una espresion singular, y le preguntó:

—¿Príncipe D. Juan, eres profeta? pregunta hecha con entera formalidad.

—No, María, la respondió el príncipe; pero pocas veces me engaña el corazon.

—María se arrodilló delante del príncipe, y éste la preguntó:

—María, ¿me amas con todo aquel amor que me profesabas en Bruselas?

—Hoy no te amo, repuso María con voz metálica, hoy no te amo.

—¿No me amas, María? murmuró D. Juan, no dando crédito á las palabras de la jóven.

—No te amo porque no eres hombre, te adoro porque eres un Dios.

El príncipe levantó á María, estampó otro beso en su mano, y acarició mas sus cabellos. La hija del armero se dejó caer sobre un sitial, y cerró sus rasgados ojos.

¿Qué impresion habian hecho en María las palabras del jóven príncipe dirijidas á sus valientes capitanes? La hija del armero la esplicaba preguntándole si era profeta, y adorándole como á Dios. ¿Pero el entusiasmo de María habia dado á las palabras de su amante un valor que en sí no tenian, ó ciertamente habia brillado en la mirada del caudillo el fuego del rayo y tenido la vibracion del trueno su voz? No habia ecsagerado la amante. D. Juan de Austria, lúgubremente poseido de una idea de muerte, preveia su prócsimo fin, pero tambien vaticinaba que un guerrero de su valía debia morir como el tebano Epaminondas, despues de ganar una batalla; ó como el breton Beltran de Gueselin, despues de haber recibido las llaves de una combatida ciudad. Esta persuasion y estas creencias habian dado al príncipe ese prestigio inesplicable, que habia electrizado á los guerreros y casi vuelto loca de amor y entusiasmo á la hermosísima María.

Reclinada sobre el sitial y con los párpados caidos permanecia la hermosa jóven, y el príncipe, de pié y á su lado, no osaba interrumpir aquel dulcísimo sopor. Varias veces habia contemplado el austriaco las *Madonas* de Rafael, vírgenes y mujeres á un tiempo, con un amor divinizado; pero no habia sentido nunca tanto respeto y tanto amor como esperimentaba entonces ante María Estraten, dormida en éxtasis, ó desmayada. Unas veces pretendia abrasarse en la pura luz de sus ojos, y llevaba el dedo á sus párpados para abrírselos con amor; comprendia otras todo el celestial embeleso de aquella mujer arrobada, y en vez de tocarla se ponia su diestra sobre el corazon. ¿Recordaba entonces D. Juan las palabras de Octavio Gonzaga, y creia que la mano blanca y trasparente de aquella mujer habia llevado mortal tósigo á sus entrañas? Si Gonzaga se hubiera presentado á reproducir necias sospechas, la espada de D. Juan de Austria roja hubiera quedado en la sangre de amigo tan noble y leal. ¿Y qué motivo tenia el austriaco para atormentarse con dudas? ¿No se sentia en aquel momento tan fuerte, como el rey de los bosques, y tan feliz que le daba miedo lo inmenso de su felicidad? Feliz era el príncipe; su memoria no le presentaba un recuerdo ni se alejaba á lo porvenir, porque su imaginacion toda estaba fija en lo presente. Sin embargo, conocia el príncipe que aquella contemplacion muda y religiosa no podia prolongarse mucho sin poner á prueba todas las fuerzas de un mortal; pero reflecsionaba al mismo tiempo que no era menos peligroso entregarse á nuevos delirios de amor. Se cubrió los ojos con la mano, para cortar en cierto modo aquella cadena magnética, y empezó á buscar esprofeso algun recuerdo que pudiera momentaneamente producirle una sensacion dolorosa. Pasados algunos minutos debió encontrarlo, porque sus cejas se fruncieron, respiró con alguna mas fuerza, y dijo con voz breve:

—María.

—¡Príncipe! repuso la jóven violentamente estremecida y levantándose del sitial.

—¿Estabas dormida, María? preguntó el austriaco, dando á su voz una parte de la amargura, que cuidadosamente habia procurado depositar en lo mas hondo de su alma.

—No dormia, príncipe; pero soñaba, repuso María con la candidez de una niña.

—¿Y sin duda, porque soñabas, no me has contado qué se ha hecho el pobre Guillermo Matren?

A esta pregunta se fruncieron las cejas de María, como se habian fruncido antes las del príncipe, aunque con distinta espresion, y salió de su pecho un suspiro.

—¿No me respondes, hermosa mia? volvió á preguntarla el austriaco.

—Guillermo Matren está libre, repuso María con manifiesta repugnancia.

—¿Y piensa permanecer libre en la hermosa ciudad de Namur?

—No, príncipe, mañana marchará á Bruselas sin pretesto alguno que lo estorbe.

—¿Y pudiera yo saber, María, á qué va Guillermo á Bruselas?

—Todavía no, dijo la jóven con acento firme y resuelto.

—¿Y por qué no puedo saberlo? preguntó Don Juan con sarcasmo.

—Porque es mi secreto, Don Juan, repuso María, con un acento que trocó el sarcasmo del príncipe en hondo despecho, y aquella gota de amargura, que él mismo se habia proporcionado, en un mar sin fondo ni ribera, sembrado de escollos y de borrascas combatido.

—Ese secreto me envenena, murmuró D. Juan con voz sorda.

—Y á mí tambien, repuso la jóven con un acento tan doliente, que llegó al alma de Don Juan.

—Mira, María, añadió el austriaco con voz sumisa y suplicante: en un momento de locura procuré buscar una pena que templara un tanto lo inmenso de mi felicidad, y estoy sufriendo horriblemente. He sido un loco, lo confieso; pero un demente no merece duro castigo. Revélame, María, tu secreto, si quieres volverme la paz.

—¡Mi secreto! esclamó María, ocultando el rostro entre sus manos.

—¡Tu secreto, María, tu secreto! repitió Don Juan suplicante.

—El médico de V. A., dijo Gonzalo en alta voz como vigilante centinela.

—¡El médico! esclamó María, perdiéndose entre los tapices.

—El médico, murmuró Don Juan, paseando una triste mirada, y despues sentándose abatido.

El médico penetró en la cámara con paso lento y rostro de doctor, es decir, entre alegre y grave; se acercó al príncipe, ocupó un sitial sin ceremonia y preguntó:

—¿Cómo se encuentra V. A. desde esta mañana temprano?

—Bastante bien, repuso el príncipe recobrando su tranquilidad.

—Muy bien debe hallarse V. A., cuando ha resuelto abrir la campaña en persona.

—Así es la verdad, contestó el austriaco á su médico con singular indiferencia.

—¿Y cree V. A. que podrá sufrir los trabajos de la campaña sin menoscabo en la salud?

—Sé que podré dar una batalla, y con esto tengo bastante.

—No es bastante, repuso el médico. La preciosa vida de V. A. está encomendada á mi cuidado, y yo no puedo consentir que por mal método se vea en grave peligro.

—¿Con quién pensais que estais hablando? ¿Creeis por ventura que os dirijís á S. M., mi augusto hermano, y que podeis decirle: "señor, el bienestar de vuestros reinos ecsije que no comprometais vuestra persona, y que conserveis vuestra preciosísima salud." Os engañais mucho, doctor. Sois el médico de un soldado, y á un soldado debe decírsele: "No tienes bienes ni familia, tu único patrimonio es la gloria. Desnuda la espada, pelea, y cada estocada que recibas te hará el mismo bien que las sangrías hechas por mi mano." Así se habla á un simple soldado como yo, que encontrará su primer trono sobre aquellas nubes carmesíes.

El príncipe levantó su diestra hácia el cielo, señalando lijeras nubes, y el médico bajó los ojos no sabiendo qué responder á un enfermo como el austriaco.

Pasaron algunos minutos en un silencio tanto mas triste, cuanto solemnes habian sido las últimas palabras de D. Juan. Se pasó éste varias veces la mano por la frente como para ahuyentar ideas, y dijo al fin:

—Podeis retiraros, doctor.

—Si me lo permite V. A. le tomaré el pulso, observó el médico.

—No tengo el menor inconveniente, repuso el austriaco tendiendo el brazo hácia el doctor.

Aplicó éste sus dedos á la arteria, observó dos ó tres minutos, y dijo:

—V. A. no puede salir de Namur.

—He dicho que saldré, repuso el príncipe, procurando domar su impaciencia.

—Yo repito que es imposible.

—¿Por qué, doctor?

—Porque ha reaparecido la fiebre.

El príncipe lanzó un gemido, y señalando al doctor la puerta, dijo con voz sorda:

—Como saldréis ahora de aquí, saldré yo mañana de Namur, aunque en breve vuelva mi cadáver.

La voz y el altivo ademan del príncipe impusieron tanto á su médico, que salió sin oponer razones á la voluntad del enfermo: María entreabrió de nuevo los tapices; pero vió clavados en ellos los ardientes ojos del austriaco, con una mirada tan siniestra, que los dejó caer al momento.

—La fiebre, murmuró D. Juan oprimiéndose la cabeza.

Un ¡ay! penetrante y doliente respondió detras del tapiz.

CAPÍTULO XVI.

LA ULTIMA LUZ DE LA ANTORCHA.

Decidido el príncipe Don Juan á cumplir la resolucion del consejo, espidió las convenientes órdenes para que dejara el ejército sus cuarteles, y mandó hacer todos los aprestos necesarios. Muy grande fué la diligencia de los capitanes del austriaco; pero no fué menor la que pusieron los rebeldes, y cuando el ejército real emprendió su marcha, ya estaban reunidos los aliados en Rimenant, pequeña aldea situada entre Lira y Malinas levantando dobles trincheras.

La instantánea reunion de los ejércitos enemigos contrariaba el primer pensamiento del príncipe, que consistia en irlos batiendo aisladamente; pero de ningun modo variaba la resolucion del austriaco que habia profetizado vencer, y estaba resuelto á realizar su prediccion. En esta disposicion de ánimo se adelantó el gobernador general hasta Tiennen, á una jornada del enemigo, y habiendo reunido su consejo, se espresó en estas sencillas palabras.

—Señores capitanes, hoy debemos ejecutar cuanto ofrecimos en Namur.

Gonzaga, Mansfeld, Hierg, Mondragon, Figueroa y otros capitanes aplaudieron la corta arenga

del austriaco; Gabriel Serbelloni calló, y Alejandro Farnesio dijo:

—¿Conoceis, señor, la posicion que ocupa la enemiga hueste?

—Será ventajosa para ella, repuso el austriaco con frialdad.

—¿Y con un ejército inferior en número osaréis presentar batalla sin haber elejido el campo? preguntó el príncipe de Parma al gobernador general.

—¿Por qué no? replicó el austriaco con aparente indiferencia.

—Porque no debeis comprometer el ejército que mandais, dijo Farnesio con calor.

Un murmullo de desaprobacion respondió á Alejandro; el austriaco dirijió á su sobrino una mirada, y guardó silencio: el parmesano prosiguió:

—"Veo, señores capitanes, que os causa novedad verme disentir en este punto, siendo yo un hombre á quien á veces muchos tachan de confiado; pero de tímido, por lo menos hasta ahora ninguno. Esto mismo os ha de hacer pensar, que deben ser de mucho peso las razones que me hacen disentir de esta batalla contra mi deseo y mi costumbre. Esplicarélas en pocas palabras, pues soy mas pronto de manos que de lengua."

Se estendió Alejandro Farnesio en varias consideraciones militares fundadas en las grandes ventajas que á los enemigos daria lo favorable del terreno, y acabó opinando contra el trance de la batalla propuesta por su ilustre tio.

Don Juan de Austria, cuya fiebre no se habia estinguido un solo dia, y que desde mediado Julio se presentaba mas pujante, se llevó la mano á las sienes, contó las desiguales pulsaciones de sus arterias durante un minuto, y,

—No tengo un momento que perder, murmuró con voz apagada.

—Voto con el príncipe de Parma, dijo Serbelloni, sin haber oido las tristes palabras de Don Juan.

—Padre mio, ¿no recordais mi juramento? repuso el austriaco tristemente.

—Ocasion tendrá V. A. de cumplirlo, replicó el anciano con gravedad.

—¿Y tiempo tendré? volvió á preguntar Don Juan con mas amargura.

—¿Por qué no? repuso el anciano á su vez.

—Dadme la mano, padre mio, replicó el austriaco nada mas.

Serbelloni alargó la diestra, el príncipe la colocó sobre la arteria de la suya, y pasados algunos momentos, añadió con perfecta tranquilidad:

—Contad las pulsaciones, padre mio, y me responderéis despues.

Serbelloni soltó la mano del enfermo y levantó al cielo los ojos.

—Ya veis, padre mio, prosiguió el príncipe, que no tengo tiempo que perder.

Esta sencilla accion y estas palabras produjeron en la asamblea un efecto, que el mismo príncipe de Parma esperimentaba á su pesar. Ademas, contra las razones de Farnesio tenia el austriaco una bastante poderosa, y era la mala inteligencia que reinaba entre los caudillos rebeldes; mala inteligencia, que en el trance de una batalla proporcionaria á un general prudente y esperimentado medios seguros de vencer.

La mayoría del consejo aprobó la proposicion del austriaco, y se decretó la batalla.

No habia un momento que perder, y por órden de Don Juan de Austria, fueron á esplorar los reales enemigos Mucio Pagani y Amador de la Abadía, ambos capitanes de caballos y esperimentados en guerra: á su vuelta, confirmando las noticias antes recibidas, dijeron: que las tropas rebeldes habian asentado los reales en territorio de Malinas, los cuales estaban defendidos por la espalda con una aldea llamada Rimenant; por los costados con sombrías selvas y frondosos bosques de pinos; y por el frente con trincheras y profundos fosos defendidos por numerosa artillería. Añadiendo los emisarios, que delante del campamento se estendia una inmensa llanura, la mas adecuada posible para una batalla campal, pero debia tenerse en cuenta que solo podia atacarse la aldea de Rimenant, atravesando un desfiladero pegado al bosque de la izquierda, por el cual podrian marchar con mucho trabajo seis hombres de frente.

Estas noticias no entibiaron el bélico ardor del austriaco; y despues de haber enviado algunas escuadras de soldados á las fortalezas de la frontera de Francia, en peligro por las tentativas de Alenzon, movió su campo de Tiennen; y al frente de doce mil infantes y cinco mil buenos caballos, atravesó el puente de Ariscot, cruzó la distancia que lo separaba de Bossú, y marcialmente desafió á los generales enemigos, sin que osaran estos salir fuera de sus trincheras. Entonces el príncipe de Parma, que á la batalla se habia opuesto, se acercó al austriaco y le dijo:

—Permitidme, señor, que vaya delante de los maestros de campo, y en la primera fila de los valientes tercios castellanos que, segun vuestro mandamiento, deben comenzar la pelea.

—No, Alejandro, repuso el príncipe, con cariño á un tiempo y majestad. Quizá sea esta la última batalla que mandemos juntos, y prefiero tenerte á mi lado toda ella.

—Señor, replicó el parmesano, no sin rubor: he tenido lengua en el consejo para desaprobar el ataque, y quiero manifestar ahora que no fué por falta de manos.

—Príncipe de Parma, todos saben que no te falta corazon, dijo D. Juan, y sin añadir mas respuesta, recorrió la línea de su hueste, con toda la velocidad de su poderoso corcel.

Formado el ejército en batalla, á la entrada de la llanura, convidaban los roncos redobles de los atambores y el agudo son de los clarines á sangriento y rudo combate, y los veteranos de D. Juan deseaban medir sus tizonas con las del ejército aliado: "pero como éste," dice el jesuita Famiano Estrada, historiador de las guerras de Flandes, "por espacio de "tres horas se estuviese quieto dentro de sus rea-"les, haciéndose sordo á todos los envites, llamando "á su presencia el austriaco á Alfonso de Leiva, que "estraordinariamente gobernaba un escuadron ve-

"lante; *andad, dice á Alfonso, y enderezad vuestra "gente á aquella senda angosta, que veis entre la sel-"va y la trinchera, con ademan de quien por despre-"cio del enemigo va á entrar en la aldea: sin duda os "saldrá al opuesto: entonces, retirándoos poco a po-"co, sacadle al campo.* Y juntamente mandó al "marqués del Monte, que con tres banderas de ca-"ballos, de cota y lanza, cargase hácia allá, é hiciese "espaldas al escuadron de Leiva."

Así escribe el referido historiador el primer movimiento de ataque ordenado por D. Juan de Austria: y trasladándose al campo enemigo, continua:

"Gobernaba todo el ejército, en nombre del ar-"chiduque y de los Estados, el conde de Bossú, "Maesimiliano Hernini, soldado veterano y cauto. "Este, resuelto a eludir los conatos del austriaco "con solo estar á la mira, ó á cortarlos con astucia, "mandó á Juan Norici, coronel de ingleses, que de-"fendia aquella entrada, que saliese á recibir al ene-"migo, pero que con la refriega no se dejase alejar "del puesto. Comenzaron, pues, á pelear españo-"les con ingleses, al principio muy a la ligera; por "que ni Leiva ni Norici, que le salia al encuentro, "iban con intento de pasar á mas, hasta que me-"tiéndose el conde de Egmout, con unas tropas de "caballería escojida, á socorrer á los ingleses, por "que caian muchos de ellos, al punto Monte se le "opuso con su caballería. Llegábase tambien Ro-"berto Estuart con algunas escuadras de infantes "escoceses, cuando el austriaco mandó acudir allá "á Fernando de Toledo, con el resto del escuadron "volante, cuyo cabo era en propiedad, y que le fue-"ra siguiendo Camilo del Monte, con dos cornetas "de caballos. El se arrimó mas cerca con la bata-"lla, como ya la tenia ordenada, con esperanza de "venir á las manos con el enemigo, que estaba ya "bastante provocado. Saltando entonces del caba-"llo Alejandro Farnesio, se fué al punto que habia "pedido entre la infantería española, primera hi-"lera."

"Ya las tropas no escaramuzaban, sino que á to-"do trance trababan, con sumos alientos de entram-"bas partes, la batalla, cuando Leiva, apuntando fe-"lizmente los arcabuceros por entre los árboles, "ocupó el bosque de la mano siniestra, y metiéndo-"se Toledo por la entrada, ya casi desamparado de "defensores, entrambos con gran ímpetu y con un "esforzado avance de la caballería, embistieron la "trinchera; y, retirándose unas veces el enemigo, "otras volviendo á la pelea, últimamente, con cuan-"ta fuerza podian, le hicieron volver el pié atrás "hasta la aldea."

Apoderada la vanguardia del ejército de D. Juan de Austria tan fácilmente de una gran línea de trincheras, hubiera podido envanecerse y considerar al enemigo casi enteramente desalojado; pero la misma facilidad del triunfo hizo sospechar á Farnesio alguna pérfida celada, y fué á participar al austriaco su incertidumbre y sus temores. En ellos abundada el príncipe, y confirmándolos con las reflecsiones de Alejandro, envió órden á los cuerpos mas avanzados para que detuvieran la marcha, fortificándose en el conquistado recinto. "Pero ya ellos" continúa el diligente historiador, "pasando de lar-"go el pago y siguiendo las huellas del enemigo á "toda prisa, habian entrado en un campo, camino de "Malinas, cercado por una parte del rio Demer, y "por otra de una espesa selva, y se adelantaron tan-"to, llevados del ardor de la pelea, que aun no habian "entendido el engaño, cuando se vieron á la vista "de los verdaderos reales. Estaban estos entre el "rio y la selva: en una eminencia, con valiente cir-"cunvalacion, y colocada en el frente la artillería. "Aquí se habian acuartelado los enemigos, en nú-"mero de doce mil infantes y siete mil caballos, "distribuidos en escuadrones hasta los muros de "Malinas."

Pocos eran los españoles para apoderarse de un campamento perfectamente fortificado y defendido por un tan numeroso ejército; pero en lugar de intimidarse con la sorpresa y el peligro, y mientras recibian refuerzos, cerraron con los enemigos, sin contar el número ni reparar en su desventajosa posicion. Con enojo supo el austriaco que habian traspasado sus órdenes, y en un arranque de despecho esclamó con airado acento:

—Ellos han comprometido neciamente mi bien concertada operacion: ellos solos han de triunfar ó no ha de quedar ni uno de ellos.

Pero reflecsionando despues, que él mismo habia traspasado mil veces los límites de la prudencia por seguir el ciego impulso del valor, encargó al príncipe de Parma que fuera á sacar del peligro aquellas valientes falanjes, mientras él tomaba perentorias disposiciones.

"Las entradas de los vallados" continúa el sabio jesuita, "encargó á los arcabuceros, mandándo-"les, que cuando el enemigo viniese en seguimien-"to, le detuviesen con una repentina tempestad de "balas: y ordenó que al mismo tiempo Gonzaga, "con los caballos juntos, animoso defendiese las es-"paldas de las tropas, al irse éstas retirando, y que "cuando se recojiese la infantería, avivase enton-"ces mas el ardor del choque, para cortar la furia "del contrario."

Confiando D. Juan al valor y talentos del príncipe de Parma la salud del escuadron volante, y creyéndolos bien socorridos con la caballería de Gonzaga y recias mangas de arcabuceros, cuidó de organizar las fuerzas restantes de la hueste, de modo que pudiera recibir en su seno á los que se batian en retirada, sin romperse, presentando un frente formidable al enemigo, si osaba bajar á la llanura, y con ella se adelantó hasta la entrada de los bosques.

Durante esta bien meditada maniobra, en la cual la cabeza del general se habia sobrepuesto al brioso corazon del guerrero, no se descuidó el príncipe de Parma que de prudente general queria acreditarse en un dia. Luchando con los enemigos, mandó Alejandro que los infantes torcieran poco á poco hacia aquella parte del campo que á Alonso de Leiva habia mostrado, y disimuladamente dió despues la señal de la retirada, encargando en ella el mejor órden. Para que pudieran los infantes retirarse cómodamente, se arrojó Gonzaga, al frente de su caballería, sobre el enemigo, con tan buena suerte y bizarría, que desorganizó sus filas y sembró el campo de cadáveres, no retrecediendo un solo palmo, hasta que los hermanos del Monte, á la cabeza de setecientos caballos escojidos, lo relevaron, por órden espresa de D. Juan.

No holgaba Toledo entre tanto, y apostando sus arcabuceros al abrigo de unos vallados, hacia tan mortíferas descargas, que tuvo á raya á los rebeldes, mientras los infantes de Leiva, retirándose cara al enemigo, lograban salir del conflicto, reuniéndose á la batalla de D. Juan.

—Imprudente has estado, Leiva, en el campo de los rebeldes, le dijo el austriaco recibiéndole, y por traspasar mis instrucciones, has comprometido mi ejército.

—Imprudente he sido, señor, repuso D. Alonso; pero sírvame de disculpa, que combatia al frente de españoles, y que estos, mientras pueden mover las manos, no quieren valerse de los piés.

La disculpa era tan briosa, que el príncipe hubo de aplaudirla; pero llamaron en breve su atencion los caballos de los dos hermanos del Monte.

Con la retirada de los infantes, todas las fuerzas enemigas cayeron sobre los setecientos caballos; se renovó una pelea mas encarnizada y atroz, y allí era de ver cuánto puede el valor puesto en duro trance.

Sobre setecientos combatientes tronaba de lejos la artillería de los aliados, cuando á descubierto los hallaba, y sobre setecientos combatientes herian de cerca las espadas de numerosos escuadrones que se sucedian sin cesar. Camilo y Juan Bautista del Monte conocian el grave peligro en que se hallaban peleando y briosamente acometiendo; pero conocian tambien que la retirada no lo presentaba menor. Colocados entre dos peligros, eligieron, como valientes, el que mas gloria podia darles, y en vez de volver las espaldas, se precipitaron sobre un escuadron enemigo, y despues de acuchillarlo, hasta bajo sus mismas trincheras, se vieron cortados de improviso, y al parecer en la alternativa de entregar las armas ó morir.

Don Juan de Austria habia seguido con gran cuidado hasta el mas pequeño movimiento de este valeroso escuadron, ya perdiéndolo entre nubes de polvo y humo, ya viéndolo aparecer de nuevo sobre una colina, y ya, por último, cercado por falanjes tan numerosas.

Por órden espresa del austriaco habian ido los dos capitanes del Monte á relevar á Octavio Gonzaga, á la cabeza de bravos guerreros castellanos, y esta distincion honorífica iba á costarles harto cara. El príncipe no podia dejarlos en tan duro trance, y no queria comprometer de nuevo una gran parte de su ejército. Meditabundo parecia; pero de improviso su mirada lanzó un brillo deslumbrador, se colorearon sus mejillas, tan pálidas momentos antes, y acercándose á Serbelloni, le dijo con el mismo acento que habia resonado en *el palacio de las Flores* al celebrarse el último consejo de guerra en la noble ciudad de Namur:

—Tomad mi baston, padre mio, y mandad como si yo no estuviera en el mundo.

El austriaco entregó á Serbelloni su baston de mando, desnudó con potente diestra su cortante espada de Toledo, y poniendo espuelas al caballo, fué á llevar á los dos hermanos del Monte el gran socorro de su brazo, de su corazon y de su nombre.

Radiante, como el querubin que arrojó á nuestros padres pecadores de su encantado paraiso, cruzó el príncipe la llanura, rompió las filas enemigas, y metiéndose en lo mas cerrado del pequeño escuadron leal, preguntó con vibrante acento:

—¿En dónde estoy?

—Entre castellanos, respondieron todos á una voz.

—¡Santiago, cierra España! gritó el príncipe; y precipitándose sobre los escuadrones rebeldes, abrió en ellos tan ancha brecha, que ancha senda halló hasta su campo sin ser de nadie perseguido.

Al tocar las primeras filas, envainó su sangrienta espada, tomó el baston que le presentó Serbelloni, palidecieron sus mejillas, y sus radiantes ojos se apagaron, porque en aquel arrojo marcial habia brillado la última luz de la antorcha.

CAPITULO XVII.

LA CORONA.

Largo tiempo permaneció el príncipe al frente de sus escuadrones, esperando que los rebeldes descendieran á la llanura; pero Bossú, cuya estratajema no habia tenido resultado, merced á la prudencia del general y desesperado valor de los tercios que habian tomado parte en la lid, se contentó con llegar á la aldea, marchando sobre los cadáveres de sus propios soldados, de los cuales cubrian el campo de batalla mas de dos mil; número casi superior al de los castellanos con quienes midieron las armas.

Conociendo Don Juan de Austria que los aliados no dejarian sus formidables posiciones, por mucho que los provocara, y que atacarlos nuevamente seria comprometer su ejército, mandó, a la caida de la tarde, que retrocediera su campo á Tiennen, haciendo marchar en vanguardia á los que tan bien se habian batido.

Sin sufrir la menor molestia del enemigo, llegó Don Juan de Austria á Tiennen el mismo dia de la batalla, 1.° de Agosto de 1578, y se acampó con todo su ejército, esperando ocasion propicia de abrir una nueva campaña. Sin embargo, este pensamiento necesitaba, para realizarse con éxito, ser poderosamente secundado por el rey de España, y el rey no mostraba mucha impaciencia por restablecer su autoridad en Flandes.

Recibió el austriaco en Tiennen la triste nueva de que la plaza de Ariscot se habia entregado al enemigo, pereciendo antes Muncio Pagano, que por el rey la mantenia. Tambien supo el príncipe que el ejército de los Estados se iba aumentando

"lante; *andad, dice á Alfonso, y enderezad vuestra "gente á aquella senda angosta, que veis entre la sel-"va y la trinchera, con ademan de quien por despre-"cio del enemigo va á entrar en la aldea: sin duda os "saldrá al opuesto: entonces, retirándoos poco a po-"co, sacadle al campo.* Y juntamente mandó al "marqués del Monte, que con tres banderas de ca-"ballos, de cota y lanza, cargase hácia allá, é hiciese "espaldas al escuadron de Leiva."

Así escribe el referido historiador el primer movimiento de ataque ordenado por D. Juan de Austria: y trasladándose al campo enemigo, continua:

"Gobernaba todo el ejército, en nombre del ar-"chiduque y de los Estados, el conde de Bossú, "Maesimiliano Hernini, soldado veterano y cauto. "Este, resuelto a eludir los conatos del austriaco "con solo estar á la mira, ó á cortarlos con astucia, "mandó á Juan Norici, coronel de ingleses, que de-"fendia aquella entrada, que saliese á recibir al ene-"migo, pero que con la refriega no se dejase alejar "del puesto. Comenzaron, pues, á pelear españo-"les con ingleses, al principio muy a la ligera; por "que ni Leiva ni Norici, que le salia al encuentro, "iban con intento de pasar á mas, hasta que me-"tiéndose el conde de Egmout, con unas tropas de "caballería escojida, á socorrer á los ingleses, por "que caian muchos de ellos, al punto Monte se le "opuso con su caballería. Llegábase tambien Ro-"berto Estuart con algunas escuadras de infantes "escoceses, cuando el austriaco mandó acudir allá "á Fernando de Toledo, con el resto del escuadron "volante, cuyo cabo era en propiedad, y que le fue-"ra siguiendo Camilo del Monte, con dos cornetas "de caballos. El se arrimó mas cerca con la bata-"lla, como ya la tenia ordenada, con esperanza de "venir á las manos con el enemigo, que estaba ya "bastante provocado. Saltando entonces del caba-"llo Alejandro Farnesio, se fué al punto que habia "pedido entre la infantería española, primera hi-"lera."

"Ya las tropas no escaramuzaban, sino que á to-"do trance trababan, con sumos alientos de entram-"bas partes, la batalla, cuando Leiva, apuntando fe-"lizmente los arcabuceros por entre los árboles, "ocupó el bosque de la mano siniestra, y metiéndo-"se Toledo por la entrada, ya casi desamparado de "defensores, entrambos con gran ímpetu y con un "esforzado avance de la caballería, embistieron la "trinchera; y, retirándose unas veces el enemigo, "otras volviendo á la pelea, últimamente, con cuan-"ta fuerza podian, le hicieron volver el pié atrás "hasta la aldea."

Apoderada la vanguardia del ejército de D. Juan de Austria tan fácilmente de una gran línea de trincheras, hubiera podido envanecerse y considerar al enemigo casi enteramente desalojado; pero la misma facilidad del triunfo hizo sospechar á Farnesio alguna pérfida celada, y fué á participar al austriaco su incertidumbre y sus temores. En ellos abundada el príncipe, y confirmándolos con las reflecsiones de Alejandro, envió órden á los cuerpos mas avanzados para que detuvieran la marcha, fortificándose en el conquistado recinto. "Pero ya ellos" continúa el diligente historiador, "pasando de lar-"go el pago y siguiendo las huellas del enemigo á "toda prisa, habian entrado en un campo, camino de "Malinas, cercado por una parte del rio Demer, y "por otra de una espesa selva, y se adelantaron tan-"to, llevados del ardor de la pelea, que aun no habian "entendido el engaño, cuando se vieron á la vista "de los verdaderos reales. Estaban estos entre el "rio y la selva: en una eminencia, con valiente cir-"cunvalacion, y colocada en el frente la artillería. "Aquí se habian acuartelado los enemigos, en nú-"mero de doce mil infantes y siete mil caballos, "distribuidos en escuadrones hasta los muros de "Malinas."

Pocos eran los españoles para apoderarse de un campamento perfectamente fortificado y defendido por un tan numeroso ejército; pero en lugar de intimidarse con la sorpresa y el peligro, y mientras recibian refuerzos, cerraron con los enemigos, sin contar el número ni reparar en su desventajosa posicion. Con enojo supo el austriaco que habian traspasado sus órdenes, y en un arranque de despecho esclamó con airado acento:

—Ellos han comprometido neciamente mi bien concertada operacion: ellos solos han de triunfar ó no ha de quedar ni uno de ellos.

Pero reflecsionando despues, que él mismo habia traspasado mil veces los límites de la prudencia por seguir el ciego impulso del valor, encargó al príncipe de Parma que fuera á sacar del peligro aquellas valientes falanjes, mientras él tomaba perentorias disposiciones.

"Las entradas de los vallados" continúa el sabio jesuita, "encargó á los arcabuceros, mandándo-"les, que cuando el enemigo viniese en seguimien-"to, le detuviesen con una repentina tempestad de "balas: y ordenó que al mismo tiempo Gonzaga, "con los caballos juntos, animoso defendiese las es-"paldas de las tropas, al irse éstas retirando, y que "cuando se recojiese la infantería, avivase enton-"ces mas el ardor del choque, para cortar la furia "del contrario."

Confiando D. Juan al valor y talentos del príncipe de Parma la salud del escuadron volante, y creyéndolos bien socorridos con la caballería de Gonzaga y recias mangas de arcabuceros, cuidó de organizar las fuerzas restantes de la hueste, de modo que pudiera recibir en su seno á los que se batian en retirada, sin romperse, presentando un frente formidable al enemigo, si osaba bajar á la llanura, y con ella se adelantó hasta la entrada de los bosques.

Durante esta bien meditada maniobra, en la cual la cabeza del general se habia sobrepuesto al brioso corazon del guerrero, no se descuidó el príncipe de Parma que de prudente general queria acreditarse en un dia. Luchando con los enemigos, mandó Alejandro que los infantes torcieran poco á poco hacia aquella parte del campo que á Alonso de Leiva habia mostrado, y disimuladamente dió despues la señal de la retirada, encargando en ella el mejor órden. Para que pudieran los infantes retirarse cómodamente, se arrojó Gonzaga, al frente de su caballería, sobre el enemigo, con tan buena suerte y bizarría, que desorganizó sus filas y sembró el campo de cadáveres, no retrecediendo un solo palmo, hasta que los hermanos del Monte, á la cabeza de setecientos caballos escojidos, lo relevaron, por órden espresa de D. Juan.

No holgaba Toledo entre tanto, y apostando sus arcabuceros al abrigo de unos vallados, hacia tan mortíferas descargas, que tuvo á raya á los rebeldes, mientras los infantes de Leiva, retirándose cara al enemigo, lograban salir del conflicto, reuniéndose á la batalla de D. Juan.

—Imprudente has estado, Leiva, en el campo de los rebeldes, le dijo el austriaco recibiéndole, y por traspasar mis instrucciones, has comprometido mi ejército.

—Imprudente he sido, señor, repuso D. Alonso; pero sírvame de disculpa, que combatia al frente de españoles, y que estos, mientras pueden mover las manos, no quieren valerse de los piés.

La disculpa era tan briosa, que el príncipe hubo de aplaudirla; pero llamaron en breve su atencion los caballos de los dos hermanos del Monte.

Con la retirada de los infantes, todas las fuerzas enemigas cayeron sobre los setecientos caballos; se renovó una pelea mas encarnizada y atroz, y allí era de ver cuánto puede el valor puesto en duro trance.

Sobre setecientos combatientes tronaba de lejos la artillería de los aliados, cuando á descubierto los hallaba, y sobre setecientos combatientes herian de cerca las espadas de numerosos escuadrones que se sucedian sin cesar. Camilo y Juan Bautista del Monte conocian el grave peligro en que se hallaban peleando y briosamente acometiendo; pero conocian tambien que la retirada no lo presentaba menor. Colocados entre dos peligros, eligieron, como valientes, el que mas gloria podia darles, y en vez de volver las espaldas, se precipitaron sobre un escuadron enemigo, y despues de acuchillarlo, hasta bajo sus mismas trincheras, se vieron cortados de improviso, y al parecer en la alternativa de entregar las armas ó morir.

Don Juan de Austria habia seguido con gran cuidado hasta el mas pequeño movimiento de este valeroso escuadron, ya perdiéndolo entre nubes de polvo y humo, ya viéndolo aparecer de nuevo sobre una colina, y ya, por último, cercado por falanjes tan numerosas.

Por órden espresa del austriaco habian ido los dos capitanes del Monte á relevar á Octavio Gonzaga, á la cabeza de bravos guerreros castellanos, y esta distincion honorífica iba á costarles harto cara. El príncipe no podia dejarlos en tan duro trance, y no queria comprometer de nuevo una gran parte de su ejército. Meditabundo parecia; pero de improviso su mirada lanzó un brillo deslumbrador, se colorearon sus mejillas, tan pálidas momentos antes, y acercándose á Serbelloni, le dijo con el mismo acento que habia resonado en *el palacio de las Flores* al celebrarse el último consejo de guerra en la noble ciudad de Namur:

—Tomad mi baston, padre mio, y mandad como si yo no estuviera en el mundo.

El austriaco entregó á Serbelloni su baston de mando, desnudó con potente diestra su cortante espada de Toledo, y poniendo espuelas al caballo, fué á llevar á los dos hermanos del Monte el gran socorro de su brazo, de su corazon y de su nombre.

Radiante, como el querubin que arrojó á nuestros padres pecadores de su encantado paraiso, cruzó el príncipe la llanura, rompió las filas enemigas, y metiéndose en lo mas cerrado del pequeño escuadron leal, preguntó con vibrante acento:

—¿En dónde estoy?

—Entre castellanos, respondieron todos á una voz.

—¡Santiago, cierra España! gritó el príncipe; y precipitándose sobre los escuadrones rebeldes, abrió en ellos tan ancha brecha, que ancha senda halló hasta su campo sin ser de nadie perseguido.

Al tocar las primeras filas, envainó su sangrienta espada, tomó el baston que le presentó Serbelloni, palidecieron sus mejillas, y sus radiantes ojos se apagaron, porque en aquel arrojo marcial habia brillado la última luz de la antorcha.

CAPITULO XVII.

LA CORONA.

Largo tiempo permaneció el príncipe al frente de sus escuadrones, esperando que los rebeldes descendieran á la llanura; pero Bossú, cuya estratajema no habia tenido resultado, merced á la prudencia del general y desesperado valor de los tercios que habian tomado parte en la lid, se contentó con llegar á la aldea, marchando sobre los cadáveres de sus propios soldados, de los cuales cubrian el campo de batalla mas de dos mil; número casi superior al de los castellanos con quienes midieron las armas.

Conociendo Don Juan de Austria que los aliados no dejarian sus formidables posiciones, por mucho que los provocara, y que atacarlos nuevamente seria comprometer su ejército, mandó, a la caida de la tarde, que retrocediera su campo á Tiennen, haciendo marchar en vanguardia á los que tan bien se habian batido.

Sin sufrir la menor molestia del enemigo, llegó Don Juan de Austria á Tiennen el mismo dia de la batalla, 1.° de Agosto de 1578, y se acampó con todo su ejército, esperando ocasion propicia de abrir una nueva campaña. Sin embargo, este pensamiento necesitaba, para realizarse con éxito, ser poderosamente secundado por el rey de España, y el rey no mostraba mucha impaciencia por restablecer su autoridad en Flandes.

Recibió el austriaco en Tiennen la triste nueva de que la plaza de Ariscot se habia entregado al enemigo, pereciendo antes Muncio Pagano, que por el rey la mantenia. Tambien supo el príncipe que el ejército de los Estados se iba aumentando

diariamente, y para reforzar el suyo, evitando al mismo tiempo que otras plazas siguieran el mal ejemplo de Ariscot, retiró de ellas las guarniciones, demoliendo antes sus castillos y sus murallas.

Para proceder á nuevas levas, estaba esperando Don Juan los trescientos mil ducados que el rey le habia ofrecido mensualmente; pero en su lugar recibió una carta de Felipe II, mandándole que tratara paces, y que las ajustara pronto. En esta carta vió el austriaco la política que su hermano estaba siguiendo tiempo hacia, respecto á los asuntos de Flandes; política débil ó capciosa, indigna de tan poderoso monarca.

Muy á su pesar, y sin esperanzas de buen éxito, entabló el príncipe negociaciones de concordia, y los negociadores de los Estados tuvieron la avilantez de proponerle los tres artículos siguientes:

Art. 1.° El archiduque Matías continuará al frente del gobierno, bajo las mismas condiciones que lo recibió de los Estados.

Art. 2.° El duque de Alenzon y Juan Casimiro entrarán en la paz y convenios.

Art. 3.° Don Juan de Austria restituirá á los Estados, antes que termine el mes de Agosto, la provincia de Limburgo, y cuanto ha tomado por entrega ó fuerza, en el Hainoult.

Estas irritantes condiciones exasperaron á Don Juan; pero, refrenando su enojo, las consultó con Alejandro y remitió á Felipe II, escribiéndole al mismo tiempo, que con su mudable conducta, alas prestaba á los rebeldes, dificultando mas cada dia la pacificacion del país.

Mientras se ocupaba en estos tratos, aparentes preludios de paz y motivo cierto de guerra, dió órden á Gabriel Serbelloni de formar un campamento fortificado en un collado, llamado Berje, sobre la ribera del Mossa, y á una milla corta de Namur. Serbelloni, práctico en formar y defender campos, ayudado de Scipion Campi, emprendió al momento la obra; y tan buena maña se dió, que aunque cayó peligrosamente enfermo á primeros dias de Setiembre, ya tenia hecha la mayor parte de la circunvalacion y foso, y trazados todos los cuarteles del real.

Si embarazado estaba el austriaco con las órdenes de su hermano, no lo estaban menos los próceres flamencos, á causa de sus discordias intestinas. Abrumados vivian los unos bajo la tutela de Orange; creian otros no tomar la parte necesaria para satisfacer su orgullo en el gobierno de Matías: sentian estos renacer el antiguo odio hácia Alenzon y los franceses; aquellos estaban celosos del poder militar de Bossu; y muchos, deseando ardientemente la independencia de la Flandes, volvian los ojos hácia el austriaco, prefiriéndole, con razon, á tanto ambicioso pretendiente, á tanto amigo interesado. En Bruselas, Amberes, Malinas, y aun en el ejército mismo, se habian tenido varias reuniones, en cierto modo sediciosas: en ellas se habian acercado enemigos, al parecer irreconciliables, se habian discutido materias de gran importancia política, y circulaba de boca en boca un proyecto ó conjuracion, que hacia temblar al terrible Guillermo de Nassau, y quitaba toda esperanza al duque de Anjou y Alenzon.

El austriaco continuaba en su campamento de Tiennen, teniendo muy escasas nuevas de las divisiones y conjuras que acabamos de referir, sintiendo los rápidos progresos de su enfermedad, y esperando con impaciencia algunas cartas de Madrid.

Estaba el príncipe en su cámara casi tendido en un ancho sillon de brazos; tanta era su creciente debilidad, que apenas podia sostenerse; con la frente entre sus dos manos, y el pensamiento lejos de un mundo que pronto creia abandonar. María, de pié junto al sillon, le contemplaba en un religioso silencio, y Gonzalo, entrando en la cámara con un pergamino en la mano, gritó alegremente:

—¡Señor, tenemos carta de Madrid!

El príncipe separó las manos, que su enferma frente cubrian; respiró con fuerza como si un gran peso le quitaran; se alzó con una agilidad que hacia dos dias no manifestaba; tomó el pergamino y rompió el nema. Con afan empezó á leer; poco á poco se frunciéron sus cejas, se puso pálido despues, arrugó la carta, y lanzó un ¡ay! cayendo de nuevo en el sillon.

—¿Qué teneis, señor? preguntó el paje sorprendido.

—¿Qué teneis, D. Juan? dijo María con espresion de horrible angustia.

—Escobedo ha muerto asesinado, murmuró el príncipe con voz hueca, y volvió á cubrirse los ojos y á oprimir su frente abrasada.

Tan desgarrador era el acento del austriaco, que los dos jóvenes no se atrevieron á dirijirle nuevas preguntas: Gonzalo salió á la antecámara, y María continuó guardando silencio en su dolorosa actitud.

Mas de una hora habia trascurrido, guardando siempre los amantes sus respectivas posiciones, cuando entró de nuevo Gonzalo, se acercó al príncipe y le dijo:

—Señor.

Apartó las manos el austriaco, miró á su paje favorito, y le preguntó:

—¿Qué me quieres?

—Acaban de llegar, señor, cuatro caballeros, y desean ser recibidos de V. A.

—¿Quiénes son? preguntó D. Juan con la indiferencia de todo enfermo, cuando no se trata de su muerte ó de su salud.

—No han querido decir sus nombres, repuso el valiente Gonzalo.

—¿No les conoces tú, Gonzalo? volvió el príncipe á preguntar.

—Tres de ellos traen los rostros cubiertos con las celadas y vienen armados de punta en blanco, el otro oculta el suyo bajo un espeso capuchon.

—¿Y desean hablarme? añadió el príncipe con mas interés.

—Han pedido una audiencia particular, sin dilacion y sin testigos.

—¿Serán asesinos? se preguntó el austriaco á sí mismo: y haciendo un gesto de indiferencia, añadió en voz alta: María, ten la bondad de retirarte.

Gonzalo, dí á esos caballeros que pueden entrar cuando gusten.

María se dirijió á la puerta del fondo, y desapareció por ella, despues de haber puesto su pequeña mano sobre la frente de D. Juan: salió Gonzalo á la antecámara, y momentos despues entraron los cuatro misteriosos personajes. El príncipe les vió acercarse sin hacer ningun movimiento, y cuando se pararon, dijo:

—Quisiera conocer los rostros de quienes pretenden hablarme.

Tres de los cuatro personajes hicieron un comun movimiento, que manifestaba gran repugnancia á descubrirse, el cuarto se alzó la visera con desenfado y marcialidad. El príncipe le miró un instante, y dijo despues:

—No os conozco.

—V. A., repuso el caballero, no ha visto nunca mis facciones, pero recordará mi nombre cuando sepa que soy el embajador de S. M. la reina Isabel de Inglaterra, cerca de los Estados generales.

—¿Qué quiere el señor embajador de S. M. la reina de Inglaterra?

—Señor, no me corresponde hablar el primero, repuso el inglés.

—Descubrios, si á mal no le llevais, dijo D. Juan señalando al guerrero que ocupaba la derecha del embajador. El guerrero se alzó la visera, y el príncipe esclamó enderezándose:

—¡El baron de Hesse!

—El baron de Hesse, repuso Guillermo de Horn, que tan sin causa ha combatido al gobierno de V. A.

—¿Qué solicita el baron de Hesse? preguntó el príncipe con sequedad.

—Otro debe hablar antes que yo, observó el baron con respeto.

—Pues descubrios tambien, si os place, dijo el austriaco, señalando al personaje del capuchon. Este levantó la capucha, y esclamó D. Juan, apoyándose en los brazos de su sillon:

—¡El señor abad de Maroles!

—Antiguo limosnero de V. A., dijo hipócritamente el abad.

—¿Qué pretendeis?

—Tampoco yo debo hablar, señor, el primero.

—¡Descubrios, pronto, descubrios! esclamó D. Juan irritado, dirijiéndose al último guerrero. Este se levantó la visera, y el príncipe añadió, habiéndose puesto de pié:

—¡El duque de Ariscot!

—Antiguo capitan de la guardia de V. A., repuso el duque de Ariscot.

—¿Qué venis á pedirme, duque?

—Un inestimable favor.

—Hablad.

—Voy á hacerlo, señor, pero antes reclamo la indulgencia de V. A.

—Os escucharé con atencion.

El duque vaciló un momento, buscó ánimo en las miradas de sus compañeros, y dijo:

—Cuando se encargó V. A. del gobierno de los Paises-Bajos, estaban divididos sus nobles en cuatro partidos distintos, que, convenidos en rechazar la dominacion estranjera, tenian pretensiones diferentes. Querian los unos, á cuyo frente se hallaban el baron de Hesse y el señor conde de Lalain, mantener una especie de desconcierto, con el cual seguirian ejerciendo una completa dictadura en el Brabante: querian otros, de los cuales aparecian jefes en Bruselas, Santaldegonde y Mos de Theron, poner la autoridad en manos de Guillermo, príncipe de Orange, combatiendo la organizacion ecsistente de las provincias y la religion que profesamos: pretendian los terceros, acaudillados por los abades de San Gilain, Maroles, y algunos diputados de las provincias, poner toda la autoridad en manos de los Estados generales; y, por último, deseaban los otros, yo jefe de ellos, gobernar á la sombra de V. A. En el trascurso de un año y medio se han probado todos los sistemas; se han visto, hasta cierto punto, satisfechas todas las bastardas ambiciones; hemos sufrido las influencias de todas las naciones aliadas, sin reportar otras ventajas que ver arrasadas nuestras ciudades, talados nuestros campos, en decadencia nuestro comercio, y blanqueando nuestras campiñas con los huesos de los que han muerto en los combates. Escarnecidos en el esterior, nos debilitamos interiormente con las discordias intestinas; y si V. A. no pone remedio, solo tendrémos, muy en breve, ojos para derramar lágrimas sobre los campos sin verdura y las ciudades arrasadas.

El duque terminó su discurso y el austriaco guardó silencio, halagándose con la idea de llevar á la tumba la gloria de haber sido el pacificador de la Flandes. Pasados algunos minutos, y como satisfecho de saborear tan dulce esperanza, preguntó al duque con bondad:

—¿Qué quereis, duque de Ariscot?

—Señor, repuso el noble duque, represento la parte de la nobleza, que queria gobernar á vuestra sombra, y ahora os suplica que ejerzais por vos mismo el poder. Esta es mi mision particular. En cuanto á la general, hablaré despues que lo hayan hecho mis nobles é ilustres compañeros.

Esta reticencia del duque llamó la atencion del austriaco; pero, conociendo que traian un plan combinado, le pareció el medio mas corto de saber toda la verdad, ir preguntando á cada uno, y averiguarla segun se la fueran presentando. En esta idea, se dirijió al señor abad de Maroles y dijo:

—¿Quisiera saber, señor abad, qué causas os han conducido á mi presencia?

—Señor, le contestó el prelado; el noble duque de Ariscot ha hecho la breve y fiel historia de nuestras discordias intestinas, y me ha nombrado entre los principales jefes del partido de los Estados generales: á nombre, pues, de una gran parte de este partido, vengo á pediros humildemente que ejerzais de nuevo el poder.

Miró D. Juan al señor abad con mas estrañeza que al duque, y preguntó al baron de Hesse:

—¿Qué motivo os trae, señor baron, á mi campamento de Tiennen?

—El mismo, repuso el baron, que á mis ilustres compañeros; y vengo á ofrecer el poder á V. A.

en nombre de los próceres ambiciosos que tanto ansiaban repartírselo.

El príncipe procuró leer en las pupilas del baron, los pensamientos mas ocultos, y nada encontró que pudiera hacerle dudar de la sinceridad de las palabras: respiró con mas libertad, y preguntó al embajador de Inglaterra:

—¿Qué feliz circunstancia me hace recibir, entre mi hueste, al digno embajador de S. M. la reina de Inglaterra?

—Señor, dijo al punto el inglés, vengo á ofrecer á V. A. paz y amistad, en nombre de S. M. la reina de Inglaterra.

Si mucho habian sorprendido al príncipe las palabras de los tres próceres flamencos, le sorprendieron mucho mas las del embajador inglés: disimuló bien su sorpresa y dijo al duque de Ariscot:

—Ahora hablaréis, duque de Ariscot, á nombre de todos. Ya escucho.

El duque no desplegó los labios, cambiando miradas de inteligencia con sus compañeros; el príncipe continuó:

—Espero, duque de Ariscot, que os espliqueis á nombre de todos.

—Señor, repuso el noble duque, con un manifiesto embarazo, al presentar las diferencias ecsistentes entre los partidos flamencos, dije que un lazo los unia; siendo este lazo desear todos la independencia de su patria.

—Así es la verdad, murmuraron el baron de Hesse, y el señor abad de Maroles.

—Igual deseo anima á la reina, mi augusta soberana, añadió el inglés.

D. Juan de Austria paseó sobre los circunstantes sus miradas, que manifestaban estrañeza, y dijo despues:

—Juro á Dios, que no os comprendo, caballeros.

Los nobles flamencos se miraron, consultándose en mudo idioma, y el embajador inglés dijo:

—Felipe II, rey de España y hermano mayor de V A., fué esposo de María, reina de Inglaterra, hermana mayor de mi soberano tambien.

—Lo sé, repuso el príncipe D. Juan.

—La Inglaterra es un hermoso reino, añadió el embajador.

—Lo sé, dijo el príncipe secamente.

—La soberana de Inglaterra no ha contraido aún matrimonio.

—Es proverbial la oposicion de S. M. á contraerlo, observó el austriaco.

—Quizás no es tanta como se dice, repuso el prudente embajador.

—¿Y qué? preguntó D. Juan de Austria casi perdido en un laberinto de palabras, que tan inconecsas le parecian.

—V. A. tampoco ha perdido la libertad de elejir consorte....

—Cada vez os entiendo menos.

—¿No podria ser D. Juan de Austria esposo de Isabel de Inglaterra, y partir con ella uno de los tronos mas brillantes del mundo?

Las palabras del embajador reanimaron instantaneamente todas las facciones del príncipe. Sus ojos, apagados generalmente por la enfermedad, volvieron á lucir con el brillo de su guerrera juventud: respiró con mas libertad, subió la sangre á sus mejillas, y cobrando fuerza sus tendones, quedó erguido y majestuoso. Cuántas imágenes brillantes debieron pasar de tropel ante los ojos del austriaco. Sentado en el trono de una nacion emprendedora, rica, valiente y orgullosa, podria ensanchar su corazon, tirar la vaina de su espada, y no recojerla sin haber dado leyes á una parte del mundo. Esposo de Isabel de Inglaterra, no tendria que temer los celos de su hermano Felipe II; y trabajando de propia cuenta, no veria mermarse su hueste, porque le negaban el oro, pródigamente derramado en menos gloriosas empresas. Cuánto simulacro de batalla debió levantarse uno á uno en la imaginacion de D. Juan. La mar herviria bajo sus piés, y el sol quedaria oculto tras el humo de la artillería, como en el gran dia de Lepanto: las arenas gemirian cien veces bajo la planta de su caballo, como habian gemido años antes en las yermas playas africanas: veria desplomarse las altas torres, escombrados los fosos, y podria pasear sobre ellos, tirado por caballos blancos, su dorado carro triunfal.

El embajador de Inglaterra, y los tres próceres flamencos estudiaban atentamente la espresion del rostro del austriaco, y veian bullir en sus labios una palabra, que debia colmarlos de placer. La fisonomía de D. Juan fué perdiendo rápidamente aquella especie de aureola que la circundaba, y el príncipe dijo con voz no muy segura:

—No sé, señor embajador, cómo hemos llegado á tratar una cuestion, muy poco enlazada, á la que antes me habian propuesto estos señores; pero ya que la hemos tocado, diré que la reina Isabel de Inglaterra solo debe aceptar la mano de quien ciña una real corona.

—Opino como V. A., repuso el inglés sencillamente.

—Y porque abundamos tambien en la misma opinion, añadió el señor abad de Maroles, presentamos á V. A. la ofrenda que Flandes destina á tan invicto capitan.

Abrió su manto el señor abad y presentó al príncipe una corona real de oro, con las armas de las diez y siete provincias, primorosamente cinceladas, y el siguiente lema de brillantes:

A D. Juan de Austria, primer rey de los Paises-Bajos.

Miró el príncipe la rica joya, y sus facciones se animaron, como le habia sucedido al verse en sueños sobre el trono de la Inglaterra. Meditó un minuto, tomó con la diestra la corona, en la siniestra conservaba la carta de Madrid, que le noticiaba el asesinato de Escobedo, y volvió á meditar. Sus labios temblaron y palidecieron, señal manifiesta de ira en los príncipes de la casa de Austria; levantó ambas manos hasta la altura de su rostro; fijó una mirada en la corona, símbolo de la dignidad real; otra en la carta, proceso de un asesinato; frunció las cejas, dando á sus facciones una espresion particular; bajó las manos á la altura del pecho, y dejó leer en sus facciones la historia del horrible combate que estaba pasando en su alma.

El inglés y los tres flamencos seguian ansiosos todas las acciones de D. Juan, y esperaban con viva ansiedad el desenlace de una lucha, que debia decidir la suerte de los Paises-Bajos españoles é influir mucho en la de la Europa quizás.

Pasados algunos momentos, notaron los cuatro embajadores un cambio grande y repentino en el semblante del austriaco, y despues le oyeron preguntar:

—Señores, duque de Ariscot, abad de Maroles y baron de Hesse, ¿qué significa esta corona?

—Significa, repuso el abad, que los Estados generales aclaman rey á V. A.

—Y que el rey de los Paises-Bajos puede serlo tambien de Inglaterra, añadió el embajador inglés.

—¿Quién os ha dado esta corona? preguntó de nuevo D. Juan á los tres próceres, desentendiéndose de las palabras que habia pronunciado el inglés.

—Los Estados generales, señor, replicó el baron sencillamente.

—¿Y quién ha dado á los Estados esta corona? insistió el príncipe.

Los próceres y el embajador se miraron, guardando profundo silencio.

—¿No me oís, señores? añadió D. Juan con voz metálica. ¿Quién ha dado á los Estados generales esta corona?

Los nobles flamencos y el inglés cambiaron de nuevo sus miradas y guardaron el mismo silencio: el príncipe continuó:

—¿No queréis decirme, que los Estados generales han robado esta rica joya del guardaropa de Felipe II, rey de España?

Nuevas miradas se cruzaron, y el mismo silencio reinó.

—Supuesto que no respondeis, añadió D. Juan, aumentando cada momento su energía, esperad y daréis respuesta á los que aquí os han enviado.

El príncipe se llegó á una panoplia; tomó una espada de Toledo, templada en las aguas del Tajo; arrojó la corona sobre un bufete de nogal; la dividió en cuatro pedazos iguales, con dos golpes del cortante acero; entregó á cada uno de los embajadores un pedazo que recibieron aturdidos, y dijo:

—Salid de mi cámara, y cuando llegueis á Bruselas, Amberes ó Lóndres, decid á aquellos que os envian, que la espada de Felipe II ha dividido en cuatro partes una de sus coronas para arrojarla á sus enemigos; pero noticiarles tambien que al unirse los cuatro pedazos, servirán de dobles cuchillas para cercenar cuellos traidores.

—Señor.... murmuraron á la vez los cuatro embajadores:

—¡Salid! gritó el príncipe, señalándoles con la aguda punta de su espada la puerta por donde habian entrado; y era su ademan tan imperioso, que ninguno osó desobedecer el mandamiento del austriaco.

—¡Hermano mio! esclamó D. Juan, cuando estuvo solo, dirijiéndose á un retrato de Felipe II, obra del inmortal Ticiano, y desdoblando la fatal carta; ¡hermano mio, yo no he querido recibir la menos rica de tus coronas, y tú me has quitado impíamente al mas tierno de mis amigos! ¡Por qué no tengo yo tu cetro ó no tienes tú mi corazon!

Y como si hubiera agotado sus fuerzas en esta lucha de gigante, se desplomó sobre un sitial.

CAPÍTULO XVIII.

HORAS DE ANGUSTIA.

La enfermedad de Serbelloni no impidió que el campo de Buje adelantara con rapidez: Campi prosiguió la tarea, y el 15 de Setiembre quedó acampada la infantería en los nuevos reales, alojándose Octavio Gonzaga con las compañías de caballos en las inmediatas aldeas.

D. Juan permanecia en Tiennen, la fiebre se le habia aumentado, y ya llevaba algunos dias de no poder dejar el lecho. A pesar de su cruda dolencia, se informaba todos los dias del estado del nuevo campamento; y cuando supo que el ejército lo ocupaba, queriendo vivir y morir entre su hueste, se hizo conducir á él en litera; alojándose en una tienda improvisada que, aunque incómoda, prefirió al bello *palacio de las flores*.

Los médicos del campamento consultaron mucho entre sí sobre la enfermedad del príncipe y la de Gabriel Serbelloni: todos los aforismos de Hipócrates, formulados en mal latin, salieron á plaza en la consulta; cruzáronse sérias razones, y no vinieron á las manos, porque respetando la parca sus preciosas vidas, sabia que no sacaria mal escote de las vidas de los enfermos á su asistencia confiados. Se discutió mucho, muchísimo; y despues de mucho discutir convinieron en que Serbelloni moriria, restableciéndose D. Juan. Esta sentencia tuvo en contra un solo voto, el de Pennoni, médico del príncipe de Parma, que, garantizando la vida de Serbelloni, aseguraba la pronta muerte del austriaco.

El pronóstico del italiano adquirió crédito de dia en dia; y el 21 de Setiembre, cabalmente á los veintiun años de la muerte de su ilustre padre, entregó el austriaco el mando en jefe al príncipe de Parma, y cayó despues en un sopor profundo; que continuándole ocho dias, le tenia sin conocimiento en la madrugada del 28 del mismo mes.

La tienda de D. Juan de Austria no se distinguia por su riqueza ni por el improbo trabajo que en la de su padre admiramos: formábanla toscas maderas, gruesas lonas y algunos tapices flamencos. Un lecho, colgado de seda, ocupaba un apartamento de mas que mediana estension: sobre el lecho estaba el austriaco, sumerjido en hondo sopor; y á la cabecera del lecho velaban Gonzalo y María, disfrazada ésta como siempre con su traje de pajecillo.

Gonzalo se mordia los labios con espresion de hondo despecho; María ahogaba amargos suspiros como la madre del Dios hombre al pié de la sangrienta cruz. El paje tramaba mil proyectos de destruc-

cion y de venganza; María pensaba en el amor que no se acaba con la muerte, que es grande é inconmensurable como la misma eternidad.

De vez en cuando alzaba Gonzalo un estremo de la colgadura y fijaba sus ansiosas miradas en el rostro impasible y cárdeno del príncipe: de vez en cuando levantaba María un estremo de la colgadura, y acercaba sus trémulos labios á los inflamados del enfermo, para respirar inmediatamente el infecto aliento del austriaco y beber en él la pronta muerte que debia dar principio á una nueva vida de amor.

Sucedió, que el paje y la dama alzaron á un tiempo las cortinas de aquel lecho casi mortuorio; y ambos se inclinaron á la vez sobre la víctima de Marnis. El príncipe permanecia con los ojos cerrados y el aliento entrecortado y fatigado; pero de improviso se estremeció ligeramente: Gonzalo y María se levantaron, por un movimiento comun; abrieron mas las colgaduras, y con mas avidez contemplaron el lívido rostro del enfermo. Momentos despues, D. Juan de Austria entreabrió los párpados; María y Gonzalo lanzaron un ¡ay! al mismo tiempo, colocándose los dos á la vez sus índices sobre los labios para imponerse mútuo silencio. El austriaco abrió mas los ojos, se llevó la mano al corazon, despues á la frente, y lanzó un profundo suspiro: Gonzalo y María reprimieron instantáneamente el aliento y alzaron sus ojos al cielo, si no con entera esperanza, con una ráfaga de fé, bastante para consolarlos. Echó el príncipe miradas en torno, como quien se pierde en una llanura, y paráudolas en la jóven, murmuró despues de un segundo suspiro:

—María.

—¡Príncipe! esclamó la hija del armero, y esta voz conocida y metálica resonó en el cerebro del enfermo y disipó los densos vapores que le entorpecian, ocupándole.

—¿He dormido mucho? preguntó el austriaco con voz sosegada.

—Mucho, mucho, repuso la hija del armero, con el acento del dolor.

—¡Cuánto he soñado! esclamó el príncipe, llevando las manos á su frente.

—¿Qué has soñado, preguntó María con afanosa curiosidad.

—No lo recuerdo, dijo el enfermo tranquilamente, y añadió despues angustiado: ¿Tengo fiebre?

La jóven inclinó la cabeza, como una vara de azucena inclina su cáliz, y el príncipe continuó con un acento que manifestaba su resignacion y amargura:

—Es verdad. Mi fiebre no se estingue. Mi fiebre es la muerte.

Se interrumpió, lanzó un suspiro y añadió:

—María, ¿estamos solos?

—Aquí estoy, repuso Gonzalo, queriendo manifestar al príncipe que no le dejaba un momento, ni en la felicidad, ni en el peligro, ni en la muerte.

—Vete, Gonzalo, dijo el enfermo, echando á su paje una mirada paternal.

Salió el paje, despues de besar la flaca mano del enfermo, y éste prosiguió:

—Estoy moribundo, María. ¿Es verdad que estoy moribundo?

La jóven se enjugó ardientes lágrimas: D. Juan continuó:

—En tan solemne trance, perdono á cuantos me hayan ofendido: amo, como á prójimos, á todos los que me aborrecen. A tí te he amado siempre, y te amo mas que debe amar un moribundo.

—¡Príncipe! esclamó la hija del armero con acento desgarrador.

—Por tí, prosiguió D. Juan esplanando su anterior periodo, por tí baja mi pensamiento desde el trono de Dios á la tierra que ha de recibir mi cadáver.

—¡Príncipe! ¡príncipe! esclamó María con amargura.

—He guardado, María, un secreto durante seis meses, y quiero decírtelo.... No, no. ¡Que no lo pronuncie mi labio; que baje conmigo á la tumba; que se pierda en la eternidad!

—Habla, por Dios, dijo María, con mortal desfallecimiento.

—No, María. No quiero hablar. Te amo, murmuró el enfermo dulcemente.

—Pero tu secreto es mi muerte, repuso María arrodillándose.

—Mi secreto no puede ser tu muerte; pero es la mia, la mia, la mia.

—Habla, D. Juan, por cuanto ames, por el amor que me conservas.

—Mi secreto morirá conmigo. Ya que carcome mis entrañas, no quiero que llague mis labios.

—Habla, príncipe, por el Dios que ha de juzgarnos muy en breve.

—¿Piensas tú morir? preguntó el austriaco sorprendido.

—Sí, repuso María sencillamente con una horrible conviccion.

Vaciló el enfermo un instante, y dijo con dulce sonrisa:

—Lo quieres, María, y voy á hablar. Tú me amabas con frenesí: tuviste celos, y me emponzoñaste.

—¡Qué horror! esclamó la hija del armero, cubriéndose el rostro.

—Nada temas: yo te perdono; y lo que es mas, María, yo te amo. ¿Es verdad que me envenenaste en un acceso de pasion? ¿Que si no me hubieras amado tanto....

—¡Piedad, príncipe! esclamó María, cruzando las manos sobre el pecho con honda desesperacion.

—Te repito que nada temas, repuso el austriaco con dulzura y procurando incorporarse. Despues añadió: ¿Por qué callas? Dí que me asesinas por amor.

—No, dijo la hija del armero, entre gemidos y sollozos.

El príncipe se incorporó: fijó sus ojos amoratados y cadavéricos en los de la jóven, queriendo penetrar en lo mas oculto de su alma, y esclamó despues:

—¡Es posible, María, es posible!

—Lo juro.... murmuró la jóven; pero la presencia de Gonzalo la impidió continuar.

El jóven paje quedó fijo en la puerta: alzó un pergamino que habia traido oculto, y María, abalanzándose á él fuera de sí, se lo arrancó, y poniéndolo en manos de D. Juan, le dijo en viva emocion:

—Príncipe, toma y lee.

—¿Qué es esto? preguntó el enfermo haciendo esfuerzos para leer el nema.

—Mi justificacion ó mi sentencia, repuso María con voz solemne.

El moribundo rompió el nema; y aunque sus ojos apagados apenas le permitian ver las letras, leyó con los ojos del alma:

"Vendí al señor de Santaldegonde un veneno, y "me consta que le suministró á D. Juan de Aus-"tria, habiendo perfumado el lienzo con que el prín-"cipe se limpió el rostro en la célebre abadía de "Gemblours.—Genaro el químico."

Esta carta estaba escrita con negra sangre: Don Juan, durante su lectura, habia sentido frio unos instantes y otros un violento calor; pero al fin de ella se halló libre de un mortal peso, y esclamó con toda la efusion de su alma:

—¡Gracias, Dios mio!

—Soy inocente, dijo María con la altivez de la inocencia y la ternura del amor.

—Vendita seas, murmuró D. Juan, y cayó en el lecho fatigado.

El paje, que desde el umbral habia presenciado la escena, creyó prudente dar aviso á Farnesio, Gonzaga y doctores del estado feliz del enfermo. La novedad corrió de boca en boca, y momentos despues se reunieron alrededor del noble moribundo todos los cabos del ejército y los médicos de mas fama de diez leguas á la redonda.

Todos se acercaron al lecho con una espresion indefinible de esperanza, temor y ansiedad, y el austriaco vió á sus amigos, como quien vuelve de de un viaje; tal laguna habian dejado en su ecsistencia ocho dias continuos de sopor.

El tierno afecto de los amigos hubo de ceder, aunque con pena, el primer lugar á la ciencia de los doctores; y éstos, despues de haber ecsaminado detenidamente al enfermo, conformándose con la opinion que Pennoni habia sostenido dias antes, declararon unánimemente que el príncipe no podia vivir Por legítima consecuencia de esta solemne decision, todos los consuelos humanos debian alejarse del enfermo, dando lugar á los divinos: y era preciso aprovechar aquella momentánea lucidez para administrar los sacramentos de la Eucaristía y Estremauncion á un príncipe que habia blandido siempre la espada en defensa de la Religion de Jesucristo contra moros y calvinistas.

El capitan, que tantas veces habia espuesto con bizarría su vida en cien rudos combates, cobró mas ánimo viendo tan prócsima la muerte; y queriendo disponerse á ella como cristiano y caballero, mandó salir á cuantos estaban á su lado, esceptuando á su confesor, al príncipe de Parma y á su constante amigo Octavio.

Luego que el príncipe se vió solo con las tres personas que habia elegido, se incorporó penosamente, y les dijo con tranquilidad y dulzura:

—Padre y amigos, bien conozco que mi muerte no está lejana, y ante vosotros quiero hacer un testamento militar. Soy, quizás, el mas pobre vasallo de S. M. el rey católico. No tengo villas ni ciudades, encomiendas, juros ni diezmos; nada poseo; de nada puedo disponer. Mis pocas alhajas y ropas, muebles son de tan escaso precio, que no deberia mencionarlas; con todo, decid á mi hermano que haga de ellas lo que cumpla á su voluntad. Decidle, que le pido humilde perdon, de si alguna vez no he cumplido religiosamente sus órdenes ó invertido algun dinero mas del absolutamente indispensable. Aseguradle, que nunca he pensado en sustraerme á su autoridad, contrayendo enlace ni formándome Estado aparte; y que siempre he respetado en él la primogenitura como hermano, y como súbdito la majestad. Decidle despues, que le suplico mande depositar mis huesos prócsimos á los del emperador mi ilustre padre; y que si no me considera digno de tan alto honor, me conceda al menos modesta y tranquila sepultura en el apartado monasterio de Santa María de Monserrate. Decidle, que le recomiendo mi pobre madre, mi hermano uterino y mis criados. La primera me llevó en su seno; el segundo tiene mi sangre; los terceros me han servido fielmente, y no han recibido de mi mano la mas pequeña recompensa, y los últimos meses ni aun salario; porque desde que estoy en Flandes apenas he tenino pan para mi mesa y pienso para mi caballo. Nada mas tengo que deciros. Esta es mi última voluntad: ante vosotros la declaro, y os nombro mis testamentarios albaceas.

El sacerdote miraba impasible al enfermo, resguardado su corazon con el escudo de diamante de una moral ruda y severa; los dos guerreros derramaban abundante llanto: D. Juan llamó á Octavio Gonzaga, y le dijo, de modo que él solamente pudiera oirlo:

—El 3 de Octubre cumple el plazo, regularmente el 3 de Octubre se celebrarán mis ecsequias: manda que conduzcan el cofrecillo tras mi féretro, que quiero pagar, si me es posible, antes de bajar al sepulcro. No olvides, Gonzaga, el último encargo de tu buen amigo, no desobedezcas la última órden de tu general D. Juan de Austria.

—Señor, repuso el fiel Octavio, permitiéndole apenas las lágrimas tartamudear cortados acentos: señor, cumpliré religiosamente el último encargo de mi amigo: obedeceré ciegamente la última órden de mi nunca vencido general.

—Gracias, Octavio, murmuró el enfermo, y levantando mas la voz añadió:

—Acércate, príncipe de Parma, tengo que decirte un secreto.

El príncipe de Parma ocupó el lugar de Octavio Gonzaga, y el austriaco añadió:

—Alejandro, tú has presenciado mas de una vez los estravios de mi borrascosa juventud: tú has conocido á Doña María de Mendoza y á Diana Pha-

langi: tú sabes que las dos me dieron tiernos frutos de nuestro amor. No me atrevo á hablar á Felipe II de mis hijas, y quisiera recomendárselas; si tienes ocasion de hacerlo, te lo agradeceré, Alejandro.

—Fiad en mí, señor, repuso el parmesano tan aflijido como Octavio.

—Gracias, sobrino, murmuró D. Juan, y dijo alzando mas la voz:

Alejaos, Farnesio y Gonzaga, ya estoy dispuesto á la partida como hombre, pronto lo estaré como cristiano, mediante la bondad de Dios.

Farnesio y Gonzaga se alejaron ahogando con dificultad sus hondos y amargos suspiros; el padre confesor se sentó á la cabecera del lecho, y prosiguió el príncipe:

—Padre mio, por una confesion general sabeis todas mis faltas y pecados: quisiera repetirla ahora que voy á presentarme ante el tribunal del Eterno, pero no se si tendré fuerzas para ello.

El confesor meditó un momento, y repuso con gravedad:

—Conozco bien vuestro corazon, y no creo necesario que os acuseis minuciosamente de cuantas faltas y pecados habeis cometido durante la vida que os concedió el Señor, para que la emplearais en su servicio; pero si recordais alguna falta, no confesada, acusaos de ella con verdadera contricion.

—No recuerdo ninguna, padre, dijo Don Juan contritamente.

—Acusaos, pues, en general de vuestras culpas, replicó el padre confesor.

—Me acuso ante Dios y ante vos, que aquí haceis sus veces, de cuantas culpas he cometido desde mi mas tierna niñez. He sido hombre con todas sus debilidades; príncipe con todos sus defectos; general con todo el orgullo del mando. Como hombre, habré ofendido á Dios y faltado á mis semejantes: como príncipe, me habré envanecido entre los hombres y no humillado quizás mi frente lo bastante ante la majestad de Dios; como general, habrá herido alguna vez mi espada, blandiéndola el brazo con ira, y habré derramado en las lides algunas gotas mas de sangre, por saciar mi enojo quizás. ¡Cuantas dificultades, padre mio, superiores todas á mis fuerzas, se han presentado en el año y medio que gobierno los Paises-Bajos españoles! ¿Habré servido bien al rey? ¿Habré hecho el menos mal posible á los pueblos de estas comarcas? ¿Habré obrado siempre en justicia? Rectas han sido mis intenciones, es cuanto puedo asegurar. Me acuso, pues, padre, me acuso de cuantas faltas y pecados haya cometido: perdono á mis mas constantes enemigos, y les pido que me perdonen para que me perdone Dios.

Don Juan inclinó la cabeza con profundo recojimiento, y el sacerdote le bendijo en nombre de la Santísima Trinidad.

Media hora despues ocupaban la estrecha tienda todos los cabos del ejército, con sendos cirios encendidos é hincada en tierra una rodilla: el señor obispo de Namur, vestido de pontifical y seguido de varios sacerdotes, atravesó la estrecha tienda y puso en la lengua del enfermo la Hostia Consagrada; pronunciando las palabras del ritual, á las que respondian todos los guerreros: *amen*.

Recibió D. Juan de rodillas *el Pan de los ángeles;* y despues que salió el prelado y hubo orado algunos momentos, se reclinó un tanto en el lecho, y dirijiéndose á sus capitanes,

—Don Pedro de Toledo, dijo al uno: ¿te acuerdas de las Alpujarras? Unidos allí peleamos contra los enemigos de la fé, rebeldes á la majestad del monarca Felipe II. Cuántas veces nuestros caballos treparon sus agrestes montañas: cuántas veces sobre los moriscos torreones, tú ó yo, tremolamos el estandarte de la cruz. Si vuelves á las Alpujarras, llévalas mi postrero adios.

El príncipe se interrumpió un momento, y añadió despues:

—Alejandro Farnesio, Octavio Gonzaga, y tantos otros, ¿recordais el hermoso dia de Lepanto? Oigo el mujido de las olas; el estampido de los cañones; los himnos de los vencedores y las quejas de los vencidos. Cuando paseis por aquel golfo de bendicion, pronunciad una vez mi nombre.

Volvió á interrumpirse el austriaco, y prosiguió con vos mas débil:

—Buen D. Lope de Figueroa, no te aflijas. ¿Te acuerdas de Tunez y Biserta?

El enfermo se debilitaba por momentos; sin embargo continuó:

—Os acordais todos de Gemblours, Nivela, Philipeville y Reminant? Compañeros, se apaga la antorcha. Traedme pronto mi estandarte querido; el estandarte de Lepanto. Quiero que sombrée mi cabeza, y bajo su egida espirar.

Octavio Gonzaga salió, acompañado de algunos jefes, y se presentó á los pocos momentos, trayendo el sagrado estandarte. A su vista el rostro del príncipe brilló con una celeste alegría; mandó á Gonzaga adelantarse; se sentó en el lecho enteramente; abrazó el pendon con ternura como á un hijo que iba á quedar huérfano; estampó sus labios en la cruz; lo tremoló con firme diestra, aunque tan débil se encontraba; y leyendo, ó recordando sus brillantes letras de oro, esclamó con sonoro acento:

—Con esta señal vencí á los turcos, con esta venceré á los herejes.

No pudo resistir el príncipe tantas y tan violentas emociones; su mano dejó escapar el asta, y cayó en el lecho desmayado. Un grito lastimero salió del corazon de aquellos hombres endurecidos en las lides; creyeron al general muerto: aun no habia sonado la hora.

Octavio Gonzaga colocó el sagrado estandarte de modo que sombreara la frente del príncipe; los capitanes se retiraron, despues de saber que el austriaco habia otra vez caido en su sopor: los dos pajes, Gonzalo y María, ocuparon de nuevo sus asientos: un médico quedó de guardia; entraba y salia el confesor.

Asoporado permaneció el enfermo hasta la mañana del 29; Gonzalo y María habian observado hasta sus menores movimientos con escrupulosa

atencion, y las lágrimas de la hermosa cayeron repetidas veces sobre la frente de su amante. El príncipe se estremecia de vez en cuando; su respiracion iba siendo menos penosa, y empezó á delirar.

—¡Fuego, fuego! esclamaba unas veces con voz estentórea y tonante: ¡al abordaje sobre la galera capitana!.... ¡Quiero combatir cuerpo á cuerpo con ese capitan bajá tan formidable y tan temido!... ¡Ya está entre mis manos!.... ¡Ya es mio!.... ¡Victoria, victoria por Castilla! repita la invencible armada!....

Y mudando el campo de batalla, añadia con el mismo acento:

—¡Que avancen esos escuadrones de arcabuceros á caballo!.... ¡Camilo del Monte, á la carga!.... ¡Ve, Octavio Gonzaga, en su auxilio!.... ¡Firme, Cristóbal Mondragon!.... ¿En dónde está Alejandro Farnesio?.... Ya le veo. Qué bien maneja su caballo.... ¡Bien, sobrino mio!...., ¡Eres mi sangre, la sangre del emperador!.... ¡Adelante, Alejandro!.... ¡Vas al frente de los españoles! Enristra la lanza!.... ¡Así, así....¡Hiere los ijares del corcel!.... ¡Bravo, bravo!.... ¡Siempre adelante!... ¡Los castellanos no vuelven la espalda!... ¡Ni uno solo te abandonará!....

Y apartándose de los campamentos como perseguido por una idea horrible y sangrienta, murmuraba:

—Pobre Escobedo, pobre amigo mio... Te asesinaron en Madrid porque eras mi amigo; porque defendias mis intereses; porque no querias verme escarnecido y humillado.... Bien me lo decia el corazon, y por ello vacilaba tanto en enviarte.... Acércate, Escobedo, acércate; entre un muerto y un moribundo puede anudarse una buena y pasada amistad.... ¿Qué mancha tu ropilla?... ¡Sangre!.. ¿Qué tienes en ese costado?.... ¡Una herida!.... ¡Y estás herido por la espalda!.... Sí, sí: un asesino no hiere nunca frente á frente á un buen soldado como tú.... Aguárdame, Escobedo, aguárdame; Dios nos reunirá seguramente, para no separarnos jamas.... Felipe II, tú, tú.... Pero hablar mal de él, no: es mi hermano, mi rey... ¿Cuál era tu crímen, Escobedo? Ser fiel amigo de Don Juan.

Por intervalos otras ideas mas dulces y consoladoras se apoderaban de su mente.

—María, decia entonces dando á su voz una inflecsion tan cariñosa como la de la madre que arrulla al hijo dormido en sus brazos. ¡Pobre María!... ¿Qué será de ella sin mi amor?.... Se tronchará como la frágil yedra que no encuentra protector arrimo.... María me ama, sí, me ama como no ha querido ninguna mujer antes; como no querrá otra despues.... ¿Qué vas á hacer, María, en el mundo cuando yo falte?... ¿Amarás á otro hombre?...

—¡Jamas! esclamó la hija del armero como si el príncipe pudiera oirla; y el enfermo, como si efectivamente la hubiera oido, siguió delirando:

—No amarás á otro, bien lo sé.... Un amor como el nuestro, María, ni se estingue, ni se renueva.... Y llegaste á concebir celos de Margarita....

María se estremeció al oir el nombre de la esposa de Enrique de Borbon, y aplicó mas atento oido; el príncipe continuó con dulce y amoroso acento:

—No tengas celos, paloma mia.... La reina de Navarra es un monstruo, tú eres un ángel del Señor.... ¿Puede hacerse comparacion entre la reina de Navarra y la hija de Cornelio Estraten?.... ¡Te amo tanto, María, te amo tanto!.... Pero dime, ¿qué vas á hacer cuando quedes sola en el mundo?.... ¿Por qué no respondes?.... Sígueme, María, y habitarémos el paraiso....

—¡Te seguiré, príncipe Don Juan! esclamó la hija del armero con la ecsaltacion de un amor que iba mas allá del frenesí; el príncipe no respondió, sumiéndose de nuevo en su mortal y frio letargo; María cayó desplomada en su asiento.

Despues de algunas horas de calma, volvió el enfermo á delirar por mas horas y con mas violencia. Trataron los médicos de calmarle sin alcanzar nada su ciencia, hasta que un fenómeno notable se manifestó en el austriaco. Hablóle el padre confesor de la religion y sus misterios, del cristiano y de sus deberes; y cada vez que el sacerdote pronunciaba el nombre de Dios ó el de su Santísima Madre, repetia el príncipe estos nombres con cristiano recojimiento, y parecia que se encontraba en el lleno de su razon.

Amaneció el 1.° de Octubre de 1578. Gonzalo y María no habian abandonado un solo instante al moribundo, y permanecian á su lado inmóviles y mudos, como dos estatuas del dolor. El confesor pasaba algunas horas á la cabecera del enfermo; un médico no abandonaba la humilde tienda de Don Juan; el príncipe de Parma y Gonzaga turnaban al lado del lecho, y el estandarte de Lepanto sombreaba inmóvil la ornada frente del caudillo. A las siete de la mañana cesó el delirio del austriaco, y quedó en un sopor tranquilo semejante al sueño de un niño en la bella aurora de su edad. Convocados todos los médicos, declaró Penoni que el príncipe viviria apenas una hora. A esta nueva temblaron todos como si fuera inesperada; Gonzalo se hirió fuertemente los labios y apretó con furia su puñal; María ahogó un suspiro lastimero, estendió su diestra sobre el lecho como si quisiera preservarlo de la helada mano de la muerte, y fijó su intensa mirada en el cadavérico rostro del nunca vencido general.

Por un espreso mandamiento del príncipe de Parma, fueron convocados á la tienda, Gonzaga, el conde de Mansfeld, Toledo y demas capitanes de la hueste: á presencia de todos ellos unjió el confesor al moribundo con el oleo santo y rezó las preces de la Iglesia por el alma del agonizante, respondiendo todos: *amen*.

Sublime espectáculo ofrecia el interior de aquella tienda improvisada en un no acabado campamento. Vefase en medio un lecho, que podia llamarse mortuorio: sobre el lecho estaba reclinado el nieto bastardo de los Césares: sobre la frente del bastardo flotaba el pendon de Castilla: á la cabece-

ra del lecho, estaba de un lado el confesor y del otro el médico Penoni: María, con su traje de paje, se habia arrodillado á los piés del padre confesor: Gonzalo, apretando el pomo del puñal, estaba de pié al lado del médico Penoni: Alejandro Farnesio, Gonzaga y demas cabos habian formado una especie de semicírculo: pendian de los muros de la tienda espadas, yelmos y armaduras: ¿qué faltaba á D. Juan de Austria para encontrarse como en los dias de su mayor gloria y ventura? Armas tenia, tenia bandera y le rodeaban capitanes. ¿Qué le faltaba para lanzarse, rayo de la guerra, á combatir por su Dios, su rey y su dama? ¿Le faltaba acaso un corcel? Le iba faltando aquella vida que habia consagrado á la gloria.

Penoni, el padre confesor, María, Gonzalo, el príncipe de Parma y otros, notaban con viva ansiedad como se estendian por instantes los círculos morados que rodeaban las cristalizadas pupilas del austriaco: veian cómo se afilaba su nariz, cómo se herizaban sus cabellos, cómo se secaban sus lábios y petrificaba su tez: oian una respiracion mas breve, y, en un silencio sepulcral, esperaban el postrer suspiro del héroe.

Como lo habia dicho Penoni, una hora pasó: el estandarte de Lepanto empezó á ondear, como el del *vecita:* una ráfaga de sol bañó el rostro del agonizante: se agitó el pecho de D. Juan: sus marchitos lábios se entreabrieron; y, entre el estertor de la agonía, pronunció dos nombres, que con su alma volaron al seno de Dios.

—El príncipe acaba de espirar, dijo Penoni con voz breve.

—¡Te seguiré! esclamó María, cayendo en tierra desmayada.

—¡Te vengaré! esclamó Gonzalo, desapareciendo de la tienda.

El sacerdote empezó á orar arrodillado, y esclamó el príncipe de Parma:

—¡Derramemos, ilustres guerreros, una lágrima sobre el cuerpo del general!

CAPÍTULO XIX.

LAS EXEQUIAS.

Abundante llanto derramaban los intrépidos veteranos del campo Buje, enseñándose las reliquias que, sobre sangrientos campos de batalla, habian recibido del malogrado general. *Él me dió esta espada*, decia uno, presentando á sus compañeros una buena hoja toledana, con empuñadura de acero, primorosamente cincelada. *¡Mirad su sombrero!* esclamaba otro, levantándolo con orgullo, y contando los pormenores que precedieron á su entrega. *Esta daga le perteneció*, repetia un tercero sollozando, y todos clamaban á una voz: *Fué liberal, valiente y justo.*

En tanto que los fieles soldados honraban como mejor podian la memoria del general, los bizarros maestres de campo se disputaban el honor de llevar en hombros su cadáver. *El derecho es nuestro*, decian los españoles, irritándose á la menor contradiccion: *era general del rey de España, y nos pertenece por el rey.* No se conformaban los alemanes con el anterior raciocinio, al cual oponian el siguiente: *A nosotros nos pertenece, por ser aleman de nacimiento.* Otros nuevos opositores se levantaban contra ambos, y decian así los flamencos: *Ha muerto en Flandes, nosotros debemos llevarle;* y como si no fueran bastantes las reclamaciones de la hueste, los caballeros al servicio del príncipe reclamaban el mismo honor.

El príncipe Alejandro Farnesio, como deudo y como general, hubo de constituirse árbitro de tan complicadas diferencias; y para no dejar descontentos á los caballeros y cabos de las tres naciones rivales, ordenó: que los caballeros al servicio de D. Juan de Austria sacarian en hombros su cadáver hasta la puerta de la tienda, y que en ella lo entregarian á los maestres de campo del mas inmediato cuartel. Estos le llevarian en hombros todo el trecho que ocuparan sus escuadrones, y cederian á otros maestres cuando á sus cuarteles llegaran, repitiéndose la operacion hasta dejarle depositado en la catedral de Namur.

Despues de tomado este arreglo, se hicieron los aprestos necesarios para la lúgubre ceremonia; mas antes de pasar á describirla, oigamos á dos testigos presenciales, el médico y el confesor del príncipe, que minuciosamente refieren de qué modo ornaron el yerto cuerpo de D. Juan.

"Despues de embalsamado el cadáver, le vistie-"ron un jubon de holanda prensada, con pasamanos "de plata y oro; calzas blancas de canutillo de pla-"ta y oro bordadas, armado el cuerpo, y sobre las "armas el collar del Toison; y en la cabeza un bo-"nete de raso carmesí, y encima una corona de te-"la de oro, toda cubierta de perlas y diamantes; y "las manos puestas con guantes blancos y con sus "sortijas; su espada y celada con penachos blancos."

Llegaron las tres de la tarde del dia 3 de Octubre de 1578: tres obispos, todos los canónigos, clérigos y comunidades de la diócesis de Namur, vinieron en procesion á Buje, revestidos de negros ornamentos, y cada parroquia precedida de sendas mangas y ciriales. Los obispos, y algunos canónigos, entraron en la tienda del príncipe; los demás quedaron á la puerta formados en dos largas filas y entonando lúgubres cantos. La procesion estaba dispuesta con el mayor órden: reinaba un silencio profundo: todos esperaban un cadáver. "Sacaron-"le algunos caballeros en unas andas cubiertas de "tela de oro; tomáronle sobre sus hombros los "maestres de campo del primer cuartel, y se colo-"caron á los estremos de las andas cuatro enluta-"dos. Eran éstos, Pedro Ernesto, conde de Mans-"feld y maestre de campo general, Octavio Gonza-"ga, general de la caballería, D. Pedro de Toledo, "marques de Villafranca y principal cabo de los "briosos tercios castellanos, y Juan Croy, conde de "Reulx y cabo principal de los flamencos: suspen-"dia cada uno un estremo del paño de oro que caia "de las fúnebres andas. El príncipe de Parma iba

"inmediato al ataud, con loba y capirote: al prin-"cipe seguia un paje enlutado, que marchaba peno-"samente con los ojos turbios de lágrimas y des-"garrado el corazon."

Abria la marcha del lúgubre y noble cortejo una compañía de arcabuceros con armas á la funerala, cajas destempladas, bandera negra y arrastrando: seguia el clero, entre cuyas filas llevaban las fúnebres andas, y cerraba la procesion "el maestre de "campo D. Lope Figueroa, con siete compañías de "su tercio, con banderas negras y las picas arras-"trando, y atambores destemplados, y el sentimien-"to de todos que no se puede encarecer."

"Marchaban detrás en escuadrones la caballería "y los infantes, vestidos de sus armas y con coro-"nas de encina en la cabeza, al uso de los entier-"ros de la casa de Borgoña."

"El entierro que se le hizo fué pasearle por to-"do el ejército, y recibirle en hombros los maestres "de campo, coroneles y capitanes de cada tercio y "nacion en sus cuarteles. Salido de ellos le tomó "la caballería española, y despues la herrerucla, "que llegaba hasta la muralla de Namur."

Con el órden que hemos señalado, copiando generalmente las palabras del confesor del mismo príncipe, en carta dirijida á S. M. Felipe II, y las de otros testigos presenciales, fidedignos y autorizados, llegó el brillante y triste cortejo á las murallas de Namur, en cuyas puertas le recibió el burgomaestre de la ciudad, acompañado de los regidores y demás personas notables, y todos juntos se encaminaron á la catedral, marchando al compasado clamoreo de las campanas, sordo redoblar de los tambores y ronco estampido del cañon que, en su simbólico lenguaje publicaban la gran catástrofe y anunciaban á la comarca que el príncipe ilustre y poderoso se hallaba á la puerta del sepulcro.

Mujeres, ancianos y niños se apiñaban para ver desfilar ante ellos la silenciosa comitiva; y niños, ancianos y mujeres manifestaban con lamentos lo sincero de su dolor. Este dolor era una acusacion terrible que los habitantes de Namur lanzaban á los Estados generales y á los pérfidos enemigos del finado gobernador.

Mas de un año habia pasado el príncipe en el recinto de la ciudad ó en sus floridas inmediaciones, todos los moradores del condado lo habian conocido muy de cerca: pocos de ellos no habian recibido del austriaco algun socorro, alguna dádiva, alguna palabra de consuelo ó de amable cortesanía. Todos ensalzaban su dulzura, su piedad, su valor, su porte, su aire marcial y la varonil belleza de su rostro. Habia sonado, por desgracia, la hora de los generales elogios; pero para el hijo de Cárlos I de España era la hora de la justicia.

El cortejo prosiguió avanzando pausada y silenciosamente, interrumpiendo de vez en cuando esta religiosa monotonía los cánticos de los sacerdotes, que entonaban el *De profundis* con solemne y lúgubre armonía: las andas tocaron el umbral de la catedral, y al mismo tiempo el sol se ocultó en occidente.

Majestuoso aspecto ofrecia el interior de la iglesia de San Albino: colgaduras de terciopelo negro, con franjas y flecos de oro, tapizaban todos sus muros: bajo su bóveda se alzaba un estrado, cubierto tambien con un paño de rico terciopelo negro bordado de oro, en cuyo centro se veian las armas de la casa de Austria, y en sus estremos cuatro escudos representando las de Borgoña. Doce cirios de cera amarilla rodeaban el fúnebre estrado, y sus luces iban derramando pálidos reflejos por toda la enlutada nave. Nubes de incienso se perdian en la cúpula majestuosa, y los cánticos de los sacerdotes se elevaban sobre las nubes hasta el pié del trono de Dios. La religion, siempre magnífica en sus ceremonias, lo era mas en su solemne lobreguez; y un tronco inerte, por cuya alma se ruega al autor de la vida, presenta en relieve la nada de tan frágil hechura y la omnipotencia del Criador.

Terminadas las fúnebres plegarias, que elevó al cielo la clerecía por el alma del héroe invicto que habia defendido por mar y por tierra la religion del crucificado, cuyo signo de redencion era el blason que decoraba su siempre glorioso estandarte, se retiró la comitiva, y quedó su cadáver espuesto al público, que con religioso silencio se agrupaba á su alrededor, derramando abundantes lágrimas.

Cuatro capitanes, pertenecientes á las cuatro naciones, italiana, española, alemana y flamenca, hacian la guardia del estrado. A la cabecera de las andas se encontraba un hombre de pié, pálido, vestido de luto, con los ojos fijos en el cadáver y las manos sobre su pecho: se llamaba este hombre Octaviano Gonzaga, el fiel amigo de D. Juan. A los piés de las mismas andas, vestido de luto tambien y arrodillado, estaba un paje: este paje era María Estraten, pálida, inmóvil, con los ojos eclipsados, desfallecida y moribunda. Fuera del estrado, y á la derecha del cadáver estaba un guerrero encanecido bajo la acerada cimera, apoyado en su larga tizona, y con la cabeza inclinada: este soldado era el veterano á quien D. Juan perdonó la vida bajo los muros de Nivela. A la siniestra del cadáver, fuera del estrado tambien, estaba un jóven que presenciaba aquella escena con estúpida admiracion: este jóven era Guillermo Matren, que vida y libertad debia á la clemencia de D. Juan.

En estas cuatro mudas estatuas, que bien merecian este nombre y podian tomarse por adorno de aquel monumento funeral, se presentaban cuatro dolores con caracteres muy distintos. Leíase en la frente de Octavio un dolor amargo y solemne, producido por la pérdida de un gran bien, que acostumbrábamos á gozar: dolor que deja una memoria triste y permanente, pero dulce y que no mata la esperanza del goce de una nueva felicidad. Escrito en el rostro del guerrero estaba un dolor respetuoso, hijo de profunda gratitud y de reverencial amor: este dolor debia vivir siempre, pero sin amargar la ecsistencia, porque se convertia en religion, haciendo una divinidad del objeto que le causaba. El dolor de María Estraten estaba escrito con una palabra, LA MUERTE; porque al presentarse habia trazado la inscripcion que el inmortal Dante puso á la puerta del Averno: *Lasciati ogni esperanza.* Gui-

llermo Matren tambien sentia su especie de dolor, nacido de ver sufrir tanto á la mujer que estúpidamente idolatraba. En medio de estos cuatro dolores estaba el cuerpo de D. Juan, su alma desde el cielo sonreia á los que en la tierra tanto amó.

A la media noche los curiosos fueron abandonando el templo, y solo velaban al príncipe su guardia y las cuatro personas que hemos retratado poco antes. El rostro de Octavio Gonzaga se animaba de vez en cuando y dirijia á María Estraten terribles miradas de furor; la jóven no pensaba siquiera en la presencia del guerrero.

Los que podian oir, María no, percibieron el ruido de dobles pisadas, que desde la puerta del templo adelantaban hácia el estrado de D. Juan. Momentos despues dos figuras se dibujaron en las sombras, gigantesca una y la otra un tanto delicada, y un minuto despues llegaron al pié del estrado Cornelio Estraten y Gonzalo. Los dos ocultaban algun objeto, y los dos á un tiempo se aprocsimaron á María, que no les distinguió, permaneciendo sumerjida en su doloroso abatimiento.

Gonzaga miró á maesse Estraten, con aquella mirada siniestra que se iba haciendo familiar desde la muerte del austriaco, é hizo una señal al veterano: este alzó del suelo un cofrecillo y, acercándose mas al estrado, lo puso á los piés de Gonzaga, guardando el mismo profundo silencio que habia guardado el general.

—Maesse Cornelio Estraten, dijo Octavio con solemne acento.

—¿Quién me llama, preguntó el armero, que arrodillado al lado de María no se habia atrevido á turbar su éstasis ó pesado sueño, por temor de hacerla padecer.

—Yo, repuso el amigo del príncipe con voz hueca y desapacible.

—No os conozco, replicó el armero con perfecta tranquilidad.

—¿No me conoceis? murmuró Gonzaga impaciente.

—No os conozco. ¿Quién sois, caballero? volvió á preguntar Estraten.

—El testamentario del príncipe D. Juan de Austria.

El armero no respondió, pero se quedó mirando á Gonzaga con una espresion que le indicaba el deseo de que continuase. Gonzaga comprendió el deseo, y alzando mas la voz, como si quisiera que llegara hasta el espíritu del austriaco, dijo:

—El 3 de abril de este mismo año entregasteis á D. Juan de Austria un cofrecillo, que contenia en oro la suma de cien mil florines: el príncipe ofreció devolveros la misma suma á los seis meses: hoy estamos á 3 de Octubre, dia del plazo, y ese cadáver os devuelve lo que recibió cuando animado se hallaba al frente de un ejército. Ahí teneis vuestro cofrecillo, que contiene cien mil florines.

Gonzaga señaló el cofre á maesse Cornelio y éste lo empujó con el pié, como cosa inmunda y despreciable, rechazando con una mirada desdeñosa la ofensa que acababa de recibir.

A la voz de Octavio, María abrió los ojos penosamente, como si la hubieran despertado en lo mas profundo de un sueño; paseó sus inciertas miradas, y últimamente las fijó en el adusto rostro del armero, llevándolas despues al del paje. Maesse Estraten y el jóven Gonzalo habian seguido atentamente la vaga mirada de María, y, por un movimiento simultáneo, sacaron de [illegible] dos ensangrentados puñales, y presentándolos [illegible] jóven,

—Esta es la sangre de maesse Genaro, célebre químico de *la Torre de los tres cipreses*, que dispuso el tósigo, para que envenenaran á D. Juan de Austria, dijo el armero.

—Esta es la sangre de Felipe de M[illegible] que emponzoñó al príncipe, dándole un lie[illegible] en la abadía de Gembloux, dijo el paje: y los [illegible] les cayeron á los piés de María Estraten, confundiéndose el agudo sonido, que produjeron al chocarse, con la doliente voz de la jóven que esclamó:

—¡Príncipe D. Juan, ya estás vengado!

Los pocos testigos de esta escena quedaron inmóviles y mudos: Guillermo no podia comprender que el Aventurero y María fueran una misma persona, y Octavio se perdia tambien en las sombras de este misterio; pero á Gonzaga quedaba aun otra mas singular sorpresa.

Unos pasos, casi imperceptibles, resonaron bajo el arquitrabe del templo: una figura de mujer se fué dibujando en la sombra, la pálida luz de los cirios la bañó despues, y el desórden de sus cabellos, de su fisonomía y su traje, manifestaba claramente lo profundo de su terror. Muy cerca estaba del estrado cuando la reconoció Gonzaga, que esclamó á su vista:

—¡Enriqueta!

—Gonzaga, murmuró Enriqueta, amparándose de su amante y dirijiendo inquietas miradas hacia la puerta de la iglesia, como si la persiguiera un monstruo y temiera verle entrar por ella bañado en la sangre de otras víctimas ya sacrificadas.

—¿Qué traes, Enriqueta, que traes? preguntó Octavio, partiendo el terror de su amada y contando los defensores que podria hallar dentro del templo en un inminente peligro.

—¿No les ves? murmuró la hermosa flamenca, señalando con mano trémula.

—¿Qué he de ver? preguntó Gonzaga, repuesto ya de su terror.

—Dos cadáveres, añadió la hermana del baron de Hesse con voz apenas perceptible.

—Nada veo, Enriqueta; nada veo, ni tú tampoco puedes ver esos ilusorios fantasmas.

—Sí, sí, interrumpió al punto la jóven con mas lúgubre y doliente voz. He visto espirar á María Ana, á presencia de Felipe de Marnis, que la contemplaba sonriyéndose; y despues he visto espirar á Felipe de Marnis sobre el cadáver de la abadesa, al rudo golpe de un puñal.

—Yo le maté, como lo habia jurado, observó Gonzalo friamente.

—¡Sálvame, Octavio! añadió Enriqueta de Horn, tan amedrantada como antes. Huí del convento

despavorida, y, en vez de buscar á mi hermano, mi corazon me ha traido aquí.

—Juro, Enriqueta, sobre el corazon de este cadáver, repuso Octavio, poniendo su diestra sobre el pecho de D. Juan de Austria, ser tu esposo mañana mismo.

El juramento de Gonzaga disipó momentáneamente los vapores que ofuscaban la débil razon de María. La desgraciada hija del armero se levantó; con paso trémulo llegó á las andas del austriaco, tomó una mano del cadáver, sacó de su dedo un anillo, y, cambiándolo con otro del príncipe, murmuró, con acento de una tristísima dulzura:

—Príncipe D. Juan, nos desposamos.

Y arrodillándose de nuevo, reclinó su marchita frente en la parte inferior de las andas.

Guillermo Matren comprendió al fin la historia del amor de María; y, celoso de que su pura frente tocara los piés del cadáver, corriendo á ella la levantó; pero de improviso el posadero perdió el color, y volviendo á reclinar la hermosa cabeza de María, murmuró:

—Está muerta.

A estas palabras maesse Cornelio se precipitó hácia su hija; levantó la cabeza helada que habia acariciado tantas veces, y, viendo sus ojos cerrados, esclamó con un grito del alma:

—¡María!

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

